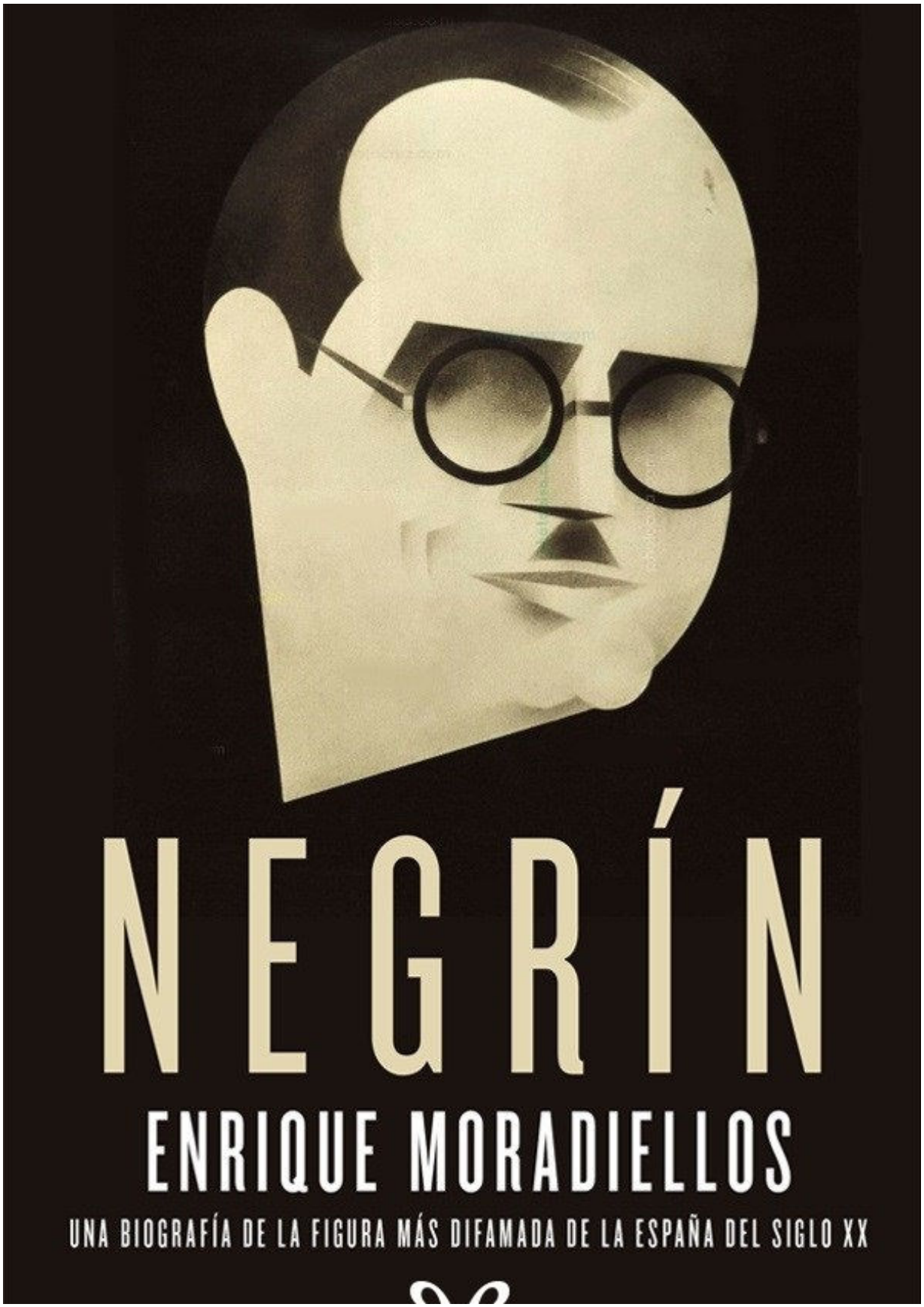
NEGRÍN

ENRIQUE MORADIELLOS

UNA BIOGRAFÍA DE LA FIGURA MÁS DIFAMADA DE LA ESPAÑA DEL SIGLO XX



NEGRÍN

ENRIQUE MORADIELLOS

UNA BIOGRAFÍA DE LA FIGURA MÁS DIFAMADA DE LA ESPAÑA DEL SIGLO XX

Fisiólogo eminente, formado en Alemania, Juan Negrín López (Las Palmas, 1892 - París, 1956) fue un hombre comprometido con su tiempo que abrigó convicciones ideológicas democráticas, republicanas y socialistas. Esta triple inclinación le llevó a abandonar su brillante carrera como investigador para ostentar crecientes responsabilidades políticas durante los años de la Segunda República y la Guerra Civil Española. Activo diputado socialista en las tres legislaturas republicanas, cuando se inició la contienda fratricida se hizo cargo con eficacia del Ministerio de Hacienda. Y desde mayo de 1937 hasta la derrota final en marzo de 1939 ejerció como un enérgico y voluntarioso presidente del Gobierno.

En esa calidad, el doctor Negrín se convirtió en el máximo antagonista del general Franco y llegó a personificar el espíritu de resistencia de la República con tanto fervor e intensidad como el Caudillo llegó a representar al enemigo vencedor. Su posterior caída en el olvido y el silencio fueron tanto resultado de la derrota como de las amargas divisiones que fracturaron al bando republicano durante el conflicto y el posterior exilio.

Enrique Moradiellos

Negrín

ePub r1.1
Titivillus 24.09.2019

Título original: *Negrín*
Enrique Moradiellos, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Inés Moradiellos Botas, mi hija.
Para Susana Botas Montes, su madre.

AGRADECIMIENTOS

La elaboración de este trabajo se ha beneficiado del generoso apoyo financiero concedido por el Ministerio de Ciencia y Tecnología al proyecto de investigación BHA 2002-00948. Es un grato deber de justicia consignar nuestro agradecimiento a los profesores Pilar Martínez-Vasseur (Université de Nantes), Francisco Romero-Salvadó (London Metropolitan University) e Isidoro Monje Gil (Instituto de Enseñanza Secundaria de Alburquerque), por su colaboración en esta empresa intelectual. Igual agradecimiento debe quedar registrado hacia la persona del profesor Paul Preston, director del Centre for Contemporary Spanish Studies de la Universidad de Londres, sin cuyo generoso aliento y apoyo esta investigación no hubiera llegado a buen puerto. Asimismo, resulta inexcusable mencionar la desinteresada ayuda prestada por los señores don Eligio Hernández, don José Medina Jiménez y don Sergio Millares Cantero, que pusieron a nuestra disposición la valiosa documentación custodiada en la Fundación Canaria Juan Negrín de Las Palmas de Gran Canaria. Idéntico testimonio de pública gratitud merece doña Carmen Negrín, nieta del biografiado y albacea testamentaria de su archivo personal conservado en París, que nos ha permitido el acceso y consulta del mismo sin ninguna traba, reserva o hipoteca. Finalmente, es un deber intelectual consignar la deuda contraída con los profesores Ricardo Miralles Palencia y Gabriel Jackson, cuyas previas y valiosas contribuciones biográficas al conocimiento del doctor Negrín sirvieron de fundamento, referente y guía para nuestra propia investigación y sus resultados aquí expuestos.

Excusamos añadir que ninguna de las personas arriba citadas tiene la menor responsabilidad en el contenido de esta obra, cuyos posibles errores e insuficiencias pertenecen a su autor en exclusiva y más allá de ninguna duda razonable.

ADDENDA

La reedición de esta obra tiene la ventaja de ver corregidos algunos errores presentes en la primera versión publicada en noviembre de 2006. Además de diversos fallos tipográficos y ausencias bibliográficas, en particular se han subsanado varias inexactitudes contables deslizadas en el capítulo 5, donde se registraba una incorrecta aplicación del tipo de conversión vigente en 1939 entre el dólar y la libra esterlina. El resultado de dicho error de cómputo era incrementar notablemente el fondo financiero en manos del gobierno republicano en el exilio. Agradecemos muy sinceramente al profesor don Abdón Mateos López y a doña Enedina Moradiellos García su precoz detección del error y la transmisión de esa información para su enmienda.

INTRODUCCIÓN

LA TRAGEDIA POLÍTICA DE DON JUAN NEGRÍN

Don Juan Negrín López (Las Palmas de Gran Canaria, 1892-París, 1956) fue un eminente médico fisiólogo formado en Alemania que ocupó la cátedra de Fisiología de la Universidad de Madrid y se convirtió en el maestro de una escuela de investigadores en su disciplina de renombre y prestigio internacionales. También fue un hombre comprometido con su tiempo, verdadero prototipo del intelectual español culto y europeizado, que manifestó desde muy pronto unas convicciones ideológicas democráticas, republicanas y socialistas. Esta triple inclinación le llevó a abandonar su brillante carrera como investigador científico para ostentar crecientes responsabilidades políticas y administrativas durante los años de la Segunda República (1931-1936) y en el trágico trienio de la guerra civil española (1936-1939). Primeramente, se reveló como un activo y laborioso diputado a Cortes por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en las tres legislaturas del quinquenio democrático republicano (representando a Las Palmas, Madrid y Las Palmas en cada ocasión). Ya iniciada la contienda fratricida en julio de 1936, destacó como eficaz y sereno titular del crucial Ministerio de Hacienda en el gobierno del Frente Popular presidido por Francisco Largo Caballero (septiembre de 1936-mayo de 1937). A continuación, alcanzó la cumbre de su carrera política en su calidad de enérgico y voluntarioso presidente del Gobierno republicano durante el resto del conflicto (mayo de 1937-marzo de 1939). Y, finalmente, retuvo contra viento y marea esa condición presidencial en las amargas circunstancias del exilio en los años correspondientes a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Gravemente enfermo y retirado virtualmente de la política activa desde 1946, el siguiente decenio de su vida residió en París

como exiliado hasta su fallecimiento, ocurrido por fallo cardíaco, el 12 de noviembre de 1956. Hace ahora casi exactamente sesenta años.

Como último presidente constitucional del Gobierno de la República en plena contienda civil, el doctor Negrín se convirtió en la figura histórica que más plenamente encarnó el esfuerzo bélico del bando vencido en la contienda fratricida española. Tanto en el plano interior como en la dimensión internacional. Y fue así por varias razones entre las cuales cabría destacar una principal aducida poco antes de morir fusilado por uno de sus colaboradores y correligionarios, Julián Zugazagoitia, exdirector del diario *El Socialista* y ministro de Gobernación en 1937-1938. En el libro de memorias y recuerdos terminado en París en 1940 con anterioridad a su captura y entrega por la Gestapo alemana a España para su juicio y ejecución, Zugazagoitia advertía contra la «injusticia histórica» de personificar «culpas colectivas» en líderes individuales. Y añadía: «Esa misma injusticia histórica vendrá a encarnizarse, cuando la guerra se haya perdido, con Negrín». Recordaba así unas palabras pronunciadas por el presidente en plena contienda:

> Si me toca perder la guerra, se podrá decir de mí todo, menos que soy yo quien tiene responsabilidades en su desencadenamiento. Esto es de la cuenta de otras personas. ¡Allá los que no supieron ver lo que estaba a la vista[1]!

Efectivamente, como advertía Zugazagoitia y sospechaba el interesado, ya durante la guerra y con más motivo en la dolorosa postguerra, el doctor Negrín tuvo la desgracia y el infortunio de concitar casi tanto odio, animadversión y hostilidad en el bando enemigo franquista como en su propio bando republicano. Y no hay punto de exageración alguno en esta afirmación, como puede demostrar un breve recorrido sobre los testimonios existentes al respecto.

De modo harto comprensible, para el bando enemigo el doctor Negrín siempre sería un execrable líder comunista, el hombre de Moscú, sometido al dictado de Stalin y responsable de una política de resistencia que había alargado inútilmente la lucha y había impedido el rápido triunfo de las fuerzas militares nacionalistas.

Así, por ejemplo, su máximo antagonista durante el conflicto, el propio general Francisco Franco, se referiría a él en su discurso conmemorativo del inicio de la guerra civil, el 18 de julio de 1938, como «el servil discípulo de los soviets, de sus agentes y comisarios[2]». El año anterior, el 28 de abril, el Ayuntamiento de su ciudad natal le declararía oficialmente «hijo espurio e indigno de la ciudad de Las Palmas, culpable de los males que está sufriendo nuestra amada patria[3]». Y casi un mes después, apenas encumbrado Negrín a la jefatura del gobierno republicano, un joven monárquico y falangista de prometedora carrera política le denunciaba como el hombre que aspiraba a «una entrega, una componenda, un pacto, un arreglo con la España roja»; y terminaba su filípica contra la «especie de biólogo economista matrimoniado con rusa» clamando: «¡Contra todos los negrines, los de allá y los de acá!»[4].

Las críticas franquistas no fueron solo de orden político e ideológico (centradas en su papel de hombre de la resistencia inútil y antiespañola), sino que atañeron a características del afectado muy personales y de orden moral. De hecho, el catálogo de críticas de esta naturaleza vertidas sobre Negrín fue sintetizado por el propagandista Francisco Casares en su afamada obra titulada *Azaña y ellos. Cincuenta semblanzas rojas*, publicada en el último año de la guerra. El retrato de Negrín trazado por Casares aludía sin reparos y con no poca zafiedad, entre otros, a sus supuestos vicios de gula insaciable, lujuria desbocada, innata cobardía, desaforada codicia y férrea drogodependencia (características, al parecer, compartidas por su amigo y mentor político, Indalecio Prieto, de quien seguía siendo agente y «testaferro»):

> Ese bárbaro de Juan Negrín, con rostro de boxeador y maneras de plantígrado, no tiene, en realidad, una personalidad propia. Él, por sí mismo, no es nada. Como sujeto individual, aparte sus condiciones de doblez y de cobardía, es vulgar. Uno de tantos. Uno «de ellos», diríamos mejor. […]
>
> No es siquiera intelectual en la acepción formal que en España se quiso dar al vocablo. […]
>
> Negrín es por dentro como por fuera: un tipo bestial, con rostro y caletre de irracional con los peores instintos y las más bajas pasiones. […]
>
> Negrín no sabe hablar. Ni escribir. Refractario temperamentalmente a toda sensibilidad, a toda finura de espíritu, zafio, grosero, bárbaro, tiene, sin embargo, para Prieto una condición altamente estimable: la sumisión. […]

> Esta bestezuela canaria, con ojos adormecidos de dopista, traza deforme de animal selvático y conducta miserable de bellaco, no podrá hallar excusa en la fidelidad a su amo, más hábil, más sutil y menos bruto, porque en la intención y en el quehacer de quitarnos a España, todos han sido iguales[5].

Pero las denuncias políticas y personales del doctor Negrín no agotan su procedencia en los cuarteles enemigos franquistas. Paradójica y reveladoramente, también en las filas republicanas existían dirigentes y fuerzas políticas que asumían ese juicio de Negrín como líder criptocomunista, «hombre de paja de Moscú», artífice de la derrota militar y responsable de dos graves errores políticos: haber propiciado el ascenso hegemónico del Partido Comunista de España (PCE) en el seno del Estado republicano y haber saboteado las tentativas de mediación internacional para poner punto final humanitario a la guerra.

Quizá la más acerba y renombrada crítica de Negrín desde esas filas republicanas proceda de quien había sido hasta pocos años antes su íntimo amigo y correligionario, el periodista Luis Araquistáin. Ya finalizada la contienda, en abril de 1939, Araquistáin denunciaba a Negrín en público como «el hombre más funesto e irresponsable que ha tenido España desde hace muchos siglos[6]». Cinco años después, su juicio peyorativo no había experimentado cambio apreciable alguno, como revela la siguiente anotación escrita en la intimidad y sin ánimo de publicidad:

> Creo sinceramente que este hombre está loco; es una especie de loco dios a quien un poder excesivo e irresponsable, ejercido sin limitación durante dos años, y el temor de perderlo un día, han alterado su juicio, nunca normal. En sus apetitos desordenados, tanto de los goces materiales como de la fruición del mando, hay mucho de patológico. Siempre se creyó un dictador en potencia, cuyo modelo, durante la guerra mundial anterior, fue Clemenceau y, más tarde, Mussolini; sospecho que también admira secretamente a Stalin y Hitler. Su lucha desesperada por la posesión de nuestro oro no creo que obedezca tanto a una codicia vulgar, para satisfacer su enorme e insaciable ansia de comodidades y placeres, como a su ambición de poder real o ficticio, que en ese tesoro encuentra una fuente inagotable. […] A este hombre desorbitado le he querido como un hermano o más bien como un hijo, y todavía le quiero a pesar de su carácter infinitamente mendaz y fraudulento, porque adivino que todos sus defectos son un reflejo de una naturaleza infantil y débil, que solo puede afirmarse e imponerse mediante la mentira y el engaño, y en el fondo de la severidad con que le juzgo hay un último sentimiento de piedad y exculpación, porque le creo un irresponsable[7].

Excusamos subrayar que la inusitada dureza de ese juicio no puede desligarse de las profundas divisiones que fracturaron al socialismo español durante la guerra civil (y aún antes) y que llevaron a Araquistáin y a Negrín a situarse decididamente en facciones bien distintas y enfrentadas del propio PSOE, como hemos de ver. Y otro tanto cabría decir del enconado juicio adverso sobre Negrín sostenido por sectores anarcosindicalistas españoles que fueron arrumbados a la virtual impotencia y marginalidad política durante el período en el que el político socialista ejerció la presidencia del Gobierno. De hecho, no hubo que esperar a la consumación de la derrota en la guerra para que una parte del Movimiento Libertario se atreviese a denunciar en público que «Negrín y Prieto eran culpables de alta traición» por su estrategia política durante la contienda y «el despilfarro escandaloso de las finanzas de la República[8]». Ya en septiembre de 1938 el Comité Peninsular de la FAI (Federación Anarquista Ibérica) hizo circular entre sus filas un informe sobre la situación interna republicana que contenía una desautorización política y personal de Negrín tan furibunda como desaforada (y cabría añadir que tan influyente, a juzgar por su reiterada mención por parte de autores libertarios posteriores):

> Negrín procede de una familia reaccionaria. Tiene un hermano fraile y una hermana monja. Esto no es un delito, ciertamente; pero la verdad es que sus antecedentes están muy lejos de habernos persuadido sobre sus condiciones políticas antifascistas. ¿Sabe alguien cómo piensa Negrín, qué ideas tiene, qué objetivos persigue? Lo único público de este hombre es su vida privada, y esta, sin duda alguna, dista mucho de ser ejemplar y de expresar una categoría de personalidad superior. Una mesa suntuosa y superabundante, con vinos y licores sin tasa, y un harén tan abundante como su mesa, completan su sistema. […]
>
> Los aduladores hablan, en algunas ocasiones, del dinamismo del doctor Negrín. Pero Negrín es, al contrario, un holgazán. Su dinamismo se agota en ajetreos inútiles, en festines pantagruélicos y harenes sostenidos por las finanzas de la pobre República para solaz del novedoso salvador de España. Este hombre no ha trabajado nunca, y ahí está su vida estéril para demostrarlo; no tiene condiciones para concentrarse un par de horas sobre un asunto cualquiera. Por lo demás, ese ministro universal y dinámico necesita la ayuda de los inyectables para su misma vida de despilfarros y desenfrenos.
>
> Intelectualmente es una nulidad; moralmente es un nuevo rico que se gasta en disipación y abusos de toda índole; políticamente no sabemos de él más que lo que hemos dicho y estamos viendo todos los días. […] la dictadura negrinesca es más absoluta que la de Hitler y la de Mussolini[9].

Esos vicios y defectos de orden personal serían incluso utilizados y esgrimidos como justificación a principios de marzo de 1939 por los líderes republicanos que secundaron el golpe militar dirigido por el coronel Segismundo Casado en Madrid. Aquel acto de fuerza final y desesperado, que acabaría con la destitución de Negrín y con la rendición incondicional ante Franco, fue presenciado en directo por el socialista y dirigente ugetista Edmundo Domínguez, entonces comisario inspector del Ejército de Centro. Según su testimonio, apenas iniciada la sublevación, «el recuerdo de la persona de Negrín era el tema más favorecido» de conversación:

> —Pero ¿es verdad todo eso que se le atribuye? —interrogó Besteiro [Julián Besteiro, expresidente de la UGT y del PSOE] con un asomo de sonrisa.
>
> —Me han dicho que se come tortillas de doce huevos y que todas las noches se acuesta con tres mujeres.
>
> —Eso no es nada —informó uno— ahora todos los días le tienen que llevar nuevas mujeres, y es capaz de comer más que cuatro personas de buen apetito. Es insaciable en todo.
>
> Casado disculpaba un poco estos defectos. Para él, lo más importante era la dureza y falta de sentimientos para con el pueblo español.
>
> —Quiere que se siga resistiendo porque así justifica su poder, a costa de la vida de los españoles[10].

El amplio espectro de críticas políticas y personales sobre Negrín no quedó reducido, ni mucho menos, a la época de la guerra civil y a la inmediata postguerra, como si hubiera sido un epifenómeno más de las encontradas pasiones bélicas suscitadas por el conflicto. Tuvo una larga y prolongada vigencia con posterioridad y se extiende incluso hasta la más reciente actualidad, tanto en el ámbito público como en el plano historiográfico. Y no fue ajena a esa persistencia el hecho de que su figura histórica tuviera el infortunio de concitar en su contra una rara unanimidad formal de contrarios, ya fuera porque se le considerara el máximo «culpable» del retraso de la aplazada victoria de las armas nacionales (según la denuncia franquista) o el máximo «culpable» de haber presidido la derrota final ante el enemigo (según la denuncia de algunos sectores republicanos). Para ambas partes, aunque por razones diversas y hasta antagónicas (pues retrasar una victoria no se conjuga bien con precipitar una derrota), Negrín se convirtió en el chivo expiatorio de todas las responsabilidades bélicas y

asumió con resignada entereza la servidumbre de aquella «injusticia histórica» pronosticada por Zugazagoitia con clarividencia.

Por parte franquista, la victoria incondicional lograda en la guerra civil y la extensa duración del régimen triunfante bajo la magistratura vitalicia del Caudillo simplemente permitió oficializar esa imagen perversa del personaje y divulgarla sin traba o restricción alguna (y sin posibilidad de réplica, excusado es decirlo). Así, por ejemplo, en 1940 la Editora Nacional publicaba en Madrid una obra sobre el final de la contienda en Madrid, firmada por Antonio Bouthelier y José López Mora, que presentaba a Negrín como un ser «vacuo, engreído, torpe y de instintos criminales», cuya mayor culpabilidad residía en haber alentado la resistencia militar frente al avance de las fuerzas franquistas:

> Negrín obedece órdenes emanadas de Moscú, que quiere que España termine de desangrarse y agotarse, para que cuando se produzca lo para ellos irremediable, el triunfo de las armas del Generalísimo, los vencedores se encuentren con un país totalmente deshecho, agotado y en ruinas[11].

Apenas quince años después, Eduardo Comín Colomer, «escritor, Inspector de Policía, Profesor de la Escuela de la misma y Secretario Técnico de la División de Investigación Social de la Dirección General de Seguridad», daba a la luz con el pertinente patrocinio oficial el segundo volumen de su *Historia Secreta de la Segunda República*. En el mismo afirmaba que «Juan Negrín López fue, incuestionablemente, el hombre del sovietismo». Y, entre otras acusaciones políticas y morales ya conocidas (reo de gula, lujuria, cobardía y codicia), emitía la siguiente sentencia inapelable:

> Negrín, «criptocomunista», fue un traidor a la Nación desde que desconociendo las defensas del ojo le adjudicaron una cátedra de la especialidad, por obra y gracia de la Institución Libre de Enseñanza[12].

Desde ámbitos filofranquistas, quizá una última prueba de esa persistencia del juicio rotundamente negativo sobre Negrín podría ser la opinión avanzada por el ensayista Pío Moa en mayo del año 2002:

> Como resumen cabe señalar que la política de Negrín y los comunistas no logró la victoria ni un final pactado y, por lo tanto, significó el alargamiento inútil de la mortandad y las

privaciones para los españoles. […]

Al margen de lo que pudieran ser sus convicciones particulares, Negrín fue, conscientemente o no, el hombre de Stalin, del tirano más brutal y sangriento del siglo XX, junto con Hitler. Solo desde una ignorancia radical o desde la voluntad de engaño, es posible presentarlo como defensor de la libertad, de la modernidad, o, en general, de los intereses de España[13].

Por parte filorrepublicana (quizá habría que matizar más y escribir filoanarquista), el mayor exponente de esa tradición antinegrinista podría ser el historiador galés Burnett Bolloten. Aunque tampoco cabría dejar de mencionar la prolífica obra histórica de Víctor Alba, pseudónimo del periodista barcelonés Pere Pagés Elías, exdirigente del filotrotskista Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) durante la guerra civil, que fue ilegalizado por el gobierno de Negrín por su estrategia revolucionaria después de la crisis barcelonesa de mayo de 1937[14]. O también los recuerdos del líder miliciano comunista durante la guerra y luego vehemente crítico del estalinismo, Valentín González, «El Campesino», que conceptuaba a Negrín como «instrumento ambicioso y dócil de los comunistas»[15]. En todo caso, desde una perspectiva menos comprometida políticamente que la de «El Campesino» o Víctor Alba (para quien «sepultureros de la República» fueron tanto Negrín como Prieto o el presidente Azaña), Bolloten escribió en la última edición de su denso estudio sobre la dinámica política en la retaguardia republicana las siguientes palabras:

Mi propia opinión sobre Negrín, basada en testimonios orales y escritos recogidos y estudiados durante más de cincuenta años, es que, consciente o inconscientemente, contribuyó más que ningún otro político a extender y consolidar la influencia del Partido Comunista en los centros vitales de poder —el ejército y los servicios de seguridad— durante el último año de la guerra. Esto no significa que estuviera completamente sometido al PCE en todo, pero en la cuestión vital del poder armado —de que dependía la futura estructura política del Estado español— permitió que el Partido Comunista le guiara y dirigiera. […]

Independientemente de la severidad con que se juzgue la vida privada de Negrín o su conducta política, no se le puede acusar de cobarde o pusilánime[16].

Desde luego, y como no podía ser menos, no todo son críticas y denuncias en la existente literatura testimonial e historiográfica dedicada a la figura del doctor Negrín. Como esta biografía se ocupará de desvelar

oportunamente, abundan también testimonios de protagonistas de aquella época y juicios de historiadores actuales que son mucho más benévolos, comprensivos o abiertamente proclives hacia el personaje y su actuación histórica. A título de mero ejemplo impresionista, entre los primeros cabría citar varios nombres de enjundia y calidad: sus dos grandes amigos y colaboradores políticos, el abogado navarro Mariano Ansó, republicano de izquierda, y el diplomático Pablo de Azcárate, de rancia estirpe liberal-democrática[17]; el jurista y magistrado del Tribunal Supremo, Mariano Granados[18]; sus correligionarios socialistas Julián Zugazagoitia y José Prat[19]; o los entonces jóvenes dirigentes comunistas Santiago Carrillo y Santiago Álvarez[20]. El tenor de la buena imagen política abrigada por estos testigos podría quedar ejemplificado por el retrato legado en sus memorias por Enrique Tierno Galván, que durante la contienda fue un soldado afiliado a las juventudes libertarias y se convertiría bajo el franquismo en respetado líder de la oposición socialista en el interior:

> Hablaré ahora de la otra personalidad de la que recuerdo algo. […] Se trata de don Juan Negrín, persona extraordinaria y a la que tuve gran respeto, que no se mezclaba con ninguna consideración ajena al propio don Juan. […]
>
> Le vi como soldado y por razones de vigilancia, sin tener ninguna relación especial con él. Le observé mientras hablaba con los demás, firmaba papeles, los distribuía, y tuve la impresión de que debía ser lo mismo en la Facultad o en una clínica y que solo cambiaba de escenario pero no de actitud ni de carácter. […]
>
> De Negrín emanaba gran energía de la manera más natural, sin que él se esforzase en aparecer como un hombre enérgico. Al contrario, sin ser en exceso calmoso tenía, por lo que pude apreciar, tranquilidad en los ademanes y en las actitudes, esto contribuía a hacer más firme y clara la fuerza que salía de él. […]
>
> Negrín era un hombre de ideas claras y voluntad firme. Sabía bien lo que quería y los medios que tenía que aplicar para lograrlo. No encontró gente de su talla y, por otra parte, cuando el timón llegó a sus manos el barco ya estaba bastante averiado. […]
>
> Quizás el único de aquellos hombres que merecía elogios de excepción fuese Negrín[21].

Dejando a un lado esa empatía hacia su actuación política, como revelador ejemplo de un testigo de la época que desmiente los supuestos vicios de orden personal de Negrín cabría mencionar al catedrático de Farmacología y rector de la Universidad de Barcelona durante el franquismo, Francisco García-Valdecasas. Exalumno suyo, hermano de uno de sus más fieles y lúcidos colaboradores (José María) y decididamente opuesto a su maestro

en ideas políticas antes, durante y después de la guerra civil, García-Valdecasas desmentía muchos años más tarde la especie de que Negrín fuera reo de glotonería inmoderada (que junto a la igualmente ficticia acusación de lujuria desbocada nunca dejó de abandonar la imagen del personaje abrigada por sus detractores):

> Debo decirle que, según referencias de don Mariano Ansó, uno de los platos predilectos del doctor Negrín era la anguila *à la matelotte*. Se ha exagerado respecto a su apetito hasta atribuirle extremos de voracidad. Ciertamente a él le gustaba alardear de su apetito pero, en cuanto se refiere a él en sentido peyorativo con el deliberado propósito de desmerecerle, conviene puntualizar que, por su manera de ser, más que un glotón era, por su amor a la vida, un gran epicúreo[22].

El desmentido sería refrendado por el doctor Marcelino Pascua, que lo conoció en 1921, en su semblanza inédita del personaje escrita muchos años después: «Tenía de ordinario buen apetito siendo, como vulgarmente se dice, algo comilón. […] Nada de un Heliogábalo, como con intención peyorativa tanto se ha difundido»[23].

Entre la nómina de historiadores que más han destacado las cualidades y virtudes del personaje, sin caer nunca en la hagiografía compensatoria de la tradición antinegrinista, resulta inexcusable la mención de Juan Marichal, Manuel Tuñón de Lara, Ángel Viñas, Helen Graham, Ricardo Miralles, Santos Juliá, Sergio Millares, José Medina Jiménez o Gabriel Jackson. Todas sus obras, como es preceptivo en cualquier investigación histórica canónica, han sido convenientemente tomadas en cuenta por el autor de este trabajo, como se verá en el aparato crítico de notas que acompaña al texto y en el listado bibliográfico final del mismo. Igualmente, tampoco cabría olvidar al ya amplio elenco de investigadores (José Luis Barona, Bonifacio N. Díaz Chico, Antonio Gallego, Alfredo Rodríguez Quiroga o José Manuel Sánchez Ron) que se han ocupado monográficamente del estudio y ponderación de la faceta científica del doctor Negrín, cuyos resultados también están debidamente referenciados en las pertinentes notas y apéndice bibliográfico.

En todo caso, dejando de lado tanto esa tradición escrita «pronegrinista» como el legado transversal y duradero de hostilidad y juicios negativos sobre el personaje, el hecho sigue siendo que durante el conflicto fratricida

el doctor Negrín llegó a personificar el espíritu de resistencia del bando republicano con tanto fervor e intensidad como el general Franco llegó a representar al bando nacionalista vencedor. Porque, en efecto y dicho sin rodeos, los dos bandos contendientes en la guerra civil quedaron encarnados bajo la forma de sus respectivos máximos mandatarios: un médico frente a un militar. Un dúo de antagonistas, además, que reflejaba notables peculiaridades. Tanto Negrín como Franco habían nacido en 1892 (el primero en febrero, el otro en diciembre), ambos contaban con 44 años en el primer año de la contienda civil, ambos portaban consigo la aureola de un prestigio profesional fuera de toda duda (el uno en la ciencia, el otro en las armas), ambos personificaban las dos grandes corrientes ideológicas en pugna por la hegemonía dentro de España (la modernización europeizante y democratizadora frente a la introspección ultranacionalista y reaccionaria) y ambos suscitarían, en mayor o menor medida, el entusiasmo de sus partidarios bélicos y el odio acérrimo de sus enemigos.

Y a pesar de que la derrota y el olvido hayan sepultado el nombre de uno en contraste con la fama y los honores triunfales del otro, sigue siendo cierto que fue el doctor Negrín el hombre que se enfrentó en pie de igualdad al general Franco durante la guerra civil. Porque no fueron otras figuras más conocidas y homenajeadas en la actualidad quienes encarnaron la representación interna e internacional del esfuerzo bélico de la República durante la mayor parte del conflicto fratricida. Efectivamente, no fue ese el cometido y función de Manuel Azaña (presidente de la República), ni de Francisco Largo Caballero (antecesor de Negrín en la jefatura gubernamental), ni de Indalecio Prieto (ministro de Marina y luego de Defensa), ni de Dolores Ibárruri «La Pasionaria» (diputada y dirigente del PCE), ni de Buenaventura Durruti (jefe miliciano y líder de la FAI), ni de Lluís Companys (presidente de la Generalitat), ni de José Antonio Aguirre (presidente del gobierno autónomo vasco). Esa labor de representación institucional de la República en combate, dentro de España y fuera de ella, correspondió a aquel médico y científico canario hoy casi olvidado y virtualmente proscrito. A él se debió la acuñación de la consigna emblemática «Resistir es vencer», asociada para siempre desde entonces a la estrategia política y militar desplegada por la República en la contienda.

También fue él, esta vez por voluntad popular anónima, quien bautizó incluso a las lentejas, pieza esencial de la magra dieta alimenticia imperante en la zona republicana, como «las píldoras del doctor Negrín».

La pretensión básica de este libro es fácil de enunciar pero bastante difícil de ejecutar: quisiera ofrecer a sus potenciales lectores una semblanza biográfica veraz de Juan Negrín López en su faceta humana, tanto pública como privada, al objeto de ayudar a comprender al personaje y su tiempo histórico, con todos sus matices de luces, sombras y claroscuros. Una semblanza biográfica, por tanto, que no puede menos que ser una interpretación personal de los avatares vitales del protagonista y su época, con todas las limitaciones de juicio y formación, amén de proclividades, empatías y antipatías, que abriga necesariamente cualquier biógrafo e historiador. Pero, sin negar el carácter irreductiblemente interpretativo y personal de cualquier obra biográfica, también ha querido ser una semblanza escrita como mandan los buenos cánones historiográficos al menos desde los lejanos tiempos de Cornelio Tácito: *bona fides, sine ira et studio*. Esto es: con buena fe interpretativa de partida, sin encono partidista apasionado y tras meditada reflexión sobre todos los materiales informativos disponibles y pertinentes.

Y a ese cometido se dedican las páginas que siguen a esta introducción, sin ánimo alguno de haber agotado definitivamente la materia y sin ensoberbecida esperanza de haber concluido un retrato definitivo e inalterable. Lo primero porque siempre será posible reinterpretar los materiales informativos disponibles bajo nuevos prismas y a tenor de renovadas perspectivas potencialmente más amplias y abarcadoras. Lo segundo porque toda obra humana es siempre perfectible y en la disciplina de la historia aún más, ya sea por aparición de nuevas fuentes informativas o por desvelamiento de defectos de sustentación probatoria suficiente.

En todo caso, también parece de justicia reconocer que esta es una biografía que ha tenido muy en cuenta algunos buenos consejos dictados por dos grandes pensadores que han alumbrado con clarividencia la tarea del aprendiz de biógrafo, a pesar de su enorme distancia temporal. Por un lado, el historiador Plutarco de Queronea, ya en el lejano siglo I de nuestra

era; y por otro, el filósofo José Ortega y Gasset, hace escasamente medio siglo.

Plutarco, en el proemio de sus *Biografías paralelas* de Alejandro Magno y Julio César, subrayaba que «con frecuencia una acción insignificante, una palabra o una broma dan mejor prueba del carácter (de un personaje) que (el relato de) batallas en las que se producen millares de muertos». Y reclamaba por eso mismo un margen de libertad impresionista para que el biógrafo pudiera ejercer su labor con mayor éxito:

> Pues igual que los pintores tratan de obtener las semejanzas a partir del rostro y la expresión de los ojos, que son los que revelan el carácter, y se despreocupan por completo de las restantes partes del cuerpo, del mismo modo se nos debe conceder que penetremos con preferencia en los signos que muestran el alma y que mediante ellos representemos la vida de cada uno, dejando para otros los sucesos grandiosos y las batallas[24].

Ortega, a su vez, en su trabajo sobre Velázquez, recomendaba a todo biógrafo que prestara especial atención a las tres dimensiones (vocación, circunstancia y azar) que podrían dar cuenta cabal de la trayectoria de la singular e irrepetible vida de todo hombre:

> Nuestra vocación choca con las circunstancias, que en parte la favorecen y en parte la dificultan. Vocación y circunstancia son, pues, dos magnitudes dadas que podemos definir con precisión y claramente entenderlas, una frente a otra, en el sistema dinámico que forman. Pero en este sistema inteligible interviene un factor irracional: el azar. De esta manera podemos reducir los componentes de toda vida humana a tres grandes factores: vocación, circunstancia y azar. Escribir la biografía de un hombre es acertar a poner en ecuación esos tres valores[25].

Esta biografía habría colmado los deseos de su autor si hubiera sido capaz de aunar en un relato veraz y honesto esa pincelada impresionista plutarquiana con la justa ponderación de la tríada de vocación, circunstancia y azar que codeterminaron la vida de Juan Negrín López. Excusamos añadir que queda al libre criterio de los ocasionales lectores el juicio último sobre el acierto o desacierto de la empresa.

1

INFANCIA ACOMODADA Y SELECTA EDUCACIÓN EXTRANJERA (1892-1915)

Negrín en Alemania en 1906 a los 14 años.

EN CANARIAS

En el último decenio del siglo XIX, Las Palmas de Gran Canaria era una pequeña ciudad portuaria y provinciana de poco más de 30 000 habitantes censados. Allí, en pleno centro urbano, habría de nacer Juan Negrín López a las cuatro de la madrugada del día 3 de febrero de 1892. Lo hizo, como recuerda hoy una discreta placa conmemorativa, en el entonces domicilio familiar sito en el número 62 de la calle Mayor de Triana, el floreciente eje comercial y mercantil de la nueva ciudad que estaba eclipsando al viejo y cercano barrio señorial y eclesiástico de la Vegueta. El recién nacido fue bautizado en presencia de sus padres cuatro días después en la vecina parroquia de San Bernardo[1]. Y fue inscrito oficialmente en el registro civil correspondiente el 13 de febrero, siguiendo la costumbre civil y religiosa de la época que prescribía la primacía del bautizo católico sobre la notificación administrativa del natalicio (habida cuenta del alto grado de mortalidad infantil existente)[2].

Se trataba del hijo primogénito de un joven matrimonio grancanario formado por María Dolores López Marrero, una piadosa joven natural de la Vega de San Mateo que a la sazón contaba con 19 años, y Juan Negrín Cabrera, nacido en Telde, que había cumplido ya los 25 en el momento del natalicio[3]. La abuela del niño por parte materna era una acomodada propietaria rural llamada María Marrero Guerra, natural de San Mateo, viuda de Domingo López Collado (de Agüimes), que era también madre de otros cuatro hijos que habrían de ser tíos del recién nacido: Fermina, Eloisa, Sinforosa y Domingo (llamados cariñosamente estos últimos Fora y Benjamín o Mingo en el seno de la familia). Los abuelos paternos del niño eran el matrimonio formado por Rita Cabrera y Manuel Negrín Cabrera, vecinos de Telde y modestos agricultores que complementaban la actividad agraria con las labores artesanas como zapatero y talabartero realizadas por

el cabeza de familia. Ambos eran además progenitores de otros cuatro hermanos que serían los tíos paternos del niño: Esperanza, María Jesús, Micaela y Manuel[4].

Ya antes de contraer matrimonio con su mujer en la Vega de San Mateo, el padre del futuro jefe del Gobierno español (llamado Juanito en el seno de la familia para distinguirlo de su progenitor) había conseguido mejorar su inicial posición económica gracias a su notable inteligencia y al intenso aprovechamiento de sus estudios como «fámulo» (interno sin recursos propios) en el Seminario Conciliar de Las Palmas durante los cinco cursos comprendidos entre 1883-1884 y 1887-1888. El ingreso como seminarista se había producido a los 17 años en virtud de su «vocación a la carrera eclesiástica» y con el aval del párroco de San Juan Bautista de Telde, que certificó ante el obispado de Las Palmas que el joven, «feligrés de esta Parroquia de mi cargo, goza de buena conducta, frecuentando con regular frecuencia los Santos Sacramentos»[5]. Pero la vocación eclesiástica no pervivió muchos años y, finalizado el curso en el verano de 1888, Juan Negrín Cabrera abandonó el Seminario sin que por ello sufriera mengua alguna su profunda y sincera religiosidad (compartida plenamente por su futura mujer durante toda la vida).

Apenas reintegrado a la vida secular, el joven Negrín se dedicó con creciente éxito a una intensa actividad en el campo comercial y como marchante o tratante de fincas urbanas y rurales. La coyuntura económica vivida por las islas Canarias en el último tercio del siglo XIX posibilitó esas actividades y creó el contexto para el rápido e indudable enriquecimiento de la familia Negrín López.

El origen del patente desarrollo económico y urbano registrado por las islas Canarias en la penúltima centuria se encuentra en una combinación de factores diversos pero igualmente relevantes. Ante todo, la implantación del régimen de Puertos Francos en el archipiélago desde 1852 salvó a todos los puertos isleños de la rémora proteccionista peninsular y les garantizó una apertura librecambista que habría de ser vital para convertirlos en puntos nodales del intenso tráfico internacional que surcaba el Atlántico norte en todas las direcciones. En el mismo sentido, el comienzo del reparto colonial de África entre las potencias europeas a partir de la conferencia de Berlín de

1885 reforzó la importancia del enclave geoestratégico canario en las vías de conexión marítima euro-africanas y acentuó su papel como privilegiada escala de tránsito para el tráfico de la zona. Por último, en lo que se refiere estrictamente a la isla de Gran Canaria, la construcción del puerto de La Luz en la capital isleña configuró a Las Palmas como una ciudad portuaria de primera categoría mundial a partir de 1887[6].

El consecuente auge económico finisecular canario (y, particularmente, grancanario) tuvo como eje las actividades relacionadas con el tráfico portuario, tanto por lo que respecta al avituallamiento de víveres y carbón para los buques y pasajeros en tránsito, como por lo que hace al comercio de exportación de productos con destino a mercados europeos, americanos o africanos. El intenso dinamismo originado por la actividad portuaria extendió sus reflejos por toda la ciudad, la isla y el archipiélago, como demuestran el crecimiento demográfico y urbano asociado a la coyuntura económica imperante y la aparición de una remuneradora agricultura de exportación hortofrutícola que se vertebrará básicamente sobre el cultivo del plátano, el tomate y la patata. No en vano, las exportaciones agrícolas canarias a Gran Bretaña y Alemania, principalmente, registraron un aumento espectacular y sostenido a partir del decenio de 1880 y hasta los años de la Primera Guerra Mundial. El mismo aumento que experimentó el tráfico de buques nacionales y extranjeros, con el correspondiente consumo de carbón, entre las mismas fechas citadas[7].

La transformación urbana y demográfica de Las Palmas fue igualmente un reflejo de ese potente dinamismo económico: la pequeña ciudad de poco más de 34 000 habitantes censados en 1897 alcanzaría los 44 517 habitantes tres años después y pasaría a convertirse en una notable urbe de 62 886 habitantes en 1910. Había llegado así a convertirse en la segunda ciudad más importante del archipiélago canario, casi empatada en población con su rival y todavía única capital provincial, Santa Cruz de Tenerife (con 63 004 habitantes en dicho año de 1910)[8]. Y por aquellas fechas la actividad registrada en el puerto gran canario superaba con creces a la actividad del puerto tinerfeño: en dicho año de 1910 atracaron en Las Palmas un total de 6170 buques (con un tonelaje de arqueo de 9 230 974 toneladas), frente a

los 3579 buques (con capacidad para 6 517 066 toneladas) que atracaron en Santa Cruz[9].

La notoria ventaja económica lograda por Las Palmas sobre Santa Cruz tuvo como resultado la reactivación del viejo «pleito insular» generado por la decisión tomada en 1822 por el gobierno español de convertir a la ciudad tinerfeña en capital de la provincia única canaria. Y, a su vez, nutrió las filas de la creciente base social grancanaria, pudiente, segura de sí misma y optimista, que emprendería entonces una sostenida movilización para conseguir la ansiada partición provincial. Buena prueba de ello es la exposición elevada en 1907 por el Ayuntamiento de Las Palmas ante el Congreso de los Diputados en vísperas del debate del proyecto de reforma de la ley de administración local:

> Cada día crece la importancia que en política internacional y en el comercio mundial tienen las Islas Canarias. Punto de escala obligado que para las colonias que Inglaterra, Portugal, Francia y Alemania poseen en el litoral africano, cada paso de avance en la colonización de África significa un aumento de tráfico y de riqueza para Canarias. Así hoy, a pesar de los legendarios abandonos de nuestra administración, los dos primeros puertos españoles de más movimiento que Barcelona, Bilbao, Valencia, Sevilla, Vigo y Coruña, están en aquellas islas.
>
> Contra esta realidad, que no solo afecta a nuestros intereses, sino a nuestra presencia en el concurso internacional, no puede mantenerse como un dogma indiscutible la actual división política del reino en provincias, sobrado artificial y convencionalista. No hay ninguna razón para mantener unido el archipiélago en un solo Gobierno Civil y en una Diputación y hay muchas, en cambio, que aconsejan dividirlo en dos provincias, rindiéndose a la evidencia de su actual estado de prosperidad que se produce en dos orientaciones totalmente paralelas: una en derredor del puerto de Las Palmas y otra en derredor del puerto de Santa Cruz de Tenerife[10].

El enriquecimiento económico de Juan Negrín Cabrera fue un síntoma fehaciente de las oportunidades de promoción social ofrecidas por la excepcional coyuntura económica a los agricultores emprendedores que dejaban el campo y se trasladaban a la ciudad atraídos por la esperanza de mejorar su condición. De ese segmento social surgirían las nuevas franjas de la alta burguesía local canaria que se sumarían a las viejas oligarquías terratenientes como renovadas élites dirigentes isleñas. De hecho, los dos pilares de la creciente fortuna del patriarca de la familia Negrín López estuvieron estrechamente ligados al auge portuario y al crecimiento urbano arriba descritos.

El primero de esos pilares lo constituyó la actividad comercial de exportación de plátanos y tomates a la Península y a otros países extranjeros (mayormente a Alemania), junto con la importación de alcohol y productos variados para consumo local isleño. Esa doble actividad comercial llevaría a Juan Negrín Cabrera a dejar su primer domicilio familiar en el número 62 de la calle Mayor de Triana para abrir en 1898 una tienda de comestibles en la planta baja de su segunda y definitiva vivienda grancanaria: la amplia casa construida en el número 3 de la calle de Buenos Aires, transversal a la principal vía comercial de la ciudad, que casi lindaba con la parte lateral trasera del edificio del Gobierno Militar de Las Palmas. De estilo ecléctico y cierto aire colonial cubano, el magno edificio contaba y cuenta aún hoy con dos plantas idénticas de 400 metros cuadrados (cada una) que se articulan en torno a un patio de casi 16 metros cuadrados. El uso de las plantas, siguiendo la tradición canaria, era diferente: el alto, residencial; el bajo, comercial. Y añade al respecto el investigador José Medina Jiménez:

> El zaguán, independiente del comercio de planta baja, conduce, por medio de escalera de madera, al piso superior y da acceso, por pasillo, a patio y cuartos traseros. […] La tipología de la vivienda alberga: una zona noble a toda la calle, con balcón central, dividida en dos salas; un espacio para comedor entre sala y *hall* distribuidor a galería corredor iluminada por patios laterales, con seis piezas dormitorios a ambos lados; despensa, cocina y dos baños traseros; y una zona de servicio con aseo y tres cuartos[11].

En esa planta baja del número 3 de la calle Buenos Aires permanecería abierta con notable fortuna la tienda de ultramarinos hasta su clausura forzosa en los años de la guerra civil. Y siempre estaría regentada por el tío Benjamín, que al igual que la tía Fora y la abuela materna vivirían con la familia Negrín López como miembros de pleno derecho durante toda su existencia.

El otro pilar de la fortuna familiar sería el negocio de compra y venta de fincas rústicas y solares urbanos, en los que Juan Negrín Cabrera se reveló como un consumado marchante, ya fuera en operaciones emprendidas en solitario o en compañía de su socio y amigo, Severo de la Fe y Cruz. Aparte de mantener la casa y propiedad rural en la Vega de San Mateo, compró fincas y parcelas agrícolas por toda la geografía isleña, como fue el caso de una parcela dedicada al cultivo del plátano en el municipio de Tenoya en

1903. Pero fueron sobre todo sus operaciones urbanas en Las Palmas las que le reportaron mayores beneficios. Así, por ejemplo, además de mantener la propiedad de la casa de la calle de Triana (de 540 metros cuadrados), adquiriría en distintos momentos hasta un total de 350 000 metros cuadrados del llamado cortijo Guanarteme, un amplio territorio al final de la playa de las Canteras por donde habría de producirse una gran parte de la expansión de la trama urbana de la ciudad en años posteriores[12].

La sólida posición económica y social alcanzada por Juan Negrín Cabrera a lo largo de la última década del siglo XIX no fue el único motivo que ocasionó el traslado del domicilio familiar desde la casa en la calle Mayor de Triana a la más amplia y prestigiada mansión de la calle de Buenos Aires. Tras el nacimiento del primogénito, Juanito, en febrero de 1892, la familia siguió creciendo con regularidad. La única hija del matrimonio, Dolores Negrín López (Lolita, para la familia), nació el 2 de diciembre de 1893. El segundo y último de los varones, Heriberto Negrín López, vendría al mundo casi dos años después, el 29 de junio de 1895[13]. Esa tríada de hijos, junto con los padres, los tíos solteros Benjamín y Fora y la abuela María, compondrían la ya numerosa familia que habría de habitar la casa de Buenos Aires, número 3, digna residencia de quien era ya por méritos propios uno de los empresarios más reputados de la ciudad y uno de los hombres más ricos de la isla.

Y esa nueva y preeminente condición socio-económica llevó a Juan Negrín Cabrera a tomar parte activa ocasionalmente en la vida política municipal. Lo hizo en el seno del Partido Liberal dirigido por Fernando León y Castillo, el político grancanario de mayor influencia nacional de la época (ministro en múltiples ocasiones) y verdadero portavoz y defensor de la élite socio-política grancanaria[14]. Bajo esa cobertura política, por ejemplo, concurrió a las elecciones municipales en 1910 y fue elegido concejal de la ciudad, incorporándose a las comisiones municipales de Hacienda y Estadística[15].

Los tres hijos del matrimonio Negrín López recibieron una educación esmerada en sendos colegios católicos de la isla, como correspondía a su

cómoda posición social, a las inquietudes culturales del progenitor y a la sincera religiosidad compartida por todos los miembros de la familia.

El mayor, Juan, un niño sano, robusto y agraciado que tenía unos ojos azules grisáceos, estudiaría sus primeras letras en el colegio religioso masculino de Nuestra Señora de la Soledad. Posteriormente, cumplidos los 10 años, cursaría el bachillerato en el mismo centro aunque tendría que realizar los exámenes oficiales en el Instituto General y Técnico de Canarias, sito en la ciudad tinerfeña de La Laguna. Lograría su correspondiente título en el curso 1905-1906 con suma brillantez, habiendo destacado especialmente en las asignaturas de Física y Química, Matemáticas y en el aprendizaje de los idiomas extranjeros (una vocación probablemente favorecida por el cosmopolitismo reinante en un puerto internacional como el grancanario). Por su parte, Dolores (Lolita) estudió con las religiosas del colegio femenino del Sagrado Corazón de Las Palmas y demostró desde su infancia una profunda devoción que jamás abandonaría. De hecho, ya en el exilio, tomaría los votos como seglar en una orden francesa en la ciudad de Pau tras la muerte de su madre. Finalmente, Heriberto haría todos sus estudios en el colegio masculino del Inmaculado Corazón de María de Las Palmas, regentado por los padres claretianos. Su temprana vocación religiosa le llevaría a entrar en esa misma congregación en julio de 1913, profesando primero en Jerez de los Caballeros (Badajoz) y regresando pocos años después a su isla natal para ejercer la docencia en el colegio claretiano donde había estudiado y cerca de su propio domicilio familiar[16].

Las relaciones entre los tres hermanos Negrín López, desde la infancia y hasta su respectivo fallecimiento, serían siempre de una calidez y cordialidad supremas. Y ello a pesar de la creciente diferencia de criterio respecto a temas religiosos que fue surgiendo entre el mayor y los dos menores ya en su etapa educativa canaria. No en vano, en abierto contraste con la devoción católica de Lolita y Heriberto, Juan mantuvo desde muy pronto una actitud agnóstica en asuntos religiosos que fue derivando hacia una suerte de ateísmo relativista a medida que afianzaba su formación científica y médica: «Agnóstico, racionalista de fondo como doctrina filosófica» (lo calificaría años más tarde su discípulo y amigo, el doctor

Marcelino Pascua)[17]. Esa divergencia en nada modificó la íntima relación fraterna porque ambas partes lograron esquivar la discusión, cuando surgió, gracias a «un ruego cariñoso de su parte (Heriberto) y una broma paternal de su hermano mayor» (según contaría posteriormente Mariano Ansó, abogado navarro y político republicano que sería ministro de Justicia con Negrín durante la guerra y se exiliaría en Francia tras la derrota). Y ratificaría el doctor Pascua: «respetaba escrupulosamente las convicciones religiosas de los otros. […] Usualmente evitaba debatir sobre esos temas»[18].

De hecho, tanto Dolores como Heriberto fueron de una «adhesión admirativa a su hermano verdaderamente conmovedora» (según Ansó), acompañándole al exilio en Francia junto con su madre y la tía Fora e instalándose finalmente en Lourdes llevados por su devoción mariana. Y ambos se negarían a retornar a España sin su hermano mayor, así como a enajenar nada del patrimonio familiar heredado tras la muerte de su padre en Las Palmas en agosto de 1941 (poco después de haber sido liberado de la cárcel, en la que había estado como rehén por su condición de padre de un enemigo notorio de la causa insurgente). Esa decisión de no formalizar la división de la herencia quizá propició la incautación *de facto* decretada por el Estado sobre el conjunto de esas propiedades, medida tomada para ejecutar la severa condena dictada en 1940 contra el jefe del gobierno republicano por el Tribunal de Responsabilidades Políticas instaurado por las nuevas autoridades franquistas: pérdida de nacionalidad, multa de cien millones de pesetas y extrañamiento durante quince años[19]. Una condena refrendada al año siguiente por otra sentencia del Tribunal Especial para represión de la Masonería y el Comunismo que prescribía una pena de reclusión mayor de treinta años para el procesado en ausencia[20].

El temprano agnosticismo religioso asumido por Juan Negrín ya durante sus años de bachiller era una sintomática manifestación de su fuerte sentido de la personalidad individual (capaz de contradecir la norma familiar y social en este aspecto crucial). También denotaba la orientación que iban adquiriendo sus convicciones político-ideológicas. No en vano, siendo estudiante de bachillerato, el joven Negrín se reveló como un convencido admirador y seguidor del político y abogado grancanario José Franchy

Roca, fundador en 1903 del Partido Republicano Federal y exponente en el archipiélago de la tradición democrática y socializante del republicanismo federalista apadrinada por Francisco Pi y Margall (expresidente de la I República en 1873)[21].

Esa temprana conversión democrática y republicana de quien no dejaba de ser un vástago de la alta burguesía comercial isleña era un fenómeno menos sorprendente en la época de lo que pudiera parecer a primera vista. De hecho, tras el aldabonazo moral y material que supuso la derrota española en la guerra contra Estados Unidos y el consecuente Desastre colonial de 1898, la vigente monarquía de la Restauración borbónica había entrado en una crisis estructural de prolongada duración y creciente intensidad. En esencia, el sistema restauracionista, con el joven rey Alfonso XIII a la cabeza, mostraría en años sucesivos una virtual incapacidad para convertir su sedicente parlamentarismo democrático en una plena realidad efectiva y homologable a la existente en Francia o Gran Bretaña. Por eso mismo, la alternancia pactada en el poder de los dos grandes partidos dinásticos (el llamado «turno pacífico» entre conservadores y liberales) siguió siendo una práctica política omnipresente y sobrepuesta a las fraudulentas consultas electorales, a pesar de las tentativas «regeneracionistas» auspiciadas por ambos entre 1898 y 1917 (ya fueran del Partido Conservador con Antonio Maura o del Partido Liberal con José Canalejas). De ese modo, la reconocida necesidad de una reforma interna del sistema en un sentido democrático fue siempre bloqueada por la fortaleza de los intereses creados en torno al caciquismo clientelar, que perpetuaba la desmovilización cívica, corrompía la veracidad de las elecciones generales y desvirtuaba la gestión racionalizadora del Estado.

En ese contexto socio-político que siguió al Desastre y al fracaso de las tentativas «regeneracionistas» de los partidos dinásticos, una buena parte de la élite intelectual española fue abrazando el ideario democrático republicano como única solución al problema de la modernización de España. Una modernización que, desde su perspectiva, exigía dos medidas correlativas: la exaltación de la ciencia y la educación como instrumentos para la forja de una masa crítica desencadenante de una reacción general ciudadana; y la convergencia con el resto de Europa bajo la vía de una

reforma institucional del Estado de carácter democrático y secularizador. De hecho, «más ciencia y más democracia» habrían de ser los clarines de enganche de toda una generación europeísta que llegaría a la mayoría de edad con ocasión de la Primera Guerra Mundial (la llamada «generación del 14») y que habría de tener a José Ortega y Gasset como uno de sus más eficaces y carismáticos portavoces[22]. Y sería precisamente Ortega quien formularía con vigor los dos puntales de ese programa modernizador:

> España necesita una larguísima era de reconstitución liberal. Es preciso apoderarse del poder firmemente para lograr en una labor de muchos años ir recreando de sus ruinas bárbaras la nación, valiéndose de la libertad, como instrumento pedagógico. […] Ved aquí el deber de la europeización de España concretado en esta cuestión política del momento. Hay que educar la conciencia pública española; esta es la labor que desde hoy mismo tiene que iniciar la juventud. […]
>
> Europa, señores, es ciencia antes que nada: ¡amigos de mi tiempo, estudiad! […]
>
> Regeneración es el deseo; europeización es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente se vio claro desde un principio que España era el problema y Europa la solución[23].

En el caso grancanario, desde principios del siglo XX, ese ideal modernizador antidinástico cobró la forma específica del proyecto republicano federal alentado de forma infatigable por Franchy Roca. Compartía dicho proyecto con el resto del republicanismo español su afirmación republicana y su voluntad política educativa: «Monarquía y democracia son términos esencialmente inconciliables»; «Empezamos por enseñar a leer y escribir. Queremos además formar ciudadanos dignos y conscientes»[24]. Pero añadía dos rasgos propios que probablemente dieron su vigor al pimargallianismo grancanario (sorprendentemente pujante en un momento de declive en el resto de España). En primer lugar, contenía una propuesta de reorganización administrativa federalizante que otorgaba más poder a las islas como unidad básica de gestión estatal, solucionando así el secular «pleito insular» que enfrentaba a Las Palmas con Santa Cruz de Tenerife, capital de la provincia única de Canarias hasta la división en dos provincias decretada en 1927[25]. En segundo orden, prescribía una orientación «socializante» de la alternativa republicana, bajo la convicción de que era imprescindible la intervención del Estado para la mejora de las relaciones laborales y la promoción del bienestar de las clases obreras, sin

las cuales no cuajaría el ideal de «la República de los ciudadanos dignos y conscientes»[26].

Negrín habría de ser uno más de esos jóvenes españoles de principios de siglo, cultivados y despiertos, que asumirían el diagnóstico reformista y suscribirían su receta educativa y política (incluyendo las vetas «federal» y «socializante» difundidas por Franchy Roca en Las Palmas). Y lo sería al igual que muchos otros españoles de su generación, incluyendo a bastantes de sus amigos de la infancia y adolescencia en Canarias. Entre estos últimos cabría citar los nombres de Vicente Gómez Bonnet, Juan González de Quesada, Rafael Domínguez Silva y Simón Benítez Padilla[27]. Según el testimonio posterior transmitido por José Miguel Alzola González, Negrín solía reunirse con los citados «en el Banco de España, calle de León y Joven, y redactaban un periódico manuscrito llamado *La Tremenda*»[28]. También formaban parte de su grupo de amistades juveniles Dionisio Ponce-León Grondona, Juan Urquía Hernández, José Torrent Reina y los hermanos José, Juan y Matías Molina[29].

Precisamente una carta manuscrita remitida por Negrín desde Alemania a Simón Benítez Padilla en marzo de 1907 alude a esa comunidad de convicciones político-ideológicas sin ambages. En ella, tras expresar su contento porque «veo con placer que van despertando los canarios», inquiere por la suerte de «nuestro amigo Franchy», transmite un saludo de su parte para el tribuno y pide al amigo noticias sobre «nuestro partido» del que sospecha con acierto «que va de capa caída». Y finaliza la misiva, como era de rigor, reproduciendo la trilogía de principios republicana con mayúsculas:

«LIBERTAD
IGUALDAD
FRATERNIDAD[30]».

La presencia de Negrín en Alemania respondía a una decisión educativa de su padre que se conformaba a una tradición muy común entre las familias pudientes de Canarias (particularmente de Las Palmas): enviar a sus hijos a

realizar los estudios superiores fuera del archipiélago, a universidades de la España peninsular (evitando así acudir a la tinerfeña Universidad de La Laguna) o a universidades del extranjero (si la economía familiar podía permitírselo). Puesto que el muchacho había destacado en las asignaturas de ciencias y mostraba una sorprendente habilidad para el aprendizaje de lenguas modernas, su padre optó por enviarle a estudiar la carrera de medicina a Alemania. Probablemente tomó esa decisión seducido por el enorme prestigio de la ciencia y la universidad germanas en la época y aprovechando sus contactos comerciales con aquel mercado de exportación emergente. En todo caso, orillaba así conscientemente la posibilidad de enviarlo a las igualmente prestigiadas universidades británicas, quizá a causa del tradicional recelo de la burguesía comercial de las islas hacia la competencia de las empresas británicas que se había establecido firmemente en el comercio de exportación canario[31].

EN ALEMANIA

Cumplidos los 14 años de edad, a comienzos del otoño de 1906 el joven Negrín embarcó rumbo al puerto de Hamburgo en un largo viaje que hizo escala en Santa Cruz de Tenerife y Cádiz[32]. Una pequeña anécdota contada poco después por él mismo revela nuevamente el perfil de sus juveniles convicciones político-ideológicas. Antes de embarcar en el buque que habría de llevarle a Hamburgo, Negrín fue a despedirse de un antiguo profesor muy apreciado, don Pablo Rodríguez. En casa de este le comunicaron que había ido a la catedral y allí se dirigió el muchacho para cumplir su propósito. Encontró al profesor en el patio de la Catedral charlando con un canónigo, el padre Feo, profesor de Ética. Y notó que, a su saludo, el padre Feo «hacía una mala mueca y continuaba hablando con don Pablo». Su profesor le explicó poco después que el canónigo «tenía muy malos antecedentes míos, pues, según le habían dicho yo tenía lo que ellos llaman *malas ideas*»[33].

Negrín desembarcó en el gran puerto de Hamburgo y se dirigió por ferrocarril hacia la ciudad de Hildesheim, situada a 25 kilómetros al sur de Hannover. Probablemente los amigos y socios comerciales alemanes de su padre le habían recomendado ese lugar por ser un centro urbano pequeño (de unos 60 000 habitantes) y de mayoría católica. Pero no fue posible encontrar allí plaza para el muchacho en ningún internado, razón por la cual «un señor a quien vengo recomendado» consiguió que lo admitieran en una pensión-colegio de Kiel, donde pensaba matricularse en la Facultad de Medicina. Permanecería en esa estratégica ciudad del Báltico apenas dos cursos académicos, mientras perfeccionaba su dominio del alemán (que llegaría a ser muy pronto su segunda lengua materna), convalidaba sus estudios de bachillerato y reforzaba sus previos conocimientos de francés e inglés (iniciando el camino de su posterior y asombrosa poliglotía).

En la correspondencia con su amigo Simón Benítez Padilla, Negrín le informó puntualmente de que Kiel era una población de unos 160 000 habitantes y «el puerto de guerra alemán más importante». También en esa correspondencia dejaba entrever su escasa simpatía por el cerrado sistema social y la autocracia imperial que definían a la Alemania guillermina del Segundo Imperio: «Aquí en todo predomina el elemento militar» y «el poder imperial aquí es exagerado y llega al despotismo»[34]. Añadiendo al respecto y críticamente: «aquí no pueden estudiar para oficiales sino aquellos cuyos padres son muy ricos y ocupan una posición elevada. Esta es una de las disposiciones estúpidas del gobierno del Káiser».

Al margen de esas observaciones generales de indudable madurez para un joven de tan solo 15 años (y de su confesión de que había dejado de ir a misa y no guardaba el precepto de abstinencia de carne en Semana Santa), Negrín también informaba a su compañero de que su dedicación a los estudios (clases de alemán, inglés y francés durante cinco horas por la mañana) no le impedía disfrutar de los placeres de la vida estudiantil. Había hecho varios amigos en la pensión (casi ninguno alemán, dos brasileños, un portugués, tres mulatos haitianos, un chileno y un panameño) con los que se divertía regularmente: «vamos a algún cinematógrafo», «a ver danzar» (los martes y viernes), «al teatro» (los jueves y sábados), a excursiones a pueblos cercanos, e incluso ocasionalmente al «baile de máscaras» en los que «se permite *Kiss*» (subrayado en el original esta expresión inglesa para «beso»). El único reparo insistente y notable presente en sus cartas se refería a la austera dieta seguida en la pensión-colegio:

> La manutención, según me han informado, era antes buena, pero ahora han entrado una infinidad de alemanes que no pagan sino 800 M. (marcos) anuales y reciben el mismo servicio que nosotros, por lo que ahora nos ponen unas porquerías enormes: un plato de sopa variada pero que no es buena, carne con salsa, patatas y legumbres, y compota; este es el almuerzo a la 1 y media. La carne siempre guisada o con unas composiciones que yo no puedo ni oler, y la compota no es como debía ser. Antes del almuerzo recibimos a las ocho café que no se podía ni ver, con unos panes y manteca, pero fuimos a quejarnos al viejo y hemos conseguido que a los extranjeros nos pongan chocolate, si no bien hecho al menos que se puede tomar. A las diez viene leche que los alemanes beben con gusto (en su mayoría son brutos del campo que todo les gusta) y que nosotros no tomamos. A las tres viene chocolate y a las 7 unos 6 o 7 sándwiches y té o cerveza. Nosotros por esta razón (sin razón, porque ellos no tienen la culpa) hemos pedido comedor aparte y así lo tenemos, y además disfrutamos de

> más libertades que ellos, pues salimos y entramos cuando queremos. Pero así con malas comidas y todo lo pasamos bien[35].

La madurez del joven Negrín se aprecia en casi todos sus comentarios, incluyendo sus juicios sobre los compañeros. De los brasileños comenta: «Estos chicos eran muy poco estudiosos, marchando para su país con muy pocos conocimientos después de haberse divertido no poco y de haber gastado no poco dinero. En mi concepto estos chicos estaban bastante pervertidos». Y de los venezolanos escribe: «El mayor de 17 años es formal pero muy sensual y con visos de parentesco con el Homo Satirus de Linneo. El más pequeño es simpático como su hermano pero muy majadero y muy amigo de molestar».

Aprobados los dos primeros cursos de medicina en Kiel, Negrín optó por trasladar su matrícula en el verano de 1908 a la Universidad de Leipzig, antigua capital del reino de Sajonia, donde estaba la facultad médica de mayor categoría de Alemania después de la de Berlín (y donde tres años antes había estado Ortega y Gasset como estudiante de filosofía). Su decisión fue resultado de una creciente inclinación por la entonces emergente disciplina médico-biológica de la fisiología, centrada en el estudio de la dinámica y funciones físico-químicas de los organismos vivos. En Leipzig, una próspera ciudad de más de medio millón de habitantes, estaba radicado el afamado *Physiologisches Institut* (Instituto de Fisiología), fundado en 1869 por el médico fisiólogo Carl Ludwig, «verdadero maestro de todos los fisiólogos del mundo de su generación». El nuevo centro devino muy pronto en «modelo de cuantos posteriormente se hicieron y envidia de los fisiólogos más eminentes»:

> El instituto estaba dividido en tres departamentos de investigación, consagrados respectivamente a fisiología, química y anatomo-histología, con unos recursos técnicos y una infraestructura envidiables en el contexto de su época[36].

El legado de Ludwig en Leipzig había sido recogido desde principios del siglo XX por el profesor Theodor von Brücke, «uno de los principales fisiólogos europeos de su tiempo». Y precisamente Brücke se convertiría en el principal maestro y valedor del joven Negrín («el primer español que se

formó en Leipzig») en el seno de la comunidad científica alemana y continental[37].

Negrín residiría en Leipzig ocho de los diez años que permaneció en Alemania, desde los 14 hasta bien cumplidos los 24 años. Y aparte de sus retornos a la casa familiar en Canarias durante el verano y a veces en Navidades, junto con ocasionales visitas a Francia, Bélgica y Gran Bretaña, la dinámica ciudad báltica fue escenario de buena parte de su juventud y de sus estudios universitarios:

> Se componía, cuando Negrín se matriculó en la Escuela de Medicina, de la ciudad antigua, situada en el centro, rodeada de un paseo circular que había sustituido a la línea de fortificación levantada en la guerra franco-prusiana. Esta parte, donde se encontraba el Teatro, el Museo y la Universidad […] la constituían edificios viejos y calles estrechas. Más allá acababan de levantarse los arrabales modernos, que en junto constituían la nueva ciudad de Leipzig y llevaban los nombres de Reudnitz, Neusdronefeld, Volkmardoff, Stotteritz, Schonofoeld, Golilis, Entritzesch, Lundenan, Plagewitz, Konnenwitz, etc.
>
> Los paseos, donde se daban cita las parejas amorosas y sentimentales, ocupaban el lugar de las antiguas murallas, entre la ciudad propiamente dicha y sus arrabales; era la parte más hermosa de Leipzig. Aquel fue el escenario de las horas más felices de Juan Negrín, pues fueron las de sus años de juventud[38].

Negrín completó en Leipzig en el verano de 1911 sus estudios de Medicina que, en conjunto, abarcaron doce cursos semestrales y comprendieron, entre otras, las siguientes asignaturas: Física experimental para médicos (dos cursos); Química orgánica e inorgánica; Anatomía Comparada y Zoología; Anatomía y Fisiología de las plantas; Fisiología (tres cursos); Química fisiológica; Debates de Fisiología; Prácticas de Fisiología y de Química fisiológica; etc[39]. Además de esos estudios medicofisiológicos, muy pronto Negrín decidió cursar en paralelo la carrera de Química y empezar la de «ciencias económicas». Esta última no pudo finalizarla debido al estallido de la Primera Guerra Mundial en el verano de 1914, que también le impidió obtener la licenciatura oficial en Química debido a que le faltó «terminar las dos terceras partes del curso dedicado a la obtención de preparados orgánicos»[40].

Dejando a un lado los incompletos estudios económicos, la propia simultaneidad entre las dos carreras científicas señaladas (Medicina y Químicas) demuestra que Negrín había abandonado la idea de convertirse

en un médico ordinario dedicado a la práctica de su oficio y se orientaba decididamente hacia la investigación médico-fisiológica y bioquímica especializada. Su conversión fue completa y apasionada puesto que llegó a hacer de los laboratorios del Instituto de Fisiología su segundo hogar, trabajando en ellos con regularidad prusiana «desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde». Aunque ese intenso horario de estudio e investigación tampoco le privó de seguir cultivando sus otras aficiones culturales y de ocio: asistir al teatro, acudir a conciertos y visitar «una céntrica cervecería donde se reunían pandillas de estudiantes y lindas empleadas, costureras y futuras glorias del arte escénico»[41].

Como resultado de ese tesón y capacidad de trabajo, el 3 de agosto de 1912, cuando contaba con 20 años de edad, Negrín obtuvo el grado de doctor en medicina por la Universidad de Leipzig con una tesis sobre un problema de fisiología del sistema nervioso involuntario conocido como la «glucosuria experimental»: el fenómeno de la elevación de la glucosa sanguínea tras la estimulación de un centro nervioso situado en el ventrículo bulbar de la base del cráneo[42]. Su trabajo fue publicado ese mismo año en la prestigiosa revista de fisiología alemana, *Pflügers Archiv*, y aparecía firmado por «cand. Med. Juan Negrín y Lopez aus Las Palmas»[43].

Había realizado su tesis bajo la dirección del profesor Theodor von Brücke porque dos años antes se había convertido en su colaborador regular como «ayudante sustituto», primero, y luego como «asistente numerario» en el Instituto de Fisiología. Y en esa condición empezó a impartir clases teóricas y prácticas de investigación, desarrollando en ellas su luego proverbial maestría como cirujano animal en ranas o conejos («un verdadero artista del bisturí»). Así lo recordaría pocos años después el propio Negrín al repasar sus méritos universitarios en Alemania:

> … Tomando parte en las prácticas dos veces por semana (por ser dobles las clases prácticas en Leipzig), preparando la parte experimental de las clases cuando el Catedrático estaba imposibilitado y el primero y segundo asistentes ausentes (como sucedió algunas veces durante la guerra).
>
> El haber tomado, como asistente, parte activa en la enseñanza teórica y práctica, y haber intervenido más o menos directamente en cuantos trabajos de investigación salieron del Instituto durante su estancia en él como asistente numerario, según era costumbre en el expresado Instituto[44].

Fue de la mano de Brücke como Negrín empezó a colaborar en distintas publicaciones científicas europeas concentrándose en tres campos de estudio principales: las variaciones del contenido cromafínico de las glándulas suprarrenales; la función reguladora del sistema nervioso simpático; y los procedimientos técnicos de microanálisis para la determinación cuantitativa de la glucosa en la sangre[45]. También ganó cierta fama en la profesión por su precisa traducción al alemán de la obra del prestigioso fisiólogo francés Charles Richet titulada *L'Anaphylaxie* (la anafilaxia: un proceso relacionado con la inmunidad).

De aquellos años de febril actividad datan los primeros contactos de Negrín con la comunidad científica española, que hasta entonces le había ignorado por razones evidentes. En febrero de 1911 se había dirigido por carta a Santiago Ramón y Cajal, el laureado Premio Nobel de 1906 que presidía la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), el principal organismo español de promoción científica creado en 1907[46]. Su pretensión era conseguir una «pensión» (beca) de «doscientas cincuenta a trescientas pesetas» para continuar sus estudios de medicina en Leipzig. La solicitud no fue aceptada por la Comisión Ejecutiva de la JAE que, sin embargo, por carta de su secretario, José Castillejo, informó a Negrín de su decisión de concederle la «consideración de pensionado»: una medida que equivalía al reconocimiento oficial de sus estudios en el extranjero y le facultaba, en caso de retorno, para presentarse a oposiciones a cátedras y puestos docentes oficiales en universidades españolas[47].

De aquellas fechas data igualmente su fructífera relación con la escuela fisiológica organizada en Barcelona en torno a Ramón Turró y Augusto Pi i Sunyer, que publicaron en España algunos de sus primeros trabajos de investigación: «Sobre el mecanismo de la diabetes experimental producida por la punción del IV ventrículo» (en 1911 en el *Boletín de la Sociedad Española de Biología*) y «Métode Senzill per la determinació del contigut de materia cromáfina en les cápsulas suprarenals» (en 1914 en *Treballs de la Societat Catalana de Biología*). También por entonces entabló relación con los doctores Enrique Moles y José Casares Gil, catedráticos de Química Orgánica y Análisis Químicos de la Universidad de Madrid, respectivamente, a los que conoció durante sus cortas visitas al Instituto de

Leipzig para actualizar su formación por encargo de la Junta para Ampliación de Estudios[48]. Y precisamente Moles y Casares Gil, ya iniciada la guerra mundial, aconsejarían a Negrín el regreso a España para continuar sus investigaciones, impresionados por «su competencia en cuestiones de Química fisiológica» y por su cortesía y buen hacer:

> Casares y Moles estaban profundamente agradecidos a Juan Negrín, no solo por las facilidades que les proporcionó para la labor que tenían que llevar a cabo, sino por su cordialidad afectiva. Negrín era un hombre extremadamente simpático, ameno en su conversación, de profundo sentido crítico[49].

En una de esas visitas a Leipzig, Negrín conocería a Julián Besteiro, catedrático de Lógica en la Universidad de Madrid, que empezaba a despuntar como uno de los máximos dirigentes del PSOE y de su sindicato hermano, la Unión General de Trabajadores (UGT), bajo la tutela de su carismático fundador, Pablo Iglesias. La relación con Besteiro, si bien no cuajó en una profunda amistad, no pudo menos que reavivar en Negrín sus tempranas inclinaciones ideológicas de tinte progresista. De hecho, parece que fue durante sus años de estudiante y profesor en Leipzig cuando maduraron sus simpatías políticas por el Partido Socialdemócrata alemán (SPD), entonces en la cumbre de su apogeo electoral (en las elecciones generales de 1912 recibiría el apoyo del 34,7% del censo) y de su influencia cultural y social en el Segundo Imperio[50]. Así lo reconocería en público muchos años después el propio Negrín, en una de sus raras alusiones al tema:

> Allí (en Alemania) adquirí el convencimiento de que los verdaderos ideales de la humanidad están en el socialismo, que tiene dentro de su ancho campo soluciones para todos los problemas sociales, incluso para aquellos más complicados y difíciles[51].

La novedosa faceta como traductor científico de Negrín denotaba el alto grado de conocimiento de las dos lenguas que había desarrollado y su sorprendente capacidad políglota (una verdadera rareza en la España de aquel entonces). No en vano, él mismo señalaría en 1916 en su correspondencia con Santiago Ramón y Cajal:

> Además del Alemán conoce el que suscribe el Francés, que habla y escribe casi como su propia lengua; el Inglés, que traduce con facilidad y habla y escribe regularmente, habiendo tenido ocasión de practicarlo durante dos veces que ha estado en Inglaterra; el Italiano, que traduce correctamente y el cual puede conversar; y el ruso en el que puede sostener una conversación y traducir cualquier tema con ayuda de un diccionario[52].

La extraña referencia final al idioma ruso apuntaba a la nueva situación vital y familiar en la que se encontraba ya entonces Negrín. El 9 de febrero de 1914, con 22 años recién cumplidos, había contraído matrimonio en el registro civil de Leipzig con Marie Mijailova Fiedelmann Brodsky, una agraciada estudiante de música de su misma edad que había nacido el 15 de noviembre de 1892 en el seno de una familia judía de Yekaterinoslav (actual Dnepropetrovsk, a orillas del río Dniéper, en el centro de Ucrania). Probablemente la pareja se había conocido en algún concierto de los muchos a los que ambos asistían, puesto que Negrín era «muy aficionado a la música clásica» y Leipzig era la ciudad musical por excelencia (donde Bach había compuesto sus obras más emblemáticas, donde Wagner había nacido y donde Mendelssohn fundó el primer conservatorio de música de Alemania)[53]. Según confirma el acta del registro, a la ceremonia civil asistieron los padres de la joven, ambos judíos rusoparlantes de muy holgada posición económica y bastante secularizados: «el comerciante Chaim Schlemow Fiedelmann y su esposa Chai Sara, nacida Brodsky, residentes en Jekaterinoslaw», el primero de 47 años y la segunda de 43[54].

La ciudad natal de la esposa de Negrín recibía el nombre de su fundadora en 1787, la emperatriz Catalina II (Yekaterinoslav: «A la gloria de Catalina»), y era uno de los centros comerciales y manufactureros más importantes del sur del Imperio ruso, con una población de 125 000 habitantes en el tránsito del siglo XIX al siglo XX. Casi un tercio de esa población la componía la laboriosa comunidad judía (unas 40 000 personas), que había sido invitada por los zares desde finales del siglo XVIII para colonizar la zona, explotar sus recursos agrarios y aprovechar sus excelentes comunicaciones fluviales[55]. Los padres de María habían heredado en Yekaterinoslav una sólida posición económica y social gracias a la riqueza generada por la propiedad familiar de una gran fábrica textil. Esa posición les había abierto las puertas de la alta burguesía rusa

(disfrutaban de una casa en San Petersburgo, además de la casa de campo en Ucrania) a pesar del antisemitismo rampante desencadenado a finales del siglo XIX en el imperio zarista. Por eso mismo, sus hijos (María, otras dos chicas y un muchacho) habían tenido la fortuna de ir a cursar estudios a Alemania y disfrutaban así de una educación selecta y muy poco común entre los jóvenes judíos de su país de origen (tenían como idioma materno el francés y el alemán)[56].

Como recordaría posteriormente Negrín, su boda con María Mijailov (como sería conocida posteriormente con mayor frecuencia[57]) fue producto del más sincero enamoramiento juvenil: «movido por motivos puramente sentimentales y con la esperanza de constituir un hogar feliz». El joven matrimonio pasaría a residir en la casa de Negrín en Leipzig, situada en el número 7 de la Reitzenhainer Strasse, en el barrio de Reudnitz, al este de la ciudad antigua. Habida cuenta de la tradición familiar canaria, aquella ceremonia civil fue muy pronto completada con un matrimonio religioso en Leipzig, según el rito católico (previa conversión de María), el 21 de julio del mismo año 1914[58].

La felicidad del momento de la joven pareja probablemente fue breve porque apenas unos días después de esa boda religiosa estallaría la Primera Guerra Mundial, que habría de enfrentar al Imperio alemán, con el apoyo de Austria-Hungría y el Imperio otomano, con las potencias aliadas: Gran Bretaña, Francia y el Imperio ruso. El brutal conflicto desatado en aquel verano de 1914, prolongado hasta la victoria del bloque aliado por agotamiento en noviembre de 1918 (previo refuerzo vital de Estados Unidos), puso fin inesperadamente al largo siglo XIX donde había reinado el optimismo liberal y la confianza en el progreso. En palabras recientes de Gabriel Kolko:

> La Primera Guerra Mundial sacudió las estructuras sociales, económicas y demográficas de Europa más profundamente que cualquier otro acontecimiento desde la Revolución Francesa y desencadenó procesos que tuvieron como consecuencia un cambio radical en la forma de hacer y de entender la política. Hemos de considerar los múltiples efectos de la guerra en todos sus aspectos, desde la consumación de la catástrofe en el caso de Rusia hasta las pequeñas transformaciones que tuvieron lugar en la isla británica. Ningún país de Europa se libró de sus efectos, pues la guerra agudizó viejas tensiones y conflictos, convirtiéndolos en fatídicas crisis que antes de 1914 habrían sido difíciles de imaginar[59].

El matrimonio Negrín Mijailov (que se relacionaba en alemán como norma y a veces en francés) muy pronto pudo apreciar en carne propia las crecientes dificultades originadas por la guerra en Alemania. Ante todo por «las dificultades económicas y espirituales» que Negrín confesó abrumado a sus colegas los doctores Moles y Casares Gil durante una breve estancia de estos en Leipzig[60]. Las primeras tenían su origen en la inflación galopante y la correlativa escasez de víveres y mercan cías generadas por la guerra (proceso acentuado con el transcurrir de los meses por el éxito del bloqueo naval implantado por Gran Bretaña). Las segundas probablemente tuvieran su origen en la incomodidad causada por la doble condición de la pareja: en el caso de María, como nativa rusa, su calidad de inmigrante procedente de un país enemigo y profundamente demonizado; en el caso de Negrín, su calidad de nativo de un país que había adoptado una posición de neutralidad estricta por virtual impotencia y equitativa división interna (con las derechas manifestando su germanofilia y las izquierdas haciendo gala de su aliadofilia). Además de esas circunstancias, Negrín contempló con desmayo cómo sus investigaciones fisiológicas se veían afectadas por las inevitables restricciones monetarias y materiales. Como informaría a Ramón y Cajal al solicitar su ayuda poco después:

> Sin publicar a causa de haber impedido su publicación los transtornos ocasionados por la guerra, tiene el solicitante los siguientes trabajos.
>
> Un estudio experimental sobre las variaciones del contenido cromófilo de las cápsulas suprarrenales en distintas condiciones experimentales. Esta investigación es fruto de dos años y medio de experimentos en cargo de doscientos conejos y lo considera el solicitante como su obra de mayor importancia. Casi ultimada la parte experimental, estalló la guerra y al pretender el autor finalizar sus experimentos y sintetizar sus resultados en el invierno de 1914 a 1915 se encontró con que la falta de material y elementos, así como la escasez de tiempo, por tener a su cargo las ocupaciones que antes desempeñaban tres asistentes, dos de los cuales estaban en la guerra, le impedían completar su labor[61].

Para agravar la ya de por sí crítica situación, la familia aumentó de miembros en muy poco tiempo: el 22 de noviembre de 1914 nacía en Leipzig el primero de sus hijos, Juan Negrín Mijailov (llamado Juan Junior, o Junior a secas, en el seno de la familia). Y apenas un año después habría de nacer (ya en el domicilio familiar de Canarias) la primera de sus hijas,

María, inscrita en el Registro Civil de Las Palmas el 8 de diciembre de 1915 (llamada Marita por sus padres y familiares)[62].

En esas condiciones, a lo largo de 1915, Negrín fue madurando la decisión de regresar a España, al menos temporalmente hasta el final de la guerra, para continuar allí su carrera científica e investigadora. Y en previsión de esa contingencia, comenzó a adquirir (es de suponer que con ayuda paterna) una amplísima biblioteca de libros y revistas de Fisiología y Química Fisiológica (nombre entonces de la Bioquímica) que llegaría a ser legendaria en España. Iniciaba así, en las circunstancias propicias de la guerra mundial (que hundieron el precio de los libros científicos), la senda que habría de convertirle, ya para toda la vida, en un consumado bibliófilo y un reputado coleccionista. Una afición que, amén de gratificar su insaciable curiosidad intelectual, habría de reportarle considerables garantías económicas (en caso de necesidad de venta del material para disposición de dinero efectivo).

El retorno a la patria de Negrín y su crecida familia tuvo lugar a mediados del mes de octubre de 1915, en plena fase de estabilización de la contienda mundial y cuando ya era evidente que se trataba de una guerra larga, cruenta y virtualmente universal: la entrada en liza en ese año de Italia, con los aliados, y Bulgaria, con las potencias centrales, precedería a la entrada de Estados Unidos en el bando aliado en 1917, paso previo para el colapso final austro-alemán registrado el 11 de noviembre de 1918.

Negrín preparó la operación de regreso con cierta precipitación, tras haber asumido la carga docente de tres compañeros movilizados para la guerra, después de haber rechazado la posibilidad de convertirse en «privat-dozent» (categoría previa a la de catedrático) y una vez comprobada la imposibilidad de seguir sus investigaciones debido a las restricciones económicas y de material impuestas por la guerra. Esas circunstancias determinarían incluso que el retorno se hiciera sin la biblioteca y el mobiliario familiar del domicilio en Leipzig y sin haber encontrado todavía cobijo académico o profesional alternativo en España. Por esa razón, Negrín se dirigió a Las Palmas para residir provisionalmente en la casa familiar canaria de la calle Buenos Aires, donde mes y medio después nacería su hija Marita. El diario de Las Palmas, *La Provincia*, no dejó de

anunciar (con parcial error) el día 19 de octubre de 1915 la noticia del «regreso del joven médico don Juan Negrín, procedente de Rusia donde contrajo matrimonio»[63].

2

UN EMINENTE MÉDICO Y CIENTÍFICO RETORNADO A SU PATRIA (1915-1936)

Familia Negrín-Mijailov. Hacia 1925.

DIRECTOR DEL LABORATORIO DE FISIOLOGÍA

Instalado en Las Palmas, tras pedir consejo a sus amigos Moles y Casares Gil, Negrín decidió escribir a Ramón y Cajal para solicitar la ayuda institucional de la Junta para Ampliación de Estudios. En su carta, fechada en Las Palmas el 22 de febrero de 1916, solicitaba «una pensión para ampliar dichos estudios (de fisiología) y continuar sus investigaciones en Estados Unidos de Norte América». En efecto, Negrín planeaba trasladarse con su familia a Nueva York, mientras durara la guerra mundial, para trabajar con dos eminentes fisiólogos que investigaban en el Rockfeller Institute for Medical Research y en la Cornell University, interesados como él por el análisis de «la glucosuria originada por la fluoricina» y el perfeccionamiento de «la técnica quirúrgico-fisiológica». Añadía que tras seis u ocho meses de estancia en esa ciudad también estaría interesado en completar la estancia de un año visitando en Boston a los doctores Cannon y Porter, de la Harvard University, «para conocer prácticamente los métodos originalísimos que se siguen allí para el estudio de la Fisiología»[1].

La respuesta de Ramón y Cajal se hizo esperar cuatro meses y su contenido habría de introducir un giro radical en la vida personal y profesional de Negrín. En efecto, por iniciativa de su presidente, la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) optó por rechazar esa solicitud en favor de una invitación formal para que Negrín se integrara en la plantilla docente e investigadora de la institución y colaborase en su magna labor de promoción de la ciencia en España:

> Hemos visto la solicitud de pensión que Vd. ha dirigido a esta Junta, y sabiendo lo que Vd. ha trabajado en Alemania y lo que vale, desearíamos conocer si se inclinaría Vd. a venir a

> trabajar a Madrid, a alguno de nuestros Laboratorios, para iniciar investigaciones de Fisiología y preparar a los jóvenes que hayan de salir al extranjero.
>
> Cree la Junta que solo después de una labor en España y de incorporar aquí los conocimientos que Vd. posee, quedaría plenamente justificada su salida a Estados Unidos o al punto más conveniente, para refrescarlos y renovarlos.
>
> Mucho agradeceré a Vd. una pronta contestación dándonos su decisión en principio, para someterla a la Junta y planear su ulterior desarrollo[2].

Negrín decidió aceptar la invitación y en el mes de octubre de 1916 se trasladó a vivir a Madrid (residiendo inicialmente en la calle de Ayala número 70 y luego en la calle Lagasca número 121, ambas en pleno barrio de Salamanca), una vez confirmado su nombramiento como director del recién fundado Laboratorio de Fisiología General de la JAE[3]. Era el quinto de los laboratorios creados por dicha institución para combinar la práctica docente experimental y la actividad investigadora especializada, a tono con el objetivo de mejorar la pedagogía de las enseñanzas científicas y abrir las esclerotizadas universidades al contacto con las tendencias europeas.

Negrín, que contaba entonces solo con 24 años de edad, se sumaba así con todos los honores, en virtud de su reputado prestigio y bajo la tutela de Ramón y Cajal, a un núcleo de investigadores de primerísima fila en el campo de las ciencias físico-naturales. De hecho, entre sus pares y colegas, que habrían de ser además sus amigos, estaría lo más granado de la ciencia española de la primera mitad del siglo: Blas Cabrera (Laboratorio de Investigaciones Físicas, 1910); Luis Calandre (Laboratorio de Anatomía Microscópica, 1911); José Sureda Blanes (Laboratorio de Química General, 1912); Antonio Medinaveitia y José María Sacristán (Laboratorio de Química Fisiológica, 1915); Gonzalo Rodríguez Lafora (Laboratorio de Fisiología y Anatomía de centros nerviosos, 1916); Pío del Río Hortega (Laboratorio de Histología Normal y Patológica, en 1919); Paulino Suárez (Laboratorio de Serología y Bacteriología, 1913)[4].

El nuevo laboratorio dirigido por Negrín fue emplazado en la llamada Residencia de Estudiantes, un centro de alojamiento para universitarios fundado en 1910 al modo de los *colleges* británicos, regentado por Alberto Jiménez Freud y situado justo al lado del Museo de Ciencias Naturales, en «los Altos del Hipódromo» (rebautizados por Juan Ramón Jiménez como «la colina de los chopos»). La ubicación física del laboratorio de Negrín se

situó al lado de otros tres laboratorios en la planta baja del cuarto pabellón (llamado «El Trasatlántico» por sus amplios ventanales y formas entonces vanguardistas): un amplio semisótano de unos 57 metros de longitud y diez de anchura que contaba con subterráneos destinados a almacenes y lavaderos[5].

Negrín se dedicó en cuerpo y alma a su nueva empresa científica, a la que entregó todos sus instrumentales y la bien surtida biblioteca científica que pudo traer de Alemania tras el final de la guerra y la normalización de los transportes continentales[6]. Y lo hizo a pesar de que el sueldo prescrito por la JAE para la dirección del Laboratorio (600 pesetas mensuales) era digno pero no excesivo en su categoría, razón por la cual Negrín siguió recabando y recibiendo el auxilio económico ocasional de su padre y tío paterno para sus gastos personales y familiares[7].

La calidad de su labor al frente del Laboratorio obtuvo la aprobación de la JAE tras el preceptivo informe redactado por el médico y biólogo Jesús María Bellido, que giró una inspección al mismo a finales de 1917 y dejó escrito al respecto para conocimiento reservado de Ramón y Cajal y Castillejo:

> La labor que en él (el Laboratorio de Fisiología General) se ha llevado a cabo es seria, intensa y digna de toda protección. Conocedor desde hace algunos años de los trabajos anteriores de Negrín, y habiendo tenido la fortuna de ser el primero entre los biólogos españoles que lo trató personalmente, no dudaba que correspondería con creces a la protección que por esa Junta se le otorgase, y la revisión de lo hecho en el año y medio de su permanencia en esa ha confirmado mi previsión. En la visita hecha al Laboratorio he podido admirar la manera como al principio de su actuación al frente del mismo resolvió ingeniosamente la falta de medios de trabajo, el tino con que ha hecho las adquisiciones de material, lo bien dispuesto del cursillo de lecciones prácticas que da a los residentes, y sobre todo los resultados de su labor de investigación, ceñida a la resolución de un problema interesante, que ya le había preocupado durante su profesorado en Leipzig, y al perfeccionamiento de un recurso de técnica. En el segundo punto, lo hecho en la demostración de las reacciones vasculares frente a las diversas hormonas y drogas es realmente afortunado, ya que ha dado una demostración sencilla e irrecusable de la hiperfunción de la médula suprarrenal después de la picadura del bulbo con glucosuria, asunto debatidísimo que queda definitivamente resuelto después de lo hecho por mi amigo. […]
>
> Creo que la Junta puede darse por satisfecha y debe ya plantearse el problema de si conviene facilitarle todos los medios necesarios para sus trabajos, hasta llegar a fundar bajo su dirección un verdadero Instituto de Fisiología[8].

En efecto, Negrín consiguió conformar un laboratorio de primera categoría en el que pudo continuar sus investigaciones aplazadas desde la partida de Leipzig y, a la par, fundar una verdadera escuela de fisiología de renombre y prestigio internacional. A esa labor contribuyó el hecho de que su laboratorio, a diferencia de los otros laboratorios residenciales, pasó a depender directamente de la JAE y obtuvo una posición financiera preferencial en la medida en que se integró en el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales presidido por Ramón y Cajal, el gran valedor científico de Negrín durante toda esa etapa[9].

La estabilización profesional lograda por Negrín le permitió recuperar sus contactos con los centros de investigación alemanes y europeos más destacados del momento, a los cuales visitó en distintas ocasiones para actualizar sus conocimientos teóricos y quirúrgicos[10]. Y en esa misma línea de apertura renovadora impulsó los primeros contactos de colaboración entre la investigación básica y la industria española. Así, por ejemplo, su conocimiento de las técnicas bioquímicas para la determinación de la vitamina A le llevó a estudiar su concentración en el hígado de los atunes, unas diez veces superior a la encontrada en el hígado de bacalao, cuyo aceite se empleaba frecuentemente en clínica por aquella época. Pertrechado de esos descubrimientos, Negrín estableció un acuerdo con el Consorcio Almadrabero para su explotación industrial, «mediante un proceso que permitía obtener el insaponificable del hígado de atún con un contenido de vitamina A del orden de 300 000 u. i./ml.»[11].

Apenas situado al frente del Laboratorio, Negrín también estableció su primer contacto oficial y directo con la universidad española. Lo hizo de la mano de José Gómez Ocaña, titular de la cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Madrid. Reconociendo la valía del joven fisiólogo recién llegado, en octubre de 1917 Gómez Ocaña le incorporó a su cátedra como «auxiliar interino». El cargo carecía de remuneración alguna («será desempeñado gratuitamente»), tenía como fundamento la atención de «las urgentes necesidades de la enseñanza en esa Facultad» y «los servicios que en él se preste se considerarán de mérito para su carrera». A partir de entonces, Negrín compatibilizó sus tareas docentes matutinas en el viejo caserón de San Carlos, en el madrileño barrio de

Atocha y al lado del Hospital Universitario (hoy Museo Reina Sofía), con la activi dad en el laboratorio de investigación de la colina de los chopos por las tardes[12]. Y trató de llevar a las aulas su innovadora concepción experimental y química de la Fisiología, rayana en la moderna Bioquímica, con el consiguiente desconcierto inicial de bastantes de sus jóvenes alumnos. Así lo recordaría uno de ellos, el doctor Ortiz Picón años después:

> Negrín atribuía en sus lecciones especial relieve e importancia a los aspectos bioquímicos de la Fisiología, produciendo la impresión de que esta —en su sentido clásico— nos era escamoteada. Las disertaciones teóricas de Negrín eran prolijas en fórmulas de aminoácidos y proteínas; por consiguiente, poco didácticas para estudiantes ayunos de preparación bioquímica. La proporción de suspensos solía ser considerable[13].

Con ese renovado amparo institucional, Negrín pudo participar en 1920 en el Congreso Internacional de Fisiología reunido en la Sorbona de París con sendas conferencias (impartidas en un francés perfecto) y la presentación de un aparato diseñado por él, denominado estalagmógrafo, que servía como contador automático de gotas de líquido emanadas de la vena de una rana en el experimento de la determinación de la adrenalina en sangre[14]. El éxito entonces logrado por la fisiología española fue recogido por el diario *El Sol* en una crónica elaborada por Gonzalo Rodríguez Lafora:

> La delegación española ha dejado esta vez el nombre científico de España a buena altura. Las comunicaciones y demostraciones de Pi i Suñer y sus discípulos y colaboradores sobre la regulación de la glucemia, sobre la sensibilidad del neumogástrico y sobre la sensibilidad trófica y los reflejos glicemiantes despertaron gran interés. Igualmente, Negrín, con sus colaboradores y discípulos, hizo una gran impresión de investigador a la moderna, y su aparato «el estalagmómetro», ideado para recoger gráficamente el número de gotas de los líquidos que pasan a través de los vasos sanguíneos en las experiencias de Trendelemburg, para determinar la acción constrictora o dilatadora de diferentes sustancias, tuvo gran éxito; tanto que muchos fisiólogos eminentes que asistieron han pedido a Madrid este ingenioso aparato fisiológico. Las comunicaciones de este investigador español sobre el contenido en adrenalina de las cápsulas suprarrenales después de la célebre «piqûre» de Claudio Bernard, y acerca de la acción de esta sobre la presión arterial, despertaron considerable interés y fueron seguidas de la intervención de numerosos fisiólogos extranjeros[15].

En su fecunda tarea científica e institucional al frente del Laboratorio de la JAE, Negrín contó desde el comienzo con el auxilio de su paisano canario, el médico José Domingo Hernández Guerra, con el que tenía un

lejano parentesco y que se convirtió ya en 1916 en su «ayudante de laboratorio» y «mano derecha». Con él, que sería su gran amigo y su más íntimo colaborador hasta su temprana muerte en 1932, Negrín publicaría conjuntamente varios artículos científicos relevantes[16]. A Hernández Guerra se le sumó enseguida una primera nómina de colaboradores (con la categoría de «becarios» o de «ayudantes») entre los que destacarían José María del Corral García, José Sopeña y José Miguel Sacristán, todos ellos seguidores de las líneas de investigación abiertas por Negrín y centradas inicialmente en el estudio de la secreción de adrenalina y su relación con el sistema nervioso[17].

Poco después, ya en la década de los años veinte (una vez convertido en catedrático universitario), se irían formando al lado y bajo la tutela de Negrín como investigadores una segunda generación tan brillante si no más que la primera, pero orientada hacia la investigación bioquímica o farmacológica: Severo Ochoa de Albornoz, Francisco Grande Covián, José María y Francisco García-Valdecasas, Blas Cabrera Sánchez (hijo del físico homónimo), Rafael Méndez Martínez, José Puche Álvarez, Ramón Pérez-Cirera, Pedro Barreda o incluso Marcelino Pascua, José García-Blanco y Francisco Vega Díaz[18]. A este grupo habría de pertenecer también el bilbaíno Pedro Arrupe, que en 1927 decidió abandonar la investigación fisiológica para ingresar en la Compañía de Jesús (de la que llegó a ser Superior General). Aunque Negrín no se resignó a perder «un buen discípulo» e intentó sin éxito disuadirlo en su empeño, acabaría confesando: «Será un gran sacerdote como hubiera sido un gran médico»[19].

Todos ellos guardarían siempre un afecto muy especial por quien consideraban su maestro, con independencia de sus respectivas orientaciones políticas e ideológicas en el futuro. Y sus testimonios acreditan tanto la talla intelectual como la gran humanidad, cortesía y generosidad de Negrín. Así lo recordaría el doctor José Puche bastantes años después:

> Negrín como jefe era enérgico y riguroso. No admitía en sus discípulos asomo de pereza, detestaba la doblez y la pedantería. Toleraba mejor la timidez o la ignorancia pensando que acaso tuvieran compostura. Poco aficionado a las definiciones, alguna vez dejaba oír su sentir más profundo. Su devoción por la ciencia se manifestaba de manera tajante, alguna vez le oí

> decir: «La Ciencia debe ser cultivada con esfuerzo y el ferviente propósito de servir a la verdad». «Un solo hecho bien observado y ordenado puede ejercer más influencia en el saber científico que miríadas de hipótesis imaginadas.» […] Muy parco en los elogios a sus discípulos comentaba, cuando no estaban presentes, con fruición y alegría, sus progresos. […] Su cordialidad, siempre latente, solía manifestarse ante cualquier ocurrencia graciosa de los muchachos[20].

Sobre la proverbial generosidad de Negrín baste mencionar el sistemático apoyo material, e incluso financiero, que procuró prestar a sus discípulos y ayudantes en todo momento. No se trataba solo del hecho de que pusiera a su disposición y sin reservas su amplísima biblioteca científica (fruto de esa pasión bibliográfica adquirida en Leipzig que le acompañaría toda su vida) o sus variados contactos en el extranjero (para facilitar estancias de estudio allí de todos ellos). Se trataba de compartir parte de su propio salario habida cuenta de la precariedad de la situación laboral de sus ayudantes y de las dificultades de encaje académico en la universidad española. Así, por ejemplo, en enero de 1931 Negrín llegaría a solicitar formalmente a la JAE que su salario como director del laboratorio (600 pesetas mensuales) fuera desgajado en cuatro partes equitativas para que fueran abonadas directamente a Severo Ochoa, Blas Cabrera, Rafael Méndez y Grande Covián. Y ello porque se trataba de «jóvenes médicos que llevan trabajando varios años con asiduidad y provecho» y dedicaban «exclusivamente sus actividades a la investigación y a la enseñanza»[21].

El fruto de ese apoyo constante e indeclinable puede verse en las evocaciones de algunos de esos discípulos sobre su etapa formativa en el laboratorio dirigido por Negrín. Francisco García-Valdecasas, el ya mencionado alumno decididamente opuesto a su maestro durante la República y la guerra civil, recordaría con posterioridad: «Guardo gratísimo recuerdo del doctor Juan Negrín, con la admiración y el agradecimiento que debe todo discípulo a su maestro». Y añadía:

> Estudié en Madrid, junto con mi hermano José María, que tenía mis mismas aficiones. […] Conocíamos a Severo Ochoa desde niños; su familia pasaba los veranos en Málaga, donde yo nací, porque su madre era asmática y necesitaba alejarse del mal tiempo asturiano. José María y Severo eran como hermanos, y los dos quedaron cautivados al escuchar a Negrín. Hicieron todo lo posible para poder trabajar con él y lo consiguieron. Su entusiasmo era contagioso, y yo me fui detrás[22].

En efecto, Severo Ochoa, el ayudante que alcanzaría el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1959, quedó cautivado al entrar en la Facultad de Medicina por un «profesor joven, brillante y capaz de motivar». Y siempre reconocería su deuda de gratitud con quien llegaría a considerar «mi padre (intelectual)» sin ambages y a pesar de sus diferencias posteriores: «Negrín abrió amplias y fascinantes perspectivas en mi imaginación, no solo a través de sus conferencias y enseñanzas de laboratorio sino también mediante su consejo, ánimo y estímulo para leer monografías científicas en otras lenguas distintas del español». Así recordaría Ochoa muchos años después sus primeras visitas al Laboratorio de la Residencia en el año 1924:

> Este ocupaba dos plantas. Una principal y un semisótano. El acceso, por la planta principal, conducía a un laboratorio que contenía dos mesas de trabajo de tipo químico. La sala contigua, a la izquierda del mismo según se entraba, contenía una magnífica biblioteca. Esta biblioteca, creación de Negrín, era sin duda en aquellos tiempos la más completa que en el área de la biología existía en el país. En ella se encontraban no solo las principales revistas mundiales de fisiología y bioquímica sino las enciclopedias comunes en aquel tiempo tal como el «Abderhaldens Handbuch der Biologischen Arbeitsmethoden», y una seleccionada colección de libros de texto y monográficos. Allí leí el libro de Jacques Loeb, «The Mechanistic Conception of Life», que tuvo considerable influencia en mi pensamiento científico y filosófico. […]
>
> Creo que, cuando Negrín nos invitó a trabajar en el laboratorio de la Residencia, Valdecasas y yo éramos los únicos estudiantes que asistíamos al mismo. Dicha asistencia era por la tarde, después del almuerzo; porque la mañana la pasábamos en el laboratorio de fisiología de la Facultad de Medicina, en el viejo edificio de San Carlos, donde éramos ayudantes de clases prácticas y trabajábamos como jefes de grupo dirigiendo las excelentes prácticas que en el laboratorio se hacían[23].

Al igual que el testimonio de gratitud de Ochoa (o de García-Valdecasas), podrían enumerarse muchos otros análogos de los restantes discípulos de Negrín. Sin embargo, quizá es el testimonio del doctor Puche el que mejor evoca la estatura moral e intelectual del maestro y su duradera influencia sobre los miembros de la escuela:

> Aquel simpático lugar de trabajo (el Laboratorio de la Residencia) adquiría interés inusitado cuando su titular hallábase presente. Don Juan, como le nombrábamos respetuosamente sus discípulos y amigos, confería un dinamismo peculiar a aquel modesto recinto. El tiempo parecía discurrir más aprisa y el trabajo era más efectivo. La amplitud y seguridad de los conocimientos de Negrín nos ahorraba, a quienes le escuchábamos, muchas horas de lectura y no pocas perplejidades. Muchas veces el problema consistía en captar de una vez su

> caudalosa información, pero cuando D. Juan advertía llegado el punto de saturación de sus interlocutores cambiaba jovialmente de tema […] En aquel ir y venir la enorme personalidad de Negrín conservaba íntegramente su prodigiosa eficacia. Cuántas veces se me ocurrió pensar lo que pudo haber hecho esta persona excepcional de haber podido concentrar sus esfuerzos en la estricta investigación científica[24].

Quizá una de las pocas observaciones críticas sobre Negrín que se advierte en los testimonios de sus discípulos y colaboradores concierne a su sensibilidad ligeramente hipocondríaca (propia, por otra parte, de muchos médicos), que le llevaba a tener una confianza quizá excesiva en la bondad de la terapéutica farmacológica. Como dejaría anotado el doctor Álvarez Sierra:

> … llevaba siempre los bolsillos llenos de medicamentos. Tenía la obsesión de si podría darle algún ataque de angina de pecho (es posible que hubiese sufrido algún amago), y llevaba comprimidos para tal contingencia: grajeas para evitar el mareo, aspirinas, digestónicos y, lo más curioso, unos especiales para provocarse el vómito, si después de haber comido se encontraba con agobio gástrico. Era un buen «gourmet»[25].

El testimonio previo alude oblícuamente a un hecho cierto y comprobado: desde su afincamiento en Madrid Negrín empezó a sufrir transtornos estomacales (probablemente un principio de úlcera) que le causaban frecuentes vómitos y molestias gástricas y a los que trataba de aplacar con recursos farmacológicos (básicamente con bicarbonato). Esas dolencias se intensificarían años después hasta llegar a constituir un verdadero problema de salud en los años de la guerra civil y el exilio.

Al margen de la sensibilidad hipocondríaca y farmacológica, también causaba alguna sorpresa entre sus discípulos y en la España de entonces la exquisita pulcritud corporal y de atuendo de Negrín, importada de Alemania y exacerbada por exigencia de sus labores quirúrgicas y por su conocimiento de los medios de transporte bacterianos y víricos desvelados por el uso habitual del microscopio. Ese sentido de la pulcritud devino pronto en una verdadera manía por la limpieza que le llevaba a usar gran cantidad de pañuelos de mano y a contemplar con verdadera aprensión las prácticas sociales que implicaban el uso comunitario indiscriminado de objetos «peligrosos» (como vasos, toallas y cubertería)[26].

En todo caso, no es de extrañar que, habida cuenta de las estrechas relaciones personales establecidas con sus discípulos, Negrín echara mano de muchos ellos cuando finalmente emprendiera su carrera política. De hecho, José María García-Valdecasas y Blas Cabrera Sánchez llegarían a ser sus secretarios particulares durante la guerra civil, en tanto que Rafael Méndez, José Puche, Marcelino Pascua y Grande Covián colaborarían con él en distintos puestos relevantes durante la contienda y en el exilio. Mención aparte merece el nombre de Elías Delgado, un joven muchacho burgalés que fue adscrito al laboratorio de Negrín desde el comienzo como conserje y chico para todo. Con el paso del tiempo, Delgado se convertiría en el verdadero administrador del centro y secundaría los pasos políticos de Negrín para convertirse en mayordomo de su casa, cocinero y asistente personal incluso en los años del exilio[27].

La rápida consolidación de la escuela fisiológica de Negrín en Madrid hizo necesario proceder al trámite de la convalidación oficial de sus estudios médicos en Alemania. Solicitó la misma al Ministerio de Instrucción Pública con fecha de 2 de julio de 1917. Por decisión del ministro, a la sazón el liberal Santiago Alba, una Real Orden de 4 de abril de 1918 autorizaba la realización del «examen de reválida o de conjunto» para convalidar su título alemán de licenciado en Medicina por el equivalente español. Se sometió a los ejercicios correspondientes en la vieja Facultad de Medicina de San Carlos el 24 de septiembre de 1919, obteniendo la calificación de «Sobresaliente». Por eso mismo le fue concedido el primer Premio Extraordinario de Licenciatura del curso 1918-1919 (por delante de quien sería luego un reputado colega, Carlos Jiménez Díaz). En ese mismo curso y en el mismo mes de septiembre de 1919, realizó los estudios de Doctorado aprobando todas las asignaturas obligatorias: Historia de la Medicina (con Notable); Parasitología (Notable); Psicología Experimental (Notable); y Análisis Químico (Sobresaliente)[28].

La necesidad de cursar las asignaturas de doctorado vino impuesta por el hecho de que Negrín no consiguió convalidar su título alemán de doctor. Por eso mismo hubo de realizar una nueva tesis doctoral en España. El nuevo trabajo doctoral realizado llevó por título *El tono vascular y el*

mecanismo de la acción vasotónica del esplácnico[29]. En el mismo abordaba lo que entonces era una gran controversia en el ámbito de la Fisiología: el origen del efecto de los nervios esplácnicos sobre la presión arterial, dado que la estimulación de dichos nervios provocaba una gran secreción de adrenalina que iba seguida de la aceleración del ritmo cardíaco y de un aumento de la presión arterial. Después de un «estudio exhaustivo de la bibliografía existente» y de los experimentos quirúrgicos correspondientes (con perros y conejos), el entonces doctorando llegaba a unas conclusiones que «se enmarcan en la cumbre de lo que se sabía en su época» (según Díaz Chico):

> 1.ª El descenso de la presión arterial provocado por la sección de los nervios esplácnicos es pasajero y puede incluso faltar.
>
> 2.ª Los impulsos nerviosos de origen central ejercen un papel secundario en el sostenimiento del tono vascular.
>
> 3.ª El descenso primario y ascenso secundario de la presión arterial que se observa después de excitar los esplácnicos es debido a la secreción de adrenalina.
>
> 4.ª La parte medular de las suprarrenales juega un papel importante en la regulación del tono vascular.
>
> 5.ª Este papel no hay que concebirlo como el de una acción permanente, que sería sin igual en la fisiología de todos los órganos secretores.
>
> 6.ª De igual carácter y permanencia parece carecer la acción tonorreguladora de origen central, por lo menos en el área inervada por el esplácnico.
>
> 7.ª Independientemente del sistema nervioso y de la secreción adrenal, puede el sistema vascular sostener su tonicidad propia, lo cual constituye una propiedad inherente de la musculatura lisa.

El tribunal de tesis correspondiente, reunido el 26 de junio de 1920 y constituido por los doctores Teófilo Hernando, Ramón Jiménez, Dionisio Herrero, Alfonso Medina y Pedro Mayoral, decidió por unanimidad otorgarle la máxima calificación entonces posible: «Sobresaliente»[30]. No en vano, tanto la temática como el modo de exposición adoptado por Negrín eran de «gran originalidad» (a juicio de Álvarez Sierra) y suponía «una notable modernidad» (según Díaz Chico)[31].

Superado ese postrero trámite, Negrín pudo finalmente intentar el acceso a la función docente universitaria mediante la presentación a oposiciones de catedrático de su especialidad. El prematuro fallecimiento en julio de 1919 del encargado de la cátedra madrileña de fisiología, José

Gómez Ocaña, le abrió una inesperada oportunidad. Convocado el correspondiente concurso de oposición en julio de 1920, Negrín firmó la plaza al igual que otros varios candidatos de prestigio entre los que destacaban su exalumno José María del Corral y el doctor Carlos Jiménez Díaz (amén de otros cuatro doctores: Alfonso Medina, Miguel Bañuelos, Estanislao del Campo y Celestino Torremocha). El tribunal examinador seleccionado por sorteo fue publicado en la *Gaceta de Madrid* el 20 de abril de 1921. Estaría presidido por el decano de la Facultad de Medicina de Madrid, el ginecólogo Sebastián Recasens, y lo componían los doctores Manuel Márquez (oftalmólogo), Teófilo Hernando (terapéutico), Leonardo Rodrigo Lavín (fisiólogo) y, en calidad de secretario, Jesús M. Bellido (farmacólogo)[32].

Los ejercicios correspondientes, compuestos por pruebas muy exigentes y abiertas a un público numeroso y expectante, se desarrollaron entre el 1 y el 22 de febrero de 1922 en la Facultad de Medicina madrileña. Al final, solo concurrieron a las pruebas cuatro firmantes: Corral, Del Campo, Torremocha y el propio Negrín. Este «orientó sus temas en tres sentidos»: la exposición de lo que era la Química Fisiológica (antecedente de la Bioquímica); la «descripción de modernos aparatos y técnicas de laboratorio»; y la exposición de «abrumadora cantidad de fichas bibliográficas rusas, alemanas, suecas, austríacas, etc.». Según el testimonio posterior de uno de los doctores presentes entre el público (de orientación política contraria a la de Negrín), sus ejercicios fueron una muestra de «positivos aciertos y rigorismo doctrinal». Y añadía:

> Lo cierto es que tanto el Tribunal como los que presenciábamos los ejercicios sabíamos de todo aquello mucho menos que él. Algunos, absolutamente nada[33].

En esas condiciones, a nadie sorprendió la decisión tomada por el Tribunal, de modo unánime y sin discrepancia alguna, en su «sesión pública» del 22 de febrero de 1922. Como reza el acta oficial de la misma:

> Reunidos los Señores del Tribunal que al margen se expresan [todos los integrantes] a las doce y tres cuartos de la mañana, en el Anfiteatro grande de la Facultad de Medicina, se abrió la sesión y leída el acta de la anterior, fue aprobada.

> Terminados los ejercicios de estas oposiciones el Tribunal, en cumplimiento de lo dispuesto por el artículo treinta y cuatro del Reglamento, procedió en sesión pública a la votación, que dio el resultado siguiente:
>
> Los Señores Bellido, Hernando, Márquez, Maestre [suplente de Rodrigo Lavín] y Presidente, votaron al opositor don Juan Negrín y López.
>
> En vista del resultado de la votación, el Tribunal por unanimidad propone para la Cátedra de Fisiología humana, vacante en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, al opositor don Juan Negrín y López[34].

En consecuencia, el 4 de marzo de 1922, una Real Orden publicada en la *Gaceta* nombraba a Negrín catedrático de Fisiología Humana de la Universidad Central de Madrid, «con el sueldo anual de 6000 pesetas, más 1000 pesetas por conceptos de residencia y demás ventajas de la Ley». Tomó posesión formal de la misma el día 16 de marzo. Y su colega y amigo, el doctor Rodríguez Lafora, no dejó de aludir al hecho en una nueva y elogiosa crónica periodística contemporánea en el diario *El Sol*:

> La organización de los estudios médicos está entrando en España en una nueva fase de mejoramiento. Nos referimos a la selección de los nuevos profesores… En estos últimos días han sido elegidos dos hombres de positivo valer: uno, el doctor Negrín, para la Cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina, y otro, el doctor Gallego, para la de Histología de la Facultad de Veterinaria. Ambos son dos investigadores que han probado sobradamente su capacidad con numerosas publicaciones de trabajos originales[35].

CATEDRÁTICO DE UNIVERSIDAD

La conversión de Negrín en catedrático de la Universidad Central de Madrid a principios de 1922, con 30 años de edad recién cumplidos, supuso la práctica culminación de su carrera académica en España. Y también supuso una gran seguridad personal para el interesado puesto que la cátedra estaba remunerada con la nada despreciable cantidad de 7000 pesetas anuales. Es decir: casi el triple que los ingresos salariales anuales obtenidos por un trabajador de las minas de carbón de Asturias que tuviera la fortuna de estar empleado durante todo el año[36].

Se trataba de una mejora económica sumamente apreciada habida cuenta de que la familia había aumentado en otros dos miembros masculinos desde la instalación definitiva en Madrid: el 3 de mayo de 1917 había nacido Rómulo Negrín Mijailov, seguido el 7 de junio de 1922 por el último de los varones, Miguel Negrín Mijailov[37]. Quizá por ese motivo, por aquellas fechas la familia mudó su domicilio por dos veces a pisos más céntricos y amplios. Primeramente, se instaló en el número 68 de la avenida de Pi y Margall (actual Gran Vía). Poco después se trasladó, ya definitivamente, al piso de la planta primera del número 85 de la calle Serrano (en la parte más elegante del barrio de Salamanca)[38].

Fueron momentos aquellos de relativa felicidad familiar y conyugal. El hijo mayor recordaría posteriormente que su madre les inculcó a todos el amor a la música clásica y que tocaba virtuosamente un piano Strauss n.º 30881 (incautado por el Estado tras la guerra civil) mientras su marido trataba de acompañarla al violín con bastante menor fortuna. También en aquellas fechas María Mijailova frecuentaba el Lyceum Club de Madrid y era reputada como una mujer «bonita, inteligente y culta». Otras fuentes familiares la recuerdan como una mujer de temperamento («un carácter un poco explosivo, muy rusa») y con una notable inclinación por el ocio y la

vida social: «le gustaba el piano, el *bridge*, el teatro, el cine, las amigas, no se interesaba mucho por la política»[39]. Esta última característica habría de ser un rasgo de su personalidad que acabaría separándola bastante de su marido con posterioridad. Pero no dejaba de constituir un aspecto comprensible dada su extracción social y las amargas vicisitudes que hubo de pasar su familia como resultado de la agitada vida política de aquellos años. En efecto, tras la consolidación del triunfo bolchevique en Rusia en octubre de 1917, la familia de María perdería todas sus propiedades en Yekaterinoslav y San Petersburgo y tendría que partir al exilio por su doble condición burguesa y judía prozarista. Sus padres, acompañados de su hermano y una hermana (la otra, casada con un oficial zarista, permaneció en Rusia), recalarían brevemente en España durante un corto período de tiempo antes de instalarse definitivamente en Bélgica y poder restablecer su posición socio-económica[40].

Por entonces, aparte de los regulares viajes veraniegos a Las Palmas y a Telde para reunirse con los abuelos y tíos paternos, la familia Negrín comenzó a disfrutar del veraneo en la playa de Zarauz, próxima a San Sebastián, siguiendo la moda de las clases pudientes madrileñas de la época. El archivo personal de Negrín custodiado en Las Palmas conserva dos fotografías reveladoras de aquella época mayormente feliz para toda la familia. En la primera, tomada entre finales de 1917 y principios de 1918, el matrimonio posa con sus tres hijos según los cánones de la fotografía familiar de entonces: el marido sentado (con bigote y sin gafas), con su hijo pequeño (Rómulo) en el regazo, mientras la mujer y los otros dos hijos (Juan Junior y Marita) permanecen de pie a su lado. La segunda foto, de principios de los años veinte, muestra a una María Mijailova en Las Palmas vestida con mantilla canaria y ante un fondo decorativo de estudio fotográfico (en sepia, con balaustrada, palmeras y luz de poniente)[41].

La fortuna familiar y conyugal se vería, sin embargo, muy pronto eclipsada por dos terribles desgracias. Apenas un año después del nacimiento en junio de 1922 del hijo menor, Miguel, María había dado a luz en la casa familiar de Madrid a la segunda hija del matrimonio, llamada Dolores. El propio Negrín atendió a su mujer durante el parto y tuvo que afrontar un drama inesperado: la niña nació ya muerta, ahogada por el

cordón umbilical. Esa pérdida causó una gran consternación en María y el lógico abatimiento en su marido (que conservó hasta el final de su vida una foto suya con la recién nacida fallecida)[42].

Pero lo peor estaba aún por llegar: la otra niña, Marita, falleció víctima de una epidemia de tifus extendida por Madrid cuando contaba con 10 años, en algún momento de 1925. En ese mismo año, un total de 4260 personas murieron en España como consecuencia de esa enfermedad infecciosa (tifus exantemático o fiebres tifoideas) de altísima letalidad hasta el descubrimiento de la penicilina[43].

La inesperada muerte de Marita, unida a la pérdida previa de Dolores, hizo profunda mella en las relaciones de la pareja y abrieron una larga crisis matrimonial que Negrín trató de silenciar en lo posible pero que desembocaría en una ruptura real entre ambos a partir de la segunda mitad de los años veinte. Finalmente, en marzo de 1935, contra el parecer de su mujer, Negrín inició los trámites oficiales para obtener la separación (renunciando al divorcio), aunque la guerra civil interrumpiría el proceso legal. En la exposición de motivos que avalaba su petición ante los tribunales, Negrín dejó constancia de que la convivencia matrimonial había dejado de ser una realidad en torno a 1925, el mismo año de la muerte de Marita («hace diez o doce años aproximadamente»):

> Mi representado contrajo matrimonio movido por motivos puramente sentimentales y con la esperanza de constituir un hogar feliz, esperanza que no tardó en considerar frustrada por la manera de ser voluntariosa y dominadora de su esposa, por su obstinación y otras condiciones de carácter que hacían difícil la convivencia.
>
> Los ocho o diez primeros años de la unión del matrimonio Negrín, fueron una serie alternada de periodos de desavenencia y reconciliación, más cortos los últimos y más prolongados los primeros a medida que el tiempo transcurría. Casi siempre era mi representante quien iniciaba o intentaba iniciar la concordia.
>
> Principalmente con motivo de ausencias, debidas a viajes profesionales al extranjero, procuró varias veces mi representado reconciliaciones que al poco tiempo de su regreso fracasaban.
>
> Desde hace unos diez o doce años aproximadamente la situación del matrimonio se ha agravado considerablemente interrumpiéndose a menudo toda relación conyugal aún de mera cortesía, ya que la falta de afecto hace tiempo ha interrumpido las relaciones más íntimas.
>
> A los hijos del matrimonio, no se ha escapado este estado, siendo además actores pasivos y víctimas de la situación[44].

La reacción de María Mijailova ante la irreversible crisis matrimonial fue congruente con su fuerte carácter y personalidad. De hecho, adoptó una actitud de creciente y extrema hostilidad hacia su marido que llegó a tener perfiles obsesivos y quizá paranoicos. Su propia nieta Carmen recordaría años después «los saltos de humor de mi abuela» y su carácter «posesivo» y «temperamental», sin perjuicio del afecto abrigado hacia ella («era muy simpática y divertida»). En efecto, María no se recataría en lo sucesivo de criticar a su marido legal ante sus amistades y conocidos porque era «un infiel que la engañaba con tantas mujeres»[45]. Y esa acusación de infidelidad aireada en todo momento y ocasión (con éxito notable, como puede apreciarse) no sería la única arma de desprestigio utilizada con profusión. Porque, según afirmaría Negrín ante los tribunales en 1935 y corroboran otras fuentes, María recurrió a otras formas de actuación mucho más contundentes:

> La diferencia de costumbres en el matrimonio es tal que la Sra. de Negrín hace objeto, con insistencia reveladora al menos de obsesión mental, a su marido de toda clase de insultos, empleando calificativos altamente deshonrosos y ofensivos, tales como «granuja», «sinvergüenza», «cochino», etc., etc. Insultos que no se recata en proferir delante de los domésticos de la casa y de otras personas. Ha llegado a proferirlos delante de extraños de la casa y clientes y de familiares de ambos. En especial a los hijos del matrimonio es frecuente que se refiera, hablándoles de su padre, de forma despectiva e injuriante.
>
> En el orden de las vías de hecho, la señora de Negrín ha arrojado a su marido en multitud de ocasiones objetos contundentes llegando a causarle heridas. Su carácter psicópata la ha conducido hasta el extremo de despertar a su marido, y ya despierto, sin el menor motivo, un antecedente inmediato de discusión, injuriarle y agredirle. La señora de Negrín realiza además continuamente una labor de escándalo y descrédito de su marido. A las riñas ante los parientes y extraños, une otras en la vía pública, profiriendo en una ocasión grandes denuestos en el Paseo de Recoletos frente a la Biblioteca Nacional, después de haberle perseguido injuriándole y pretendiendo sin motivo que un agente de la Autoridad lo detuviese. A cuantas personas trata habla, según ella confiesa, de su marido en términos afrentivos[46].

Cabría dudar de la plena exactitud de esas acusaciones contra María por parte de Negrín, dado que proceden de una demanda de separación y su propia naturaleza requería la exageración de los rasgos de conducta más perniciosos de su esposa para lograr el objetivo perseguido. Sin embargo, muchas otras fuentes independientes avalan el comportamiento desequilibrado e injurioso de María contra su marido a partir del momento

de la ruptura del matrimonio en 1925. Quizá una de las más solventes, por su propia cercanía y parentesco y por su capacitación profesional, sea la proporcionada por el hijo mayor, Juan Negrín Mijailov, en carta personal y confidencial remitida a su hermano Rómulo en el exilio, en octubre de 1944. Siendo ya un prestigioso neurocirujano instalado en Nueva York, Juan Junior escribió las siguientes palabras de diagnóstico sobre el estado de salud de su madre:

> Tu madre tiene una personalidad esquizoide con tendencias paranoicas (en lenguaje que entiendas quiero decir que está mal de la cabeza) dirigidas y acrecentadas por complejos bajos y mezquinos. Su enfermedad no es lo suficientemente aparente como para que esté encerrada en una casa de salud, pero pertenece a un gran grupo de individuos que andan sueltos por el mundo haciendo la vida miserable a cuantas personas se someten por estupidez, debilidad, ignorancia o cobardía a sistemas u orientaciones impuestos por ellos. […]
>
> No niego que el estado de tu madre deje de tener interés médico, pero su descripción detallada haría interminable esta carta y quiero terminar pronto. Junto a lo expuesto tiene una *hypocondrissis* [hipocondría] que aparece o se recrudece cuando sirve a propósitos instigados por su personalidad anormal. Esto es lo que la hace quejarse, ir a médicos y marear a todo el mundo con sus malestares físicos[47].

El fracaso matrimonial y la hostil actitud de su esposa causaron gran sufrimiento en Negrín durante el resto de su vida, sobre todo porque, habida cuenta de su carácter un tanto tímido y poco dado a excentricidades públicas, hubiera querido mantener el asunto como «algo que era realmente íntimo y privado y que consideraba que no importaba a nadie»[48]. La conducta de María hizo imposible esa discreción, en tanto que la renuencia de Negrín a romper oficialmente su vínculo matrimonial probablemente permitió que la situación se agravara con el paso del tiempo. Esa renuencia estaba fundamentalmente basada en su preocupación por el futuro y la educación de sus hijos (al margen de que tal ruptura solo hubiera sido posible por vía de separación matrimonial, dado que el divorcio no fue legalizado hasta 1932, ya durante la Segunda República).

En todo caso, consumado *de facto* su fracaso matrimonial en 1925, Negrín nunca respondió (hasta la demanda de separación presentada diez años después) a los ataques de María ni rebatió en público o en privado sus reiteradas denuncias de infidelidad múltiple. Es improbable que estas tuvieran base real alguna, aunque su reiteración infatigable por parte de su

esposa fuera causa suficiente para dar pábulo al supuesto carácter mujeriego e inconstante de Negrín (aprovechado con propósito de descalificación política con posterioridad). Lo verdaderamente cierto es que, apenas unos meses después de roto el matrimonio, Negrín encontró «su gran y verdadero amor» en la persona de Feliciana López de Dom Pablo (llamada Feli por Negrín y todos sus amigos y conocidos)[49].

Feli había nacido en el 3 de marzo de 1906 en San Lorenzo de El Escorial. Era la segunda hija de una familia humilde que contaba con otras dos niñas. Su padre, repatriado de Cuba después de la derrota de 1898, trabajaba como guía en el Monasterio. Pero antes de que Feli cumpliera los 10 años, ella y sus hermanas quedaron huérfanas de padre y madre. Las tres niñas (la mayor con problemas de salud y la menor con muy pocos años de edad) fueron acogidas por unos tíos. Acuciados por la necesidad, los nuevos tutores decidieron que Feli empezara a trabajar en el gran hotel del Escorial como costurera y ayudanta de labores generales. Estuvo allí empleada unos cuantos años, hasta cumplir los 16, cuando decidió trasladarse a Madrid para intentar mejorar su condición. Al poco de llegar a la capital, en algún momento del año 1923, Feli empezó a trabajar como empleada o modesta ayudante del laboratorio de Fisiología dirigido por Negrín. Y allí, progresivamente y sin premeditación, comenzó a surgir una mutua atracción afectiva entre la joven escurialense y el afamado doctor, a pesar de la diferencia de condición social y de edad (14 años).

La práctica ruptura matrimonial de 1925 permitió a Negrín convertir su relación con Feli en una verdadera unión oficiosa que habría de durar hasta el final de sus días. Y ello sin romper su matrimonio legal ni abandonar oficialmente el domicilio conyugal. Feli, que era una mujer agraciada, muy dulce y con gran sentido del humor, asumió su condición de «compañera» del doctor con dignidad y suma discreción (la virtud que más mencionan de ella quienes la conocieron). Y la seriedad del nuevo compromiso afectivo fue tal que Negrín, un par de años después de iniciada la relación, viajó con Feli a Las Palmas con el objetivo explícito de presentarla formalmente a su padre (no a su madre) para obtener su visto bueno. También la presentó poco después a sus tres hijos, con los que mantuvo siempre una buena

relación a pesar de las circunstancias adversas creadas por la profunda hostilidad de María hacia Feli[50].

Después del acceso a la cátedra universitaria y casi en paralelo con su crisis matrimonial, Negrín imprimió un nuevo rumbo a su trayectoria científica profesional. Progresivamente fue abandonando la investigación experimental para dedicarse de pleno a la docencia, a la promoción de las carreras de sus discípulos y al ejercicio de la profesión médica ordinaria. De hecho, sus últimos trabajos importantes impresos datan del año 1926, cuando publicó la descripción de una versión mejorada de su estalagmógrafo en el *Boletín de la Sociedad Española de Biología* (volumen XI, fascículo II, página 231) y dio a conocer en la misma revista un nuevo aparato denominado «miógrafo directo no amplificador de inscripción frontal rectilínea» (destinado a registrar la actividad contráctil de varios órganos como los músculos, intestinos o el útero)[51]. Las investigaciones posteriores a 1926 fueron ya de orden menos ambicioso y no resultaron en artículos impresos sino en meras comunicaciones: «la química de los líquidos biológicos y tumores» (1932); «la función cutánea» (1933) y «el problema de la alimentación parenteral» (1935)[52].

En ese mismo año de 1926, con el propósito de mejorar su situación económica y atender con más holgura a su numerosa familia (y también a Feli), Negrín resolvió abrir un laboratorio privado de análisis clínicos. Lo instaló primero en el número 73 de la calle de Serrano, muy próximo a su propio domicilio particular (sito en el número 85). Tras la proclamación de la República, en 1931, lo trasladó al número 57 de la calle de Ferraz, en el barrio de Argüelles (muy próximo a la nueva Ciudad Universitaria entonces en construcción). El laboratorio contaba desde el principio con un teléfono particular cuyo bajo número delataba la entonces novedad del artilugio: 54 731 (en Serrano 73) y 54 732 (Ferraz 57)[53].

Emprendió esa nueva actividad profesional con el apoyo económico de su tío Domingo, con el que tenía una relación muy estrecha y al que pidió ayuda y aval bancario para conseguir las 40 000 pesetas que estimaba necesarias para atender «lo que pudiéramos llamar gastos de instalación». Según había confiado Negrín a su tío, los cálculos («que pecan de pesimistas») le inducían a creer que «el laboratorio puede dejarme de 3 a

4000 duros al año». Y esa expectativa de ganancias le daba «la seguridad de poder cambiar totalmente mi situación, que tú has conocido de cerca, convirtiéndola de modesta en brillante». El éxito de la nueva iniciativa, según Negrín, estaba garantizado por sus labores científicas previas y por el prestigio de su equipo de colaboradores:

> La situación en que hoy día estoy me permite estar seguro de que en poco tiempo tendría más trabajo del que quisiera. Felizmente yo tengo gente preparada, que trabaja conmigo desde hace años, de toda confianza, y que por una retribución relativamente modesta me auxiliarían, permitiéndome no abandonar mis otras ocupaciones, cosa que tú sabes yo no estoy dispuesto a hacer por ningún dinero del mundo[54].

Y puede decirse que Negrín acertó de pleno en sus previsiones ya que dicho laboratorio privado de análisis clínicos se convirtió en una referencia médica en la capital española. En efecto, como analista, «se acreditó por la minuciosidad de sus informes» y porque «tenía la costumbre de proporcionar datos al médico, sobre la posibilidad del diagnóstico». Su incursión en la práctica de la medicina ordinaria no pudo ser, por tanto, más remuneradora en todos los planos. Y le granjeó una reputación como «médico cien por cien» y de diagnóstico preciso y acertado. No en vano, según el doctor Álvarez Sierra, «sus íntimos temían a sus pronósticos desfavorables, pues casi siempre acertaba». Así sucedió al pronosticar un cáncer de estómago al doctor Roberto Novoa Santos, al predecir la próxima muerte del doctor Sebastián Recasens y también, en 1934, al augurar el fallecimiento de Ramón y Cajal después de estudiar sus análisis clínicos. Esa reputación médica de Negrín fue subrayada por el doctor Álvarez Sierra en su arriesgada (por ponderativa) semblanza biográfica publicada en plena época franquista:

> En el orden deontológico y de la ética profesional, se comportó siempre de un modo magnífico. […] Jamás escuchamos al doctor Negrín críticas ni censuras: sus comentarios sobre los demás (médicos) siempre eran elogiosos y, no obstante las diferencias políticas que inevitablemente tuvo con muchas personas, jamás le oímos hablar mal de nadie. […]
>
> La simpatía personal fue una de las causas de que el doctor Negrín se situase en posiciones universitarias y político-sociales de privilegio. Su don de gentes, sencillez en el trato, espontaneidad, cordialidad afectiva le hacían atrayente y aquel que cruzaba con él la primera conversación quedaba prendido para siempre en las redes de la amistad. […]

> Consecuencia de su simpatía era su caballerosidad, tanto en sus relaciones con sus compañeros de claustro, como con los alumnos de la clase médica madrileña. […]
>
> Su carácter abierto, fácil a la campechanía de las tertulias de cervecería, Ateneo y reuniones intelectuales, más su afición por la buena mesa, cliente adicto a los restaurantes alemanes de la calle de Zorrilla, le transformaron en un madrileño más, con sus ribetes de casticismo[55].

Si el innegable éxito profesional y económico como analista clínico pasó factura a su dimensión como investigador, no tuvo el mismo efecto en su vertiente como docente y maestro de su escuela científica. Antes al contrario. Después de su conversión en catedrático, Negrín siguió volcándose en la promoción y estímulo de sus ayudantes y colaboradores, que lograrían grandes triunfos académicos dentro y fuera de España: Corral alcanzaría la cátedra de Fisiología en Santiago de Compostela en 1923; Hernández Guerra y García-Blanco ganarían la misma cátedra en Salamanca y en Granada en 1926, respectivamente; Sopeña lo haría igualmente en Santiago en 1927; José Puche obtendría la de Valencia en 1930; José María García-Valdecasas accedería a la de Salamanca en 1933; Rafael Méndez conseguiría la de farmacología en Cádiz en 1934; etc. Realmente, desde su conversión en catedrático, como ha escrito José Luis Barona, «el principal mérito de Negrín no fue la realización de una obra científica personal de relieve internacional»: fue haber creado y estimulado con tesón una «escuela de fisiólogos que difundió el prestigio de la investigación experimental por todo el mundo»[56].

Pero, sobre todo, Negrín volcó toda su energía en la modernización de la enseñanza médico-fisiológica en la universidad madrileña hasta el punto de trasladar a su seno la función docente del Laboratorio de la Residencia de Estudiantes, que quedaría desde entonces como un laboratorio exclusivamente de investigación avanzada. Su labor como profesor universitario se extendió sobre todos los alumnos matriculados en Medicina (aproximadamente unos 600 jóvenes de diecisiete años en cada promoción) dado que su asignatura era materia obligatoria en el segundo año[57]. Y nada más tomar posesión de su cátedra, en unión de su colega y amigo barcelonés, el doctor Augusto Pi i Suñer, empezó a presionar a las autoridades universitarias españolas para modificar en un sentido más moderno el programa docente de las Facultades de Medicina. La presión

tuvo éxito y muy pocos años después, en 1926, fue aprobado un «nuevo plan» docente en el que se reducían los estudios de Anatomía, se introducían técnicas experimentales y se ampliaban los estudios fisiológicos. Como ha señalado al respecto el doctor Gallego Fernández:

> La Fisiología Humana que se dictaba en un curso académico se desdobló en dos y tomó nuevos nombres: en el primero (segundo año de estudios) se estudia la Fisiología General y Química Fisiológica; en el segundo (tercer año del currículum) se estudia la Fisiología Especial descriptiva. El desglose de la Fisiología en su más amplio sentido, en Fisiología General y Química Fisiológica y Fisiología Especial, reflejaba la influencia de las tendencias en el ámbito mundial y evidenciada en los Congresos internacionales[58].

En su calidad de profesor universitario, son dos las impresiones legadas recurrentemente por quienes fueron estudiantes con Negrín: su carácter exigente en los estudios pero justo en la calificación; y su insistencia en el estudio experimental y la lectura de libros y artículos en distintas lenguas extranjeras.

Respecto a esta última característica, Rafael Méndez recordaría que Negrín dictaba «clases muy bien preparadas para hacernos llegar la dinámica de las funciones orgánicas, prácticas de laboratorio en pequeños grupos con tutores competentes y amables, seminarios en los que se repasaba y se incitaba al estudio»[59]. Y el doctor Álvarez Sierra anotaría:

> Tan pronto como tomó posesión de su cátedra, reformó el laboratorio ampliando sus dependencias y estableciendo las oportunas separaciones donde pudiesen estar los animales de las distintas especies que le servían en los experimentos. También pidió al Decano dotase su laboratorio de un suficiente arsenal de instrumentos, quizás más numeroso todavía que el que corresponde a un anfiteatro anatómico, y además llevó aparatos de Física, Química y reactivos de todas clases, indispensables para analizar los cuerpos o materiales orgánicos. La orientación que dio a su asignatura en el sentido de la Química Biológica superior, rama de la ciencia en que era gran autoridad por haberse especializado en Leipzig, así lo exigía. Son muchos los médicos que todavía recuerdan cuando en su primera lección de cátedra les habló de Claudio Bernard y de su famosa sentencia: «el laboratorio de un fisiólogo es base indiscutible donde ha de perfeccionarse la práctica médica»[60].

Respecto a la primera característica, también Álvarez Sierra recordaría que «era justo en los exámenes, pero solamente justo, nunca rigorista, ni extremado en la precisión de las preguntas que hacía». El testimonio fidedigno de Severo Ochoa apunta en un sentido algo más estricto: «Negrín

era un profesor exigente y suspendía a un alto número de estudiantes»[61]. Y eso mismo corrobora su discípulo Grande Covián:

> … era duro en los exámenes. Por su formación, había adquirido una rigidez germánica que trataba de imponer. […] Su personalidad atraía, aunque sus lecciones de cátedra resultaran, a veces, farragosas, porque daba la sensación de que, al hablar, traducía del alemán, con cierta torpeza para expresarse en español, que pronunciaba con acento canario. Era muy exigente y su asignatura no se aprobaba con facilidad[62].

Otro de sus alumnos más tardíos, el doctor Alonso Lecuona, que obtuvo con él la calificación de «notable» en sus exámenes de junio de 1936, dejaría un retrato muy preciso y atinado de su profesor en vísperas de la guerra civil. Para entonces, Negrín era ya el conocido y respetado médico afable, cortés, alto y corpulento, que pesaba algo más de los noventa kilos («de tipo físico grandón» y «un poco aguanchado de aspecto», refrendaría el doctor Pascua) [63]. Ya desde joven gustaba de mostrar en su rostro un bigote recortado que afeitaba muy a menudo (y seguiría haciéndolo así hasta el final de su vida). Y desde mediados de los años veinte usaba gafas de modo permanente debido a su miopía (2 dioptrías en el ojo derecho y 7 en el izquierdo) y astigmatismo (1,25 y 3,5 dioptrías en cada ojo)[64]. El retrato perfilado por ese discípulo no dejaría de hacer notar esas improntas físicas tan características de Negrín:

> Conservaba su pronunciación canaria: tenía un seseo muy típico (las *hessess* fecales… por ejemplo). Era un hombre fuerte, de andar firme, con unas gafas de concha, a través de las cuales había una mirada penetrante. La cara era mofletuda, con una hipertrofia de las glándulas salivares, lo que hacía suponer era un buen gastrónomo. Transcendía un rico aroma de sus magníficos habanos. Su estatura parecía muy grande, tanto por la perspectiva del alumno como por la comparación con otros profesores (don Pedro Ara era muy bajito). Su ayudante preferido era el doctor Grande Covián, también muy alto y de tipo atlético. Su habla era muy pausada y siempre se acompañaba en sus explicaciones de notas gráficas, hechas con su estilográfica y con una gran pantalla. Tenía gran admiración por la ciencia y pedagogía alemanas. Le gustaban los experimentos espectaculares, para despertar en los alumnos el interés por los problemas fisiológicos. Entre los estudiantes tenía fama de hueso y había gran número de repetidores; pero no era severo ni exigente. Sus explicaciones no se encontraban en los libros de texto que solía manejar el alumnado; por lo cual era forzoso tomar apuntes (sobre todo, hormonas y vitaminas que esos años empezaban su auge)[65].

Desde su instalación en Madrid en 1916 y hasta finalizado el año 1923, Negrín vivió dedicado en cuerpo y alma a su laboratorio, a su cátedra y a su familia, sin tiempo para otras actividades alternativas fuera del descanso dominical y de los habituales veraneos en Zarauz y en Las Palmas y Telde con la familia canaria. Como era hombre de gran capacidad de trabajo y muy poco sueño (su amigo Juan Rodríguez Doreste recordaría: «le bastaba apenas cuatro o cinco horas de sueño, en ocasiones menos»), su agenda diaria era tan intensa como agotadora. Rafael Méndez, su discípulo y colaborador científico y político, señalaría al respecto:

> Negrín vivía entonces en jornada intensiva y perpetua para la enseñanza y la investigación en fisiología, alternando su cátedra de la Facultad de Medicina con la dirección del laboratorio de fisiología de la Junta para Ampliación de Estudios. Dedicaba las mañanas, de ocho a una, a la enseñanza en su cátedra, y las tardes a su laboratorio de investigación, desde las tres y media hasta la hora en que terminaban los experimentos, y estos se prolongaban muchos días hasta pasadas las nueve de la noche[66].

En esas condiciones, es comprensible que Negrín dedicara muy poca atención efectiva a la evolución de la vida política de España durante los años 1917 y 1923, cuando se agudizó la crisis del sistema liberal representativo de la monarquía de la Restauración. El hecho cierto y comprobado es que Negrín no tomó partido abierto en la dura polémica entre aliadófilos (mayormente las izquierdas) y germanófilos (principalmente las derechas) con ocasión de la forzosa neutralidad española durante la guerra mundial. Quizá contribuyera a ese retraimiento su difícil condición de hombre de formación germánica (lo que inevitablemente le predisponía a mirar sin abierta hostilidad el esfuerzo bélico alemán) y convicciones ideológicas progresistas (que necesariamente le haría simpatizar mucho más con los fines de guerra de las potencias aliadas occidentales).

Tampoco se le conocieron actividades públicas de tipo político en los convulsos años de la postguerra europea, cuando la voluntad de los vencedores de establecer regímenes democráticos en el continente tropezó por la izquierda con la enemiga del totalitarismo bolchevique (implantado en la antigua Rusia bajo la inspiración de Lenin tras la victoria de octubre de 1917) y tuvo que hacer frente por la derecha a la emergencia del

totalitarismo fascista (triunfante en Italia bajo la dirección de Benito Mussolini en octubre de 1922). En esencia, esa fue la tríada de proyectos políticos antagónicos que surgieron en Europa como resultado del impacto devastador de la Gran Guerra y que compitieron durante todo el período de entreguerras (1919-1939) para lograr la estabilización política e institucional de los traumatizados países continentales a tono con sus respectivos apoyos sociales e intereses económicos: el proyecto reformista liberal-democrático; el proyecto reaccionario de corte autoritario arcaizante o fascista modernizante; y la alternativa revolucionaria comunista y colectivista. Eran las «Tres Erres» políticas (Reforma, Reacción Revolución) que iban a protagonizar la silenciosa y espasmódica «guerra civil europea» librada durante ese crítico ventenio, como ha señalado certeramente el historiador británico Donald C. Watt:

> La guerra civil que comenzó en Europa al tiempo que las campanas anunciaban el armisticio [de la Primera Guerra Mundial el 11 de noviembre de 1918] era en esencia un conflicto triangular: los conservadores tradicionales y los demócratas, sostenedores del Estado de Derecho, afrontaban el desafío simultáneo de los nuevos reaccionarios de la derecha antiparlamentaria y de los revolucionarios de la izquierda antiburguesa[67].

La pasividad rayana en la indiferencia mostrada por Negrín en aquellos años iniciales de la postguerra mundial ni siquiera se modificó cuando esa inestabilidad socio-política general afectó a la propia España. Quizá debido a la concentración de su atención y energía en la labor científica, Negrín permaneció al margen de toda participación pública en la agitada vida política de los años 1919 a 1923, cuando la crisis vigente se acentuó por el efecto combinado de tres fenómenos casi simultáneos: la movilización reivindicativa de las masas obreras (el llamado «trienio bolchevique»); la presión democratizadora de las clases medias (la campaña para la reforma constitucional limitando las abusivas «prerrogativas reales»); y el impacto de los nuevos desastres militares cosechados en la cruenta guerra colonial de Marruecos (singularmente, el Desastre de Annual de julio de 1921 y su cosecha de más de 10 000 soldados muertos).

Su falta de compromiso político explícito por aquellos años sería subrayada irónicamente por uno de sus amigos, el veterinario Félix Gordón

Ordás, que ya estaba volcado a una abierta militancia prorepublicana: «Era precisamente Negrín quien más procuraba ridiculizar mi fiebre política»[68]. Y también el doctor Pascua, que le conoció bien desde 1921, recordaría que por entonces era «poco versado en conceptos y doctrinas de las ideologías políticas tradicionales e históricas», eludiendo siempre «meterse en lucubraciones sobre temas de esa índole». Sin que por ello dejara de conversar sobre «los acontecimientos internacionales actuales o de la época concomitante», de los que sabía por sus amplias lecturas de prensa. De hecho, parece que fue «el primer suscriptor en España de la afamada revista británica *The Economist*» y solía leer ocasionalmente su homóloga norteamericana *Foreign Affairs*[69].

En todo caso, esa carencia de protagonismo político por parte de Negrín no implicaba la negación de sus convicciones ideológicas de tinte republicano y progresista. Buena prueba de esto es la presencia de su firma en una convocatoria de cena de homenaje a don Ramón del Valle-Inclán, publicada en la revista *España* en marzo de 1922, que habría de celebrarse el día primero de abril en el café de Fornos (calle de Alcalá, número 25)[70]. La revista, subtitulada «Semanario de la Vida Nacional», había sido fundada y dirigida por Ortega y Gasset en el año 1914 y desde 1916 estaba a su frente el periodista Luis Araquistáin (al que sucedería en 1923 Manuel Azaña). Su orientación política, compartida entonces por Negrín, había quedado bien reflejada en una declaración editorial publicada en enero de 1918 bajo el epígrafe de «Bosquejo de un programa de izquierdas»:

> El capital problema político de España consiste en convertir en un verdadero régimen de democracia lo que tiene por nombre monarquía constitucional y es de hecho una autocracia irresponsable. Mientras los Gobiernos sean hechura del monarca y el Parlamento sea hechura de los Gobiernos, no habrá gobernantes ni legisladores aptos. […]
>
> Transferencia del poder real de disolver y cerrar las Cortes y separar y nombrar ministros al Parlamento mismo, de modo que los Gobiernos y Cortes reales de ahora se puedan transformar en Gobiernos parlamentarios y en Parlamentos populares; como medida previa, conviene reformar la Constitución en el sentido de que el Parlamento debe funcionar durante sesiones y períodos determinados por la ley.
>
> Otra reforma constitucional inaplazable es que las garantías individuales relativas al derecho de reunión, asociación, de imprenta, de emisión del pensamiento y a la inviolabilidad del domicilio sin mandamiento del juez no puedan suspenderse sino en caso de guerra y nunca estando las Cortes cerradas. Tampoco, por motivos interiores, podrá declararse el estado de guerra, sin aprobación de las Cortes.

Una ley severísima contra la corrupción electoral[71].

Por su propio origen y orientación, la presencia de Negrín en la convocatoria de cena y homenaje a Valle-Inclán delataba sus preferencias políticas más íntimas y el prestigio asociado a su nombre. Así lo refrendaba el perfil de los restantes 28 firmantes de la convocatoria. Entre ellos estaba, en primer lugar, el escritor Miguel de Unamuno, seguido de los juristas Augusto Barcia y Luis Jiménez de Asúa, el historiador Américo Castro, el empresario teatral Cipriano Rivas Cherif, el entonces escritor Manuel Azaña, el escultor Victorio Macho, el crítico de arte «Juan de la Encina» (Ricardo Gutiérrez Abascal), el caricaturista Luis Bagaría y el propio Luis Araquistáin.

OPOSITOR A LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

El cambio de actitud de Negrín hacia la política tuvo como catalizador el golpe de Estado protagonizado por el general Miguel Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923. Esa instauración, con el beneplácito del rey, de la primera dictadura militar del siglo XX en la historia de España representó el aldabonazo final contra el maltrecho sistema liberal representativo y significó el definitivo bloqueo de la vía de potencial reforma interna democratizadora de la monarquía de Alfonso XIII. La implantación de dicho régimen de fuerza y excepción, a tono con la tradición militar pretoriana española y como empresa unánime de la corporación militar, constituyó la versión española del modelo reaccionario de superación de la crisis socio-política posterior a la Gran Guerra que también se extendía por el resto del continente europeo. En palabras de la historiadora Carolyn P. Boyd:

> La dictadura del general Primo de Rivera era un régimen militar autoritario semejante a los que surgieron en otras partes del este y el sur de Europa en el período de entreguerras. Como estos, era en parte un instrumento autoritario de corrección frente a la inestabilidad política y el desorden social, y en parte resultado de un «pacto de emergencia» entre las fragmentadas élites españolas que, incapaces ya de mantener la hegemonía mediante el sistema político tradicional, encomendaron al Ejército la tarea de refrenar la tendencia hacia una mayor democratización política[72].

La toma del poder por el Directorio Militar presidido por Primo de Rivera no encontró oposición seria entre la población española y sus representantes políticos. Al margen de la declarada hostilidad del ya derrotado anarcosindicalismo (la Confederación Nacional del Trabajo, CNT, fue inmediatamente proscrita y perseguida) y del minúsculo y recién

constituido Partido Comunista de España (PCE), tanto los fragmentados y debilitados partidos dinásticos como el PSOE y la UGT optaron por la aceptación del hecho consumado y la renuncia a la resistencia activa. Contribuyeron a esa actitud generalizada dos elementos básicos: el amplio descrédito popular cosechado por el régimen liberal parlamentario después de sus reiterados fracasos para superar la crisis socio-económica; y la buena disposición de la opinión pública hacia una dictadura que se presentaba como «regeneracionista» y meramente interina puesto que se comprometía a ser (en palabras del real decreto constituyendo el Directorio Militar):

> … un breve paréntesis en la marcha constitucional de España, para restablecerla tan pronto como, ofreciéndonos el país hombres no contagiados de los vicios que a las organizaciones políticas imputamos, podamos nosotros ofrecerlos a V. M. (el rey) para que se restablezca pronto la normalidad[73].

Con ese activo de confianza y crédito público a su favor, el régimen de Primo de Rivera conoció una primera etapa (1923-1927) de indudables éxitos coincidente con la fase de expansión económica internacional (los felices veinte)[74]. Ante todo, promovió el desarrollo económico con una fuerte intervención estatal y un amplio abanico de medidas de protección a la industria nacional frente a la competencia extranjera. Por otro lado, implantó la paz laboral y social con una legislación paternalista y conciliadora, tolerando la existencia y expansión del movimiento socialista a cambio de su renuncia a la huelga y al activismo político. Paralelamente, llevó a cabo una política de nacionalización y centralización de las instituciones estatales, a tono con el más intransigente nacionalismo español uniformizador, que supuso la anulación de la Mancomunitat y la prohibición del uso del catalán en la vida pública del Principado. Y, finalmente, terminó con la pesadilla de la guerra colonial en Marruecos aplastando definitivamente, con la colaboración francesa, a los rebeldes cabileños dirigidos por Abd-el-Krim en 1926.

Esos mismos éxitos llevaron al general Primo de Rivera a intentar la conversión de su dictadura «interina» en un régimen permanente a partir de 1926, tras la constitución de un nuevo Directorio Civil (en el que José Calvo Sotelo actuaba como la eminencia gris en la cartera de Hacienda). El

procedimiento fue la convocatoria de una Asamblea Nacional de carácter meramente consultivo que tendría como principal objetivo la elaboración de una nueva Constitución (sustitutiva de la de 1876, formalmente «suspendida» pero no derogada). Pero esas mismas pretensiones, unido al progresivo cambio de ciclo económico, reactivarían un amplio frente opositor (laboral, intelectual, universitario) que durante el trienio de 1927-1929 socavaría la estabilidad del régimen y acabaría por quebrar la unidad de propósitos políticos del propio Ejército y la confianza del rey en su dictador.

Al igual que muchos otros intelectuales progresistas de su tiempo (caso de Ortega y Gasset o Azaña, por ejemplo), es indudable que Negrín no experimentó ningún júbilo ante la instauración de la dictadura militar en septiembre de 1923[75]. Entre otras cosas, enseguida bastó para justificar esa actitud de reserva escéptica la conducta intolerante y autoritaria mostrada por Primo de Rivera hacia las críticas de una figura intelectual tan emblemática como era Miguel de Unamuno. El resultado último de ese enfrentamiento dialéctico se produjo en febrero de 1924, cuando Unamuno fue destituido fulminantemente de su cargo de rector de la Universidad de Salamanca, suspendido de empleo y sueldo y confinado en la isla de Fuerteventura[76]. Negrín, junto a muchas otras personas, acudió a la madrileña Estación de Ferrocarril de Atocha para despedir al ilustre catedrático en su partida hacia la isla canaria. Lo recordaría gráficamente Jerónimo Bugeda, entonces un joven abogado de convicciones socialistas que acabaría siendo uno de sus correligionarios y colaboradores más estrechos posteriormente: «La policía cargó sobre los asistentes al recibimiento y despedida. […] En medio de los golpes de la policía nos conocimos don Juan Negrín y yo»[77].

Otro síntoma revelador de la persistencia durante aquellos años iniciales de la dictadura del compromiso ideológico de Negrín con la tradición política democrática española puede apreciarse en las decisiones que tomó sobre la educación de sus hijos. No en vano, resolvió que todos ellos (empezando por Juan Junior) cursaran sus estudios en el Instituto-Escuela, centro educativo laico fundado en 1918 por la Junta para Ampliación de Estudios, en la misma estela reformista de la Institución Libre de Enseñanza

y la Residencia de Estudiantes, con el propósito de ofrecer una educación renovadora y europeizante para alumnos de nivel primario y secundario a cargo de selectos profesores. Al margen del hecho conveniente de que sus instalaciones estuvieran emplazadas justo al lado del Laboratorio de Fisiología en los Altos del Hipódromo que Negrín dirigía, la decisión también tenía en cuenta la alta calidad docente del centro, su carácter aconfesional y la comunión con sus declarados objetivos pedagógicos:

> Primero. Desarrollar, mediante un adecuado ejercicio, las facultades mentales de los niños, su poder de observación y comprensión, su firmeza de juicio, su originalidad, su pluralidad de interés, sus aptitudes para la acción, etc.
>
> Segundo. Hacerles adquirir la suma de conocimientos que sea a un tiempo contenido de cultura general adecuada a sus respectivas edades y preparación para los estudios superiores[78].

La actitud de Negrín hacia el régimen militar de Primo de Rivera fue un fiel reflejo de la conducta de buena parte de la intelectualidad y las clases medias profesionales e ilustradas españolas[79]. Después de una etapa inicial de silencio y reserva tácita, comenzó a participar de manera lenta pero constante y creciente en diversas manifestaciones públicas de oposición a la dictadura y de afirmación de los principios democráticos. Unos principios que, habida cuenta del explícito apoyo del rey al dictador, cada vez derivaban más en una declaración de fe republicana y antimonárquica (o, al menos, antialfonsina). Lo hizo con su habitual moderación y sin rupturas abiertas con el régimen monárquico, entre otras cosas porque quizá sus cargos oficiales vetaban ese curso o violentaban su conciencia.

Negrín había sido elegido secretario de la Facultad de Medicina de la Universidad Central tres meses después de obtener su cátedra de Fisiología. La Junta de Facultad lo eligió por 9 votos a favor contra 6 destinados a otro candidato en la sesión celebrada el 22 de mayo de 1922 porque, en palabras del prestigioso doctor Gustavo Pittaluga, «este cargo debe estar ocupado por un Catedrático moderno y persona joven, dada la índole del trabajo que sobre él habrá de pesar en el futuro». En la misma línea se manifestó el decano, doctor Sebastián Recasens, que afirmó que «el nombramiento del señor Negrín marca una nueva orientación en el porvenir de la Facultad»[80].

Las expectativas abrigadas sobre el dinamismo del joven y «moderno» catedrático se hicieron realidad muy pronto. Quizá su mayor impronta se apreció en la ya mencionada reforma del plan de estudios médicos que sometió a la aprobación de la Junta de Facultad en julio de 1926. Dos años más tarde, con ligeras variaciones, ese plan recibió la correspondiente aprobación ministerial y entró en vigor en el curso 1928-1929. Y con posterioridad impulsaría la constitución en el seno de la Universidad Central del Instituto de Comprobación de los Medicamentos (dirigido inicialmente por su discípulo José Domingo Hernández Guerra) y, ya en 1932, de la Escuela de Educación Física y Medicina del Deporte (de la que se haría cargo su discípulo Blas Cabrera Sánchez)[81].

La eficacia gestora y capacidad de trabajo de Negrín al frente de la secretaría de la Facultad le abrió las puertas para otra tarea de mayor enjundia y calado: la secretaría ejecutiva de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria, creada en mayo de 1927 con la intención de trasladar la vieja universidad madrileña desde su ubicación en el pequeño centro urbano a nuevos edificios construidos en el amplio espacio destinado a tal fin en el periférico distrito de La Moncloa. Era esta una empresa institucional amparada por el propio Alfonso XIII, que presidía el Patronato de la Ciudad Universitaria y prestaba atención directa a sus trabajos[82].

El doctor Florestán Aguilar, catedrático de la universidad, odontólogo de la Casa Real y amigo íntimo del monarca, fue quien aconsejó el nombramiento de Negrín en virtud de su demostrada habilidad gestora en la secretaría de la Facultad de Medicina (que él había ocupado previamente). Ejercería con tesón y brillantez como secretario ejecutivo de la Junta Constructora durante la Monarquía. Y, una vez instaurada la República, vería renovado su cargo (7 de noviembre de 1931), en el que permaneció activo hasta su dimisión voluntaria en el mes de octubre de 1934[83]. A pesar de ser un cargo no retribuido económicamente, Negrín llegó a considerar su tarea de supervisar la nueva construcción de los edificios universitarios como «la cristalización de sus ilusiones» de modernización científica de España. Recordaría al respecto Indalecio Prieto muchos años después:

> Tomó con tal ahínco sus deberes de secretario de la Junta constructora de la Ciudad Universitaria de Madrid, que frecuentemente veíasele de noche en algún café de la calle de Alcalá, con el traje lleno de manchas de cal por haberse pasado el día en los andamios[84].

No era esa una afirmación exagerada, según permite colegir el retrato legado por el doctor Puche sobre la ingente actividad desplegada por Negrín en ese cometido:

> Cuando don Juan nos conducía a la Ciudad Universitaria, en la que actuaba como secretario y de «factótum», sus acompañantes debíamos, tras una breve contemplación de los planos en las oficinas, prepararnos a trepar juntos por los andamios y ver cómo lo revisaba todo: las construcciones de los últimos días, el trabajo de los albañiles y de los carpinteros, el ajuste de las estructuras y la calidad de las muestras de mobiliario que iban llegando sin cesar. En otras ocasiones, el incansable profesor nos conducía a la vieja Facultad de Medicina, en Atocha, donde con ritmo apresurado despachaba el tremendo expediente que los oficiales de la secretaría le tenían preparado. Alguna vez recalábamos en su laboratorio particular de la calle de Serrano: en un dos por tres resolvía los problemas pendientes[85].

Todos los triunfos académicos y administrativos cosechados por Negrín en ese tramo central de los años veinte tuvieron lugar a la par que en el plano personal cristalizaba su nueva vida como marido separado *de facto* de su esposa legal, María Mijailov, y unido oficiosamente a su nueva compañera y gran amor de su vida, Feli López de Dom Pablo. Nada de ello se transparentó o hizo mella en su ámbito social y público, ni siquiera en el reducto más tradicional de su círculo familiar y social canario. Precisamente en su ciudad natal recibiría en diciembre de 1927 una comida de homenaje ofrecida por «los Médicos de Las Palmas a su ilustre compañero» en el Hotel Los Frailes (a la que asistieron y firmaron como recuerdo en el dorso de la convocatoria un total de 26 personas)[86]. Y al año siguiente, en la primavera, bajo la cobertura del Museo Canario y a propuesta de su amigo Simón Benítez Padilla, Negrín dirigió una expedición al interior de la isla para el estudio de los restos de aborígenes guanches[87].

El primer paso público político de Negrín tuvo lugar en el mes de febrero del año 1926, una vez que la dictadura militar de Primo de Rivera hubiera renunciado a su proclama inicial de ser solo «un breve paréntesis en la marcha constitucional de España» para anunciar su voluntad de institucionalización permanente (en diciembre de 1925 el Directorio Militar

había cedido su lugar a un Directorio Civil). Su nombre aparece entonces entre otros veinte intelectuales de prestigio (con Miguel de Unamuno, el escritor Vicente Blasco Ibáñez, el médico Gregorio Marañón, el novelista Ramón Pérez de Ayala y los juristas Luis Jiménez de Asúa y Leopoldo Alas Cergüelles) que firman el manifiesto fundacional de la «Alianza Republicana».

Surgida de la conmemoración del aniversario de la proclamación de la Primera República el 11 de febrero de dicho año, alentada por Alejandro Lerroux (líder del veterano Partido Republicano Radical) y Manuel Azaña (portavoz del nuevo grupo bautizado como Acción Republicana), la nueva entidad propugnaba la democratización del país bajo un régimen republicano, manifestaba una preocupación explícita por la situación de atraso cultural imperante y apoyaba la realización de reformas sociales que no socavaran las bases de la organización clasista vigente[88]. Era, prácticamente, un anticipo del programa de gobierno que habría de presentar la conjunción republicano-socialista en abril de 1931 y coincidiría básicamente con las aspiraciones de la futura «Agrupación al Servicio de la República» organizada por Ortega y Gasset con la cooperación de Marañón y Pérez de Ayala (ambos firmantes del manifiesto de 1926). De hecho, el manifiesto de 1926 era la primera declaración programática importante del republicanismo democratizador y europeizante desde el golpe de Estado militar:

> El régimen de excepción, fuera de la ley constitucional del Estado a que ha sido y viene siendo sometida España, señala a cuantos hombres y a cuantas fuerzas políticas tengan conciencia de su responsabilidad un deber inexcusable, y les exige cumplirlo en toda su plenitud. […]
>
> No venimos a perturbar al país, sino a sacarle de la perturbación que sufre. No somos promotores del desorden, sino sacerdotes del orden, de un orden que se estatuye en la ley y no en la fuerza; en la colaboración de todos, y no en el dominio de unos sobre otros; de un orden que, siendo garantía de todos los intereses legítimos, consienta a estos desenvolverse confiadamente; de un orden, en fin, que permita elegir y sustituir todos los Poderes, que mantenga disciplinado en el cuartel al Ejército y activo al pueblo en el ejercicio austero de sus derechos y en el inquebrantable cumplimiento de sus deberes. Serenamente, con la conciencia emocionada y despierta; sintiendo nuestra responsabilidad de europeos; […] nos hemos unido y prometemos solemnemente no separarnos hasta que la obra señalada se cumpla en su totalidad[89].

Exactamente un año después de haber firmado el manifiesto republicano, en febrero de 1927, Negrín participaría de nuevo en la comida de homenaje del aniversario de la Primera República celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, según informaría el diario reformista *El Sol*[90].

Sin embargo, la actividad política de Negrín no se canalizaría finalmente a través de ninguna de esas organizaciones republicanas sino a través del Partido Socialista Obrero Español, en calidad de afiliado y militante de base. Es muy probable que en su decisión de engrosar las filas socialistas influyeran sus juveniles simpatías por la orientación socializante del republicanismo federal canario. Aunque, sin duda, el peso determinante a la hora de tomar esa decisión estuvo vinculado a su nueva e íntima amistad con dos periodistas casados con dos hermanas suizas y ya militantes en el PSOE: Luis Araquistáin y Julio Álvarez del Vayo (casados, respectivamente, con Trudi y Luisy Graa).

En mayo de 1929 Negrín había prestado un vital apoyo económico (avalado de nuevo por su tío Domingo) a una fructífera empresa cultural dirigida por ambos periodistas y concuñados: la fundación de la editorial *España*[91]. El nombre elegido evocaba la antigua revista dirigida por Araquistáin, que desde 1923 hasta su desaparición en marzo de 1924 había tenido como director a Azaña (y se había afirmado como una de las primeras publicaciones de oposición firme al Directorio Militar). A la nueva editorial correspondió el privilegio de publicar en español la novela pacifista del escritor alemán Erich-María Remarque, *Sin novedad en el frente*, que fue traducida por Eduardo Foertsche y Benjamín Jarnés y tendría nada menos que siete ediciones en el año 1929 (y otras más en años siguientes)[92].

El considerable éxito editorial y económico cosechado (según Álvarez del Vayo, la publicación de la novela «estuvo a punto de hacernos ricos»[93]) sirvió para publicar otras obras no menos relevantes y donde era apreciable el interés profesional y la mano directa de Negrín. Por un lado, el afamado manual de texto titulado *Elementos de Bioquímica*, elaborado por Hernández Guerra y Severo Ochoa por encargo de su maestro, que firmaba personalmente como introducción un capítulo sobre «Enzimas» (obra con segunda edición en 1929 y tercera en 1933; durante el franquismo seguiría

publicándose con el capítulo de Negrín suprimido). Por otro, el voluminoso y pionero estudio del doctor Sebastián Recasens titulado *El cáncer de útero* (cuya primera edición sería ya de 1931)[94].

Apadrinado por Araquistáin y Álvarez del Vayo, Negrín había ingresado en el PSOE en el mes de abril de 1929, en la última etapa crítica de la dictadura de Primo de Rivera y al compás de los graves conflictos universitarios de aquel curso académico. De hecho, apenas un mes antes de su ingreso en las filas socialistas, el 8 de marzo de 1929, la universidad madrileña había sido escenario del éxito de la primera huelga general convocada por los estudiantes de la Federación Universitaria Española (FUE) contra la política educativa del Directorio (cuyo decreto-ley de reforma universitaria de mayo de 1928 facultaba la expedición de títulos sin reválida por los centros universitarios de los jesuitas de Deusto y de los agustinos de El Escorial). La respuesta de Primo de Rivera consistió en acentuar la represión policial y proceder a la expulsión de los dirigentes estudiantiles de la FUE. El conflicto se extendió entonces por casi toda la geografía nacional y forzó al dictador a decretar la clausura de las universidades involucradas, suspendiendo el fuero universitario y decidiendo la sustitución de las autoridades académicas por comisarios regios, en medio de una gran tensión y polémica. La notificación pública de tales medidas a principios de abril de 1929 por parte de Primo de Rivera contenía un ataque a los estudiantes y profesores universitarios tan insólito como revelador de la desconfianza del dictador hacia el mundo intelectual:

> Reducir el número de Universidades hasta ver conseguido que su funcionamiento se ajuste a normas de disciplina y orden que han de ser esencia de su vivir, no constituye un problema vital para España, donde es sabido que sobran muchos abogados y médicos, […] porque en esos intangibles centros de cultura que alegan tantos fueros y tantos merecimientos, sabe el país sobradamente y lo dicen de boca en boca todos los ciudadanos, y el gobierno no tiene por qué ocultarlo, lo difícil que es a un estudiante serio y aplicado llegar a hacer su formación sólidamente, porque un régimen de clases numerosas y breves, con frecuentes faltas de puntualidad y asistencia de los catedráticos o delegación de sus funciones, charlas pintorescas o incoherentes, largas vacaciones, escarceos políticos y otras amenidades de nuestra natural idiosincrasia universitaria, no es como para que el país se ponga de luto por la suspensión, en vía de regeneración, de esta actividad nacional, en la que, como en tantas otras, se han venido imponiendo las minorías revoltosas[95].

Probablemente la intensidad de la crisis universitaria de la primavera de 1929 y la indignación ante la respuesta de la dictadura estimularon la decisión final de Negrín de entrar en la vida política como militante socialista. Meses antes, los dirigentes de la FUE se habían dirigido a él, al igual que a muchos otros profesores universitarios, «para pedirles que salieran a la vida pública» en oposición al régimen dictatorial[96]. De hecho, su primera colaboración en la prensa socialista versaría sobre ese conflicto y la solución al mismo: «La democratización de la universidad», publicado en el diario oficial del partido, *El Socialista*, el 28 de mayo de 1929.

La noticia de su ingreso en el PSOE causó cierto interés público no exento de sorpresa[97]. Era el primer científico relevante que se incorporaba al movimiento socialista en una fase de creciente expansión territorial e implantación popular (no el primer catedrático: Besteiro era su compañero en la cátedra de lógica de la universidad madrileña). Y era también uno de los pocos que admitía abiertamente que se afiliaba a ese partido porque lo consideraba «el único partido realmente republicano que existe en España» y porque «fui republicano desde que tuve sensibilidad política» y «todos los partidos socialistas son republicanos». Se trataba de una afirmación de gran calado: reconocía su lejanía de la ortodoxia clasista de raíz marxiana; denotaba su admiración por el papel del Partido Socialdemócrata de Alemania en la consolidación de la República democrática surgida en Weimar tras la derrota de 1918; y constituía una declaración de esperanza sobre el papel vertebrador de la democracia que habría de corresponder al PSOE en el tramo final de la crisis de la monarquía alfonsina entonces en curso. Quizá sea revelador de todo ello un dato bibliográfico nada banal: en su biblioteca personal figuró hasta su muerte un ejemplar de 1924 de los escritos económicos y políticos de 1890-1905 de Edouard Berstein, el dirigente socialdemócrata alemán que por primera vez rompió con la ortodoxia marxista y avaló las tesis «reformistas» del «socialismo evolucionista» o «socialismo democrático»[98].

En efecto, Negrín no dejó de subrayar en público, tanto a viva voz (en conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid) como en la prensa (en *El Socialista*), que se consideraba socialista a fuer de demócrata y que

esperaba del PSOE el cumplimiento de la misión histórica que los partidos republicanos no podían acometer por su propia debilidad:

> Eso es lo que el Partido Socialista aspira a conseguir: libertad para todos y que todos puedan gozarla plenamente. Y esta fue otra de las grandes razones que me impulsaron a pedir el ingreso en el Partido.
>
> El Partido es además internacionalista. Internacionalista, digo, no antipatriota. Lo que no podemos admitir, lo que no podemos compartir ni siquiera de lejos, es el patriotismo agresivo, burdo, intolerante que cultivan los nacionalistas. ¿Cómo no hemos de poner el interés general de la Humanidad por encima del interés particular de la nación?
>
> En resumen, yo soy socialista, amigos míos, por ser republicano, porque deseo justicia para todos y porque quiero para todos la libertad económica sin la cual la libertad política no sirve de nada. […]
>
> Yo no soy un entusiasta del régimen actual de Rusia, y no puedo compartirlo por entero. […]
>
> El doctor Negrín dijo más: dijo que el Partido Socialista es el único partido republicano con organización y disciplina consciente que existe en nuestro país, y que los supuestos partidos republicanos que se creen frente a él no harán otra cosa que entorpecer su labor[99].

La afiliación de Negrín al PSOE tuvo lugar en el justo momento en que el movimiento socialista en su conjunto estaba experimentando un viraje considerable en su estrategia y táctica política. Desde la implantación de la dictadura, tanto el PSOE como la UGT habían adoptado una posición de tolerancia tácita hacia el régimen y evitación de conflictos que había sido apadrinada por los máximos dirigentes de ambas organizaciones: Besteiro, guardián político de la ortodoxia marxista, que entendía que al proletariado le era indiferente el tipo de régimen político vigente en un Estado burgués y capitalista; y Francisco Largo Caballero, máximo exponente del pragmatismo de la dirección sindical, que no percibía ningún beneficio en el enfrentamiento con un régimen militar bien asentado. La única oposición a esa «política de contemporización» había procedido de la corriente más socialdemócrata del partido, liderada básicamente por el periodista Indalecio Prieto con el apoyo del jurista Fernando de los Ríos[100].

Sin embargo, en agosto de 1929 (cuatro meses después del ingreso de Negrín), la reunión conjunta de los comités nacionales del PSOE y la UGT para estudiar las propuestas republicanas de acción conjunta contra la dictadura escenificó la progresiva escisión entre el purismo aislacionista propugnado por Besteiro y el pragmatismo sindicalista abanderado por

Largo Caballero. En aquella ocasión, la recomendación de Prieto de distanciarse de Primo de Rivera y aceptar la hipótesis de una convergencia republicano-socialista contó con el apoyo de un Largo Caballero que prestaba la debida atención al desprestigio del dictador y a la creciente potencia del movimiento antidinástico. Ese cambio de actitud del líder ugetista selló la derrota de la posición besteirista y abrió el camino hacia un reajuste de la influencia respectiva de las tres tendencias en el seno del socialismo español. Desde entonces, el nuevo eje de poder se articularía sobre la colaboración entre el caballerismo y el prietismo y su común apuesta por una convergencia con los republicanos para implantar en España la democracia y su correspondiente legislación laboral favorable a la clase obrera.

Al margen de contribuir a esa «republicanización» del movimiento socialista, el paso al frente en la política dado por Negrín era sintomático de una realidad sociológica más amplia y profunda: la intensa movilización cívica de vastos sectores de la sociedad española en el tramo final de la década de los años veinte. Una movilización que inauguraba en España la política de masas y que sería responsable, primero, de la caída de Primo de Rivera en enero de 1930 y, después, del fracaso de las tentativas del rey para retornar al sistema liberal parlamentario de la mano de los gobiernos presididos por el general Berenguer y el almirante Aznar entre esa fecha y abril de 1931.

La decisión tomada por Negrín de entrar activamente en la vida política nacional no fue bien recibida por todos sus ayudantes y colaboradores. Hubo quienes la contemplaron como una lógica derivación de sus viejas convicciones ideológicas en el favorable contexto de movilización cívica de la época. Incluso hubo quienes, como Rafael Méndez, secundaron la posición del maestro y solicitaron el ingreso en el PSOE pocos meses después. Méndez recordaría que Negrín era entonces un entusiasta de las tesis económicas socialdemócratas y propugnaba la «industrialización a ultranza», una «economía dirigida con libertad de iniciativa y controlada libertad de empresa» y «una rígida y justa política de impuestos, empleando el producto de la renta nacional en las necesidades más apremiantes para el

desarrollo moderno del país». También recordaría el carácter instrumental y pragmático que su maestro atribuía a su propio partido:

> Miraba Negrín hacia el Partido Socialista como un poderoso partido de masas, a base del cual podría transformarse un Estado vetusto en una forma de gobierno que revolucionaría la economía en sus aspectos agrícola e industrial, la educación y las investigaciones industrial y científica, integrando así a España con los países occidentales[101].

Era otra forma de explicitar lo que en cierta medida también defendía Ortega y Gasset al clamar por aquellas fechas por un Estado eficaz y racional que promoviera la modernización y europeización de España bajo la forma republicana.

Sin embargo, hubo otros discípulos que lamentaron muy de veras el paso político dado por Negrín. Unos por lo que suponía de toma de partido en oposición a sus propias creencias de conservadores católicos: casos del doctor Del Corral o de Francisco García-Valdecasas. Y otros porque la interpretaron como censurable abandono de la investigación científica. En este plano destacó Severo Ochoa, al que Negrín quería ver como su sucesor en la cátedra universitaria, que no se recató en declarar (para disgusto de su maestro):

> ¿Cómo podrá España acelerar su evolución científica, técnica e industrial si los científicos se dedican a la política? La ciencia no admite poligamia. Si no se cultiva como una gran pasión, nunca se conseguirá nada[102].

La áspera crítica de Severo Ochoa, por cierto, inició un distanciamiento entre Negrín y su más brillante discípulo que habría de culminar en el año 1935, cuando aquel no hizo todo lo que estaba en su mano para convertirle en catedrático de Fisiología en la Universidad de Santiago de Compostela. Aunque Negrín había animado a Ochoa a firmar las oposiciones y preparar sus ejercicios, se encontró con que otro de los firmantes era Jaime Pi i Suñer, el hijo de su amigo y colega barcelonés. Como quiera que en España no había puesto de trabajo para todos los investigadores formados en las respectivas escuelas de Negrín en Madrid y de Augusto Pi i Suñer en Barcelona, ambos habían llegado al acuerdo tácito de «ir cubriendo las vacantes que se produjeran alternativamente con fisiólogos de las dos

escuelas». Y el turno de la plaza de Santiago correspondía claramente a la barcelonesa. Negrín cometió el grave error de no dar cuenta a Ochoa de la situación, permitirle hacer con suma brillantez la oposición y no anticiparle su cautivo voto negativo en la calificación final. Ochoa solo advirtió que algo estaba fallando «cuando al entrar los miembros del Tribunal para la votación vio el gesto raro, entre hosco y apesadumbrado de su maestro»[103].

La profunda decepción causada por ese resultado negativo, unido a la incomprensible falta de explicaciones por parte de Negrín, determinaron la decisión de Ochoa de romper relaciones con su maestro en el otoño de 1935 y pasar a trabajar con el doctor Jiménez Díaz en su Instituto de Investigaciones Médicas. Fue, sin duda alguna, un mal trago para ambas partes involucradas en el penoso incidente. La reconciliación definitiva entre Negrín y su mejor discípulo habría de esperar a los tiempos del exilio tras la guerra civil. En 1948, estando Ochoa ya trabajando en el laboratorio de farmacología de la Universidad de Nueva York, el hijo mayor de Negrín, neurocirujano y profesor de la misma universidad, acudió a verle y le anunció: «Un amigo te quiere saludar». Entonces, según el testimonio presencial del científico Santiago Grisolía, «apareció Juan Negrín en la puerta del laboratorio y ambos se fundieron en un largo abrazo»[104].

En todo caso, la nueva faceta política socialista de Negrín apenas alteró su vida cotidiana y su círculo de amistades y relaciones. Siguió manteniendo un estrecho contacto con los viejos amigos canarios (Simón Benítez y Rodríguez Doreste, por ejemplo), tanto epistolar como durante sus habituales visitas a Las Palmas con motivo navideño o veraniego. También hizo lo propio con los discípulos y colaboradores (de cátedra y laboratorio) y con sus colegas investigadores de la Residencia de Estudiantes: su paisano Blas Cabrera padre, el químico Enrique Moles, el bacteriólogo Paulino Suárez, el fisiólogo José María del Corral, el farmacólogo Teófilo Hernando y, sobre todo, el director del laboratorio de Histología, Pío del Río Hortega. Con estos últimos mantuvo la vieja costumbre de reunirse a «la hora del café», siempre preparado «al uso de la Gran Canaria», que tenía lugar «dentro del laboratorio de Fisiología de la

Residencia en invierno y en verano en el pasillo terraza de la entrada que era común a varios Laboratorios de Investigación de la Junta»[105].

A esa nómina de personas procedentes de su ámbito profesional o universitario se había añadido durante los años de la dictadura la íntima amistad y sintonía política con sus nuevos correligionarios, Luis Araquistáin y Julio Álvarez del Vayo. Y su amplia red de amigos se completaba con un nutrido grupo de individuos muy diversos con los que había contactado desde su llegada a Madrid y con los que mantenía tertulias ocasionales en el «Buffet italiano» de la Carrera de San Jerónimo (los sábados por la tarde), en el «Café Lión» y en el «Café Regina», ambos en la calle de Alcalá, en el «Café Ivory» de la calle Sevilla o en la famosa «cacharrería» del Ateneo de Madrid en la calle del Prado. Se trataba de un grupo heterogéneo de alto calado artístico y nivel intelectual: el crítico de arte de la revista *España* «Juan de la Encina» (Ricardo Gutiérrez Abascal), los pintores Luis Quintanilla (que se afilió al PSOE a la par que Negrín) y José Moreno Villa, el escultor Sebastián Miranda, el abogado navarro y republicano Mariano Ansó, el catedrático de Economía Agustín Viñuales y el periodista norteamericano Jay Allen (corresponsal del *Chicago Daily Tribune*)[106]. A título de ejemplo de los extraños derroteros por los que le llevaban esas amistades, en 1931 Moreno Villa inició su experimentación con los «grafumos» (grabados o grafías al humo) gracias a la cesión por Negrín de su laboratorio de fisiología de la Residencia de Estudiantes[107].

En el orden más estrictamente personal, tampoco hubo cambios notables en la vida de Negrín en ese tramo final de la dictadura y vísperas de la República. Su relación con Feli quedó consolidada como un verdadero y feliz matrimonio en todo menos en el aspecto legal. De hecho, el domicilio de Feli en la calle Princesa, en la casa llamada de las Flores, enfrente de la Cárcel Modelo, se convirtió en su segunda residencia[108]. Y esa misma circunstancia agravó la tensa relación con su esposa María, que prosiguió sus tentativas para destruir la reputación de su marido (en sus invectivas públicas estaría el origen de la falsa fama de Negrín como «mujeriego») y para deteriorar la relación entre sus hijos y su familia paterna. Debido a lo primero, Negrín hubo de trasladar su laboratorio privado de análisis clínicos de la calle Serrano, cercana a su domicilio, a la

calle Ferraz, mucho más alejada (y al lado de la residencia de Feli). El motivo fue que María «había tomado la costumbre de bajar al laboratorio y escandalizar delante de ayudantes y enfermeras sin consideración alguna a la proximidad de los clientes». Por lo que respecta a la voluntad de ruptura entre sus hijos y su familia paterna, María también decidió interrumpir igualmente sus relaciones con sus suegros, que solían viajar desde Las Palmas regularmente para visitar al matrimonio y a sus nietos, alojándose en el domicilio familiar. Negrín alegaría esa ruptura traumática como motivo de su decisión de separarse legalmente en la demanda presentada años después:

> En 1930, con ocasión de una breve estancia de los padres del demandante en casa del matrimonio, la conducta de su mujer fue tal, que originó que los mismos abandonaran la casa. A la conducta cariñosa y extremada de sus padres políticos, respondió la señora de Negrín con frecuentes vejaciones, terminando por prohibir a sus hijos toda relación con aquellos, prohibición que desobedecieron los afectados frecuentemente[109].

Problemas familiares aparte, la primera prueba seria del nuevo compromiso político adquirido por Negrín tuvo que ver con la fallida huelga general convocada por los partidos de la conjunción republicanosocialista contra la monarquía el 15 de diciembre de 1930. Se trataba de la primera tentativa seria de la oposición antidinástica para derribar a un régimen que trataba en vano de encontrar un modo de restablecer la «normalidad constitucional» después de haber prescindido once meses antes de un Primo de Rivera enfermo y agotado (y exiliado en París, donde moriría poco después). Negrín puso a disposición del PSOE los locales de su laboratorio privado de análisis clínicos, donde pernoctó y se ocultó su amigo Álvarez del Vayo en compañía de Francisco Largo Caballero, responsable de la acción en la capital madrileña como máximo dirigente de la Unión General de Trabajadores[110]. Y muy pocos días más tarde también prestó su propio coche («que, por cierto, conducía muy mal», según el doctor Pascua) para facilitar la huida a Portugal del comandante Ramón Franco, héroe del *Plus Ultra* (y hermano menor republicano del general Francisco Franco), que había intentado infructuosamente sublevar a las guarniciones madrileñas con ocasión de la huelga general[111].

El fracaso del movimiento huelguístico de diciembre de 1930 no aminoró la crisis de la Monarquía de Alfonso XIII. A principios de febrero de 1931 el monarca reemplazó al frente del gobierno al general Berenguer (que había sustituido a Primo de Rivera) por el almirante Aznar, con el vano propósito de intentar un retorno gradual a la normalidad constitucional mediante el escalonamiento de elecciones municipales, provinciales y generales. La convocatoria gubernamental de los primeros comicios, de alcance local, quedó fijada para el 12 de abril. Quedaba abierta así «la primera campaña electoral moderna de la historia de España». El Comité ejecutivo de la conjunción de fuerzas republicanas y socialistas se dispuso a tomar parte en ellas con el propósito de convertirlas en un verdadero plebiscito entre Monarquía y República. Presidía dicho Comité Niceto Alcalá-Zamora, un veterano dirigente del disuelto Partido Liberal, católico practicante y exministro del último gobierno constitucional monárquico. También formaba parte del mismo su correligionario en el nuevo partido Derecha Liberal Republicana, Miguel Maura, hijo del antiguo y carismático líder conservador. Con ellos estaban los dirigentes del republicanismo burgués, tanto centrista como de izquierda: Alejandro Lerroux (por el Partido Radical); Manuel Azaña (por Acción Republicana); Álvaro de Albornoz y Marcelino Domingo (por el Partido Radical Socialista). Y finalmente, tres representantes del movimiento obrero socialista: Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos y Largo Caballero[112].

En aquellos primeros meses de 1931 de profunda incertidumbre política e intensa agitación universitaria, Negrín volvió a hacerse presente de la manera más previsible: tratando de evitar en lo posible la violencia y el derramamiento de sangre durante los habituales choques entre las fuerzas policiales y los estudiantes. Intervino con tanta decisión como fortuna para evitar la detención del entonces estudiante de medicina y luego doctor Florencio Villa Landa, uno de los dirigentes de la FUE, al que la policía intentó capturar dentro del recinto universitario y violando su fuero específico[113]. Del mismo modo actuó durante los graves sucesos del 25 de marzo en la Facultad de Medicina de San Carlos, cuando el enfrentamiento entre universitarios y la fuerza pública dio como resultado la muerte de un estudiante y un guardia civil. Manuel Tagüeña, un alumno de la Facultad de

Físicas que sería en la guerra oficial miliciano comunista y abandonaría su fe política en la postguerra, recordaría en sus memorias:

> El día 24 de Marzo del 31, en el edificio de la calle de San Bernardo, se oyeron, como siempre, vivas a la República, se vaciaron las aulas y […] subimos al tejado para sembrar la calle de tejas […]. Hasta entonces el movimiento estudiantil había gozado de relativa impunidad […]. Pero esta situación iba a terminar. Al día siguiente llegamos temprano a la universidad y la encontramos clausurada. Corrió entre nosotros una consigna, «a San Carlos». Y todos nos fuimos a la Facultad de Medicina […]. Encontramos la puerta cerrada, pero pronto nos abrieron un lateral, que daba a la sala de disecciones, y entramos a tropel. Se suspendieron las clases y en masa nos acercamos al vestíbulo. El doctor Juan Negrín y sus ayudantes hicieron todo lo posible para calmarnos […]. El director general de Seguridad, general Mola, envió a la Guardia Civil, cuerpo que actuaba siempre sin miramientos […] De nuevo subimos al tejado dispuestos a utilizar las tejas. Allí estaba otra vez el doctor Negrín para tratar de que no provocáramos más a la fuerza pública[114].

3

BAUTISMO POLÍTICO EN LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931-1936)

Negrín y la directiva del Grupo Parlamentario Socialista en 1931. De pie, de izquierda a derecha: M. Pascua, J. Zugazagoitia, J. Negrín, L. Araquistáin. Sentados, de izquierda a derecha: I. Prieto, A. de Gracia, F. Largo Caballero, F. de los Ríos.

DIPUTADO GUBERNAMENTAL

El definitivo paso a la política de Negrín (y el complementario abandono de la investigación científica) tuvo lugar tras las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, que conllevaron el exilio del rey y la proclamación pacífica de la Segunda República. No en vano, sus resultados fueron tan reveladores como inesperados: las candidaturas de la conjunción electoral entre partidos republicanos y el movimiento socialista triunfaron ampliamente en 41 de las cincuenta capitales provinciales y en la mayor parte de los municipios urbanos, siendo superados por las candidaturas oficiales monárquicas solo en distritos rurales y semiurbanos. El sentido del veredicto de las urnas fue bien sintetizado por el historiador Raymond Carr: «la "masa" (las grandes circunscripciones) y la "inteligencia" (los votantes urbanos "ilustrados") habían rechazado a un rey todavía aceptable para la opinión rural»[1].

De esa manera, el 14 de abril de 1931 el comité directivo de la conjunción republicano-socialista se convertía formalmente en Gobierno Provisional de la República bajo la presidencia de Niceto Alcalá-Zamora. Negrín contempló con alegría y esperanza esa pacífica instauración de la Segunda República después de haber pasado casi todo el tiempo con sus amigos Araquistáin y Luis Quintanilla. Según la crónica de este último, los tres amigos habían acudido al Palacio Real para asegurarse, como así se hizo, de que se izara en sus balcones la nueva bandera tricolor republicana[2].

La España que «se había acostado monárquica y se había levantado republicana» (en palabras del atónito almirante Aznar) era un país de contrastes nítidos entre zonas de manifiesta modernización socio-productiva (donde se había reflejado con mayor fuerza el voto republicano) y zonas secularmente atrasadas y casi estancas (donde el anclaje de la tradición se

había revelado firme y sólido). Contaba con cerca de 24 millones de habitantes repartidos entre unos pujantes municipios urbanos y semiurbanos (el 43% de la población) y amplios núcleos rurales dispersos por toda la geografía nacional (el 57% de la población residía en centros de menos de 10 000 habitantes). La tasa de alfabetización abarcaba entonces al 69% de la ciudadanía, aunque todavía solo estaba escolarizado uno de cada dos niños en edad de cursar estudios primarios (frente a ocho de cada diez en Francia, a título comparativo). De los 8,4 millones de personas que componían la población activa según el censo de 1930, el 45,5% estaba todavía empleado en el sector primario agrarioganadero, en tanto que un 26,5% trabajaba en el moderno sector industrial y otro 28% lo hacía en el sector terciario de servicios. Es decir: por primera vez en la historia española, la suma de los empleados en esos dos sectores superaba el peso de los que trabajaban en la agricultura dentro del conjunto de la población activa nacional[3].

Era precisamente ese sector primario el que evidenciaba los mayores síntomas de arcaísmo productivo por lo desequilibrado de su composición: casi dos millones de obreros agrícolas sin tierra, un tercio de millón de campesinos arrendatarios, algo más de un millón de pequeños y medianos propietarios y en torno a 84 000 grandes terratenientes (dueños de latifundios de extensión superior a 100 hectáreas). Con el notorio agravante de que la pequeña y mediana propiedad se distribuía mayormente por la España norteña y central, en tanto que la población jornalera y terrateniente se concentraba en el sur latifundista. Y era esa zona agrícola del latifundio, afincada en las regiones de Andalucía, Extremadura y Castilla La Mancha, no solo el tradicional escenario de las mayores tensiones sociales sino también el principal obstáculo para el desarrollo armónico del conjunto de la economía española[4].

Apenas instaurada la República e iniciada la aplicación de su programa reformista (legislación laboral avanzada, reforma militar, medidas educativas de secularización religiosa, etc.), el Gobierno provisional convocó las preceptivas elecciones generales a Cortes constituyentes para el mes de junio de 1931. Con relativa sorpresa, Negrín recibió entonces el primer ofrecimiento para un cargo político profesional de toda su vida: sus

correligionarios de Las Palmas, donde la implantación del PSOE y la UGT no era demasiado fuerte, propusieron su nombre para formar parte de la candidatura de la conjunción en representación del partido socialista (ya en febrero le habían designado delegado de la agrupación de Las Palmas al congreso nacional socialista)[5]. Aunque Negrín declinó inicialmente la oferta porque «era reacio a figurar en puestos políticos», acabó aceptándola por «disciplina de partido» y porque entendió que no podía dejar de colaborar en la ejecución del programa de modernización de España tanto tiempo debatido y formulado. En consecuencia, su prestigioso nombre figuró como número dos de la candidatura republicano-socialista en la provincia de Las Palmas (detrás del republicano Rafael Guerra del Río y antes de su antiguo maestro político, Franchy Roca)[6].

En su calidad de candidato novel, Negrín desembarcó en el puerto de Las Palmas el 17 de junio de 1931 para tomar parte activa en la campaña electoral, interviniendo en multitud de mítines en las tres islas de la circunscripción de las Canarias occidentales (Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote). Y si bien en todos ellos demostró sus notables dotes intelectuales y sus corteses formas profesorales («En pueblos cultos no hay caciques»), su mejor intervención se registró en la conferencia pronunciada, ya celebrados los comicios, en un abarrotado Teatro Pérez Galdós de Las Palmas. En ella, Negrín expuso con detalle el programa de acción socialista de cara a la elaboración de una constitución democrática con varias referencias a la carta magna de la República de Weimar alemana. Y no dejó de establecer una nítida diferencia entre el programa democrático avalado por el PSOE y las restantes alternativas, tanto reaccionarias como revolucionarias, presentes en el continente europeo y en España:

> El fascismo, cuyo origen de implantación fue la marcha sobre Roma por el desquiciamiento en que se hallaba la monarquía a semejanza de la española, degeneró en la dictadura personal de Mussolini. El bolchevismo se escudó bajo el nombre de dictadura del proletariado, pero no es cierto, la Dictadura rusa es ejercida por un partido en detrimento de los demás, decir puntualizando más, no la dictadura de un partido, sino la dictadura de un pequeño Comité cuya dirección lleva Stalin[7].

Las elecciones constituyentes del 28 de junio de 1931 (celebradas todavía bajo sufragio masculino de mayores de 23 años y con un sistema electoral

básicamente mayoritario) revalidaron en toda España el veredicto de la consulta de abril y otorgaron una amplísima victoria a la coalición de fuerzas de la conjunción republicana-socialista: el PSOE obtuvo 115 diputados, el Partido Radical 94, los radicales-socialistas 59, Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) 31, Acción Republicana (el partido de Manuel Azaña) 28 y el republicanismo federal 17. Por el contrario, la representación de las derechas quedó virtualmente «pulverizada» por su incapacidad para articular una alternativa unitaria que se beneficiara del sistema electoral (favorecedor de la mayoría): la coalición entre el recién creado grupo del catolicismo político (Acción Nacional, luego Acción Popular) y los candidatos «agrarios» apenas lograron 26 escaños, en tanto que los tradicionalistas carlistas (coaligados con el Partido Nacionalista Vasco, PNV) demostraron su implantación en las provincias vasco-navarras consiguiendo 15 diputados[8].

En el caso de la provincia de Las Palmas, también se registró un triunfo espectacular de la conjunción, en gran medida por el desconcierto y desorganización de los partidos derechistas provinciales. Negrín consiguió holgadamente su escaño parlamentario con 26 119 votos populares (poco menos que Guerra del Río y casi mil más que Franchy Roca) y se convirtió en el primer diputado socialista grancanario (en compañía de su correligionario y amigo, el doctor Pascua, que obtuvo el quinto escaño)[9]. Además, su actuación durante la campaña elevó aún más su prestigio personal y político incluso en ámbitos ajenos a su base electoral. A título de ejemplo, el diario católico *El Defensor de Canarias* despidió al nuevo diputado electo que se marchaba a Madrid con una reseña en portada que afirmaba: «Aunque distante de nosotros en ideas, es de alabar la serenidad y comprensión de que dio muestras nuestro ilustre paisano al tratar ciertos asuntos»[10].

Durante la legislatura de 1931-1933, Negrín fue un disciplinado diputado socialista que apoyó la amplia labor reformista del Gobierno de coalición republicano-socialista. Y fue durante ese período cuando forjó una amistad personal y política profundísima con su correligionario y ministro de Hacienda (durante 1931) y de Obras Públicas (en 1932-1933): Indalecio Prieto. Prieto era entonces el líder reconocido de la fracción «centrista» del

socialismo, próximo a la socialdemocracia europea, que ya en 1923 había criticado la política de contemporización con la dictadura de Primo de Rivera auspiciada por Largo Caballero y la dirección sindical de la UGT. También se había enfrentado en 1930, poco antes de la proclamación de la República, a la política de inhibición respecto a la suerte de la Monarquía alentada por Besteiro, fiel a la ortodoxia del aislacionismo respecto a los «partidos burgueses»[11].

En las Cortes, Negrín se convirtió en un seguidor convencido de Prieto, identificado con su línea socialdemócrata de cooperación con los republicanos para la consolidación del régimen democrático y para la realización de las reformas sociales e institucionales pactadas en el programa de la conjunción[12]. Ese alineamiento con la facción «prietista» del socialismo significaba tanto una crítica implícita del purismo doctrinal de Besteiro como una reserva tácita respecto de la mera colaboración pragmática y coyuntural que personificaba Largo Caballero. Y esa adscripción política dentro de las familias socialistas no dejó de conllevar un coste personal para Negrín crecientemente doloroso: la atenuación de sus vínculos de amistad con Araquistáin y Álvarez del Vayo, convertidos en adalides intelectuales de Largo Caballero e inspiradores principales de su progresiva radicalización política.

Desde su cargo como diputado, Negrín asistió a las difíciles sesiones que condujeron a la aprobación de una nueva Constitución democrática y progresista en diciembre de 1931, tras la dimisión de Alcalá Zamora como presidente del gobierno en disconformidad con los artículos más radicalmente secularizadores de la misma. Aunque la elección del propio Alcalá Zamora como primer presidente de la República quiso poner freno a la crisis abierta con su dimisión, en realidad la coalición gobernante desde abril de 1931 quedó fracturada sin remedio a partir de entonces. Inmediatamente después de la elección presidencial, disconforme con la continuidad socialista en el gabinete, el Partido Radical liderado por Alejandro Lerroux abandonó las filas de la coalición decidido a convertirse en la oposición moderada dentro del sistema. Como resultado, Manuel Azaña, el más prestigioso de los dirigentes de la izquierda burguesa republicana, formó un nuevo gobierno que seguía manteniendo tres

ministros socialistas: Prieto en Obras Públicas, Largo Caballero en Trabajo y Fernando de los Ríos en Educación. Ese gabinete azañista acometería desde entonces y hasta su caída en septiembre de 1933 un amplio programa de reformas estructurales de orden institucional (reforma militar, secularización religiosa y reforma autonómica del Estado) y social (leyes de protección obrera, coeducación, divorcio y reforma agraria en el sur latifundista).

El impulso reformador del gobierno de Azaña, ya lastrado por el deterioro económico ocasionado por el creciente impacto de la Gran Depresión mundial, quedaría enseguida limitado también por la intensidad de las oposiciones suscitadas por su gestión. Dichas oposiciones cobraron la forma de un fuego cruzado a manos de una tenaza amenazadora y, a la postre, letal. Por un lado, a la izquierda, la hostilidad del sindicalismo revolucionario anarquista, organizado por la reconstruida y legalizada Confederación Nacional del Trabajo, que había quedado bajo el control de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y se convirtió en una organización de masas que rivalizaba con la UGT en implantación obrera: la CNT dominando el eje constituido por el campo latifundista andaluz y la industria catalana, frente a una UGT que era hegemónica en el triángulo formado por la minería asturiana, la metalurgia vasca y el proletariado urbano madrileño. Por otro lado, a la derecha, una triple oposición combinada: la eficaz resistencia parlamentaria del Partido Radical lerrouxista; la dura oposición de las reorganizadas derechas católicas articuladas por José María Gil Robles en la Confederación española de Derechas Autónomas (CEDA), proclamada «accidentalista» respecto a las formas de gobierno pero intransigente en la defensa de la propiedad privada, la unidad nacional y la fe católica; y la hostilidad abierta de las extremas derechas monárquicas (los alfonsinos de Renovación Española y los carlistas de la Comunión Tradicionalista) y, poco después, de los fascistas dirigidos por José Antonio Primo de Rivera, hijo del exdictador y líder de la Falange Española.

La actividad parlamentaria de Negrín durante el llamado bienio reformista de 1931-1933 no tuvo resonancia pública especial. Carecía para

ello de grandes dotes oratorias, al modo de un Prieto, Azaña o Alcalá Zamora. Su entonces mentor político escribiría al respecto:

> En régimen parlamentario normal, no habría podido ser jefe de Gobierno ni siquiera ministro por faltarle dotes oratorias, pues el sistema de leer o recitar discursos —a él se los escribían —, era impropio de nuestro Parlamento, donde muchas veces se necesitaba improvisar[13].

De hecho, Negrín solo tuvo dos cargos parlamentarios en ese bienio: vocal suplente del Tribunal de Responsabilidades por elección de 7 de julio de 1931 y vocal del Tribunal de Responsabilidades del proceso de Jaca por elección del 25 de julio de 1933[14]. También fue elegido por la minoría socialista para formar parte de su directiva (fue uno de los cinco miembros de la Comisión Directiva del Grupo Parlamentario Socialista) y para representar al PSOE en tres comisiones parlamentarias muy específicas, en función de sus poco comunes conocimientos idiomáticos y de sus incompletos pero fructíferos estudios de economía en Alemania: la de Estado (encargada de las relaciones exteriores), la de Presupuestos y la de Hacienda. Por eso mismo, la amplia mayoría de sus 16 intervenciones como diputado en las Cortes se centraron en problemas hacendísticos y matizaciones a la Ley de Presupuestos. Y por eso llegaría a ser durante algún tiempo, en 1932, presidente de la Comisión de Hacienda y portavoz de la misma en los plenos parlamentarios. En conjunto, fue un diputado activo y eficaz, que participó en el 82,13% de las sesiones parlamentarias y tomó parte en el 62,62% de las votaciones realizadas[15]. Fue también uno de los diputados más pudientes en el plano económico, a juzgar por su declaración «de cargos y retribuciones» a la comisión parlamentaria encargada del asunto en marzo de 1932. Allí figura con una renta anual salarial de casi doce mil pesetas:

> Negrín (D. Juan). —Catedrático y Secretario de la Facultad de Medicina, Madrid, 11 616 pesetas (líquido). Director del Laboratorio de Fisiología en la Junta de Ampliación de Estudios, 300 pesetas. Secretario general de la Junta de la Ciudad Universitaria. Sin retribución[16].

Negrín tampoco dejó de preocuparse por los intereses de su circunscripción electoral, como demuestra su correspondencia con el alcalde republicano de

Las Palmas[17]. Y fue muy apreciada su intervención en los debates constitucionales para asegurar que la carta magna consagrara el mantenimiento de la provincia de Las Palmas (creada en 1927) como una de las dos constitutivas de las islas Canarias. De hecho, cuando en septiembre de 1931 el diputado tinerfeño Antonio Lara (radical) propuso una enmienda en el sentido de que «en Canarias el derecho a constituirse en región autónoma corresponde a todo el archipiélago», la rápida reacción de Negrín logró que fuera rechazada en votación nominal[18].

Una última característica de la actividad parlamentaria de Negrín cobraría forma en 1931 y se mantendría durante todo el quinquenio republicano. En atención a su sorprendente dominio de los idiomas extranjeros, fue elegido por las Cortes como uno de los representantes de España en la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), con sede en Ginebra, y en la Unión Interparlamentaria (UIP), con sede en la misma ciudad suiza y cuyas asambleas anuales itineraban por distintas capitales del mundo (en 1933 se reunió en Madrid)[19]. Todas esas funciones de representación internacional le forzaron a viajar a menudo y a trabar contacto y, en ocasiones amistad, con gran número de dirigentes políticos europeos y mundiales (principalmente socialistas, pero no solamente). El resultado (que habría de ser relevante posteriormente) fue que Negrín, durante los años de la Segunda República, fue haciéndose mucho más conocido como brillante político socialista fuera de España que en su propio país.

El tono de las intervenciones parlamentarias de Negrín en las Cortes del bienio reformista reflejó casi siempre las características personales de su autor, con una exquisita cortesía formal y una densa preparación de contenidos. La primera característica fue muy apreciada por sus adversarios y contrincantes parlamentarios, como permite comprobar la siguiente intervención del diputado comunista José Antonio Balbontín en marzo de 1932:

> Más que nada (pido la palabra) para responder cortésmente al tono mesurado y amable, tan poco frecuente —triste es reconocerlo—, con que el señor Negrín ha contestado a mi intervención, y en honor a ese tono moderado y cortés, en el mismo tono quería hacer una observación al señor Negrín, y es esta[20]…

Respecto a la segunda característica, cabe resaltar que Negrín tomó parte especialmente en los debates relativos a temas que conocía muy estrechamente: la Sanidad y la Educación. A título de ejemplo de esta actividad, cabe citar su intervención, en calidad de presidente de la Comisión de Hacienda, en el pleno que debatió la partida sanitaria en los presupuestos gubernamentales el 16 de marzo de 1932. Allí, a pesar de reconocer que los servicios sanitarios y educativos habrían de ser el santo y seña del régimen republicano, no dejó de subrayar que las limitaciones hacendísticas impuestas por la crítica situación económica constituían frenos notables al propósito reformador de la coalición gubernamental:

> Todos los miembros de la Comisión de presupuestos han encontrado que la dotación de la sección de Sanidad que figura en el Presupuesto del Gobierno era harto escasa aun para las necesidades mínimas a que hay que atender en España, sobre todo en un régimen democrático y republicano como el presente, ya que este problema, juntamente con el de la enseñanza, constituyen la base del afianzamiento y del desarrollo de la República; pero nos encontrábamos encuadrados dentro de unas cifras que el Gobierno, en su política de saneamiento hacendístico, ha estimado necesarias y que la Cámara o la mayoría de ella se ha creído en el deber de apoyar[21].

Sobre el mismo tema sanitario, Negrín volvería a protagonizar un notorio debate con un diputado de la oposición radical el 13 de diciembre de 1932. Oponiéndose a sus propuestas de constitución de un Ministerio de Sanidad y la consecuente ampliación del gasto presupuestado, aprovechó el turno de réplica (en su calidad de presidente de la Comisión de Presupuestos) para hacer valer su conocimiento del asunto y su moderación política. No en vano, volvió de nuevo a subrayar la discrepancia entre necesidades atendibles y capacidades disponibles que cercenaba la voluntad gubernamental para llevar a cabo sus proyectos reformadores. Sin mencionar el hecho de que la frescura y rapidez del debate entablado ponen en cuestión la idea de que Negrín solo era capaz de recitar discursos previamente escritos (y por otros) y no tenía facilidad para la improvisación y la réplica inmediata:

> El señor Estadella [diputado radical que más tarde sería ministro de Trabajo con Lerroux] echa de menos en el presupuesto de Gobernación una cierta audacia ideológica. Y yo debo confesarle que los que por razón del oficio nos horripilamos un poco ante las audacias

ideológicas en el terreno médico, no podemos menos de felicitar al señor director general de Sanidad por su pausado y mesurado criterio. […]

Desde luego, el «leit motiv» de todo el discurso del señor Estadella es el establecimiento del Ministerio de Sanidad. ¡Ah el Ministerio de Sanidad! La Comisión estima, desde luego, algunos miembros de la Comisión por lo menos, que el volumen, que el contenido de la Sanidad en un país es suficiente de por sí para crear un Ministerio. Pero es que nosotros no nos referimos al volumen de necesidades, sino que nos referimos al volumen de disponibilidades, y nos parece completamente equivocado que para un presupuesto que dispone escasamente de 31 o 32 millones de pesetas… (El señor Estadella: Eso es lo que lamentamos). Y nosotros también, y esperamos que el día, entre otras muchas razones por esta, en que S. S. pueda desde otro sitio llevar a cabo con un mayor ritmo, pero desde luego sin hacer revoluciones de tipo sanitario, los ingresos del presupuesto de Sanidad… (El señor Estadella: ¿Por qué no hacer revoluciones de tipo sanitario?). Ya le he dicho a S. S. el temor y el pavor que me inspiran como médico esas revoluciones. (El señor Estadella: Qué más revolución que el cauterio y los anestésicos). Decía S. S. que a nada conduciría la creación de un Ministerio de Sanidad si los servicios no se encuentran mejor dotados, porque lo esencial es la dotación y la organización de los servicios, y que sería colocar simplemente una fachada detrás de la cual no se encontrarían los medios necesarios para resolver o conducir a la revolución de las necesidades sanitarias del país[22].

Negrín, como diputado socialista, no dejó pasar ninguna ocasión para reafirmar en las Cortes su convencida profesión de fe democrática y republicana. Y lo hizo en esas intervenciones de carácter más técnicopresupuestario al igual que lo haría en otros debates de perfil más propiamente político. Sucedió así en varias ocasiones donde hubo de enfrentarse a diputados de la oposición (de la izquierda o de la derecha) que exigían medidas más radicales o menos radicales por parte del ejecutivo. El 16 de marzo de 1932, durante el debate sobre la partida del Ministerio de Gobernación destinada a gastos de la Guardia Civil y de la nueva Guardia de Asalto, Negrín rechazó las demandas de reducción presentadas por el único diputado comunista con una declaración rotunda:

Nuestros electores, Señores Diputados, nos han confiado en primer término, que tomemos las medidas conducentes a asegurar la República y defenderla de sus enemigos, y hasta ahora la República, ni ningún otro sistema de gobierno, han encontrado o descubierto para ello un procedimiento diferente del de utilizar a lo que llama fuerza pública, que es odiosa y antipática, según el principio que defiende y el procedimiento que con tal fin emplea. Creo que, en conjunto, la Cámara no puede quejarse, ni el país tampoco, del ánimo que inspira a las fuerzas servidoras de la República desde el 14 de Abril[23].

Si esa defensa del uso de las fuerzas coactivas para controlar la movilización antirrepublicana estaba dirigida expresamente a la oposición comunista (y anarcosindicalista, por extensión), también cabía emplearla contra las fuerzas opositoras de la derecha radical del espectro político. Negrín acometió esa labor en su defensa de la partida presupuestaria destinada a la Guardia Civil y a la Guardia de Asalto cuando esta fue censurada por uno de los diputados del llamado «Grupo Vasco-Navarro» (la alianza entre tradicionalistas navarros y nacionalistas vascos del PNV, que había obtenido 13 escaños en las elecciones generales de 1931). El 13 de diciembre de 1932, en su calidad de presidente de la Comisión de presupuestos, afirmó la voluntad gubernamental de resistir la presión del otro lado de la tenaza antirrepublicana en el turno de réplica al diputado vasco José María Leizaola:

> Tiene S. S. el loable propósito de lograr en los presupuestos de los Departamentos ministeriales una economía de 550 millones, para evitar que el déficit del Estado republicano se produzca, y para ello ha presentado una serie de enmiendas que originan en este presupuesto de Gobernación una disminución que creo que linda con 70 u 80 millones. (El señor Leizaola: Noventa millones). Pero yo puedo responder a esa proposición y a la argumentación que emplea ba el señor Leizaola con argumentos que S. S. mismo nos acaba de dar, porque reconocía que si la Constitución se hubiera hecho a su gusto y al de sus amigos, muchos de estos aumentos habrían sido innecesarios; pero como precisamente la Constitución que la mayoría de la Cámara y la mayoría del país han querido hacer es una Constitución de otro tipo diferente, *nos encontramos con que el nuevo Estado republicano se encuentra acosado por ambos extremos, de derecha y de izquierda, y no ha tenido más remedio que organizar una serie de defensas*, tratando así de reducir la intervención de los elementos que son más cruentos en la represión.
>
> El señor Leizaola se ha servido intercalar una breve interpelación al Sr. Ministro de la Gobernación sobre el proceder de algunos guardias de Asalto que dieron unos azotes a unos chicos (Risas); pero como esa es una cuestión que no afecta a la misión de la Comisión de presupuestos, yo lo lamento mucho, pero no puedo contestarle. Y nada más[24].

Muy consciente de la tenaza de oposiciones que socavaba la capacidad reformista del gabinete azañista, Negrín apoyó en todo momento y sin vacilación la gestión del ejecutivo. De hecho, Azaña anotó en su diario que Negrín, ya en agosto de 1931, durante una comida a la que también asistió Araquistáin, le había expresado su apoyo personal y político para ejercer la jefatura de la coalición y llevar a cabo «una política de profunda

renovación»[25]. Y volvió a reiterar a Azaña su apoyo personal y político en los dos momentos más críticos de su trayectoria como jefe del gobierno: en agosto de 1932, cuando tuvo que hacer frente con éxito a la intentona golpista reaccionaria acaudillada por el general José Sanjurjo; y en enero de 1933, cuando aplastó una nueva huelga insurreccional anarquista con duras medidas represivas que ocasionaron la muerte de varios cenetistas en la villa gaditana de Casas Viejas. Fue con motivo de la primera ocasión cuando se registró un atisbo de discrepancia por su parte respecto de la conducta gubernamental. No en vano, censuró en público el inmediato indulto concedido por el gobierno a Sanjurjo, condenado a la pena de muerte por tentativa sediciosa, con un argumento poco estimado entonces: «Después de este indulto va a resultar muy barato conspirar» (así lo recordaría su amigo y correligionario, Juan Simeón Vidarte, vicepresidente de las Cortes y miembro de la comisión ejecutiva del PSOE)[26].

La amplia labor parlamentaria desempeñada por Negrín durante el bienio reformista no significó la anulación de sus múltiples trabajos de gestión universitaria. Al contrario, en noviembre de 1931 el gobierno republicano le había confirmado en su cargo de «secretario de la Junta de la Ciudad Universitaria». En esa calidad, el 8 de noviembre acompañó al jefe de gobierno a realizar una visita a las obras en curso en La Moncloa. Azaña anotaría en su diario esa ocasión sin dejar de contrastar el entusiasmo de Negrín por las obras y su propia tristeza por «el horror de la urbanización» de una zona campestre madrileña:

> Esta mañana a las once ha venido a buscarme el doctor Negrín, secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria. Ahora presido yo esta Junta como jefe del Gobierno. Me ha llevado a visitar las obras. La mañana era muy fría, con mucho viento. Hemos ido en un cochecillo minúsculo, en que apenas cabíamos los dos.
>
> Hacía año y medio que yo no iba por aquellos lugares, y desconocía lo que han adelantado las obras. Mi sorpresa ha sido grande cuando al llegar al final de la calle de la Princesa me he encontrado con la desolación de la Moncloa destruida. […] Ya no queda nada: «una gran avenida», rasantes nuevas, el horror de la urbanización. […]
>
> El doctor Negrín ya piensa en colocar en la Casa de Campo la Escuela de Montes y no sé qué otro establecimiento[27].

A pesar de su pesimismo, Azaña tenía razón: las obras de la nueva universidad madrileña marchaban a un ritmo muy intenso. Tanto fue así que

Negrín propuso a principios del año 1932 el traslado inmediato para el siguiente curso de la Facultad de Filosofía y Letras a las nuevas edificaciones terminadas en el campus, sin esperar a la terminación de la Facultad de Medicina (que se trasladaría en el curso 1934-1935). El filósofo Manuel García Morente, decano de la primera facultad, no dejaría de expresar en público la deuda de su centro con el doctor Negrín con ocasión de la inauguración del edificio:

> ¿Qué hacer (con la falta de espacio en el caserón de la calle de San Bernardo)? En ese trance, la iniciativa feliz del profesor Negrín, Secretario de la Ciudad Universitaria, fue la que abrió la posibilidad de resolver el difícil problema. El Profesor Negrín sustenta la tesis plausible de que las edificaciones de la Ciudad Universitaria deben hacerse por partes y no desde el primer momento en su totalidad; de esta suerte sería posible empezar en seguida a vivir la Ciudad Universitaria, que iría luego ampliándose a medida que las necesidades impusieran la realización integral de los proyectos.
>
> Aplicando esta idea acertada a la Facultad de Filosofía y Letras se vio que si en vez de acometer la construcción de todo el proyecto, se limitaba de momento la obra a uno de los pabellones, era posible obtener económicamente un edificio que, no siendo sino una parte de la futura Facultad, representaría, sin embargo, algo infinitamente superior a cuantos locales pudieran alquilarse en Madrid, y no digamos a las viejas aulas de la calle de San Bernardo[28].

Esos éxitos en su gestión universitaria durante el bienio reformista indudablemente fueron una gratificación para Negrín, al igual que le complacían sus tareas parlamentarias. Quizá sobre todo porque ambas facetas constituían el reverso compensatorio para las amarguras que seguía cosechando en su vida familiar y matrimonial.

A finales de diciembre de 1931, María Mijailov había adoptado una nueva táctica de presión sobre su marido para conseguir su ruptura con Feli y su vuelta al hogar matrimonial: «cogió a los tres hijos y se los llevó sin la menor causa ni conocimiento de su marido a Segovia, donde permaneció hasta después de entrado el año 1932». Solo regresó después de que Negrín hubiera aceptado «ciertas condiciones algunas de orden económico» y ante la amenaza de acciones judiciales por abandono de hogar. De todos modos, la crisis y la consiguiente escapada temporal se repitió durante «un viaje estival a Santander» en el verano de 1933. Ese mismo año tuvo lugar un nuevo incidente relacionado con uno de los viajes de Negrín a Ginebra para cumplir sus obligaciones ante la OIT y la IPU. Como su hijo mayor, Juan

junior, estaba entonces estudiando medicina en Berlín, Negrín informó a su mujer de que se trasladaría de Ginebra a la capital alemana para verlo. María insistió en acompañarlo a Berlín «con la agresividad y comportamiento habitual de su esposa». Ante la negativa de Negrín, María «promovió tal escándalo que mi representante temía ser expulsado de la casa». La crisis se aplacó mediante el compromiso de Negrín de pagar el viaje de su mujer a Alemania por separado y en días diferentes. Así sucedió y María disfrutó de una estancia larga y pagada en Berlín y, de regreso, en París, «sin previo permiso marital». En todo caso, desde ese verano de 1933 «las relaciones conyugales empeoraron considerablemente» y María recurrió al expediente de contratar «una agencia de información» para vigilar a su marido en todos sus actos privados[29].

Los disgustos matrimoniales y familiares de Negrín que se agudizaron en la segunda mitad de 1933 parecieron reduplicar el amargo curso de la vida política durante ese mismo semestre. No en vano, Negrín contempló con sumo pesar el progresivo desgaste del gobierno de Azaña desde la primavera de 1933, evidenciado por sucesivas derrotas parlamentarias y por crecientes tensiones internas en el seno del grupo socialista sobre la conveniencia de proseguir en el gobierno (tesis de Prieto) o desligarse de la conjunción para no perder audiencia obrera a favor de la CNT (tesis de Largo Caballero). Contribuyeron notablemente a ese desgaste el reforzamiento de la táctica «obstruccionista» del Partido Radical en las Cortes y, fuera de ella, la notable movilización de las derechas católicas lograda por Gil Robles a través de la CEDA. Tampoco dejó de afectar a la estabilidad ministerial el patente deterioro de la situación económica y su principal derivación social, el creciente volumen de parados que alimentaba el descontento de la militancia sindical: en 1933 el número de desempleados alcanzaba la cifra máxima de 619 000 obreros, de los cuales el 60% pertenecían al sector de los jornaleros agrarios, eje de la conflictiva problemática social española que la dubitativa reforma agraria en marcha no había conseguido aplacar. Ante esa situación de virtual parálisis y agotamiento de la coalición gubernamental, el presidente Alcalá Zamora optó por utilizar sus prerrogativas constitucionales para disolver la cámara. En septiembre de 1933, cesado el gabinete azañista, Alcalá Zamora

favoreció la constitución de un gobierno de transición (primero presidido por Lerroux y luego por su lugarteniente, Diego Martínez Barrio) que convocó nuevas elecciones generales para el 19 de noviembre de 1933.

La convocatoria electoral consagró oficialmente la honda y crucial discrepancia entre prietistas y largocaballeristas sobre táctica y estrategia política del movimiento socialista. Mientras que Prieto insistía en la necesidad de acudir a las urnas en unión de los republicanos como única vía para recuperar el poder y superar los desafíos a la aplicación del programa reformista truncado, Largo Caballero hizo uso de su implantación sindical para forzar la renuncia a la colaboración con partidos burgueses y para emprender una senda «bolchevique» con el objetivo de la conquista proletaria del poder por cualquier vía (constitucional o insurreccional)[30]. Negrín, a tono con sus convicciones y su trayectoria, no dudó durante esa coyuntura en alinearse con Prieto y en enfrentarse a Largo Caballero y sus antiguos amigos, Araquistáin y Álvarez del Vayo. Pero no fue posible contener la deriva «bolchevizante» del líder ugetista, cuya fuerza sindical arrastró al socialismo a una estrategia política arriesgada y radicalizada. A principios de octubre, Largo Caballero anunció esa nueva política en uno de sus principales discursos electorales:

> Yo no tengo gran fe, y ahora menos que antes, en que dentro de una democracia burguesa se pueda hacer Socialismo; pero hay que reconocer que dentro de una República, en el orden político, se pueden hacer muchísimas cosas y que la República española las ha hecho. Mas, sobre todo, hay algo que nos interesaba mucho a nosotros, y es que colaborando con la República podíamos evitar el triunfo de la Reacción. […]
>
> Nosotros sabíamos, y la experiencia lo está confirmando, que no es suficiente para la emancipación de la clase trabajadora una República burguesa. […]
>
> Que conste bien: el Partido Socialista va a la conquista del Poder, y va a la conquista, como digo, legalmente si puede ser. Nosotros deseamos que pueda ser legalmente, con arreglo a la Constitución, y si no, como podamos. Y, cuando eso ocurra, se gobernará como las circunstancias y las condiciones del país lo permitan. Lo que yo confieso es que si gana la batalla no será para entregar el Poder al enemigo[31].

La cruda retórica electoral de Largo Caballero no fue la única que inauguraba una nueva etapa republicana más crispada y radicalizada, tendente a la bipolarización más extrema. Su contrafigura y referente implícito fue Gil Robles, el líder de la nueva derecha católica agrupada en

la CEDA. A pesar de que su discurso fuera mucho más autoritario que fascista (como le calificaban sus enemigos), las declaraciones durante la campaña electoral de Gil Robles no hicieron nada para aliviar los vivos temores sobres su lealtad democrática y republicana. Muy al contrario, reclamó para sí el mérito de la eficaz labor de desgaste del gabinete azañista y definió su proyecto político con claros tintes autoritarios apenas diferenciados del modelo salazarista en Portugal o mussoliniano en Italia. Así sucedió en su discurso electoral en el cine Monumental de Madrid el 15 de octubre de 1933:

> Y seguimos nuestra táctica, y fuimos a las elecciones (municipales) en abril (de 1933) y, a consecuencia de ellas, conseguimos que el Gobierno de Azaña quedara vencido, muerto, y vilipendiado. […] Así fuimos minando a un Gobierno, vencimos al Parlamento en las elecciones, fuimos hundiendo la política de izquierda. […]
>
> Nuestra generación tiene encomendada una gran misión. Tiene que crear un espíritu nuevo, fundar un nuevo Estado, una Nación nueva, dejar la Patria depurada de masones, de judaizantes… Como soñar no está prohibido, soñad todos en común. […] El Poder solo cuando venga íntegro. Hay que ir a un Estado nuevo, y para ello se imponen deberes y sacrificios. ¡Qué importa que nos cueste hasta derramar sangre! Para eso nada de contubernios. No necesitamos el Poder con contubernios de nadie. Necesitamos el Poder íntegro y eso es lo que pedimos. Entre tanto no iremos al Gobierno en colaboración con nadie. Para realizar este ideal no vamos a detenernos en formas arcaicas. La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de un Estado nuevo. Llegado el momento el Parlamento o se somete o le hacemos desaparecer[32].

DIPUTADO DE LA OPOSICIÓN

El resultado de la división entre los antiguos partidos de la conjunción republicana-socialista fue una neta derrota electoral amplificada por los efectos del sistema electoral mayoritario, por la orientación derechista del nuevo voto femenino y por la llamada a la abstención activa del anarquismo. Contra todo pronóstico, la victoria en las elecciones de noviembre de 1933 recaía sobre la CEDA (con 115 diputados) y el Partido Radical (con 104), mientras el PSOE veía reducida a la mitad su representación (58 escaños) y el partido de Azaña casi se desintegraba (5 diputados). Incluso en Cataluña, donde el recién formado gobierno autónomo de la Generalitat presidido por Lluís Companys estaba en manos de la Esquerra Republicana, la derechista Lliga Catalana triunfó claramente sobre sus contrincantes (24 diputados frente a 18 de ERC)[33].

La reacción de las izquierdas ante su clamorosa derrota electoral fue de abatimiento y total desconcierto, asumiendo a duras penas las consecuencias de sus divisiones internas y percibiendo con asombro la extraordinaria reorganización de sus adversarios. Tanto fue así que, antes de confirmarse la amplitud de la debacle en la segunda vuelta electoral, Azaña sugirió a Diego Martínez Barrio, el diputado radical que presidía el gobierno interino, la posibilidad de suspender las Cortes y «constituir otro Ministerio en el que estén representadas todas las fuerzas de izquierda y hacer una nueva consulta electoral». Martínez Barrio rechazó esa medida de emergencia habida cuenta de que la consulta se había desarrollado con normalidad y era impecable en términos legales y democráticos[34].

A pesar del fracaso de la tentativa azañista, el PSOE insistió en los días posteriores a la consulta en una medida semejante de suspensión de los resultados electorales y formación de un gobierno interino de izquierda que preparase una nueva consulta general. Negrín fue encargado por la directiva

del grupo parlamentario socialista para proponer dicha solución al propio presidente de la República. Alcalá Zamora, al igual que Martínez Barrio, rechazó resueltamente lo que interpretó Barrio como una «propuesta de golpe de Estado» a cargo «de la minoría socialista»[35]. Sin llegar a ser tanto, es bien cierto que esa solución era difícilmente admisible en términos constitucionales y solo habría podido imponerse por exigencias de emergencia nacional entonces inexistentes. Sin embargo, ninguna de esas propuestas implicaba el uso de la violencia contra las autoridades constituidas y solo trataban de encontrar resquicios legales y procesales para anular un resultado electoral tan amargo como inesperado. Desbaratadas así sus primeras reacciones para impedir lo inevitable, las izquierdas divididas y derrotadas, republicanas y socialistas, habrían de avenirse a su nueva situación de minorías parlamentarias en unas Cortes dominadas por el republicanismo centrista y la derecha católica. Lo mismo hubo de hacer el anarcosindicalismo, que sí apostó por la violencia más extrema en su respuesta a los resultados electorales. La insurrección revolucionaria convocada por la CNT-FAI a principios de diciembre de 1933 fue de nuevo aplastada por las fuerzas de orden público sin contemplaciones y con un coste de sangre considerable: «75 muertos y 101 heridos entre los que subvirtieron el orden; 11 guardias civiles muertos y 45 heridos; 3 guardias de asalto muertos y 18 heridos»[36].

Confirmados los resultados electorales, quedó claro que Lerroux y su partido radical se habían constituido en el eje central de toda la situación política y parlamentaria. En esas condiciones, habida cuenta de la imposibilidad de la CEDA para gobernar en solitario, Lerroux optó por formar un gobierno exclusivamente radical que fuera apoyado, desde fuera del gabinete, por el peso parlamentario de los diputados cedistas capitaneados por Gil Robles. La condición tácita y expresa para conseguir ese apoyo era la atención a las demandas mínimas de la CEDA, a pesar de su declarada aversión al «contubernio» con republicanos: la ley de amnistía para los detenidos por acciones antirrepublicanas (Sanjurjo y los exiliados por colaboración con Primo de Rivera, como Calvo Sotelo) y una «revisión de la obra legislativa» del bienio anterior en el plano social, autonómico y religioso. Esa sería, durante casi todo un año, la fórmula política de

gobierno en la República, sobre la base del apoyo cedista al gabinete lerrouxista para aplicar un programa mínimo de «rectificación de la República»[37].

La decisión crucial de Lerroux de ensayar la vía de la cooperación con las derechas católicas todavía no conversas al republicanismo supuso la ruptura política irreversible de la coalición originaria de abril de 1931. Entre otras cosas porque, frente a la esperanza lerrouxista de incorporar a la CEDA al marco constitucional democrático para ampliar su base social y electoral, el azañismo y el socialismo desconfiaban de los propósitos últimos cedistas y temían que su triunfo electoral fuera el preludio para la implantación de un régimen católico corporativo y autoritario en la línea del salazarismo portugués o del fascismo italiano.

La deblace electoral de las izquierdas en noviembre de 1933 afectó a Negrín muy directamente. No consiguió revalidar su escaño parlamentario por la provincia de Las Palmas (donde cosechó no obstante 16 928 votos populares y resultó el candidato más votado de la izquierda en la capital provincial). Sin embargo, consiguió salvar su acta de diputado gracias al hecho de concurrir como número tres de la candidatura socialista por Madrid capital. No en vano, a tono con su prestigio y creciente fama en el ámbito socialista, Negrín figuraba en la lista después de Besteiro y de Jiménez de Asúa. Y obtendría 176 171 votos populares (solo 1476 menos que Besteiro, el diputado más votado en la capital)[38].

Sus tareas en las nuevas Cortes del bienio 1933-1935 no fueron muy diferentes a las de la legislatura anterior. Formó parte de la Comisión de Presupuestos y también de la de Hacienda (aunque no presidió ninguna de ellas). Realizó seis intervenciones públicas en plenos parlamentarios (mayormente sobre temas hacendísticos). Presentó tres enmiendas a un proyecto orgánico: el «Proyecto de traspaso al Ministerio de Trabajo de los servicios de Sanidad». Y realizó tres votos particulares a sendas medidas gubernativas. Pero esta vez, en reconocimiento a sus destacadas dotes como diputado, también fue elegido por sus correligionarios para el cargo de vicepresidente del grupo parlamentario socialista, ostentando la presidencia Largo Caballero[39].

Al igual que en el bienio reformista, durante el bienio rectificador Negrín concentró sus atenciones parlamentarias en los temas sanitarios y educativos, de conformidad con su calidad de médico y universitario. A este respecto, quizá sus más concienzudas intervenciones tuvieran por objeto impedir los planes gubernativos de trasladar la gestión de los servicios de Sanidad desde el Ministerio de Gobernación al de Trabajo. Ya en su primera intervención de oposición al traslado, realizada el 21 de febrero de 1934, dejó claro que su rechazo no obedecía «a designios políticos, sino que tienen una fundamentación legítima» y técnica. Derrotada su enmienda por la mayoría radical-cedista, todavía perseveró sin éxito para evitar que, al menos, los servicios de Epidemiología siguieran afectos al Ministerio de Gobernación:

> Hemos fracasado, Señores Diputados, en nuestro intento de convencer al Gobierno y a la Comisión de la inoportunidad de hacer el traslado de los servicios de Sanidad del Departamento de Gobernación al de Trabajo; pero esperamos lograr, por lo menos, que la Comisión y el Gobierno acepten que aquellos sectores del servicio de Sanidad que por su propia naturaleza requieren una acción gubernativa inmediata, queden vinculados al Ministerio de la Gobernación en tanto que la legislación orgánica de Sanidad, indispensable para que esta efectividad pueda ser realizada, no sea hecha por las Cortes. Entre estos servicios figura, en primer término, y de una manera preeminente, el que depende de la Sección de Epidemiología[40].

En el caso de la educación, su intervención más destacada tuvo lugar el 4 de mayo de 1934, cuando las Cortes tuvieron que debatir el efecto del decreto de amnistía sobre la anulada cátedra de Derecho Internacional Privado de Madrid que había ostentado el iusinternacionalista José Yanguas Mesía, exmiembro del Directorio Civil de Primo de Rivera. Su plaza había sido convocada a concurso en febrero de 1932 y se estaban desarrollando los ejercicios para su provisión en aquellos mismos días. A pesar del antagonismo político que necesariamente abrigaba respecto a Yanguas Mesía, Negrín intervino en el debate defendiendo su restitución a la cátedra y el principio de autonomía y no injerencia política en la vida universitaria:

> Se plantea la cuestión siguiente: no solo por los antecedentes que aquí se han señalado, sino también desde un punto de vista puramente estatal, el interés de todos está en que si temporalmente, por circunstancias políticas, determinados elementos permanecen alejados de la Universidad, en donde la selección debe hacerse de una manera objetiva, teniendo en

> cuenta las capacidades y no teniendo en cuenta las ideas políticas, deban reintegrarse a sus filas tan pronto como sea posible, y nosotros estimamos que en el caso del señor Yanguas y Mesía, sin necesidad de apelar a una suspensión, que estimamos improcedente, injusta e ilícita, de las oposiciones en curso, el Ministerio de Instrucción Pública tiene medios en su mano para rehabilitar, conforme se ha hecho en otras ocasiones, y restablecer en el puesto que ocupaba el catedrático que, por circunstancias ajenas a su voluntad, se ha visto obligado a abandonar su puesto. Con estas pocas palabras queda fijado el criterio de la minoría socialista[41].

Desde la formación del primer gabinete presidido por Lerroux, la dinámica política republicana entró en una fase crítica que tuvo como piedra de toque el grado de participación de la CEDA en las tareas de gobierno y su creciente influencia en las medidas de rectificación legislativa emprendidas. Por boca de Azaña, el republicanismo de izquierda seguía confiando en que las dificultades de conformación de un gobierno estable inclinaran al presidente Alcalá Zamora a disolver la cámara y convocar nuevas elecciones. Mientras tanto, y al objeto de favorecer ese curso, Azaña no dejaría de advertir a los radicales y al presidente contra cualquier medida de «entrega» de la República a «los monárquicos, más o menos disfrazados». La creciente dependencia de la CEDA no dejó de afectar a la cohesión interna de las propias filas del radicalismo. En mayo de 1934 su sector más laicista y demócrata se escindió del partido de la mano de Martínez Barrio y acabaría fundando la Unión Republicana, que intentaría restablecer los puentes con el nuevo partido constituido por Azaña, Izquierda Republicana[42].

También el movimiento socialista mantenía la misma esperanza azañista y había secundado la advertencia con un añadido crucial que reflejaba la radicalización largocaballerista (con la anuencia prietista): si la CEDA entraba en el gobierno, «públicamente contrae el partido socialista el compromiso de desencadenar, en ese caso, la revolución»[43]. Aunque el contenido de esa «revolución» no era exactamente el mismo para Largo Caballero (la dictadura proletaria) que para Prieto (la defensa de la república democrática), ese acuerdo de mínimos salvaba la unidad socialista y permitía al movimiento oponerse sin fisuras a las medidas de contrarreforma social e institucional aplicadas por Lerroux desde el gobierno y avaladas por la CEDA en las Cortes. En todo caso, el

movimiento socialista se aprestó a preparar en solitario una revolución anunciada cuyo desencadenamiento, inexplicablemente, se aplazaba *sine die* (y con la esperanza de que no fuera necesaria porque Alcalá Zamora vetaría la entrada de la CEDA en el gobierno). Además, esa potencial «respuesta defensiva a una provocación de la derecha» (la entrada cedista en el gobierno), contra el criterio de Prieto y ante el desánimo de Fernando de los Ríos, no tendría ninguna vinculación con la hipotética respuesta de las izquierdas burguesas porque la República democrática ya no interesaba al movimiento «ni vestida ni desnuda» (según un editorial de *El Socialista* a fines de julio de 1934).

Negrín no objetó nada a esa arriesgada estrategia política en virtud de sus vivos temores ante el hipotético acceso al poder del partido de Gil Robles y el futuro de la democracia republicana. No en vano, como recordaría uno de sus amigos y compañeros de escaño, por aquellos meses estaba muy inquieto por «la impetuosa ascensión del nazismo alemán» (Hitler se había convertido en canciller en enero de 1933) y la práctica eliminación del movimiento socialdemócrata en ese país tan bien conocido y tan admirado. Esa inquietud se convirtió en una viva impresión a partir de marzo de 1934, al tener noticia de «la salvaje represión llevada a cabo en Viena» contra los socialdemócratas austríacos por el canciller católico Dollfuss. Según el testimonio del doctor Pascua, Negrín «reflexionó mucho sobre la posibilidad de que acontecimientos semejantes pudieran ocurrir en España a cargo de las derechas y especialmente de la Acción Popular (núcleo de la CEDA) en el Poder si la ocasión propicia se presentaba»[44]. También le impresionó mucho la férrea contundencia represiva utilizada por el gobierno radical, con el beneplácito cedista, en su tratamiento de los conflictos socio-laborales. Buen ejemplo de esta última fue la respuesta contra la huelga general campesina convocada por la federación agraria ugetista en junio de 1934, con su cosecha de 13 muertos, decenas de heridos y más de 7000 detenidos (amén de la clausura de los centros sindicales en casi toda la geografía rural). En todo caso, su preocupación no le llevó a secundar las tesis «bolchevizantes» de Largo Caballero y, por aquellas fechas, sus amigos republicanos le escucharon «en privado quejarse de los

derroteros socialistas»[45]. Y no era para menos porque, en palabras del historiador Santos Juliá:

> Una revolución a fecha fija, pendiente de una provocación que el adversario podía administrar a su gusto y desligada de la anterior movilización obrera y campesina, basada en una deplorable organización armada, sin objetivos políticos precisos, con la abstención de un numeroso sector de la clase obrera sindicalmente organizada, proyectada como mezcla de conspiración de militares presuntamente adictos y de huelga general del gran día, frente a un Estado que mantenía intacta su capacidad de respuesta, no tenía ninguna posibilidad de triunfo[46].

El deterioro de la vida política entre diciembre de 1933 y el otoño de 1934 puede comprobarse en un hecho bien notorio: el diputado Negrín, vicepresidente de la minoría parlamentaria socialista, fue procesado por la Fiscalía General de la República como autor confeso de siete artículos de contenido político publicados en el diario *El Socialista*. De los siete procesos incoados por el Tribunal Supremo y para los cuales se pidió el correspondiente suplicatorio a las Cortes, seis serían denegados y solo uno concedido: el correspondiente a la serie de artículos titulados irónicamente «Aspectos nutritivos de la euforia», publicados en los días 27 y 30 de mayo, 7 de junio y 17 de julio de 1934, en los que denunciaba una corrupción ministerial en la adjudicación de derechos de importación de maíz y exportación de arroz. Los otros seis artículos fiscalizados se referían a la situación del campesinado extremeño, la corrupción administrativa de los radicales y otros temas de actualidad política. El título y fecha de cada uno de ellos fue el siguiente: «Unas horas en Villanueva de la Serena» (22 de diciembre de 1933); «Curiosidades. El fiscal, recusado» (5 de junio de 1934); «Si el partido es eso… el binomio lerrouxista de Rodríguez de León» (20 de mayo); «De la huelga de campesinos. Una carta de los presos de Valladolid» (3 de julio); y «Nube de verano» (8 de julio)[47]. Por esas fechas, la dedicación política y parlamentaria de Negrín fue tan intensa que pidió y obtuvo la excedencia formal de su condición de catedrático universitario en activo y de secretario de la junta constructiva de la Ciudad Universitaria (un cargo este gravoso y no remunerado que le costó abandonar porque era su empresa intelectual favorita)[48].

En su calidad de militante socialista disciplinado, al margen de sus tareas parlamentarias y de sus reservas estratégicas, Negrín también parece que secundó las labores de Prieto en la preparación de «la respuesta a la provocación derechista». Entre otras tareas, Prieto asumió la competencia de buscar armas para la incipiente milicia socialista en Vizcaya (su feudo personal) y en Asturias (donde la dirección del Sindicato Obrero Minero Asturiano estaba en manos de convencidos prietistas como Ramón González Peña, su secretario general y presidente de la Federación Minera de la UGT). No fue tarea nada fácil y la mayor operación planeada, el alijo en Asturias del armamento transportado en el vapor *Turquesa*, fue desbaratada por la Guardia de Asalto y casi provocó la detención de Prieto *in situ*. En ese contexto, el apoyo de Negrín se limitó a acompañar a su líder político durante el verano de 1934 en sus viajes por Vizcaya y Asturias, sin ostentar cargo orgánico alguno ni formar parte del «comité de enlace» directivo de la proyectada huelga socialista (formado por dos líderes de cada organización: PSOE, UGT y Juventudes Socialistas). Así lo reconocería posteriormente Negrín en su declaración testifical ante el tribunal militar encargado de la persecución de los responsables de los sucesos de octubre de 1934:

> Preguntado —Si particularmente ha estado en Éibar o Asturias en el verano del año treinta y cuatro, dijo: Que en el verano del año treinta y cuatro ha estado con sus hijos mayores y algunos amigos en varios sitios del norte de España, León, Galicia, Asturias, Santander y Vascongadas. Ha estado además una o dos veces en Éibar con amigos y sus hijos; Que ninguna vez, si ha sido más de una, arriba de una o dos horas. Que también en años anteriores, y desde hace varios, ha pasado parte del verano y en plan turístico en poblaciones de Asturias, Santander y Vascongadas.
>
> Preguntado —Que si recuerda las fechas, dijo: que las fechas serían hacia mediados o fines de agosto. Pudiendo ser también hacia principios de septiembre.
>
> Preguntado —Que quién le acompañó del Partido Socialista o del comité, dijo: Que como miembro del Partido Socialista no le acompañó nadie. Que como amigos particulares iban —además de sus hijos— el señor Prieto, una o quizá sus dos hijas y si no recuerda mal, algunos amigos bilbaínos o madrileños del señor Prieto, que no son socialistas. Que en Oviedo estuvo, como siempre que ha ido a Asturias, en casa de su amigo Teodomiro Menéndez [diputado socialista] con quien le liga amistad particular, motivaba además esa visita el ver a su esposa que por aquellos días había tenido una hemoptisis[49].

El momento culminante de la crisis política en curso en España llegó a principios de octubre de 1934, cuando Lerroux decidió atender la imperativa exigencia de Gil Robles para que la CEDA entrase a formar gobierno con tres ministros propios. Esa colaboración ministerial cedista se había constituido en la piedra de toque de la coyuntura política, en particular para los dos grandes partidos del espectro político, por razones bien apuntadas por el hispanista Paul Preston:

> Tanto el PSOE como la CEDA tenían confianza en que el aparato represivo del Estado podía ocuparse adecuadamente de la conspiración monárquica o de la subversión anarquista. Lo que realmente temían cada uno era que el otro llegase al poder legalmente y le diese al régimen un contenido legal y constitucional que dañase los intereses materiales de sus seguidores[50].

La aprobación por parte de Alcalá Zamora de ese reajuste gubernamental el 4 de octubre fue la señal anunciada para que el PSOE y la UGT declararan, en solitario y sin acuerdo con otras fuerzas políticas o sindicales (CNT), una huelga general indefinida de protesta en todo el país. También fue la señal para que el gobierno de la Generalitat presidido por Companys, enzarzado en un agrio pleito competencial con el gabinete de Lerroux, aprovechara la ocasión y proclamara «el Estado Catalán dentro de la República Federal Española». Aunque el republicanismo de izquierda denunció la entrada de la CEDA en el gobierno, no secundó ninguna de ambas iniciativas porque no podía «cooperar ni directa ni indirectamente en actuación alguna que signifique un apartamiento violento del orden legal establecido»[51]. Ambas acciones anticonstitucionales fueron un fiasco rápidamente aplastado por el nuevo gobierno radical-cedista con el apoyo unánime de las fuerzas de seguridad y del Ejército: el general Batet consiguió la rendición de Companys en Barcelona sin apenas derramamiento de sangre y en poco más de veinticuatro horas[52].

La única excepción a esa tónica general tuvo lugar en Asturias, donde la convocatoria huelguística estuvo protagonizada por una Alianza Obrera entre el Sindicato Minero de la UGT y su homólogo de la CNT. De la mano de ambas organizaciones, sobre la base del descontento y malestar generado por una prolongada crisis minera, la huelga general desembocó en insurrección armada que se convirtió en el ensayo de una verdadera

revolución social colectivista (con su cosecha de pérdidas humanas y varias decenas de muertes de «enemigos de clase»: guardias, patronos y religiosos). Incluso permitió una sostenida incursión de las milicias mineras sobre la capital regional, Oviedo, donde las fuerzas militares sostuvieron el frente hasta la llegada de refuerzos por vía marítima y terrestre. Las operaciones fueron coordinadas desde Madrid, en virtud del estado de guerra, por un joven general, Francisco Franco Bahamonde, que actuaba como asesor personal del ministro de la Guerra, el radical Diego Hidalgo. Apenas quince días después de iniciada la insurrección, ante el abrumador despliegue militar en la región (incluyendo el uso de la Legión y tropas de regulares indígenas, los «moros»), los líderes mineros socialistas y anarquistas cesaron su resistencia y capitularon incondicionalmente[53].

Negrín tomó parte en el movimiento huelguístico del 5 de octubre de 1934 ofreciendo su apoyo logístico a la dirección socialista: Largo Caballero se ocultó brevemente en el domicilio madrileño de su compañera, Feli (a la que encontró «muy dispuesta y con traza de inteligente»), antes de ser detenido por la policía en la casa del pintor Luis Quintanilla. Todos sus desplazamientos por la capital en aquellos tensos días, hasta su detención, los hizo en el automóvil de Negrín, «que llevaba la indicación de servicio médico»[54]. Por su parte, Juan Simeón Vidarte encontró refugio provisional en el domicilio del discípulo de Negrín, el doctor Rafael Méndez, donde también tenía pensado ocultarse Prieto (que optó por partir al exilio en París)[55].

Como consecuencia de su filiación y cargo, Negrín fue sometido a la correspondiente investigación del tribunal militar encargado de depurar las responsabilidades por la fracasada huelga e insurrección socialista. Y el juez militar encargado de su causa dictaminó en abril de 1935 el sobreseimiento de la misma al no apreciar ninguna responsabilidad penal en su conducta[56]. Por esa misma razón de ausencia de imputaciones o condenas, Negrín pudo seguir ejerciendo como vicepresidente del grupo parlamentario socialista «en funciones de presidente» (por ausencia de Largo Caballero, detenido y encarcelado). Y desde su Oficina Parlamentaria Socialista organizó con suma eficacia, en colaboración con Fernando de los Ríos, la defensa jurídica de los líderes y militantes encarcelados y procesados por su

participación en los sucesos de octubre[57]. También atendió a los líderes socialistas europeos que vinieron a Madrid a interesarse por la suerte de sus correligionarios, a los que ya conocía por su cargo en la Unión Interparlamentaria (entre ellos, los socialistas franceses Vincent Auriol y Jules Moch, que llegarían a ser sus íntimos amigos)[58]. En una de sus cartas particulares a Feli (en las que no apeaba el tratamiento de usted), Negrín hacía alusión en enero de 1935 a esa ingrata tarea defensiva que le había tocado asumir con resignación:

> Que nos pongan buena cara en cárceles y cuarteles y entre gentes a quienes la revolución ha herido en lo más vivo, es tonta pretensión. Inspirar compasión entre ellos, debemos rechazarlo, y no lo lograríamos. Solo podemos reclamar cuando haya algún atropello, aunque la reclamación sea casi siempre de efectos platónicos, que lo mejor por ahora es morderse los labios y aguardar con altivez a que llegue nuestra ocasión, esperando que sabremos ser más humanos, generosos y caballeros que ellos lo han sido. Que V. sabe que yo nunca he creído reñida la dureza con la hidalguía[59].

La derrota socialista y catalanista de octubre de 1934 fue un hito culminante en el devenir de la Segunda República, pero no puso fin a la prolongada crisis política vigente. Ante todo, porque la cruda y sangrienta experiencia de la revolución social en Asturias dejó verdaderamente alarmados a amplios sectores sociales conservadores y republicanos, que vieron confirmados sus temores y recelos sobre la lealtad democrática y constitucional del movimiento socialista y del catalanismo de izquierdas. Por su parte, a la vista de las medidas de fuerza empleadas para acabar con la insurrección y con anteriores manifestaciones de protesta (la huelga campesina de junio), extensos segmentos sociales obreros y jornaleros confirmarían su desconfianza hacia las vías políticas parlamentarias y nutrirían las filas de las bases militantes que forzaban la radicalización de los sindicatos.

En ese proceso de polarización agudizado en octubre de 1934 fue reduciéndose aún más el ámbito de apoyos sociales y políticos del reformismo democrático triunfante en abril de 1931, en beneficio de las alternativas autoritarias de la reacción o de la revolución. No en vano, desde entonces y hasta el estallido de la guerra civil, los líderes y seguidores del reformismo democrático tuvieron que enfrentarse a un dilema crucial que

fracturó no pocas de sus filas y de sus bases sociales y territoriales. Aquellos sectores donde predominaba el temor a la reacción sobre el miedo a la revolución seguirían apostando por la vía de la cooperación con el movimiento socialista con la esperanza de reconducirlo hacia la legalidad constitucional y retomar la vía política truncada en 1933. Aquellos sectores donde era superior el miedo a la revolución sobre el temor a la reacción persistirían en la necesidad de cooperar con la CEDA con la esperanza de lograr su apoyo para la estabilización de la República y para superar la crisis institucional imperante.

En el seno del movimiento socialista, el fracaso de la tentativa revolucionaria acentuó hasta extremos de casi ruptura la división entre la facción largocaballerista, bien implantada en la UGT y partidaria de proseguir por la vía «bolchevique» fusionándose con el minúsculo Partido Comunista de España (PCE), y la tendencia prietista, que controlaba la comisión ejecutiva del PSOE y apostaba por el restablecimiento de la alianza con los republicanos de izquierda. Los primeros, a pesar del fiasco cosechado y en función de su leninismo advenedizo, interpretaban la huelga e insurrección como una batalla solo provisionalmente perdida de una guerra de más largo alcance y necesariamente victoriosa. En junio de 1935, Araquistáin, convertido ya en el cerebro intelectual de Largo Caballero y el promotor de la estrategia revolucionaria de la «izquierda socialista», denunciaba la posible reconstrucción de la conjunción republicano-socialista con viveza:

> Los confusionismos de clases son funestos para todos. Que cada cual gobierne conforme a los intereses y a la ideología de su clase, y cuando al Partido Socialista le llegue la hora del Poder, y le llegará, porque eso está escrito en las leyes inmanentes de la Historia, también gobernará solo de acuerdo con sus intereses y su ideología de partido proletario. Han sido precisos cuatro años para llegar a esta definición y delimitación de los partidos que al traer la República y echar sus fundamentos constitucionales renunciaron temporalmente a sus diferencias de clase; pero basta haber alcanzado esta claridad para que el tiempo pasado no sea del todo perdido[60].

Los segundos, en virtud del mismo fiasco, llegarían a considerar esa tentativa de asalto violento al poder como un grave error político y estratégico, incompatible con las credenciales democráticas del socialismo.

Prieto en persona había dado carta blanca a esa «posición socialista» en su declaración con motivo del cuarto aniversario de la proclamación de la República en abril de 1935:

> Ese artículo constituía ante todo una confesión de nuestros errores, y entre los que podían hacerse públicos apunté como el más considerable de todos el hecho de que en la mayor parte de las circunscripciones los socialistas lucharan aisladamente en las elecciones legislativas de 1933, considerando dicho aislamiento como una de las principales causas de la composición actual del Parlamento, tan desfavorable a los ideales democráticos y a las aspiraciones de la clase obrera[61].

Por su parte, en el seno de la coalición gobernante, el triunfo sobre la revolución planteó de inmediato graves diferencias entre radicales y cedistas sobre el alcance de las medidas contrarreformistas y sobre la propia supervivencia de la República democrática. De hecho, para los radicales y el presidente Alcalá Zamora, las medidas de emergencia dictadas por el estado de guerra (suspensión de ayuntamientos socialistas, de la Generalitat, encarcelamiento de huelguistas) tenían que ser interinas y moderadas, dejando abierta la vía al restablecimiento de la normalidad democrática y constitucional. Por el contrario, Gil Robles pretendía que fueran medidas resolutivas y virtualmente irreversibles, aun cuando supusieran la suspensión *sine die* de la normalidad constitucional (a la que, por otra parte, aspiraban cambiar sustancialmente como parte de su programa). El debate sobre las penas de muerte a los condenados por su participación en la insurrección asturiana dejó clara la discrepancia entre ambas partes y ocasionó duros enfrentamientos entre los coaligados y entre la CEDA y la presidencia de la República. Si bien Gil Robles terminó por ceder en ese punto (y las penas de muerte fueron casi en su totalidad conmutadas), no dejó por ello de conseguir éxitos notorios en su labor gubernativa. En mayo de 1935 Lerroux formó un nuevo gobierno que contaba con virtual paridad entre ministros radicales y cedistas (con Gil Robles en la crucial cartera de Guerra, contando con el general Fanjul como subsecretario y con el general Franco como Jefe de Estado Mayor). Y en julio de 1935 las Cortes aprobaron una «Ley para la Reforma de la Reforma Agraria» que constituía una verdadera contrarreforma agraria y dejaba intacto el grave problema jornalero y latifundista vigente.

En todo caso, a lo largo del año 1935, el lento proceso de desmoronamiento de la coalición gobernante (acelerado desde el verano por el descubrimiento de un escándalo de corrupción que afectaba a la propia dirección del Partido Radical) fue acompañado de una vigorosa campaña emprendida por Azaña y su nuevo partido, Izquierda Republicana (IR), para articular una nueva coalición electoral con los socialistas a fin de recuperar el poder y proseguir las reformas truncadas dos años antes. Bajo el liderazgo de Prieto, el PSOE aceptó esa fórmula política con una salvedad impuesta por la facción largocaballerista atrincherada en la UGT: el renacido pacto electoral republicano-socialista se ampliaría para incluir al PCE con el nombre de «Frente Popular». Y dicho pacto lograría incluso la benevolencia electoral de la CNT por su compromiso de otorgar, en caso de victoria, una amplia amnistía para los delitos políticos.

En esas condiciones de efervescencia política e inestabilidad ministerial, a finales de año el presidente Alcalá Zamora tomó una decisión arriesgada. Como desconfiaba de las credenciales democráticas de la CEDA y temía su voluntad de reforma constitucional, optó por entregar el poder a un gobierno centrista, presidido por Manuel Portela Valladares, con el objetivo de convocar nuevas elecciones generales para el 16 de febrero de 1936.

Negrín vivió con suma inquietud todo el período anterior a la convocatoria electoral de febrero de 1936. A raíz del fracaso de la huelga de octubre de 1934 se había formado «muy mediano concepto» de las «capacidades directora y organizadora que poseía Largo Caballero» y no dejaba de criticar su línea revolucionaria y «bolchevizante» de fusión con el PCE y cooperación con la CNT. Por eso se entregó a colaborar plenamente con Prieto en la tarea de restablecer la unidad del PSOE en torno a un programa socialdemócrata pactado con los republicanos de izquierda que pudiera vencer electoralmente y reemprender la ejecución de las reformas paralizadas desde 1933. Esa decisión supuso la ruptura traumática de su hasta entonces íntima amistad con Araquistáin, en consonancia con la creciente tensión existente entre el prietismo y el largocaballerismo. Feli fue nuevamente la receptora de sus temores y juicios políticos más íntimos y reservados. En marzo de 1935, Negrín escribió a Feli una carta que esta recibió en París, adonde había ido para contactar con Prieto y recibir las

instrucciones políticas pertinentes. En ella se quejaba de la conducta de Largo Caballero y de su falta de dirección política, como presidente del Grupo Parlamentario, en un momento crítico para el movimiento socialista:

> U. sabe perfectamente que en plan militante yo hago cuanto me manden sin preguntar por ni para qué, y en ello quizá me haya excedido, pero a lo que no me quiero prestar es a tomar decisiones al dictado, sobre todo después de ciertas experiencias. A mí me hubiera gustado conocer la opinión de P. (Prieto) sobre este punto [se refiere a las peticiones de indulto para las sentencias de muerte], pues me fío más de su sentido político[62].

Y la decepción por la conducta de Largo Caballero no era solo por su inoperancia como máximo líder político y parlamentario. La carta a Feli dejaba claro que también respondía a su falta de asunción de responsabilidades por el fracaso de la huelga de octubre y por su persistencia en la misma línea política bolchevizante (cuyo ariete orgánico seguían siendo «los niños» de las Juventudes Socialistas):

> Cada vez estoy más preocupado ante la falta de iniciativa de quienes debían llevar una dirección que no existe. Estoy harto de tener que adivinar cuáles son las ideas y deseos de los demás para asumir la responsabilidad de que las cosas de la Minoría (Parlamentaria) lleven el rumbo que ellos creen conveniente, pero que no se atreven a marcar. […]
>
> Entre nuestra gente domina un estado de inconsciencia aterrador. […] Los «niños» siguen con igual autonomía y con idénticas tonterías. Cada vez que se piden instrucciones se responde con evasivas. Yo he planteado un par de veces la cuestión, sin fruto. No hay dirección, ni mando, ni ganas de afrontar responsabilidades. U. perdone me descargue un poco.

El conjunto de esas circunstancias políticas y humanas no dejó de cobrar su precio en el carácter de Negrín, que «se tornó más mohíno, tirando a una más pronunciada cautela y hermetismo que antaño». Sobre todo, la implacable enemistad mostrada desde entonces por Araquistáin «le impresionó mucho, modificando no poco su temple», porque afectó a su «profundo sentido de la camaradería» («como luego le ocurriera cuando chocara con Prieto»)[63]. Quizá incluso es posible que empezara entonces a echar de menos su anterior vida científica y universitaria. No en vano, eso mismo estaba sucediendo por esas mismas fechas a otro dirigente socialista con el que compartía formación universitaria, categoría profesional, tradición intelectual y orientación ideológica: Fernando de los Ríos[64]. De

hecho, por primera vez en muchos años, Negrín encontró tiempo suficiente para acudir al congreso internacional de Fisiología que se celebró en Leningrado en 1935, en compañía de su discípulo José María García-Valdecasas (y donde se encontró con Ochoa y, durante un viaje turístico a Moscú, con Álvarez del Vayo)[65].

En todo caso, el pesar por las divisiones socialistas no impidió a Negrín ser uno de los primeros firmantes, tras el jurista Luis Jiménez de Asúa, del llamado «manifiesto de los doctores», elaborado en su laboratorio de análisis clínicos de la calle Ferraz y publicado en *El Socialista* el 1 de enero de 1936. En el mismo, un grupo de prestigiosos diputados (el doctor Pascua, el periodista Julián Zugazagoitia, el jurista Jerónimo Bugeda y el líder minero Ramón González Peña), apelaban a la unidad y «disciplina» del movimiento socialista y criticaban «la confusión y la división suicida» alentada por la facción largocaballerista[66]. La escisión del PSOE-UGT era por entonces una posibilidad virtual cada vez más cercana y Negrín había optado claramente por alinearse al lado de Prieto y en contra de Largo Caballero.

En medio de un contexto de bipolarización política y crispación social, las elecciones generales del 16 de febrero de 1936 dieron la victoria al Frente Popular por ligera mayoría de votos frente a las candidaturas unitarias «antimarxistas» aglutinadas por la CEDA. Ninguna de las dos coaliciones eran formaciones homogéneas y articuladas en torno a un programa de gobierno detallado, sino más bien «frentes» de oposición a un enemigo compartido y al que era necesario vencer. De hecho, el «Frente Popular» agrupaba a toda la izquierda (desde Unión Republicana e Izquierda Republicana al PSOE, el PCE y el POUM) pero «ocultaba no ya fuerzas muy dispares, con políticas contradictorias, sino partidos fragmentados». Por su parte, las candidaturas derechistas aglutinaban en torno a la CEDA a náufragos del republicanismo radical al lado de monárquicos e incluso falangistas (José Antonio Primo de Rivera estuvo a punto de ser candidato de las derechas por Cuenca)[67].

Sobre una participación ciudadana de más del 72% del electorado, las candidaturas de la izquierda cosecharon el 47,1% de los sufragios, en tanto que las de la derecha recibieron el 45,6% y las de centro un mero 5,3%. A

pesar de esa división casi equitativa de las preferencias políticas, como en ocasiones anteriores, el carácter mayoritario del sistema electoral amplificó la victoria de las izquierdas en términos de escaños: 278 diputados frentepopulistas (entre ellos 99 socialistas, 87 azañistas, 38 de Unión Republicana y 17 del PCE) frente a 124 derechistas (de ellos, 88 cedistas, 12 monárquicos alfonsinos y 10 carlistas)[68].

VÍSPERAS DE LA TORMENTA BAJO EL FRENTE POPULAR

Como resultado de la estrecha victoria electoral frentepopulista, y en un contexto crítico de virtual vacío de poder y rumores más que verosímiles de golpe militar, se formó de inmediato un nuevo gobierno presidido por Azaña y compuesto exclusivamente por republicanos de izquierda dado el veto largocaballerista a la participación socialista. El gabinete constituido reanudó con decisión el programa de reformas estructurales (sobre todo la reforma agraria en el sur latifundista) en un marco de creciente crisis económica y tensión social, agravadas ambas por el sabotaje patronal contra sus medidas y por una potente movilización sindical reivindicativa en las ciudades y en el campo.

En esa grave coyuntura, el movimiento socialista quedó paralizado por la creciente división entre prietistas y caballeristas sobre la conveniencia de entrar en el gobierno para reforzar su gestión o de presionar desde fuera sobre el mismo para acelerar las reformas y precipitar la revolución. Como han subrayado varios autores, desde comienzos de 1936 «el PSOE había sido por lo menos dos partidos, ninguno de los cuales funcionaba bien»[69]. La consecuente debilidad socialista restó a las autoridades republicanas un apoyo crucial cada vez más urgente, habida cuenta del retorno anarquista a su línea insurreccional y de la falta de implantación de un PCE cada vez más afín a las tesis reformistas de Prieto en función de las nuevas directrices emanadas desde la Comintern y la Unión Soviética (la política de alianza interclasista en defensa de la democracia y en oposición al fascismo). En definitiva, el «Frente Popular», aquel pacto electoral entre partidos que había sido crucial en la consecución de la victoria y en el retorno al poder del reformismo democrático, se reveló de inmediato como

un precario instrumento de gobierno y una más precaria garantía de estabilidad parlamentaria.

En contraste con la fragmentación orgánica y política de las izquierdas durante el primer semestre de 1936, los partidos derechistas fueron cifrando unánimemente sus esperanzas de frenar la reforma social aplicada por el gobierno en un golpe militar. No en vano, el fracaso electoral cosechado por la CEDA y sus aliados acabó confiriendo al Ejército, en su calidad de corporación del Estado con el monopolio de uso legítimo de las armas, el protagonismo y dirección política de la reacción conservadora contra la República democrática. Y, en efecto, reactivando la tradición del pretorianismo militar español, desde marzo de 1936 fue extendiéndose entre amplios sectores del generalato y la oficialidad una conspiración cuyo principal objetivo era detener la enérgica gestión reformista aplicada desde el gobierno y atajar de paso el espectro de revolución social percibido tras la movilización obrera y campesina en curso. La conjura estaba dirigida técnicamente por el general Emilio Mola desde Pamplona y contaba con el apoyo tácito o expreso de figuras militares tan reputadas como el general Fanjul (en Madrid), Goded (en la comandancia de Baleares) y Franco (en la comandancia de las islas Canarias). Su perfil político correspondía a las concepciones nacional-militaristas ya expuestas por José Calvo Sotelo, líder indiscutido del monarquismo alfonsino, en una abierta apelación al golpe antes de la consulta electoral:

> No faltará quien sorprenda en estas palabras una invocación indirecta a la fuerza. Pues bien. Sí, la hay […]. ¿A cuál? A la orgánica: a la fuerza militar puesta al servicio del Estado. […] Hoy el Ejército es la base de sustentación de la Patria. Ha subido de la categoría de brazo ejecutor, ciego, sordo y mudo, a la de columna vertebral, sin la cual no es posible la vida. […] Cuando las hordas rojas del comunismo avanzan, solo se concibe un freno: la fuerza del Estado y la transfusión de las virtudes militares —obediencia, disciplina y jerarquía— a la sociedad misma, para que ellas desalojen los fermentos malsanos que ha sembrado el marxismo. Por eso invoco al Ejército y pido al patriotismo que lo impulse[70].

Negrín participó plenamente en la vida política del último semestre de paz de la República como diputado electo de la candidatura del Frente Popular por la provincia de Las Palmas (fue el tercero de la lista y recibió 32 002 votos populares). Y volvió a representar al PSOE en las comisiones de

Estado (asuntos exteriores), de Hacienda y Economía y de Presupuestos, casi exactamente como en legislaturas anteriores[71]. También participó en las manifestaciones de júbilo que ocuparon la calle tras conocerse la noticia del triunfo electoral del Frente Popular en los días siguientes al 16 de febrero. Según un testigo de la época, encabezó una manifestación de universitarios que se dirigían al Ministerio de Gobernación en la Puerta del Sol. Allí, según la misma fuente, conferenció con el mando de la Guardia de Asalto para recomendarle que fuera «prudente, pues había entusiasmo popular y cualquier medida enérgica podría traer disturbios»[72]. Del mismo modo, el 22 de febrero, apenas aprobada la amnistía política por el nuevo gobierno, acudió a las puertas del Penal de Burgos, en compañía de Prieto, para esperar la salida de Ramón González Peña y el resto de los mineros allí detenidos[73].

Su actividad política se centró por aquellas fechas en procurar convencer a sus correligionarios de la urgencia de reforzar el gobierno de Azaña con la participación de ministros socialistas, a fin de poner coto a la crisis de autoridad pública existente y con el propósito de atajar cualquier intentona reaccionaria o revolucionaria contra el régimen democrático. Y no dejó de experimentar en primera persona los riesgos letales de la crispada situación imperante. Cuando en marzo de 1936 el gobierno prohibió las actividades de Falange Española (el entonces minúsculo partido fascista) y envió a prisión a su líder e hijo del exdictador, José Antonio Primo de Rivera, Negrín recibió un aviso del peligro que corría su vida desde esas filas. Una de sus discípulas predilectas y más queridas, Amelia Azarola, casada con Julio Ruiz de Alda (militante falangista y héroe de la hazaña del Plus Ultra con Ramón Franco), le previno contra la posibilidad de ser objeto de uno de los atentados preparados por Falange contra los dirigentes de la izquierda (como sería el caso de Jiménez de Asúa y Largo Caballero, ambos fallidos). A pesar de esa advertencia, Negrín se negó a tener escolta (si bien el doctor Rafael Méndez procuró no dejarle solo en sus desplazamientos) y su única medida de protección consistió en proveerse de una pequeña pistola «de reducidísimo tamaño» que llevaba oculta bajo el chaleco[74].

La gran oportunidad política para el prietismo se abrió a principios de mayo de 1936, cuando la destitución parlamentaria de Alcalá Zamora

permitió la elección de Azaña como presidente de la República e impuso la necesidad de cambiar el gobierno del Frente Popular. Con las miras puestas en la jefatura del gabinete, Prieto había expuesto un verdadero programa gubernamental en un mitin celebrado en Cuenca con ocasión del primero de mayo. Allí, denunciando la tenaza que se cernía sobre el proyecto reformista-democrático, había alertado del peligro de un golpe militar reaccionario y también de los riesgos de la estéril movilización revolucionaria auspiciada por la izquierda socialista y el cenetismo:

> No podemos negar, cualquiera que sea nuestra representación política y nuestra proximidad al Gobierno […] que entre los elementos militares, en proporción y vastedad considerables, existen fermentos de subversión, deseos de alzarse contra el régimen republicano, no tanto seguramente por lo que el Frente Popular supone en su presente realidad, sino por lo que, predominando en la política de la nación, representa como esperanza para un futuro próximo. […]
>
> La convulsión de una revolución, con un resultado u otro, la puede soportar un país; lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público sin finalidad revolucionaria inmediata; lo que no soporta una nación es el desgaste de su poder público y de su propia vitalidad económica, manteniendo el desasosiego, la zozobra y la intranquilidad. […]
>
> Porque el fascismo necesita tal ambiente; el fascismo, aparte todos los núcleos alocados que puedan ser su agentes ejecutores […], no es nada por sí, si no se le suman otras zonas más vastas del país, entre las cuales pueden figurar las propias clases medias, la pequeña burguesía, que, viéndose atemorizada a diario y sin descubrir en el horizonte una solución salvadora, pudiera sumarse al fascismo[75].

Y la acerba denuncia prietista sobre la crisis de autoridad política en ciernes provocada por esa tenaza se vio completada por una clarividente referencia al papel político contrarreformista y contrarrevolucionario que podría llegar a jugar el Ejército bajo la dirección de uno de sus más destacados generales:

> No he de decir ni media palabra en menoscabo de la figura del ilustre militar. Le he conocido de cerca, cuando era comandante. Le he visto pelear en África; y para mí, el general Franco […] llega a la fórmula suprema del valor, es hombre sereno en la lucha. Tengo que rendir este homenaje a la verdad. […] El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el ejército, es hombre que, en momento dado, puede acaudillar con el máximo de probabilidades —todas las que se derivan de su prestigio personal— un movimiento de este género[76].

Negrín, que se había vuelto inseparable de Prieto, regresó a Madrid entusiasmado por la intervención de su amigo y jefe político. A Juan Simeón Vidarte, vicesecretario de la Comisión Ejecutiva de PSOE, le confesó con emoción apenas contenida:

> ¡Qué discurso más formidable se ha perdido usted, tocayo! Prieto nos ha expuesto en Cuenca el programa de un gran gobernante. Si como deseamos, llega al poder, ya por su discurso se puede predecir las carteras que dará al Partido: Obras Públicas, Agricultura, Trabajo y probablemente él retendrá la cartera de Guerra con la Presidencia como hizo Azaña. […] Lo importante es que ha sido el discurso de una persona que se dispone a gobernar. Todos le hemos felicitado con entusiasmo, pero como usted sabe Prieto no está nunca satisfecho de nadie, ni de sí mismo. (Negrín no pudo contener la risa.) […] Acuérdese de lo que le he dicho: Prieto va a jugar en este período el mismo papel que Azaña en las Constituyentes[77].

Pero ese entusiasmo y pronóstico quedaron frustrados cuando Prieto, encargado formalmente por Azaña de la constitución de nuevo gobierno, solicitó al grupo parlamentario socialista su aprobación para aceptar tal encargo. El día 12 de mayo de 1936 la mayoría de los diputados socialistas, siguiendo las órdenes de Largo Caballero, se opuso a la medida por 47 votos en contra frente a 19 a favor y 2 abstenciones. Prieto declinó entonces la oferta de formar gobierno con una resignación rayana en el pesimismo más paralizante. Negrín trató de convencerle, a él y a sus correligionarios prietistas, de que era preciso que «aceptara dirigir el nuevo Gobierno, estimando que tan cardinal era la medida en las serias circunstancias políticas que prevalecían en el País que propugnaba a tal fin hasta la ruptura de la minoría socialista». Pero su propuesta de separación de la izquierda socialista, en atención «del inmenso servicio que rendiríamos al país», no fue escuchada ni tomada en cuenta: «Ignorar la votación de la Minoría habría supuesto provocar la escisión formal del socialismo español, y ese era un precio que Prieto no estaba dispuesto a pagar». Solo mucho más tarde los dirigentes socialistas y el propio Prieto lamentarían esa desatención. Y solo mucho más tarde se revelaría el acierto de Negrín a la hora de preferir la escisión en el movimiento socialista a la inacción esterilizante y letal[78]. No en vano, como ha señalado un destacado analista, con esa decisión tomada a mediados de mayo de 1936, «el socialismo español había llegado al punto más agudo de su fragmentación y

de su parálisis política»[79]. El PSOE, y en gran medida la UGT, habían dejado de existir como una fuerza orgánica unitaria, efectiva y mínimamente cohesionada.

Tras confirmarse la imposibilidad de Prieto para formar gobierno, Azaña encargó la tarea a su correligionario Santiago Casares Quiroga, que formó un gabinete exclusivamente republicano. Este sería el gobierno que habría de enfrentarse a una verdadera crisis de autoridad en el país, desasistido por el movimiento socialista, acosado por una movilización sindical reivindicativa y amenazado por una conspiración militar extensa y decidida a utilizar la fuerza extrema para imponerse. Y en ese contexto crítico, el desgarro en el seno del socialismo tuvo una nueva demostración fehaciente el 31 de mayo durante el mitin de Prieto en la villa sevillana de Écija de los Caballeros. Allí, su intervención crítica contra la estrategia largocaballerista había provocado el lanzamiento de piedras y un verdadero asalto al orador por parte de militantes de las nuevas Juventudes Socialistas Unificadas (fusión de las socialistas y las comunistas bendecida por Largo Caballero). Afortunadamente para Prieto, también habían acudido al mitin Jerónimo Bugeda, Vidarte y Negrín, que conducía su propio coche «por una carretera tortuosa y llena de baches, a gran velocidad según su costumbre». En medio de los incidentes, solo la intervención de Negrín (que hizo uso de su pequeña pistola) y de los miembros de la Motorizada (un servicio de escolta para Prieto formado por militantes socialistas) consiguieron que el orador saliera del mitin sin mayores percances. Negrín lo hizo con algunas magulladuras. El efecto público de la agresión largocaballerista contra la plana mayor de la Ejecutiva del PSOE y su cabeza política fue muy grave. El diario republicano madrileño *Política* resumió certeramente su significado: «Episodios como el de Écija conspiran contra la existencia del Frente Popular»[80].

Ni el fantasma de la violenta escisión socialista, ni las advertencias públicas o privadas sobre el peligro de la conjura militar y la crisis de autoridad pública existente apaciguaron los ánimos del largocaballerismo y del cenetismo en la primavera de 1936. La CNT, tras la clausura del congreso confederal en Zaragoza el 15 de mayo, «se había encastillado en un universo de sueño», no concedía la mínima importancia al peligro

golpista y esperaba la ocasión para ensayar en la práctica su programa de «concepto confederal del comunismo libertario»[81]. El largocaballerismo, mediante resolución de la Agrupación Socialista Madrileña, reiteraba su retórica revolucionaria el día 21 de mayo y desestimaba el riesgo de un golpe militar fiándose en la experiencia fracasada de Sanjurjo en 1932: «El proletariado no debe limitarse a defender la democracia burguesa, sino que debe asegurar por todos los medios la conquista del poder político con el fin de hacer la revolución social»[82]. Todavía más insensatamente, el propio Largo Caballero, en plena huelga de la construcción madrileña, declararía públicamente a los obreros ugetistas del sector el 26 de junio de 1936:

> Se nos está hablando todos los días del peligro de la reacción y del golpe de Estado. En efecto, estamos siempre ante ese peligro, pero yo tengo la pretensión de que si ahora no ha surgido no es debido a la política que algunos preconizan y propugnan sino a la actitud de la clase obrera […]. No se puede negar que un día puede amanecer con una dictadura. ¡Ah! Pero que tengan en cuenta los que lo hagan que al día siguiente, por muchos entorchados en la bocamanga, la producción no la harán ellos. […] Si se quieren proporcionar el gusto de dar un golpe de Estado por sorpresa, que lo den […]. No conseguirán más que disfrutar unos días o unos meses de la satisfacción que pueda proporcionarles el mando. Porque no quiero suponer que nos vayan a cortar a todos las cabezas, (sic[83]).

La intervención en Écija en defensa de Prieto fue una de las últimas actividades políticas de Negrín con anterioridad al estallido de la guerra civil. Pocas semanas antes había tenido ocasión de viajar en avión regular a Canarias para visitar a su padre en una compañía reveladora: la de Ramón Serrano Suñer, joven diputado de la CEDA, amigo íntimo de José Antonio Primo de Rivera y cuñado del general Franco, nombrado por el gobierno nuevo comandante militar de las islas. Serrano Suñer y Negrín se conocían de la universidad y de las Cortes y se sentaron juntos en el aparato. Negrín, haciendo honor a su fama de bibliófilo exquisito, le ofreció como lectura de viaje «una edición muy cuidada de *El Príncipe* de Maquiavelo» y también le invitó a comer en la escala de vuelo realizada en Casablanca, en el Marruecos francés. Durante las largas horas de conversación mantenidas, Negrín no demostró «especial hostilidad hacia José Antonio», pero sí temor hacia «la peligrosa actividad» de Calvo Sotelo, que se había destacado desde filas monárquicas por sus llamamientos a un golpe militar

antirrepublicano. También dejó entrever su preocupación por la posible participación de Franco en cualquier conspiración análoga al despedirse de Serrano con una frase equívoca: «*Estos* galleguitos *son de cuidado*» (tanto Calvo Sotelo como Franco lo eran)[84].

Dejando a su padre en Las Palmas, Negrín regresó muy pronto a Madrid, en donde se hallaban de visita su madre, su hermana, su hermano fraile y la tía Fora. Y allí le sorprenderían los dos últimos acontecimientos violentos que preludiaban la guerra civil en ciernes. El 12 de julio de 1936 veló en la Dirección General de Seguridad (en la puerta del Sol) el cadáver del teniente de la Guardia de Asalto y conocido simpatizante socialista, José Castillo, asesinado por un grupo de falangistas en pleno centro de la capital. Al día siguiente tuvo conocimiento del asesinato de Calvo Sotelo a manos de un grupo de compañeros del teniente Castillo, erigidos en vengadores del crimen. Y su reacción ante la noticia debió de ser muy similar a la de su amigo Zugazagoitia, el prietista director de *El Socialista*: «Ese atentado es la guerra»[85].

No pasarían muchos días sin ver confirmada la amarga sospecha. En la noche del 17 de julio de 1936 Negrín recibió una llamada telefónica de Casares Quiroga «mientras consumía su abundante ración habitual de mariscos en el café Lión». El jefe de gobierno, ante la ausencia de Largo Caballero y Prieto de Madrid, comunicaba a Negrín que se había producido una insurrección militar en el Protectorado de Marruecos aquella misma tarde. Pero tranquilizaba a su inquieto interlocutor con las siguientes palabras: «Está garantizado el fracaso de la intentona. El Gobierno es dueño de la situación… Dentro de poco todo estará terminado»[86]. Era un pronóstico trágicamente errado.

4

MÁXIMAS RESPONSABILIDADES EN LA GUERRA CIVIL (1936-1939)

Negrín en 1936. Foto oficial de su cédula de identificación parlamentaria.

EL GENERAL PEGUERINOS

La insurrección militar iniciada el 17 de julio de 1936 en Marruecos contra el gobierno republicano frentepopulista se extendió de inmediato por todas las guarniciones peninsulares, insulares y coloniales de España. En apenas cuatro días, los militares insurgentes habían logrado implantar su dominio en todas las colonias, una amplia zona del noroeste y centro peninsular (de La Coruña a Zaragoza y de Álava a Cáceres), un reducido núcleo andaluz en torno a Sevilla, y en los archipiélagos de Canarias y Baleares (salvo Menorca). Sin embargo, la rebelión había sido aplastada por un reducido sector del Ejército fiel al gobierno, con ayuda de milicias obreras armadas urgentemente, en una pequeña y aislada franja norteña (desde Guipúzcoa a Asturias) y en un área compacta centro-levantina formada por el triángulo Madrid-Barcelona-Valencia. En definitiva, el golpe militar faccional, protagonizado por una gran parte de la oficialidad pero no por su totalidad (de los 16 000 jefes y oficiales existentes unos 3500 se opusieron al mismo), solo había conseguido el triunfo inmediato en la mitad del país y se había visto resistido con éxito en la otra mitad. En consecuencia, la tentativa insurreccional devenía en una verdadera guerra civil que enfrentaba a una reacción militar, a un lado de las trincheras, contra una combinación forzada e inestable de reformistas y revolucionarios, en el otro lado[1].

El territorio decantado finalmente hacia el gobierno republicano era el más densamente poblado y urbanizado (englobando a unos 14,5 millones de habitantes y a las principales ciudades), el más industrializado (incluyendo la siderometalurgia vasca, la minería asturiana y la industria textil y química catalana) y el de menores posibilidades agrarias y alimenticias (exceptuando los productos hortofrutícolas de la rica huerta levantina). Por el contrario, el área en manos de los militares insurgentes tenía menos

población y mayor poblamiento rural (unos 10 millones de habitantes), muy débil infraestructura industrial (aunque incluía las minas de piritas de Huelva y las minas de hierro marroquíes) e importantes recursos alimenticios agrarios y ganaderos (más de dos tercios de la producción triguera, la mayor parte de la patata y legumbres y poco más de la mitad del maíz). No obstante, ese reparto genérico era especialmente gravoso para los intereses del bando republicano en virtud de su escisión geográfica y falta de conexión entre áreas industriales y zonas de consumo: ni el carbón asturiano ni el hierro vasco podía abastecer a la industria catalana o levantina ni los productos de esta podían llegar a los mercados urbanos de la franja norteña leal. En palabras de Josep M. Bricall, «los rebeldes les habían arrebatado el mercado de su industria y los productos básicos para esta industria y para el consumo de la población»[2].

En el orden financiero, el gobierno de la República tenía ventaja porque controlaba las sustanciales reservas de oro del Banco de España, cuya movilización serviría como medio de pago de los suministros importados del extranjero, en tanto que sus enemigos carecían de recursos constantes análogos y solo disponían de sus posibilidades exportadoras para obtener divisas aplicables a las ineludibles compras exteriores. En términos militares, por el contrario, eran los sublevados los que partían con ventaja porque contaban con la totalidad de las bien preparadas y pertrechadas fuerzas de Marruecos (especialmente el contingente humano de la temible Legión y de las Fuerzas de Regulares Indígenas: «los moros») y con la mitad de las fuerzas armadas existentes en la propia Península, con una estructura, equipo y cadena de mando intactas y funcionalmente operativas. El mayor problema en este ámbito residía en las dificultades de transporte del llamado «Ejército de África» a la Península, habida cuenta de la falta de barcos y aviones para llevarla a cabo. No en vano, la mayor parte de la anticuada flota se había decantado por el gobierno tras el amotinamiento de la marinería contra los jefes afectos a los sublevados, al igual que había sucedido con la escasa fuerza aérea disponible.

En la España insurgente, el Ejército, (previa depuración de desafectos) asumió todo el poder mediante una rápida militarización del territorio y puso en marcha una involución socio-política de marcado signo autoritario

y tradicionalista, al objeto de frenar las reformas democráticas gubernamentales y de conjurar el espectro de la revolución social. La exclusividad del dominio militar, consagrado por la declaración del estado de guerra, se hizo patente tras la constitución en Burgos el 24 de julio de una Junta de Defensa Nacional integrada por los principales generales insurrectos (Cabanellas, Mola, Queipo de Llano y Franco, entre otros) que «asume todos los Poderes del Estado y representa legítimamente al País ante las Potencias extranjeras». La intensidad del proceso involucionista quedó reflejada en varios fenómenos correlativos: 1.º) La implacable represión desatada sobre las fuerzas frentepopulistas y liberal-democráticas, ejercitada con propósito punitivo y profiláctico y que llegaría a sumar durante la contienda una cifra cercana a la de 100 000 víctimas mortales (tanto mediante «paseos» irregulares como mediante juicios militares sumarísimos). 2.º) La rápida revocación de las reformas sociales y laborales precedentes (desde la reforma agraria y el divorcio a los derechos sindicales), sustituidas por una legislación de impronta militar y destinada a disciplinar las relaciones laborales de manera draconiana y cortar de raíz toda conflictividad social. Y 3.º) La inmediata restauración del carácter centralista y católico del Estado, desmantelando las instituciones autonómicas y restableciendo los privilegios económicos, institucionales y culturales de la Iglesia[3].

El consecuente esfuerzo bélico insurgente pronto requeriría un organismo director más útil y funcional que la Junta de Burgos. A finales de septiembre de 1936, los generales que integraban esta última decidirían la delegación de sus plenos poderes en las manos de un Generalísimo que asumiría también la Jefatura del Estado: el general Franco. Con el Ejército como primer pilar de su incipiente régimen de poder personal omnímodo, el proclamado Caudillo de España conseguiría muy pronto dar forma completa a su Nuevo Estado con otros dos pilares institucionales: la Iglesia Católica, que sacralizaría su esfuerzo bélico como una «Cruzada por Dios y por España» a cargo de un *homo missus a Deo* (enviado de la Divina Providencia); y la Falange Española Tradicionalista, el partido único formado mediante la unificación forzosa de todos los partidos derechistas

que habían apoyado la sublevación y se habían sometido a la dirección de los militares insurgentes[4].

Frente al devenir militarista, reaccionario y caudillista de la España insurgente, en la España leal a la República el colapso parcial de las instituciones estatales como resultado del golpe militar debilitó gravemente la capacidad operativa del gobierno y las fuerzas reformistas y abrió la vía a un heterogéneo y amorfo proceso revolucionario de alcance muy desigual[5].

Las manifestaciones básicas de ese proceso revolucionario desatado en la retaguardia republicana fueron diversas y más agudizadas en zonas de predominio anarquista y libertario (como Cataluña y Aragón oriental) que en áreas donde la hegemonía quedó en manos de partidos burgueses e interclasistas (como en Vizcaya y Guipúzcoa bajo el PNV): 1.º) La aparición de milicias obreras sindicales y partidistas como principal fuerza de combate en sustitución del Ejército regular, que se disolvió en los enfrentamientos de los primeros días y fue oficialmente licenciado por el gobierno: el Quinto Regimiento del PCE, la columna Durruti de la CNT, el batallón de Artes Gráficas de la UGT, etc. 2.º) El surgimiento de múltiples comités y juntas integrados por partidos y sindicatos que ejercieron el poder y la administración en competencia y a veces en rivalidad con las autoridades legítimas desbordadas por los acontecimientos: Comité Central de Milicias Antifascistas en Cataluña, Consejo de Aragón (ambos dominados por las milicias confederales), Consejo de Asturias y León, Comité de Salud Pública de Málaga, etc. 3.º) La oleada de expropiaciones, incautaciones y colectivizaciones de propiedades y servicios que transformaban las bases capitalistas de la economía y superaban el carácter de medidas de intervención forzadas por la guerra: colectivizaciones agrarias, imposición del «control obrero» en las industrias, sindicalización de los servicios públicos de transporte y comunicaciones, etc. Y 4.º) La violenta represión contra el enemigo interno de clase (religiosos, militares desafectos y patronos y derechistas) a cargo de grupos autónomos creados por partidos y sindicatos, auténtico parámetro de la incapacidad gubernamental para imponerse a los acontecimientos durante los primeros meses, que llegó a cobrar la vida de un total de cerca de 60 000 personas.

El desencadenamiento de ese proceso revolucionario en la retaguardia leal acabó con el gobierno de Casares Quiroga y también supuso el naufragio de una tentativa de constitución de un gobierno más moderado encabezado por Martínez Barrio (presidente de las Cortes) para tratar de mediar con los rebeldes y evitar la guerra en la noche del 18 de julio. En consecuencia, al día siguiente, quedó formado un nuevo gobierno exclusivamente de republicanos de izquierda que estaba presidido por José Giral y que hizo frente a la crítica emergencia en las peores condiciones políticas imaginables. De hecho, desde entonces la dinámica política en la zona republicana estuvo determinada por la respuesta de cada partido y sindicato ante ese multiforme proceso revolucionario, cuya existencia fue la raíz de la falta de unidad política que lastró la fortaleza y defensa de la causa de la República. El anarcosindicalismo y el ugetismo largocaballerista, con el refuerzo del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM, un pequeño grupo filotrotskista de implantación catalana), defendían esas transformaciones como garantía del apoyo obrero y se negaban a disolver las milicias en un nuevo Ejército regular y a otras medidas de recomposición de la autoridad estatal: la disolución de las juntas y comités a favor de organismos gubernamentales delegados, la restitución de las competencias de orden público a las fuerzas de seguridad, la centralización de funciones directivas económicas, la imposición de una disciplina productiva, la prohibición de huelgas laborales en fábricas de interés militar, etc. Sin embargo, la debilidad de esa revolución en curso estribaba en dos obstáculos igualmente insalvables. Por una parte, el contexto internacional hostil hacia un proceso que no solo era una fiesta popular antimilitarista, como pareció ser en un principio, sino que afrontaba una guerra total contra un enemigo bien armado y poderoso. Y, por otra, el hecho de que su continuidad destruía la expectativa de una alianza eficaz entre las clases obreras y la fracción reformista de las pequeñas burguesías enfrentadas a la reacción militar en curso. Por eso mismo, casi desde el principio de la contienda, fue fraguándose un pacto tácito y fehaciente entre el republicanismo burgués, el socialismo prietista y el comunismo ortodoxo para reclamar la revocación de los cambios revolucionarios, la

reconstrucción del poder estatal y la centralización de la dirección de las actividades económicas y estratégicas exigidas por la guerra.

En ese contexto inicial de emergencia bélica y caos institucional, Negrín dedicó sus esfuerzos durante las primeras semanas de la guerra a tres tareas prioritarias e igualmente agotadoras en el plano físico y moral, amén de arriesgadas. Lo hizo siempre en estrecho contacto con la Comisión Ejecutiva del PSOE (afincada en la Casa del Pueblo de la calle Piamonte), con la redacción de *El Socialista* (instalada en el número 20 de la calle Carranza) y apoyando la labor de Indalecio Prieto, convertido en virtual ministro de Marina y asesor oficioso del ministro de Guerra (con despacho en ambos ministerios, en el Paseo del Prado y en la Plaza de Cibeles). Y, según todos los testimonios, compartió con Prieto su pesar y preocupación por el fenómeno inicial que socavó la autoridad estatal y abrió la vía al proceso revolucionario de retaguardia: la disolución gubernativa del Ejército regular, que tanto uno como otro consideraron un error fatal, aun cuando pareciera inevitable dada la amplitud de la sublevación y dejara en manos de milicias irregulares la tarea de enfrentarse a los rebeldes. También compartió Negrín el juicio adverso de Prieto contra la política largocaballerista que, a su juicio, había contribuido a generar en buena parte esa situación crítica que había desembocado en una emergencia bélica: «Tan culpables han sido ellos como Falange de haber creado el ambiente que propició la sublevación militar»[6]. No era Prieto el único en abrigar ese pensamiento en aquellos días trágicos de julio de 1936. Otro buen amigo y confidente de Negrín, el doctor Pascua, así lo recordaría años más tarde:

> Tengo muy firmemente arraigada (la idea) de que las divisiones en el Partido a finales de 1935 y primer semestre de 1936, con las consecuencias políticas inmediatas derivadas de ellas y con las inconcebibles violencias con que se manifestaron, obviamente percibidas e interpretadas en todo el ámbito nacional y en los medios internacionales interesados en nuestro ambiente, jugaron un papel en la génesis de la rebelión militar y en la actuación de nuestros enemigos políticos[7].

Sin embargo, ni una cosa ni otra le impidieron alinearse con el gobierno de la República y contra la sublevación militar de modo inmediato y reactivo, como le confesaría a un relevante interlocutor en abril de 1938:

> En 1936, tomé partido por instinto. No estaba seguro, yo soy un hombre de orden, una persona tranquila. Usted vio Madrid en aquellos momentos. Para un profesor de facultad aquello no era un espectáculo agradable. […] No me gusta que se hable de revolución española. ¿Quién empezó todo? Lo repito, soy un hombre de orden. Todo lo que ha pasado es culpa de ellos. Ellos fueron los que dieron fuego a la casa para limpiarla. Ahora hablan de reconstruir. No creo que los incendiarios sean precisamente arquitectos de nada[8].

No eran esas declaraciones de carácter exculpatorio y para consumo privado en exclusiva. Algunos meses antes, en una de sus primeras comparecencias ante la Diputación Permanente de las Cortes como jefe de gobierno, Negrín recordaría aquella situación inicial de Madrid y de España en las primeras semanas de la guerra con tanta crudeza como pesar:

> Desarticulado el Estado, sin elementos de control sobre la vida pública, aquí ha sucedido lo que todos sabemos: la gente estaba atemorizada; no había una justicia, sino que cada cual se creía capacitado a tomarse la justicia por su mano. ¿Manera de salvar el pellejo? Pues una posición demagógica y extremista. Y nosotros hemos visto, cada uno de nosotros ha visto, a una serie de sujetos y de personas conocidas que habían salvado el pellejo y que, de pronto, se colocaron en la posición más extrema que pueda uno imaginarse. […]
>
> No es este el momento de que les exponga a ustedes —sería además un cuadro demasiado tenebroso y lamentable— cómo sin provecho alguno para nuestro país se ha producido un empobrecimiento, en parte por desorganización, en parte por robo —no puede emplearse otro término— equiparable en sus efectos desastrosos y quizá en algunos aspectos superior a aquel que ya de por sí trae consigo la guerra. […] El Gobierno (de entonces) no podía hacer absolutamente nada, porque ni nuestras fronteras, ni nuestros puertos, estaban en manos del Gobierno; estaban en manos de particulares, de entidades, de organismos locales o provinciales o comarcales; pero, desde luego, el Gobierno no podía hacer sentir allí su autoridad[9].

La primera de las tareas acometidas por Negrín en aquella coyuntura dramática consistió en interesarse por la suerte de su anciano padre. Este había regresado poco antes del golpe a Las Palmas desde Madrid, donde había alquilado un apartamento en las cercanías del parque del Retiro (ante la prohibición de María Mijailov de alojarse en la casa familiar) y donde había dejado a su mujer, su hija Lolita, su hijo Heriberto y su cuñada Fora. Debido a su posición y conexiones, el padre de Negrín inicialmente no padeció especiales penas ni privaciones, aunque se le impidió salir de la isla y fue virtualmente retenido como rehén en su domicilio familiar. Sin embargo, la suerte cambiaría dramáticamente a partir de julio de 1937, tras el nombramiento de su hijo mayor como jefe de gobierno. El día 2 de julio

fue detenido y encarcelado en la Prisión Provincial habida cuenta de su parentesco. Gracias a la intervención de sus influyentes amigos ante las autoridades castrenses y en virtud de su precaria salud, fue trasladado una semana más tarde al Hospital San Martín, atendido por las Hermanas de la Caridad. Sería puesto en libertad cinco meses después del final de la guerra, en septiembre de 1939. Imposibilitado para salir de la isla, moriría en agosto de 1941 sin haber vuelto a ver a ningún miembro de su familia. Y su muy considerable patrimonio económico sería virtualmente incautado por el Estado en aplicación de las sanciones decretadas contra su hijo mayor por los tribunales de responsabilidades políticas[10]. Los fragmentos del diario del padre de Negrín recuperados por su familia muchos años después de su fallecimiento dejan entrever el calvario humano de aquel anciano católico y conservador que difícilmente entendía el motivo del ensañamiento de que era objeto por sus conciudadanos y correligionarios. El 17 de mayo de 1939, apenas mes y medio después de la terminación de la guerra, la anotación de su diario rezaba así:

> Gravemente enfermo del corazón y con 100 gramos ‰ de glucosa en la orina se me pone en un departamento de la 11 en cama junto a la de un moribundo, que falleció, hasta que los médicos Pablo León y Juan Bosch dictaminaron que era indispensable sacarme de aquella sala, so pena de un funesto desenlace. Cuando estuve un tanto mejorado, me prescribieron los médicos tomar un poco el sol, en la galería a unos 20 m de distancia de mi sala y estando una tarde a la una con otros enfermos tomando el sol, el centinela que me tenían de vista y los soldados más del fusil, me ordenaron me levantase de allí, y como les dije que me habían ordenado los médicos aquel baño de sol me trataron groseramente haciéndome levantar. Esto fue ordenado por una hermana de la Caridad, por la razón de ser yo el padre del rojo. De las hermanas de la Caridad, excepción hecha de sor Candelaria y Sor Inés, de las demás en general recibí mal trato, pero especialmente de sor Águeda, quien me dijo un día —en que pedí al enfermero me arreglara un poco la cama, a ver si podía descansar algo, pues hacía 42 noches sin poder acostarme por mi enfermedad—, que aquí no había personal para eso. Le contesté que si San Vicente Paúl resucitara y conociera su obra procuraría destruirla. Parece que eso le conmovió, y dispuso al enfermero que me cambiase el colchón de mi cama por el que acababan de quitarle a un desgraciado que acababa de morir junto a mí. Naturalmente que no utilicé aquel colchón y conseguí una perezosa para dormir y descansar en ella cuanto podía.
>
> Al recibir la perezosa otra buena hermana, llamada Sor Juana, me insultó sin ninguna clase de consideraciones a un enfermo grave y anciano[11].

El destino del resto de la familia fue, desde luego, bastante más afortunado que el del abuelo detenido en Las Palmas como rehén. Negrín dispuso con éxito la salida del país, con destino a Suiza inicialmente (luego a Estados Unidos), de su esposa María Mijailov y de su hijo menor de edad, Miguel, que acababa de cumplir los 14 años en junio de 1936. Además de salir de España con los recursos económicos propios disponibles (hecho favorecido por su condición de titular de un pasaporte extranjero), María contaría con posterioridad con la ayuda financiera regular de su marido, sobre todo para hacer frente a la educación del joven. De hecho, Miguel acabaría cursando estudios de ingeniería en la ciudad de Nueva York con sumo provecho y posteriormente entraría a trabajar como un alto ejecutivo de la empresa Westinghouse (casándose además con la hija de uno de sus principales accionistas y ejecutivos).

Los otros dos hermanos Negrín Mijailov, que ya habían alcanzado la mayoría de edad, permanecerían con su padre en Madrid y servirían primero como milicianos (en columnas socialistas) y luego como soldados: Juan, que contaba 23 años, como teniente del cuerpo de Carabineros; y Rómulo, que había cumplido los 20, como piloto de aviación de combate (tras haber seguido un curso breve de instrucción en la Unión Soviética). El hijo mayor de Negrín era entonces novio de la afamada actriz Rosita Giménez Díaz, protagonista de *La Dolorosa* (1934) y *Angelina o el amor de un brigadier* (1935). La casualidad quiso que en aquel mes de julio Rosita estuviera en Córdoba rodando bajo la dirección de Fernando Delgado la película *El genio alegre*. Fue detenida por las fuerzas sublevadas por haber recibido en su hotel cordobés una llamada de su novio interesándose por su situación. Afortunadamente para ella, en virtud de su fama, sería finalmente canjeada por otra figura importante en poder de las autoridades republicanas (el canje se hizo en la frontera francesa) y pudo regresar a Madrid para reunirse con su prometido[12].

Negrín también dispuso la evacuación hacia Francia de su madre, hermana y tía, al igual que su hermano fraile, que se hallaban de visita en Madrid en julio de 1936. La operación fue una verdadera odisea erizada de peligros. No en vano, tras salir de Madrid por carretera rumbo a Alicante para tomar un barco que les llevara a Marsella, toda la familia fue detenida

en la ciudad portuaria al descubrirse la condición sacerdotal de Heriberto Negrín. El grupo había pasado todos los controles instalados por las milicias durante el trayecto y se habían alojado en el mismo hotel alicantino que servía de cuartel general a la FAI. Y allí surgió el problema. Al ser interrogado por el comité de control faísta sobre su profesión, el hermano de Negrín respondió con total ingenuidad: «fraile claretiano». A la sorpresa inicial siguió la conmoción y la inmediata detención del confeso religioso, con el propósito de ejecutarle al día siguiente. Quiso el azar que estuviera en la ciudad y se enterara de la noticia Juan Simeón Vidarte. Con no pocos riesgos, dado que «la ciudad está en poder de ellos (la FAI)», Vidarte logró liberar de sus captores al hermano del doctor y al resto de la familia. Y mientras dispuso que las mujeres partieran hacia Barcelona, Vidarte estimó más conveniente retornar con Heriberto a Madrid para evitar incidentes similares. Una vez en Madrid, ya a mediados de septiembre y con Negrín convertido en ministro de Hacienda, Vidarte hizo entrega de su protegido a su hermano en los apartamentos privados del edificio del ministerio (en la calle de Alcalá). La sorpresa de Negrín fue considerable al conocer la noticia y, tras abrazar a su sollozante hermano y darle tranquilizantes, dispuso que Vidarte saliera de inmediato para Francia porque «aquí corre el mismo riesgo que en Alicante»[13]. Muchos años después, casi al final de su vida, Negrín escribiría a su hermano fraile una carta de virtual despedida en la que rememoraría aquel episodio dramático:

> Comprendo que después de tantos años fuera de la vida conventual y de su disciplina, y temiendo encontrarse con cofrades poco comprensivos, y hasta inhumanos, el paso tiene que ser terrible. Pero para resistir estas pruebas de la vida es para lo que estamos hechos, y para eso os educan en vuestros seminarios y noviciados. Piensa que peor suerte les cupo a muchos de tus compañeros villanamente ultrajados o asesinados al comienzo de nuestra guerra, de lo que tú escapaste por pura casualidad, o designio del cielo, que quizá pensaba someterte a pruebas de otro género[14].

La segunda tentativa de salida se hizo vía Barcelona, de donde habían partido ya las mujeres de la familia con destino a París. Vidarte y Heriberto (camuflado como «Hipólito Navarro») pudieron salir con destino a Toulouse gracias a un avión facilitado por el delegado del Ministerio de Hacienda en Barcelona, Joaquín Lozano, con la ayuda de la Generalitat y

gracias a la intervención directa de Companys. Les acompañaba en el viaje un estrecho colaborador de Negrín en las tareas de Hacienda, Pedro Pra López. Se trataba de un contable profesional que era el marido de Pilar Brea, una fiel colaboradora del laboratorio de análisis clínicos. Pra se convertiría en una figura clave de la «Comisión de Hacienda en París» como «delegado especial del ministro»[15]. De Toulouse, por vía férrea, el grupo se desplazaría hasta la capital francesa, donde «Hipólito Navarro» se reunió con las «señoras y señoritas Navarro» (Dolores, Fora y Lolita), instaladas en el Palace Hotel del boulevard Saint-Germaine.

El grupo familiar acabaría por trasladarse a vivir a Marsella durante toda la guerra. Como habían perdido casi todo su patrimonio y les resultaba imposible acceder a sus bienes incautados en Canarias, Negrín se hizo cargo de su mantenimiento con cargo a sus propios fondos personales. Ni siquiera Heriberto pudo regresar a Canarias, a pesar de su condición de religioso y de no existir ninguna causa penal abierta contra él (como tampoco contra su hermana y su madre). El anómalo caso de su padre, retenido únicamente por su parentesco con Negrín, fue suficiente factor disuasorio. Además, sus superiores de orden en Las Palmas tampoco deseaban reclamar su incómoda presencia y le dispensaron del deber de retornar a su convento. Permanecería en Francia en una «situación canónica» especial:

> Sacerdote y religioso de votos simples con indulto de exclaustración para acompañar a la hermana, y admitido en regla e incardinado en la Diócesis de Bayona de muy buen grado por su Excelencia el Señor Obispo León Alberto Terrier[16].

Algún tiempo después de terminada la guerra civil, la madre de Negrín, con el acuerdo de sus dos hijos y hermana, decidiría cambiar de lugar de residencia y afincarse en Lourdes, guiados por su acusada religiosidad mariana. Durante todo ese tiempo mantuvieron permanente contacto con el único hijo y hermano que permanecía en España.

La segunda tarea emprendida por Negrín tuvo el mismo carácter humanitario y se centró en un amplio abanico de actividades destinadas a evitar muertes y asesinatos en el contexto caótico de actuación de diferentes patrullas y «checas» sindicales y partidistas en las primeras semanas de guerra en Madrid. Llevó a cabo esa tarea «corriendo por ello serios riesgos

personales», con el ánimo «sobrecogido» por la violencia represiva desatada y haciendo gala de «actos de osadía que no nos sorprendían a los amigos por sernos conocido ese trazo de valor individual en la naturaleza de Negrín, del que nunca blasonaba» (según el doctor Marcelino Pascua)[17]. El recuerdo pesaroso de aquellos tiempos caóticos y dramáticos siempre acompañó a Negrín como una verdadera «vergüenza de la República»[18]. Poco antes de su muerte, se lamentaría en privado ante su amigo y colaborador, Pablo de Azcárate, de aquella furia represiva que las autoridades constituidas, impotentes y sin recursos coactivos para preservar el monopolio del orden público, no pudieron controlar ni eliminar hasta meses después:

> Desde luego no pudo tratarse de una decisión del Gobierno de entonces, ni de ninguna autoridad regular. Vivíamos en el período de los «paseos» en que nadie estaba seguro de retornar vivo a su casa o de que no lo vinieran a sacar de ella para rematarle. Dominaban los grupos de incontrolables y, entre ellos, tengo la convicción, los había de provocadores que asesinaron no solo a gente inofensiva, sino a elementos republicanos y sindicales que les interesaba eliminar[19].

Alertado de la amenaza que pesaba sobre su colega médico y catedrático universitario de obstetricia, el doctor Manuel Varela Radío, Negrín le ayudó a salir de la capital y del país porque «a Vd. se lo cargan, y yo no lo puedo evitar». Y lo mismo hizo, entre otros muchos, con su viejo amigo y colega, también republicano, el doctor Teófilo Hernando[20]. También se afanó para lograr que salieran de Madrid otros amigos canarios cuya orientación política conservadora implicaba un peligro para su vida: José Betancor Cabrera, exdirector general de Prisiones con el general Berenguer; y Juan Rodríguez Quegles, amigo y socio en varias empresas económicas de su padre. Y esa labor de ayuda y protección se extendió, en lo que pudo, a otras figuras derechistas, como el marqués de Urquijo[21].

No menor riesgo corrió poco tiempo después, ya como ministro de Hacienda, al autorizar la salida de España de su más prestigioso discípulo, Severo Ochoa, que le pidió ayuda para dejar el país con su mujer y dirigirse nada menos que a Alemania para continuar sus investigaciones bioquímicas con Otto Meyerhof en Heildelberg. Negrín no reparó en el coste político de la autorización para que un científico de la talla de Ochoa se fuera a trabajar

a un país virtualmente enemigo: «Sí, Severo, su sitio está en otro lugar. La guerra no es para usted, que debe salvarse de ella». En consecuencia, según testimonio directo de Ochoa, Negrín «consideró justificado nuestro deseo y me dio un papelito que decía: "Misión especial". Ese papelito, con nuestro pasaporte naturalmente, nos abriría las puertas de la frontera»[22].

El mismo éxito tuvo Negrín al rescatar de las manos de una patrulla de control a la prometida de su amigo y colaborador, el doctor Rafael Méndez, que había sido detenida por su condición de presidenta de la Asociación de Estudiantes Católicas. Acompañado de su fiel conserje, Elías Delgado, Negrín se personó en el local donde se hallaba detenida Ángela Herrera Recalde y consiguió su liberación con enérgica tranquilidad «responsabilizándose de la medida por su condición de diputado socialista». Año y medio después, ya como jefe de Gobierno, tuvo la satisfacción de actuar como testigo de la boda entre el doctor Méndez y su prometida, oficiada por su ministro de Justicia, el nacionalista vasco y demócratacristiano Manuel de Irujo, en la sede de la Presidencia del Gobierno. Y habría de ser el mismo doctor Méndez quien se hiciera cargo de la tarea confidencial de ayudar a salir del país a un mínimo de cinco sacerdotes jesuitas que habían escapado de la furia anticlerical y estaban escondidos. A petición del padre Rodés, jesuita y eminente astrónomo, Negrín, siendo ya presidente, le dio a Méndez la orden de concesión de los pasaportes oficiales necesarios para que pasaran la frontera sin peligro los sacerdotes afectados[23].

Un afortunado aval similar prestó a su antiguo alumno e íntimo amigo, el doctor José María del Corral, al que pretendía detener una checa anarquista por su condición de fundador «de la Hermandad de San Cosme y San Damián y fascista caracterizado». Negrín salió en defensa del acusado con una invención insólita pero efectiva: «ya le dije que usted se había hecho de la Hermandad por consejo mío, porque yo se lo mandé, para ver si de este modo tenía usted más enfermos». Con mayor reserva pero con igual decisión y fortuna, ya desde el Ministerio de Hacienda, encomendó a sus ayudantes y colaboradores, José María García-Valdecasas, Jerónimo Bugeda y José Prat, que facilitaran la salida de la Cárcel Modelo de Serrano Suñer y su alojamiento temporal como enfermo (sufría de una úlcera de

estómago) en la madrileña Clínica España. De allí se escaparía poco después el afectado para asilarse en la Embajada de Holanda y huir a Alicante para embarcar en un destructor argentino a principios de 1937[24].

La política de concesión de facilidades para que cualquiera que estuviera en peligro pudiera salir de España solo conoció una excepción por parte de Negrín: el dramaturgo Jacinto Benavente. Siendo ya presidente, por intercesión del diputado socialista valenciano Lacambra, Negrín recibió en la capital levantina la visita de Benavente. Este deseaba salir de España con permiso oficial como habían hecho otros intelectuales (Marañón y Ortega y Gasset, entre otros). Negrín estuvo muy gentil con el escritor pero «no accedió a darle el pasaporte para irse al extranjero» porque ello haría un flaco favor a la causa republicana (y podría dañarla como había sucedido con las declaraciones antirrepublicanas de otros ilustres exiliados). Al salir de la entrevista Benavente declaró: «Me ha llenado de flores… pero me ha enterrado en las flores». Ello no obstante, a fin de proporcionar ayuda económica y garantía oficial a Benavente, Negrín le encargó la realización de estudios sobre un hipotético Teatro Nacional y su consecuente Fundación Nacional del Teatro, a semejanza de la Comedia Francesa. Esos emolumentos garantizaron al autor «un seguro y discreto pasar» que duró hasta el final de la guerra[25].

Pero no todo fueron éxitos en esa tarea humanitaria emprendida por Negrín. También cosechó graves fracasos que le afectaron muy profundamente. Sobre todo, le conmovió angustiosamente (como al presidente Azaña, que estuvo tentado de dimitir de su cargo) la noticia de los asesinatos de presos políticos ocurridos en la Cárcel Modelo de Madrid el 23 de agosto de 1936, en los que perdieron la vida conocidos suyos como el aviador Julio Ruiz de Alda, los diputados reformistas Melquíades Álvarez y Manuel Rico Avello o los exministros radicales Álvarez Valdés y Martínez de Velasco. Apenas enterado de que se estaban produciendo los asesinatos, Negrín acudió a la Cárcel de inmediato para tratar de salvar al padre de su colaborador, Elías Delgado, detenido por su condición de militar, y al marido de su infortunada discípula Amelia Azarola, casada con Ruiz de Alda (y cuyo padre, el contralmirante Azarola, jefe de la base naval de Ferrol, había sido fusilado por los insurgentes por su lealtad

republicana). Llegó demasiado tarde para salvar a ninguno de ellos. Pero, según testimonio de Francisco García-Valdecasas, el también discípulo y católico derechista, no dejó de exteriorizar su condena por aquellos crímenes tan moralmente injustificables como políticamente dañinos:

> La enérgica intervención del doctor Negrín para impedir lo que ya era inevitable resultó inútil, pues a su llegada el padre de Elías ya había sido ejecutado. La indignación espontánea de don Juan al exteriorizar enérgicamente sus protestas contra cuanto estaba ocurriendo, le hizo correr el riesgo de perder su propia vida[26].

El valor físico demostrado por Negrín en esa ocasión también estuvo presente en la tercera de las actividades emprendidas en aquellos trágicos días iniciales de la guerra civil. Sus dos hijos mayores se habían alistado en la columna miliciana socialista dirigida por el capitán Fernando Sabio Dutoit para detener el avance insurgente en los altos de Guadarrama, por donde trataban de llegar a Madrid las fuerzas enviadas por el general Mola desde Segovia y Ávila. Era una más de las muchas columnas milicianas (como la dirigida por el comandante Vicente Rojo Lluch en Somosierra) formadas apresuradamente y dirigidas por los escasos mandos militares que permanecieron leales al gobierno (menos de una cuarta parte del total disponible)[27].

Negrín se dedicó durante las primeras semanas de la guerra a ayudar a la columna de Sabio como virtual oficial de enlace con el Ministerio de la Guerra en la capital y como proveedor de material bélico y alimenticio. Su destino regular era el pueblo de Peguerinos, a escasa distancia de El Escorial, desde donde se controlaba el acceso al Alto del León (principal vía de cruce de la sierra hacia la capital) y en donde Sabio había establecido su puesto de mando. Vidarte rememoraría esas infatigables actividades logísticas y de atención filial que no significaron ningún abandono de sus compromisos políticos:

> Acostumbraba (Negrín) a pasar por el salón del Frente Popular del Ministerio de la Guerra, en las noches, para recoger las últimas informaciones y marchaba después al frente de Peguerinos. Era nuestro informador oficial de todo lo que ocurría en dicho frente del que a veces regresaba de madrugada. Una noche me invitó a acompañarle y marchamos en su automóvil hasta ese pueblo. Allí le esperaba el capitán Sabio con «mono blanco»

> impecablemente vestido, quien le dio las novedades del día, como si se tratara de su inmediato superior[28].

En efecto, según recordaría Mariano Ansó, «iba y venía de su laboratorio a los frentes de la sierra, las más de las veces en el primer camión de milicianos que encontraba» o al frente de su propio coche. Y para cumplir esa nueva tarea no cambió su hábito de vestir con decoro y buen gusto: «con su sombrero flexible y sus gafas profesorales, semejaba un prisionero en medio del bosque de fusiles de aquellos improvisados soldados que vestían el clásico mono y solían tocarse con la boina vasca y proletaria»[29]. En particular, Negrín tomó la costumbre de llevar entre sus provisiones unos «grandes pellejos de vino» que contenían un café según la «receta del doctor». Se trataba de una mezcla de «café con vino» y una buena dosis de «buen coñac». Era la invención de Negrín para ayudar a permanecer despiertos a los milicianos «que hacen guardia de noche». En aquellas múltiples actividades fue surgiendo entre Negrín y Sabio una estrecha amistad que estaría en el origen de la idea de formar un cuerpo militar regular de obediencia socialista, que pudiera competir en eficacia y capacidad con las milicias de los otros partidos y sindicatos (como el Quinto Regimiento creado por el PCE). Rafael Méndez acompañó en algunas ocasiones a su maestro y amigo, convertido para sus correligionarios madrileños en «el general Peguerinos»:

> En cada viaje iba el coche de Negrín atiborrado de municiones, mantas y equipo médico; hasta de cigarros surtíamos a los bravos soldados de Sabio. En cada viaje tomaba don Juan nota de las necesidades de la columna para abastecerla por nosotros mismos o por otro conducto. Nuestros amigos de la redacción de *El Socialista* bautizaron a Negrín con el nombre de General Peguerinos.[…] Entre el comienzo de la guerra y su nombramiento de ministro de Hacienda prestaba los más variados servicios. Aparecía por los más diversos frentes acompañando, por encargo del Gobierno, a políticos ingleses o franceses y hasta a enviados de los estados mayores de algunas naciones amigas. Su interés por el avituallamiento y operaciones de la columna mandada por el entonces comandante Sabio […] le valió el reconocimiento y respeto de los militares que operaban en aquella zona[30].

En esa misma tarea de apoyo logístico a la resistencia armada a los insurgentes, en la segunda semana de agosto de 1936 Negrín recibió de Prieto un encargo de algo mayor calado que sus visitas al frente de

Peguerinos. El 8 de agosto acababan de llegar a Madrid los primeros aviones de bombardeo remitidos por el gobierno francés al gobierno republicano antes de la entrada en vigor del Acuerdo de No Intervención en España. Pero se carecía de la gasolina tetraetilitada o del tetraetilo de plomo necesarios para crear el combustible exigido para su puesta en funcionamiento. Negrín acudió a su discípulo Rafael Méndez y al doctor Antonio Medinaveitia, catedrático de Química, para que partieran hacia Francia con el dinero preciso a fin de procurar esos elementos vitales.

La odisea pasada por sus dos amigos en Barcelona y la frontera franco-española le puso al corriente de la grave situación generada por la atomización del poder público y la hegemonía anarcosindicalista en la región, puesto que los comités de control fronterizo a duras penas dejaron pasar a los comisionados después de retenerlos varios días. Finalmente, en París y Marsella, Méndez y Medinaveitia encontraron la oposición de la Compañía Petrolífera Shell y de Air France para atender su petición de compra. Solo por intervención directa y oficiosa del gobierno francés consiguieron su objetivo. Regresaron a Madrid por vía aérea, con escala en Barcelona, acompañados en su vuelo por cuatro bidones de tetraetilo que servían como asiento a Méndez y Medinaveitia. Este último sufrió lo indecible durante todo el trayecto debido a la tormenta que se desató y confesó la causa de sus tribulaciones al doctor Méndez: «No es el movimiento; lo que me preocupa es que no sé —aunque creo que no— si esta agitación pudiera hacer estallar estos barriles»[31].

Mientras Negrín ejecutaba esa triple tarea en las primeras semanas de la guerra civil, la causa republicana sufría duros reveses tanto en el frente de combate militar como, sobre todo, en el ámbito diplomático. Y este era un ámbito crucial porque resultaba imprescindible obtener del exterior las armas y municiones demandadas por el frente habida cuenta del tradicional raquitismo de la industria bélica nacional, cuya capacidad productiva había menguado considerablemente debido a la fragmentación territorial generada por la sublevación. De hecho, las inevitables peticiones de ayuda externa formuladas por ambos bandos contendientes abrirían la vía a un rápido proceso de internacionalización de la guerra civil que iba a tener resultados

muy distintos para los militares sublevados y para las autoridades republicanas[32].

En el caso de los militares insurgentes, el recurso a la ayuda exterior había sido inmediato una vez demostrado su fracaso para hacerse con el poder en todo el país. Ya el día 19 de julio, el general Franco, al mando de la sublevación en Marruecos después de haber asegurado su control de Canarias, enviaba emisarios personales a Roma y Berlín pidiendo aviones para transportar sus cruciales tropas a Sevilla y romper así el empate de fuerzas imperante en la Península. Las peticiones recibidas en Alemania e Italia fueron respondidas de modo afirmativo por Hitler y Mussolini el 25 y 28 de julio, respectivamente y sin consulta mutua, de modo que antes de finalizar el mes ya estaba en vigor la corriente de suministros bélicos y personal técnico requeridos para efectuar el puente aéreo sobre el Estrecho de Gibraltar[33]. Ese respaldo vital, prestado inicialmente a crédito, posibilitó el traslado de las aguerridas tropas de Marruecos a la Península y el inicio de la fulgurante marcha sobre Madrid de las tropas de Franco. Ese crucial apoyo bélico italo-germano se unía así al decisivo apoyo logístico y diplomático prestado desde el principio por la dictadura portuguesa de Oliveira Salazar[34]. A esa tríada inicial de apoyos internacionales se le uniría muy pronto el apoyo tácito de la Santa Sede y la ayuda abierta del catolicismo mundial, aterrados ambos por la furia anticlerical desatada en la retaguardia republicana y a tono con la previa beligerancia de la jerarquía episcopal española contra el programa secularizador ejecutado durante el quinquenio republicano. Solo el hecho crucial de que los nacionalistas vascos, fervorosos católicos, se hubieran alineado con el bando republicano en virtud de su promesa de un Estatuto de Autonomía evitó una toma de partido a favor de Franco más rotunda por parte del anciano papa Pío XI[35].

La decisión de los caudillos nazi y fascista se debió en su origen a consideraciones político-estratégicas: la hipotética victoria insurgente con su solapada y limitada ayuda ofrecía la posibilidad de modificar el equilibrio geoestratégico en el Mediterráneo occidental, debilitando la posición de la entente franco-británica con unos riesgos y costes aceptables y facilitando así los proyectos revisionistas de ambos regímenes en Europa central (en el caso alemán) y el Mediterráneo (en el caso italiano). Además,

ambos dictadores apreciaron que existía un factor de oportunidad política inestimable: podrían tranquilizar al gobierno conservador británico y a las influyentes derechas francesas con el pretexto de que esa intervención era desinteresada y solo pretendía ayudar a una contrarrevolución nacionalista y anticomunista. No en vano, el amago de revolución desatado en la retaguardia republicana daba credibilidad a ese pretexto y provocaría la simpatía de los círculos conservadores por Franco y su aversión apenas encubierta hacia la causa republicana. Esa combinación de motivos estratégicos y políticos, que forjaría en España el llamado «Eje Roma-Berlín» de potencias revisionistas del *statu quo* europeo, sería bien reflejada en las directrices dadas por el propio Hitler a su primer representante diplomático ante Franco pocos meses después de estallar la guerra:

> Su misión consiste única y exclusivamente en evitar que, una vez concluida la guerra (con la victoria de Franco), la política exterior española resulte influida por París, Londres o Moscú, de modo que, en el enfrentamiento definitivo para una nueva estructuración de Europa —que ha de llegar, no cabe duda—, España no se encuentre del lado de los enemigos de Alemania, sino, a ser posible, de sus aliados[36].

Frente a ese cuadro de vitales éxitos internacionales logrados por el enemigo, el gobierno de Giral solo cosechó fracasos muy notables en sus demandas de ayuda externa. Su primera petición, cursada telegráficamente el mismo día 19 de julio, se había dirigido al gobierno frentepopulista de París presidido por el socialista Léon Blum, que apenas llevaba dos meses en el poder. Pero la inicial disposición de Blum a atender esas peticiones por motivos de solidaridad ideológica e interés estratégico (la garantía de un régimen amigo en la frontera francesa y en la línea de comunicación con el imperio norteafricano) se vio de inmediato frustrada por dos fenómenos concurrentes.

Por un lado, la crítica división interna de Francia respecto a cualquier intervención en el conflicto español: frente a las simpatías prorrepublicanas de la izquierda en general (comunistas, socialistas y radicales, coaligados en el Frente Popular), se elevó un poderoso movimiento neutralista auspiciado por las derechas, la opinión católica y los sectores más conservadores de la administración civil y militar. Para estos sectores, el rechazo a cualquier

ayuda al gobierno español se basaba en la hostilidad hacia los síntomas revolucionarios percibidos en la retaguardia republicana y en el temor a que la ayuda francesa desencadenase una guerra general europea. Como previno el presidente de la República al propio Blum, «entregar armas a España puede significar la guerra europea o la revolución en Francia». Y la fuerza de esas presiones halló eco en las filas del partido radical y en dos de sus más influyentes líderes: Edouard Daladier, ministro de la Guerra, e Yvon Delbos, ministro de Asuntos Exteriores[37].

Para infortunio de Blum y de los partidarios de la República en Francia, la misma voluntad neutralista fundada en esa combinación de razones era compartida y avalada por el gobierno conservador del Reino Unido, el vital aliado de Francia en Europa, que desde el principio de la crisis española había adoptado una actitud de estricta neutralidad en la contienda. En palabras del primer ministro británico a su secretario del Foreign Office, Anthony Eden: «De ningún modo, con independencia de lo que haga Francia o cualquier otro país [léase Italia y Alemania], debe meternos en la lucha al lado de los rusos». El carácter diferencial y solo veladamente antirrepublicano de esa neutralidad refleja y tácita no era un secreto para nadie en los círculos oficiales. Como afirmaría el ministro de la Marina británico en una nota interna:

> Por el momento parece claro que debemos mantener nuestra política de neutralidad. […] Cuando hablo de «neutralidad» quiero decir estricta neutralidad: una situación en la que los rusos ni oficial ni extraoficialmente den ayuda a los comunistas. En ningún caso debemos hacer nada que estimule el comunismo en España, especialmente si tenemos en cuenta que el comunismo en Portugal, adonde probablemente se extendería y sobre todo a Lisboa, sería un grave peligro para el Imperio británico[38].

El pilar de la entente franco-británica adoptaba así ante la crisis bélica española una neutralidad tácita que se acomodaba a la llamada «Política de Apaciguamiento en Europa», la estrategia diplomática de emergencia elaborada por ambas potencias democráticas para hacer frente en los años treinta al desafío revisionista de la Alemania nazi y la Italia fascista (con la complicidad del militarismo japonés en virtud del Pacto Anti-Komintern firmado por las tres potencias). Era una estrategia diplomática decidida, sobre todo, a evitar en lo posible los gravísimos costes de una nueva

«guerra total» como la de 1914-1918, que amenazaba con desarticular la estabilidad de ambos imperios coloniales y destruir las bases del proceso de recuperación económica en curso. Una estrategia, por tanto, que apostaba por preservar la paz mediante el ensayo de una vía de reacomodo pacífico de las demandas revisionistas nazi-fascistas, a fin de no coincidir con la Unión Soviética en ningún frente diplomático o militar contra el incipiente Eje Roma-Berlín. Entre otras cosas, porque por entonces los líderes de las potencias democráticas occidentales todavía consideraban más peligrosa para la paz continental las incompatibles doctrinas revolucionarias del comunismo soviético que las supuestamente limitadas ambiciones territoriales revisionistas de Alemania e Italia. Y frente a ese juicio político-estratégico poco podía hacer el régimen soviético liderado por Stalin, embarcado desde 1934 en una política de aproximación a la entente francobritánica con el fin de evitar el grave riesgo para la URSS de la hostilidad alemana en su vulnerable frontera europea y la enemistad del Japón imperial en la todavía más débil frontera asiática[39].

La fuerza de la doble oposición interna y exterior inclinó finalmente al gobierno de Léon Blum a denegar la solicitud de ayuda republicana. El 25 de julio hizo pública su decisión y el primero de agosto de 1936 invitó a Gran Bretaña e Italia, y posteriormente a todos los gobiernos europeos, a suscribir un *Acuerdo de No Intervención en España*. Con el apoyo entusiasta británico, los 27 estados europeos (incluyendo a Italia, Alemania, Portugal y la Unión Soviética y excluyendo a Suiza, neutral por imperativo constitucional) convinieron a finales de agosto de 1936 en la prohibición de la venta, envío o tránsito de armas y municiones con destino a ambos bandos contendientes españoles, equiparando *de facto* al gobierno internacionalmente reconocido y a los militares insurgentes en un ámbito clave y decisivo: el acceso a los suministros bélicos inexcusables para mantener el esfuerzo de guerra.

La política de No Intervención colectiva patrocinada por la entente francobritánica pretendía, sobre todo, confinar la guerra civil dentro de las fronteras españolas y evitar así su conversión en una guerra general a través de la participación de potencias extranjeras. Los gobernantes franceses consideraban que esa política sería un mal menor para la República

española porque supondría el cese de los suministros exteriores de los insurgentes, obligaría a detener la guerra por mera falta de medios para combatir y abriría la posibilidad de una mediación internacional que garantizara la supervivencia de la democracia republicana. También los gobernantes británicos confiaban en poder localizar el conflicto en España y evitar la participación extranjera en el mismo. Pero, sobre todo, pretendían proseguir sin obstáculo su política de apaciguamiento de Roma y Berlín y para ello era imprescindible salvaguardar tres objetivos básicos en el «avispero español»: refrenar la intervención del aliado francés en apoyo a la República, evitar el alinea miento con la Unión Soviética en el conflicto, y eludir el enfrentamiento con Italia y Alemania por su hipotética o real asistencia a los insurgentes.

En cualquier caso, contrariando las expectativas francesas y británicas, el objetivo de dicha política de No Intervención fue saboteado desde el primer momento por la intervención italiana y alemana, que no se interrumpió a pesar de la adhesión oficial de ambos gobiernos al Acuerdo de No Intervención (como hizo igualmente la dictadura portuguesa de Salazar). La retracción de las democracias occidentales ante la acometida del Eje italogermano se percibió con suma claridad en las labores del Comité de No Intervención, instituido en Londres a principios de septiembre de 1936 para supervisar la aplicación del acuerdo correspondiente. Su patente incapacidad para detener eficazmente la ayuda prestada a Franco por las potencias del Eje dio origen a una estructura asimétrica de apoyos e inhibiciones que fue muy favorable para los insurgentes y muy perjudicial para la República.

Solo México, bajo la presidencia del general Lázaro Cárdenas, acudió abiertamente en auxilio del gobierno republicano[40]. Pero, dados sus recursos industriales y diplomáticos, lo hizo en una medida incapaz de contrarrestar los efectos de la intervención italiana, alemana y portuguesa, y de la inhibición de las democracias europeas. Como dicha actitud inhibitoria había sido secundada formalmente por el presidente Franklin D. Roosevelt en Estados Unidos (en virtud de su tradicional cooperación con la entente franco-británica, la fuerza del sentimiento aislacionista y el temor el Partido Demócrata a la pérdida del voto católico), la República

tuvo que recurrir al oscuro y costoso mundo de los traficantes de armas internacionales[41]. A título de mero ejemplo, los agentes republicanos fueron capaces de comprar viejas armas y municiones en la muy conservadora Polonia del mariscal Smigly-Rydz a precios desorbitados (con un incremento de entre el 30 y el 40 por 100 de su valor de mercado), previo pago de sustanciosas comisiones de soborno y con la complicidad encubierta de sus autoridades. No en vano, como alardeó uno de los intermediarios polacos: «vendiendo chatarra a los (republicanos) españoles a precios astronómicos conseguimos restablecer la solvencia de la banca polaca». Y el caso de Polonia es bien representativo de lo sucedido igualmente en las tres repúblicas bálticas, en Checoslovaquia o en Turquía[42].

En su conjunto, la cristalización de esa estructura tan asimétrica de apoyos e inhibiciones internacionales tuvo su reflejo inmediato en el curso de las hostilidades en España, con su cosecha de recurrentes triunfos militares insurgentes y clamorosas derrotas republicanas a lo largo de agosto y septiembre de 1936. Ciertamente, por entonces, como escribiría Zugazagoitia: «Todo iba a la deriva. […] El enemigo progresaba por el Centro sin encontrar resistencia»[43]. En esas circunstancias realmente críticas y desfavorables para la República, el gobierno de Giral tuvo que dimitir para dar paso a un nuevo gabinete de coalición de todas las fuerzas socio-políticas opuestas a la sublevación militar. Y fue entonces cuando el doctor Negrín se vio catapultado al primer plano de la escena política contra su probada voluntad de anonimato y solo por imposición de la dirección del partido socialista.

MINISTRO DE HACIENDA

El nuevo gobierno constituido el 4 de septiembre de 1936 estaba presidido por Largo Caballero, que también ostentaba la crucial cartera de Guerra. Habida cuenta de que el movimiento sindical era la mayor fuerza política y miliciana de la retaguardia, todos los líderes republicanos, incluyendo al renuente presidente Azaña, habían llegado a la conclusión de que no había ningún otro líder capaz de encabezar esa coalición gobernante. Y Largo Caballero asumió la tarea consciente de su fuerza, alentado por Araquistáin, sin consulta con la dirección socialista y sin previa petición de autorización para ello.

El gabinete formado contaba también con la participación de dos ministros de la izquierda socialista (Ángel Galarza en Gobernación y Julio Álvarez del Vayo en Estado), tres ministros del PSOE (Prieto en Marina y Aire, Anastasio de Gracia en Industria y Negrín en Hacienda), tres ministros republicanos (Mariano Ruiz-Funes en Justicia y Giral sin cartera, de IR; Bernardo Giner de los Ríos en Comunicaciones, de UR), un representante de ERC (José Tomás y Piera en Trabajo), un representante del PNV (Manuel de Irujo, sin cartera) y dos ministros comunistas (Vicente Uribe en Agricultura y Jesús Hernández en Instrucción Pública). Apenas un mes después, con el gobierno en vísperas de traslado a Valencia ante la inminencia del asalto insurgente a la capital, el gabinete sería ampliado con la incorporación de cuatro ministros de la CNT-FAI: Juan García Oliver en Justicia sustituyendo al cesado Ruiz-Funes; Juan Peiró en Industria reemplazando a De Gracia, que pasó a Trabajo; Juan López en Comercio; y Federica Montseny en Sanidad. También entonces se sumó un nuevo ministro de la Esquerra de Catalunya (Jaime Ayguadé, sin cartera) y otros dos republicanos (Carlos Esplá en Propaganda y Julio Just en Obras Públicas).

Se trataba de un gobierno frentepopulista de hegemonía sindical que «no tenía matiz político alguno» (según Largo Caballero), que agrupaba mal que bien a grupos políticos revolucionarios y reformistas opuestos a la reacción militar en curso y que solo se sustentaba en la compartida voluntad de evitar la derrota y destrucción a manos del enemigo común[44]. De hecho, los cuatro ministros anarquistas, superando sus escrúpulos antipolíticos, anunciaban que asumían sus cargos para defender las conquistas revolucionarias y porque «el gobierno, en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase trabajadora»[45].

Negrín se convirtió en ministro de Hacienda del gobierno de Largo Caballero, a los 44 años de edad, como parte de la tría da de cargos ofrecida al PSOE por el secretario general de la UGT[46]. La Comisión Ejecutiva decidió su nombramiento, a propuesta explícita de Prieto, en virtud de su probada competencia técnica y habilidad administrativa en materia de finanzas y presupuestos. El secretario y el vicesecretario de la Comisión, Ramón Lamoneda y Vidarte, acudieron a su domicilio madrileño a comunicarle la decisión en la noche del 4 de septiembre, recién llegado del frente de Peguerinos. Negrín, «todavía somnoliento se enfureció con nosotros», se resistió a aceptar el encargo y criticó duramente la constitución del gobierno de Largo Caballero porque daba una imagen de la República en exceso radical de cara al exterior y era una grave equivocación política y diplomática que impediría obtener la vital ayuda de Francia y Gran Bretaña. Según el relato de Zugazagoitia, declaró con enojo:

> La constitución de ese Gobierno es peor que si hubiese caído Getafe en poder de Franco. No conozco mayor disparate, considerado nacional e internacionalmente. ¿Es que se busca resueltamente que se pierda la guerra? ¿Se trata de un desafío a Europa? Con mi personal colaboración que no se cuente. No me considero con ninguna competencia para dirigir la Hacienda. […]
>
> ¡Cuernos! No se pueden hacer las cosas peor. ¡Un ministerio de socialistas y comunistas! ¿Es que nos negamos a darnos cuenta de que nuestra guerra no es puramente nacional, sino que tiene un carácter eminentemente internacional[47]?

Finalmente, sometido a fuertes presiones y previa reunión el día 5 con la Comisión Ejecutiva del PSOE, resolvió aceptar el nombramiento por

disciplina partidaria y por lealtad personal y política hacia Prieto. Ese mismo día, tras la primera reunión constitutiva del gabinete, se hizo cargo del Ministerio de Hacienda, sito en el vetusto caserón dieciochesco de la calle de Alcalá, en una ceremonia de traspaso de poderes en la que estuvo presente su predecesor, el republicano Enrique Ramos. Allí, en su nuevo despacho oficial, recibió a los pocos días la visita de su amigo Mariano Ansó, negándose a aceptar su «protocolaria enhorabuena» porque seguía considerando la formación del gobierno como «una verdadera derrota» en el plano diplomático al suponer la «exaltación del movimiento de Asturias» en vez de proclamar la necesidad del imperio de «la ley republicana»:

> No tenemos, no podemos tener otra divisa de guerra. Estoy aquí porque nunca cometeré un acto de deserción, y menos frente al enemigo; pero mi convicción íntima es la misma que tuve en los nefastos días de la revolución asturiana. Entonces cumplí con mi deber de cargar con una parte de responsabilidad que nunca contraje, y hoy tendré la misma conducta[48].

Negrín formó en Hacienda su propio equipo de trabajo con la ayuda de sus amigos y correligionarios y sin descartar al funcionariado leal del propio departamento. De este modo, Jerónimo Bugeda, diputado socialista por Jaén, se convirtió en subsecretario de Hacienda y virtual sombra del ministro en los primeros tiempos; el economista republicano Francisco Méndez Aspe, que había sido hasta entonces subsecretario del ministerio con Enrique Ramos, quedó encargado de la vital Dirección General del Tesoro y Seguros y se convertiría en su más estrecho colaborador; el también funcionario ministerial Demetrio Delgado Torres se ocupó de la Dirección General de Economía; otro funcionario, Luis de la Peña, asumió la Dirección General de Rentas Públicas; José Prat, diputado socialista por Albacete, fue nombrado director general de lo Contencioso del Estado; y José Aliseda Olivares, diputado socialista por Badajoz, se hizo cargo de la Dirección General de Propiedades y Contribución Territorial. Por su parte, el doctor Rafael Méndez se incorporó como secretario particular del ministro, junto con los doctores Blas Cabrera y José María García-Valdecasas; el periodista socialista Fernando Vázquez Ocaña se hizo cargo del Gabinete de Prensa ministerial; y el contable Pedro Pra López fue nombrado «Delegado especial del Ministerio de Hacienda» en París (donde

se había constituido desde el principio del conflicto una comisión de compras de armas en el extranjero)[49].

En la cúpula del crucial Banco de España, sometido *de facto* al control ministerial, Negrín no introdujo novedad y confirmó en su cargo como gobernador a Luis Nicolau d'Olwer, exministro de Economía con Azaña. También hizo lo propio con los dos subgobernadores nombrados por su antecesor: Julio Carabias y José Suárez Figueroa. Los tres serían fieles colaboradores del ministro durante toda su gestión hacendística y con posterioridad[50].

Nada más hacerse cargo del ministerio, Negrín anunció públicamente que su labor en Hacienda consistía en ayudar al gobierno a «dominar rápidamente la sublevación militar facciosa, defendiendo la República democrática, dentro siempre del ámbito constitucional». En esa primera declaración oficial también anunció que «en materia económica y financiera», su labor se inspiraría «en un sentido constructivo, es decir, reconstructivo de la economía, y en una más perfecta y adecuada ordenación de todos los instrumentos de la riqueza nacional»[51]. Efectivamente, la gestión de Negrín al frente de la Hacienda iba a ser parte esencial del programa de gobierno de la coalición presidida por Largo Caballero para enfrentarse al victorioso avance de la insurrección militar. De hecho, todas sus gestiones financieras y económicas estarían en consonancia con la línea directriz que, mal que bien, asumió aquel gabinete de coalición «antifascista»: la tentativa de reconstrucción de los instrumentos de acción estatal en diversos ámbitos de gestión interior y exterior. De este modo, mientras Negrín comenzaba a diseñar su «política económica de guerra», Largo Caballero adoptaba las primeras medidas de militarización de las milicias para constituir el Ejército Popular de la República y Álvarez del Vayo iniciaba una ofensiva diplomática destinaba a paliar el aislamiento exterior y los perjuicios del sistema de No Intervención. La República hacía frente así, con todas sus implicaciones y dificultades, a la «guerra total» declarada por el enemigo en todos los frentes de combate.

Negrín estaba persuadido de que la potencial victoria de la República dependería del apoyo financiero que su departamento pudiera proporcionar

al Ministerio de la Guerra para abastecerse de armas, municiones y servicios bélicos demandados por el Ejército, amén de suministros para el sostenimiento de la vida económica civil de retaguardia. Y también estaba convencido de que para ello era imprescindible retomar el control de los recursos productivos interiores del país y dominar los flujos comerciales de exportación e importación que cruzaban las fronteras nacionales. Una tarea hercúlea porque el aparato burocrático estaba semiderruido como consecuencia del golpe y del desplome de las estructuras estatales, con la consiguiente atomización del poder público y de los ámbitos económicos y productivos. Baste recordar que quedaron inicialmente fuera del control de su ministerio las vitales fronteras internacionales (tradicionalmente vigiladas por el Cuerpo de Carabineros, dependiente del Ministerio de Hacienda) y que también perdió la custodia sobre varias sucursales provinciales de Hacienda y del Banco de España (como las seis sucursales bancarias catalanas, que pasaron a ser controladas por la Consejería de Finanzas de la Generalitat tras la convulsión de finales de julio de 1936)[52]. Por otro lado, el caos institucional imperante supuso también el desplome del sistema impositivo, como señaló un informe reservado del Consejo de Hacienda en abril de 1937:

> La guerra civil […] ha producido el derrumbamiento de la estructura económica en que se basaba un número de tributos, sin que los elementos que han desplazado y sustituido también a la antigua empresa capitalista la hayan reemplazado y sustituido también en el cumplimiento de los deberes fiscales[53].

La labor de reconstrucción administrativa fue emprendida con renovada energía por el equipo de Negrín incluso antes de terminarse los nombramientos claves del departamento. La subsecuente catarata de decretos y órdenes ministeriales produjo medidas de emergencia como las publicadas por vez primera con firma de Negrín en la *Gaceta de Madrid. Diario oficial de la República* con fecha de 10 de septiembre: concesión de créditos extraordinarios a los Ministerios militares «para gastos de carácter extraordinario o de primer establecimiento del Ministerio de la Guerra y subsistente la sublevación militar»; incautación de empresas de interés estratégico nacional, como la Compañía Española de Petróleos (CAMPSA)

y la Compañía Arrendataria de Fósforos; fijación del «recargo que debe cobrarse por las Aduanas en las liquidaciones de derechos de Arancel correspondientes a las mercancías importadas y exportadas por las mismas»; y extinción de sociedades de seguros existentes en zona sublevada. El mismo carácter urgente tomaron las múltiples órdenes de «cesantía de todos los empleados que hubieran tenido participación en el movimiento subversivo o fueran notoriamente enemigos del régimen», así como los decretos de prórroga de la moratoria en la cotización de los bienes bursátiles, en «los pagos de los dividendos, primas de acciones e intereses de obligaciones», y en la normativa limitando el uso de cuentas corrientes y depósitos bancarios (*Gaceta* del 11, 13 y 20 de septiembre). También se creó la Caja de Reparaciones de Daños y Perjuicios de la Guerra (25 de septiembre de 1936) al objeto de incautarse de los bienes de quienes hubieran tenido participación directa o indirecta en la sublevación para utilizarlos en la reconstrucción económica de postguerra. Su director general sería el líder de la Federación de Banca de la UGT Amaro del Rosal, un socialista de izquierda que pronto se pasaría al PCE[54].

En esa misma línea, Negrín acometió una labor que se correspondía a la perfección con el programa gubernamental de recuperación de atribuciones estatales y preparación de una economía de guerra. Dispuso la inmediata reconstrucción del cuerpo militar de Carabineros, una policía de control de aduanas adscrita al Ministerio de Hacienda que había permanecido leal a la República en el 66% de sus efectivos[55]. La crucial medida vio la luz en la *Gaceta de la República* el 24 de septiembre de 1936, a los veinte días de asumir Negrín el cargo, y se justificaba con las siguientes palabras:

> La desarticulación actual del Instituto de Carabineros a causa de las circunstancias por las que atraviesa el país, obliga a su reorganización, y como primer paso para ello a completar sus efectivos, por lo que, a propuesta del Ministro de Hacienda y de acuerdo con el Consejo de Ministros.
>
> Vengo en decretar lo siguiente:
>
> Artículo 1.º Se autoriza al Ministro de Hacienda para conceder ingreso en el Instituto de Carabineros hasta el número de 8000 aspirantes, cuya recluta se ordenará por el mismo, siendo de su libre elección la designación del personal civil y militar que deba efectuarla, así como la forma y lugar de llevarla a cabo.
>
> Artículo 2.º Queda autorizado el Ministro de Hacienda para conceder los empleos de Oficiales, Suboficiales y clases en el número necesario para encuadrar el mando de esta nueva

recluta a los que, perteneciendo al Instituto de Carabineros, tengan perfectamente demostrada su competencia y adhesión al Régimen.

Artículo 3.º Queda igualmente autorizado el Ministro de Hacienda para habilitar los créditos precisos a fin de que por las Comisiones de Recluta se puedan realizar las compras necesarias para dotar a los nuevos carabineros de todos los elementos.

Con el concurso del capitán Sabio, del teniente Santiago Garcés y de otros militares profesionales de igual significación republicana (y simpatías socialistas prietistas), Negrín puso en pie unas fuerzas de seguridad militarizadas que pasarían a ser conocidas como «la peste verde» (según les denunciarían los anarquistas y poumistas por el color de su uniforme) o los «Cien Mil Hijos de Negrín». En realidad, nunca llegaron a totalizar ese número ni por lejana aproximación: serían 40 000 en abril de 1937 y llegarían a 60 000 a finales de año. El doctor Rafael Méndez, íntimo colaborador de Negrín, fue nombrado director general de Carabineros. Algunos meses después, convertido aquel en subsecretario de Gobernación, fue sustituido en el cargo por el también socialista Víctor Salazar, exsecretario particular de Prieto. José Prat recordaría las motivaciones de índole política que estuvieron en la base de aquella decisión crucial:

Aunque dotado de organización militar bajo el mando del inspector general, Carabineros dependía de Hacienda por su servicio de resguardo fiscal.

Negrín advirtió la importancia que podía tener para poner orden en la frontera con Francia debido al confuso estado ocasionado por la dispersión de poder público, vigilar las costas ante posibles golpes de mano enemigos y formar importante y disciplinada fuerza militar en defensa de la República en los frentes y en la autoridad del Gobierno. El Gobierno necesitaba afirmar su autoridad interior. Era, por otra parte, conveniente contrarrestar el poder que alcanzaban los comunistas con el que llamaron quinto regimiento, con mandos incondicionales, eficaz disciplina y notable fuerza propagandística[56].

En efecto, Carabineros tuvo «tinte socialista» desde el principio y se convirtió en una fuerza de élite y de choque de la República para ta reas de combate militar o de control del orden público[57]. Para formar en sus filas se prescribió la necesidad de ser españoles mayores de edad (18 años), con talla mínima de 1,60 metros, «buena conducta y costumbres», «útiles para el servicio de armas», sabiendo «leer y escribir» y acreditando «mediante certificado u otros documentos, su adhesión al régimen republicano». Su

máximo responsable militar fue el general José Rodríguez Mantecón (luego sustituido por el coronel Mariano Trucarte), que supervisó la creación de los tres centros de reclutamiento e instrucción instalados en Requena, Orihuela y Campo de Criptana. De allí saldrían los nuevos carabineros que nutrieron las cinco demarcaciones aduaneras controladas por la República (cuyas cabeceras como comandancias eran Santander, Barcelona, Valencia, Alicante y Almería)[58]. A los pocos meses de su constitución, Negrín dictaría la orden ministerial que prescribía el apoliticismo estricto de los integrantes de Carabineros a tono con la política en vigor de rescatar la profesionalidad de los cuerpos militares para detraerlos del control partidista y sindical:

> Vigentes las disposiciones que prohíben a cuantos componen los cuerpos armados pertenecer a organizaciones políticas o sindicales, así como la mera asistencia a actos relacionados con tales asociaciones.
>
> Este ministerio ha resuelto se recuerde a todos cuantos integran el Instituto de Carabineros la ineludible obligación en que se encuentran de abstenerse de tales actividades, limitándose al cumplimiento entusiasta del deber al lado del Gobierno legal de la República democrática.
>
> Aquellos que olviden tales normas, haciendo caso omiso de la prohibición, serán sancionados con arreglo a las prescripciones del Código de Justicia Militar[59].

En realidad, la medida no iba dirigida tanto a depurar el color político socialista del cuerpo como a evitar la infiltración de militantes del PCE en el mismo. Como observaría el doctor Méndez a Negrín por aquellas fechas: Carabineros debía mostrarse «impenetrable a la influencia comunista». Y tuvo verdadero éxito, en la medida en que un informe del PCE de 1938 señalaba que dicho cuerpo «era un feudo socialista» con «poquísimos miembros del PCE»[60].

Al margen de esa tarea que completaba la militarización de las milicias ordenada por Largo Caballero en aquellas mismas fechas, Negrín se entregó en cuerpo y alma a la responsabilidad de movilizar todos los recursos económicos y financieros disponibles en la retaguardia para aplicarlos en favor de la prosecución del esfuerzo de guerra republicano contra un experimentado ejército insurgente que contaba con el vital apoyo material de la Italia fascista y la Alemania nazi. Probablemente fue por entonces cuando Negrín acuñó su particular lema de conducta al frente de su cartera:

«En la guerra, un Ministro de Hacienda avaro debe ser fusilado; un Ministro de Hacienda despilfarrador, debe ser colgado»[61]. Él y sus colaboradores eran muy conscientes de que la baza clave y fundamental de su política económica residía en el control y movilización de las considerables reservas de oro (lingotes y monedas) custodiadas en los sótanos madrileños del Banco de España: un total de 635 toneladas de oro fino equivalentes a 715 millones de dólares de la época (2 184 145 184,91 pesetas oro). Esas reservas madrileñas (a las que había que sumar otras 10 toneladas almacenadas en manos de corresponsales y 59 toneladas depositadas como fianza de un préstamo en 1931 en la sucursal del Banco de Francia de Mont de Marsan) constituían el cuarto depósito mundial existente, solo por detrás del albergado por la Reserva Federal de Estados Unidos, el Banco de Francia y el Banco de Inglaterra[62].

Todos los líderes republicanos habían sabido desde el primer momento que el control de las reservas de oro constituía un activo crucial para sus posibilidades de resistencia frente a la sublevación militar. Recordaran o no la famosa sentencia de Cornelio Tácito (*pecunia nervus belli*: el dinero es el nervio de la guerra), el control de las cuantiosas reservas de oro significaba disponer de un inapreciable y solvente medio de pago para sufragar, con su venta y conversión en fuertes divisas convertibles (libras esterlinas, dólares o francos), la compra y adquisición de las armas, los servicios y los suministros requeridos por una República aislada diplomáticamente y carente de recursos propios para abastecer sus crecientes necesidades de equipo militar, materias primas y alimentos. Ya en su discurso radiado del 8 de agosto de 1936, Prieto había aludido a esa baza financiera para justificar su fe en la victoria republicana:

> ¿De quién pueden estar las mayores posibilidades de triunfo en una guerra? De quien tenga más medios, de quien disponga de más elementos. […] Pues bien: todo el oro de España, todos los recursos monetarios españoles, todos, absolutamente todos, están en poder del Gobierno; son las reservas de oro que han venido garantizando nuestro papel moneda. El único que puede disponer de ellas es el Gobierno. Ese tesoro nacional permite al Gobierno español una resistencia ilimitada, en tanto que la capacidad financiera del enemigo es nula[63].

Negrín, por su formación económica y experiencia presupuestaria, era uno de los políticos republicanos más conscientes de la importancia de la baza

del oro y más convencidos de que «sin oro, el régimen se hubiera desplomado en cuestión de semanas»[64]. Por eso mismo, una de sus primeras medidas como ministro de Hacienda, al cumplirse el primer mes en su cargo, consistió en decretar la prohibición de «la exportación de moneda, lingote y régulo de oro o plata y la de concentrados de oro» por las siguientes razones:

> Las actuales circunstancias aconsejan prestar atención a problemas antes desatendidos para valorar y utilizar debidamente nuestra riqueza nacional. Por ello no debe el Estado seguir permitiendo que el oro y la plata puedan exportarse con pingües beneficios a la vez que se empobrece el Tesoro nacional, sino que debe proceder a la regulación y administración de cuanto a la exportación de ambos metales se refiere, con el fin de lograr el máximo rendimiento a favor de la colectividad y arbitrar medios conducentes a la mejor financiación de la guerra hoy y de la reconstrucción económica mañana[65].

En este aspecto, su decisión más importante como responsable de las finanzas republicanas fue la de utilizar a fondo esas reservas del Banco de España para sufragar con su venta el pago del armamento, combustible y materias primas y alimenticias demandados por el esfuerzo bélico republicano. Seguía así el patrón de recurso a la venta del oro como medio principal de financiación de la guerra utilizado por las potencias democráticas entre 1914 y 1918. Y continuaba así las medidas reservadas iniciadas por el gobierno de Giral y por el ministro Enrique Ramos desde el primer momento. No en vano, entre el 25 de julio (primera remesa) y el 4 de septiembre de 1936 (décimo novena remesa), se habían remitido por vía aérea a París, para su venta al Banco de Francia y su conversión en divisas utilizables en el mercado, un total de 343 cajas repletas de oro con un peso aproximado de 40 toneladas. Según Martín Aceña: «Por su venta el Tesoro republicano ingresó la nada despreciable cantidad de 507 millones de francos»[66].

La cobertura legal para emprender esa enajenación de las reservas de oro con fines bélicos fue proporcionada por el decreto reservado firmado el 30 de agosto de 1936 por el ministro Ramos y ratificado por el presidente Azaña. En el mismo, se facultaba al titular de Hacienda para «disponer» en el extranjero de la cantidad de divisas «que estime precisa para atender los gastos que las necesidades de la campaña impongan», con autorización

expresa para dirigir esos fondos «a disposición de la representación diplomática, consular o persona que designara en cada caso»[67]. La legalidad de la operación, a cargo de las autoridades legítimas de un gobierno reconocido internacionalmente, inclinó a las autoridades frentepopulistas francesas a aceptar las ventas y comprar el oro. Al margen de que así contribuyeran a apoyar materialmente a un gobierno al que no habían podido vender armas y municiones. Además, al Banco de Francia le convenía la operación porque comprando oro reforzaba sus reservas metálicas y defendía la estabilidad del franco. Por eso mismo, toda la mecánica de la operación fue expresamente aprobada por el ministro de Finanzas francés, el socialista Vincent Auriol (que llegaría a ser amigo íntimo de Negrín), y por el influyente gobernador del Banco emisor, Émile Labeyrie:

> Auriol y Labeyrie facilitaron el tránsito de metales preciosos por el territorio francés, agilizaron su conversión en divisas, las transfirieron sin dilación a las cuentas bancarias que telegráficamente les indicaban los responsables del Banco de España y rechazaron con contundencia los intentos de los amigos de Franco, que de forma reiterada pretendieron paralizar las importaciones de oro e impedir su compra por la entidad gala. […] París continuó siendo el centro financiero de la República incluso después de que Negrín resolviese prescindir del Banco de Francia y enviar las reservas de oro a Moscú[68].

Asumida la cartera de Hacienda, Negrín perseveró en esa línea de movilización del oro para allegar divisas que pudieran servir como medio de pago a las compras ineludibles en el exterior, habida cuenta de que ni los recursos interiores ni los beneficios derivados de la exportación podían suplir en cantidad o celeridad ese mecanismo de financiación del esfuerzo de guerra. De hecho, fue responsable de una «fuerte intensificación en el ritmo de ventas de oro al Banco de Francia», en atención a las crecientes demandas financieras impuestas por la marcha de las hostilidades y por la necesidad de importar armas, combustibles, materias primas y alimentos. En conjunto, entre julio de 1936 y enero de 1937, el Ministerio de Hacienda de la República procedió a vender 174 toneladas de oro fino (algo más de una cuarta parte del total de las reservas madrileñas) al Banco de Francia, recibiendo a cambio 196 millones de dólares (equivalentes al 40% de los ingresos totales del Estado republicano en el último año de paz). Esas 174

toneladas fueron transportadas en 63 viajes por avión o vía marítima: 36 directamente a París, 22 a Toulouse y 5 a Marsella. El montante de divisas así generado fue colocado en depósitos abiertos por los agentes acreditados republicanos en ocho entidades privadas de crédito: desde el Crédit Lyonnais y la Banque de Paris a las sucursales parisinas del Chase National Bank norteamericano o del Barclays Bank y Midland Bank británicos[69].

Muchas de esas operaciones de venta al Banco de Francia se hicieron con la presencia de Negrín en París, para entrevistarse con Auriol, Blum o Jules Moch (jefe de gabinete de Blum), a fin de tratar de conseguir favores económicos y logísticos por parte de las autoridades del Frente Popular francés. Como recordaría Vidarte, «Negrín aparecía y desaparecía de París cuando menos se esperaba». En uno de esos viajes ambos visitaron la oficina de reclutamiento de las Brigadas Internacionales en la capital francesa. En otro concertó el canje entre Raimundo Fernández Cuesta, líder falangista detenido por la República, y Gumersindo de Azcárate, hermano del embajador republicano en Londres, que estaba en una prisión franquista. Normalmente, Negrín se hospedaba en el Hotel Lancaster de París bajo el nombre en clave de «señor Navarro» y llevaba sus asuntos con absoluta reserva y discreción (tanta que su única protección personal sería la compañía como «guardaespaldas» de André, hijo de Jules Moch, o de Juan Junior, su propio hijo mayor). Y durante esos viajes aéreos dio pruebas de su osadía solicitando al piloto que manejaba el aparato que le dejara conducir durante un rato, aunque fuera peligroso porque el trayecto cruzaba brevemente por encima de territorio enemigo. Así fue como en una ocasión sobrevoló la ciudad de Burgos (sede oficial de la administración franquista) para contemplar de cerca su catedral. Vidarte, que le acompañó en el viaje, anotaría sus sensaciones encontradas: «uno de los momentos de mayor emoción y más dramáticamente inútiles de mi vida. Pero así era Negrín»[70].

Para acelerar el proceso de movilización financiera y asegurar la disponibilidad del oro por parte de la República, Negrín solicitó y obtuvo del consejo de ministros el permiso oportuno para trasladar las reservas de Madrid a los casi inexpugnables polvorines de la Armada en la base naval de Cartagena. El día 13 de septiembre de 1936 el presidente Azaña firmaba

y Negrín refrendaba el consecuente decreto reservado por el que se autorizaba dicho traslado. La decisión se tomaba en vista de la grave situación de la capital, con el Ejército franquista acercándose triunfalmente a Toledo (cuya caída dejaría el camino expedito hacia Madrid) y mientras las tropas de Mola ocupaban la ciudad de San Sebastián (lo que sellaba el aislamiento de la bolsa norteña y la ruptura de su contacto terrestre con Francia). En esas críticas circunstancias, la decisión se inspiraba en la acertada convicción de que si Madrid caía en manos rebeldes, «y con ella el tesoro del Banco, la República tenía los días contados»[71]. El trascendental decreto reservado solicitado y conseguido por Negrín rezaba textualmente:

> La anormalidad que en el país ha producido la sublevación militar aconseja al Gobierno adoptar aquellas medidas precautorias que considere necesarias para mejor salvaguardar las reservas metálicas del Banco de España, base del crédito público. La índole misma de la medida, y la razón de su adopción exigen que este acuerdo permanezca reservado. Fundado en tales consideraciones, de acuerdo con el Consejo de Ministros, y a propuesta del de Hacienda, vengo en disponer, con carácter reservado, lo siguiente:
>
> ARTÍCULO PRIMERO: Se autoriza al Ministro de Hacienda para que, en el momento que lo considere oportuno, ordene el transporte, con las mayores garantías al lugar que estime de más seguridad, de las existencias que en oro, plata y billetes hubiere en aquel momento en el Establecimiento Central del Banco de España.
>
> ARTÍCULO SEGUNDO: El Gobierno dará cuenta en su día a las Cortes de este Decreto.
>
> Dado en Madrid a trece de septiembre de mil novecientos treinta y seis[72].

La operación de traslado se inició con el natural sigilo el 14 de septiembre y concluyó el día 21 con la recepción en Cartagena del último cargamento transportado por vía férrea. Durante todo el trayecto las cajas movilizadas estuvieron bajo la vigilancia de fuerzas de carabineros y milicianos socialistas, con Francisco Méndez Aspe supervisando las actuaciones. El tesoro, emplazado en los profundos túneles de La Algameca, utilizados como polvorines de la Armada, quedó bajo la custodia de unidades militares de marinería[73]. Negrín afirmaría con posterioridad que ordenó el traslado para evitar que cayeran en manos del enemigo si estos ocupaban Madrid. Largo Caballero refrendaría esa versión en sus memorias y avalaría sus razones:

> Como los facciosos estaban a las puertas de la capital de España, solicitó del Consejo de Ministros autorización para sacar el oro del Banco de España y llevarlo a sitio seguro, sin

> decir adónde. Esto era cosa natural en evitación de que, en un caso desgraciado, el tesoro fuera a parar a mano de los sublevados, pues sin armas y sin oro para comprarlas la derrota de la República sería inevitable[74].

A Louis Fischer, un periodista norteamericano entonces todavía comunista al que había conocido por intermedio de Araquistáin, Negrín le confesó en privado que «no podíamos asumir riesgos» a pesar de la voluntad gubernativa de luchar por la capital[75]. En efecto, parece evidente que la decisión fue «una medida prudente, plenamente justificada» porque «hubiese sido una insensatez y una torpeza haberse dejado en la asediada capital más de medio millón de toneladas de oro». No en vano, «el metal amarillo era la columna vertebral de las finanzas de la República» y su control y capacidad de movilización era la única garantía de resistencia militar y, ulteriormente, de victoria en la contienda[76].

Sin embargo, el traslado a Cartagena no fue el final de la operación de movilización del oro. En vista de las dificultades experimentadas en la banca internacional para poder utilizar las divisas generadas y habida cuenta del carácter lesivo de la política de No Intervención (que amenazaba con extenderse a las operaciones financieras, congelando el oro español depositado en Francia), Negrín fue fraguando durante la primera quincena de octubre de 1936 una decisión transcendental para asegurar la continuidad de las ventas y la aplicabilidad confidencial de las divisas correspondientes. A saber: recurrir a la Unión Soviética para las enajenaciones del oro y utilizar la red bancaria soviética para las operaciones de pago en divisas, de modo seguro y confidencial, de las armas y suministros varios demandados por la guerra.

No fue una imposición, ni una demanda, ni una trampa tendida por Stalin y la Unión Soviética, como relatarían posteriormente en sus influyentes memorias dos agentes de la NKVD (servicio secreto soviético, antecedente de la KGB) que acabarían desertando y huyendo a Estados Unidos para colaborar con sus agencias de inteligencia: Walter Krivitsky, agente operativo en Holanda que tuvo responsabilidades en los envíos clandestinos de armamento hacia España y que desertó en el otoño de 1937 (para acabar asesinado en Washington cuatro años después); y el general Alexander Orlov, responsable del servicio en España desde mediados de

septiembre de 1936, que desertaría de su cargo a finales de julio de 1938 (y lograría escapar de la suerte de su predecesor hasta que salió a la luz en 1954). En ambos casos se atribuyen un protagonismo tan pintoresco como excesivo en la gestación y ejecución de la operación. Y en el caso del primero (al que Orlov niega su condición de «general de la NKVD», lo que sí era él, y le convierte en mero «suboficial de la NKVD»), también se atribuye un papel crucial a Arthur Stashevsky, el delegado comercial soviético en España (que no arribó a su puesto hasta después de tomada la decisión) y con el que Negrín mantuvo una estrecha y cordial relación durante su estancia en España[77].

Según un apunte personal inédito escrito por Negrín poco antes de su fallecimiento, ya en el exilio, «la idea de situar fondos en Rusia fue mía, exclusivamente mía» y no hubo «presión, requerimiento, sugestión o indicación por parte de nadie ni mucho menos de los rusos». De hecho, «la idea no fue dictada para complacer a los rusos» y estos «fueron los primeros sorprendidos, cuando se les propuso». Según Negrín, el propósito de la operación era básicamente instrumental:

> La utilización del aparato bancario soviético para depositar y movilizar fondos de nuestro Erario, no solo con el objeto de convertirlos en efectivo disponible, cuando los gastos de guerra lo demandaban, sino como indispensable medida precautoria de seguridad. […] Mas, téngase presente que ningún Gobierno, de cualquier nación en guerra, ha vacilado en situar fuera de su territorio nacional los recursos materiales de que disponía si lo requería su utilización para la lucha, o lo aconsejaba el preservarlos de que cayeran en manos enemigas. […]
>
> Surgió (la idea) por la necesidad 1.º de poner a salvo el oro; 2.º de poderlo convertir en divisas a medida que se fueran necesitando[78].

Al margen de que fuera una decisión personal suya en exclusiva, la medida ha sido objeto posterior de una viva polémica en cuanto a su acierto y conveniencia. Para Negrín, su razón de ser respondía a tres consideraciones concurrentes: 1.º) Garantizar la seguridad de las reservas contra posibles ataques enemigos en el interior del país (Cartagena estaba experimentando bombardeos aéreos y el dominio del mar estaba ya en manos insurgentes e italo-germanas) y contra sus acciones legales en bancos extranjeros occidentales y en los tribunales (que habían tenido éxito en el caso de

instituciones crediticias francesas y británicas y que forzarían al gabinete francés a congelar las reservas depositadas en Mont de Marsan)[79]. 2.º) Poner fin a los actos de sabotaje, dilatación o boicot experimentados por las autoridades republicanas en sus operaciones financieras a través de las redes bancarias occidentales, que habían hecho fracasar numerosas gestiones de compras de armas por incapacidad de pago: Rafael Méndez había sido incapaz de hacer efectivo un cheque por valor de dos millones de dólares en ningún banco neoyorquino durante el mes de octubre y hubo de recurrir a los servicios del embajador soviético en Washington para lograr su contravalor efectivo[80]. Y 3.º) Asegurar la disponibilidad y convertibilidad de las reservas de modo confidencial, seguro y eficaz, gracias al blindado sistema bancario soviético emplazado por todos los países occidentales y, particularmente, gracias a los servicios de la Banque Commerciale de l'Europe du Nord (Eurobank), entidad parisina que actuaba como agente financiero de la Unión Soviética.

Las razones de Negrín para concluir que el recurso financiero a la URSS era «la única alternativa» disponible (compartida por los testimonios de los restantes líderes republicanos: Largo Caballero, Prieto, Zugazagoitia…)[81], ha sido recientemente objetada por el historiador Pablo Martín Aceña. Descartando por infundada la acusación franquista de que la medida de movilización del oro fuera «un robo» o «una ilegalidad» (se trató de una medida de guerra plenamente justificada), dicho analista cuestiona sin embargo el destino señalado y su condición de única alternativa:

> ¿Por qué eligió Moscú el ministro de Hacienda de la República? ¿Qué circunstancias le movieron a tomar tal resolución? ¿No hubiera sido más lógico depositarlo en París, en Londres, en Zúrich, o quizá haberlo embarcado rumbo a Nueva York? Después de todo, Moscú no era una plaza financiera importante. España no tenía vínculos comerciales estrechos con la Unión Soviética, ni relaciones diplomáticas consolidadas, ni tampoco Stalin era un dirigente con el que los políticos españoles mantuviesen contactos frecuentes. Porque enviar 510 toneladas de oro a Moscú fue una decisión verdaderamente extravagante: significó poner en manos de una burocracia impenetrable, completamente desconocida para los funcionarios españoles y a la pavorosa distancia de 4616 kilómetros un tesoro descomunal. […] La decisión de sacar las reservas áureas de España fue precipitada[82].

Las reservas de Martín Aceña han sido replicadas por uno de los grandes especialistas en la política exterior soviética respecto a España, Daniel

Kowalsky. A juicio de este, las razones de Negrín eran válidas porque, en efecto, la URSS era la única alternativa segura y confidencial para esa movilización del oro sin riesgo de la espada de Damocles de que el embargo de armas en vigor se viera ampliado a un embargo de actividades financieras. Las otras posibles plazas financieras no lo eran tanto o no lo eran en absoluto, como la experiencia republicana había demostrado en los tres meses de guerra transcurridos:

> La lista de posibles receptores de oro era, por lo tanto, muy reducida. Inglaterra se había adherido a la No-Intervención, y el hecho de que se adoptara en Francia esa misma postura, además de un ambiente político inestable, hizo que el país vecino no fuera un lugar adecuado para recibir más oro del que ya se había enviado. Los suizos, siempre neutrales, no habrían llevado a cabo la conversión en metálico. El gobierno de Estados Unidos era lo suficientemente antirrepublicano para hacer que cualquier transferencia a ese país resultara una operación sumamente arriesgada. Las únicas alternativas que quedaban eran México y la URSS; como México no estaba preparado para suministrar asistencia militar a gran escala, la URSS fue el Estado elegido[83].

En todo caso, Martín Aceña acierta al señalar un dato clave y crucial para entender esa medida arriesgada e irreversible: «Negrín adoptó esta insólita decisión porque creía que poniendo el tesoro español en manos de Stalin se aseguraba el apoyo militar y la protección de la Unión Soviética, la única potencia europea que en el otoño de 1936 se mostró dispuesta a mandar armas a la República»[84]. En efecto, Negrín solo concibió la idea y consultó su realización una vez comprobado el efecto letal del sistema de la No Intervención colectiva aprobado por todos los gobiernos europeos sobre la capacidad defensiva militar de la República, que estaba a punto de recibir el asalto frontal, y quizá victorioso, del enemigo sobre la capital del Estado. Y solo formuló y promovió su ejecución cuando fue incontestable que solo la Unión Soviética estaba dispuesta a quebrar ese sistema no-intervencionista y a prestar apoyo militar directo al esfuerzo bélico republicano. Dicho en otras palabras: Negrín resolvió poner en manos de Stalin la única baza financiera disponible para la República, el único recurso existente para sostener su resistencia militar, con el fin de garantizar el compromiso soviético con la defensa de la causa republicana. Todo ello bajo la convicción, como ha señalado Martín Aceña, de que «sin oro

español no había armas soviéticas»[85]. Y un testigo tan poco sospechoso como el desertor soviético Walter Krivitsky corroboró esa impresión: «El doctor Negrín, por supuesto, vio la salvación de su país únicamente en la estrecha cooperación con la Unión Soviética. Se había hecho evidente que el apoyo activo solo podía venir de esta fuente»[86].

Así pues, la decisión impulsada por Negrín solo pudo concebirse una vez que Stalin hubo modificado su inicial política de mera «amistad platónica» hacia la República. No en vano, el dictador soviético había desestimado una primera petición republicana de ayuda cursada el día 25 de julio de 1936 a través de la embajada soviética en París (la segunda petición de apoyo exterior después de la remitida a Blum cinco días antes)[87]. La razón básica de esa conducta cautelosa había sido bien apreciada por el representante italiano en Moscú en su informe para Mussolini: «El Gobierno soviético bajo ninguna circunstancia se dejaría involucrar en los asuntos internos de la península (Ibérica), donde tiene mucho que perder y nada que ganar». Ciertamente, el amago revolucionario desatado en la zona republicana era una perturbación grave para la estrategia diplomática soviética iniciada en 1934, puesto que podría arruinar su esfuerzo de acercamiento a Francia y Gran Bretaña en oposición al peligro revisionista alemán e incluso podría estrechar los vínculos franco-británicos con la dictadura nazi por el compartido temor a una nueva revolución en la otra esquina europea. Por esa razón la Comintern dio órdenes al PCE de no fomentar el proceso revolucionario republicano y apoyar la reconstrucción de la autoridad estatal bajo el gobierno del Frente Popular. Además, Stalin, al igual que las autoridades francesas, creyó posible localizar la guerra y evitar la amenaza de un triunfo insurgente mediante la anulación de todos los suministros bélicos exteriores. Como escribió el mismo diplomático italiano poco después: «la iniciativa francesa en pro de un acuerdo de no intervención en España ha sido recibida con enorme alivio»[88]. Buena prueba del acierto de esa estimación sobre las razones de la cautela soviética en los dos primeros meses de la crisis española son las instrucciones dadas por Maxim Litvinov, comisario de Asuntos Exteriores, al nuevo embajador soviético en Madrid, Marcel Rosenberg (que llegó el 27

de agosto de 1936 y presentó sus cartas credenciales al presidente Azaña tres días después):

> Hemos discutido en reiteradas ocasiones el problema de la ayuda al Gobierno español después de su partida, pero hemos llegado a la conclusión de que no era posible enviar nada desde aquí. […] Nuestro apoyo proporcionaría a Alemania e Italia el pretexto para organizar una invasión abierta y un abastecimiento de tal volumen que nos sería imposible igualarlo. […] No obstante, si se probara que pese a la declaración de No Intervención se sigue prestando apoyo a los sublevados, entonces podríamos cambiar nuestra decisión[89].

Confirmada la inutilidad de la No Intervención para detener la ayuda italo-germana a Franco y comprobada la inminencia de un colapso militar republicano en caso de caída de Madrid, Stalin acabó modificando sustancialmente su política española. El día 14 de septiembre (tras las primeras reuniones estériles del Comité de No Intervención en Londres), el dictador soviético resolvió en persona el envío directo de armamento a la República y dos días más tarde, bajo la supervisión de la NKVD, se constituyó en Moscú la llamada «sección X», encargada de coordinar toda la operación en el más absoluto de los secretos. Secundando esa decisión previa, el 18 de septiembre el Secretariado de la Comintern reunido en Moscú aprobaba una línea de actuación que reflejaba la nueva disposición soviética. Entre otras cosas, la Internacional Comunista acordaba «proceder al reclutamiento entre los obreros de todos los países de voluntarios con experiencia militar con el fin de su envío a España» y «organizar la ayuda técnica al pueblo español mediante el envío de obreros y técnicos cualificados»[90].

En esas condiciones, desde mediados de septiembre de 1936, la URSS comenzó a apoyar enérgicamente el esfuerzo bélico republicano por dos vías complementarias. Por un lado, mediante el apoyo de la Comintern a la formación de las Brigadas Internacionales, un cuerpo de voluntarios reclutados en medios antifascistas de todo el mundo que llegaría a totalizar los 35 000 hombres durante toda la guerra y que sería utilizado como fuerza de choque en la mayoría de los combates hasta su retirada a finales de 1938[91]. Por otro, a través de la venta y envío directo de armamento soviético al incipiente Ejército Popular de la República. El primer buque con armas salió de Crimea el 26 de septiembre y llegó a Cartagena el 4 de

octubre de 1936. Paralelamente, empezaron a llegar a España un conjunto de 2082 asesores militares de todas las armas (incluyendo a agentes de la NKVD bajo la dirección de Orlov)[92]. En consecuencia, desde principios de octubre de 1936, en un contexto bélico realmente crítico y desfavorable para la República, cuando parecía que sus posibilidades de supervivencia eran muy escasas, la Unión Soviética comenzaba a socorrer militarmente al gobierno español sin abandonar de modo oficial la política de No Intervención, siguiendo así los pasos de las potencias del Eje.

Stalin emprendía una «aventura militar y diplomática» (palabras de Kowalsky) para poner a prueba en España la viabilidad de su proyecto de alianza con las democracias frente al expansionismo nazi y fascista y para evitar el deterioro de la posición estratégica de su reticente aliado francés. Y lo hacía a sabiendas de que estaba fuera de su alcance asegurar una resistencia militar indefinida habida cuenta de las limitaciones de la industria bélica soviética y de las necesidades de protección de su amplia y expuesta frontera asiática, donde el imperialismo japonés amenazaba su seguridad de manera directa. Y también sobre la base de que dicha ayuda tendría carácter interino y supletorio: hasta que las potencias democráticas asumieran como propia la causa republicana y actuaran en consecuencia. España se convertía así para los líderes del Kremlin en la piedra de toque de su proyecto de gran coalición antifascista: la arena donde se comprobaría la disposición o falta de disposición de las democracias para colaborar con la URSS en la contención de los proyectos agresivos alemanes. El general Orlov recordaría en sus memorias que recibió esa explicación sobre el carácter de su misión en España antes de salir de Moscú en la segunda semana de septiembre. El propio Litvinov le confesó que «los británicos tenían la llave en España» y que si insistían en evitar que los leales compraran armas en el exterior, «los nacionalistas vencerán y Hitler conseguirá su propósito. En ese caso, estaremos en guerra en 1938». A juicio de Orlov (juicio que suelen omitir quienes solo utilizan sus memorias cuando corroboran sus tesis sobre el control soviético de la España republicana), esas consideraciones político-estratégicas (no otras ideológicas y revolucionarias) estuvieron en la base de la intervención soviética en apoyo de la República:

Stalin no buscaba revoluciones sino buenos y sólidos aliados capitalistas. Por eso escogió el conflicto español para entrar en la arena mundial de forma activa y desplegar la potencia militar de Rusia, sus firmes tanques y modernos aviones, su artillería pesada y entrenados pilotos y tanquistas: para persuadir a Gran Bretaña a fin de que entrara en una alianza defensiva tripartita con Francia y la Unión Soviética contra los planes agresivos de Hitler. En el caso de que Gran Bretaña rechazara la oferta soviética, Stalin podría barajar la posibilidad de que la demostración de poder militar soviético indujera a Hitler a buscar aventuras más provechosas en otro lugar que no fuera la URSS[93]. La continuidad de esa línea de razonamiento estratégico en el Kremlin queda avalada por un documento interno del servicio secreto militar soviético en febrero de 1937. En el mismo, su autor, el Jefe del Servicio de Inteligencia militar soviético, reflejaría ese cálculo que había determinado aquella decisión retardada y arriesgada:

La victoria del Frente Popular en España mejorará indudablemente la situación de todos los países democráticos de Europa, dará fuerzas al movimiento antifascista y afianzará la voluntad de las más amplias masas obreras y de toda la «humanidad avanzada y progresista» para luchar contra la guerra de los fascistas (Stalin). Por el contrario, una victoria de los fascistas en España puede crear las condiciones para reforzar la agresividad de todos los Estados fascistas; en primer lugar y ante todo, de la Alemania hitleriana, profundizando extraordinariamente el peligro de guerra en Europa, en especial de un ataque de Alemania contra Checoslovaquia y otros países democráticos y de una guerra contrarrevolucionaria contra la URSS[94].

El recién llegado embajador republicano en Moscú, el doctor Marcelino Pascua, sería informado reiteradamente por el propio Stalin de ese carácter interino y supletorio de la ayuda soviética (hasta que se materializase la ayuda franco-británica) y de los límites infranqueables fijados a esta (el enfrentamiento con el bloque franco-británico y la precipitación de una guerra general). Las escuetas notas manuscritas tomadas por Pascua de su entrevista el 3 de febrero de 1937 reiteran una y otra vez la preocupación estratégica de Stalin, su conciencia de las limitaciones del apoyo militar soviético a la República y su negativa a fomentar una revolución bolchevique en España: «MARXISTAS RUSOS NO FAVORECEN SOVIETS EN ESPAÑA»; «Alem.(ania) Italia actuarían abierta.(mente). Más benevolencia Ingla.(terra) Francia»; «Rusia muy alejada»; «España enorme importancia estratégica y geográfica»; «Porque además soviets en España, la revolución en toda Europa occidental y quizás en toda Europa. Unirían contra ellos fuerzas todos países capitalistas»; «sería estúpido y no razonable la instauración soviets en España»; «continuar. Ayuda pero vuelvo al tema polít.(ico) que es más esencial»; «de nuevo, si es preciso alejarse algo de la

URSS…»; «ojo dificultades transporte!!!»; «comité (de No Intervención) miserable. Nosotros hemos aceptado decisión en tanto otros lo hagan»; «algunas veces creemos que en España se piensa que ayuda se hace por ayuda com.(unistas) esp.(añoles). Enorme idiocia y estrecho espíritu. Ayudamos al estado rep.(ublicano) español»[95]. En el verano de 1937 Pascua trasladaría esas mismas razones con menor esquematismo al presidente Azaña:

> Terminantemente (Stalin), le reitera que aquí (en Moscú) no persiguen ningún propósito político especial. España, según ellos, no está propicia al comunismo, ni preparada para adoptarlo, y menos para imponérselo, ni aunque lo adoptara o se lo impusieran podría durar, rodeado de países de régimen burgués, hostiles. Pretenden impedir, oponiéndose al triunfo de Italia y de Alemania, que el poder o la situación militar de Francia se debilite. […] El Gobierno ruso tiene interés primordial en mantener la paz. Sabe de sobra que la guerra pondría en grave peligro al régimen comunista. Necesitan años todavía para consolidarlo. Incluso en el orden militar están lejos de haber logrado sus propósitos. Escuadra, apenas tienen, y se proponen construirla. La aviación es excelente, según se prueba en España. El ejército de tierra es numeroso, disciplinado y al parecer bien instruido. Pero no bien dotado en todas las clases de material. […] Gran interés en no tropezar con Inglaterra[96].

En todo caso, con independencia de sus razones y condiciones, la respuesta favorable de Stalin a las demandas de ayuda militar transmitidas por Largo Caballero convirtieron a la Unión Soviética en el puntal básico de la resistencia de la República durante toda la guerra. Y solo una vez confirmado ese compromiso militar y diplomático decidió Negrín consultar con el presidente del Gobierno la posibilidad de cambiar París por Moscú como destino principal de las ventas de oro y utilizar los servicios bancarios soviéticos como plataforma principal de operaciones financieras para sostener el esfuerzo bélico. Los sondeos realizados por Negrín ante el embajador Rosenberg y el agregado comercial Stashevsky no habían sido desfavorables en absoluto: «la propuesta (les) cogió tan desprevenidos y de sorpresa que hubieron de hacerse varias consultas a Moscú antes de que aceptaran en principio». No en vano, según el apunte personal de Negrín: «la interpretaron como un tanteo acerca de la posible obtención de créditos antes de constituir una garantía» y «la primera reacción a mi pregunta sobre (si) la banca soviética estaba dispuesta a suministrar divisas, previo

depósito de oro en su Central, lejos de ser franca y favorable, fue más bien cautelosa y reservada»[97].

En consecuencia, el 15 de octubre Largo Caballero remitió con su firma una carta redactada por Negrín en francés y dirigida al embajador Rosenberg. En ella rogaba al gobierno soviético que consintiera en recibir como depósito en el Comisariado del Pueblo para las Finanzas «una cantidad de oro de unas 500 toneladas aproximadamente». Recibida la conformidad de Moscú, dos días después otra nota dirigida a Rosenberg, firmada por Largo Caballero y redactada de nuevo por Negrín («Don Francisco, haciendo uso de sus atribuciones como Jefe del Gobierno, recabó ser él quien firmara el convenio») daba carta de naturaleza oficial al proyecto:

> Con referencia a mi carta de 15 de octubre le ruego tenga a bien comunicar a su gobierno que nos proponemos efectuar —con cargo al oro que su gobierno ha consentido en aceptar como depósito en la Unión Soviética— pagos de ciertos pedidos al extranjero, así como también transferencias en divisas, por mediación del Comisariado del Pueblo para las Finanzas de la Unión Soviética y de los corresponsales del Banco de Estado de esta[98].

Convenida así la operación, Negrín y Largo Caballero ordenaron el comienzo de los preparativos para embarcar el metal en los buques que habrían de transportarlo desde Cartagena hasta Odesa a través del Mediterráneo. Como el secreto era clave y vital para el éxito de la medida (sobre todo para evitar su interceptación por la marina insurgente o sus apoyos navales italo-germanos), se mantuvo una estricta reserva sobre la misma y ni siquiera se dio cuenta de ella al conjunto del consejo de ministros. De todos modos, además de la autorización de Largo Caballero y Negrín, por expreso deseo de este y para realizar la operación con las máximas garantías legales, prestaron su acuerdo a una decisión necesariamente reservada el propio presidente de la República, Azaña, los gobernadores y subgobernadores del Banco de España, los ministros Giral y Prieto y otros dos representantes del poder legislativo y el poder judicial: Luis Fernández Clérigo, vicepresidente de las Cortes, y Mariano Granados, presidente del Tribunal Supremo. Con su aprobación y en su presencia (excepto la de Azaña, que había trasladado su residencia oficial a

Barcelona), el 25 de octubre terminaron las labores de embarque y partieron de Cartagena cuatro navíos soviéticos que transportaban un total de 7800 cajas conteniendo 510 toneladas de oro (tres cuartas partes del total de las reservas)[99].

El cargamento llegó a Crimea sin contratiempo el 2 de noviembre de 1936 y fue recibido oficialmente en Moscú el día 6, estando presente el doctor Marcelino Pascua en las labores de recepción y pesaje. El acta de recepción del envío (redactada en francés) fue firmada conjuntamente por Pascua como embajador de España y, por parte soviética, por G. F. Grinko, comisario del pueblo de Finanzas, y N. N. Krestinski, vicecomisario del pueblo de Asuntos Exteriores (en sustitución de Litvinov, ausente del país). Según su texto, el depósito completo pesaba exactamente 510 079 529,3 gramos de oro (equivalente a 460 514 245 gramos de oro fino) y su valor en dólares (al precio oficial de la onza desde 1934) quedó fijado en 518 202 995 dólares. La cláusula cuarta y última del acta señalaba taxativamente que el depósito era propiedad exclusiva del gobierno republicano y que este podía emplearlo libremente, exportándolo o enajenándolo:

> En el caso de que el Gobierno de la República Española ordenase la exportación del oro recibido en depósito por la URSS, o bien en caso de que dispusiera del mismo de otra manera, la responsabilidad asumida en el presente acta por el Comisariado del Pueblo de Finanzas de la URSS será automáticamente reducida, en todo o en parte, en proporción a las disposiciones del Gobierno de la República Española[100].

Desde entonces y hasta el agotamiento del depósito, las autoridades republicanas firmaron (primero Largo Caballero y Negrín y después este en solitario tras asumir la jefatura de Gobierno) un total de 19 órdenes de venta entre febrero de 1937 y abril de 1938 que reportaron 469,6 millones de dólares al Tesoro republicano. De esa cantidad, el 28% (131,6 millones de dólares) quedaron en la URSS como pago a los suministros enviados a España desde esa procedencia, en tanto que el 72% (338,5 millones de dólares) fueron transferidos a París, a la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord, para satisfacer el pago de compras y servicios requeridos de otros países. Como quiera que el 1 de agosto de 1938 Moscú informara a

Negrín del agotamiento del depósito, desde esa fecha la República tuvo que recurrir a créditos abiertos por el Estado soviético para seguir pagando sus importaciones. El primer crédito de 70 millones se había acordado antes de la extinción del tesoro, en marzo de 1938, y el segundo y último crédito fue aprobado por Stalin en enero de 1939 por 50 millones de dólares. A esa línea crediticia se sumaría desde enero de 1938 la venta de las reservas de plata del Banco de España a la Reserva Federal (el banco central) de Estados Unidos: un total de 1225 toneladas de plata en lingotes que generaron 15 millones de dólares. Con esas enajenaciones de plata, sumadas a las del oro, y con algunos otros recursos obtenidos por la Caja de Reparaciones y otras vías, se financió el esfuerzo bélico de la República. En conjunto, las autoridades republicanas fueron capaces de generar un volumen de 744 millones de dólares que habría de ser el coste financiero de su resistencia militar en la guerra civil (una cifra muy cercana al gasto del bando enemigo con el mismo fin y mediante el recurso al crédito italo-germano: entre 697 y 716 millones de dólares)[101].

En definitiva, al margen de la maraña de críticas y deformaciones interesadas provocadas por la decisión de movilizar el oro (y la plata), en París y en Moscú (y en Washington) resulta evidente que esas medidas dictadas por Negrín fueron decisivas y posibilitaron la supervivencia económica y financiera de la República en un contexto internacional claramente adverso sino hostil. Sin el recurso a la venta de las reservas auríferas (y argentíferas) y su conversión en divisas e instrumentos de pago exteriores, no habría habido posibilidad alguna de resistencia militar y financiera. Exactamente lo mismo habían hecho las autoridades de Francia y Gran Bretaña durante la Gran Guerra de 1914-1918 en previsión de una invasión alemana y así volverían a repetirlo durante la Segunda Guerra Mundial. Las tropas nazis que ocuparon París en mayo de 1940 no encontraron oro en el Banco de Francia porque este se había puesto a buen recaudo en Canadá, las colonias norteafricanas y la Indochina francesa. Previamente, tampoco habían encontrado oro en el Banco Nacional de Polonia porque las autoridades polacas, mucho antes de su derrota, habían tomado la precaución de sacarlo del país en un peligroso viaje vía Rumanía, Turquía y Líbano, con destino al África francesa. También Noruega,

Dinamarca, Letonia y Lituania habían adoptado similares medidas cautelares (en su caso, trasladándolo a Londres) y pudieron evitar que sus reservas de oro cayeran en poder del Tercer Reich cuando este invadió esos países[102].

Como permite comprobar la documentación custodiada en el Banco de España (el llamado «Dossier Negrín», entregado por los herederos de Negrín tras su muerte en noviembre de 1956), no cabe duda de que las reservas se gastaron en su totalidad en compras de material bélico y pagos por servicios diversos (importaciones de alimentos, carburante, material sanitario, fletes y seguros mercantes y comisiones de soborno a agentes extranjeros para facilitar el contrabando y orillar los controles de No Intervención). El economista Juan Sardá, ya en 1970 y en plena vigencia del régimen de Franco, así lo había confirmado en una publicación oficial: «El tesoro español entregado a la URSS fue efectivamente gastado en su totalidad por el Gobierno de la República durante la guerra»[103]. Y más recientemente, Martín Aceña ha llegado a una conclusión análogamente destructiva del mito franquista del «oro español robado por Moscú»:

> En resumen podemos afirmar: *a*) en Rusia no queda oro español; *b*) los rusos hicieron bien las cuentas y no parece que estafaran a sus socios de la península Ibérica; *c*) no engañaron, pero cobraron por todos los servicios; nada les salió gratis a los responsables del Tesoro español; y *d*) el oro se vendió en Moscú, pero solo una parte se gastó en la Unión Soviética, pues millones de dólares se transfirieron a París[104].

En efecto, la República pagó en efectivo y sin rebaja alguna su utilización de la red bancaria soviética. Tampoco hubo generosidad especial por parte de la Unión Soviética a la hora de cobrar sus envíos militares a la República. Porque, si bien el Gosbank (banco central soviético) compró el oro español «al precio de mercado» y sin sobretasa, el Comisariado de Defensa cobró las armas remitidas a España a «precios arbitrarios a tipos de cambio irreales»: «las facturas que pagó la República están sobrecargadas entre un 25 y un 30%», según el estudio de Gerald Howson[105]. Aunque también es cierto que ese fraude contable resultó en parte compensado por los préstamos concedidos tras la desaparición del oro e irrecuperados en

virtud de la derrota. El resultado final fue que «Moscú no sacó ningún beneficio económico de la guerra civil española»[106].

En todo caso, como ha indicado Martín Aceña, «las cuentas soviéticas están claras; las de Negrín también»[107]. El titular de la cartera de Hacienda pudo enorgullecerse legítimamente de que la República no perdiera la guerra por falta de recursos financieros y de que sus generales y estrategas nunca acusaran a la Hacienda de sus derrotas militares y sus penurias logísticas. Como anotaría Mariano Ansó posteriormente: «la guerra acabó al cabo de tres años, no por falta de disponibilidades económicas, sino por reveses militares imputables a otras causas»[108]. Así se lo recordaría Negrín a su correligionario, Prieto, apenas terminado el conflicto y al comienzo de la amarga polémica que fracturaría al exilio por la búsqueda de las respectivas responsabilidades en la tragedia final:

> Con mis colaboradores, desde Hacienda primero y luego desde Hacienda y Economía, se consiguió el milagro, sí, señor, el milagro, de sostener casi tres años una guerra de tipo moderno con dispendios enormes, en una atmósfera de dilapidación y desorden y con un desbarajuste y desorganización de la economía que se tiembla al recordarla.
>
> Los recursos del Estado en divisas o materia convertible debe usted conocerlos de cuando regentó la Hacienda (Prieto había sido titular de esa cartera en el gobierno provisional de 1931) y son, por lo demás, públicos. Durante treinta y dos meses se ha resistido financiera y económicamente con ellos, a pesar de todas las dificultades opuestas por la Banca extranjera y todos los litigios y embargos. Sin un solo empréstito, ni interior ni exterior [afirmación inexacta: hubo dos créditos soviéticos], y con una inflación tan escasa que nuestra emisión solo aumentó en menos de 150% (incluidos los bonos del Tesoro).
>
> Hubo que alimentar la España en la zona menos productiva y con un rendimiento reducido y que comprar materias primas y material bélico. Hubo, en fin, que sostener una guerra del género de las grandes guerras. […]
>
> ¿Se percata de la desmesurada magnitud de los problemas que hubo que resolver? Fue ministro de Hacienda ¿y no se asombra? […]
>
> Le voy a revelar el secreto del éxito: empleo juicioso y disciplinado de las competencias técnicas, por usted tantas veces injustamente zaheridas; mucho estudio; algún ingenio; suma discreción y sangre fría con pródiga medida[109].

La remisión de las reservas de oro a Moscú tuvo lugar cuando el Ministerio de Hacienda estaba a punto de trasladar todos sus servicios (incluyendo el Banco de España) a la ciudad de Valencia. El gobierno había acordado el traslado apenas incorporados al mismo los cuatro nuevos ministros cenetistas y en previsión del éxito de la cercana ofensiva frontal del

enemigo contra la capital. La insólita incorporación del movimiento anarcosindicalista al ejecutivo, así como su aceptación del traslado, reflejaba tanto la gravedad de la situación como la falta de estrategia autónoma por parte de la CNT-FAI y su renuncia implícita a sus postulados antipolíticos y revolucionarios. Como señalaría poco después un dirigente libertario:

> ¿Hay que hacer la revolución antes de hacer la guerra, o hay que hacer la guerra antes de poder hacer la revolución? Las dos fórmulas son abstracciones que no tienen nada que ver con la realidad… Si se pierde la guerra se pierde todo, y para medio siglo o más tiempo ya no habrá ninguna discusión más sobre el problema de la revolución[110].

No era para menos esa decisión cenetista. Al comenzar el mes de noviembre de 1936, las tropas de Franco, que habían avanzado victoriosas y sin apenas oposición por Andalucía, Extremadura y todo el valle del Tajo, se hallaban situadas a las mismas puertas de Madrid y listas para emprender el asalto final. Las milicias, aquel soñado «pueblo en armas» invicto, habían sido incapaces de detener su fulgurante marcha desde Sevilla y tampoco habían podido recuperar la «capital confederal» (Zaragoza). En esas circunstancias, el 6 de noviembre Largo Caballero decidió el traslado del gobierno a Valencia y dejó Madrid al cuidado de una Junta de Defensa presidida por el general José Miaja y por un Estado Mayor cuya jefatura ostentaba el teniente coronel Vicente Rojo. La evacuación ministerial fue un acto prudente y realizado bajo «absoluta reserva», pero también lesivo para la autoridad gubernamental y para el prestigio del propio Largo Caballero. Los cuatro ministros cenetistas y los dos comunistas se opusieron a la medida pero tuvieron que aceptar la decisión por imperativo de solidaridad gubernamental. Algunas comitivas ministeriales incluso tuvieron que pasar por el trago de ser retenidos por patrullas milicianas en la carretera hacia Valencia y escuchar acusaciones de abandono y traición. No fue ese el caso de Negrín, que probablemente se trasladó en el avión fletado por Prieto en su condición de ministro de Marina y Aire[111].

Franco había planeado un asalto directo a la capital desde los flancos oeste y sudoeste de la ciudad, confiado en la ya probada debilidad combativa de las milicias. Y descartó por eso los nuevos elementos que

modificaban la situación militar: el desgaste de sus propias tropas tras una larga marcha; la falta de reservas humanas y materiales en caso de combate prolongado; el incipiente éxito de la militarización de las milicias operadas por el nuevo gobierno republicano; su mejor adaptabilidad a la lucha en campo urbano; y, por último, la llegada del vital armamento soviético (los tanques habían entrado en acción el 29 de octubre) y de los primeros contingentes de las Brigadas Internacionales. En esas circunstancias, el 8 de noviembre de 1936 comenzó el asalto a Madrid y, contra lo esperado, la acometividad de legionarios y regulares marroquíes no fue suficiente para derrumbar las líneas enemigas. Casi al mismo tiempo, los hasta entonces irresistibles bombardeos de la aviación italo-germana sobre el frente y núcleo urbano chocaron con la barrera defensiva desplegada por la nueva aviación soviética. Tras sangrientos combates en la zona de la Ciudad Universitaria, que virtualmente destruyó el preciado trabajo constructivo de Negrín, el 23 de noviembre Franco decidió la suspensión del ataque. La capital quedaba asediada por sus lindes occidentales y sureños, pero no había sido conquistada y se había revelado como la primera trinchera efectiva el avance enemigo.

La primera fase de lo que empezaba a ser «la batalla de Madrid» era un triunfo defensivo de la República[112]. Y constituyó toda una lección para los dirigentes políticos y sindicales republicanos: al enemigo solo podía contenérsele oponiéndole un Ejército disciplinado, con mandos profesionales jerarquizados y regulares y tropas obedientes y respetuosas de las órdenes superiores. Es bien significativo de ese duro aprendizaje el episodio de la entrevista entre el coronel Rojo y el líder miliciano anarquista y albañil, Cipriano Mera. Este, que llegaría a ostentar el grado de teniente coronel (único caso, con el comunista Enrique Líster), se presentó ante el oficial y le planteó:

> Vengo a que me haga algo, a que me dé un grado cualquiera. Hágame sargento. Póngame unos galones, una estrella; quiero mandar como mandan los militares; mandar y que me obedezcan, así, a rajatabla[113].

La disposición militarista no sería percibida con igual intensidad por otras milicias confederales desplegadas en frentes más tranquilos donde no se

había experimentado aún el zarpazo de la «guerra total» declarada por el enemigo. Pero la tendencia era imparable y se nutría de la experiencia de la derrota, de los relatos de los huidos de territorio conquistado por el enemigo y del pavor ante un desplome general de la resistencia. En todo caso, la defensa victoriosa de la capital significaba el fin de la expectativa de una guerra breve y la certeza de que la contienda iba a ser más larga y duradera.

En Valencia, la sede oficial del Ministerio de Hacienda se instaló en un edificio situado frente a la Capitanía General, convertida ella misma en sede de la Presidencia del Gobierno. Al principio, Negrín instaló su domicilio particular my cerca de su centro de trabajo oficial, en una placita cercana al Hotel Ripalda y dentro del casco urbano central. Sin embargo, poco después decidió trasladarlo a una casa de campo habilitada en la villa de Náquera, un pequeño pueblo situado al norte de Valencia, a menos de media hora de viaje de la nueva capital de la República. La ventaja principal de dicha residencia radicaba en su lejanía del tumulto urbano y en su correlativa tranquilidad campestre, que permitiría descansar a su activo inquilino con mayor comodidad que el piso valenciano. No en vano, como recordaría el escritor Esteban Salazar Chapela en su crónica *En aquella Valencia*, el sosiego de la nueva capital republicana, que contaban entonces con unos 320 000 habitantes, quedaría profundamente alterado por el desembarco de la administración estatal y su masiva cohorte de funcionarios, refugiados y población infantil trasladada de los frentes de combate. Sin contar con el impacto desarticulador que tendrían los reiterados ataques y bombardeos efectuados por la aviación y la marina franquista, que comenzaron su escalada con el bombardeo del puerto en la noche del 13 de enero de 1937[114]. Fruto de esas ventajas, Náquera seguiría siendo la residencia particular de Negrín una vez asumida la jefatura del gobierno, ya habituado al descanso campestre y a la costumbre de comer y cenar en el amplio porche cubierto por una gran parra y rodeado de altos árboles que constituía uno de los activos de la villa campestre[115]. En todo caso, desde ambas sedes oficial y particular proseguiría Negrín su gestión al frente de las finanzas republicanas, que constituía una faceta clave de la reconstrucción de las estructuras estatales operada durante el gobierno de Largo Caballero

en la más adversa de las coyunturas bélicas y en medio de grandes tensiones internas entre las fuerzas revolucionarias y las reformistas.

La vida cotidiana de Negrín en Valencia no registró cambios especiales respecto a su rutina madrileña. Feli, al igual que Elías Delgado, le acompañaron en el traslado y siguieron haciéndose cargo con la discreción y eficacia de siempre de sus necesidades particulares en Valencia y en Náquera. Ambos se ocuparon además de una tarea tan laboriosa como preciada para Negrín: el traslado de la enorme y rica biblioteca desde los domicilios y laboratorios de Madrid a la villa de Náquera (el único lugar que por sus dimensiones podría albergarla). Fue una operación compleja porque la mencionada biblioteca se había convertido con el paso de los años en una colección de primerísima categoría cultural (y de considerable valor económico). No en vano, contaba con varios incunables (como la *Compendiosa Historia Hispanica* de Rodericus Zamorensis, impresa en Roma en 1470, y dos ejemplares de la *Bula de indulgencias de la Santa Cruzada del Papa Inocencio III*, impresos ambos en Toledo en 1483 y 1495), algunas obras antiguas muy cotizadas (como una primera edición de la segunda parte del *Quijote* de Cervantes de 1605, amén de otras ediciones de la misma obra completa de los años 1611, 1617 y 1647; o un ejemplar de la *Utopía* de Tomás Moro del año 1563), primeras ediciones de obras cumbres (como la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alambert, publicada en París en 17 volúmenes entre 1751 y 1772; los dos volúmenes del *Dictionary of the English Language* de Samuel Johnson, de 1755; los dos volúmenes del *Traité élémentaire de chimie* de A. I. Lavoisier, de 1789; o el libro de J. W. Goethe, *West-oestlicher Divan*, impreso en Stuttgart en 1819), algunas colecciones reputadas (los 23 volúmenes del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, de 1887-1899; los 14 volúmenes de la *Cambridge History of English Literature*, de 1907-1916; los 56 volúmenes de la colección *Clásicos castellanos*) y numerosas piezas de interés cultural general (como los 36 volúmenes de las obras completas en alemán de Goethe, impresas en Stuttgart entre 1866 y 1868; los 5 volúmenes de *Opera Omnia* de *sir* Isaac Newton, editados entre 1779 y 1785; y los 6 volúmenes de obras de Molière publicados en París entre 1791 y 1794). Eso sin contar los libros puramente médicos y fisiológicos, que habían sido el orgullo del

Laboratorio de la Residencia de Estudiantes y seguirían los pasos de Negrín hasta su mismo fallecimiento: los trece volúmenes del *Zeitschrift für Biochemie und Biophysik* (publicados en Leipzig entre 1903 y 1912); los catorce volúmenes del *Biochemisches Handlexikon* (publicados en Berlín entre 1911 y 1933); los cuatro volúmenes del *Byophysikalisches Centralblatt* (editados en Leipzig entre 1905 y 1910); los 40 volúmenes de *Ergenbisse der Physiologie* (impresos en Wiesbaden y en Múnich entre 1902 y 1932); o los 17 volúmenes de *Physiological Abstracts* (correspondientes a los años 1917-1933)[116].

Mientras residió en Valencia, como proseguía con su costumbre de despachar los asuntos oficiales durante horas y horas de oficina, Negrín empezó aprovechar la cercanía del mar para relajarse y, a menudo, para almorzar «la clásica paella en uno de los restaurantes de la (playa de la) Malvarrosa». Según su amigo Mariano Ansó, también tomó la costumbre de dar «paseos nocturnos por la ciudad» para «estirar las piernas» y para conversar y contrastar opiniones con sus ocasionales compañeros de paseo. En una de esas escapadas, antes de finalizar el año 1936, pudo comprobar en persona el todavía insuficiente grado de control del orden público asumido por el gobierno en su propia capital. Ansó relató aquel episodio que probablemente hizo recordar a Negrín los peores días del verano madrileño y sus «paseos» represivos:

> Aquella noche, tras la sobria cena y una breve tertulia general de sobremesa, Negrín me cogió del brazo y me llevó de paseo por las calles oscuras de Valencia. Íbamos caminando casi a tentones, sin escolta ni protección de ningún género. De repente, oímos los gritos de un hombre en la gran avenida donde está situada la plaza de toros. Nos dimos cuenta de dónde venían gracias a la luz que arrojaba sobre la calle una puerta abierta y distinguimos un grupo de fusileros que empujaban violentamente a un hombre inerme. Se trataba de un registro y una detención en plena noche. Negrín echó a correr hacia el grupo y yo naturalmente le seguí. Tocado con su sombrero flexible —probablemente el único que quedaba en Valencia— interpeló con energía a los de los fusiles, que quedaron paralizados.
>
> —¿Quiénes son ustedes y adónde llevan a ese hombre? (Negrín no tuteaba jamás a nadie, y menos a los de inferior condición).
>
> Los aludidos se consultaban con la mirada y no sabían qué contestar. Finalmente, el que hacía funciones de jefe intentó una torpe explicación, deslizando la palabra «fascista» referida al detenido.
>
> —¿Quién ha dado la orden de detención a estas horas? Quiero verla. Soy el ministro de Hacienda; sigan ustedes adelante, camino del Ministerio de Hacienda; allí lo aclararemos

todo.

En esto pasó un coche de policía que yo hice parar. Los de los fusiles se esfumaron en las sombras de la noche y nosotros y el presunto detenido fuimos conducidos al Ministerio de Hacienda. Se trataba de un inofensivo sastre, amigo del jefe valenciano de la CEDA, señor Lucia. El infeliz no sabía cómo mostrar su gratitud a Negrín y este, como precaución, le invitó a pasar la noche en el Ministerio[117].

Otra noche y durante otro paseo, Ansó percibió en Negrín una «intensa preocupación». Cuando hubieron despedido al resto de compañeros de paseo y tertulia, le preguntó la causa de su inocultable tribulación. Negrín respondió: «¡Han fusilado a José Antonio Primo de Rivera!». En efecto, aquel 20 de noviembre de 1936 el líder falangista había sido ejecutado en la cárcel de Alicante después de haber sido sentenciado a la pena de muerte y antes de que el consejo de ministros hubiera podido darse por «enterado» y discutido su posible conmutación. Negrín estaba apenado «por motivos de humanidad» y porque lo «consideraba un error de gobierno inexplicable». En el consejo de ministros, su voz y la de Prieto se habían alzado para pedir una intervención urgente que evitara el desenlace final. Pero, según Negrín: «Ha predominado un criterio de estúpida dureza, complicada con un sentimiento de miedo a las reacciones del extremismo». Era una reacción comprensible porque Negrín, en varios de sus viajes a París, había favorecido las gestiones de Prieto destinadas a conseguir el canje de José Antonio por el hijo mayor de Largo Caballero, un soldado de regimiento en El Pardo que había sido hecho prisionero por sus jefes sublevados en julio de 1936. El fusilamiento daba al traste con aquella posibilidad y también suponía, por su impacto mediático e internacional, una «gran derrota moral» para la credibilidad de la causa republicana[118].

Las amarguras generadas por aquellos incidentes, reveladores de la insuficiente capacidad gubernativa para controlar su retaguardia, a duras penas quedaron eclipsadas por las buenas noticias procedentes del frente madrileño. Durante todo el mes de noviembre y diciembre de 1936, Negrín siguió con mucha atención los éxitos defensivos cosechados por la Junta de Defensa y, sobre todo, por su principal estratega y revelación militar: el teniente coronel Rojo. Aunque no le había conocido en persona, Negrín pronto supo de su fama como militar profesional disciplinado y eficaz. Y se formó un juicio inmejorable sobre sus capacidades y destinos: «parece que

es un gran estratega y un organizador. ¡El tipo de militar ideal para hacer de él el pivote de un nuevo Ejército español!». Era un juicio premonitorio de lo que habría de ser Rojo para Negrín en el futuro. Y contrastaba con las dudas que abrigaba sobre la capacidad estratégica de Largo Caballero y su principal asesor militar por entonces, el general Asensio Torrado, subsecretario del Ministerio de la Guerra. Eran dudas que no se limitaban ya a la política de guerra del jefe del gobierno. Como le confesó a Ansó, Negrín, al igual que muchos otros dirigentes republicanos, empezaban a creer que Largo Caballero, por su trayectoria pasada y sus limitaciones administrativas, podía no ser la figura idónea para encarnar el esfuerzo bélico y los fines de guerra de la República:

> Tengo la impresión de que intenta corregir sus errores iniciales por haber comprendido tarde que la salvación de la República no puede venir más que por el robustecimiento del poder estatal, conjugado hábilmente con los pocos factores internacionales que tenemos en la mano. El primero de ellos, nos guste o no, es Rusia, con sus aportaciones guerreras, y el comunismo con sus tendencias autoritarias de orden[119].

En todo caso, a pesar de esas tensiones larvadas en la coalición gubernamental, a finales de 1936, había motivos para el optimismo en las filas republicanas. El gabinete frentepopulista no solo había conseguido la vital y oportuna ayuda militar y financiera soviética sino que había logrado convertir las heterogéneas milicias en el embrión de un nuevo ejército regular que se curtió con éxito en las batallas defensivas en torno a Madrid. De hecho, la victoria defensiva cosechada ante el asalto frontal a la capital se revalidaría en meses sucesivos en idénticas victorias frente a las ofensivas envolventes de asedio indirecto desplegadas por el enemigo: batalla de la carretera de La Coruña (enero de 1937), batalla del Jarama (febrero de 1937) y batalla de Guadalajara (marzo de 1937). También es cierto que esas victorias defensivas habían consumado la plena internacionalización del conflicto español. El 18 de noviembre de 1936 Alemania e Italia reconocieron a la administración de Franco como gobierno *de iure* de España. De inmediato procedieron a enviarle auténticos cuerpos militares expedicionarios: la Legión Cóndor germana (una unidad aérea y artillera que llegaría a contar con 19 000 soldados durante todo el

conflicto) y el italiano Corpo di Truppe Volontarie (que incluyó en conjunto un total de 79 000 soldados hasta el final de la contienda). Ese apoyo humano y material sería complementado por un respaldo financiero igualmente crucial: carente de reservas de oro, Franco financió su esfuerzo bélico con créditos italianos (un máximo de 456 millones de dólares) y alemanes (aproximadamente 245 millones de dólares)[120].

Provisto de ese apoyo vital italo-germano, y consciente de las dificultades del asalto a Madrid, en abril de 1937 Franco dio un giro crucial a su estrategia bélica y decidió renunciar a la conquista de la capital para emprender la ocupación de la aislada bolsa norteña con la ofensiva sobre Vizcaya. Optaba así por librar una guerra de desgaste y agotamiento en el frente norteño con el objetivo de derrotar gradualmente al enemigo mediante el quebrantamiento de su capacidad de resistencia gracias a una neta superioridad material y logística[121]. Era lo que Juan Benet llamó en su día la «táctica del carnero» en el contexto de la «guerra total»: embestir de frente contra un enemigo inferiormente dotado para derribarle y desangrarle en cada acometida. Repetía así una estrategia de desgaste conocida, bien experimentada durante la Gran Guerra y claramente formulada en sus postulados por el general Sheridan ya en 1870 sobre la base de su experiencia en la campaña de Georgia:

> La estrategia adecuada consiste en infligir golpes tan cruciales como sea posible al ejército enemigo y después en causar tanto sufrimiento a la población civil que esta tan solo aspire a la paz a todo precio y así presione a su gobierno para demandarla[122].

Fue un cambio de estrategia que sus valedores italianos y alemanes no siempre apreciaron ni comprendieron por los graves costes y riesgos implícitos para ellos, suscitando en Roma y Berlín dudas sobre la competencia militar de Franco. Pero el Caudillo español no actuaba bajo meras consideraciones militares ni perseguía una victoria rápida al estilo *blitzkrieg* (guerra relámpago) o *guerra celere* (guerra rápida), como pretendían los estrategas y gobernantes germanos e italianos. Su pretensión era mucho más amplia y profunda: aprovechar las operaciones bélicas para proceder a la extirpación física y total de un enemigo considerado como la

anti-España. En palabras propias de Franco en febrero de 1937 al jefe del contingente de fuerzas militares italianas que servía a sus órdenes:

> En una guerra civil, es preferible una ocupación sistemática de territorio, acompañada por una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje el país aún infestado de adversarios[123].

Apenas dos meses después, ante la insistencia de Mussolini sobre la necesidad de apurar el tiempo y agilizar las operaciones, Franco volvió a repetir al embajador fascista las razones de su nueva estrategia militar supeditada a un fin político de «limpieza» y «redención» de enemigos y desafectos:

> Debemos realizar la tarea, necesariamente lenta, de redención y pacificación, sin la cual la ocupación militar sería totalmente inútil. La redención moral de las zonas ocupadas será larga y difícil, porque en España las raíces del anarquismo son antiguas y profundas. […] Me limito a ofensivas parciales con éxito seguro. Ocuparé España ciudad a ciudad, pueblo a pueblo, ferrocarril a ferrocarril… Nada me hará abandonar este programa gradual. Me dará menos gloria, pero mayor paz en el territorio. Llegado el caso, esta guerra civil podría continuar aún otro año o dos, quizá tres. Querido embajador, puedo asegurarle que no tengo interés en el territorio, sino en los habitantes. La reconquista del territorio es el medio, la redención de los habitantes, el fin. […] No puedo acortar la guerra ni siquiera un día… Podría ser incluso peligroso para mí llegar a Madrid mediante una compleja operación militar. No tomaré la capital ni siquiera una hora antes de lo necesario: primero debo tener la certeza de poder fundar un nuevo régimen[124].

Ese giro estratégico franquista impuso a los republicanos la necesidad de afrontar el desafío de una «guerra total» que ya no era la fiesta popular revolucionaria, antimilitarista y antiestatista soñada por anarquistas y socialistas de izquierda. Y ese mismo desafío acabó por desvanecer el sueño de quienes habían considerado posible hacer la revolución al mismo tiempo que se libraba la guerra, reforzando las filas de quienes reclamaban la necesidad de restaurar las bases socio-económicas de la República democrática como precondición para la resistencia y la posible victoria militar. De hecho, la nueva etapa bélica abierta tras la lucha en torno a Madrid contribuyó a acentuar las múltiples tensiones en el seno del gabinete frentepopulista y en la retaguardia republicana.

La principal línea de tensión enfrentó rápidamente a los dos grandes movimientos sindicales hasta entonces hegemónicos, el anarcosindicalismo y el ugetismo largocaballerista, con un partido recién llegado a la condición de organización de masas: el PCE. Avalado por su demostrada disciplina orgánica, por el éxito de su política militar (demanda de Ejército regular y mando militar único) y por el prestigio derivado de su asociación con la Unión Soviética (única fuente de ayuda militar de la asediada República), el movimiento comunista había pasado de unos 50 000 afiliados en vísperas de la guerra a incorporar a casi 250 000 un año después (sin contar con los afiliados a su organización catalana, el Partit Socialista Unificat de Catalunya, PSUC, y a las juventudes socialistas unificadas, JSU, que duplicarían esa cifra)[125].

Ese crecimiento, no experimentado por ningún otro grupo republicano, no solo le permitió rivalizar con los grandes sindicatos sino que le convirtió en un elemento central del espectro político republicano. No en vano, el fulgurante ascenso comunista contrastaba vivamente con la persistente y debilitadora división socialista, con el desconcierto y parálisis anarquista y con el letargo de los fragmentados y minoritarios partidos republicanos. Por si fuera poco, su politica militar y su preocupación por el mantenimiento del orden público y la pequeña propiedad le granjearon inicialmente la simpatía abierta de amplios sectores de clases medias y de los militares profesionales. Para aquellos, era el partido que quería y podía poner coto a los experimentos revolucionarios y a las colectivizaciones forzadas. Como recordaría un dirigente cenetista con amargura: «El comunismo se convirtió […] en el receptáculo de las reivindicaciones de la pequeña burguesía, de los pequeños artesanos y comerciantes, y muy especialmente de los pequeños propietarios del campo»[126]. Para los militares, representados por el general Miaja, la simpatía derivaba del simple y sencillo hecho de que «los comunistas eran eficientes y disciplinados», como exigía la guerra en curso[127].

El innegable éxito del PCE transformó el escenario socio-político de la retaguardia republicana porque su convergencia de intereses (que no identidad de propósitos) con los grupos reformistas del prietismo, del republicanismo y de los militares profesionales leales supuso un creciente

contrapeso al poder efectivo de los partidarios de la revolución social (la CNT-FAI y el POUM) o del precario *statu quo* imperante (el ugetismo largocaballerista). Ya antes de lograr la incorporación de la CNT-FAI al gobierno frentepopulista, Largo Caballero había reprochado amargamente a la dirección comunista su agresivo proselitismo (la JSU había pasado de manos de la izquierda socialista a la órbita del PCE) y su moderación filorreformista y antirrevolucionaria:

> Estáis más cerca de Prieto que de mí, habéis hecho una maniobra con la izquierda socialista. Los comunistas estáis convirtiéndoos en un gran partido, crecéis a costa nuestra. Esto prueba que hacéis una política contraria a la nuestra. […] Vais a la cola de la burguesía. ¿Qué es eso de sostener un gobierno de republicanos de izquierda[128]?

Era la respuesta de Largo Caballero a las demandas comunistas de moderación, freno revolucionario y respeto a la democracia burguesa, que no dejaron de prodigarle desde el comienzo de la insurrección y hasta el envío (hecho sin precedentes) de una carta personal de Stalin al dirigente español en diciembre de 1936. A finales de agosto, antes de la caída del gabinete Giral, la Comintern había dado las instrucciones correspondientes al PCE:

> Nuestra delegación debe explicar a Largo Caballero, a los jefes de la CNT y de la FAI que es imposible realizar medidas de orden socialista, y menos de orden comunista (supresión del dinero, igualdad de salario, etc.) si no se conduce hasta el fondo la revolución democrática y si no se aplasta la contrarrevolución fascista. Las medidas de orden socialista prematuras encogerán la base social de la revolución y conducirán a la derrota; ellas serán un pretexto para la intervención extranjera simultáneamente a la capitulación del gobierno francés. Es imposible realizar desde ahora en España medidas que el poder soviético realiza en la URSS después de quince años de inmensos esfuerzos[129].

La hostilidad del jefe del gobierno hacia el PCE se agravó en los meses sucesivos, al igual que el antagonismo entre dicho partido y la CNT-FAI. Aunque ninguna de esas tensiones alcanzó el grado de violencia generado por la oposición entre el PCE y el semitrotskista POUM. Desde diciembre de 1936, a la par que en Moscú se iniciaban las grandes purgas políticas y militares de traidores y espías «trotskistas», el movimiento comunista español inició su campaña para «liquidar» políticamente al POUM como

«un agente del fascismo en el seno de la clase obrera»[130]. Era la primera señal preocupante en la impecable estrategia política formulada por la Comintern y ejecutada por el PCE durante los primeros meses de la guerra civil. No en vano, desde entonces, la política de defensa de la democracia parlamentaria y respeto a la economía capitalista se fue conjugando en la estrategia comunista con la lógica stalinista de destrucción implacable del enemigo político y satelización de los aliados coyunturales. El propósito último, consagrado ya oficialmente en marzo de 1937 por José Díaz, secretario general del PCE, sería un objetivo político ya no enteramente conciliable con los intereses y objetivos del resto de los grupos reformistas: la implantación de «una República democrática y parlamentaria de un nuevo tipo y de un profundo contenido social. […] No, la República democrática por la que nosotros luchamos es otra». Por eso mismo, otra dirigente comunista, Dolores Ibárruri, Pasionaria, podría replicar a las denuncias anarquistas y largocaballeristas con pleno aplomo: «Hacemos la guerra, y hacemos también la revolución. Para consolidar esta tenemos que ganar aquella»[131].

Esa prefiguración de lo que serían las «democracias populares» del Este europeo después de 1945 exigiría «destruir las bases materiales sobre las que se asientan la reacción y el fascismo», así como el control comunista de los instrumentos coactivos del Estado (sus fuerzas militares y policiales). En ese camino hacia la hegemonía política, el PCE se enfrentaría con creciente éxito a sus desorientados adversarios revolucionarios, sin reparar en medios y costes, incluyendo el apoyo logístico a las operaciones encubiertas de la NKVD contra enemigos políticos, cuyo exponente más relevante sería el secuestro y asesinato de Andrés Nin, líder del POUM, en junio de 1937. Pero esa misma dinámica agresiva y totalitaria acabaría devolviendo a sus enemigos las fuerzas perdidas por su fracaso inicial (esta vez bajo la bandera del anticomunismo) y también generaría un profundo recelo y desconfianza en el resto de las fuerzas políticas republicanas, muy críticas de los métodos expeditivos utilizados por el PCE y muy reacias a tolerar su infiltración hegemónica en las filas militares y policiales. Sin embargo, por otro lado, todos ellos eran conscientes de que el concurso comunista era indispensable para proseguir la guerra porque su fuerza

numérica y su disciplina orgánica así lo imponían, sin contar con el hecho de que la Unión Soviética fuera el mayor apoyo logístico, militar y financiero de una República asediada que luchaba por la mera supervivencia. El auge, estabilización y posterior retroceso que sufriría el PCE durante la guerra civil estaría enmarcado por el surgimiento de esa oposición a sus pretensiones hegemónicas que contradecían su sincero compromiso democrático. Como han escrito al respecto Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo:

> No hay que dudar de la voluntad pragmática de Stalin de atenerse rigurosamente a la defensa de la democracia republicana y a la convivencia entre las organizaciones obreras antifascistas. Pero la puesta en práctica de esa política armonista y unitaria no podía librarse de los mecanismos puestos en marcha por la Comintern desde 1935 para lograr que el PCE absorbiera cuanto de válido existía en las organizaciones socialistas. Los dos objetivos no podían ser alcanzados al mismo tiempo y las contradicciones internas del movimiento socialista favorecían esa empresa de proselitismo. El balance en todo caso distó de ser positivo, en cuanto a la pretensión de aglutinar a socialistas, comunistas y anarquistas en la acción de defensa de la República. Bien al contrario, conforme discurre la guerra, las actuaciones del PCE van traduciéndose en una cascada de defecciones de los anteriores aliados hasta el aislamiento final[132].

Negrín se vio involucrado en la primera línea de esas tensiones que fracturaban el gobierno frentepopulista presidido por Largo Caballero en razón de su cargo ministerial y de su militancia en la facción prietista del PSOE. Como ministro de Hacienda, sus principales conflictos tuvieron como eje la defensa por parte de la CNT-FAI de sus «conquistas revolucionarias» en dos ámbitos cruciales: el control de las fronteras, sobre todo en Cataluña (único punto de tránsito terrestre del comercio exterior y de las vitales importaciones bélicas); y la actividad de las empresas colectivizadas y bajo control sindical, en especial CLUEA (Consejo Levantino Unificado de la Exportación Agrícola), el organismo creado para la compra, embalaje y exportación de la valiosa cosecha de naranjas. Ambas actividades, que generaban grandes sumas de divisas y afectaban a la eficacia de las aduanas nacionales, suscitaban una profunda aversión en Negrín y su equipo ministerial porque escapaban al control estatal y detraían de la hacienda pública unos recursos valiosos y muy necesarios para la financiación del esfuerzo bélico. No en vano, la propia marcha

adversa de la guerra y sus demandas sobre el Estado habían acentuado en Negrín sus convicciones socialdemócratas sobre la importancia crucial del papel estatal en la dirección de la economía y en la modernización socio-política del país.

Las consecuentes discusiones entre Negrín y sus colegas de gabinete anarquistas, sobre todo Juan Peiró (Industria) y Juan López (Comercio), fueron una constante fuente de tensiones en el consejo de ministros. En esencia, Negrín, «un socialista de derechas» (según su colega de Comercio), quiso «mantener el *statu quo* de la estructuración capitalista» de la economía y se opuso con todas sus fuerzas a las medidas propuestas por López y Peiró para extender la colectivización de industrias (proyecto de decreto de 22 de febrero de 1937) y otras medidas revolucionarias (como la incautación y entrega a los mineros de las minas de sales potásicas de Cataluña)[133]. Por aquellas fechas, según informaría a Moscú el agregado comercial Stashevsky, «tampoco Prieto era capaz de hablar con calma sobre los anarquistas»[134]. Unas notas manuscritas tomadas por Pablo de Azcárate en junio de 1937 dan cuenta de la intensidad de las discusiones entre Negrín y sus compañeros de gabinete anarquistas. El entonces ministro de Hacienda confesaría al embajador republicano en Londres las «causas y orígenes de la crisis» ministerial que acabaría con el gobierno de Largo Caballero con las siguientes observaciones sobre su participación en la misma:

> Política económica.
>
> Incompatibilidad entre Hacienda y los otros departamentos relacionados con la Economía.
>
> Colectivización en Cataluña.
>
> Política de Hacienda y Comercio:
>
> Hacienda partidaria de un método progresivo en el establecimiento del monopolio del Comercio exterior.
>
> Comercio: política de establecimiento de un monopolio de comercio exterior: CLUEA: la evasión de capitales consecuencia de esta política desde Noviembre se eleva a 1200 millones de francos (Cluea-gobiernos autónomos etcétera).
>
> Industria: Peyró: Protección a industrias que no tenían viabilidad económica. Cesión de las minas potásicas de Cataluña a los obreros. La producción antes de la guerra se elevaba (cifra borrada) millones de francos.
>
> Todo esto fue incubando la crisis[135].

Las notas de Azcárate revelan igualmente que tan tensas como las relaciones de Negrín con los ministros anarquistas fueron sus relaciones con los «gobiernos autónomos» de Cataluña y Euzkadi. En efecto, en su labor de reconstrucción del poder estatal y recuperación de funciones directivas económicas, la gestión de Negrín hubo de afrontar la virtual independencia adquirida por la Generalitat (luego por el gobierno vasco presidido por José Antonio Aguirre) en su política económica[136]. El principal punto de fricción habría de ser la incautación por la Generalitat desde el principio de la insurrección de «disponibilidades en la cuenta del Tesoro del Estado en las sucursales del Banco de España en Cataluña» (con todos sus fondos monetarios, nacionales o extranjeros, incluyendo el oro). Ya el 22 de octubre de 1936 Negrín mantuvo una primera entrevista con Josep Tarradellas, consejero de Finanzas, de la Generalitat, para «regular el régimen de anticipaciones de fondos facilitados con obligación de reembolso». Las conversaciones, en las que participó igualmente el subsecretario de Negrín, Jerónimo Bugeda, no llegaron a ningún acuerdo porque Tarradellas defendió que el presidente Companys había asumido funciones que «son de la competencia del Estado» en virtud de una situación de emergencia «impuesta por las circunstancias» bélicas. Para Negrín esa justificación suponía un menoscabo de la autoridad estatal y solo respondía al «deseo de dar satisfacción a las aspiraciones autonomistas de Cataluña» por encima de las leyes vigentes, tanto constitucionales como estatutarias. Esa discrepancia, que prefiguraba futuros desencuentros entre ambos políticos, no fue aminorada por la explicación ofrecida por Tarradellas para justificar la falta de acuerdo:

> En las conversaciones que al efecto se celebraron con el señor Consejero de Finanzas, don José Tarradellas, ponderó este el aspecto esencialmente político de las cuestiones debatidas e insistió, sin ofertas de rectificación, en la defensa de la conducta que hasta entonces había seguido y, por esta actitud suya, y otras causas que no son para recordarlas, en esta sazón, no se obtuvo éxito en las gestiones que entonces se practicaron[137].

Las dificultades de Negrín con sus colegas anarquistas y con las autoridades autónomas no fueron las únicas que jalonaron su creciente desconfianza en la capacidad del gobierno para adoptar una política adecuada al desafío

franquista en la nueva fase de «guerra total» abierta en el invierno de 1936-1937 (como había revelado, en febrero de 1937, la pérdida de Málaga). El ministro, que mantenía la divisa de que «Un Estado en guerra necesita para vencer tener su Hacienda tan fuerte como su Ejército»[138], llegó a polemizar con Largo Caballero sobre asuntos de su propia competencia y sobre la estrategia general bélica. Según un informe secreto remitido por uno de lo agentes soviéticos en España al mariscal Voroshilov, a principios de marzo de 1937 la tensión entre ambos era tan grande como la descoordinación gubernativa:

> El gobierno consta de dieciocho ministros. El Consejo Militar lo integran cinco ministros, pero el gobierno no gobierna, y el Consejo Militar no dirige la guerra, sino que, o bien no toma las medidas necesarias, o cuando adopta una decisión no controla su puesta en práctica, no cuenta con los medios o la voluntad para obligar a que se cumpla. Cada ministro administra su propia área, en la mayoría de los casos, según su propia voluntad, por su propia iniciativa. El gobierno no tiene una política previsora de conjunto. Las preguntas acerca de problemas surgidos sobre los proyectos de ley en diferentes áreas del Consejo de Ministros son, en su mayoría, solo una formalidad. En cierta ocasión, el Ministerio de Hacienda trató de someter a consideración varias medidas y un proyecto que tenía como objetivo alcanzar cierta estabilidad en las finanzas del gobierno y restaurar la salud de la peseta. El presidente del Consejo le interrumpió bruscamente y le dijo: «Su obligación, como ministro de Hacienda, es pagar. Si no tiene dinero, dígalo. El resto no le concierne»[139].

La diferencia de criterio entre Negrín y su presidente de gobierno no era un caso aislado de mala relación personal de carácter singular. Según se quejaría con amargura Giral al presidente Azaña por aquellas fechas, el autoritarismo y aislamiento de Largo Caballero había llegado a extremos intolerables: «Cuando algún ministro preguntaba por los asuntos de Guerra y pedía noticias, Caballero contestaba: “Ya se enterará usted por los periódicos”. Tampoco contaba para nada el Consejo Superior de Guerra, que apenas reunía»[140]. En todo caso, la diferencia entre Negrín y Largo Caballero reduplicaba la que había enfrentado al ministro de Hacienda con el embajador en París, su examigo Luis Araquistáin, que seguía actuando como consejero político del presidente (en un momento en que Álvarez del Vayo se inclinaba hacia la órbita del PCE). A finales de diciembre de 1936 Negrín, con el concurso de Prieto, había decretado la liquidación de la Comisión de Compras (formada por representantes de partidos políticos y

agentes individuales) que se había establecido en la capital francesa desde el inicio de la guerra para gestionar la adquisición de armas en el mercado de contrabando internacional (aprovechando la «no intervención relajada» practicada por el gobierno de Blum desde octubre de 1936). El descontrol existente en las actuaciones, la competencia entre servicios y agentes que elevaban al alza los precios y el despilfarro monetario consecuente, habían recomendado la medida tanto como la voluntad de centralizar esas gestiones en manos de agentes ministeriales acreditados. En enero de 1937 Negrín aprobó un nuevo procedimiento de pagos que suponía el libramiento de dinero para compras de armas exclusivamente a través del «Delegado especial del Ministerio de Hacienda» en París, Pedro Pra. En la misma orden requirió al embajador para cumplir este cometido, añadiendo:

> Que se remita a este Departamento estado detallado donde se comprendan y especifiquen: a) Cantidades de que se ha dispuesto por la Comisión de Compras en París en virtud de situaciones hechas por mediación del Banco de España; b) Importe de los remanentes que en la actualidad existan por cuenta de esas situaciones; c) Acreditativos pendientes de hacer efectivos por operaciones que estén aún por ultimar, con indicación de vencimientos de los mismos. […] Por el Delegado Especial nombrado […] se procederá a recopilar toda la documentación correspondiente a las operaciones realizadas por la Comisión de Compras, que será remitida al Ministerio de Hacienda para su revisión y formalización mediante acta índice suscrita por el citado Delegado[141].

Se trataba de una medida plenamente lógica en el proceso de reconstrucción de la autoridad estatal emprendida por el gabinete y era congruente con la recuperación de atribuciones financieras y fiscalizadoras sobre las actuaciones que implicaban fondos del Tesoro público. Pero la respuesta de Araquistáin fue una verdadera combinación de despecho personal («Agradezco lección derecho administrativo que ya conocía») e impugnación política a la gestión de su todavía correligionario formal y examigo íntimo:

> En la hostilidad a la Comisión —aparte motivaciones temperamentales y diferencias de concepción sobre la forma en que deben actuar los organismos al servicio del Estado— ha habido móviles de rencor personal que no me duelen por lo que a mí me afectan, porque hay rencores que a uno le enaltecen y le confirman que se va por buen camino, sino por el daño que se ha inferido al curso de la guerra obstaculizando por todos los medios las compras aquí. Yo comprendo que un embajador no sea grato en un lugar, o en ninguno, a todos los ministros

del gobierno que representa, […] pero una vez que está en funciones —y es posible que nadie más que él lamente estar en ellas—, conspirar turbiamente contra su gestión, sobre todo en el aspecto más importante de la misma, como es la adquisición de material de guerra, equivale sencillamente a hacer el juego al enemigo[142].

A pesar de la dureza de la respuesta y de su sentido del honor ultrajado, Araquistáin no podía oponerse al motivo principal de aquella medida de racionalización y centralización en una tarea tan esencial como era la financiación de las compras militares. De hecho, apenas un mes después de remitida su carta de protesta a Negrín, el propio embajador recibiría una carta confidencial de su jefe político y presidente del Gobierno exhortándole a acabar con el desbarajuste orgánico y despilfarro económico que habían sido rasgos característicos de las gestiones de compras en París:

Mi querido amigo:

Llegan hasta mí denuncias relativas a que hay material, como camiones, o de otra índole, salido de las fábricas con dirección a España, que no pasa la frontera, sino que es interceptado antes de llegar a ella, o regresa incluso a las fábricas, después de haber simulado la salida. Esto se hace, aprovechando la circunstancia de que elementos incontrolados, en la misma frontera se han apoderado de material de guerra dirigido a nosotros.

El único medio de averiguar esto y poder seguir la pista a esas expediciones sería que la Oficina Comercial de esa Embajada o la Comisión de Compras que haya intervenido en la de cualquier material, avise con antelación si es posible, qué día saldrá de fábrica y que día probable llegará a la frontera, detallando la clase de materia que constituye la expedición. De esta forma, el representante que tenemos en la frontera, podría controlar la llegada y dar cuenta a su vez a este Ministerio (de Guerra), de la salida.

En general no se practica nada de esto, e incluso se reciben expediciones que no se esperaban y al desconocer el número de unidades que las constituyen, nunca puede saberse con seguridad si ha llegado o no lo que se envía[143].

La misiva de Largo Caballero a su asesor y embajador mencionaba expresamente otra de las preocupaciones de Negrín más apremiantes: la falta de control oficial de las cruciales fronteras terrestres entre Francia y la Cataluña republicana, que seguían estando en poder de patrullas de control y comités mayormente libertarios. Y allí surgiría uno de los principales motivos de enfrentamiento entre el titular de Hacienda y los ministros anarquistas. Porque, decidido a restablecer la autoridad estatal en esa frontera crucial, a mediados de abril de 1937 Negrín dispuso que el cuerpo de carabineros se posesionara militarmente de esos pasos fronterizos

(Puigcerdá, Portbou) después de desarmar y anular a los comités de control (con el resultado de varios muertos entre los milicianos que resistieron la medida). La orden había sido anunciada públicamente mediante su inclusión en la *Gaceta de la República* el día 16 con el propósito de advertir a todas las fuerzas políticas de que el gobierno «se proponía recuperar este elemento vital del poder estatal usurpado por los revolucionarios y esencial para controlar el comercio exterior y las divisas, así como la entrada de armas»[144]. Como la medida contó con el beneplácito de la Generalitat y del PSUC, además de ser tácitamente aceptada como inevitable por la dirección nacional de la CNT-FAI, el movimiento libertario catalán no pudo oponerse a la misma. Pero, a diferencia de sus homólogos de la zona central que habían experimentado el azote militar enemigo, la militancia catalana todavía no había asumido la necesidad de abrazar los imperativos de militarización y centralización estatal. Por el contrario, su conciencia de estar siendo desbancada de sus posiciones de poder y su voluntad de resistir ese proceso quedó reflejado en el manifiesto del primero de mayo publicado por *Solidaridad Obrera*:

> La garantía de la revolución es el proletariado en armas. Intentar desarmar al pueblo es colocarse al otro lado de la barricada. […] ¡Trabajadores: que nadie se deje desarmar por ningún concepto! ¡Esta es nuestra consigna!: ¡Que nadie se deje desarmar[145]!

El momento culminante de la carrera política de Negrín llegaría muy poco después de que sus fuerzas de carabineros hubieran asumido el control de las fronteras con Francia. Y se fraguaría en el mismo momento en que se producía el punto de ruptura en el delicado equilibrio político imperante en el bando gubernamental el día 3 de mayo de 1937.

El detonante de la crisis de «los sucesos de mayo» en Barcelona fue la tentativa por parte de las fuerzas de seguridad de la Generalitat de retomar el control del edificio de la Telefónica, en plena plaza de Cataluña. Estaba en manos de las milicias confederales desde el 19 de julio de 1936 y era considerada «una posición clave en la revolución». No en vano, desde ella se controlaban todas las comunicaciones entre las autoridades civiles y militares, fueran autonómicas o nacionales. Tanto Companys como el presidente Azaña (residente en Barcelona desde octubre de 1936) vieron así

sus conferencias telefónicas sometidas al visado de operarios cenetistas que poseían «una palanca de verdadero poder» que utilizaban a su libre criterio para censurar «conversaciones y mensajes comprometedores y hacían de oído alerta contra los que conspiraban para reducir los derechos del pueblo» (según el dirigente faísta Diego Abad de Santillán). La ocupación de la Telefónica se convirtió en el catalizador de una extensa insurrección en Barcelona de militantes anarquistas, secundados por los filotrotskistas del POUM, que trataban de salvar los restos del poder revolucionario en una ciudad de retaguardia que todavía no había experimentado el impacto del azote enemigo como había sucedido en Madrid. La situación se volvió tan peligrosa para las fuerzas policiales autonómicas que Companys requirió de inmediato ayuda a Largo Caballero, quien remitió desde Valencia un primer contigente de 1500 guardias de Asalto. El día 4 de mayo, en una reunión tormentosa (con los ministros republicanos, comunistas y socialistas prietistas enfrentándose a los anarquistas sobre la responsabilidad del «motín»), el gobierno decidió asumir el control del orden público y de los asuntos militares en Cataluña ante la impotente resignación de Companys («Gobierno República puede adoptar disposiciones estime necesarias»). En una clara muestra de la división existente en el gabinete, mientras los ministros anarquistas se trasladaban con toda urgencia a Barcelona para «apagar el incendio» y solicitar un «alto el fuego» a sus partidarios, Prieto movilizaba dos destructores y cinco compañías de la fuerza aérea para reforzar las tropas desplegadas en Barcelona. Como resultado de ambas medidas, el día 7 de mayo se había restablecido el orden en la ciudad al precio oficial de 400 muertos y mil heridos[146].

La crisis de mayo barcelonesa se saldó, así pues, con la derrota de los partidarios de la Revolución Social (proletaria) en favor de quienes defendían una República Democrática (interclasista). También se saldó con un restablecimiento de la autoridad estatal que solo pudo ser impuesto por el gobierno central y en detrimento del prestigio y capacidad de la Generalitat. Que precisamente Barcelona hubiera sido el escenario para esa confrontación y esa transferencia de poder estatal no era un fenómeno arbitrario, como ha señalado Julián Casanova:

> Era una ciudad alejada del frente, símbolo de la revolución anarcosindicalista, que muchos creían proletaria. Sus peculiares características políticas (un gobierno autónomo con notable influencia de los republicanos de izquierda; un partido comunista que controlaba a la UGT, y un minúsculo partido revolucionario enemistado a muerte con los comunistas), económicas (peso de la producción industrial por cuyo control se había desatado una encarnizada pugna) y demográficas (alta densidad de población, decenas de miles de refugiados) posibilitaron el juego de tensiones a varias bandas. Había además armas, abundantes armas, que lucían las diversas fuerzas de policía, los militantes de las diferentes organizaciones políticas, los exmilicianos que las habían traído desde el frente. Había también demasiados «turistas» revolucionarios, extranjeros que nada podían hacer en su país, pero a quienes aquella revolución les sabía todavía a poco. Tampoco faltaban los provocadores, de uno u otro signo, metidos por todos los lados, desde la policía hasta el POUM, esos que García Oliver decía que «actuaban siempre por su cuenta», que evidentemente no habían creado por sí solos esa situación explosiva, pero eran los primeros en tener la cerilla preparada para hacerla estallar. Atmósfera caliente, en fin, la de aquella Barcelona de la guerra, mucho más caliente que la de otras ciudades del territorio republicano[147].

La nueva situación originada por el sofocamiento de «los sucesos de mayo en Barcelona» fue sancionada por la orden gubernativa (13 de mayo) que imponía «la entrega de todas las armas» en poder de civiles y la prohibición de su uso excepto por «las fuerzas regulares del Ministerio de la Guerra». La derrota militar, política y moral de la CNT-FAI era ya completa, al igual que lo era la del POUM. Pero no fueron ellos los únicos derrotados en aquella crisis: también el sindicalismo ugetista que presidía desde hacía ocho meses la coalición gubernamental republicana acabaría pagando su propio precio particular. El órgano oficial de la CNT, *Solidaridad Obrera*, declaraba en su editorial del 18 de mayo: «Se ha constituido un gobierno contrarrevolucionario»[148].

En efecto, como resultado de la crisis barcelonesa, Largo Caballero perdió la presidencia del gobierno y los dos grandes sindicatos dejaron de estar representados en el nuevo ejecutivo republicano integrado exclusivamente por partidos políticos. La crisis total en el núcleo del poder republicano se abrió apenas apagados los últimos fuegos en Barcelona y una vez que el presidente Azaña se hubiera trasladado a Valencia, el 7 de mayo, para iniciar consultas con los líderes del Frente Popular. Largo Caballero optó en un principio por mantener el gabinete e interpretar los sucesos de Barcelona como un mero «conflicto armado entre anarquistas y comunistas». Pero las entrevistas de Azaña con los líderes de los partidos

políticos le convencieron del hondo descrédito y falta de apoyos del jefe del Gobierno: «comprendí que las conversaciones entre los tres partidos (IR, PSOE y PCE) estaban muy adelantadas» y que «no querían que Largo continuase con la Presidencia y con la cartera de Guerra»[149]. En efecto, la tormentosa sesión del consejo de ministros el 8 de mayo demostró que había una verdadera oposición entre los ministros sindicalistas (Largo Caballero, Galarza y los cuatro ministros cenetistas) y el frente unido de ministros representantes de partidos políticos que demandaban un cambio de política general y un reajuste en la estrategia bélica que pasaba por la renuncia del presidente a la cartera de Guerra. Entre esa fecha y la siguiente reunión del consejo, el día 14, la descomposición llegó al extremo de que la ejecutiva del PSOE se dirigiera al resto de los partidos (incluyendo el PCE) con la propuesta de «una cooperación estrecha a fin de poner en marcha medidas generales» y para «acabar de una vez con la política de pasividad que se había llevado hasta ese momento». La propuesta incluía un borrador de gobierno sin Largo Caballero y en el que Negrín asumía la presidencia y la cartera de Hacienda, en tanto que Prieto encabezaba un ministerio de Defensa Nacional unificado[150].

En esas circunstancias, el 14 de mayo de 1937 tuvo lugar una transcendental reunión del gobierno que, según los diarios de Azaña, duró casi todo el día: «Larguísimo Consejo, enojosas discusiones, palabras duras»[151]. Los ministros comunistas optaron por precipitar la resolución de la crisis al recibir la negativa de Largo Caballero a considerar sus demandas para modificar su estrategia bélica y reprimir a los grupos revolucionarios (incluyendo la ilegalización del POUM, su verdadera «bestia negra» por sus proclamas contra Stalin como «dictador contrarrevolucionario»). Tanto Uribe como Hernández anunciaron entonces que el PCE se retiraba del gobierno. Ante la sorpresa del presidente, los restantes grupos republicanos y el socialismo prietista se negaron a continuar las deliberaciones como si nada hubiera pasado. Uno a uno, excepto Galarza y los cenetistas, todos los ministros (incluyendo a Negrín) le manifestaron que «no podía permitirse el lujo de prescindir del Partido Comunista, y con él, de la ayuda soviética, que era indispensable»[152].

Abierta entonces formalmente la crisis, Azaña inició las consultas de los partidos (Negrín acudió en representación del PSOE) y se comprobó la imposibilidad de conciliar las demandas de rectificación general con la voluntad de Largo Caballero de seguir conservando la presidencia y la cartera de Guerra. El domingo 16 de mayo Azaña recurrió al expediente excepcional de convocar una reunión colectiva de todos los líderes políticos en la Capitanía General de Valencia para recabar su consejo antes de dar solución constitucional a la crisis nombrando un nuevo jefe de gobierno. Aunque el presidente exhortó a todos a «conservar la unión del Frente Popular», no fue posible allanar las diferencias entre Largo Caballero, avalado con reticencias por la CNT-FAI, y el PCE, secundado por el resto de los partidos. La suerte estaba entonces echada por razones bien subrayadas por Helen Graham:

> La crisis ministerial de mayo había expuesto tanto a los caballeristas como a la CNT a las consecuencias de sus contradicciones políticas y de su incapacidad para sentar las bases de una alianza estratégica durante el bienio 1934-1936. […] Aislado y enfrentado a la oposición unida de sus colegas de gabinete republicanos, socialistas prietistas y comunistas, Largo se vio obligado a dimitir de su cargo. Le había cesado, no un complot estalinista, como él y sus partidarios afirmarían posteriormente, sino una verdadera coalición de fuerzas republicanas. […] Y la CNT se mantuvo al margen mientras ello sucedía, enajenada por la parsimonia política de Largo, en un amargo recordatorio de los viejos antagonismos de preguerra[153].

Finalmente, la crisis ministerial se resolvió, para sorpresa general, con el nombramiento por parte de Azaña de Negrín como nuevo jefe de gobierno, cuando casi todo el mundo esperaba que fuera Prieto el que se hiciera cargo de la tarea. Incluso en Londres las autoridades británicas creyeron, en un primer momento, que se trataba de «un gobierno de Prieto», con el casi desconocido Negrín como uno de sus «hombres de confianza» y con el veterano político socialista como «la figura dominante del nuevo gabinete»[154].

PRESIDENTE DEL GOBIERNO: EL TIEMPO DE LA ILUSIÓN POR LA VICTORIA

El 17 de mayo de 1937 se anunciaba oficialmente que el doctor Negrín había recibido «la honrosa, pero nada envidiable, misión de formar gobierno». Había acudido a la Capitanía General de Valencia a las once menos cinco de la mañana, convocado por el presidente Azaña, y salió media hora después para declarar ante la prensa:

> «Su Excelencia me ha encargado de formar Gobierno. Mi deseo es hacerlo a base de todos los partidos y organizaciones que luchan contra los rebeldes por la independencia de España».
>
> Se le preguntó por dónde empezaría sus gestiones y contestó:
>
> «Como es natural, voy en primer término a recabar la autorización de mi partido»[155].

Según el testimonio de Azaña, ratificado por el de Negrín, este intentó recusar el encargo con la justificacion de que «había otras personas de mayor relieve». Pero el presidente rechazó la misma («No le dejé continuar») y el interesado asumió la difícil tarea como «un servicio de guerra». Ambos concertaron los parámetros de la misión a cumplir: reducción de carteras, «fusión de Guerra, Marina y Aviación en un solo Ministerio de Defensa Nacional», concentración en un ministerio de «los departamentos rectores de la vida económica del país», y «reservar para el Gobierno el derecho de designar los altos cargos, libre de toda exigencia de partido»[156].

Aquella misma tarde del 17 de mayo, después de haber conferenciado con todos los grupos políticos y sindicales republicanos, Negrín pudo presentarse ante el presidente Azaña con su listado de equipo ministerial de solo nueve personas, mucho más reducido y manejable que el anterior gabinete frentepopulista. Había consultado con sus correligionarios la lista porque quería que «este fuera el gobierno de la Comisión Ejecutiva» y que

integrara, «si era posible, las tendencias del Partido en derredor de una sola ilusión: ganar la guerra»[157].

En efecto, en el nuevo gabinete se apreciaba la hegemonía socialista puesto que Negrín, además de la Presidencia, seguía manteniendo la cartera única de Hacienda y Economía, mientras que Prieto y Zugazagoitia asumían, respectivamente, el nuevo Ministerio de Defensa unificado y el de Gobernación. Por su parte, el PCE mantenía sus dos carteras ministeriales (Agricultura, con Uribe, e Instrucción Pública, con Hernández), los republicanos ocupaban las de Estado (Giral) y Comunicaciones (Giner de los Ríos), y el PNV y ERC mantenían su presencia de la mano de Irujo (Justicia) y Jaume Ayguadé (Trabajo)[158].

Solo los sindicatos UGT y CNT rechazaron formar parte de un gobierno frentepopulista presidido por Negrín: «Lo cierto es que la negativa fue rotunda». Era una servidumbre notable para un ejecutivo presidido por un socialista, sobre todo por lo que suponía de hostilidad manifiesta de la corriente largocaballerista. Esa deserción, además, no quedaba compensada por la convergencia entre las otras dos corrientes del PSOE. José Prat, destacado diputado besteirista que se hizo cargo de la Subsecretaría de Presidencia, dejó escrito: «Negrín solía consultar todo lo que era importante en su gestión política con Prieto; sus reuniones eran frecuentes»[159]. En todo caso, la negativa de la comisión ejecutiva de la UGT a dar su apoyo público al nuevo gabinete precipitó el posterior desplome de un agotado largocaballerismo en sus últimos reductos orgánicos: a finales de mayo de 1937 el comité nacional de UGT censuró (24 votos frente a 14) a su secretario general por su conducta durante la crisis ministerial; a finales de septiembre Largo Caballero y sus acólitos se vieron desplazados de la comisión directiva del grupo parlamentario socialista; y apenas una semana después habían perdido la secretaría general y el control de la ejecutiva de la UGT a favor de una alianza circunstancial de socialistas prietistas y comunistas (con Ramón González Peña como nuevo secretario general al frente de una ejecutiva compuesta por seis socialistas y cinco comunistas). Después de algunas protestas públicas que fueron un catálogo de agravios personales, el envejecido «Lenin español» se retiró a Barcelona para vivir un «voluntario exilio interno»[160].

También la CNT-FAI mostró su oposición al gobierno formado por Negrín, debilitada y dividida como nunca en su interior entre pragmáticos (dispuestos a mantener la actividad política) y puristas (inclinados a retirarse a una línea apolítica e insurreccional). Pero su apuesta por recuperar la iniciativa mediante una «alianza de las sindicales» se vería pronto frustrada por la deriva pronegrinista de la UGT (amén del poco edificante historial de su periodo de hegemonía previa). Muy pronto, la dirección más pragmática de la CNT, de la mano de su secretario general, Mariano R. Vázquez, empezó a buscar el medio de salir de su aislamiento y regresar al seno de la coalición gobernante. El Pleno de Regionales del 26 de junio ya emplazaba a su dirección a «estudiar la forma de propiciar la crisis que dé entrada en el nuevo gobierno a la CNT». Y algunas semanas después sus dirigentes pedían audiencia al doctor Negrín y anunciaban que este había acogido «con viva simpatía nuestro criterio y nuestro deseo en la amplia y cordial entrevista que tuvimos»[161]. Tardarían bastantes meses en conseguir su propósito. Entre otras cosas, porque la acción gubernativa iba a seguir minando los restantes focos de poder libertarios. Por eso mismo la división en las filas anarcosindicalistas socavaba la importancia del ofrecimiento de colaboración de la dirección cenetista. A título de ejemplo, en el mes de noviembre de 1937 el semanario anarquista *Alerta…!*, uno de los portavoces del sector purista revolucionario, arremetía contra Negrín y sus ministros con una violencia tan indiscriminada como inútil:

> Contra las traiciones del Gobierno Negrín. […]
>
> El doctor Negrín lleva a su familia a Llivia, en la frontera francesa. […]
>
> Vigilad las fronteras, camaradas, y fusilad a los Ministros que intenten escapar al extranjero. El Gobierno tiene una cuenta que saldar con el Pueblo, con la Revolución traicionada. […]
>
> La Guerra y la Revolución peligran.
>
> ¡Arriba los aguiluchos de la FAI! […]
>
> Proletarios:
>
> Jesús Hernández, es un agente de la URSS.
>
> Indalecio Prieto, es un agente del capitalismo inglés.
>
> Irujo, es un embajador del Vaticano.
>
> Estos tres hombres son los que llevan la dirección del Estado republicano español.
>
> Son tres agentes de negocios que están financiando la guerra, que están especulando con la sangre y la vida del proletariado. […]

> ¡Fusiladlos! ¡Fusilad al Gobierno en pleno! ¡Fusilad a todos los políticos, y habréis sentado la base de la victoria[162]!

Resulta incontestable que Negrín tuvo a favor de su elección como nuevo presidente del gobierno el gran cometido desempeñado en la cartera de Hacienda y su creciente prestigio público e internacional, en un momento en que la suerte de la guerra dependía estrechamente de la evolución del contexto europeo y mundial. Como recordaría Santiago Garcés, el oficial de Carabineros al que Negrín situaría en 1938 al frente del nuevo Servicio de Información Militar (SIM): «Era el único político del bando republicano con una visión *no provinciana* de la guerra. Pensaba en términos universales»[163]. También es evidente que Prieto decidió renunciar a presidir el gabinete para no exacerbar la oposición largocaballerista y dejar abierta la vía a su reincorporación al ejecutivo, al margen de sus malas relaciones con otras fuerzas políticas y del íntimo desánimo que albergaba desde el inicio de la guerra (y que le hacía parecer cada vez más pesimista y derrotista). Así lo hizo ver a la Comisión Ejecutiva al declinar el ofrecimiento de formar gobierno y proponer el nombre de Negrín:

> Todo menos eso. Yo no soy el hombre de las circunstancias. Me llevo mal con los comunistas, mis relaciones con la CNT tampoco son cordiales, pero sobre todo el problema de los comunistas es el que más me preocupa. […] Creo que él (Negrín) tiene en estos momentos mejores apoyaturas que yo, también tiene un carácter más apacible y transigente que el mío. […] Yo, decididamente, no quiero aceptar la presidencia en estas circunstancias. […] Yo les aconsejo el nombre de Negrín[164].

Tampoco cabe obliterar otra razón plausible apuntada por otras fuentes: Negrín era el candidato deseado por los comunistas y la Unión Soviética con preferencia a Prieto y esa opinión pesaba cada vez más en la vida política republicana porque la defensa militar dependía totalmente de los suministros bélicos soviéticos y porque el PCE había crecido mucho como resultado de ese apoyo y de su demostrada eficacia organizativa y disciplina paramilitar. Otra cosa muy distinta y falaz es afirmar que la elección de Negrín fuera el resultado de una conjura comunista inspirada por Moscú. La base fundamental de esta acusación procede de Jesús Hernández, el ministro comunista que acabaría renegando de su fe tras la muerte de Stalin.

A tenor del relato posterior de Hernández, la elección de Negrín habría sido decidida por Palmiro Togliatti, nuevo representante de la Comintern en España, en los meses previos al cese de Caballero por razones de exclusión: «¿Prieto?… ¿Vayo?… ¿Negrín?… De los tres, Negrín puede ser el más indicado. No es anticomunista como Prieto, ni tonto como del Vayo»[165]. Siempre según Hernández, él mismo habría mantenido una entrevista secreta con Negrín a principios de mayo de 1937, antes de su nombramiento, en la que se habría acordado la «entrega» del futuro jefe de gobierno al PCE. Lo discutible de ese testimonio tan posterior a los hechos es que no concuerda ni se ve corroborado por la documentación soviética original ahora disponible. Por ejemplo, el ya citado informe de 11 de mayo de 1937 remitido a Moscú por el servicio secreto militar soviético en el que se recogía la propuesta de la Comisión Ejecutiva del PSOE para reemplazar al gobierno de Largo Caballero por otro presidido por Negrín. También desmiente esa versión el reiterado testimonio de Alexander Orlov, máximo jefe de la NKVD en España hasta su deserción y huida a Estados Unidos en julio de 1938:

> Cuando me presenté a Negrín para ofrecerle mi enhorabuena, me preguntó si su súbita elevación al rango de jefe de gobierno había sido planeada por alguien entre bastidores. Le respondí que, según mis noticias, no era ese el caso y que Caballero hubiera seguido en la presidencia si hubiera aceptado renunciar a la cartera de Guerra. Esa era la verdad. Pero tampoco oculté a Negrín que, una vez que Caballero había presentado su dimisión, la dirección del PCE había recibido de Moscú la orden de apoyar a Negrín como sustituto. Sin embargo, debo decir aquí con total justicia que Negrín ejerció con plena dignidad su cargo y que en sus relaciones con el gobierno soviético nunca se humilló ni pretendió ser un comunista convencido, como muchos de sus enemigos sostienen[166].

Por si fuera poco ese desmentido autorizado, tampoco concuerda con la supuesta condición de «criptocomunista» el tenor y contenido de las propias palabras expresadas por Negrín en la entrevista con Hernández:

> No quisiera que mi aceptación la interpretasen como el consentimiento a convertirme en el «hombre de paja» de ustedes. Eso no lo esperen de mí. Además no sería útil ni a su partido, ni a mí, ni a nadie[167].

Sin embargo, la desautorización más firme a la teoría conspirativa del origen comunista del nombramiento de Negrín reside en su plena legalidad procesal y constitucional. Nadie forzó al presidente de la República a nombrar un jefe de gobierno contra su voluntad y contra el parecer expresado por los diferentes líderes políticos en las múltiples consultas celebradas antes de tomar su decisión. Porque esa medida de entregar a Negrín el encargo de formar gobierno fue enteramente de Azaña que, además, dejó anotadas en su diario las firmes razones y motivos del nombramiento:

> Me decidí a encargar del Gobierno a Negrín. El público esperaría que fuese Prieto. Pero estaba mejor Prieto al frente de los ministerios militares reunidos, para los que, fuera de él, no había candidato posible. Y en la presidencia, los altibajos del humor de Prieto, sus «repentes», podían ser un inconveniente. Me parecía más útil, teniendo Prieto una función que llenar, importantísima, adecuada a su talento y a su personalidad política, aprovechar en la presidencia la tranquila energía de Negrín […] El nuevo presidente tiene gran confianza en sus designios, en su autoridad, afirma que la guerra durará mucho todavía (¡otro año!), y que se prepara para ello. Negrín, poco conocido, joven aún, es inteligente, cultivado, conoce y comprende los problemas, sabe ordenar y relacionar las cuestiones. Podrá estarse conforme o no con sus puntos de vista personales, pero ahora, cuando hablo con el jefe del Gobierno, ya no tengo la impresión de que estoy hablando a un muerto. Esto, al cabo de los meses, es para mí una novedad venturosa. Parece hombre enérgico, resuelto, y en ciertos respectos, audaz. Algunos creerán que el verdadero jefe del Gobierno será Prieto. Se engañan. No solamente porque Prieto es sobrado inteligente para salirse de su papel, sino porque el carácter de Negrín no sirve para eso[168].

Si la elección de Negrín para el cargo de jefe de gobierno no puede atribuirse de ninguna manera a una conjura comunista teledirigida, tampoco parece que su política de nombramientos autorice la idea de que actuó como mero «caballo de Troya» del PCE. No solo por la alta calidad de los ministros no comunistas elegidos para los puestos más cruciales de su equipo ejecutivo (empezando por Prieto, Zugazagoitia e Irujo, los más confesamente reacios al PCE, a los que dejó plena libertad para hacer sus nombramientos), sino por el perfil de los nombramientos secundarios de sus propios departamentos. En Presidencia, su nuevo subsecretario y mano derecha, José Prat, ya le había acompañado en Hacienda y era un exponente claro de la voluntad de cooperación de la facción besteirista. Con él estuvieron, como siempre, los doctores Blas Cabrera Sánchez (jefe del

gabinete del Presidente) y José María García-Valdecasas (secretario particular del Presidente), además de Elías Delgado (secretario del Presidente) y Francisco Sánchez Covisa (jefe del gabinete de cifra del Presidente)[169]. Ninguno de ellos fue nunca comunista y siempre actuaron como sus más cercanos colaboradores y confidentes políticos. Sí fue lo primero, pero no lo segundo, en cambio, Benigno Rodríguez, exmiliciano del Quinto Regimiento y director de su diario propagandístico, al que Negrín incorporó como miembro de la «Dirección Política» de la Subsecretaría de Presidencia por sugerencia del PCE en virtud de su competencia en materia de propaganda (al igual que el arquitecto comunista Manuel Sánchez Arcas, nombrado subsecretario de Propaganda). Afirmar, por tanto, que Benigno Rodríguez fuera «secretario político» de Negrín (como si solo hubiera tenido uno) y que «ejerció sobre Negrín una influencia extraordinaria, aunque poco conocida», es como mínimo una exageración incorrecta y en absoluto corroborada por las fuentes documentales del archivo de Presidencia conservado por el interesado[170].

En el Ministerio de Hacienda y Economía Negrín nombró dos subsecretarios también colaboradores desde hacía tiempo y de carácter técnico y mayormente apartidista (fuera de su significación democrática y republicana): Francisco Méndez Aspe (subsecretario de Hacienda) y Demetrio Delgado Torres (subsecretario de Economía). También allí ratificó en su cargo al doctor Rafael Méndez (Carabineros)[171]. Ninguno de los tres fue nunca comunista. Quizá por eso mismo, al acabar la guerra civil, Palmiro Togliatti, delegado de la Comintern en España, reprocharía en su informe final sobre el conflicto para Stalin y la dirección soviética esa faceta criticable de «la política económica» de Negrín: «A pesar de todas nuestras presiones, nunca consintió que nos fueran confiados puestos de importancia decisiva en ese campo»[172]. De hecho, muchos de sus nombramientos en ese departamento lo fueron a propuesta de Prat y en personas de significado perfil besteirista: Andrés Saborit (exsecretario del PSOE) fue director general de Aduanas; Lucio Gil (exsecretario de la federación de obreros agrícolas ugetista) se convirtió en presidente de la comisión gestora del Banco de Valencia; Esteban Martínez Hervás fue

nombrado director general de Comercio; y Eleazar Huerta asumió la dirección general de lo Contencioso[173].

En cualquier caso, una vez elevado a la jefatura del gobierno, la gestión enérgica y voluntariosa de Negrín, ejemplificada en su lema de campaña («Resistir es vencer», secundando fórmulas militares ya existentes), capturó por algún tiempo los anhelos y esperanzas de la abatida y semidesahuciada retaguardia y reactivó las exiguas fuerzas del Ejército Popular de la República[174]. Como el propio Azaña anotó complacido en su diario el 31 de mayo de 1937, «la tranquila energía de Negrín» y el perfil de su equipo ministerial habían sido recibidas «con general satisfacción»: «La gente ha hecho ¡*uff*!, y ha respirado». Y era así a pesar de que Negrín (o por ello mismo) ofrecía características casi antagónicas a las de su predecesor: era «poco conocido», carecía de cargo orgánico alguno en partidos u organizaciones sindicales, llevaba solo ocho años de militancia en el seno del PSOE, no dominaba el arte de la oratoria retórica encendida y tampoco cortejaba ni disfrutaba con la exposición pública. Sintomáticamente, en su primera comparecencia pública ante la prensa como jefe de gobierno, Negrín «se negó a ser retratado por los fotógrafos» y, después de dar las más escuetas explicaciones sobre sus propósitos, «abandonó el Ministerio (de Hacienda) saliendo por una puerta trasera, sin que se percatasen los informadores de la salida». Así y todo, con un presidente del gobierno parco en declaraciones, tímido y con «una real aversión a dejarse fotografiar», no era para menos la satisfacción y confianza general generada por su nombramiento[175]. Porque el nuevo presidente y su gabinete asumían el poder después de casi un año de guerra a la defensiva y a la desesperada y cuando el curso de las hostilidades en el frente vasco no auguraba nada bueno después de la brutal demostración de fuerza que había supuesto el bombardeo germano-italiano de Guernica (26 de abril de 1937) y el sistemático desplome de las defensas de Vizcaya ante la ofensiva franquista. Tampoco en otros frentes secundarios iba mejor la marcha de la guerra para la República, como demostraría casi inmediatamente el bombardeo de Almería por la flota alemana del Mediterráneo (31 de mayo de 1937)[176].

En esencia, ante aquella deriva militar tan adversa (que llevaría a la pérdida de Bilbao un mes después del cambio ministerial, el 19 de junio), el

programa de gobierno concebido y encarnado por Negrín pretendía evitar la contingencia de una derrota aplazada pero cierta mediante la resolución de los tres grandes desafíos que la «Guerra Total» declarada por el enemigo planteaba a la República: 1.º) La reconstrucción de un Ejército combatiente regular, con mando único y jerarquizado, obediencia y disciplina en sus filas, amén de una logística de suministros constantes y suficientes para sostener el frente de combate y conseguir ulteriormente la victoria sobre el enemigo o, al menos, para evitar su triunfo absoluto e incondicional; 2.º) La reconfiguración del aparato administrativo del Estado en un sentido centralizado para explotar y hacer uso eficazmente de todos los recursos económicos, internos o externos, del país, tanto humanos como materiales, en beneficio del esfuerzo de guerra y de las necesidades del frente de combate; y 3.º) la articulación de unos «Fines de Guerra» comunes y compartidos por la mayoría de las fuerzas socio-políticas representativas de la población civil de retaguardia y susceptibles de inspirar moralmente a esas masas hasta el punto de legitimar los sacrificios de sangre y las hondas privaciones materiales demandadas por una cruenta y larga lucha fratricida.

La necesidad de acometer esas tres tareas cruciales en el plano estratégico-militar, en el ámbito económico-institucional y en el orden político-ideológico no dejó de ser expuesta por el nuevo presidente del gobierno en todas sus intervenciones públicas y parlamentarias. Sin cumplirse aún la semana de su nombramiento, Negrín hizo las siguientes declaraciones bien reveladoras de sus propósitos ante la prensa extranjera y nacional:

> El Gobierno que yo presido seguirá una nueva política de guerra. Sus miembros se sienten unidos para llevar a cabo inmediatamente la implantación del Mando único y la unión de los Estados Mayores de tierra, aire y mar bajo una sola dirección. Por otra parte, iremos desarrollando las industrias de guerra, agrupándolas bajo una dirección única y bajo control del Estado. España tendrá así la posibilidad de hacer frente —lo está haciendo ya— a todas sus necesidades de municionamiento. El Consejo de Ministros asumirá la dirección política y el Estado Mayor la dirección técnica. Hoy nosotros miramos al pasado como el que se quita un peso de encima. El porvenir nos pertenece. Nuestra victoria es segura. Nosotros devolveremos a España su integridad territorial. Tenemos detrás a toda la España popular y reservas incalculables de hombres. El Gobierno no tolerará, de ninguna manera, el desorden en la retaguardia, y será en esto inquebrantable. El fin que perseguimos es el triunfo definitivo

> sobre la rebelión y sus aliados. El Gobierno no tolerará jamás que en el territorio de su mando se atente contra su autoridad. […]
>
> Sobre la versión extranjera de que el régimen futuro de España sea comunista, solo me interesa decir que quienes tal especie cultivan no lo hacen por el afán de atraer simpatías a la República. España será el día de mañana lo que la voluntad libre y soberana del pueblo decida; pero no creo posible […] un desplazamiento fundamental del régimen y que pueda hacerse por otra vía que la democrática[177].

El nuevo jefe del gobierno tampoco tardaría demasiado en exponer ante su propio partido el perfil exacto de esa política de restauración del poder estatal, unificación del mando militar, intensificación de la economía de guerra y movilización de la retaguardia al servicio de las necesidades del frente de combate. Lo haría por medio del «Informe Económico» presentado por su exsubsecretario de Hacienda, Jerónimo Bugeda, miembro de la Comisión Ejecutiva, ante el Comité Nacional del PSOE reunido en Valencia el 17 de julio de 1937 (la primera reunión desde el inicio de la guerra del más alto órgano de dirección socialista entre congresos). Ante sus correligionarios, Bugeda explicó con todo lujo de detalles el principio que había inspirado y seguía inspirando la política económica de Negrín: «Un Estado en guerra necesita para vencer tener su Hacienda tan fuerte como su Ejército». Y ante ellos también aludió sin ambages al mecanismo de financiación de la guerra adoptado desde el principio por falta de alternativas y a sabiendas de sus limitaciones y servidumbres:

> En cuanto a la solución con respecto a este problema he tenido en cuenta dos cosas: no agotar las reservas de oro del país y canalizar la producción española en el orden internacional de forma que obtengamos de ella el mayor beneficio posible. Hasta ahora estamos viviendo de las reservas de oro del Banco de España. Y no hay otro modo de vivir. Todos los cañones, todas las municiones, todos los gastos que se han realizado son a base de cambiar oro en francos, libras o dólares. Y como todos los recursos se acaban, el oro puede llegar a concluirse. Y hay que hacer una afirmación categórica y terminante. Esta: que la guerra para nosotros terminará el día que se termine la última peseta oro. Que nadie espere que al Gobierno de España le dé ningún país capitalista los medios necesarios para vencer en la guerra a Franco. Ese es un criterio en el que, como no cambien mucho las cosas, no hace falta insistir. Y mi gran preocupación, desde los puestos que he venido ocupando, ha sido la de buscar el medio para que se toque el oro en la menor cantidad posible. […] Y si se procede en la forma como ha procedido Negrín en el Ministerio de Hacienda, es evidente que las reservas de oro de España serán todavía muy cuantiosas y podrán permitirnos hacer la guerra aún algunos años. Y esto no lo digo a la ligera[178].

El reconocimiento del valor crucial y decisivo del oro para financiar la guerra iba seguido y acompañado de una cruda exposición de los males que la atomización del poder público había provocado en las finanzas y en la capacidad económica del país. En este punto, el informe de Bugeda, que se nutría de su propia experiencia como segundo de Negrín en el Ministerio de Hacienda, era terminante en cuanto al despilfarro, caos y desarticulación generados por el proceso revolucionario de retaguardia:

> Yo he presenciado la monstruosidad —y he luchado contra ella de manera decidida— de que los Sindicatos se incautan de una fábrica, de un taller, de una tierra y no paguen nada desde el primer momento de la incautación. Esto es, sencillamente, la anarquía. Ellos decían: ¿por qué vamos a pagar impuestos ahora? ¡Ah! Es que el Estado —decimos nosotros— tiene que pagar al Ejército, que es en la actualidad el más caro del mundo. […]
>
> Nosotros vivimos como en un sueño maravilloso. Y no puede ser. […] Yo he visto fábricas de bicicletas en plena producción, y no me puedo explicar cómo en la guerra hay fábricas que se dediquen enteramente a esa producción, que no sirve para nada. […] Por la frontera de Cataluña se han sacado más de doscientos millones de pesetas en billetes. […] De España han salido centenares de Comisiones; para comprar latón y cinc han salido millares de hombres, y ha habido gentes que para comprar unas latas de cinc han ido a Londres y se han encontrado con que hubiera bastado cursar un despacho telegráfico para obtener ese producto. De esa manera, además, se hubieran ahorrado los gastos de viaje. […] Es decir, que todo el mundo ha estado haciendo lo que quería, sin sujetarse a un plan racional, sin someterse a un plan orgánico[179].

La urgente e imperiosa solución a todos esos males propuesta por Bugeda en su informe económico, bajo la clara inspiración de Negrín, estaba a tono con la política anunciada por el nuevo ejecutivo. Y recibió la plena aprobación del PSOE (sin votos discrepantes), que como partido principal de la República era para Negrín uno de los pilares básicos sobre el que sostener el esfuerzo de guerra en retaguardia y en el frente de combate. El tenor de esa solución reiteraba la consigna de Estado fuerte y centralizado para hacer uso intensivo y eficaz de los recursos internos y externos del país, humanos y materiales, y así sostener un Ejército combatiente que evitara la derrota e hiciera posible la contingencia de la victoria. Y reiteraba, con mayor énfasis si cabe, la necesidad de hacer del PSOE de nuevo el eje y nervio de la renovada resistencia republicana, superando su grave situación de parálisis orgánica y división faccionalista en sus filas:

> El Estado ha de hacer un plan absoluto de sus necesidades; ha de hacer un plan de las posibilidades de la producción española, y cuando se tengan unas y otras, someter a una dictadura férrea la organización industrial, agrícola y comercial del país mediante un órgano dependiente del Ministerio de Hacienda y Economía […]. Si en España no hacemos una política de organización férrea en la retaguardia, sacrificando intereses, eliminando discordias, perderemos inexorablemente la guerra. Porque toda actividad que no vaya encaminada a ganarla es un freno. Y es tan grave la lucha que la gente que se cree que tenemos ganada la guerra se equivoca. La guerra la tenemos que ganar. Ni geográfica, ni política, ni militar, ni económicamente tenemos ganada la guerra. Ahí está el mapa de España. Se puede discutir mucho; pero lo que puede resultar es que el que gobierna sea Franco. […] Y quiero manifestar que si el Partido Socialista no se coloca a la altura de su destino y no da de lado a todas las cosas pequeñas y a las discrepancias, abriendo los brazos a la concordia entre todos los socialistas, nosotros podremos ser la causa de una derrota. […] He querido decir que la guerra se gana en las trincheras; pero para ganar la guerra en las trincheras es necesario que ellos tengan de todo y que los que están en la retaguardia les ayuden a ganarla[180].

Pertrechado por ese apoyo crucial y explícito del máximo órgano de dirección del PSOE, pocos meses más tarde, en noviembre de 1937, Negrín también compareció ante la Diputación Permanente de las Cortes. Allí expuso personalmente y con detalle las implicaciones de ese programa gubernamental destinado a salvar la República democrática haciendo frente al enemigo con sus mismas armas. Y, al igual que Bugeda ante la dirección socialista, Negrín tampoco dejó de anunciar las dificultades de orden interior que ello suponía con toda su crudeza y en virtud de su experiencia como ministro de Hacienda y Economía:

> La zona del país que nosotros ocupamos no produce lo suficiente para su propio abastecimiento, y tenemos, por lo tanto, que importar una cantidad considerable de alimentos.
>
> No solo trigo, sino también carne, huevos, leguminosas y un sinfín de productos más nos son absolutamente indispensables. No podemos contar con el dinero sin tasa ni medida; no podemos contar con él sin tasa ni medida, porque, si siempre hemos tenido un déficit en nuestra balanza comercial, y en los últimos años una gran escasez de divisas, cuyos efectos podían subsanarse, en parte, por créditos que obteníamos en el extranjero, actualmente con esos créditos no se puede contar en absoluto; tenemos que pagarlo todo al contado. Tenemos, además, que adquirir abundantes materias primas, indispensables para la industria de guerra. Y tenemos también que adquirir material de guerra, aunque desgraciadamente no en la proporción que quisiéramos. Por lo tanto, hay que proceder con un espíritu de gran economía y dentro del mayor rigor administrativo. […] El criterio del Gobierno y del Ministerio de Hacienda y Economía es proceder como si la guerra hubiese de durar un año o dos, con el fin de que no podamos llegar a encontrarnos en tal situación que, por asfixia económica, al no poder continuar la Guerra, hayamos de darnos por vencidos[181].

Antes de esa comparecencia parlamentaria, en septiembre de 1937, Negrín había acudido a Ginebra para tomar parte en la sesión del Consejo de la Sociedad de Naciones que habría de preceder a la reunión anual de la Asamblea General de la SDN. Era una oportunidad política clave para tratar de obtener un pronunciamiento favorable por parte del consejo y la asamblea, acrecentado por el hecho de que a España (en la persona de su jefe de gobierno) le correspondía el turno para presidir ambas reuniones oficiales. Negrín aprovechó la cita diplomática para reiterar esas manifestaciones de voluntad de lucha por la supervivencia de una República española democrática tanto en público como en privado. En la dimensión pública, lo hizo con claridad en su discurso del 14 de septiembre ante la Asociación Internacional de Periodistas, a los que subrayó que «España es y quiere ser un país democrático» que «abomina de toda especie de dictadura» y que no tiene con la URSS más vínculo que su gratitud por un apoyo «hecho siempre sin contrapartida, sin demanda alguna»[182]. En el plano particular, sus gestiones se centraron en convencer al secretario del Foreign Office británico, Anthony Eden, del carácter liberal-democrático del gobierno español, ajeno a cualquier propósito revolucionario o comunista, y de la consecuente necesidad de revisar una política no-intervencionista solo aplicada realmente contra la República. En la entrevista celebrada el 13 de septiembre, con presencia de Azcárate, Negrín se explayó en ese punto:

> A continuación y respondiendo a preguntas del señor Eden, el señor Negrín hizo una exposición muy clara y contundente no solo de la situación militar, sino de la significación política y de lo que constituye el fondo y la esencia de las posiciones que defiende el Gobierno y sobre las que en ningún caso nadie en España estaría dispuesto a transigir: el mantenimiento de una República liberal y democrática basada en los principios fundamentales que inspiran la Constitución (de 1931)[183].

Como indicaba su propio lema propagandístico, la resistencia a ultranza propugnada desde el primer momento por Negrín era una arriesgada estrategia política y militar defensiva y vertebrada sobre dos expectativas de horizonte alternativas. En el mejor de los casos, había que resistir el avance enemigo hasta que estallase en Europa el estimado como inevitable conflicto entre las democracias occidentales y el Eje italo-germano,

obligando entonces a aquellas a asumir como propia la causa republicana y acudir en su ayuda postrera. En el peor de los casos, si ese conflicto europeo no llegaba a estallar, había que resistir para conservar una posición de fuerza disuasoria que pudiera obtener del enemigo las mejores condiciones posibles en la negociación de la capitulación o de los términos de rendición. En todo caso, la lógica de esa estrategia de proclamada resistencia numantina no estaba lejana de la que prescribía el texto bíblico en tiempos de combate: «Y si la trompeta da un sonido confuso, ¿quién se preparará para la batalla?»[184]. Y resultaba sumamente similar a la apelación a la resistencia a pesar de todas las dificultades practicada durante la Gran Guerra por Georges Clemenceau (uno de los líderes más admirados y citados por Negrín) y, posteriormente, por *sir* Winston Churchill durante la Batalla de Inglaterra en el verano de 1940[185]. A este respecto, cabe subrayar la práctica equivalencia y ocasional ligazón que se establecería entre la llamada a la resistencia republicana hecha por Negrín y la llamada a la resistencia británica («to stand up to Hitler», «to hold on against Hitler») hecha por Churchill. Por ejemplo, en su inspirado discurso de 18 de junio de 1940 en vísperas del inicio de la Batalla de Inglaterra:

> De ninguna manera quiero rebajar la severidad del sufrimiento que nos espera. Pero estoy convencido de que nuestros compatriotas se mostrarán dispuestos a aguantarlo y, como los bravos ciudadanos de Barcelona, serán capaces de resistir y seguir sus actividades, como mínimo tan bien como cualquier otro pueblo del mundo. Si podemos oponerle resistencia (a Hitler), toda Europa quizá sea libre […]. Por lo tanto, aferrémonos a nuestro deber y resistamos, para que, si la Commonwealth y el Imperio Británico duran mil años, los hombres puedan decir: «Ese fue su mejor momento»[186].

Justo al terminar la guerra civil, ya en el exilio parisino, Negrín reconocería oficialmente, por primera vez, la doble perspectiva que había animado su política de resistencia como única vía transitable al margen de la rendición sin condiciones con todas sus implicaciones inasumibles por dramáticas:

> Resistir, ¿para qué? ¿Para entrar triunfalmente en Burgos [sede oficial del gobierno franquista]? Nunca hemos hablado ni pensado en ello. Señores, proclamar una política de resistencia implica el confesar que no se cuenta con medios para aplastar al enemigo, pero que causas superiores obligan a luchar hasta lo último, y para ello es necesario estimular y alentar el ánimo bélico de los combatientes. […] Había que resistir también para no perecer,

> porque era ciego el que no viera que el triunfo de nuestros enemigos significaba el aniquilamiento de todos los que estaban luchando a nuestro lado. Había que salvarles, por ellos pero también por el interés de España, ya que si nosotros hubiéramos triunfado no se hubiera seguido una política de represalias ni de persecuciones […] Esto era lo que constituía la base de la política de resistencia[187].

Mucho antes de ese reconocimiento público, con ocasión de su visita a Ginebra en septiembre de 1937, Negrín había confesado a otro dirigente socialista afín, Juan Simeón Vidarte, esa doble base de resignación y esperanza implícitas en su política de resistencia a ultranza:

> Aunque me ve aparentando optimismo, no creo que saquemos nada práctico de la reunión de la Sociedad de Naciones. Alemania, Italia y Portugal seguirán ayudando descaradamente a Franco y la República durará lo que quieran los rusos que duremos, ya que del armamento que ellos nos mandan depende nuestra defensa. Únicamente si el encuentro inevitable de Alemania con Rusia y las potencias occidentales se produjese ahora, tendríamos posibilidades de vencer. Si esto no ocurre, solo nos queda el luchar hasta poder conseguir una paz honrosa[188].

En ambas contingencias hipotéticas (la ilusión de la salvación por ayuda exterior o la resignada búsqueda de condiciones de capitulación), la estrategia de resistencia formulada por Negrín implicaba dos exigencias correlativas e interconectadas. En el plano exterior, exigía conservar intacto el único y vital apoyo militar y diplomático disponible para la República: el que prestaba la Unión Soviética. No en vano, como le preguntaría Vidarte al presidente Azaña en el verano de 1937: «¿si las armas no vienen de Rusia de dónde pueden venir?»[189]. En el plano interno, imponía la colaboración inexcusable con el reforzado y disciplinado PCE y su integración como uno de los pilares de la resistencia republicana, sobre todo teniendo en cuenta el contraste ofrecido por la persistente división socialista, el desconcierto anarquista y las limitaciones de los partidos republicanos. En todo caso, ese pilar de la resistencia que suponía el PCE habría de estar, en la concepción de Negrín, contrarrestado y equilibrado por otros dos pilares igualmente cruciales: el PSOE reunificado en torno al programa gubernamental y los militares profesionales que estaban dirigiendo la nueva estrategia bélica defensiva. Sobre esa tríada de apoyos y soportes esperaba el nuevo jefe de

gobierno construir y sostener su política de resistencia y supervivencia de la república democrática.

Habría de ser básicamente en este ámbito interno donde la estrategia política negrinista acabaría naufragando irremisiblemente, incapaz de frenar el sistemático deterioro de las posiciones militares, de las condiciones materiales de existencia y de la moral política del bando republicano. Y ello a pesar de que, en esa crucial dimensión militar, Negrín contó siempre con el concurso inexcusable de su principal asesor en temas bélicos: el entonces coronel Vicente Rojo. De hecho, nada más hacerse cargo del ejecutivo, Negrín aprobó con entusiasmo la decisión de Prieto de convertir a Rojo en Jefe del Estado Mayor Central, convirtiéndole así en el verdadero artífice de la defensa militar republicana[190]. Era la primera de una serie de medidas de reorganización del Ejército Popular destinadas a aumentar su eficacia y centralización, al igual que la constitución del Consejo Superior de Guerra (compuesto por el presidente, los ministros de Defensa, Obras Públicas, Justicia y Agricultura, así como los jefes del Estado Mayor Central, y de los Estados Mayores de la Marina y del Aire)[191].

Asumiendo la superioridad material del enemigo y las dificultades propias de abastecimiento, la estrategia militar diseñada por Rojo y aprobada por Negrín trataba de ganar tiempo y conjurar la lenta derrota final mediante una serie de inesperadas ofensivas de distracción en frentes secundarios, todas ellas encaminadas a aliviar la continua presión del avance franquista en el frente principal de sus ataques. Rojo ya había formulado y aplicado esa estrategia durante las batallas en torno a Madrid, donde por vez primera se había enfrentado al empuje frontal del enemigo, y consideraba ahora necesario su adopción como línea directriz de la resistencia militar republicana: «la mejor solución era actuar sobre el atacante con una acción inesperada y en un punto muy sensible»[192]. El 31 de mayo de 1937, en uno de sus primeros informes «al Consejo de Ministros», Rojo enunciaba los principios básicos de una estrategia militar plenamente acorde con los postulados político-diplomáticos de Negrín:

> Por ello las previsiones militares que es necesario hacer para continuar la guerra son dos: imponer en el interior una organización de los medios nacionales mucho más rigurosa en la producción y el consumo, cuya medida solo tiene carácter aleatorio pues fatalmente se

> llegaría a la carencia de alguna materia prima; y como medida más eficaz impulsar la acción diplomática para asegurar toda clase de abastecimientos por vía terrestre así como para lograr que cuando menos Inglaterra, Francia y Rusia impusieran el derecho a la libertad de tráfico y navegación de sus barcos. […]
>
> La situación actual, en tanto no se evite el apoyo que a los facciosos prestan los alemanes e italianos se resolverá desfavorablemente para nosotros.
>
> Como consecuencia de esta orientación (si se admite que subsista) es necesario *ganar tiempo*, economizar toda clase de medios en espera de la ayuda que podamos recibir y por consiguiente adoptar en las tropas de tierra y de mar una actitud defensiva fuertemente organizada y mantener en el aire la ofensiva.
>
> La defensiva debe preverse primero en la línea actual de los frentes perfeccionándola y corrigiéndola con idea de resistir en ella a toda costa y en segundo lugar crear una segunda línea que constituyese la defensa decisiva […].[193]

En consonancia con esa estrategia, el Ejército republicano emprendió sucesivamente la ofensiva de Brunete en julio de 1937 (para retrasar el ataque sobre Santander), la de Belchite en agosto del mismo año (para frenar la inminencia de la caída de Asturias), la de Teruel en las navidades de 1937-1938 (para evitar la reanudación del ataque a Madrid tras la eliminación del frente norteño) y, finalmente, la del Ebro a finales de julio de 1938 (para detener el avance sobre Valencia tras la división en dos de la zona republicana con la ocupación franquista de Vinaroz).

La primera noticia militar adversa y dolorosa recibida por Negrín como jefe de gobierno fue la crucial caída de Bilbao en manos franquistas (19 de junio de 1937). Era una pérdida muy sensible porque significaba el control enemigo de la crucial industria siderúrgica y minera vasca, así como la acentuación del asedio sobre la aislada bolsa republicana norteña de Santander y Asturias. Rojo no ocultó a sus superiores ese carácter negativo de la eliminación del frente bilbaíno desde «el punto de vista moral» y, todavía más, en el plano económico y diplomático:

> Las consecuencias internacionales serían también de gran alcance. Ante el desnivel que desde el punto de vista industrial se presentaría entre las fuerzas propias y del enemigo, se destaca la necesidad de plantear de manera más apremiante la acentuación de la ayuda exterior[194].

La pérdida de Bilbao, además, ocasionó un primer «desplome» del ánimo de Prieto, ministro de Defensa y líder del socialismo vasco. Negrín hubo de rechazar su dimisión, ratificarle su confianza e insuflarle ánimos para seguir

en su puesto. Lo mismo hubo de hacer con Irujo, que «por orden de su partido, presentó la dimisión». Logró su propósito en ambos casos gracias a su propio poder de persuasión y a los buenos oficios de su subsecretario, José Prat, ante ambos dimisionarios[195]. Aunque fuera un logro a medias porque Prieto apenas ocultaba en público (para vivo desagrado de Rojo y de Negrín) su tremendo pesimismo por «una catástrofe colosal» y llegaría a declarar ante un ya convencido presidente Azaña su convicción de que «la guerra se va a perder»:

> No puede decirse. No hay más que aguantar hasta que esto se haga cachos. O hasta que nos demos de trastazos unos con otros, que es como yo he creído siempre que concluiría esto[196].

En esa primera adversidad militar y política ocasionada por la pérdida de Bilbao y el «repente» de Prieto, Negrín desplegó lo que iba a ser su principal característica como gobernante: «la serenidad ante aquel desastre» y la negativa a que se le apreciase en público «un momento de desfallecimiento de su valor físico, ni de su inmenso valor moral». Por el contrario, el golpe de la caída de Bilbao fue para él «un formidable estímulo para preparar un contragolpe al enemigo, hasta que llegase el momento de poder tener superioridad de armas»: la ofensiva de Brunete que habría de dar comienzo el 6 de julio[197]. Esa voluntad de superación de las adversidades se apreció igualmente en su insólita propuesta ante el consejo de ministros que reunió en su casa de Náquera con motivo de la caída de Bilbao: solicitó autorización para viajar en persona por avión al frente norte para infundir moral y ánimo a los combatientes retirados a Santander y Asturias. El propósito «fue desaconsejado por los ministros, a propuesta de Prieto, que estimó que, en todo caso, era a él a quien le correspondía hacer el viaje»[198].

Negrín, en compañía de Prieto, acudió a Madrid a principios de julio de 1937 para estar presente en el inicio de las operaciones de lo que habría de ser «la primera operación ofensiva ejecutada por los republicanos» (Blanco Escolá), diseñada y dirigida por Rojo como nuevo jefe del Estado Mayor. A su regreso a Valencia, conferenció con Azaña y le manifestó su satisfacción por la operación «porque demuestra el progreso del ejército y la seguridad de que se perfecciona su poder ofensivo». También expresó su contento por

el papel desempeñado por Rojo, al que calificó de «muy trabajador, competente, silencioso, disciplinado». Sin que por ello dejara de aludir al segundo grave problema que aquejaba a las fuerzas militares republicanas después de su escasez de material bélico: «Nuestra mayor dificultad es la falta de mandos. No hay jefes bastantes para mover tales masas de gente»[199]. La reacción del presidente Azaña ante esas noticias fue para Negrín una primera comprobación directa del escaso optimismo y confianza en la suerte de las armas que iría separando a ambos interlocutores en el futuro: «Tengo mala impresión sobre el conjunto de la guerra y sobre la famosa ofensiva (de Brunete)». También fue la primera ocasión en la que el presidente llamó la atención a su jefe de gobierno por su recurrente costumbre de acudir a los puntos más expuestos del frente de batalla para conocer *in situ* la marcha de las operaciones con todos los peligros implícitos:

> —No me parece bien que el jefe del Gobierno haga esas cosas, ni que se exponga inútilmente. Ya sé la locura que hicieron ustedes en Villanueva de la Cañada. En serio: acúerdese usted de su representación y de su responsabilidad.
>
> —No pasa nada. Y aunque me ocurriese algo: ¡cuántas cosas me quitaría de encima!
>
> —¡Vaya! Eso es fatiga; duerma usted más. Y no se me derrumbe[200].

La singular conversación entre Azaña y Negrín en aquel mes de julio de 1937 revelaba un grado de afecto mutuo y complicidad política sincero y franco. También revelaba la muy diferente actitud psicológica entre ambos personajes que acabaría tiñendo meses después de desconfianza y recelo sus relaciones personales e institucionales. Como anotaría Azaña por aquellos mismos días veraniegos, no había dejado de notar «el contraste entre sus sombríos presentimientos y la tranquila confianza de Negrín». Prieto, que compartía «el pesimismo» presidencial, explicó en esas mismas fechas a Azaña algo que este no acababa de creer: «La confianza de Negrín no es fingida. Cree lo que dice». Y aún así no dejó de llamar la atención de Azaña sobre un dato físico bien comprobable: «Sin embargo, ha encanecido. ¿No lo ha notado usted?». El presidente sí lo había notado: su jefe de gobierno envejecía aceleradamente desde que había tomado posesión de su cargo. Y había motivos para ese cambio: sus viajes por el frente y las preocupaciones

militares y diplomáticas le impedían dormir bien y le causaban gran desgaste físico y psicológico. El 22 de julio de 1937 se presentó ante Azaña después de haber recorrido en secreto el frente aragonés (en vísperas de la ofensiva de Belchite) y el presidente quedó sorprendido del cambio físico operado en Negrín: «Estaba molido, y un poco aplanado. Me confesó que no había logrado dormir las dos noches anteriores». Aun así, Negrín se mostró optimista y esperanzado en un cambio de la situación internacional que viniera a aliviar la coyuntura militar. Con una delicadeza que posteriormente habría de ahorrarse, Azaña le reprochó que, públicamente al menos, no diera muestras de tormento e incertidumbre. La respuesta de Negrín parecía recordar la máxima bíblica sobre el necesario sonido firme del clarín para animar al combatiente: «Sí, señor, y mucho (me atormento). Por eso no duermo. Disimulo y me callo por no atormentar a los demás»[201].

Al margen de atender a la crucial dimensión militar de su gestión política, apenas asumida la jefatura del gobierno Negrín hubo de hacer frente a otros graves problemas pendientes: la tensión política generada por el crecimiento del PCE y la actividad de la NKVD; la situación planteada por los restos de poder anarquista en la forma del Consejo de Aragón; el conflicto generado en Cataluña por la ampliación unilateral de competencias practicada por la Generalitat; y la necesidad de articular una política exterior acorde con la nueva coyuntura política republicana y su pretensión de evitar la derrota y alcanzar la victoria. En esos cuatro frentes problemáticos, Negrín contó inicialmente con el apoyo sin fisuras del presidente de la República y de su gabinete. No en vano, Azaña había recibido al gobierno en pleno al día siguiente de su constitución y había emplazado en público a Negrín a abordar todos esos asuntos en mayor o menor medida y con la urgencia necesaria: «la política de Orden Público», «hay que suprimir el Consejo (de Aragón)», «la situación de Cataluña», «el motivo de que Ginebra, secundando la política británica, se desentienda de nuestro pleito»[202].

Los efectos disolventes de la agresiva política proselitista del PCE exigieron la atención prioritaria de Negrín apenas un mes después de su toma de posesión. El 16 de junio de 1937 la policía detuvo legalmente en

Barcelona a Andrés Nin y a otros siete dirigentes del POUM por su responsabilidad en los incidentes armados de mayo. Trasladados a Madrid (Nin a una prisión en Alcalá de Henares), contra todos ellos se abrió un proceso por el recién creado Tribunal Especial de Espionaje y Alta Traición. El 22 de junio Nin fue sacado de la prisión alcalaína por un grupo a las órdenes de la NKVD dirigido por el general Orlov y fue transferido irregularmente a un chalé en la periferia de la villa que era propiedad de un militar comunista muy destacado, el general de aviación Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe del Estado Mayor del Aire. Allí fue torturado y asesinado sin dejar rastro del cadáver[203].

La conmoción provocada por el secuestro y desaparición de Nin fue inmediata y se reflejó en la prensa nacional e internacional con acusaciones directas a la policía secreta soviética como máximo responsable. Negrín tuvo que atender las demandas públicas y diplomáticas de explicaciones sobre el paradero de Nin con la convicción de que su asesinato había sido obra de la NKVD y estaba conectada con las purgas «antitrotskistas» ejecutadas en Moscú paralelamente (y extendidas por agentes soviéticos a otras partes del mundo). Las investigaciones emprendidas por los ministros Zugazagoitia desde Gobernación e Irujo desde Justicia así se lo demostraron, a pesar del desmentido del PCE y de su afirmación de que Nin había huido a Berlín porque era un espía nazi y un traidor al antifascismo. El consejo de ministros reunido en Valencia los días 14 y 15 de julio de 1937 se convirtió en una verdadera lucha entre los dos ministros comunistas y sus colegas de Defensa, Gobernación y Justicia, con el respaldo del resto, a propósito del «caso Nin» y de la petición de responsabilidades políticas y penales por su desaparición y probable asesinato. Hernández, «con un tono desacostumbradamente duro y directo» amenazó con «causar una crisis gubernamental» contra lo que entendía que era «un intolerable ataque antisoviético» y exigió a Negrín que «ponga fin a esas sucias intrigas contra la Unión Soviética». Prieto replicó con la misma rotundidad que «no quiero tener comunistas entre mis propios subordinados, porque el comunista no es un ser humano, sino un partido, una línea». Negrín, según el servicio secreto soviético, «habló excitada y fogosamente», «adoptó una posición bastante indefinida», «trató de suavizar la situación» y pidió reiteradamente

«paz y una resolución amigable del conflicto». El presidente del gobierno había adoptado una «política de equilibrio» entre comunistas y el frente anticomunista, («siempre procura eliminar la fricción y los conflictos») y se mostraba decidido a evitar la ruptura de la coalición gubernativa recién estrenada en consonancia con la gravedad de la situación militar[204]. No en vano, en ese mismo momento, Negrín estaba solicitando a la URSS un aumento de las remesas militares necesarias para abastecer el frente madrileño y el norteño, así como una consideración favorable de su petición de abrir un primer crédito soviético que hiciera innecesaria la continuidad de la venta del oro:

> Mi querido embajador y camarada:
>
> Antes de salir para Madrid le transmito el encargo que me ha hecho el Ministro de Defensa de que le ruegue insista cerca de su Gobierno sobre la absoluta necesidad de acelerar el envío de material, muy especialmente de aviación, que ha de ser considerablemente incrementado, dado el desgaste que sufre en la actual lucha y nuestra evidente inferioridad numérica.
>
> Me permito al mismo tiempo suplicarle gestione cerca del camarada Grinko (comisario de Finanzas de la URSS) que atienda con la mayor rapidez posible la petición de fondos que por conducto de nuestro Embajador en Moscú (el doctor Pascua) le he dirigido, pues nuestra situación en disponibilidades de divisas es agobiante y pudiera de prolongarse ser peligrosa[205].

En atención a esos imperativos supremos, Negrín adoptó en esa crisis, y mantendría hasta el final de su mandato, esa «política de equilibrio» y búsqueda de la unidad y evitación de las fricciones entre el PCE y los restantes partidos y fuerzas políticas republicanas. Los grupos y líderes decantados frente a la deriva hegemónica del PCE no siempre entenderían totalmente el motivo de su conducta arbitral, mediadora y conciliadora. Y tampoco los comunistas, como permite comprobar el reproche amargo que le dedicaron los máximos líderes de la Comintern en España: «Se veía reducido, pues, a resolver los problemas haciendo continuas concesiones a los distintos partidos y a los distintos políticos» y buscando «un compromiso entre las acertadas propuestas comunistas y las exigencias de nuestros adversarios» (Togliatti); «hizo concesiones a los socialistas, republicanos y anarcosindicalistas a costa del Partido Comunista» e «intentó maniobrar permanentemente entre los partidos» (Stepánov)[206]. En

todo caso, muchos otros líderes políticos sí entendieron los imperativos y la fuerza motriz que inducía a Negrín a contemporizar entre ambos grupos como única vía para sostener una mínima base de unidad en el gobierno y en la retaguardia. Su discípulo y colaborador, el doctor Rafael Méndez, así lo reconocería y su testimonio es un buen ejemplo del nuevo sector político transpartidista que acabaría siendo la base heteróclita del «negrinismo» político:

> Y don Juan Negrín llevaba el juego de permitirles (a los comunistas) todo lo que era tolerable, primero porque eran buenos combatientes; segundo porque la Unión Soviética era nuestra única fuente de aprovisionamiento de material de guerra. Yo seguía, por devoción y por convencimiento, la línea de mi maestro y jefe político. Pero la situación se tornaba a veces compleja[207].

El resultado de esa política de arbitraje, mediación y equilibrio conciliador fue la asunción por Negrín y su gabinete de la servidumbre de no poder dar cuenta en público del paradero real de Nin, permitiendo así que circulara la peregrina idea de que había sido «raptado por cuenta del espionaje alemán y la Gestapo» (como le confesó a un incrédulo Azaña el 22 de julio)[208]. La realidad era más tenebrosa y dramática, como ha señalado Bolloten:

> La renuncia del ministro de Gobernación y de otros miembros del gobierno a actuar enérgicamente demuestra que, pese a su indignación inicial por la desaparición de Nin, no deseaban llevar la investigación hasta las últimas consecuencias —la denuncia de Alexander Orlov y sus estrechos colaboradores— por temor a enemistarse con la Unión Soviética, su único proveedor de armas y depositario del oro español[209].

También es cierto que esa renuncia al descubrimiento y castigo público de los máximos responsables de la NKVD y sus cómplices del PCE no significó pasividad de Negrín y su gobierno ante el grave incidente acaecido. El propio Hernández recuerda en sus memorias que Negrín, «con evidente enojo» y nada más conocerse el secuestro de Nin, le exigió en privado explicaciones por las «tropelías» cometidas «por la policía soviética»[210]. No en vano, el rapto e impune asesinato de un detenido legalmente custodiado significaba una verdadera afrenta al principio de respeto a la autoridad constituida y a los procesos judiciales con garantías que constituían la esencia misma de la reconstrucción de la autoridad estatal

bajo formato democrático. La comprobación de esa falta de respeto del PCE y la NKVD a la autoridad constituida y del grado de infiltración soviética en las filas policiales condujo a la destitución de Antonio Ortega, militante comunista y director general de Seguridad, por su cooperación con los agentes soviéticos (17 de julio). Fue sustituido por Gabriel Morón, un diputado socialista prietista que actuó decididamente contra los desmanes represivos irregulares. También condujo al estrechamiento de los controles para prevenir esas conductas en las filas policiales y militares. El 28 de junio de 1937 Prieto ordenaría la prohibición del «proselitismo» partidista entre los mandos y fuerzas militares (como la ya existente en Carabineros) e inició una reorganización del cuerpo de Comisarios para frenar y alterar la sobrerrepresentación adquirida por el PCE en el mismo[211]. Y, para mayor escarnio, los restantes detenidos del POUM pasaron a tener una custodia gubernativa segura y serían procesados con plenas garantías procesales. Irujo, con el apoyo expreso de Negrín y Azaña, veló por ello a pesar de asumir en público la posición gubernativa respecto al caso Nin:

> Mi tesis en estos momentos es la de que hay que ganar la guerra prescindiendo de todo lo que dificulte la victoria. Dentro de esta norma de gobierno, yo soy hombre liberal, republicano y defensor de los derechos individuales, que garantizan la seguridad de las personas y el derecho a ser juzgadas con arreglo a las leyes y por los tribunales competentes[212].

No habría repetición en España de los procesos de Moscú. El asesinato de Nin había hecho saltar todas las alarmas y los procesados serían juzgados con plenas garantías y finalmente absueltos, más de un año más tarde, del delito de traición y espionaje; no así del delito de rebelión contra la autoridad legalmente constituida. Como testigo de la defensa había sido convocado a declarar el entonces exministro Zugazagoitia, que acudió al tribunal con el visto bueno de Negrín y con una recomendación suya: «Lo único que importa al Gobierno y a mí es la verdad. Creo que debe usted comparecer y decirla»[213].

El caso Nin dejó una profunda huella en la política republicana porque por vez primera concitó contra los comunistas y su política proselitista y excluyente una oposición transversal fuerte y decidida a no ceder posiciones. Y su desenlace no fue precisamente favorable al PCE, como

atinadamente percibió un agente del servicio secreto soviético en su informe para Moscú del 22 de julio de 1937:

> El verdadero resultado de este conflicto, pese a los frutos positivos de la manifestación política de los ministros comunistas, es todavía desfavorable para el partido. Hay que sacrificar a Ortega, el puesto de jefe de seguridad será asumido, al parecer, por un socialista del grupo de Prieto, y la lucha contra los trotskistas y otras fuerzas contrarrevolucionarias irá mucho más lentamente y con mayores dificultades que hasta ahora[214].

En efecto, aparte del carácter sintomático del desenlace del proceso del POUM, la gestión de Prieto y Zugazagoitia, con el visto bueno de Negrín y del resto de los ministros, tuvo un éxito relevante a la hora de frenar el ascenso de oficiales comunistas en las filas militares y policiales. Ese freno puso fin a la pretensión del PCE de lograr la hegemonía indiscutida en las fuerzas armadas y de seguridad del Estado republicano, la premisa indiscutida para tratar de convertirlo en una prefiguración de las «democracias populares» de Europa oriental después de 1945 (solo configuradas bajo la supervisión del Ejército Rojo vencedor del nazismo). Tal es el juicio de una fuente tan poco sospechosa de prorrepublicanismo como es el general Ramón Salas Larrazábal. A la hora de estimar esa supuesta supremacía del PCE en las filas republicanas a finales de 1937, el ilustre historiador militar y excombatiente en las filas franquistas anotaba:

> La infiltración comunista no fue lo suficientemente amplia como para teñir definitivamente de rojo a las fuerzas armadas, pero fue lo bastante intensa como para producir una rencorosa reacción de las restantes facciones políticas que no habían quedado reducidas ni sometidas y que se iban cargando de un resabio anticomunista intenso que rompía la unidad del Ejército. Todavía el odio común al enemigo y el afán de victoria suponía un nexo lo suficientemente intenso como para mantener la cohesión y la moral, pero si alguno de esos dos incentivos se debilitara aparecería poderoso un germen de descomposición que subyacía en tantos y tantos hombres y organizaciones que se sentían preteridos o humillados[215].

Un juicio similar avanza otro especialista en el Ejército Popular de la República, el hispanista Michael Alpert, por lo que respecta a las fuerzas de seguridad y policiales:

> En los Carabineros y la policía, un documento interno del PCE que analiza el reclutamiento en esas fuerzas, observa que el partido había conseguido pocos éxitos entre los hombres que

> ya formaban parte del Cuerpo antes de la guerra y que tampoco tenía mucho éxito entre los nuevos oficiales. En el importantísimo Servicio de Inteligencia Militar (SIM), el autor del documento del PCE comentaba que a los pocos comunistas que allí estaban les hacían los socialistas la vida imposible. En Madrid, los jefes de nueve de los catorce grupos de Seguridad eran comunistas, lo cual no era excesivo dada la fuerza del partido en la ciudad, su liderazgo de la guerra y su primacía en abogar por el restablecimiento de métodos policíacos legales en lugar de las bandas irregulares de control favorecidas por otros grupos[216].

El caso Nin también tuvo un efecto crucial sobre la actitud de Negrín y su concepción de la entidad y carácter de la ayuda soviética, así como de los peligros internos que podía conllevar y de hecho conllevaba. Una cosa es que el pragmatismo político indujera al jefe de gobierno a renunciar a la ruptura con la URSS por causa del paradero de un líder revolucionario nada apreciado (al modo como Churchill y Roosevelt durante la Segunda Guerra Mundial tendrían que asumir la falacia de que el asesinato de millares de oficiales polacos en el bosque de Katyn en 1940 había sido un crimen alemán y no soviético)[217]. Y otra cosa es que no comprendiera que esa actuación ilegal y encubierta por parte de la NKVD suponía una intromisión intolerable en la soberanía nacional y ponía seriamente en cuestión la declarada lealtad del PCE a la causa democrática republicana. Como mínimo, la experiencia del caso Nin acentuó en Negrín ese trasfondo de «reserva profunda» hacia los soviéticos y los comunistas que tantos colaboradores suyos han mencionado en sus memorias[218].

Aunque nunca se hicieron públicas, Negrín dejó escritas antes de su muerte unas notas mecanografiadas sobre «el caso Nin» que revelan que mostró a las autoridades soviéticas su desagrado y disconformidad con esa actuación[219]. Ante todo porque el incidente, ocurrido apenas un mes después de su toma de posesión, desmentía su pretensión de que el nuevo gobierno significara el final de «los desmanes que habían venido sucediéndose desde el comienzo de la guerra». Por eso mismo, según sus notas inéditas, «estimulé al Ministro de la Gobernación, señor Zugazagoitia, para que con celeridad y por todos los medios hábiles diera con el paradero de Nin». El único límite impuesto a esas averiguaciones fue que pudieran poner «en peligro el éxito de la guerra». En ese caso, declaró a sus colegas de Justicia y Gobernación, «yo prefería asumir la responsabilidad de mantener secreto el resultado hasta el final de la contienda, sin perjuicio de

sancionar debidamente a los que fueran responsables y exigir el castigo de los que no estuvieran bajo nuestra jurisdicción». En su escrito, Negrín desmiente que presionara «para que los tribunales no cumpliesen con su deber» y pone como testigo de su imparcialidad a Irujo y a Zugazagoitia. Y también declara que a fines de julio de 1937 recibió una visita oficial del general Orlov en la que este le explicó los detalles de la «evasión» de Nin y su paso a la zona franquista, según las pruebas halladas por el servicio secreto soviético (carnets falangistas, escapularios, etc.). La reacción de Negrín fue como sigue:

> Le oí imperturbable, sin hacer una sola pregunta. Al terminar me miró con gesto interrogativo. Le rogué me entregara la documentación y así lo hizo. Ante mi silencio me preguntó si estaba satisfecho de que el asunto quedara liquidado y le advertí que no era a mí sino a las autoridades competentes, que habrían de examinar el expediente, a las que correspondería dar un dictamen, después de las comprobaciones necesarias. Insistió en si yo no estaba satisfecho y convencido y si necesitaba alguna ampliación. Respondí, sobre poco más o menos: Mire U. Señor Consejero, yo no entiendo de estos, pero puesto que a U. le interesa mi pensamiento voy a decirle que de vez en cuando he leído novelas detectivescas y que la prueba que U. me somete es demasiado contundente para que me parezca verosímil. Como movido por un resorte se puso en pie y con gesto irritado me dijo: Está U. ofendiendo a la Unión Soviética. Muy calmoso levanté la cabeza y le pregunté: ¿Qué dice U.? —Que acaba U. de ofender a la Unión Soviética. Me levanté y sin alterar la voz repuse:
>
> Señor Consejero, olvida U. donde está y que habla con el Jefe del Gobierno de la República Española.
>
> La puerta distaba unos tres metros. Me dirigí hacia ella, la abrí y con un gesto le invité a retirarse.

El relato de Negrín sobre el incidente con Orlov (no confirmado ni desmentido por este en sus memorias y testimonios), tuvo un desenlace a tono con la política de ocultación pública del asunto y minorización de efectos disolventes. Aquella misma tarde, el entonces representante diplomático soviético en Valencia (Marchenko) le visitó para disculparse por la gestión de Orlov y ofrecerle su retirada de España. Negrín aceptó la disculpa por «un exabrupto atribuible al estado de tensión nerviosa del señor Orlov» y aceptó considerar «el incidente como liquidado». Formalmente así sería, en efecto.

Mientras abordaba «el caso Nin» con la vista puesta en la preservación de la unidad y persistencia de su gabinete, Negrín también hubo de atender

al problema planteado por la oposición anarcosindicalista a su gobierno y, sobre todo, por la práctica autonomía de las autoridades anarquistas que controlaban el Consejo de Aragón presidido por Joaquín Ascaso[220]. La necesidad de acometer la disolución del órgano libertario que había impulsado la mayor oleada de colectivizaciones agrarias al compás del arribo de milicias confederales catalanas fue aprobada por el gabinete ya el 12 de julio de 1937 y presentada a Azaña para su ratificación. Su puesta en marcha urgía tanto por razones políticas como militares. No en vano, caído Bilbao (19 de junio) y a punto de extinguirse la batalla de Brunete, Rojo había propuesto a Prieto y Negrín operar antes de fines de agosto en aquel frente inactivo «para sorprender al enemigo» y retardar el inicio de la inminente ofensiva sobre Santander. Rojo visitaría de incógnito la zona escogida para el ataque, a veces en compañía del propio Negrín, para aquilatar las posibilidades de éxito de una operación que sería la segunda ofensiva asumida por el Estado Mayor Central. Quedó muy impresionado del retraso de «la obra de reorganización»: «la mayor parte de las unidades conservaba una estructura netamente política y miliciana» y «una quietud impropia de la guerra dominaba en aquel sector»[221].

Acuciado por la necesidad de solventar el obstáculo político que impedía el previsto ataque, el 10 de agosto de 1937 Negrín decretó la disolución del Consejo de Aragón y nombró a un republicano de izquierda, José Ignacio Mantecón, como nuevo gobernador general de la región. El preámbulo del decreto (redactado por Zugazagoitia y revisado por Negrín) era una verdadera declaración programática de su gobierno y una implícita crítica acerba de la gestión libertaria en la zona:

> Las necesidades morales y materiales de la guerra exigen de manera imperiosa ir concentrando la autoridad del Estado, de suerte que pueda ser ejercida con unidad de criterio y de propósito.
>
> La división y subdivisión del poder y sus facultades ha entorpecido en más de una ocasión la eficacia de acciones que, aun siendo puramente administrativas en su origen, tienen, como no puede ser menos, repercusión profunda en los negocios de la guerra.
>
> La región aragonesa, capaz, por el temple de sus hombres, de más altas contribuciones humanas y económicas a la causa de la República, padece con mayor rigor que ninguna otra los efectos de la dispersión de la autoridad, de donde se sigue un daño al interés general que urge reparar para que cesen sus nocivos efectos.

> El Consejo de Aragón, cualesquiera que hayan sido sus esfuerzos, no ha alcanzado a remediar el mal.
>
> En tanto que el resto de la España leal va centrándose en una nueva disciplina hecha de responsabilidades y eficacias, de la que en muchos casos no está ausente el sacrificio, Aragón permanece al margen de esa corriente normalizadora a la que deberemos, en buena parte, la victoria que nos está prometida.
>
> El Gobierno estima, al disponerse a acudir en remedio de la crisis de autoridad que advierte en Aragón, que solo alcanzará su propósito concentrando el poder en sus manos[222].

La aprobación oficial de la medida fue coetánea del envío a la región aragonesa de la 11 División del Ejército de Maniobras, a cuyo frente estaba el teniente coronel Líster (notorio líder miliciano del PCE). Sin apenas resistencia de entidad, las fuerzas militares no solo velaron por la implantación de las nuevas autoridades, sino que destituyeron a los mandos cenetistas (encarcelando a Ascaso, «acusado de robar joyas») y tutelaron la devolución de la tierra colectivizada a los pequeños y medianos propietarios agrarios. La favorable resolución de lo que pudo haber sido una grave crisis similar al mayo barcelonés fue recibida por Azaña con íntima satisfacción: «Esa medida es lo mejor de cuanto ha hecho hasta ahora este Gobierno»[223]. Y fue asumida por los anarquistas con grandes dosis de resignación y bastante resentimiento (sobre todo hacia el PCE). Mariano R. Vázquez escribió dos cartas angustiosas a Negrín protestando porque la CNT es quien «recibe todos los palos». Pero esa protesta no anticipaba ningún cambio político sustancial porque, según el mismo líder, «renunciamos pues, a todo, menos a perder la guerra»[224]. De hecho, protestas aparte, el movimiento libertario seguía intentando volver al gobierno y no estaba dispuesto (ni tenía capacidad) para resistir por la fuerza una operación militar que podría poner en cuestión el lanzamiento de la ofensiva destinada a ayudar al frente republicano norteño en su desigual lucha contra las tropas franquistas.

Normalizada la situación en el Aragón republicano, la retrasada ofensiva de Belchite pudo finalmente iniciarse el 23 de agosto de 1937 y consiguió algunos éxitos parciales. Pero no logró su objetivo básico de poner en cuestión la seguridad de Zaragoza, que fue defendida por las tropas remitidas por Franco desde el frente norte sin debilitar por ello de manera significativa su avance sobre Santander. Había sido «una victoria

pírrica» (terminó el 7 de septiembre) y había vuelto a poner de manifiesto los dos talones de Aquiles del Ejército dirigido por Rojo: «Se sabe combatir en posiciones pero no maniobrar» y «el más grave de los inconvenientes: el de (la escasez de) las municiones»[225].

La resolución del problema libertario aragonés en agosto de 1937 había tenido lugar al mismo tiempo que Negrín debía atender la espinosa cuestión planteada a su política de centralización estatal por la práctica semiindependencia en la que habían actuado los gobiernos autónomos vasco y catalán desde el comienzo de la guerra civil. En el caso vasco, para entonces esa situación había sido solucionada por la peor de las vías imaginables: la ocupación total del País Vasco por las victoriosas tropas de Franco. Pero tal derrota no había acallado las diferencias entre el ejecutivo presidido por José Antonio Aguirre y el gobierno central. De hecho, aparte de la rendición incondicional y unilateral de las tropas del PNV ante los italianos en la localidad santanderina de Santoña (26 de agosto de 1937), Aguirre se había trasladado a Barcelona y allí empezaba a culpar a la pasividad del gabinete central de la derrota de sus propias fuerzas. Ese sería el eje argumental de su explicación al gobierno de Negrín y al presidente Azaña contenido en su denso *Informe sobre los hechos que determinaron el derrumbamiento del frente del Norte*:

> Euzkadi cayó porque fue absolutamente abandonada por quienes debían haberla ayudado. ¿Que el Gobierno de la República no podía hacer más? Yo respondo diciendo que sí, si hubiese sido un Gobierno de un Estado organizado. Y la desorganización del Estado es culpa de sus propios Gobernantes que no tuvieron autoridad para imponerse a los excesos y ensayos de todas clases a los que se dedicaron los dilectantes de la revolución. […]
>
> Pedimos mandos y no nos enviaron. Pedimos aviones y no podían llegar a Euzkadi. Instauramos un orden, se batían las fuerzas con sacrificio, y el desorden estallaba en Barcelona en lucha sangrienta por las calles. […]
>
> No hace falta sino considerar que mientras los soldados vascos derrramaban su sangre, no existía ni siquiera el Ejército del Este y los soldados republicanos en algún sector de este Ejército jugaban al fútbol. […]
>
> ¿Qué se hizo por el Gobierno de la República durante los tres meses que el pueblo vasco derramó abundamentemente su sangre? Ni una ofensiva que descongestionase aquel frente, ni un esfuerzo solemne por parte de la escuadra para romper el bloqueo, ni un gesto de la aviación presentándose allí en masa[226].

La falta de lealtad militar que supuso la rendición de Santoña, así como las acusaciones de Aguirre justificando el colapso de sus tropas, causaron no poco enojo en Negrín (y en el resto de los políticos republicanos). De hecho, el alegato de Aguirre obliteraba su propia resistencia a subordinar su política militar y económica a la dictada por el gobierno central, así como la imposibilidad por parte de este de llevar a cabo operaciones en el frente del Este (Aragón) mientras allí tuvieran su control los libertarios que también dominaban en Cataluña (nominalmente en coalición con los nacionalistas catalanes de ERC, hermanados con el PNV). Negrín tuvo ocasión de manifestar su disconformidad con esas manifestaciones de Aguirre cuando este acudió a Valencia a cumplimentar al presidente Azaña el 18 de julio de 1937, con motivo de su discurso en el Ayuntamiento de la ciudad con ocasión del primer aniversario del inicio de la guerra civil. Diez días más tarde, Azaña recibía de Negrín la primera de sus luego recurrentes filípicas contra los «tiquismiquis» de los gobiernos autónomos y su incapacidad para comprender la necesidad de concentrar el mando y los recursos para librar la «guerra total» en curso. También era la primera vez que Negrín mostraba a Azaña la profundidad de su convicción nacionalista española y el consecuente recelo ante unas fuerzas socio-políticas que no dudaban en aprovechar la coyuntura bélica para modificar el marco constitucional y estatal por la vía de los hechos consumados:

> Aguirre no puede resistir que se hable de España. En Barcelona afectan no pronunciar siquiera su nombre. Yo no he sido nunca lo que llaman españolista ni patriotero. Pero ante estas cosas, me indigno. Y si esas gentes van a descuartizar a España, prefiero a Franco. Con Franco ya nos las entenderíamos nosotros, o nuestros hijos, o quien fuera. Pero esos hombres son inaguantables. Acabarían por dar la razón a Franco. Y mientras venga pedir dinero, y más dinero[227]…

En todo caso, si las disputas de Negrín con el gobierno autónomo vasco eran ya a título de inventario (puesto que no ejercía poder real sobre ningún territorio ni población), otra cosa eran las desavenencias con el gobierno de la Generalitat presidido por Companys. Ahí se hallaba, según Vidarte, «uno de los más graves problemas que se encontró el gobierno del doctor Negrín»[228].

Apenas asumido el cargo, Negrín ordenó la constitución en Presidencia de un nuevo servicio administrativo titulado «sección de Regiones Autónomas» y encargado de los asuntos relacionados con la actividad gubernativa, legislativa y financiera de la Generalitat (y del Gobierno vasco mientras duró). Lo presidía José Prat, que ordenó hacer un seguimiento de «las normas y acuerdos de los boletines oficiales de esos gobiernos regionales» para detectar los muy abundantes incumplimientos estatutarios y constitucionales aprobados. También en el Ministerio de Hacienda constituyó una «comisión» específica el 18 de junio de 1937 para examinar «las soluciones más ventajosas o convenientes en cuantas cuestiones de índole económica o financiera» estuvieran pendientes entre el gobierno central y la Generalitat. El propósito de Negrín era hacer ese inventario para, cuando la ocasión lo permitiera, proceder a eliminar las extralimitaciones fehacientes al compás del proceso general de reconstrucción de la autoridad estatal y de recuperación de las funciones gubernativas centrales. Como Prat dejaría anotado: «La posición de Negrín era estrictamente constitucional y centralizaba la política exterior, la defensa y el orden público con toda firmeza»[229]. También era una posición exigida por la deteriorada coyuntura militar y recurrentemente demandada por Rojo y el Estado Mayor Central con tanta insistencia y premura:

> Que pase urgentemente todo lo referente a fabricación a la Subsecretaría de Armamento y Municiones.
>
> Gestionar de Cataluña que envíe mayor cantidad de tetramita. […]
>
> Recoger y controlar en Cataluña los importantes *stocks* de proyectiles terminados. […]
>
> Incautación y militarización de las industrias de automóviles. […]
>
> *La situación política en Cataluña y el control de Industrias*: Se acuerda proponer a V. E. que se haga lo posible por centralizar las industrias de guerra catalanas[230].

Una vez comprobada la firmeza de Negrín en su declarada política de centralización estatal, el gobierno de Companys (recién modificado el 29 de junio de 1937 ya sin presencia de cenetistas) trató de anticiparse a cualquier medida unilateral mediante el envío a Valencia de una comisión de tres consejeros para tratar de los contenciosos «bilaterales» pendientes: Carles Pi i Suñer (consejero de Cultura, alcalde de Barcelona y líder de ERC), Pere Bosch Gimpera (consejero de Cultura, rector de la Universidad de

Barcelona y líder de Acció Catalana) y Joan Comorera (consejero de Economía y líder del PSUC). Azaña recibió a la comisión el 3 de julio en su residencia de La Pobleta, a las afueras de Valencia, y no dejó de anticiparles con bastante franqueza que la época de «intromisiones y excesos de la Generalidad contra el Estado» se había terminado[231].

Las cuatro entrevistas celebradas por la comisión con Negrín a principios de julio de 1937 tampoco fueron «muy alentadoras» (en palabras de Pi i Sunyer). La primera fue «de cortesía» en la sede de la presidencia. La segunda, dos días después en el mismo lugar, tampoco permitió ir más allá de mostrar «nuestra buena disposición hacia el gobierno de la República» (otra vez según Pi i Sunyer) porque Negrín estaba abrumado por la atención a las operaciones militares en Belchite y el frente norteño. Y la tercera, celebrada un par de días más tarde y en la que participaron Negrín y los dos consejeros catalanistas, aún resultó «más decepcionante» para los emisarios de Companys. Negrín les llevó en su coche a una playa valenciana cercana (quizá la Malvarrosa) y, caminando por la arena al ritmo fuerte marcado por el mismo, escuchó la prolija exposición de los «problemas más importantes» por parte de sus acompañantes. Pero apenas interrumpía sus parlamentos, limitándose a escuchar «sin contestar» y «no decía nada». Todavía volvió a recibirles al día siguiente por cuarta vez antes de su regreso a Barcelona. Pero aunque Negrín «estuvo correcto, amable, hasta cordial», no hizo propuesta alguna ni respondió claramente a las cuestiones planteadas por sus interlocutores[232].

Negrín no respondía directamente a los ofrecimientos de los emisores de Companys porque, en esencia, no deseaba abrir un nuevo frente debilitador a su gestión de gobierno. Y porque, además, no estaba dispuesto a aceptar el compromiso político avanzado por la Generalitat: o mantenimiento del *statu quo* o suspensión acordada del Estatuto a cambio de mayor representación catalana y de ERC en el gobierno central. Su opinión sobre esta solución a los contenciosos pendientes fue confesada a Zugazagoitia poco antes de proceder a la disolución del Consejo de Aragón:

> Conozco la canción. He contestado que, mientras yo dirija la política, el Estatuto de Cataluña no será suspendido y mucho menos mediante un precio estipulado. No, nada de eso. El Estatuto de Cataluña tiene un marco y dentro de él deberá moverse el Gobierno de la

> Generalitat. Toda extralimitación le está terminantemente prohibida. Nada, pues, de contratos mercantiles. Cada poder en su esfera, de acuerdo con la Constitución[233].

Para intentar superar los desencuentros y avanzar en la resolución de los contenciosos, Negrín se trasladó en persona a principios de agosto de 1937 a Barcelona para entrevistarse con Companys y con su consejero de Hacienda, Josep Tarradellas. Los contactos directos tampoco permitieron avanzar demasiado. En la crucial reunión del 8 de agosto de la comisión mixta de Hacienda y Finanzas, Negrín solicitó que antes de aprobar «la discriminación de gastos» realizados por la Generalitat desde el inicio de la guerra, se procediera a aprobar, «aún cuando solo fuera a título provisional, una propuesta relativa a lo que esos anticipos (financieros del gobierno a la Generalitat) había de ser en lo futuro». La discrepancia sobre las fuentes, aplicaciones y medios de financiación del gobierno autónomo no eran el único escollo, desde luego[234]. Asumida por el gobierno la política de orden público y seguridad desde mayo de 1937, también estaba en cuestión el perfil de la política económica y de industrias de guerra aplicada autónomamente por la Generalitat, así como sus devaneos de política exterior. Negrín había emprendido la reorganización de las industrias de guerra con la constitución el 28 de junio de 1937 de tres delegaciones de la Subsecretaría de Armamento del Ministerio de Defensa (Centro, Norte y Cataluña). Tres meses después, en atención a las protestas catalanistas (las vascas carecían de sentido tras su rendición), la delegación de Cataluña sería sustituida por una Comisión de Industrias de Guerra con participación de cinco representantes gubernamentales y tres de la Generalitat. El retraso en la reorganización de ese aspecto vital y crucial para la marcha de la guerra solo era imputable a las dificultades políticas implícitas en esa medida inexcusable para hacer frente a la «guerra total»[235]. Con plena razón volvería Negrín contrariado y preocupado de Barcelona a Valencia el 9 de agosto. Suponía que la movilización de recursos humanos y materiales de la región catalana no estaba siendo lo completa y rápida que exigía la marcha de la guerra. Y otra vez Azaña fue receptor de una contrariedad que iba inclinando a Negrín a adoptar medidas más eficaces de control sobre la potencialidad económica de Cataluña en relación con el esfuerzo de guerra:

> El Presidente del Consejo, recién llegado de Barcelona, fue a contarme sus conversaciones con aquellos señores. La impresión de Negrín es desagradable. Muchas quejas de ellos por cosas menudas. Imposibilidad de concertar nada serio. Enredo, palabras, doblez. Negrín cree, como un descubrimiento, que Companys es hombre sin pensamiento, sin elevación alguna. Han elaborado un proyecto para el régimen de las industrias de guerra, con el propósito de alejar a todos los que hasta ahora han venido interviniendo en ellas[236].

Antes de terminar ese mes de agosto, Negrín volvía a quejarse ante Azaña de las dificultades encontradas para centralizar y movilizar los recursos económicos interiores en aras del esfuerzo bélico. Según el testimonio de Azaña, acariciaba «la idea de trasladar allí (Cataluña) todo el gobierno» en cuanto se diera una oportunidad favorable «de la situación militar». Y empezaba a acusar el cansancio por la «pequeña política» que estorbaba la adopción de medidas administrativas y estratégicas urgentes e imperiosas para evitar la derrota:

> En realidad, yo no gobierno. He tenido que aguardar unas cuantas semanas para hacer lo del Consejo de Aragón, tan urgente. Ahora es necesario que el Estado ponga mano en la industria catalana. ¡Qué de dificultades y de estorbos[237]!

La preocupación por las finanzas que soportaban la guerra y por la producción del armamento que hacía posible la resistencia eran también factores cruciales en la política exterior formulada por Negrín desde su acceso a la jefatura de Gobierno. De hecho, como señalarían varios testigos de la época y analistas posteriores, solo con Negrín la República empezó a tener «pulso firme en lo internacional»[238].

En efecto, una de las primeras medidas de Negrín tras asumir su cargo fue convocar a Valencia a todos los embajadores y representantes de la República para dictarles en persona las directrices diplomáticas del nuevo gobierno: Azcárate (Londres), Fernando de los Ríos (Washington), Ángel Ossorio y Gallardo (París), Jiménez de Asúa (Praga), Ruiz-Funes (Bruselas), Pascua (Moscú), etc. El 17 de junio de 1937, tras reunirse con la mayoría de ellos en privado, Negrín se dirigió a todos en conjunto «en un restaurante en pleno puerto de Valencia». Según las notas manuscritas tomadas por Azcárate, Negrín enunció ante los diplomáticos los grandes ejes de su gestión interna y exterior que se orientaban a conseguir un

objetivo básico y primordial: «Ganar la guerra. […] Ganarla sin compromisos ni pactos; nada de mediación. […] Victoria sin pactos ni compromisos!!». Y a esa finalidad debía subordinarse el «Plan de política internacional». Este se basaba en una premisa: la política de «No Intervención y control» era la causante de los mayores males de la causa republicana y debía ser modificada para que el gobierno pudiera recobrar el «derecho a comprar armas donde quiera o pueda». Ello requería seguir actuando sobre las dos grandes democracias europeas que habían inspirado esa política no intervencionista, a pesar de las dudas sobre la posibilidad de hacerles cambiar de rumbo: «Nada hay que esperar de Inglaterra» y «Francia, ¡más vale no hablar!». La resistencia militar debe contar en el plano diplomático con dos únicos «amigos: URSS y EE. UU.». Como añadiría Prat, presente en la reunión: «Negrín confiaba más en la ayuda de Rusia y de Estados Unidos […] con preferencia a Francia e Inglaterra»[239].

La atención directa por parte de Negrín a los asuntos diplomáticos estaba a tono con su convicción, expresada al inicio de la guerra, de que «nuestra guerra tenía una faceta internacional, decisiva para su resultado»[240]. Y se había intensificado a la vista de la crisis diplomática que sacudió Europa durante los meses de mayo, junio y julio de 1937, como resultado de la ofensiva diplomática alemana para enterrar el sistema de control naval y terrestre aprobado por el Comité de No Intervención apenas tres meses antes. Negrín no había dejado de percibir el carácter progresivamente más agresivo y peligroso de la actuación italo-germana en España y los crecientes temores de Francia y Gran Bretaña por la constitución del Eje Roma-Berlín y sus designios futuros continentales. Su esperanza residía en que esa intensificación de la deriva revisionista italo-germana pudiera inducir a la entente franco-británica a actuar resolutivamente en España como primer escenario y piedra de toque para la protección de sus intereses político-estratégicos. Mientras ese reconocimiento franco-británico de sus necesidades y obligaciones llegaba, la República no tenía más opción que resistir con el apoyo vital ruso, con el apoyo diplomático mexicano y con una política exterior destinada a despertar de su letargo a las grandes democracias europeas y al coloso norteamericano.

La faceta internacional de la guerra civil había atraído la atención de Negrín de manera urgente apenas recién constituido su gabinete. El día 29 de mayo de 1937 una operación de bombardeo de la aviación republicana sobre el puerto de Ibiza alcanzó de lleno al acorazado alemán Deutschland y ocasionó 31 muertos y 70 heridos en su tripulación. Fue un accidente causado por la falta de preparación de los pilotos (algunos de ellos soviéticos) y por su incapacidad para distinguir el pabellón de los buques de guerra fondeados en el puerto enemigo. En cualquier caso, el ataque sirvió de pretexto para que un Hitler encolerizado ordenase una represalia militar y diplomática de gran envergadura y calculada. El día 30 la flota alemana en el Mediterráneo se concentró ante la ciudad de Almería y la sometió a un intenso bombardeo que ocasionó 19 muertos, 55 heridos y la destrucción de 35 edificios. Paralelamente, Berlín anunció su retirada provisional del Comité de No Intervención y de la patrulla naval «en tanto no recibiera garantías válidas contra la repetición de tales incidentes». Italia secundó a su aliado y puso así en entredicho la continuidad de un sistema de No Intervención que hasta entonces había conjurado los efectos disolventes de la guerra en el escenario continental. Desde entonces, ambas potencias exigirían el reconocimiento de los derechos de beligerancia del gobierno de Franco y sabotearían con mayor o menor audacia los proyectos franco-británicos para restablecer el sistema de control naval y terrestre y para proceder a la retirada supervisada de los combatientes extranjeros presentes en España[241].

El ataque alemán sobre Almería y la posible respuesta por parte republicana fueron objeto de un intenso consejo de ministros presidido por Negrín en el que se reveló su primera discrepancia con Prieto en política internacional. Este, con el aval de Rojo y el Estado Mayor, propuso responder a la agresión con una declaración formal de guerra y el bombardeo de los buques alemanes en el Mediterráneo. Negrín y el resto de los ministros desestimaron la medida por suicida y contraproducente. En ámbitos británicos y franceses se sospechaba que el bombardeo del acorazado podría haber sido una provocación republicana para buscar su salvación mediante «una guerra mundial» entre la entente franco-británica y el Eje italo-germano. Por otro lado, Stalin en persona prohibió al PCE el

apoyo a cualquier medida que pudiera precipitar una guerra general para la que la URSS no estaba preparada[242].

La política republicana se abstuvo así de provocar una crisis internacional, secundó la actitud inhibitoria adoptada por la única potencia que le prestaba ayuda militar vital y siguió tratando de fomentar un cambio favorable en la reacción de las grandes democracias occidentales. A principios de julio de 1937 Negrín viajó en persona y de incógnito a París (siempre bajo la cobertura de un tal «Sr. Navarro») para conferenciar con Blum y su reciente sucesor al frente del gabinete frentepopulista, el radical Camille Chautemps. Solo consiguió confirmar el compromiso oficial de «hacer la vista gorda» al contrabando de armas de procedencia soviética u otros orígenes por la frontera franco-catalana[243]. No en vano, los gobernantes franceses habían decidido una vez más (y así lo mantendrían hasta el final del conflicto español), mantenerse firmemente al lado de su vital aliado, el gobierno conservador británico presidido por Neville Chamberlain (que sustituyó a Baldwin precisamente en mayo de 1937). Y eso significaba el respeto estricto a su voluntad de supeditar la política de la entente en «el estorbo español» a los objetivos prioritarios de la política de apaciguamiento y preservación de la paz europea. Así lo había decidido reservadamente el gabinete británico, como reflejaría esta declaración reveladora de su vicepresidente, lord Halifax, ante sus colegas el 30 de junio de 1937:

> El Lord Presidente del Consejo expresó su esperanza de que, al abordar la situación táctica (en el asunto español), no perdiéramos de vista el *desideratum* principal: impedir que nuestras relaciones con Alemania e Italia se deterioren. Sugirió que la conducta apropiada sería ganar tiempo, teniendo presente como posibilidad la concesión de los derechos de beligerancia (al general Franco)[244].

A tono con esa decisión, un resignado ministro francés de Asuntos Exteriores confesaría al embajador norteamericano en París esa realidad y sus implicaciones sin reserva alguna a finales de julio de 1937:

> Por lo que respecta al futuro, la posición que tomará Francia dependerá por completo de la posición de Inglaterra. Francia no emprenderá la guerra con Alemania e Italia. La posición de Francia será la misma que su posición en el asunto español. Si Inglaterra decide estar firme al

> lado de Francia frente a Alemania e Italia, Francia actuará. Si Inglaterra continúa mostrándose distante, Francia no podrá actuar. En ningún caso se encontrará en la posición de tener a la Unión Soviética como su único aliado. […] A juicio del ministro, los británicos quisieran ver a Franco triunfar siempre que pudieran asegurarse de que esa victoria no significaría una dominación fascista del Mediterráneo. Estaban tratando de obtener garantías suficientes de Mussolini y Franco para convencerse de que dicho triunfo no implicaría ningún peligro para su ruta imperial a través del Mediterráneo[245].

Casi al mismo tiempo, el embajador norteamericano en la España republicana sintetizaba el resultado de esa política de la entente franco-británica con precisión: «Me da la impresión de que hace meses que se tomó la decisión de sacrificar la democracia en España en beneficio de la paz en Europa»[246].

Mientras comprobaba las limitaciones que cabía esperar de la entente franco-británica, Negrín intentaba apurar con mayor eficacia la ayuda recibida de la URSS. Nada más hacerse cargo de la jefatura de gobierno, preocupado por «la perspectiva de una lucha aún larga y la necesidad de no agotar completamente nuestras reservas metálicas», Negrín concibió la idea de solicitar «facilidades económicas de la URSS» en forma de créditos y préstamos que tuvieran como garantía «nuestras reservas metálicas subsistentes». A través del doctor Pascua, hizo las pertinentes gestiones en Moscú e incluso se mostró dispuesto a viajar a aquella capital para concertar los términos del empréstito. Al final, la intensidad de la crisis europea, la atención a los problemas de orden interno y la necesidad de no asociar demasiado la causa republicana a Stalin aconsejaron la suspensión del «proyecto de viaje largo»[247]. Tampoco la respuesta de Moscú resultó muy favorable a la propuesta del viaje y a la petición del crédito. Todavía en octubre de 1937 Pascua informaría a Negrín por carta enviada mediante valija que seguía «apretando sobre lo del crédito. Pero no tiene Vd. idea de las dificultades con que tropiezo aquí para cualquier decisión rápida». Y esa dilación y reticencia, en palabras del embajador, estaba inducida tanto por «consideraciones muy sutiles de política internacional» (la evitación de compromisos que pudieran precipitar una guerra general) como por «reflejo de acciones en la política interior de España particularmente atinentes al PC en relación con algunas personas de nuestro partido significadas» (Prieto y su oposición a la infiltración del PCE en el ejército)[248].

La decisión de Negrín de apurar la baza soviética mientras maduraba (y si lo hacía) la baza franco-británica (o la norteamericana) le llevó imperceptiblemente a enfrentarse a las opiniones de Azaña en política internacional, muy próximas a las de Prieto y otros líderes republicanos influyentes (como Martínez Barrio). De hecho, antes de que finalizara el año 1937 el idilio inicial entre el presidente de la República y su presidente del Gobierno había concluido en una suerte de creciente distanciamiento que auguraba el choque frontal propio de 1938 y 1939. Era, desde luego, el resultado de las muy diversas personalidades que encabezaban el esfuerzo bélico en la máxima cumbre de la República: el envejecido estadista de las horas de paz, horrorizado por la guerra y ansioso de ponerle fin «humanitario»; y el político «revelación» de la contienda, dispuesto a volcar toda su energía vital en la resistencia a ultranza antes de asumir una capitulación sin condiciones y ominosa para sus seguidores. Se había visto un duelo similar en otros países no tan lejanos y circunstancias no tan diferentes. Gran Bretaña había contemplado una pugna análoga durante la Primera Guerra Mundial, cuando lord Asquith, el veterano líder patricio y displicente, hubo de resignar el cargo de primer ministro en el más joven y dinámico David Lloyd George, procedente de las mismas filas liberales. Años más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, y esta vez en las filas conservadoras, un amargado, enfermo y avejentado Neville Chamberlain tendría que hacer lo propio ante el empuje irresistible de un colega de generación mucho más enérgico y voluntarioso: Winston Churchill. No en vano, unos y no otros habían sido capaces de asumir el papel de comandantes en jefe de ejércitos enfrentados a una lucha mortal con seguridad, confianza y fe en el triunfo, la condición imprescindible para lanzar la «llamada al combate» implícita en su condición. Por eso mismo, en Francia y en ambas ocasiones, Aristide Briand tuvo que ser reemplazado por Georges Clemenceau en 1917 y el mariscal Pétain hubo de ceder su lugar al joven general Charles De Gaulle en 1940.

Esa diferencia de carácter tan contrastada entre Azaña y Negrín se agudizaba por la existencia de verdaderas diferencias de opinión sobre la manera de «dirigir» la guerra y de conducir a su «terminación» de la mejor o de la única forma posible. No eran diferencias graves e irresolubles, al

menos inicialmente. Pero los contrastes de carácter personal, la sucesión de derrotas militares, los malentendidos y ocultamientos recíprocos y la cadena de decepciones sobre la hipotética recepción de nuevas ayudas exteriores, acabarían por hacerlas prácticamente irreconciliables y moralmente antagónicas.

Al menos desde septiembre de 1936 (tras cristalizar la política de No Intervención tan lesiva para la República) Azaña sostenía la opinión de que «la guerra no puede desenlazarse a nuestro favor por la fuerza de las armas» y que «la victoria es una ilusión»[249]. Por eso mismo, buscaba ansiosamente «una solución de paz que ponga término al estrago» y cifraba sus esperanzas en que la preocupación anglo-francesa por la presencia de tropas italo-germanas en España les indujera a exigir una retirada de esos combatientes bajo supervisión del Comité de No Intervención. La República habría de contribuir a esa «solución» favoreciendo todo cuanto pudiera acelerar esa repatriación de tropas extranjeras, que habría de ser la ocasión para una «suspensión de hostilidades» que pusiera fin a los combates militares. Aunque dicha «suspensión de hostilidades» no fuera un verdadero «armisticio» ni supusiera una negociación directa de las condiciones de paz entre ambos contendientes, en la opinión de Azaña haría imposible la reanudación de los combates y sentaría las bases para una mediación internacional bajo patrocinio e impulso franco-británico y con el consentimiento italo-germano. Solo así podría intentarse la salvación de la República y la evitación de «las horribles represalias de los rebeldes» contra los «adictos a la República en caso de derrota». Mientras tanto, era aceptable la «política de resistencia» por falta de alternativa pero bajo la condición de que solo habría de servir «para aprovechar el tiempo y trabajar en el campo de la política internacional» para «preparar políticamente el desenlace de la guerra» mediante una «paz humanitaria». Por eso, a juicio de Azaña, había que «procurar no perder la guerra en el exterior» y la diplomacia republicana debía centrarse en la búsqueda del modo de activar esa suspensión de hostilidades previa a la retirada de combatientes extranjeros y condición para la mediación internacional: «El *quid* está en hallar el artificio diplomático bastante fuerte para hacer irresistible un propósito de pacificación»[250].

En consonancia con esas percepciones, Azaña había emprendido desde muy temprano una serie de gestiones diplomáticas unilaterales encaminadas a propiciar esa intervención mediadora franco-británica, al margen de la política del gobierno de Largo Caballero y con amplio exceso de sus prerrogativas constitucionales en la materia. A finales de octubre de 1936, por ejemplo, había encomendado a Pere Bosch Gimpera, entonces rector de la Universidad de Barcelona, una delicada misión en Londres a través del embajador Azcárate: urgir al gobierno británico que «tomara la iniciativa de una mediación que pusiera término a la guerra». Azcárate impidió la gestión porque estaba hecha «a espaldas del gobierno» y por su «carácter irregular y escandalosamente anticonstitucional», amén de ser contradictoria con la política de resistencia preconizada por el nuevo ejecutivo frentepopulista y tener mínimos visos de posibilidad habida cuenta de la política británica de pasividad inhibitoria[251].

A pesar del fracaso, a mediados de mayo de 1937, tras los incidentes de Barcelona, Azaña retomó la iniciativa otra vez al margen del gobierno, convencido de que nada podía esperar de su jefe: «A Largo era inútil hablarle de estas cosas. Diríase que "no cree en la realidad del *mundo exterior*"»[252]. Esta vez el portavoz presidencial sería el líder socialista Julián Besteiro, refugiado desde la guerra en una posición de sombrío pesimismo y abstención de actividad política, que fue nombrado representante oficial en la ceremonia de coronación de Jorge VI en Londres. Besteiro se reuniría el 11 de mayo con el secretario del Foreign Office, Anthony Eden, y trasmitiría la petición de una iniciativa mediadora franco-británica que habría de comenzar con una suspensión de hostilidades previa a la retirada supervisada de combatientes extranjeros[253]. Nada efectivo surgiría de la propuesta de Azaña, pese a la simpatía de Eden por el proyecto y aun cuando Gran Bretaña se tomó la molestia de presentarla ante Roma y Berlín oficiosamente. Ante todo, porque ni Alemania ni Italia estaban dispuestas a transitar esa vía por una razón básica: «La situación interna y militar de Franco es tan favorable que no tiene ninguna razón para considerar favorablemente un armisticio». Además, Hitler y Mussolini habían consultado con Franco la respuesta oportuna y habían confirmado la

negativa absoluta del Caudillo español a cualquier gestión mediadora internacional y su decidida apuesta por una victoria total y sin condiciones:

> Franco rechazó de la manera más categórica cualquier posibilidad similar. Las consecuencias de tal armisticio y posterior paz serían equivalentes en último extremo a la derrota completa de la España blanca. Él y todos los españoles nacionalistas antes morirían que entregar el destino de España una vez más a manos de un gobierno rojo o democrático. La lucha actual debería conducir y conduciría a un renacimiento de España[254].

Azaña nunca dio cuenta a Negrín de esas gestiones secretas y unilaterales emprendidas durante la presidencia de Largo Caballero (tampoco Besteiro le informó de su misión). Pero sí le hizo partícipe de sus proyectos desde el primer momento de su gestión. A este respecto, ya el 14 de junio de 1937, en presencia de Giral (ministro de Estado), Azaña expuso a Negrín con toda crudeza su diagnóstico («la guerra no puede desenlazarse a nuestro favor por la fuerza de las armas») y su propuesta («Hay que preparar políticamente el desenlace de la guerra»). La respuesta del jefe de gobierno dejó entrever la existencia de acuerdos y desacuerdos entre ambos puntos de vista. No en vano, Negrín replicó a Azaña que «sus puntos de vista coincidían, salvo algunos pormenores, con los míos». Pero no dejó de añadir que todavía pensaba que era posible la victoria («ganaremos la guerra. Será muy larga») y que para ello había de afianzarse el apoyo de la URSS y buscar el de EE. UU[255].

Las conversaciones de junio entre Azaña y Negrín apuntaban a una primera divergencia de criterios entre ambos análisis y sus implicaciones que iría acentuándose en los meses venideros. Aunque ambos convenían en que «la solución (a la guerra) solo puede venir de fuera», Azaña entendía que la derrota era inevitable y solo restaba tratar de apelar a la intervención humanitaria de las grandes democracias para lograr la paz a toda costa y casi a cualquier precio. Negrín, por su parte, seguía creyendo que era posible evitar la derrota gracias a la agudización de las tensiones entre el Eje italo-germano y la entente francobritánica y que la resistencia militar serviría no solo para atajar los horrores de la victoria de un enemigo inclemente sino también para acrecentar el valor de la República ante las democracias como un aliado útil y activo.

A principios de agosto las divergencias entre los máximos líderes republicanos seguían afinándose progresivamente en vísperas de la crucial reunión anual de la Asamblea de la Sociedad de Naciones. Según anotó con preocupación Azaña en su diario el día 7 (tomando como fuente a Martínez Barrio), Negrín «se inclina a una política de resistencia, de simple aguante en la defensiva». Por eso mismo, el día 31 recriminó a su jefe de gobierno esa actitud y le estimuló a actuar en el sentido de sus propuestas diplomáticas bajo la convicción de que «son posibles muchas concesiones». La réplica de Negrín contuvo ya un elemento de reserva notorio:

> El Presidente contestó que él no es un inconsciente y no ignora el apuro en que estamos; pero que necesita decirse y convencerse de que vamos a ganar la guerra para poder seguir adelante. No se niega a tomar en cuenta las observaciones que le hacíamos, ni a tantear el terreno para encontrar la posible salida[256].

La actitud y los discursos de Negrín en Ginebra durante la celebración de la Asamblea de la SDN (14-18 de septiembre de 1937) causaron el primer gran desengaño de Azaña con su nuevo jefe de gobierno. Como ya hemos visto, en esa ocasión Negrín había reafirmado en público y privado el carácter democrático del régimen republicano y había denunciado la No-Intervención como «una claudicación» ante «la intervención ya consumada de Alemania e Italia» que ataba «de pies y manos al Gobierno español, impidiéndole proveerse libremente de los medios de guerra necesarios para reducir la rebelión, y vencerla»[257]. Aunque Azaña reconocía que «Negrín, personalmente ha caído allí bien, porque es simpático y habla varios idiomas», se quejó amargamente en su diario de que no hubiera aprovechado sus encuentros con Eden y con Delbos (ministro francés de Exteriores) para solicitar su mediación pacificadora: «No se ha hecho nada de lo que yo encargué, y todo lo más, se ha apuntado algo, con timidez provinciana, en conversaciones extemporáneas»[258]. La explicación dada por el interesado de las razones de su conducta ginebrina no convenció al presidente:

> Negrín ha tratado de inculcar en sus interlocutores la convicción de que la guerra será todavía muy larga; puede durar año y medio o dos años. Afirma Negrín que esto produce mucho efecto, y *estimula a buscar la solución*, por el peligro que tal situación entraña. Se ha

> abstenido, y así se lo han aconsejado nuestros amigos, de descubrir la realidad de nuestras dificultades, porque *si apareciésemos en situación desesperada, nos abandonarían todos*. Es obvio. A esa perspectiva de guerra larga, ha añadido que no deseamos nada tanto como la paz, subsistiendo las instituciones republicanas[259].

En realidad, la respuesta de Negrín avanzaba ya su básica discrepancia del diagnóstico de Azaña y de sus implicaciones prácticas. El punto central de la misma era el siguiente: ¿Cuál habría de ser el mencionado *quid* y artificio diplomático que podría «hacer irresistible el propósito de pacificación» por parte de las grandes democracias y las potencias del Eje? ¿La apelación a su intervención mediadora y humanitaria como vía para la «liquidación» de la guerra con el menor coste posible y como sucedáneo de la rendición o el desplome? ¿O la declaración de resistencia numantina para estimular la reticente intervención francobritánica y, en el peor de los casos, para conseguir condiciones mínimas de capitulación? Porque Negrín no rechazaba que «la solución» a la guerra pudiera venir del exterior, antes al contrario. Lo que rechazaba del planteamiento de Azaña era su corolario de que la República «pidiese la paz» directamente en Londres, París, Roma, Berlín o Burgos. Porque estaba convencido de que ello aceleraría la derrota sin remisión y sin garantías contra las represalias indiscriminadas de un enemigo inclemente. Porque solo siendo fuertes, o pareciéndolo, se podría exigir apoyo para resistir militarmente el asalto y, en su caso, para negociar las condiciones de entrega y capitulación. Y porque si el enemigo no quería pactar y tampoco aminoraba la intensidad de su represión ni ofrecía garantías para la población republicana, no quedaba otro remedio que aguantar y tratar de evitar que la victoria franquista fuera total e incondicional. Sin mencionar el hecho de que Negrín consideraba que toda operación diplomática de ese carácter debía ser absolutamente secreta, confidencial y sin los riesgos de publicidad que habían rodeado las iniciativas de Azaña en el pasado. Lo que implicaba algo similar a lo que Azaña había hecho con él: mantener oculta la iniciativa hasta que hubiera dado fruto fértil.

El perfil de la diplomacia negrinista en esas fechas de septiembre de 1937 puede colegirse con claridad de la gestión política reservada que encomendó entonces a uno de sus más fieles colaboradores y

correligionarios: Juan Simeón Vidarte. Convocado por Negrín a Ginebra cuando aún no habían acabado las sesiones de la Asamblea, Vidarte recibió el encargo de llevar a cabo una misión muy confidencial, «tan delicada que la ignora hasta Azaña». El punto de partida de esa misión era un análisis tan certero como crudo de la crítica situación internacional que afrontaba la República. Negrín confesó a Vidarte que, a pesar de su pose exterior «aparentando optimismo», tenía muy pocas esperanzas de «que saquemos nada práctico de la reunión de la Sociedad de Naciones». A su juicio, «Alemania, Italia y Portugal seguirán ayudando descaradamente a Franco y la República durará lo que quieran los rusos que duremos». No en vano, «del armamento que ellos nos mandan depende nuestra defensa». Por tanto, solo «si el encuentro inevitable de Alemania con Rusia y las potencias occidentales se produjese ahora, tendríamos posibilidades de vencer». Caso contrario, «si esto no ocurre, solo nos queda el luchar hasta poder conseguir una paz honrosa»[260].

En consonancia con ese diagnóstico (que ni el propio Azaña rectificaría), Negrín solicitó a Vidarte que se trasladase a México como su representante personal con una doble misión. Oficialmente, le dijo Negrín, «usted va a liquidar los barcos de guerra que México le compró a España». Pero en realidad su tarea básica sería solicitar del presidente Lázaro Cárdenas su permiso para acoger a un nutrido número de exiliados republicanos en caso de necesidad y si la República acabara perdiendo la guerra. La confidencialidad de la gestión, según Negrín, era de la máxima importancia porque de su estricto secreto dependía su misma viabilidad:

> Como usted comprenderá, si los que están batiéndose en el frente supieran que al mismo tiempo que hablamos de victoria y de que hay que ganar la guerra, estamos preparándonos para la emigración o tirarían las armas o arrastrarían por las calles al gobierno[261].

Vidarte aceptó la misión y, después de asistir a la preceptiva reunión de las Cortes en la Lonja de Valencia el 1 y 2 de octubre de 1937, partió rumbo a México vía Nueva York. Antes de su marcha, Negrín volvió a reiterarle que su gestión era estrictamente confidencial y que «si se llegara a sospechar algo, yo me vería obligado a desmentir oficialmente la misión que usted lleva a México». En sus memorias, el emisario recordaría el tenor de su

entrevista con Cárdenas, que habría de resultar tan fructífera llegado el trágico momento y ocasión:

> Pasamos después al verdadero objeto de mi viaje: la ayuda que en caso de perder la guerra podríamos esperar de México. Procuré recordar las mismas palabras que el doctor Negrín había empleado conmigo en Ginebra al encomendarme esta misión: Nuestro Ejército, curtido tras un año de lucha en el dolor y el sacrificio, estaba dispuesto a continuarla hasta conseguir la victoria, pero nosotros no luchábamos solamente contra el ejército sublevado, sino con Alemania, Italia y Portugal y más aún contra la indiferencia y la perfidia de los países democráticos. Un hombre de Estado, y el presidente Negrín lo era, no podía encerrarse en una sola política y no se podía descartar la posibilidad de una derrota. En ese caso iba a ser imposible para muchos millares de republicanos poder vivir en España. En el caso de un destino adverso, el presidente Negrín quería saber hasta qué punto podría contarse con el señor Presidente de México, para una emigración masiva[262].

La gestión de Vidarte tuvo lugar casi al mismo tiempo que Negrín afrontaba un nuevo descalabro militar: el 21 de octubre de 1937 la ciudad portuaria de Gijón caía en poder de las tropas franquistas. Quedaba así eliminado el último reducto republicano en el norte, se reforzaba de ese modo la fortaleza industrial y geoestratégica del bando enemigo y quedaba abierta la vía para que Franco decidiera volver a atacar su antiguo objetivo clave con mayor poder material y moral: Madrid.

La ocupación total de Asturias desmoralizó profundamente a Prieto, que volvió a presentar su dimisión del cargo de ministro de Defensa. Negrín rechazó de nuevo esa renuncia y le convenció para seguir en el cargo. Prieto asumió la decisión con pesadumbre y no sin hacer públicas los motivos por los que «se ha perdido el Norte»: «La causa radical de todos nuestros contratiempos es la falta del Mando único, que todos reclaman y casi nadie respeta»[263]. Ese era igualmente el juicio del teniente coronel Francisco Buzón Llanes, que a su llegada de Gijón informó cumplida y reservadamente a sus superiores de las causas del desastre en el norte:

> Cada una de las tres provincias tenía su Gobierno que odiaba cordialmente a los de las otras dos y hacía mangas y capirotes de las disposiciones del Gobierno de la República.
>
> Entre cada dos provincias existía una frontera, mucho más difícil de atravesar que una internacional y en tales menesteres aduaneros vivían emboscados multitud de hombres jóvenes perfectamente armados que hacían mucha falta en los frentes.
>
> Cada provincia tenía su moneda y no permitía la circulación de la emitida por las otras y ninguna de ellas era aceptada por los campesinos en sus transacciones comerciales, solo

querían el billete del Banco de España. […]

La pérdida del norte se debe en gran parte a la falta de aviación; lo mismo que a Santander llegaron 30 cazas en agosto, pudieron ir a Bilbao.

A los celos de provincias a provincias y falta de preparación y competencia de los consejos respectivos, cuya actuación fue funesta sin excepción alguna[264].

Negrín también entonces avaló la decisión de Prieto de ascender al generalato a Rojo, a quien envió una carta personal de ánimo y estímulo muy reveladora:

Aunque mi felicitación escrita pudiera parece extemporánea, no quiero privarme del honor y la sentida satisfacción de reiterarla y de expresarle mi complacencia porque este reconocimiento a sus méritos y los servicios prestados a la causa de la República y de España se haya hecho por el gobierno que presido.

En poco tiempo, querido general, he podido darme cuenta del hombre excepcional que es V. por sus altas cualidades de militar, de caballero y de español. Sé que estas cualidades darán su fruto en la guerra y sin duda que más tarde, en la paz, con el provecho debido a nuestra Patria.

Le ruego reconozca en mí un devoto amigo[265].

La eliminación del frente norteño también desmoralizó profundamente al presidente Azaña, que renovó sus esfuerzos para convencer a Negrín de la necesidad de aplicar su proyecto diplomático de recurso a la intervención franco-británica. A juicio de Azaña, «el caso del norte, todavía en mayor escala, no debe repetirse»[266]. Pero su demanda no obtuvo el asentimiento de Negrín por las mismas razones de ocasiones anteriores: pedir la intervención exterior para lograr la paz en medio de una catástrofe militar equivalía a precipitar el desplome interior y a la rendición sin condiciones ante un enemigo inclemente y dispuesto a las represalias en gran escala. El 6 de noviembre de 1937 Negrín rechazó por inútil y contraproducente la sugerencia de Azaña de que el embajador Azcárate hiciera una «exploración oficiosa cerca del Gobierno inglés». Ante la petición del presidente de que se preocupase «a tiempo de la situación en que van a quedar millares y millares de personas» en caso de derrota, Negrín optó extrañamente por el silencio respecto a los planes que ya había emprendido en México para tal contingencia. Su única respuesta fue defender la política de resistencia como única alternativa a una rendición incondicional, sin descontar otras

posibilidades y sin aceptar una moral derrotista inaceptable en un líder de guerra:

> Negrín declara que en el fondo opina como yo. Nunca aconsejaría ni cometería el dislate de prolongar la guerra veinticuatro horas más de lo necesario. Está dispuesto a utilizar todos los resquicios que se presenten. Para él es una necesidad creer en la posibilidad del triunfo, porque de otro modo no podría trabajar[267].

Esa respuesta veladamente crítica, junto con el juego de malentendidos y ocultaciones recíprocas sobre gestiones emprendidas por cada parte, acabaría por destruir la confianza mutua entre Azaña y Negrín. De hecho, Azaña comprendía que no tenía alternativa a la política representada por Negrín por razones bien expuestas confidencialmente por Martínez Barrio en días previos: «No tiene usted otro Gobierno posible, y cualquiera que se formase sería aún más intransigente en esa cuestión». Sin embargo, no dejó de mostrar a Negrín su malestar y enojo por la situación creada, como le expuso a Giral en su triple condición de ministro de Estado, amigo íntimo y correligionario fiel:

> Ya le he dicho al Presidente y a otros, que no pienso plantearles una cuestión política. Yo no gobierno, no mando. Si la decisión del Gobierno no fuese acertada, me sería imposible reemplazarlo con otro más sensato, más cuerdo, más responsable. Usted, el Presidente y Prieto son los que pueden ver estas cuestiones con mayor independencia[268].

Para hacer frente a la crítica situación creada en el plano militar por la desaparición del frente norteño, Negrín adoptó dos decisiones cruciales y muy influidas por el análisis militar de las causas de aquel desastre estratégico. Por un lado, resolvió trasladar el gobierno a Barcelona como nueva capital de la República. Por otro, aceptó la propuesta de Rojo de emprender una ofensiva por sorpresa en la zona de Teruel a fin de atajar la posibilidad de un renovado ataque enemigo en Madrid.

La decisión de fijar la residencia del gobierno en Barcelona fue anunciada el 30 de octubre de 1937 mediante una nota oficial que daba cuenta de las razones:

> Las circunstancias de orden económico y estratégico que reclaman desde el primer día del movimiento situar en Barcelona la sede del Gobierno, aparecen enlazadas al prestigio de que

> goza la gran urbe en lo que pudiera llamarse vida del Mediterráneo. No se olvide que un —quizás el más importante— elemento de nuestra guerra es el equilibrio del mar a que asoma todo el litoral del territorio libre. Barcelona es, sin duda, el puerto más importante, la factoría de mayor rendimiento de nuestra costa, sobre ser cabeza de una fuerte industria, susceptible de ser cotizada para la guerra en mayor grado que lo es ahora[269].

Como recordaría en sus memorias Zugazagoitia, la decisión del traslado, tomada personalmente por Negrín, obedecía a esos motivos económicos y estratégicos pero también se basaba en la voluntad de acotar las competencias ejecutivas de la Generalitat con más rigor y eficacia que hasta entonces. En todo caso, las fricciones con las autoridades autónomas no se aliviaron con esa cohabitación forzada que «la competencia incautadora de los diferentes ministerios» alimentó abundantemente. Tampoco se rebajaron por el hecho de Negrín recibiera en Valencia, antes del traslado, al presidente Companys con la cordialidad y cortesía habituales en él. Hasta el punto de que ambos acudieron a Madrid a fines de octubre de 1937 para estimular mediante discursos radiofónicos la moral de la población de la ciudad. Las autoridades catalanas temían que «el espíritu comprensivo y conciliatorio de las últimas reuniones de Valencia» no llegara a subsistir en el futuro. Y con razón porque Negrín, por imperativos de guerra y por voluntad política, no iba a permitir a la Generalitat «ni un paso más allá de lo preceptuado por el Estatuto» y se hallaba dispuesto a seguir «una política prudente de rectificaciones parciales, según las circunstancias»[270]. Y en este punto tenía el apoyo expreso y público de Azaña, como revela la anotación en sus diarios de la entrevista del 20 de octubre de 1937:

> En su primera conversación (Negrín-Companys), han salido a relucir las situaciones *de hecho* que se han producido en Cataluña, cuya consolidación pretenden, a la que me opongo, y también el Gobierno, salvo lo que opinen Irujo y Aiguadé. Sobre eso, el Presidente del Consejo me ha reiterado su propósito de no ceder, y le ha hecho saber a Companys que no hay más normas posibles que las de la Constitución y el Estatuto. Añade Negrín que, en la tarea de ir volviendo las cosas a su cauce, le parece de buena política no llevarlas a tambor batiente, y aprovechar las ocasiones, a medida que lleguen a madurar[271].

La cohabitación en Barcelona del gobierno central y del gobierno autonómico sería así en lo sucesivo un nutrido catálogo de malentendidos y desencuentros derivados de una doble lógica antagónica: la voluntad

negrinista de centralizar el mando y el uso de los recursos materiales y demográficos de Cataluña para ponerlos al servicio del esfuerzo bélico; y la voluntad catalanista de preservar sus competencias adquiridas desde el comienzo de la insurrección militar y de implantar una suerte de bilateralidad equitativa en las relaciones con el poder. El pronóstico de Azaña sobre la reserva de Irujo y Ayguadé se confirmó muy pronto, al igual que sus temores sobre la creciente oposición a Negrín del «Eje Bilbao-Barcelona»[272]. En el caso de Irujo, a principios de diciembre de 1937 presentó su dimisión por su desacuerdo sobre la constitución de los «Tribunales de Guardia» para juzgar los delitos de espionaje y sabotaje en la retaguardia. Negrín resolvió aceptarla, manteniéndole sin embargo en el gobierno como ministro sin cartera y poniendo al frente de Justicia a su amigo Mariano Ansó, hasta entonces subsecretario del departamento[273]. A pesar de la recomposición gubernamental, antes de finalizar el mes de enero de 1938 la situación había llegado a tal grado de crispación que Companys dirigió una carta a Negrín quejándose amargamente del ostracismo de la Generalitat y de la «amplitud indebida» de la asunción de competencias por parte del Estado en temas de orden público, censura, finanzas, prensa y espectáculos. La carta del presidente de la Generalitat terminaba apuntando también una severa crítica al modo particular como Negrín atendía esas quejas en las entrevistas celebradas hasta ese momento:

> Trasladado el Gobierno a Barcelona desde hace cerca tres meses y por la experiencia vivida, es casi innecesario decir señor Presidente que ha ocurrido lo que se deseaba evitar y que por falta de conexión entre ambos Gobiernos se han ido produciendo una serie de rozamientos y dificultades enojosas, tanto más lamentables por cuanto, sin negar la buena disposición del Gobierno de la República y de su Presidente señor Negrín, el Gobierno de la Generalidad ha estado siempre dispuesto a ofrecer todas las facilidades en los términos mantenidos en la reunión de Valencia. Pero no ha sido posible mantener la relación y en las dos o tres entrevistas y conversaciones con Vd., agobiado como se encuentra Vd. por múltiples atenciones, no ha habido manera de definir la complejidad de problemas importantes ni de los aspectos incidentales que afectan a ambos Gobiernos, ni de obtener la fijación de una fecha en que pudiera continuar el tema general de ordenamiento y de conexión que motivara las entrevistas de Valencia por las representaciones de los mismos[274].

Una vez en Barcelona, la presidencia del Gobierno se instalaría en un palacete del paseo de Gracia, muy cerca del café «La Puñalada» y provisto

de un amplio refugio para las alarmas antiaéreas, en tanto que la residencia oficial del presidente Azaña se fijó en el Palacio Real de Pedralbes. El domicilio particular de Negrín, siempre acompañado de Feli, se fijó en un primer momento en un palacete de la familia Vilá (famosa saga de industriales) sito en el paseo de la Bonanova esquina con la calle Anglí. Posteriormente se trasladó a una mansión de estilo modernista de la avenida de Pedralbes que se llamaba la torre de la familia Roviralta. Allí acabaría trasladándose también la enorme y rica biblioteca alojada hasta entonces en Náquera. En sus amplios jardines se había construido un refugio antiaéreo capaz de albergar a todo el personal que trabajaba con el presidente (y que se instaló en una torre cercana, «Villa María»: Elías Delgado, Blas Cabrera, José María GarcíaValdecasas…). Algún tiempo después, ya avanzado el año 1938, Negrín trasladó su domicilio privado a una amplia «casa de veraneantes» (llamada Can Bertrán) en las afueras de Pins del Vallés (nombre de San Cugat del Vallés durante la guerra)[275].

La segunda medida crucial tomada por Negrín para hacer frente al descalabro militar en el norte fue apoyar la propuesta de Rojo de emprender una ofensiva diversiva en la cuña de Teruel para adelantarse a un potencial ataque enemigo sobre Madrid. Para entonces, el respeto que inspiraba a Negrín su principal estratega militar era ya inmenso. Según todos los testimonios disponibles, el presidente del Gobierno siempre estuvo localizable y atento a los requerimientos y demandas del jefe del Estado Mayor Central. Y eso a pesar de que sus métodos de trabajo por aquellas fechas habían perdido el orden y regularidad que hasta entonces le habían acompañado (sobre todo, en su etapa científica y aún parlamentaria). Fuera en virtud de sus múltiples y graves ocupaciones o fuera en atención a sus crecientes problemas de salud (sobre todo la úlcera gástrica, el cansancio general y la falta de suficientes horas de sueño), Negrín empezó a adoptar hábitos de trabajo irregulares. Azaña, ya en septiembre de 1937, anotaría que «Negrín trabaja mucho, pero con desorden». Y su ministro, correligionario y amigo, Zugazagoitia, escribiría posteriormente al respecto:

> En orden al tiempo, el presidente tenía un concepto extraordinariamente personal. Ninguna consideración, existiendo muchas, le indujo a corregirlo. Trabajaba, comía y descansaba a las horas más inverosímiles. Este trastrueque del horario representaba, en la mecánica burocrática

> dependiente de su autoridad, perturbaciones desorganizadoras. […] Con una de las contadas personas que guardó puntualidad, a partir del momento en que tomó para sí la responsabilidad del Ministerio de Defensa Nacional, fue con el general Rojo, a cuya capacidad de inteligencia y trabajo rendía frecuente tributo de admiración. Solo la conversación con algún embajador difería al general la entrada en su despacho. Los subsecretarios tenían menos suerte. […] Los subsecretarios eran la preocupación burocrática; Rojo, la preocupación viva: la guerra. Todo el tiempo que le consagraba le parecía poco[276].

El proyecto de ofensiva sobre Teruel elaborado por Rojo fue finalmente aprobado a principios de diciembre de 1937 en una reunión del Consejo Superior de Guerra. Era la segunda opción estratégica contemplada por el jefe del Estado Mayor, que hubiera preferido una ofensiva diversiva en el frente de Extremadura (el Plan «P») con la idea de «alcanzar la línea Almendralejo-Zafra-Llerena, hacia Badajoz y la frontera portuguesa para dividir la zona nacional en dos, y después avanzar sobre Sevilla»[277]. Pero este primer plan, aunque tuvo el apoyo de Negrín, fue rechazado por el resto de los ministros y por Azaña. En esas condiciones, el ataque a Teruel, el más expuesto y vulnerable de los puntos enemigos en el Bajo Aragón, se convirtió en la alternativa disponible. Los últimos detalles de la ofensiva fueron ultimados por Rojo durante una visita conjunta a Madrid y Alcalá de Henares de Negrín, Prieto y Azaña los días 13 a 18 de noviembre de 1937. Este último día, en el viaje en coche de regreso a Valencia, Rojo informó a ambos presidentes y al ministro de su juicio sobre la importancia de la operación en ciernes:

> En la ofensiva que preparan los rebeldes, nos lo jugamos todo. Si rompen el frente y no podemos contenerlos, la guerra está perdida. Si acertamos a contenerlos, ganaremos tiempo para seguir organizando el Ejército[278].

En efecto, la ofensiva de Teruel iba a ser una de las más importantes del Ejército Popular de la República porque en ella se cifraban, al menos, cuatro objetivos ambiciosos: el estratégico (desarticular la prevista ofensiva enemiga sobre Madrid), el táctico (reducir un peligroso saliente en el frente y tomar la plaza de Teruel), el moral (estimular con una victoria a la masa combatiente y de retaguardia) y el diplomático (demostrar la existencia de un ejército capaz de maniobrar y de atacar como garantía de que la suerte de la República no estaba ya echada). En esas condiciones, el 15 de

diciembre comenzó la operación con éxito notorio. Después de combates durísimos bajo temperaturas invernales y de signo muy incierto, la ciudad cayó finalmente en poder de los atacantes el 8 de enero de 1938. El gobierno republicano lograba así su primera victoria ofensiva y también conseguía que Franco suspendiera el previsto ataque sobre Madrid y movilizara todas sus reservas hacia Teruel con el objetivo de su reconquista.

Mientras estaba en marcha la batalla de Teruel, la hasta entonces óptima relación entre Prieto y Negrín empezó a revelar signos de quiebra y hasta de ruptura muy importantes. En gran medida, a ello contribuía el creciente pesimismo derrotista del ministro de Defensa y la existencia de una furibunda campaña contra su persona organizada por el PCE (en desacuerdo con sus eficaces medidas de contención del aumento de influencia comunista en los mandos militares). Negrín no ignoraba ni la una ni la otra, aunque confiaba en mantener ambas dentro de límites admisibles por el bien de la causa republicana y a sabiendas de que el proselitismo del PCE estaba aglutinando un frente de oposición política y militar muy fuerte: «La tensión política se forma ahora contra los comunistas» (había confesado a Azaña ya a finales de agosto de 1937)[279]. Pero, en abierta contradicción con los oscuros augurios de su ministro, Negrín interpretaba que los últimos acontecimientos internacionales ofrecían motivos de esperanza para la causa republicana.

Por un lado, el gobierno francés había adoptado una actitud de absoluta negativa a conceder los derechos de beligerancia a Franco y, estimulado por los líderes socialistas Jules Moch, Vincent Auriol y Georges Mandel, activaba su cooperación para el paso de material bélico por la frontera pirenaica al tiempo que enviaba a Barcelona a un nuevo embajador, Eirik Labonne[280]. Por otro, la oposición laborista en Gran Bretaña había dado un paso al frente en su crítica a la dañina política de No Intervención: a medidados de diciembre Negrín recibió la visita de apoyo en Barcelona del líder laborista, Clement Attlee, al que había invitado a visitarle mediante los oficios del periodista Louis Fischer. Attlee se acercó también por Madrid y Valencia en compañía de dos diputados laboristas, Ellen Wilkinson y Philip Noel-Baker (los cuales habrían de convertirse en firmes partidarios de la causa republicana y amigos íntimos de Negrín)[281]. El informe que Attlee

haría llegar al gobierno británico sobre su visita a la España republicana no dejaría de avalar la gestión política y militar de Negrín:

> Mister Attlee quedó muy favorablemente impresionado por los miembros del gobierno español con los que se entrevistó y abriga la opinión de que el grado de unidad entre ellos es mayor del que se suponía. A su juicio, los comunistas no son una influencia peligrosa y los anarquistas han aprendido que la guerra no puede librarse según principios anarquistas. Su apreciación de la coyuntura es que hay pocas probabilidades de que los insurgentes consigan una victoria militar decisiva en el próximo futuro. Por otro lado, mister Attlee no ve muchas perspectivas de que la fuerzas gubernamentales puedan ejecutar una operación ofensiva de importancia porque están inadecuadamente abastecidas con armas suficientes. En el bando gubernamental la situación alimentaria es sin duda bastante precaria aunque las tropas están suficientemente alimentadas para los niveles españoles. Siempre que las dificultades alimentarias no se hagan irresolubles, no veía razón para anticipar ninguna pérdida de moral ni debilitamiento de la voluntad de proseguir la lucha[282].

Animado por esos pequeños avances diplomáticos, y para consternación de Azaña y Prieto, Negrín declaró entonces a la prensa su negativa a considerar ninguna propuesta de armisticio, mediación o rendición. Replicaba así a las declaraciones que Franco había hecho a la prensa internacional al ser interrogado sobre su actitud hacia una posible oferta de buenos oficios para poner término a la guerra «por intermediación de una potencia europea»:

> Impondré mi voluntad con la victoria y no entraré en pactos. […] Incluso rechazaría entrar en contacto. Mis tropas avanzarán. La alternativa para el enemigo es la lucha o la rendición incondicional. No hay más[283].

A mediados de diciembre de 1937, Negrín pidió a Prieto que autorizara a Rojo a informarle personal y directamente sobre «las operaciones de Teruel». Prieto aceptó la solicitud en virtud de su vieja amistad («Nuestra amistad está por encima de todo») pero sin dejar de señalar que «en usted hay un gran talento, pero no un gran espíritu»[284]. La petición respondía al estrecho vínculo establecido entre Negrín y Rojo, que se había convertido en una verdadera amistad personal y compenetración política, muy al contrario de la fría relación entablada entre el militar y su ministro de Defensa (Rojo le reprocharía a aquel «su derrotismo, incomprensible en el jefe supremo de las fuerzas armadas en tiempo de guerra»). Precisamente

por esas fechas, Zugazagoitia informaba por carta al doctor Pascua que un Prieto agotado y sin ánimo «está bien propicio a marcharse», en tanto que Negrín «está donde está porque se lo ordenaron; dejará de estar tan pronto como se lo insinúen. Su oficio y su vocación es otra»[285]. En esas condiciones, el primer choque frontal entre ambos amigos y correligionarios tuvo lugar la Nochevieja de 1937, cuando Negrín invitó a cenar en su residencia de Pedralbes a Prieto y a otros líderes políticos y representantes diplomáticos. El ministro de Defensa acudió a los postres porque había permanecido cerca del teletipo esperando las últimas noticias de Rojo sobre la situación en Teruel. Cuando llegó a la reunión, informó a Negrín de que la ciudad estaba a punto de caer en manos republicanas. Pero ante la reacción de Negrín de abrazarle efusivamente y mostrar su «extrema alegría», Prieto replicó:

> No nos entreguemos excesivamente al júbilo, Negrín. Esto de Teruel ha sido un episodio feliz, pero solo un episodio. Seguimos en trance muy difícil por la escasez de material, que no llega en las proporciones necesarias ni con la prontitud debida[286].

Negrín reaccionó con enojo y le «reprochó» en voz alta sus malos augurios y su «pesimismo respecto al final de la guerra». La réplica de Prieto, «con voces igualmente descompasadas», originó un «violento altercado» que hizo que Pascua les llevara «a otra habitación, para que no los oyeran» los restantes comensales. Como recordaría Prieto, «fue el de esa noche, el incidente más enojoso que tuvimos durante nuestra convivencia ministerial»[287]. El enfrentamiento caló tan hondo que Negrín declinó inicialmente presidir la gran manifestación convocada en Barcelona para festejar la toma de Teruel. Prieto acudió al domicilio del presidente para convencerle de que asistiera al acto porque, de lo contrario, tampoco él acudiría. La gestión dio su fruto y ambos presenciaron juntos la manifestación «desde los balcones de su despacho oficial en el paseo de Gracia». Pero ni siquiera esa demostración pública de unidad gubernamental y socialista eliminó el profundo desánimo del ministro de Defensa: «Nunca creí que llegáramos al año 38»[288].

En todo caso, Negrín pudo presentarse el 1 de febrero de 1938 ante la sesión preceptiva de las Cortes, reunidas en el refectorio del monasterio de

Montserrat, con relativa tranquilidad y alivio. Allí dedicó un sentido homenaje a la figura de Prieto que trataba de contrarrestar las críticas comunistas y de ocultar las desavenencias surgidas entre ambos:

> Señor Ministro de Defensa Nacional, avéngase a que sea yo, por mi mayor autoridad, con la complacencia de todos los miembros del Gobierno, quien ante el Parlamento le exprese el reconocimiento de todos nosotros por el elevadísimo rendimiento que ha sabido obtener de su abnegado trabajo[289].

Durante su discurso (redactado por Zugazagoitia y revisado por el orador, según su costumbre habitual), Negrín también honró al Ejército por «su abnegación y su bravura», al mismo tiempo que reiteró la denuncia de «la agresión germano-italiana de que hemos sido objeto» y que garantizó la voluntad gubernamental de proseguir la guerra hasta «el triunfo incondicional de la causa del pueblo español y del Gobierno legítimo de España». Su programa de gobierno, que obtuvo el voto de confianza unánime de todos los diputados, volvió a centrarse en el restablecimiento de la normalidad constitucional como único horizonte y razón de ser:

> La base de nuestra política ha sido la reintegración a la estricta normalidad constitucional, salvo donde las exigencias de la guerra obligan a una interpretación menos estrecha, pero siempre compatible con el espíritu de nuestra ley fundamental. Conformes o discrepantes, todos estamos obligados a someternos a ella. Ofrece ancho margen para el desarrollo legal de las más amplias y revolucionarias concepciones en el orden político, en el económico y en el social. Su observancia es el más sólido sostén de nuestro derecho. Del compromiso que liga a todos los partidos para su defensa ha surgido nuestra fortaleza. La promesa que hemos hecho de ser fieles a la Constitución es la que asegura nuestra raigambre democrática y es también el marchamo que sirve de garantía al Gobierno y a los representantes de la nación ante las masas populares y ante los países extranjeros[290].

A pesar de los esfuerzos conciliadores de Negrín, el desencuentro entre el presidente y su principal ministro cristalizado a principios de 1938 auguraba muy mal para el futuro de la causa republicana porque suponía la presencia de una crucial divergencia en el núcleo fuerte del ejecutivo y en la médula dirigente del socialismo español, que constituía el eje y nervio de aquel gobierno. No en vano, el movimiento socialista, junto al PCE y a la nueva burocracia profesional de los militares leales que encabezaba el general Rojo, constituían los tres pilares inexcusables de la política de

resistencia negrinista y su única esperanza de éxito estaba cifrada en su preservación y continuidad. Las horas dulces del triunfo en Teruel contribuyeron decisivamente a eclipsar la ruptura provisionalmente. Pero las divergencias podrían resurgir una vez que el curso de las hostilidades volviera a cambiar de signo y se decantara contra los intereses republicanos. Y eso es lo que iba a suceder precisamente a partir del 5 de febrero de 1938, cuando Franco ordenó el inicio de un potente contraataque sobre Teruel para reconquistar la ciudad como paso previo a una ofensiva general en el frente aragonés.

PRESIDENTE DEL GOBIERNO: EL TIEMPO DE LA INCERTIDUMBRE SOBRE EL RESULTADO

En consonancia con su estrategia de emprender ofensivas frontales de agotamiento y desgaste, Franco no reparó medios para recuperar el terreno perdido en Teruel ante el enemigo. Reorganizadas y abastecidas sus fuerzas en el frente, la contraofensiva iniciada el 5 de febrero de 1938 consiguió sus propósitos apenas dos semanas más tarde: el día 22 las últimas fuerzas republicanas abandonaban la ciudad de Teruel en manos franquistas. Fue solo el comienzo del «mayor desastre republicano de toda la guerra»[291]. El Ejército Popular de la República había perdido durante los meses de batalla más de 60 000 hombres (frente a 40 000 bajas del enemigo), se había quedado sin repuestos del material bélico destrozado o desgastado y las únicas tropas supervivientes en aquella línea de frente se encontraban desmoralizadas y exhaustas. Consciente de esa coyuntura y tratando de aprovechar la debilidad republicana, Franco optó por abandonar la idea de volver a atacar Madrid y se dispuso a emprender con toda urgencia una magna ofensiva en todo el frente de Aragón. El plan consistía en atacar a lo largo de todo el frente simultáneamente con el objetivo estratégico de destruir la debilitada resistencia enemiga, avanzar hacia el interior de Cataluña y llegar al Mediterráneo por la desembocadura del Ebro para cortar en dos partes incomunicadas al territorio republicano. Logrado ese objetivo, parecía previsible que el territorio central quedara expuesto a una ofensiva final victoriosa que completara el asedio de Madrid mediante la conquista de Valencia y su consecuente cierre de acceso al mar de la zona central. Para ejecutar dicho plan, el ejército franquista reunió en la zona a veintisiete divisiones, compuestas por 150 000 hombres, apoyadas por entre

600 y 700 piezas artilleras y con la cobertura aérea de unos 500 a 700 aviones[292].

La ofensiva franquista de Aragón comenzó con toda su potencia de fuego artillero y aéreo el 9 de marzo de 1938. Para reforzar esa operación y «debilitar la moral de los rojos», el 16 y 17 de marzo la aviación italiana, por orden expresa de Mussolini, realizó sobre Barcelona los mayores bombardeos sobre una ciudad conocidos hasta el momento (con una cosecha de 1300 muertos, 2000 heridos y renovadas condenas de una horrorizada opinión pública de los países democráticos)[293]. Las débiles defensas republicanas fueron cayendo una a una incapaces de resistir moral y materialmente el ataque. Las órdenes de repliegue del alto mando republicano apenas bastaron para contener una retirada desordenada y un desplome general de la moral de combate y de la disciplina en las filas. Belchite fue ocupado el 11 de marzo. Tres días después cayó Alcañiz. El 23 de marzo las tropas cruzaron el Ebro a la altura de Quinto, en tanto que el 3 de abril tomaron Lérida, la primera capital provincial catalana en poder franquista. Finalmente, el 15 de abril de 1938 la vanguardia de las fuerzas atacantes ocupó la villa de Vinaroz en la costa mediterránea y permitió que la prensa nacionalista anunciara triunfalmente que «la espada victoriosa de Franco partió en dos la España que aún detentan los rojos»[294]. Solo entonces se impuso una pausa en la ofensiva gracias al desgaste de los atacantes y al inicio de la reacción defensiva de los atacados. Por carta privada del 20 de abril, el general Rojo confesaría abrumado al general Miaja la debacle acaecida y su resolución provisional a esas alturas:

> No se puede decir, si no es con mala intención o con el deseo de hacer daño, que los Jefes de las Grandes Unidades no hayan estado en su puesto; ciertamente, ha flaqueado alguno, pero no ha sido el causante del desastre. Tampoco han faltado tropas, como muchos han creído, pues gracias a los esfuerzos de todos y principalmente al sacrificio de algunos Ejércitos, que se han desprendido de sus reservas, hemos podido restablecer un frente de más de 300 kilómetros, a pesar de que algunas de las unidades llegadas fueron víctimas del pánico, lo mismo que las de los frentes. No necesito decirle el problema pavoroso que se presentó: primero con el hundimiento del frente y la huida en desorden de todo el Cuerpo de Ejército XII, más unas ocho o diez Brigadas, las que tenía de reserva y las que se incorporaron inmediatamente a la primera ofensiva enemiga. Posteriormente, se reprodujo más ampliamente la misma catástrofe al Norte del Ebro, pues a pesar del heroísmo y del buen comportamiento de algunas unidades al tercer día de ofensiva, todas las tropas que había

> desde el Ebro hasta los Pirineos, excepto las que cubrían la alta montaña, estaban también retrocediendo desordenadamente y arrastrando, con su pánico, a las pocas tropas frescas que pudimos enviar. Esto le explicará a usted la angustia de nuestros últimos pedidos de reservas, pues prácticamente hemos tenido 48 horas el frente desde la confluencia del Ebro con el Segre hasta los Pirineos sin una sola unidad organizada, sosteniéndose solamente por el empuje y la decisión de algunos Jefes y de pequeños núcleos de tropa que se conservaron dueños de sus actos. No necesito a usted decirle que el reflejo de pánico en la retaguardia fue igual o superior al del frente, y, naturalmente, las dificultades que hemos tenido que reducir han sido enormes[295].

La mención de Rojo al «pánico en la retaguardia» causado por el desplome militar de marzo de 1938 y a duras penas «reducido» aludía oblicuamente a la grave crisis política desatada durante aquel mes crítico para la supervivencia de la República.

En efecto, el desplome militar republicano iniciado tras la reconquista franquista de Teruel se había convertido en el detonante final de una larvada crisis que acabó fracturando en dos campos enfrentados a la dirección política de la República en guerra. De un lado, los partidarios de la resistencia a ultranza, capitaneados por Negrín, convencidos de que la alternativa de la rendición sin condiciones era incomparablemente peor que soportar la carga de la guerra porque ni Franco ni sus valedores italo-germanos contemplarían voluntariamente ni un armisticio ni una mediación y porque el recurso a la intervención franco-británica solo sería posible si quedaba un mínimo ápice de voluntad de resistencia y de capacidad para desarrollarla. De otro lado, los partidarios de acabar con una guerra ya perdida en las circunstancias existentes, encabezados por Azaña, favorables a «liquidar» los combates a casi cualquier precio y, para ello, a ensayar la búsqueda de la mediación internacional de las potencias democráticas como única vía para obtener de Franco mínimas condiciones de capitulación.

La tensión política resultante fracturó internamente a todas las fuerzas políticas en sectores negrinistas y antinegrinistas (más que azañistas), en particular al ya muy debilitado movimiento socialista, al anarcosindicalismo y al republicanismo de izquierdas (incluyendo el catalanismo y el PNV). Solo el PCE se salvaba de dichas fracturas, firmemente adherido a la política de resistencia preconizada por Negrín (y algunos de cuyos mandos militares, los tenientes coroneles Líster y Modesto, habían tenido un

destacado protagonismo en la contención de la ofensiva aragonesa). Para infortunio de Negrín y sus partidarios, ese apoyo comunista en nada mejoraba la tensión política respecto a las perspectivas para poner fin a la guerra porque sirvió para revitalizar otro factor de división más antiguo e igualmente disolvente: la creciente oposición de amplios sectores políticos y sindicales republicanos al PCE por sus expeditivos métodos de actuación, su sectarismo proselitista, su voluntad de presencia hegemónica en el mando militar y sus fines políticos últimos. De hecho, sería el antagonismo entre el PCE y el ministro Prieto, nutrido tanto por razones de política interna como de política internacional, lo que crearía las condiciones para la ruptura última de la coalición gubernamental republicana a principios de abril de 1938.

Negrín trató de hacer frente a la crisis política de febrero y marzo de 1938 con todas sus fuerzas y sin regatear medios y soluciones en el plano diplomático y en el ámbito interior. Y lo hizo con un enorme coste personal en términos de salud y desgaste físico, según revelan todos los testimonios disponibles. A principios de enero de 1938, en lo que probablemente fue su último desahogo personal ante Azaña, no dejó de confesar al presidente de la República su cansancio por la carga de trabajo asumida y por las dificultades políticas afrontadas: «¡Si me viera usted por dentro!». A sabiendas del desacuerdo latente entre ambos, Negrín también le expuso pocas semanas después su abierta disposición a dejar el cargo en cualquier momento y a iniciativa de su interlocutor: «¡Que él no estorbaría ninguna solución política que el Presidente de la República quisiera arbitrar!»[296]. Sin embargo, si ese cese o destitución no llegaba (y ambas medidas eran competencia exclusiva de Azaña o de los partidos que sostenían la coalición gubernamental), también estaba dispuesto a seguir adelante con su política de resistencia a ultranza por falta de otra alternativa mejor. Ya a finales de enero había revalidado esa voluntad tras leer un informe del general Rojo que evaluaba las opciones disponibles:

> Nos hallamos pues ante un dilema terrible: ir perdiendo la guerra lentamente, por desgaste, con la sola esperanza de que internacionalmente Francia e Inglaterra contengan las aspiraciones de Alemania e Italia mientras aquí continúa la lucha con los mismos caracteres actuales, o bien aumentar nuestros sacrificios humanos y económicos para ganar la guerra en

forma metódica por procedimientos político-militares y a base de tener garantizados los abastecimientos de todo tipo[297].

El apoyo de Rojo se había convertido en un puntal básico de la conducta de Negrín a pesar de los reveses cosechados por las últimas maniobras de diversión y retardación ideadas por el jefe del Estado Mayor Central durante el último semestre. Negrín conservó intacta su confianza en las cualidades estratégicas de Rojo y acentuó su cercanía personal con su máximo consejero militar. Esa íntima relación se aprecia en las cartas privadas de adhesión y ánimo que Negrín le envío a su subordinado en varias ocasiones angustiosas como la siguiente, fechada el 23 de febrero de 1938:

A título personal me dirijo a usted en estos momentos de prueba, duros y penosos, para significarle mi adhesión completa y testimoniarle mi más absoluta confianza. […]

Créame usted que en estos momentos de gravedad percibo, con un acento más vigoroso aún que en los días de éxito, la sensación de seguridad y firmeza que, a pesar de contrariedades y peligros, me inspira el saber que la suerte de nuestro Ejército y, con ella, los destinos de nuestra Patria, están en sus manos. […]

No solo no vislumbro ningún valor que pueda aproximarse a usted por su pericia profesional, serenidad, clara visión —exenta de optimismos fáciles y de pesimismos más fáciles aún—, espíritu imaginativo y creador de artista al concebir, criterio, rigor científico y sentido de organización al actuar, sino que yo, que tengo la vanidad de creerme un buen catador de hombres, estimo en usted desde hace tiempo —y si lo crítico de las circunstancias no me llevara a ello, probablemente nunca lo habría dicho— por encima de todas estas cualidades, su personalidad humana. […]

Por todo lo expuesto, puede usted y debe exigir de nosotros lo que en el orden político y como hombres de Estado y de Gobierno necesite como complemento para el triunfo. Cuente usted con que ni el Ministro de Defensa, ni yo, ni ninguno de mis compañeros, ha de regatearle nada que esté en nuestras manos.

La situación en cuanto a la superioridad material del enemigo ha de cambiar. No se trata de esperanzas, sino de perspectivas casi tangibles ya. Las dificultades que ha habido, usted las conoce. En principio, están todas vencidas, y la llegada de material en vías de realización inmediata. Es problema de tiempo, pero, el menos posible, y de resistir. […]

Tenemos la obligación de vencer, y venceremos. Y la opción está entre vencer, sucumbir o sobrevivir en el oprobio. Para mí esta última posibilidad no existe. […]

General, mucha suerte, y un cordial abrazo de su devoto amigo[298].

Precisamente para atajar el desplome moral que supuso la caída de Teruel, la noche del 26 de febrero de 1938 Negrín pronunció un crucial discurso en Barcelona que fue radiado a toda la España republicana[299]. Empezaba por

admitir «la verdad escueta» de la pérdida de Teruel porque el gobierno nunca había querido ocultar al país «el curso exacto de nuestra guerra», tanto en «sus episodios dramáticos o venturosos». Atribuía esa derrota militar a un doble fenómeno. Por un lado, las «cantidades voluminosas» de material bélico enviado «a los rebeldes españoles» por Italia y Alemania, que le habían permitido conseguir una superioridad material muy notable, sobre todo «de aviones y cañones». Por otro, la política de No Intervención europea, que lastraba la capacidad defensiva republicana y que era la causa fundamental que se oponía al triunfo militar sobre la rebelión:

> La guerra no acaba en España porque Europa no lo desea. Su, llamésmola así, política de «no intervención» es responsable de nuestras mayores desventuras: de los bombardeos de las ciudades abiertas, de la piratería en el Mediterráneo, de la evacuación de Teruel. El material que sistemáticamente niegan las democracias al Gobierno legítimo de la República se lo proporcionan las naciones totalitarias, con servidores expertos, al general Franco. […] Suprímanse esos envíos y la guerra de España, motivo de justificada inquietud para la paz de Europa, terminará en una fecha próxima con la victoria de la República.

La alocución proseguía demandando un triple esfuerzo al «Ejército, retaguardia y Gobierno» para contener el avance enemigo. También prometía que el ejército recibiría pronto «todo el armamento que necesitéis para alcanzar con vuestro valor y vuestra pericia victorias decisivas». Y terminaba apelando a la fortaleza moral de todos los republicanos para evitar el derrotismo que se extendía al compás de la derrota:

> No es hora más que de tener un solo pensamiento y una sola voluntad: aplastar al enemigo. Aplastarle luchando en el frente, trabajando más en la retaguardia, persiguiéndole y desenmascarándole cuando se oculta entre nosotros. Porque el enemigo no fía tanto en sus éxitos militares como en sus manejos en nuestra retaguardia. Aprovecha y utiliza a los pusilánimes, a los que por falta de fe en el pueblo dudan de que este pueda vencer. Aprovecha a los cobardes, a los que cualquier éxito se les sube a la cabeza, pensando que en seguida van a terminar los sacrificios, y que se aterran ante el primer contratiempo y piensan en la huida o en la entrega al enemigo a través de intermediarios extraños.

Consciente de que la clave de la supervivencia de la República estaba en el exterior, Negrín activó sus gestiones diplomáticas para posibilitar la resistencia en la crítica coyuntura imperante. Recibió un indudable, aunque efímero, estímulo a finales de febrero con la llegada de un telegrama

procedente de Washington y remitido por el embajador republicano, su correligionario Fernando de los Ríos. A tenor del mismo, el embajador se había entrevistado con el presidente Roosevelt y había recibido esperanzas de un cambio prorrepublicano en la política neutralista practicada por el gobierno norteamericano hasta entonces. En particular, Roosevelt prometía que «si Francia u otro país europeo u oriental compra aquí lo que Gobierno español necesita, no suscitaremos dificultades»[300]. Apenas un mes después, Negrín recibía otro telegrama igualmente esperanzador sobre la próxima «modificación de la Ley de Neutralidad» remitido por Miles Sherover, el agente financiero republicano en EE. UU. que había sido recomendado por la embajada soviética en Washington. Eran noticias verídicas que reflejaban sintomáticamente el creciente temor de la administración demócrata por el revisionismo del Eje italo-germano en Europa y por la agresiva expansión militar del Japón en China. Pero la tendencia descrita no llegaría a cristalizar en un cambio político efectivo por las mismas razones que habían impuesto la neutralidad en un primer momento[301].

A falta de ayuda norteamericana, Negrín recurrió también a la fuente habitual de apoyo militar y financiero disponible: la Unión Soviética. El 26 de enero de 1938, temiendo el inicio de la esperada contraofensiva franquista sobre Teruel, Negrín ya había telegrafiado al embajador Pascua para que expusiera ante las autoridades soviéticas «necesidad otorgar crédito pedido anterioridad». Fracasada esa gestión, el 9 de febrero, ya iniciado el imparable ataque franquista, Negrín volvió a requerir a Pascua que agilizase esa gestión en términos imperativos. En su telegrama, por primera vez, pedía al embajador que hiciera llegar a las autoridades soviéticas su voluntad de dimitir de su cargo si no eran atendidas sus demandas de apoyo financiero y militar urgente. Y, aludiendo a los crecientes choques entre el PCE y Prieto, no dejaba de confesar a Pascua: «este es el momento más díficil que hemos atravesado por la apasionada obcecación de unos y la incomprensión de otros»[302]. De hecho, por entonces estaba resistiendo las fuertes presiones de los líderes comunistas para que forzara a Prieto a cambiar su política militar y también sabía que su ministro no estaba «dispuesto a soportar una campaña como la que

dichos elementos hicieron contra Largo»: el 1 de marzo el propio Prieto le anunciaría reservadamente que, antes de ser causa de «conflicto alguno» con el PCE, se ofrecía para dejar «libremente la cartera de Defensa Nacional, eso en cualquier instante»[303].

Como quiera que su demanda tampoco obtuviera la respuesta deseada, el día 13 de febrero Negrín insistió ante Pascua para que hiciera una última gestión *in extremis* ante Stalin con anterioridad a su partida (había decidido que el embajador abandonara Moscú como medida de presión final y para hacerse cargo de la crucial embajada en París). El texto del telegrama remitido revela la urgencia de la situación y las razones que avalaban su arriesgada apuesta de condicionar su continuidad en el cargo a la aceptación de sus peticiones de ayuda inmediata:

> Antes de su partida haga saber lo siguiente: Las peticiones de divisas que para combustibles, materias primas y avituallamiento se nos hacen ascienden a un promedio de ocho millones de libras mensuales. A esto hay que añadir las cantidades enormes que consume Defensa en material de guerra. […] Hace un año y medio y a través del Delegado comercial de entonces inicié gestiones para elaborar plan financiero económico. Hay que tener en cuenta que el caso de España es quizá el único de un país que lleva año y medio de guerra sin créditos ni siquiera comerciales. Como nada llegó a concretarse ante mi preocupación constante decidí ir a Moscú en el mes de julio. Desistí porque tuve la impresión de que mi viaje no se consideraba oportuno. Le encargué entonces de gestiones cuyo resultado usted conoce. Estoy seguro de que dentro de seis u ocho meses nos será posible acudir al crédito europeo o americano, pero mientras necesitamos la cooperación soviética. Reconozco que determinadas conductas y hechos significativos que soy el primero en lamentar no pueden crear ahí un ambiente propicio a nuestras demandas pero es preciso que sepa si cuento con la confianza y el apoyo de nuestros amigos ahí para vencer obstáculos de aquí de lo contrario mi posición es poco sólida. Si en plazo perentorio la cuestión no se aclara me veré obligado a renunciar a las responsabilidades de gobierno. Me doy cuenta perfecta de la gravedad de mi decisión y sé que la consecuencia será entregar el mando a un Gobierno que por su falta de ánimo, derrotismo y parcialidad nos llevará a la catástrofe o a un Gobierno que tal como ya muchos preconizan busque un arreglo con Italia y Alemania y nos entregue atados de pies y manos a esta última. Soy consciente del peligro pero no puedo seguir asumiendo una responsabilidad sin el apoyo y colaboraciones indispensables[304].

El órdago tuvo su fruto favorable porque Stalin decidió aceptar la demanda crediticia de Negrín, a pesar de rebajar su contenido y asegurar parcialmente su inversión[305]. Era un triunfo diplomático muy notable, a pesar de ser secreto, porque pocas semanas antes Stalin había barajado la

posibilidad de ordenar al PCE la retirada del gobierno republicano en consonancia con la pérdida de centralidad de la «cuestión española» para la URSS (mucho más preocupada por ayudar a China a resistir la agresión japonesa, que también afectaba a Mongolia, un estado satélite soviético). En consecuencia, el 7 de marzo de 1938 Negrín estampaba su firma (junto con Marchenko, el encargado de negocios soviético en Barcelona) en el documento que contenía el primer crédito otorgado por la URSS a la República durante la guerra: 70 millones de dólares norteamericanos que serían empleados en «compras y encargos de mercancías en la URSS» y que estarían garantizados con «oro amonedado en cantidad suficiente para cubrir exactamente la mitad del préstamo otorgado en su contenido oro»[306].

El triunfo diplomático obtenido en Moscú era crucial, pero de ningún modo resolutivo. La capacidad financiera para seguir comprando material bélico y materias primas y alimenticias en la URSS era, sin duda, un alivio en medio de tantas tragedias militares. Pero faltaba asegurarse de que dicho material llegara a España de modo rápido y seguro. Y para eso, la conducta y situación de Francia era clave porque desde el otoño de 1937, tras el éxito de la campaña naval italo-franquista, la vía marítima mediterránea estaba virtualmente clausurada. Desde entonces, casi todas las remesas de material bélico soviético (y de otras procedencias) habían optado por utilizar la ruta marítima que llegaba desde Murmansk (en el Ártico soviético) a los puertos franceses de la costa atlántica (El Havre, Saint Nazaire, Burdeos) para, desde allí, tratar de alcanzar la frontera hispano-francesa en la Cataluña republicana. Esa vía terrestre, cerrada o abierta según las vicisitudes internas de la política francesa, se había convertido en el cordón umbilical que unía a la asediada República española con sus fuentes de suministro exteriores. En palabras de Ricardo Miralles:

> Del tráfico por Francia dependió la vida de la República desde el momento en que la acción submarina italiana en el Mediterráneo dificultó la navegación soviética hacia los puertos del Levante español. […] Desde el lado de la República española, la frontera francesa fue el hilo vital que la conectaba a sus suministros de armas y a sus eventuales apoyos diplomáticos, y sin ambos no hubiera podido sobrevivir el tiempo que lo hizo[307].

Precisamente en virtud de ese carácter vital de la actitud francesa respecto a la frontera, Negrín no dejó de atender directa y personalmente a ese frente político-diplomático mientras proseguía sus esfuerzos en el ámbito soviético. A principios de enero de 1938 acudió a París para tratar de convencer al radical Camille Chautemps (que había sustituido a Blum en la jefatura del gobierno frentepopulista francés siete meses antes) de la necesidad de permitir y acelerar el paso fronterizo del material adquirido por el gobierno español. Como siempre, viajó de incógnito con el pasaporte a nombre del «Señor Navarro», utilizó un avión Douglas camuflado y pilotado por Pedro Tonda y se alojó en el Hotel Plaza Athenée de París. Le acompañaron en la crucial visita los ministros Giral y Ansó. El guión de la conversación con Chautemps redactado por Negrín señala que utilizó el triunfo de Teruel como prueba de la «capacitación militar de la República». También insistió en el «interés para el Gobierno francés de la evolución en nuestra capacidad militar» y solicitó facilidades para acelerar el paso de material bélico por la frontera terrestre hispano-francesa[308]. El efecto combinado de la entrevista, la reanudación de la ofensiva franquista y las crecientes preocupaciones francesas por las intenciones alemanas en Europa central dieron su fruto. A finales de febrero de 1938 la embajada republicana en París anunciaba a Negrín que Chautemps había decidido facilitar «envío aviones» y solicitaba que el presidente acudiera de nuevo a la capital francesa para nuevas conversaciones con él mismo, con Blum y con Daladier (ministro de Guerra)[309]. El 1 de marzo la embajada reiteraba esa disposición del gobierno francés «para mayor rapidez cajas aparatos pasen inmediatamente España por tren» y subrayaba que «quieren se imprima esta marcha muy rápida en evitación cualquier cambio político»[310].

Negrín se dispuso a atender la petición de Chautemps para que acudiera a París a principios de marzo de 1938, en el breve interludio entre el final de la campaña franquista sobre Teruel y el inicio de su implacable ofensiva de Aragón. Dos días antes de partir hacia la capital francesa recibió la única noticia militar alentadora en aquellos infaustos días. El 6 de marzo la flota republicana sorprendió a todo el mundo con un éxito inesperado. Su encuentro con la flota franquista en aguas cerca de Palma de Mallorca se

saldó con un triunfo notable: el hundimiento después de un breve combate del crucero Baleares. Animado por esa inesperada (e irrepetida) victoria, Negrín salió para París otra vez de incógnito el día 8 de marzo y confesó a un incrédulo Azaña que «iba a pedir auxilio militar»[311]. Ya la preparación del viaje dio ocasión a un nuevo enfrentamiento entre Negrín y Prieto. El ministro quería que se presentase a las autoridades francesas un dilema escueto: o prestaban ayuda militar de inmediato o «nuestra derrota irremediable». Negrín rechazó el planteamiento porque no cabría esperar esa ayuda si no apreciaban voluntad de resistencia: ¿quién podría comprometerse con un Estado que se venía abajo? Así lo recordaría con posterioridad:

> ¿Cómo podíamos pretender que el gobierno francés acelerara un auxilio prometido, cuando sus representantes en España comunicaban el bajo estado de ánimo existente en ciertos medios[312]?

La ruptura del entendimiento político entre ambos era ya casi total y no era un secreto. Azaña mismo anotó en su diario con una mezcla de alivio y resignación: «Mientras el yerno (Negrín) y el gordo (Prieto) han ido de acuerdo, menos mal. Pero ya no. Los corrillos los envenenan»[313]. De hecho, en París, alojado en el Hotel Príncipe de Gales y abrumado por sus recurrentes entrevistas con Blum, Daladier, Auriol y Moch, no dejaría Negrín de exponer a Pablo de Azcárate su preocupación por «la actitud de Prieto, su constante espíritu derrotista, su lenguaje siempre de catástrofe» y también por «su tirantez cada vez mayor con los rusos»[314]. En todo caso, fue en París donde Negrín recibiría las primeras noticias del imponente ataque franquista sobre el frente aragonés, que iba a desencadenar el desplome militar y moral de las tropas republicanas y de sus líderes políticos y gubernamentales.

Negrín no regresó de inmediato a Barcelona a pesar de los reveses militares porque en París le sorprendió una crisis europea de alto calado y que venía previendo desde hacía tiempo. No en vano, el 12 de marzo de 1938 tuvo lugar un súbito golpe de mano militar y diplomático en Europa central: después de semanas de intimidación y preparación, las tropas alemanas entraron en Austria sin encontrar resistencia y procedieron a

anexionarla formalmente al Tercer Reich. Convencido de la pasividad de las potencias democráticas occidentales, Hitler solo había solicitado y obtenido la mañana previa el consentimiento secreto de Mussolini para su acción. El *Anschluss* representaba el cumplimiento de la primera etapa del programa de expansión europea y «la primera modificación de los acuerdos territoriales de 1919». Su fácil consecución reportó ventajas enormes políticas y estratégicas para Hitler: reforzaría el apoyo popular al régimen nacionalsocialista al satisfacer las aspiraciones del nacionalismo pangermanista y consolidaría la posición hegemónica de Alemania en el centro del continente. Enfrentados a ese hecho consumado *manu militari*, los gobiernos británico y francés solo pudieron lamentar el uso de la fuerza y empezar a temer que «Checoslovaquia será la próxima»[315].

La coincidencia temporal del *Anschluss* y de la ofensiva franquista en Aragón provocó una reacción muy distinta en Londres y en París. Para el gobierno británico, la acción alemana imprimía aún mayor urgencia a la búsqueda de la colaboración de Italia para evitar la cristalización del Eje y asegurar la paz europea. A su vez, ese acercamiento a Italia implicaba asumir la victoria de Franco en «la cuestión española» como parte del precio a pagar por la benevolencia de Mussolini. Por eso mismo había dimitido de su cargo Anthony Eden en febrero de 1938 para ser sustituido por lord Halifax, firme seguidor de la política de apaciguamieto propugnada por Neville Chamberlain[316]. Por el contrario, en Francia la acción alemana condujo el día 13 de marzo a la formación de un nuevo gobierno frentepopulista presidido de nuevo por Léon Blum. El líder socialista convocó de inmediato dos días después al Comité Permanente de la Defensa Nacional para examinar la situación creada por el *Anschluss* y por la ofensiva franquista (que amenazaba con llevar a la frontera pirenaica con España las tropas alemanas de la Legión Cóndor que combatían a su lado). En el primer asunto, la reunión entre líderes políticos y militares solo sirvió para reafirmar por unanimidad la imperiosa necesidad de contar con el apoyo británico en cualquier coyuntura y para apreciar las dificultades de ayuda a Checoslovaquia en caso de agresión alemana. Pero en lo relativo a España, la discusión fue tenaz. Blum detalló los riesgos que suponía la victoria franquista con apoyo germano-italiano para la seguridad de

Francia: haría peligrar las comunicaciones con el norte de África (donde estaba acantonado gran parte del ejército); dejaría expuesto a bombardeos el sudoeste francés; obligaría a defender una tercera frontera en los Pirineos; y exigiría la neutralización del Marruecos español. Por eso mismo propuso el envío de un ultimátum a Franco solicitando su renuncia a la ayuda militar extranjera; caso contrario, Francia adoptaría «todas las medidas de intervención que juzgara necesarias». La reacción unánime de los estrategas (incluyendo al mariscal Pétain) fue desautorizar esa iniciativa por falta de medios militares para combatir y por ausencia de garantías de apoyo británico en caso de guerra. El alineamiento de Daladier con esa postura frustró así toda intervención directa de Francia a favor de la República. Pero no evitó que Blum firmara dos órdenes reservadas el 16 y 17 de marzo de 1938 por las cuales se abría *de facto* la frontera catalana al libre tránsito de todo tipo de material bélico soviético y de otras procedencias[317].

Negrín no pudo esperar en París a que el gobierno francés tomara la crucial decisión de abrir su frontera al paso del armamento soviético retenido desde hacía tiempo y al remitido como consecuencia del nuevo crédito otorgado por Moscú. El 15 de marzo de 1938 hubo de regresar precipitadamente a Barcelona porque la imparable ofensiva militar había desencadenado una virulenta crisis política. Como recordaría años más tarde:

> Al regresar a Barcelona, las noticias del frente eran catastróficas. En realidad, no había frente. Pero eso no era lo peor, lo peor era que la retaguardia se desleía y descomponía, bajo la doble acción de una desaforada propaganda derrotista y una labor de intenso y profundo espionaje, sincronizada con la ofensiva, todo lo cual sembraba el pánico y la confusión, potenciando así la labor del enemigo en la retaguardia y desmoralizando, hasta un grado indecible, a tropas y mandos de un ejército en retirada[318].

En efecto, durante la ausencia de Negrín el colapso moral de las autoridades republicanas había sido casi paralelo al desplome del frente militar. Apenas iniciada la ofensiva, Prieto había confesado a Zugazagoitia que «hemos entrado en el último episodio» y que preveía «el desenlace para el mes de abril». Según su criterio, no habría posibilidad de retirada hacia la frontera porque «la frontera nos será cerrada con bayonetas y se podrán contar con los dedos de la mano los españoles que consigan cruzarla»[319]. Eran el tipo

de juicios apocalípticos que exasperaban a Rojo y a sus subordinados y que no quedaban circunscritos a las esferas oficiales. Todavía más grave, el día 14 de marzo el propio Giral, ministro de Estado, después de entrevistarse con Prieto, había revelado «todo lo que sucede y lo desesperado de la situación» al embajador francés, Labonne. Según Giral, el gobierno estaba «desconcertado» por el desplome bélico y dudaba entre seguir tres caminos diferentes: «solicitar un armisticio por medio de las potencias amigas o neutrales»; dirigirse a Franco para recibir la respuesta de «rendición sin condiciones» o proseguir «la resistencia». El embajador pidió y obtuvo «autorización para decírselo a su Gobierno» (el mismo gobierno al que Negrín aseguraba su voluntad de resistir y que estaba considerando prestar ayuda militar a la República). Labonne añadió su disposición a transmitir a París y Londres la petición de «una inmediata tentativa de mediación». E hizo una oferta que Giral no dejó de transmitir a Azaña: la garantía de protección francesa a los líderes republicanos en su embajada en caso de necesidad y la disposición para acogerlos como refugiados en un buque de guerra anclado en Caldetas que los transportaría a Francia[320].

La situación era tan crítica que Azaña exigió a Negrín el regreso inmediato a Barcelona y la reunión urgente del consejo de ministros para examinar la situación y las soluciones disponibles. Azaña seguía creyendo que había que recurrir a la mediación franco-británica para «liquidar» la guerra y que ello requería un reajuste de gobierno que diera más protagonismo a los partidos republicanos. Negrín se había convertido ya en una especie de «loco visionario» que predicaba la resistencia sin sentido y tenía que ser cesado en sus funciones. Como Azaña no quería utilizar sus prerrogativas para cesar a su jefe de gobierno (entre otras cosas, por la dificultad para encontrar sucesor aceptable o voluntario), volvió a exigir a los líderes republicanos que actuaran por iniciativa propia y conjunta para permitirle abrir la crisis ministerial de modo constitucional. Así se lo comunicó a Martínez Barrio con apremio (y con poco éxito):

> Insistí en que los partidos republicanos representados en el Gobierno debían tomar la iniciativa, para un cambio en la política del gobierno y en el optimismo ciego del Presidente. […] Que un Gobierno republicano —dijo— no sería obedecido por nadie. (¿Teme que caiga sobre él?). Inoportunidad de una crisis[321].

Recién llegado a Barcelona en la noche del día 15 de marzo, Negrín pudo darse cuenta de la magnitud de la crisis gracias a los crudos informes de Prieto. Por su parte, Azaña le requirió la convocatoria urgente de un consejo de ministros al día siguiente y bajo su presidencia en el Palacio de Pedralbes. Y le anticipó su voluntad de forzar un cambio político bajo la velada amenaza de dimisión: «Le repito: que perdida toda probabilidad, no estaré ni veinte minutos. Consejo para el día siguiente». Para agravar las cosas, el embajador Labonne se presentó ante Negrín para ofrecerle «una oferta de mediación» del gobierno francés (y británico) a fin de posibilitar la rendición ante el enemigo[322]. Frente a esas evidencias de oposición a su política, Negrín solo tenía a su favor dos elementos claves: la certeza de que la ayuda exterior estaba ya decidida y a punto de llegar; y la convicción transmitida por el general Rojo (llegado a Barcelona desde el frente el mismo día 16) de que la situación todavía podría salvarse con la llegada del material bélico prometido. Con el fin de frenar un nuevo desplome político como resultado de la inquietud de Azaña y sus partidarios, Negrín también accedió a la propuesta del PCE para convocar una manifestación a favor del gobierno y su política de resistencia en el mismo día y a la misma hora en la que tenía previsto reunirse el consejo. Él mismo llamó a Vidarte y a la Comisión Ejecutiva del PSOE para que tomara parte oficial en esa manifestación organizada por el PCE y que debería ser un acto unitario. Paralelamente, el resto de los partidos del Frente Popular, incluyendo a la CNT (en la persona de su secretario general, Mariano R. Vázquez) recibieron y aceptaron una invitación del PCE para acudir a la manifestación y formar parte de una delegación colectiva que haría entrega a las autoridades de sus demandas de resistencia y su negativa a la capitulación incondicional[323].

El consejo de ministros se reunió el 16 de marzo de 1938 en el Palacio de Pedralbes de Barcelona en doble sesión: a las cinco de la tarde, el gabinete se reunió ordinariamente bajo la presidencia de Negrín; una hora después, lo hizo de modo extraordinario y bajo la presidencia de Azaña. Ambas reuniones tuvieron lugar en plena descomposición del frente aragonés y a la par que los bombardeos aéreos socavaban la moral y la vida cotidiana de la sufrida población civil. Fue aquella, sin duda, la situación

más crítica de toda la guerra. Antes de proceder a la primera reunión, Negrín se reunió con los ministros socialistas, Prieto y Zugazagoitia, y les pidió su apoyo para rechazar cualquier propuesta de petición de paz y rendición que pudiera surgir en el consejo. Los dos aceptaron la petición no sin que Prieto le sugiriera a Negrín «la necesidad de bloquear bienes de la República en el extranjero con el fin de ayudar a los que se vieran obligados a emigrar». La respuesta de Negrín fue ambigua: se refirió a la gestión de Vidarte en México y a la promesa de Cárdenas de acogimiento de cuantos exiliados republicanos pudieran llegar al país. En todo caso, el presidente recibió el suficiente respaldo de sus correligionarios para proseguir con su línea de conducta ante la crisis[324].

Durante la primera reunión ministerial, Negrín planteó la oferta de mediación para la rendición presentada por el embajador de Francia en caso de necesidad. La única condición de esa propuesta era que el gobierno decidiera, llegado ese extremo, la remisión de la flota anclada en Cartagena a bases navales francesas en Tolón (cerca de Marsella) o en Bizerta (Argelia). Negrín rebatió la conveniencia de aceptar aquella sugerencia porque estaba condenada al fracaso dada la ventajosa situación militar de Franco y la negativa italo-germana a privarse de un éxito estratégico en España. Además, su inevitable conocimiento público implicaría el debilitamiento de la moral de retaguardia y de la confianza de las tropas, en un momento en que era más importante que nunca su reforzamiento para frenar y contener la ofensiva en curso. Por último, a juicio de Negrín, los recientes acontecimientos internacionales y la inminente llegada de material militar desde Francia, permitían abrigar la esperanza de una recomposición del frente que atajara el desplome general y el caos de una retirada anárquica en medio de la derrota. Según las fuentes disponibles sobre esta crucial reunión, el análisis y recomendación de Negrín no contó con ninguna oposición por parte de los ministros. A tenor de las memorias de Zugazagoitia:

> Prevaleció su criterio. Solo Irujo […] apuntó la conveniencia de examinar la situación militar para, en el supuesto de persuadirnos de la fatalidad de la derrota, economizar el dolor que supondría el prolongar una guerra sin esperanza. En cuanto a Giral, ministro de Estado, aprobando las palabras del presidente, insinuó la ventaja de no rechazar de modo absoluto un

> ofrecimiento al que, llegado el caso, podríamos acogernos. […] En el consejillo, el Gobierno se mostró unánime[325].

La segunda reunión del consejo de ministros, presidida ya por Azaña, resultó mucho más tensa y polémica que la primera. Negrín expuso la situación militar y las perspectivas internacionales con cierto detalle y con dosis de nerviosismo («recayó en los balbuceos de sus días de aprendizaje», según Zugazagoitia). También aseguró que «había remedio, de modo indudable, tan pronto como dispusiésemos del material que teníamos anunciado». Y comunicó al presidente de la República la decisión unánime del consejo de ministros de rechazar la sugerencia del embajador francés de solicitar la «mediación» a su gobierno. La réplica de Azaña fue de «una dialéctica implacable» y no exenta de furia contenida. En realidad, había esperado que los partidos republicanos hubieran socavado la posición de Negrín y le hubieran abierto la vía para declarar una crisis ministerial de la que pudiera surgir otra política y otro gobierno. Pero nada de ello había sucedido porque, en realidad, en pleno desplome bélico, ni había alternativa política a la mera resistencia ni los partidos y líderes críticos con esa actitud habían emprendido ninguna acción para modificar la situación. Por eso Azaña insistió en la inutilidad de proseguir la lucha («¿Se puede ganar con los recursos actuales?») y en la urgencia de buscar una salida que evitara «una situación como la del Norte». Requirió a un Prieto incómodo y taciturno para que avalara su percepción sobre la irreversible derrota militar y subrayó la falta de apoyo popular para proseguir la resistencia: «El problema de la retaguardia: cansancio y pánico». Finalmente, criticó duramente la decisión de rechazar el ofrecimiento de mediación francés y pidió una reconsideración de la medida y consultas en París sobre sus condiciones: «Hago notar que a los dos días de hablar con el nuevo Gobierno francés pidiéndole fuerzas, su embajador contesta ofreciendo mediación y refugio». Por eso mismo, Azaña convocó al gobierno para una nueva reunión futura con el objetivo de debatir la situación planteada: «el gobierno debe deliberar sobre mi indicación»[326].

Apenas terminada la reunión del consejo, los ministros y el presidente Azaña se vieron sorprendidos por la llegada a Pedralbes de la manifestación popular de repulsa contra la capitulación organizada por el PCE y asumida

por el resto de las fuerzas políticas con mayor o menor entusiasmo. Azaña ironizó sobre sus fines con abierto desdén: «¿Una manifestación de entusiastas? Déjelo, eso siempre es bueno. A menos que sean entusiastas reclutados». De hecho, en la nutrida concentración que llegó a invadir los jardines del Palacio había pancartas y se escucharon consignas que no dejaban bien parada la conocida posición presidencial: «¡Abajo el gobierno de los traidores!»; «¡No pactos!»; «¡Abajo el ministro de Defensa!»; «¡Abajo los ministros traidores!». Negrín salió a recibir a la delegación de líderes convocantes: José Díaz y Dolores Ibárruri (PCE), Vidarte (PSOE), Mariano R. Vázquez (CNT), Felipe Pretel (UGT), Pamias (PSUC) y Santiago Carrillo (JSU). Y recomendó la disolución pacífica de la manifestación tras asegurar a los presentes que no tenían importancia «los rumores sobre las corrientes capituladoras»[327].

El episodio de la manifestación anticapitulacionista, llegado después de la tensa reunión del consejo del 16 de marzo, solo sirvió para envenenar aún más las relaciones políticas y personales entre los dos bandos abiertos en la dirección política republicana. Eran, en palabras del embajador Labonne: «los partidarios del armisticio» y «los partidarios de la resistencia a ultranza». Al día siguiente de la misma, una nueva reunión del gabinete para deliberar sobre la petición de reflexión de Azaña sirvió para delimitar aún más las trincheras. Prieto y Giral, entre otros ministros, censuraron vivamente el carácter «coactivo» de la manifestación y las consignas contra «los ministros traidores» coreadas. Prieto, en particular, tenía ya la convicción, plenamente acertada, de que el acto había formado parte de la estrategia comunista para expulsarle del ministerio de Defensa. Pero, lo que es más grave e inexacto, había llegado al convencimiento de que Negrín no solo había tolerado la manifestación sino que la había «aconsejado» al PCE. Negrín rebatió las críticas del mejor modo que pudo señalando que la manifestación «había sido organizada por elementos afectos al gobierno» y que en ella habían tomado parte todos los partidos y organizaciones republicanas. En todo caso, como afirmaría el catalanista Pi i Sunyer, sí era cierto que la manifestación «servía su política y si no fue autor, aprovechó bien la lección»[328].

Con la mirada puesta en el desplome militar en curso y la confianza en que la llegada del material bélico pudiera contenerlo, Negrín convocó en su residencia particular una reunión de la Comisión Ejecutiva del PSOE y los ministros socialistas para analizar la situación y las perspectivas existentes. La crucial reunión se celebró el 25 o 26 de marzo de 1938 y dejó en evidencia que «las discrepancias entre Prieto y Negrín eran fundamentales» y suponían una grave crisis para el movimiento socialista y para su papel de eje y nervio de la dirección política republicana. No en vano, toda la estrategia político-militar de resistencia negrinista se articulaba sobre una tríada de pilares cuyo debilitamiento afectaba al conjunto sin remisión: el PSOE, el PCE y la oficialidad militar profesional. El informe de Prieto sobre la situación militar fue tan pesimista y sobrecogedor como era habitual en él. No solo pensaba que la guerra estaba perdida sino que vaticinaba que la derrota sería inminente y sin posibilidad de aplazamiento. La intervención moderadora de Negrín apenas encubría su discrepancia con la tesis de la inevitabilidad de la catástrofe bélica: «Ya conocen ustedes a Prieto; es un pesimista temperamental; recarga, acentúa siempre con tintas negras, todas las cosas». Mayor transcendencia adquirió el desacuerdo sobre la necesidad de mantener el equilibrio político con el PCE por motivos internos tanto como internacionales. Prieto, con el apoyo de la Ejecutiva, censuró la línea política absorbente y proselitista del PCE en el Ejército y defendió sus medidas para contenerla y reducirla. Negrín, sin desmentir ni rebatir ese análisis y las medidas tomadas, expuso las firmes razones que avalaban su política de contemporización como única alternativa a la rendición incondicional, subrayando además su disposición a dimitir en cuanto le fuera pedido por su partido o por la coalición del Frente Popular que le había encumbrado y sostenido:

> Bueno, voy a decir ante ustedes, oficialmente, lo que en el orden particular e íntimo he manifestado a alguien: No puedo prescindir de los comunistas, porque representan un factor muy considerable dentro de la política internacional y porque tenerlos alejados del Poder sería, en el orden interior, un grave inconveniente; no puedo prescindir de ellos, porque sus correligionarios son en el extranjero los únicos que eficazmente nos ayudan, y porque podríamos poner en grave peligro el auxilio de la URSS, único apoyo efectivo que tenemos en cuanto a material de guerra. Pero de la misma manera que no prescindo de los comunistas,

> digo que no continuaré un solo minuto en la presidencia del Consejo de Ministros si Prieto no está en el Ministerio de Defensa Nacional[329].

La reunión de la Comisión Ejecutiva del PSOE con Negrín y los ministros socialistas alivió muy poco la situación de crisis y desconcierto extendida en el movimiento socialista. Era una gravísima contrariedad que debilitaba progresivamente el principal soporte político y administrativo de Negrín y le forzaba a apoyarse cada vez más sobre los otros dos pilares existentes: los mandos militares encabezados por Rojo y el PCE. Gabriel Morón, un veterano dirigente ugetista por entonces afín a Prieto, no dejaría de señalar posteriormente el efecto de ese desmoronamiento:

> En relación con su Partido, Negrín no apreciaba otra cosa que una sensación de vacío, una impresión de glacial indiferencia y de apocamiento, que, para su espíritu joven, para su vitalidad desbordante y para su temperamento apasionado, venían a ser algo así como la invitación al «buen morir» […]. Las desviaciones de Negrín, la disminución de sus facultades ponderativas, eran resultado directo de aquella falta de asistencia, inherente a la crisis interna del Partido Socialista[330].

De hecho, apenas un día después del encuentro entre Negrín, sus ministros socialistas y la ejecutiva de su partido, el frágil equilibrio logrado saltó por los aires en una nueva reunión del consejo de ministros. El pretexto formal fue la decisión de Zugazagoitia de recriminar al ministro Jesús Hernández por la publicación en los días previos de un artículo contra Prieto bajo pseudónimo que había sido objeto de censura oficial. Negrín trato de mediar en el conflicto reprochando a Hernández su desacato a la censura oficial y pidiendo tolerancia a Zugazagoitia en la expresión de opiniones por parte de los ministros. Era una nueva muestra de la táctica de contemporización y evitación de conflictos exhibida por el jefe del Gobierno desde el principio de su gestión en mayo de 1937. Pero esta vez no consiguió aplacar las tensiones en modo alguno. La intervención de Prieto en el debate, temida por Negrín desde el principio, oficializó la crisis del gabinete porque anunció su incompatibilidad pública y política con el ministro comunista:

> No puedo marchar de aquí, porque equivaldría a desertar en estos instantes de derrumbamiento del frente del Este. Con el decoro quebrantado, sigo como ministro de

> Defensa Nacional; mas de hoy en adelante no tendré con este señor otras relaciones que las estrictamente oficiales y, así y todo, me ha de resultar un poco penoso convivir ministerialmente con él[331].

Como escribió Zugazagoitia en sus memorias, después de ese choque entre Prieto y Hernández, «la formación ministerial, por más que intentásemos simular cosa distinta, estaba destruida»[332]. Así lo había apreciado el embajador francés en Barcelona con ocasión de su entrevista con Negrín por aquellos días. Cuando Labonne le mencionó sus noticias sobre la falta de «unidad y solidaridad del gobierno» respecto a su política de resistencia, el jefe del Gobierno hubo de aceptar que: «¡Sí! Ciertas personalidades, entre ellas Prieto, son totalmente pesimistas». Pero insistió: «No hay elección. No hay alternativa. Solo hay una línea, una línea recta que seguir: la resistencia, la movilización, el estado de sitio. Vencer o morir. Venceremos». El 27 de marzo, después de haber conocido las opiniones de Prieto y el presidente Azaña, Labonne ratificaba su juicio de que el gobierno estaba quebrado y carecía «del vínculo de solidaridad» necesario. No en vano, Negrín «se pronunciaba resolutiva y categóricamente por la resistencia a ultranza», en tanto que Azaña, con Prieto, consideraban inútil esa política y anhelaban «una oferta conciliatoria venida del extranjero» que hiciera posible «salvar el máximo que pudiera ser salvado»[333]. Ciertamente, Negrín se había decantado por esa resistencia como mal menor e inevitable ante la catástrofe. Y así lo exteriorizó en su discurso radiado desde Barcelona en la noche del 28 de marzo:

> Cada día de resistencia es un día de ganancia para España. Las seguridades que el Gobierno ofreció a los combatientes, en orden al material, no son vanas. Si hay resistencia, habrá material. O dicho de modo más exacto: si resistimos, obtendremos la anhelada victoria. […]
>
> La apelación es terminante y decisiva. Tiene que ser puesta en curso con toda nuestra capacidad de sacrificio; con mucho o poco material, con pan o sin pan, ¡resistir! […]
>
> Resistir y perseverar es vencer. […]
>
> Lo que en España se ventila no es una pugna de ideologías. Nuestra tierra se ensangrienta como preludio, que sin el esfuerzo de nuestro pueblo sería decisivo, de una disputa por la hegemonía de Europa primero, del mundo después. […]
>
> Fe en la victoria, españoles. España no se deja devorar. España no se entrega, y un pueblo que no se entrega no puede ser vencido[334].

La confirmación pública de la ruptura del gabinete y de la intensidad de la crisis política tuvo lugar durante el consejo de ministros del 29 de marzo de 1938, reunido en el despacho del ministro de Defensa. Negrín estaba ya para entonces a punto de romper con su anterior amigo y mentor político por dos hechos concurrentes y previos: la penosa impresión derrotista causada por Prieto en los miembros del Consejo de Guerra y el Estado Mayor («les deprimió usted con el tono de sus consideraciones»); y la reiterada mención de Labonne en sus entrevistas al hecho de que «Prieto daba la guerra por perdida»[335]. Aunque Prieto replicaría posteriormente que «no he hablado jamás con el embajador de Francia; no le conozco, no sé como es», lo cierto es que Labonne informó a su colega británico, John Leche, encargado de negocios del Reino Unido en Barcelona, del contenido de sus últimas conversaciones con Prieto:

> El ministro de Defensa le informó de que la situación era desesperada y que, en vista de la superioridad material del enemigo, Franco estaba en posición de actuar como un martillo hidráulico frente a un huevo[336].

El informe de Prieto a sus colegas sobre la situación militar el día 29 colmó el vaso de la paciencia de Negrín. No en vano, describió una situación tal que hacía imposible la resistencia y precipitaba la caída en plazo breve sino inminente:

> Señores, ante la falta de combatividad de nuestras tropas, su desorden y desorganización, ante la enormidad de material por parte del adversario, preveo que los facciosos llegarán al Mediterráneo; tengo por inevitable el hecho, y deben tomarse ya las medidas procedentes[337].

El informe y los vaticinios, según un prietista como Zugazagoitia, causaron estragos y congoja en los ministros porque «las descripciones de Prieto, nada suaves, de un naturalismo violento, […] les mermaban bastante el resuello». El propio Negrín, saliendo de la reunión, confesó a Prat su pesadumbre y desmoralización: «Ahora mismo no sé si pedir al chófer que me lleve a casa o a la frontera. ¡Tan atroz ha sido el informe que nos ha hecho Prieto!»[338]. A su amigo y colega, Mariano Ansó, le hizo saber también su desacuerdo total con la pasividad derrotista de Prieto porque incluso su corolario del recurso a la intervención mediadora de las potencias

democráticas exigía una apariencia de fuerza y resistencia que desestimaba con su actitud:

> En la panoplia de armas cuenta mucho el espíritu indomable de defensa, que hasta hoy no ha faltado a nuestro pueblo. Hay que galvanizarlo, en vez de sumirlo en la desesperación a que algunos se entregan. No hay diplomacia posible sin el respaldo de una acción decidida a vender cara la derrota, y se engañan los que esperan ayudas gratuitas, aunque se trate de las naciones más amigas y mejor intencionadas. En esas condiciones, implorar ayudas es mendigar lástimas y piedades que acaban traduciéndose en la oferta de un barco o de una embajada para salvar las vidas de los que deciden la entrega. […] Nuestra resistencia sigue representando un alto precio de vidas del enemigo, que estamos dispuestos a hacer pagar si no se reconocen los derechos humanos elementales. Hasta ahora seguimos siendo la legalidad agredida por la facción interna e internacional. Ni hoy ni en el pasado fueron vanas mis esperanzas de recibir armas ni pertrechos de guerra que compensen, al menos en parte, la superioridad de nuestros enemigos, verdadera causa de nuestros reveses militares[339].

Tras aquel consejo de ministros, Negrín resolvió tomar «una de las decisiones más penosas que he tomado en mi vida»: en la mañana del 30 de marzo envió a Zugazagoitia al despacho de Prieto para consultar con él su cese voluntario en el ministerio de Defensa[340]. Según Prieto, Zugazagoitia cumplió el encargo como honesto amigo y mediador:

> Me ha llamado el Presidente del Consejo —me dijo— y me ha preguntado si usted se enfadaría mucho si le quitara del Ministerio de Defensa Nacional, y me he adelantado a decirle que no se enfadará usted. ¿He acertado en la respuesta?
>
> Plenamente —contesté.
>
> Pues me alegro —añadió Zugazagoitia—; voy a confirmárselo al presidente.
>
> Yo también se lo confirmaré para que no tenga dudas. Voy a escribirle una carta, diciéndole que prescinda del supuesto de que me enojaré[341].

La carta de dimisión de Prieto a Negrín, fechada el mismo día 30 de marzo, fue también remitida por el interesado a la Comisión Ejecutiva del PSOE. Era un reconocimiento oblicuo de su agotamiento moral y su inadaptación al cargo ocupado, apenas encubierto por su reiteración de acatamiento y disciplina partidista. Su texto central rezaba así:

> En resumen, no soy apto para el cargo que desempeño por mi visión de los acontecimientos. Y, además, procedo sin discreción al exponer crudamente mi parecer en pleno Consejo de Ministros. […] Estimo, pues, archilógica mi sustitución en el Ministerio de Defensa Nacional. Puede usted decretarla en cualquier instante, seguro de que no me producirá enojo ni

> contrariedad y que seguirá usted teniéndome a sus órdenes, porque así me lo impone el deber y me lo aconseja la amistad[342].

Decidido el cese de Prieto en Defensa, Negrín intentó mantenerle en su gobierno por necesidad personal («preciso del concurso de Prieto») y por conveniencia política («previ las consecuencias»). Le ofreció la titularidad de otra cartera ministerial (Hacienda, Obras Públicas o la condición de ministro sin cartera), la compensación de cesar en su cargo a Jesús Hernández y la reducción de la presencia comunista a un solo ministerio. Pero Prieto rechazó todas las ofertas y declaró que no había ninguna posibilidad de seguir en el gobierno[343]. Finalmente, el 31 de marzo de 1938, Negrín sometió a Azaña su voluntad de reformar el gobierno para prescindir de Prieto y de Hernández, asumir personalmente la cartera de Defensa Nacional y nombrar nuevos titulares de Economía y Estado. Azaña aprovechó la ocasión para tratar de abrir una crisis general en el gobierno y se tomó varios días para estudiar la propuesta y hacer las consultas pertinentes con los partidos políticos y las organizaciones sindicales.

Mientras el presidente de la República abría las consultas políticas oportunas, la situación militar en los primeros días de abril de 1938 fue mejorando progresivamente gracias a los suministros bélicos recién llegados y a la reorganización de fuerzas operada por el general Rojo en el área de la ribera del Segre y la orilla derecha del Ebro. El 1 de abril, Rojo presentaba a Negrín un informe sobre la situación que asumía la inminente perspectiva de la llegada enemiga al Mediterráneo y el consecuente corte en dos partes incomunicadas del territorio republicano. Pero, frente a la conclusión derrotista de Prieto, el jefe del Estado Mayor Central se inclinaba por considerar posible la resistencia militar a pesar de ello. Dos días más tarde, el 3 de abril, Rojo elevaba a Negrín otro crudo informe avalado «unánimente» por el Estado Mayor Central. En el mismo, el alto mando militar republicano estimaba factible superar el golpe de la división en dos partes del territorio leal y condicionaba la resistencia al mantenimiento de los suministros bélicos logrados y una vez recuperada la moral de toda tentación derrotista:

> Se considera inminente la realización del propósito enemigo de alcanzar la costa por el desgaste y la desmoralización de nuestras fuerzas; pero sin descartar la posibilidad de prolongar la resistencia y demorar la consumación de la ruptura por efecto de una reacción moral de nuestras tropas y de la acumulación que pueda hacerse de nuevas reservas. […]
>
> Se considera como necesidad imperiosa elevar la moral de nuestros combatientes y de la retaguardia mediante una acción intensa del Gobierno y de los organismos dirigentes de la opinión. Entre las medidas que se adopten se considera la más urgente la importación de material de aviación y de artillería, por estimarse indispensable para el sostenimiento de los frentes y especialmente aquella para el sostenimiento de la moral. […]
>
> En cuanto a los elementos necesarios para continuar la guerra, son los mismos que se precisarían sin haberse producido el corte, siendo la necesidad más acusada llegar, cuando menos, al equilibrio de la aviación en un plazo de días. *Por lo demás, en las anteriores conclusiones se consigna de modo expreso la posibilidad de continuar la guerra y las medidas a adoptar para ello*[344].

Ese crucial refrendo de la política de resistencia por parte del alto mando militar fue de enorme importancia para levantar el ánimo de Negrín y convencerle de la necesidad de seguir adelante con su cargo y su línea política. No en vano, tenía «confianza ilimitada en la capacidad de Don Vicente». Y dicho refrendo fue ratificado poco después, ya superada la crisis ministerial, de modo aún más taxativo, al responder a un cuestionario remitido por Negrín a su máximo consejero bélico y estratega. El general Rojo escribiría a Negrín el día 25 de abril ratificando su consejo militar y consecuente apoyo político:

> Mientras la situación estratégica no varíe, el bloqueo no sea absoluto, y no se reduzcan nuestras posibilidades desde el punto de vista marítimo, el problema de los abastecimientos en las dos zonas y la relación marítima entre ambas puede considerarse asegurada, naturalmente con las incidencias que en esa comunicación puedan ocurrir en alguna ocasión por efecto de la actuación de la flota adversaria; […].
>
> La resistencia no será inútil mientras haya una posibilidad de resistir, y esta posibilidad es función principalmente de la moral del Ejército, que está decidido a llegar al último esfuerzo y de que disponga de abastecimientos de boca y guerra para asegurar esa resistencia. […]
>
> Por consiguiente, mientras los abastecimientos estén garantizados, puede perderse terreno con la aspiración de que una ocasión favorable nos consienta recuperar lo perdido y ganar la guerra. El problema solo será de solución difícil o imposible si la moral del Ejército se viene al suelo, conjuntamente o no con la de la retaguardia, o, en definitiva, cuando queden directamente cortadas nuestras líneas de abastecimientos.
>
> Esto naturalmente, por lo que se refiere a la zona central; pues sin posibilidades de abastecerse y siendo una zona que carece de recursos de orden industrial y de orden agrícola para sostener el Ejército voluminoso con que cuenta, aun cuando la moral de defensa

existiese, su resistencia duraría el tiempo justo que durasen las reservas de abastecimientos y de municiones[345].

El apoyo del alto mando militar republicano a la continuidad de la política de resistencia de Negrín era tanto más crucial cuanto que el cese de Prieto reflejaba y agravaba la crisis interna del movimiento socialista y su creciente incapacidad para seguir siendo el pilar político de esa estrategia gubernamental. La Comisión Ejecutiva del PSOE trató de mediar en el conflicto abierto entre Negrín y Prieto, muy consciente de que «la salida de Prieto del ministerio» podría «terminar en una escisión» y era una virtual «bomba de relojería». Por eso mismo, tanto el presidente, Ramón González Peña, como el secretario, Ramón Lamoneda, se entrevistaron durante aquellos días frenéticos con los dos interesados para tratar de evitar la ruptura del binomio que, hasta entonces, garantizaba la precaria unidad del movimiento socialista tras el desplome del largocaballerismo. Todo fue inútil, al igual que las intervenciones de otros miembros de la ejecutiva como Vidarte, Zugazagoitia, Albar o Cruz Salido. Prieto, «realmente agotado por tanta contrariedad y tantas derrotas militares», «sereno y profundamente triste», replicó a todas las gestiones: «Es inútil luchar, los comunistas quieren mi piel y contra eso nada podemos hacer ni Negrín, ni ustedes, ni yo. Mientras sea Rusia el único país que nos ayuda». Y añadió en todo momento la misma recomendación: «Den ustedes toda clase de facilidades a Negrín para que me sustituya»[346].

La dirección del PSOE, aturdida y desorientada ante esa verdadera fuga de su máximo líder (que iniciaba así una especie de pasivo exilio interior, al igual que Largo Caballero previamente), no encontró otra solución que dar su apoyo a Negrín con más resignación que entusiasmo y devoción. Sobre todo porque Negrín, ante la actitud tomada por Prieto, anunció a la Ejecutiva su disposición a dimitir y recomendar a Azaña «que busque otro presidente». Y ante esa perspectiva pavorosa, la dirección del PSOE reaccionó de la única manera posible: «Total, que hemos venido a convencer a Prieto y tenemos que irnos a persuadir a Negrín»[347]. El propio presidente del gobierno era muy consciente de esa virtual falta de alternativa a su línea política de resistencia a ultranza y de la ausencia de otra figura de recambio en la jefatura del ejecutivo. Confesó su resignación

a su correligionario y amigo, Vidarte, con palabras bien reveladoras, además, de su plena conciencia de los problemas planteados por la división interna republicana y el crecimiento de la influencia comunista:

> ¿Es que usted cree que a mí no me pesa, como al que más, esta odiosa servidumbre? Pero no hay otro camino. Cuando hablo con nuestros amigos de Francia, todo son promesas y buenas palabras. Después empiezan a surgir los inconvenientes y de lo prometido no queda nada. *La única realidad, por mucho que nos duela, es aceptar la ayuda de la URSS, o rendirse sin condiciones*. Para la rendición incondicional que no cuente el Partido conmigo […]. Yo no entrego indefensos a centenares de miles de españoles, que se están batiendo heroicamente por la República, para que Franco se dé el placer de fusilarlos […]. Más de una vez le he preguntado a Prieto, cuando se quejaba de las intromisiones comunistas, si él creía que podríamos prescindir de su colaboración como partido; si pensaba que Inglaterra y Francia podrían ayudarnos, a cambio de renunciar a la ayuda rusa. Me ha respondido que, desgraciadamente, no. He empleado toda clase de contactos para conseguir un armisticio […]. ¡Qué más puedo hacer! La paz negociada siempre; la rendición sin condiciones para que fusilen a medio millón de españoles, eso nunca. ¿Usted cree que para seguir mi política de resistir, hasta obtener una paz negociada, sigo contando con la confianza del Partido, aun teniendo que prescindir de Prieto**[348]**?

Negrín acabaría obteniendo esa confianza aunque solo fuera por resignación y falta de alternativa, tanto política como personal. González Peña dejaría constancia de esa decisión al señalar que la salida de Prieto del gobierno era «casi como una indignidad», pero que «ante las circunstancias políticas presentes, no hay más remedio que aceptar este sacrificio». Vidarte, uno de aquellos fervientes prietistas que peor encajó la nueva situación de orfandad, no dejaría de exponer con posterioridad cuáles eran aquellas circunstancias cruciales que obligaban a prescindir del líder indiscutido para acogerse al manto de Negrín:

> Desde hacía tiempo nosotros conocíamos las últimas ilusiones de Prieto sobre la posibilidad de una paz negociada con la intervención de Inglaterra, así como el ofrecimiento de bases que Prieto, sin contar con Negrín, había hecho a los ingleses. Para la Comisión Ejecutiva, en absoluta coincidencia, en este punto, con Negrín, era imposible llegar a una paz negociada que pusiera fin honrosamente a la guerra, por una razón muy sencilla: porque Franco no aceptaba otra cosa que la rendición incondicional, es decir el exterminio de las fuerzas combatientes republicanas; y porque a los países que podrían haber impuesto la paz, como impusieron el Comité de No Intervención, no les daba la gana de hacerlo.
>
> Prieto y Besteiro habían sufrido el espejismo del sediento que se ve perdido en el desierto ante un inmenso mar de arena y cree ver las fuentes de un oasis. En Besteiro, alejado de la

política y con un invencible horror a la guerra me lo explico, pero en el ministro de Defensa, en el hombre de Brunete y de Teruel, me era muy difícil aceptarlo.

Al adoptar Prieto la posición anticomunista que le llevó a enfrentarse con Negrín y a que este prescindiera de él como ministro de Defensa, fue Prieto quien se separó de la propia línea política que orientada por él habíamos seguido en la Comisión Ejecutiva[349].

Azaña estaba plenamente identificado con el análisis político-militar de Prieto y durante todo el período de crisis (30 de marzo-5 de abril) intentó forzar una solución que tuviera a este (o a Besteiro y Martínez Barrio) como instrumento de recambio directivo al frente del gobierno. Pero sus gestiones y sus esperanzas resultaron vanas porque no consiguió conformar una alternativa política y gubernamental a la ofrecida por Negrín y alentada por Rojo (y el PCE y los sectores negrinistas de los restantes partidos y sindicatos). En una conversación privada con el embajador Labonne, Azaña le confesó su honda preocupación porque «la situación es grave, infinitamente grave». Además, no sabía el camino a tomar:

¿Provocar una crisis ministerial? ¿Contra la voluntad del actual gobierno? Tendría que asumir personalmente el poder, cambiar la línea política, hacerme responsable de un inmediato derrumbe de la resistencia […]. Eso es imposible[350].

Ciertamente, las consultas individuales del presidente de la República con los líderes políticos republicanos resultaron tan sumamente insatisfactorias que decidió repetir el expediente de convocar una reunión colectiva para deliberar sobre la crisis y su solución. A esa reunión extraordinaria, celebrada en el Palacio de Pedralbes el lunes día 4 de abril de 1938, asistieron la flor y nata de la dirección política de la República en guerra: el propio Negrín (aunque había sopesado la idea de no acudir); Companys en representación de la Generalitat; Telesforo Monzón (representando al PNV); González Peña (por la UGT y el PSOE); Mariano R. Vázquez (por la CNT); Salvador Quemades (por IR); José Díaz (por el PCE); y Martínez Barrio (por Unión Republicana). Azaña abrió las consultas afirmando su convicción de que «podía y debía darse por terminado el esfuerzo militar» y había que actuar en consecuencia. Negrín replicó con una defensa de su política de resistencia como única salida alternativa a la capitulación incondicional. Las restantes intervenciones, excepto la del PCE, no parece

que brillaran por su apoyo a Negrín pero tampoco suscribieron la posición capituladora de Azaña. Este intentó infructuosamente lograr un pronunciamiento a favor de sus tesis mediante «un largo discurso, más insinuante que claro» (en palabras de Martínez Barrio). Pero acabó estrellándose ante la falta de eco de los restantes partidos y ante el aviso de José Díaz de que «estaba a punto de abusar de sus poderes» constitucionales. Azaña renunció entonces a su propósito: ni tenía el respaldo que esperaba para cesar a Negrín por falta de confianza política de los integrantes del Frente Popular, ni contaba con una figura de reemplazo que concitara más apoyo que el presidente del gobierno existente. La conclusión de aquella extraña «consulta colectiva» fue apuntada por Martínez Barrio en sus memorias: «De la reunión salió reformado el gabinete; robustecida la personalidad del señor Negrín, y liquidado, momentáneamente, el propósito de concluir la guerra»[351]. No en vano, en palabras de Vidarte:

> El presidente Azaña sabía que en cualquier momento estaba dispuesto Negrín a presentarle la dimisión del gobierno, pero realmente sus suertes iban unidas. Azaña no sabía a quién recurrir. Únicamente la voluntad férrea de Negrín mantenía unidos a los partidos y organizaciones del Frente Popular, convencidos, como él, que entregarse al enemigo después de cuantos ejemplos habíamos visto en aquellas ciudades ocupadas por ellos, era tanto como el suicidio.[…]
>
> Cuando Negrín hablaba de resistir era porque, aun habiendo perdido la mayor parte del territorio, confiaba en la ayuda de Rusia y en esta ocasión también en la de Francia[352].

El mismo juicio mantendría entonces y con posterioridad un prietista tan convencido como Zugazagoitia:

> Prieto no ofrecía, en contrapartida (a la sustitución de Negrín), la menor compensación. A lo sumo, paliativos diplomáticos, nada fáciles de conseguir, por otra parte, para la derrota[353].

En consecuencia, Negrín recibió el encargo oficial de formar un nuevo gobierno, llamado de «Unión Nacional», que fue presentado en público el 6 de abril de 1938. Contaba con tres ministros socialistas (Negrín en Presidencia y Defensa, Álvarez del Vayo en Estado y Paulino Gómez en Gobernación), un técnico leal al presidente (Francisco Méndez Aspe en Hacienda), tres republicanos (José Giral, ministro sin cartera; Bernardo

Giner de los Ríos, en Comunicaciones, y Antonio Velao en Obras Públicas), un comunista (Uribe en Agricultura), un peneuvista (Irujo, sin cartera), un catalanista (Ayguadé en Trabajo) y la relativa sorpresa de dos sindicalistas: Ramón González Peña, en Justicia, por la UGT; y Segundo Blanco, en Instrucción Pública, por la CNT[354].

Esta última incorporación de los grandes sindicatos al ejecutivo era la consecuencia del pacto de unidad de acción entre ambos firmado el 18 de marzo precedente, que supuso igualmente la entrada de UGT, CNT y FAI en el pacto de Frente Popular (que unía a todos los partidos republicanos y formalmente constituía el respaldo político y parlamentario del gobierno republicano desde el principio de la guerra). Y suponía un verdadero éxito para Negrín, que no había podido mantener a ambas organizaciones en su primer gobierno de mayo de 1937. Aunque fuera un éxito más aparente que real puesto que en sus filas la división al respecto era profunda y enconada: González Peña se había impuesto en la dirección ugetista a la facción de Largo Caballero por la mínima, en tanto que Segundo Blanco representaba la vía de colaboración asumida por una dirección cenetista duramente contestada por un amplio sector de las bases libertarias. Además, en el caso cenetista, el regreso al gobierno obedecía al reconocimiento de su error de mayo de 1937 y a «la necesidad urgente para los libertarios de poner límite a los manejos del Partido Comunista y a sus progresos»[355]. De igual modo, Negrín también vería fracasar la tentativa de incorporar a su gobierno a líderes largocaballeristas que habían manifestado querer «ser útiles a la guerra». Los contactos habidos a mediados de abril de 1938 para una entrevista entre Negrín y Largo Caballero fueron finalmente desestimados por este por considerarlos «una maniobra comunista»[356].

En efecto, aparte de sus divisiones interiores latentes, el nuevo gabinete también concitó la oposición de quienes criticaban la voluntad hegemonista del PCE. Y esta, en el caso socialista, era una plataforma en vías de expansión que incorporaba a Largo Caballero y a Besteiro y a la que progresivamente se incorporaría Prieto en su denuncia de la política gubernamental por considerarla favorable a los comunistas y opuesta a la idea de mediación internacional. De hecho, Prieto no tardó mucho tiempo en abandonar la postura de pasividad política tomada tras su salida del

gobierno. Y lo hizo adoptando una actitud cada vez más acerba contra Negrín por haber «cedido» a las presiones del PCE para quitarle del ministerio de Defensa. Poco a poco, para horror y tristeza de sus expartidarios en la Comisión Ejecutiva del PSOE, «la nostalgia se le transformaba en irritación y los juicios se le hacían más crueles al referirse a Negrín». El 18 de abril Prieto llegó a dimitir de su cargo en la Comisión Ejecutiva por «absoluta disconformidad» con el nuevo gobierno y con el apoyo socialista a su política[357].

El primer enfrentamiento serio tuvo lugar cuando Negrín, poco después de formar su gobierno, concibió la idea de enviar a Prieto a México como embajador con una misión doble: en público, reafirmar el apoyo de Cárdenas a la causa republicana facilitando sus envíos petrolíferos y de otro tipo; en privado, hacer los preparativos necesarios para la potencial recepción de una llegada masiva de exiliados en caso de derrota militar (a tono con el acuerdo suscrito por Vidarte y Cárdenas el pasado octubre). Negrín hizo las gestiones oportunas ante Prieto a través de la Comisión Ejecutiva. Pero recibió dos negativas tajantes. Por un lado, la de Azaña, que se negó a la idea porque Prieto «hace falta aquí. No puedo quedarme prisionero de Negrín»; además de quejarse de que «la misión reservada se da de cachetes con la política que Negrín ostenta». Por otro, el propio Prieto, que anunció que aceptaría la «misión reservada» si «el Gobierno, o su Presidente, se la encomiendan, bajo su responsabilidad, y comprometiéndose como él»[358]. Negrín asumió el primer veto y rechazó la segunda garantía. Como declaró ante Zugazagoitia con pesar y amargura:

> ¿Cómo quiere Prieto que yo pida al Gobierno una misión como esa, para que a las dos horas se conozca por todo el mundo, dada la indiscreción de algunos ministros? Al pensar en él para la embajada de México pensé en ese trabajo preferentemente. Ahora bien: si la misión se transparenta debe aceptar que la desmintamos oficialmente. ¿Es que no cree que vale la pena sacrificar la personalidad en interés de España? ¡Si viera usted lo irritado que estoy contra todos esos egocentrismos agudos! Ahora que está todo estabilizado —esta conversación es del 13 de mayo— ¿no me negarán que lo he estabilizado?, que venga otro a gobernar. Interiormente estoy muy desgastado por tantas pequeñeces e incomprensiones. Y, sépalo: porque no me dejan gobernar. ¿Un mandato claro? Yo no lo he recibido para muchas cosas y, sin embargo, considerando que era mi deber hacerlas, las he hecho[359].

Ciertamente, como apuntaba Negrín en su declaración a Zugazagoitia, a pesar de la crisis interna del movimiento socialista, el nuevo gobierno presidió una mejora indudable de la situación militar a lo largo del mes de abril de 1938. La llegada al Mediterráneo el día 14 puso fin momentáneo a la ofensiva franquista, que no se reinició hasta cuatro días más tarde. Y para entonces no prosiguió su avance sobre Cataluña, bien por la renovada fortaleza de las defensas republicanas en el Segre y la orilla izquierda del Ebro, bien por el temor de Franco a precipitar la intervención francesa si se acercaba victorioso a tierras galas en la estela del *Anschluss*. El nuevo peso de la ofensiva franquista se encaminó hacia la ciudad de Valencia por la costa y por el Maestrazgo, en una difícil ofensiva que encontró una resistencia cada vez más dura y mejor organizada. Como señalaría el general Rojo con orgullo posteriormente, la caída de Castellón se dilató hasta el 14 de junio y tuvo lugar «sin pánico ni desorden». Poco después, el mismo general anotaba complacido: «Madrid revivía en el frente de Viver»; la defensa de Sagunto parecía ser «una victoria de resistencia semejante a la de Madrid»[360]. En efecto, el frente de Levante se había estabilizado contra todo pronóstico, nacional e internacional. La República había superado «la situación más crítica de la guerra»[361]. La victoria total aparentemente lograda por Franco habría de aplazarse todavía durante un año más.

La recuperación militar y moral que siguió a la formación del segundo gobierno de Negrín elevó la estatura política de su presidente hasta convertirlo, en palabras de Labonne, en «el alma única de la resistencia». El agregado militar francés en Barcelona corroboraba ese diagnóstico y apuntaba las bases de la inesperada resistencia ofrecida al enemigo y la función crucial del movimiento comunista en la misma:

> En el origen de este esfuerzo desesperado, en el período difícil en el que el gobierno vaciló, el papel de Negrín ha sido decisivo. Se ha apoyado en el partido comunista que, desde el comienzo de la guerra, ha constituido un elemento fundamental de orden y disciplina en la España republicana. En medio de la inactividad de los partidos republicanos, de la incoherencia de los sindicalistas y anarquistas, el PCE, que salvó Madrid y creó los primeros núcleos regulares del Ejército republicano, representa algo distinto a lo que evoca su ideología[362].

Como bien indicaba el coronel Henri Morel, Negrín había conseguido contener el desastre inminente de finales de marzo gracias a su voluntad férrea y a su capacidad para seguir articulando el precario concurso del PCE y el alto mando militar, a pesar de que el tercer pilar de su estrategia, el PSOE, parecía desintegrarse bajo el peso de la división, la desesperanza y el derrotismo. Y era muy consciente de las amenazas que esa pérdida de apoyo socialista suponía para su política por múltiples razones. Entre otras, como confesó al coronel Morel, porque acrecentaba el peso correlativo del PCE como baluarte de la resistencia: «Esas gentes también son peligrosas (dijo señalando discretamente al agregado militar ruso), pero los necesitamos».

De hecho, en relación al PCE, durante su segundo período de gobierno Negrín siguió practicando la política iniciada en mayo de 1937: la búsqueda del equilibrio y la evitación de las tensiones y conflictos entre ese partido y sus opositores, dentro y fuera del gobierno, por imperativos bélicos supremos. No se negó a entregar el mando a militares profesionales y exmilicianos afiliados al PCE si su historial y su competencia técnica lo autorizaban y recomendaban: Antonio Cordón recuperó la subsecretaría de Defensa (Prieto le había destituido) y Líster y Modesto fueron ascendidos y recibieron mando en tropas de choque en lo que habría de ser el Ejército del Ebro. Pero Negrín mantuvo la exigencia de «cierta proporcionalidad» en la designación de otros cargos igualmente relevantes: Paulino Gómez, prietista, retuvo el control de la policía y del SIM (en abril de 1938 la zona centro tenía 248 agentes del PSOE-UGT frente a 2 del PCE); Alejandro Otero, también prietista, siguió como subsecretario de Armamento; Zugazagoitia asumió la secretaría general del Ministerio de Defensa (auxiliado por Cruz Salido, exsecretario de Prieto); y el republicano Bibiano Fernández Ossorio y Tafall fue nombrado para el cargo de comisario general. Togliatti se quejaría con posterioridad de que Negrín siempre había propiciado «un compromiso entre las acertadas propuestas comunistas y las exigencias de nuestros adversarios» porque su máxima preocupación había sido preservar «la unidad y la base de su propio gobierno». Y esos «trucos de equilibrista» ejercitados por Negrín, según el otro líder de la Comintern, Stepánov, habían limitado el éxito de la política gubernamental y, peor aún, habían perjudicado el avance de las posiciones del PCE:

> La situación en la zona Centro-Sur y en especial la situación en Madrid y en el frente central no dejaron de inquietar a la dirección del partido. Se hizo evidente que el partido pierde posiciones, que la influencia del partido disminuye sistemáticamente, que al partido le amenaza el aislamiento y que se ha parado el crecimiento interno del partido[363].

El informe del coronel Morel había apreciado certeramente esa actitud de Negrín hacia el PCE y la falsedad de la acusación de que se había «entregado» a dicho partido. En todo caso, el mismo analista subrayó para sus superiores su ponderativo juicio personal sobre el hombre que había logrado aquellos éxitos militares impredecibles un mes antes:

> Decir que el señor Negrín es inteligente no es lo esencial. Lo que domina en este profesor es el temperamento. No transmite simplemente una impresión de potencia, de energía vital. Tiene buena presencia física y es muy equilibrado, muy directo, muy lúcido y muy sencillo[364].

Paradójicamente, ese robustecimiento de la posición personal de Negrín no supuso un reforzamiento de su capacidad operativa como líder político. Eran muchos los que pensaban, como José Antonio Aguirre, que «era el hombre que convenía» a la situación y se reputaba «insustituible». Incluso, como anotó Zugazagoitia, era un lugar común pensar que «sin el calor de su fe hubiéramos ido a parar, tan bajo como estaba el espíritu colectivo, a una entrega sin condiciones»[365]. Pero, a pesar de esos tributos y del reconocimiento de sus éxitos militares, Negrín cada vez estaba más solo y sufría indeciblemente su soledad personal y política. Quizá por eso aludió reiteradamente por entonces a su deseo de ser sustituido en el cargo «ahora que lo pueden hacer» y «después de haber evitado que la resistencia se desmoronase». Y tuvo posteriores amagos de dimisión que descartó finalmente por sentido del deber y horror a ser acusado de «deserción». En todo caso, «su modo de ser, su humor» fue endureciéndose y volviéndose más huraño y con arrebatos de la «peor cólera»[366]. Solo sus amigos más íntimos, políticos y personales (desde Zugazagoitia y Pascua, a Méndez, Cabrera y García-Valdecasas), fueron testigos de sus más hondas preocupaciones y desplomes de moral. También lo fue su inseparable compañera Feli, a la que había dado una misión oficial para acompañarle en aquellas vicisitudes amargas: «Delegado Inspector del Servicio de

Coordinación e Información de Asistencia a Refugiados y Evacuados»[367]. A ese conjunto de fieles colaboradores se le había sumado desde abril el joven coronel Julián Soley Conde, secretario militar del presidente en su nueva calidad de ministro de Defensa.

Producto de esa soledad y de sus preocupaciones, durante su segundo gobierno Negrín se volvió más irregular y falto de método en su trabajo administrativo y burocrático, en agudo contraste con su época previa científica y política, cuando era «un tirano del orden y de la clasificación». No solo tendía a descargar sobre sus colaboradores muchas tareas de su competencia y resolución, sino que dilataba la convocatoria de reuniones políticas consideradas poco fructíferas o penosas, como los consejos de ministros y las audiencias con el presidente Azaña. Además, según se quejaban sus colaboradores, carecía de horarios de sueño y de comida regulares, soliendo «acostarse muy tarde» y no tramitar asuntos en su despacho «antes de las doce del día». Solo el general Rojo escapó a las consecuencias de esa carencia de normas metódicas porque «el Jefe del Estado Mayor Central lo fue todo, al menos para Negrín». De hecho, como anotaría quejoso Zugazagoitia: «El tiempo que Negrín negaba a sus colaboradores de las subsecretarías se lo concedía gustoso al general Rojo» y casi todas sus energías estaban volcadas en los asuntos militares. Con Rojo se entrevistaba «casi diariamente» ya fuera en su despacho barcelonés o «en los frentes a los que hacía frecuentes visitas». También los líderes de la Comintern apreciaron que Negrín «confiaba absolutamente en Rojo» y seguía sus recomendaciones militares sin apenas vacilación o duda. De hecho, Rojo «celebró el cambio político» acaecido y fraguó una auténtica amistad con su superior jerárquico porque compartía con él «una inagotable capacidad de trabajo y seguían creyendo en la posibilidad de la victoria». Buena prueba de esa relación que iba más allá de lo estrictamente protocolario fue el hecho de que fuera elegido por Rojo para apadrinar a su séptima y última hija, nacida en Vernet-les-Bains en septiembre de 1938[368].

La pesada carga anímica soportada por Negrín en aquella coyuntura acabó pasando grave factura a su proverbial fortaleza física. Ya no se trataba del aumento de canas y del envejecimiento general que habían

anotado Prieto y Azaña en mayo del 1937. Tampoco de la úlcera y los dolores de estómago que combatía con abundantes dosis de bicarbonato y otros medicamentos que se autoprescribía. Después de la crisis de marzo de 1938 Negrín padeció de carbunco o ántrax, una enfermedad infecciosa epidérmica que requirió tratamiento a cargo de su colega y amigo, el cirujano y doctor barcelonés, Antoni Trías Pujol[369]. Mucho más grave que esa infección resultó la aparición de síntomas de arritmia cardíaca que, en algunos casos, llegaron a ser amagos de angina de pecho. El alma indomable de la resistencia era, después de todo, un hombre con sentimientos, a pesar de que Azaña desdeñara con hostilidad la confesión que Negrín le hizo de sus dificultades anímicas y físicas el 3 de mayo de 1938: «También habla de su miedo. Y de que llora mucho. Y de los ataques de angina de pecho. Y que no le importa su reputación»[370]. Zugazagoitia, que presenció varias veces la emoción y el llanto de Negrín por los sufrimientos contemplados (sobre todo el espectáculo de los niños muertos por bombardeos aéreos), apreció igualmente el cambio con sorpresa y preocupación:

> Hubo un momento en que la crisis moral de Negrín se puso de manifiesto físicamente. De la noche a la mañana apareció con el rostro demudado y una delgadez extrema. Un traje negro, con el que habíamos de verle mucho tiempo, subrayaba aquella transformación que se operó, materialmente, de un día para otro. No tenía modo de explicarme el cambio. Como los amigos se interesaran por su salud les dio la explicación de que, en efecto, hacía tiempo que no se encontraba bien: tensión arterial, insomnio, cansancio físico[371]…

El creciente desencuentro con Azaña habría de pesar como una losa en el ánimo de Negrín, que llegaría a conceptuar al presidente como un enemigo político y personal, amén de virtual reo de cobardía física. En uno de sus ocasionales «momentos de peor cólera» se atrevió a confesar a Zugazagoitia: «Jamás he sentido tanto desprecio moral por una persona». Aunque inmediatamente añadía: «Me arrepiento de haberme franqueado. Cállese lo que me ha oído»[372]. La razón de dicha enemistad enconada se hallaba en la sorda oposición planteada por Azaña a Negrín después de la resolución de la crisis de principios de abril de 1938. Sin haberse cumplido las dos semanas de vida del nuevo gobierno, Azaña reprochó acremente a Negrín su negativa a considerar «mis opiniones» sobre la necesidad de ir

«preparando la solución urgente» a la guerra: «Algún día tendrá usted que pedir la paz. No aguardará a que los últimos defensores de la República pasen la frontera a bayonetazos». Negrín replicó defendiendo la resistencia porque «podemos ganar. Además, no se puede hacer otra cosa» y «aún no nos han cerrado la frontera». Lo contrario, a pesar de las protestas de Azaña, era «la rendición, pura y simple». Era la misma defensa de su política que había hecho en la primera reunión de su nuevo gabinete, el 12 de abril:

> Yo entiendo que podemos ganar la guerra. Entiendo que no se han agotado las posibilidades de ese final. Creo que nuestra resistencia puede ser mayor que la fuerza de coacción de los rebeldes. […]
>
> Yo no veo qué otra posición puede adoptarse que la de resistir hasta donde sea posible, dando al tiempo y a las complicaciones de la retaguardia enemiga y de las relaciones internacionales todo el margen que sea posible para que se produzcan sucesos que permitan la victoria de la democracia republicana[373].

La recomposición de los frentes y de la moral de combate en nada menguaron las diferencias entre los dos máximos líderes republicanos. Y de nada valió que Negrín consiguiera el voto de confianza unánime de la Diputación Permanente de las Cortes en dos reuniones secretas y consecutivas, el 15 de abril y el 14 de mayo de 1938. Para consternación de Azaña, el propio Martínez Barrio, presidente de las Cortes, terminó en la última de las sesiones «afirmando que el Parlamento en pleno está detrás del Gobierno». Era su respuesta a la declaración institucional de Negrín ante el poder legislativo republicano, en la que había subrayado que la situación militar «ha mejorado» hasta extremos que «hace seis semanas» nadie hubiera ambicionado o soñado. También había expuesto su confianza en la «mejoría» de la situación internacional en virtud del creciente temor anglo-francés a los planes agresivos alemanes contra Checoslovaquia. El único reparo reconocido abiertamente por Negrín se situaba en un ámbito de retaguardia delicado y crucial: «el problema del abastecimiento». No en vano, la República contaba con «medios limitados» para «proveer con vituallas traídas del extranjero a las necesidades del interior, solamente para el aprovisionamiento del trigo, se invierten una considerable cantidad de divisas». Y lo mismo sucedía para «la mayor parte de la carne, de las

legumbres secas y, en general, de cuanto se consume para el sostenimiento de la población»[374].

Ese deterioro de las condiciones de vida material en la retaguardia (sobre todo en el plano alimentario) preocupaba muy seriamente a Negrín porque podía llegar a afectar hondamente a la moral de resistencia popular y aun militar. Por eso mismo prestó atención al tema con tanta intensidad como a los vitales suministros militares. Coincidía en ello con el juicio coetáneo del representante británico en Barcelona, *Mr*. Leche: «La cuestión de los suministros alimenticios es grave. […] La clave actual del asunto reside en el suministro de alimentos y de material bélico adecuado para las tropas en el frente»[375]. Por esas fechas, la Dirección General de Abastecimientos, organismo del Ministerio de Hacienda y Economía, ya había establecido unos tipos de racionamiento que trataban de ajustar el mínimo de alimentos recibidos por persona y día en la retaguardia republicana: 175 gramos de pan; 100 gramos de legumbres; 60 gramos de carne y bacalao; 30 gramos de aceite y grasa, 15 gramos de azúcar y 5 gramos de café[376]. En conjunto, y considerando solo la zona catalana republicana, esas cifras diarias exigían un volumen mensual de necesidades que mayormente había que cubrir mediante importaciones del exterior habida cuenta de la falta de producción agraria interna suficiente:

PAN	17.647.419	kilogramos
CARNE Y BACALAO	6.050.543	«
LEGUMBRES	10.084.239	«
ACEITE Y GRASAS	3.025.272	«
AZÚCAR	1.512.636	«
CAFÉ	504.212	«

Eran unas cifras ya muy ajustadas y mínimas, como bien sabía Negrín. No en vano, su discípulo, el doctor Grande Covián, estaba al frente desde 1936 de los abastecimientos madrileños y vigilaba metódicamente los problemas de nutrición creados por la escasez de alimentos y su repercusión en el plano sanitario. A tenor de sus estudios estadísticos, la población de Madrid, como la de toda la España republicana, pasaba realmente hambre: sobre la

base de una dieta mínima promediada por habitante de 2131 calorías diarias, los madrileños solo eran capaces de recibir el 49,7% de ese parámetro (1060 calorías diarias). Era una dieta inferior a la recibida por los berlineses en 1916, durante la guerra mundial, cuando el bloqueo naval británico empezó a dejarse notar. Y estaba en el origen del aumento de enfermedades (pelagra, glositis, edema de hambre) y de las tasas de mortalidad (sobre todo infantil) que se registraba en el seno de esa población desnutrida y sometida a todo tipo de privaciones. Las lentejas, aquellas «píldoras del doctor Negrín», poco podían hacer para remediar la situación. Sin mencionar que, aún siendo cifras mínimas y ajustadas, eran enormemente costosas en el plano financiero. Según los informes reservados del Ministerio de Economía, en julio de 1938 la República gastaba nada menos que 1 916 550 libras esterlinas en concepto de «necesidades mensuales de víveres». Eran con mucho el componente fundamental del gasto de «materias necesarias en la zona leal» (carbón, textiles, productos químicos), cuyo monto económico total ascendía a 3 821 507 libras esterlinas al mes[377].

En todo caso, por entonces, la situación no era angustiosa ni corría inminente peligro el flujo de abastecimientos civiles y militares que demandaba el frente y la retaguardia. Era más bien la moral de combate y la fortaleza del «frente interior» lo que provocaba las mayores preocupaciones a Negrín. No en vano, durante todo el mes de mayo, Azaña siguió presionando a su jefe de gobierno sobre «la necesidad de una política, detrás de la resistencia». Y le emplazó a seguir tres posibles vías para «la suspensión de armas» y la paz: el recurso a la mediación «con los anglo-franceses»; «con Italia» mediante el ofrecimiento de ventajas comerciales y políticas; y «con los rebeldes, sobre la unión nacional contra los extranjeros». Negrín replicaría que «le parece bien» la sugerencia. Y de hecho, en estricto secreto y sin confesarlo a Azaña, no dejará de transitar las dos primeras vías con preferencia a la tercera por estimar esta inútil y estéril dada la voluntad franquista de reclamar la rendición incondicional y absoluta. Pero tampoco dejaría de recordar al presidente de la República que era su política la que había sido aprobada en la reunión colectiva del 4 de abril y la que había obtenido el refrendo unánime parlamentario el 15 de

abril y el 14 de mayo. Sus palabras hirieron profundamente la sensibilidad de Azaña:

> Le oímos con respeto, por la función y por la persona. Pero cuando no se sigue su parecer, es que no ha convencido al jefe del Gobierno, que es el responsable. Así es la Constitución. Usted siempre puede destituir al Presidente del Consejo y nombrar otro libremente[378].

Negrín no engañaba a Azaña al subrayarle su acuerdo básico con su análisis de la situación y sobre la necesidad de utilizar la resistencia para promover una solución a la guerra en las mejores condiciones posibles. Otra cosa es que no le confesara abierta y claramente las líneas emprendidas en esa dirección, quizá por temor a romper el secreto que debía envolver dichas gestiones o quizá por mera desconfianza institucional debido a la actitud hostil del presidente hacia su persona y su línea política. Tampoco cabe descartar que respondiera así al secreto en que Azaña había mantenido sus propias iniciativas diplomáticas precedentes (que Negrín había llegado a conocer posteriormente y por otras vías). En todo caso, esa falta de franqueza mutua no favorecía el entendimiento entre los máximos líderes republicanos y crearía graves y crecientes malentendidos. El embajador francés, en virtud de la importancia de su país para la causa republicana, fue precisamente uno de los destinatarios de las gestiones de Negrín al respecto. Como habría de informar Labonne a las autoridades de París, durante los días de júbilo de la conquista de Teruel, al igual que durante «las jornadas dramáticas de marzo» y otra vez a lo largo del mes de junio, Negrín le había explicado el sentido de su política con claridad y sin reservas:

> ¿La victoria?… La invasión [la intervención italo-germana en apoyo de Franco] y las circunstancias internacionales no la hacen posible. ¿La rendición sin condiciones? ¡Jamás! Entre ambos extremos, todos los grados del espectro, el campo de la mediación, el del acuerdo. El Sr. Negrín, en privado, confidencialmente, no rechaza nada de esto. […]
>
> Pero, precisamente para evitar una capitulación, para hacer posible de hecho esa mediación, para imponerla sobre todo al adversario y para forzar al general Franco a asumir esa solución, Negrín cree en la resistencia, la proclama y ve en ella el medio para lograr sus objetivos.
>
> No hay ninguna contradicción, a pesar de las apariencias, entre resistencia y acuerdo. ¡Todo lo contrario! En el espíritu del presidente del gobierno ambas nociones están íntimamente ligadas, ambas están vinculadas y la una es inconcebible sin la otra[379].

El primero de mayo de 1938 Negrín hizo públicos los «fines de guerra de la República Española» como programa oficial de su gobierno. Era un manifiesto inspirado en «los 14 puntos» del presidente Wilson durante la Primera Guerra Mundial y trataba de fijar las bases mínimas para esa posible «solución» negociada, interna o internacional, del «problema español». Los comunistas declararían posteriormente que ellos habían sido los inspiradores del proyecto y que habían «elaborado» el «programa de 13 puntos» que Negrín «aceptó en su totalidad, introduciendo solamente algunos cambios de redacción significativos». Sin embargo, según Vidarte, Negrín concibió esa declaración como un arma de propaganda y de negociación diplomática y consultó su redacción con «varios miembros de la Comisión Ejecutiva» del PSOE. También Zugazagoitia avala que «la iniciativa es de Negrín; la letra de Vayo (Álvarez del Vayo)». Esta doble versión de fuentes socialistas parece mucho más verosímil que la comunista aunque solo sea por un dato: en el archivo personal de Negrín existe una nota manuscrita de Zugazagoitia, fechada el 30 de abril, en la que remite a Negrín «el proyecto de fines de guerra que me dictó esta mañana». Además, dicho proyecto solo enumeraba nueve puntos de los trece finalmente aprobados y publicados. Cabe pensar que los otros cuatro puntos añadidos (el 8, 9, 10 y 11) fueron el resultado de las sugerencias del PCE por cuanto son los más avanzados socialmente y en mayor consonancia con la sensibilidad política de dicho partido. En todo caso, el manifiesto, presentado por Negrín en persona el 1 de mayo ante la prensa nacional e internacional en el palacio de Roviralta, declaraba que el gobierno republicano luchaba por defender los siguientes principios:

1.º La independencia absoluta y la integridad total de España.

2.º La liberación de nuestro territorio de las fuerzas extranjeras que lo han invadido.

3.º La República popular, representada por un Estado vigoroso, que se asiente sobre principios de pura democracia.

4.º La estructuración jurídica y social de la República será obra de la voluntad nacional, libremente expresada mediante un plebiscito.

5.º El respeto a las libertades regionales, sin menoscabo de la unidad española.

6.º La plenitud de los derechos del ciudadano en la vida civil y social, incluyendo el libre ejercicio de prácticas religiosas.

7.º La garantía de la propiedad legal y legítimamente adquirida, dentro de los límites que impongan el supremo interés nacional.

8.º La profunda reforma agraria que liquide la vieja aristocrática propiedad semifeudal.

9.º La garantía de los derechos del trabajador a través de una legislación social avanzada.

10.º El mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.

11.º Un Ejército nacional al servicio de la nación misma y libre de toda hegemonía, dependencia o partido.

12.º La renuncia a la guerra como instrumento de política nacional y la fidelidad a la Sociedad de Naciones.

13.º Una amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la intensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España[380].

Para decepción de Negrín, «la cosecha de siembra tan copiosa fue muy parva» (según Zugazagoitia). En todo caso, ello no menguó su infatigable actividad durante las semanas siguientes: visitó los frentes de combate pirenaicos en compañía de Rojo; pasó revista a las defensas de Madrid al lado de Miaja; se desplazó a Cartagena para supervisar el estado de la flota y estimularla a emprender mayores actividades ofensivas; y de nuevo acudió a París para agilizar el paso de material bélico y asegurar la compra de materias primas y alimenticias inexcusables para la resistencia militar y para el avituallamiento civil. También autorizó a Rojo para emprender una ofensiva tentativa por sorpresa en la cuenca de Tremp y en torno a Balaguer al objeto de aliviar la presión enemiga sobre Levante. Su preferencia por las visitas al frente no le impidió cumplir con su obligación de dar cuenta a Azaña de la situación, aun cuando este anotase sin piedad su falta de tacto protocolario: «Se ha ido al frente, por la mañana. Hasta las doce de la noche, no llega aquí, cubierto de barro, indecente»[381]. Como informaría a su gobierno el embajador francés, Negrín desplegaba «una actividad verdaderamente prodigiosa en su papel de líder político y alma de la resistencia»[382]. Y esa actividad seguía encaminada a hacer posible la resistencia como única alternativa a la entrega sin condiciones. Y ello bajo la premisa de que cualquier solución posible y aceptable de la guerra para la República requería como primera condición el éxito de las armas y la contención de los deseos de aniquilamiento total del enemigo. Solo después de asegurar esa baza militar podría hacerse realidad uno de los dos horizontes implícitos en esa política: la victoria (por ayuda externa gracias a un cambio de coyuntura internacional) o la negociación de condiciones de

capitulación (para evitar las represalias indiscriminadas contra las masas republicanas y facilitar la evacuación de los más comprometidos).

Durante el mes de junio de 1938, Negrín estuvo a punto de perder a uno de sus hijos en los combates: el día 14 el avión pilotado por Rómulo Negrín fue derribado por un aparato italiano y se salvó de la muerte gracias a que pudo saltar en paracaídas y tomar tierra en suelo republicano. Rojo comunicó las primeras noticias del incidente al presidente sin saber todavía la suerte del piloto. Solo dos horas después pudo desvanecer la angustia del doctor Negrín y confirmarle que su hijo estaba levemente herido pero vivo y en zona leal[383]. Durante esas dos horas trágicas, había encajado el golpe con serenidad y haciendo gala de la voluntad de resistencia que le hizo famoso y admirado por sus colaboradores y subordinados. Aun cuando fuera una pose dictada por su conciencia, como le confesaría algo más tarde en uno de sus escasos desplomes anímicos a Zugazagoitia:

> Observe cómo todos buscan apoyo en mí para su esperanza. Cuando a alguno de mis colaboradores se le arruga el temple y se le desmorona la fe, me busca anhelante. Tengo que ser yo quien le sostenga. En cambio, yo no tengo en quien apoyarme[384].

El 18 de junio de 1938 Negrín pronunció en Madrid un discurso radiado a toda España en el que no dejó de aludir a ese doble sentido de la resistencia con suficiente claridad pero sin precipitar el colapso moral con tintes derrotistas. Redactó personalmente el texto y no requirió ayuda y consejo para el mismo:

> Resistir era, y sigue siendo hoy día, abrir paso a la victoria. Cada día de resistencia era, y sigue siendo, un nuevo as en nuestro juego. Y el pueblo entero respondió a nuestra demanda. […]
>
> Si no se siente entusiasmo por nuestra causa, fácil será desviarse hacia la transigencia y el arreglo que —no nos engañemos— nunca será transacción, porque el enemigo, el verdadero enemigo, no lo quiere así, y al español rebelde no se le dejaría pactar.
>
> No. Ese es el camino de la capitulación. ¿Y para qué? ¿Para recobrar en la emigración el sosiego perdido? Pero ¿y los millares, los millones de españoles que tienen puestas en nuestras manos, no solo su tranquilidad, sus esperanzas, sino sus bienes y sus vidas? ¿Olvidamos cuáles son los métodos de persecución y exterminio del nazismo y del fascio? ¿Ignoramos qué ha sucedido y está sucediendo en Asturias, en Santander y en Vasconia? […]. ¿Podrán ligeramente, y en un momento de debilidad, dar por estéril tanta miseria y tanto dolor y dejar que el sádico espíritu de venganza que anima a nuestros enemigos se cebe en una

masa inerme e indefensa? […] Si no fuera así, ni un segundo más de guerra, ni una gota más de sangre. No dejaríamos que aumentara la angustia y el dolor. […]

Pero, además, España no es un peñón aislado en el mundo. Cada día de resistencia es una batalla que internacionalmente podemos apuntar a favor de nuestra causa. […]

Luchamos, sabedlo bien, porque España sea para los españoles. Y lo lograremos[385].

Negrín había pronunciado su discurso madrileño apenas cuatro días después de recibir desde París una noticia tremendamente adversa y potencialmente letal. El 14 de junio de 1938 el embajador Pascua había informado de modo «muy reservado» y «muy urgente»: «Dado orden suspensión tránsito material guerra por Francia ni permitir tampoco descargar un buque ya aquí»[386]. La medida era el resultado de la caída del gobierno de Blum y de su reemplazo a fines de abril por un gabinete radical presidido por Daladier, con Georges Bonnet en Asuntos Exteriores y ya sin presencia socialista ni apoyo parlamentario comunista. Se trataba de un gobierno firmemente orientado a secundar la política de apaciguamiento defendida por el gabinete británico de Chamberlain en virtud de la creciente amenaza alemana sobre Checoslovaquia (país con el que Francia tenía un tratado de defensa mutuo)[387]. El efecto de esa reorientación en «la cuestión española» fue casi inmediato porque las autoridades británicas estaban decididas a imponer su política de pasividad inhibitoria a su reticente aliado aunque ello supusiera el abandono de la República como precio para la amistad italiana. El secretario particular de lord Halifax en el Foreign Office anotaría en su diario el 5 de junio de 1938 ese propósito sin ambigüedad:

En España, el gobierno está rezando por la victoria de Franco y presionando todo lo posible sobre Francia para que interrumpa el tránsito de suministros a Barcelona. […] El gobierno francés quisiera ayudarnos, o al menos Bonnet quisiera, pero con una mayoría del Frente Popular están obligados a actuar con pies de plomo[388].

La presión mencionada llegó a su culminación dos días después, cuando el embajador británico en París, por orden expresa de su gobierno, se entrevistó con Bonnet y le entregó una comunicación oficial que exigía el cierre de la frontera pirenaica como virtual condición para la preservación de la entente y como pago necesario para restablecer la armonía con Italia y separar a esta del Eje con Alemania:

> El Gobierno de su Majestad comprende las dificultades internas del Gobierno francés, pero una gran parte de la opinión pública en este país es incapaz de comprender por qué el Gobierno francés no puede cumplir sus compromisos con el plan de No Intervención y evitar el tránsito de municiones por la frontera francesa con destino a Barcelona. Sería muy de lamentar que las simpatías con Francia en este país disminuyeran por tales motivos. Por otro lado, sería muy lamentable que nosotros no pudiéramos recoger los frutos de nuestro acuerdo con Italia y esto no será posible hasta que se logre alguna solución en España. La misma condición planea sobre las perspectivas de un acuerdo franco-italiano, que no sería menos valioso para la paz europea que el anglo-italiano[389].

La cesión francesa a esa continua presión británica conllevó el cierre de la frontera franco-catalana aquel 14 de junio de 1938, eliminando así la última vía segura y disponible para la llegada de suministros bélicos a la asediada República. El conocimiento público de esa medida, junto con la prolongada ausencia de Negrín de Barcelona, reactivó de inmediato la crisis latente en las esferas gubernamentales. El 15 de junio, Álvarez del Vayo escribía a su jefe y amigo rogándole su vuelta a la capital «en cuanto pueda» para «presidir un Consejo de Ministros, reunir el Consejo Superior de Guerra, y hablar *muy seriamente* y a fondo con la Ejecutiva del Partido». La razón de la urgencia era que «en cuanto vuelve V. la espalda comiencen las maniobras y las intrigas» para cesar al gobierno y sustituirlo por otro más afín a las tesis de Azaña y Prieto, en clave de «unidad (anticomunista)». Tres días más tarde, Álvarez del Vayo, animado también por Méndez Aspe, insistía en su petición ante Negrín porque su presencia era imprescindible «por el derrumbamiento del estado de ánimo público y los síntomas que se van amontonando de que la Quinta Columna se crece y la labor de provocación aumenta». En el origen de esa crisis seguía estando Azaña, según el informe que Paulino Gómez, ministro de Gobernación, transmitió a Zugazagoitia. Pero tampoco eran ajenos a la coyuntura los partidarios de Prieto y de Largo Caballero (que ya el 14 de junio se habían reunido en Barcelona para concertar sus estrategias), razón por la cual se hacía imprescindible ese contacto con la ejecutiva socialista. De hecho, Zugazagoitia estimaba inevitable «una crisis inminente» y mencionaba los «posibles miembros del nuevo Gabinete»: Besteiro en Estado; Prieto en Guerra; Largo Caballero en Gobernación y Martínez Barrio en Presidencia[390].

Negrín regresó finalmente a Barcelona en la tarde del 21 de junio, muy desmoralizado por las últimas noticias internacionales y tremendamente enojado por los informes sobre la agitación política interna. Su reacción pública ante estos últimos informes fue sumamente violenta y significó ya la ruptura total del presidente del gobierno con Azaña y sus partidarios. No en vano, ante las preguntas de la prensa sobre el motivo de su regreso, Negrín no dudó en declarar (y la censura permitió su publicación) que lo había hecho «atraído por el zumbido de los moscardones». Y preguntado por sus impresiones sobre el estado de ánimo y las capacidades defensivas en la zona central, Negrín se explayó sin limitaciones:

> Excelentes y reconfortables. El espíritu de la población civil y de los combatientes es inmejorable. La tónica de resistencia, admirable. De aquí…, ¡pchs!… Ya lo saben ustedes. La charca política se ha agitado mucho. Francamente, es un poquito de asco; mejor dicho, mucho mucho asco. Pero de ello vale más no hablar ahora. Si el pueblo y el Ejército se enterasen, nos barrerían a todos, y lo harían en justicia; pero no es momento de distraerles de otros afanes más inmediatos. Ya habrá que esperar con calma a que llegue la hora de la limpieza. Hay quien en su insensatez y cobardía no duda en desbordar la traición: fomentan la descomposición de dentro a la par que intrigan para que nos asfixien desde fuera; pero estén ustedes tranquilos. El Gobierno tiene bien firmes las riendas[391].

La violencia de la respuesta produjo estupor en los círculos políticos republicanos porque era la primera manifestación pública de cólera y hartazgo por parte de quien era tenido por un hombre tranquilo y extremadamente cortés, muy diplomático (en sus formas) pero nada político (en la mala acepción del concepto). Y su negativa a rectificar sus declaraciones o matizarlas, como le recomendaron colaboradores como Zugazagoitia y Prat, solo sirvió para nutrir la imagen de un hombre ensoberbecido y que tendía a ejercer el poder de un modo «personal», «dictatorial», «autoritario» y «violento». Algunos llegaron a interpretar el exabrupto como el equivalente a «un golpe de Estado». La única justificación dada en privado por Negrín sobre su proceder fue tan poco amable como sus palabras a la prensa: «He conseguido lo que me proponía. Esos cochinos traidores no harán nada en lo sucesivo por temor a que los desenmascare». Y, como quiera que Zugazagoitia reprendiera esa actitud («¡Qué error de medida y de momento!»), Negrín amagó con decirle que

tenía pruebas escritas de esas actividades traidoras: «Es que, sabe usted…; ¡Nada, nada! […] he encargado en el extranjero copias fotográficas de algunos documentos»[392].

Las referencias de Negrín a esos documentos probatorios de conductas contrarias a la política del gobierno no eran falsas ni engañosas, aunque es muy dudoso que sirvieran para justificar sus acerbas declaraciones públicas a la prensa. Por un lado, Negrín había tenido acceso («por escuchas francesas») a las conversaciones entre Azaña y su cuñado y amigo íntimo, Cipriano Rivas Cherif, cónsul general de España en Ginebra y secretario permanente de la delegación española en la Sociedad de Naciones. Rivas Cherif, con la anuencia de Azaña, se había entrevistado con distintos representantes latinoamericanos en la Sociedad de Naciones al objeto de propugnar «un armisticio en España» y «sin conocimento del señor Negrín, jefe del Gobierno». El 7 de mayo de 1938 Negrín había firmado la destitución del cónsul y, solo ante la viva y enérgica protesta de Azaña, había consentido su venida a Barcelona para actuar como introductor de embajadores y no quedar sin puesto en la carrera diplomática[393].

Mucha más gravedad y transcendencia que las indiscreciones de Rivas Cherif y las conocidas preferencias de Azaña tuvieron las gestiones en pro de la mediación emprendidas unilateral y secretamente por el gobierno autónomo catalán, con el apoyo del gobierno autónomo vasco. Negrín ya había tenido conocimiento de las gestiones en pro de una «mediación» y «la paz» emprendidas por el representante personal de Aguirre en Londres, José F. de Lizaso, en mayo de 1937, en vísperas de la caída de Bilbao. Y había exigido a su embajador, Pablo de Azcárate, que recordase al Foreign Office «que su gobierno esperaba que nosotros nos relacionáramos con el gobierno vasco solo a través de ellos». Lo que probablemente no supo, aunque intuyera, es que Lizaso había condicionado esa mediación al reconocimiento «del derecho de autoderminación de los pueblos» y había anunciado que las tropas vascas no seguirían luchando fuera de Vizcaya «puesto que era un país extranjero y hostil». Escarmentado por las gestiones posteriores del PNV para la rendición en Santoña en agosto de 1937, Negrín no había dejado de prevenir a Companys sobre «la necesidad de que se abstuviese de toda intervención en política internacional, y de que los

nombres de Cataluña y España aparecieran en ocasiones como entidades distintas»[394]. La advertencia de poco sirvió una vez abierta la crisis de marzo de 1938, a pesar de la formación del segundo gobierno de Negrín y de que este hubiera obtenido la confianza unánime de todos los grupos políticos republicanos. De hecho, a finales de abril de 1938 y nuevamente a finales de julio, Companys había escrito dos cartas a Negrín quejándose acremente de su política general y, particularmente, de su «concentración y absorción de poderes» que había reducido a la Generalitat a la condición de «una institución sin relieve»[395].

La primera gestión autónoma auspiciada por la Generalitat tuvo lugar a finales de abril de 1938, cuando Josep María Baptista i Roca (titulado como «amigo personal del presidente Companys, Jefe de Estado de Cataluña») se presentó al Foreign Office «para saber si había alguna posibilidad de concertar un armisticio en España». La pretensión básica de Baptista, según confesó a *sir* Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Foreign Office, era «salvar Cataluña» (Lérida acababa de ser ocupada por Franco) y por eso deseaba estimular a Gran Bretaña a emprender esa vía mediante el recurso de «presionar a Italia para aconsejar al general Franco que acepte un armisticio». El supuesto estímulo para que tanto Italia como Alemania asumieran el proyecto residía en las compensaciones territoriales, comerciales y coloniales que España pudiera otorgar a cambio: el norte de África, Río de Oro y la exportación de minerales españoles. La respuesta adversa del Foreign Office no parece que desanimara al emisario: los analistas británicos anotaron que era «difícil comprender por qué el general Franco podría aceptar un armisticio cuando parecía tan cerca de completar su conquista»; sin mencionar que la oferta de territorios era inútil porque «estos ya estaban en poder de los nacionalistas» y que resultaba inimaginable que «Inglaterra apoyara tal idea, puesto que estaríamos situando a los alemanes en medio de nuestras líneas de comunicación desde El Cabo hasta Inglaterra»[396].

A pesar del carácter ilusorio del proyecto y del nulo interés suscitado, Baptista i Roca permaneció en Londres como representante de la Generalitat sin contacto con la embajada española y tratando de promover la mediación internacional en la guerra. El 9 de junio volvió a presentarse

ante el Foreign Office para entregar «una serie de sugerencias prácticas con vistas a lograr el armisticio y la paz». Quince días después, lord Halifax recibió al emisario catalán, acompañado de Lizaso (como representante del gobierno vasco), confidencialmente y a espaldas de la embajada republicana. En el doble memorándum entregado por ambos al secretario del Foreign Office, los gobiernos catalán y vasco se comprometían a «usar su influencia sobre el gobierno republicano para abrir la vía hacia un armisticio, primero, seguido de la paz en la península» con el apoyo del gobierno británico. Para ello, en línea con el plan de Azaña, sugerían que habría que aprovechar la puesta en marcha del plan de retirada de combatientes extranjeros aprobado por el Comité de No Intervención para imponer «el cese de hostilidades, la prohibición de movimientos militares, el intercambio de prisioneros, etcétera». Ambos gobiernos solo ponían dos condiciones para su colaboración en ese esquema: que tanto Cataluña como Euzkadi «estarían representados directamente en cualquier conferencia de paz»; y que el supuesto plebiscito para «determinar la naturaleza del gobierno de España» fuera hecho por separado en ambos países a fin de que estos pudieran decidir «qué ampliación, si es que alguna, debiera hacerse en los poderes autónomos del país». Los memorandos terminaban con un anexo que apuntaba las bases históricas de la identidad nacional catalana y vasca y la justificación de las demandas de autodeterminación de ambos gobiernos[397].

El carácter ilusorio e irrealizable del plan presentado por los delegados de Companys y Aguirre sorprendió a lord Halifax y los analistas del Foreign Office. No en vano, partía del supuesto de que Gran Bretaña era por entonces favorable a la mediación y que no vería obstáculo alguno en la fragmentación de España. Y ello justo en el momento en que el gobierno británico había resuelto favorecer la victoria franquista aceptando la exigencia italiana y anulando el apoyo logístico francés. Además, Cadogan no dejó de apuntar el mayor y principal defecto de la propuesta hecha:

> Confieso que tengo algunas dudas sobre su utilidad. Hablan mucho de la influencia que podrían ejercer en Barcelona a favor de la mediación. Pero es en el otro bando donde quisiéramos que se ejerciese dicha influencia[398].

En efecto, el gobierno británico no esperaba ninguna negativa por parte de Negrín a la mediación porque había apreciado desde hacía tiempo que su política de resistencia se orientaba a conseguir la mejor salida posible para la causa republicana, fuera esta la victoria o la rendición negociada y condicionada. Precisamente el 18 de junio, Bonnet había vuelto a transmitir a Londres esa disposición ya comunicada por Labonne desde Barcelona reiteradamente: «Bonnet me aseguró que si los italianos podían persuadir a Franco para aceptar el armisticio, él podía garantizar su aceptación en Barcelona»[399]. Por eso mismo, el principal responsable de los asuntos españoles en el Foreign Office reiteró el defecto grave de la propuesta vasco-catalana: «no es de Barcelona, sino de Burgos (sede oficial del gobierno franquista) de donde esperamos los problemas». En consecuencia, el gobierno británico resolvió inhibirse ante las gestiones de los emisarios de Companys y Aguirre y continuar con su política de pasividad expectante a la espera del triunfo de Franco. Aceptaba así, en la práctica, la reiterada demanda de Franco de abstenerse de intervenir en la guerra o de favorecer una mediación que atajara su victoria absoluta e incondicional. Precisamente días antes del encuentro de Halifax con ambos emisarios, el gobierno de Franco había emitido un comunicado oficial reiterando que «no aceptará jamás, como fin de la guerra, otra solución que no sea la rendición sin condiciones del enemigo». El general Gómez-Jordana, ministro de Asuntos Exteriores franquista, había remitido igualmente instrucciones a su agente en Londres, el duque de Alba, para que comunicara al Foreign Office esa posición sin dudas ni ambages. Sus palabras revelaban el programa filototalirio del régimen y su negativa tajante a contemplar algo menos que la rendición total y sin paliativos:

> Con marcada insistencia vienen los rojos maniobrando cerca de distintos Gobiernos para asegurarse una mediación en nuestra guerra en términos que les permitan salvar parte de lo que irremediablemente tienen perdido. […] Nuestra victoria ha de ser aplastante y hay que exterminar cuanto sea reminiscencia de lo que precedió al Movimiento. No es nuestro Estado una dictadura ni es retrógrado su sentido, sino progresivo y avanzado en todos los aspectos, pero libre de las lacras que nos llevaron al desastre: el parlamentarismo, el sectarismo, la demagogia, el cacicato de los más indeseables, la intervención de Moscou [*sic*], el imperio del marxismo, la injusticia social, la persecución de la Iglesia, etc. Todas ellas tienen que desaparecer radicalmente y para ello es necesario que nuestra Cruzada por Dios y por la

> Patria termine con rotunda victoria. […] El pueblo vencido totalmente será susceptible de regeneración, vencido a medias no[400].

Es altamente probable que Negrín tuviera conocimiento, directo o indirecto, de esas gestiones practicadas por los emisarios de Companys y de Aguirre. Aunque solo fuera porque uno de los funcionarios británicos encargados de tramitar y evaluar la gestión en el Foreign Office era Donald D. Maclean, miembro destacado del círculo de «los cinco magníficos» espías soviéticos dirigido por el periodista Kim Philby (corresponsal de *The Times* en la zona franquista)[401]. En todo caso, su acentuada frialdad y práctica indiferencia hacia Companys y las autoridades autónomas catalanas no eran ajenas a ese conocimiento o firme sospecha de que existían esas gestiones a sus espaldas y en contra de la política oficialmente aprobada con el concurso de los diputados vascos y catalanes en las Cortes y en la Diputación Permanente. De hecho, nuevamente el 1 de julio de 1938 Negrín compareció ante la Diputación para defender su política de resistencia. Y, pese a todos los rumores previos y todas las críticas soterradas, el resultado de la sesión fue la ratificación unánime de la «más absoluta confianza» en su gestión como jefe de Gobierno[402]. El triunfo parlamentario logrado alivió poco la profunda desconfianza y severidad de juicio de Negrín hacia los líderes de los partidos autonomistas que estaban detrás de esas gestiones de paz por separado. Como le confesó a su confidente, Zugazagoitia, por aquellas mismas fechas:

> No estoy haciendo la guerra contra Franco para que nos retoñe en Barcelona un separatismo estúpido y pueblerino. De ninguna manera. Estoy haciendo la guerra por España y para España. Por su grandeza y para su grandeza. Se equivocan los que otra cosa supongan. No hay más que una nación: ¡España! No se puede consentir esta sorda y persistente campaña separatista, y tiene que ser cortada de raíz si se quiere que yo continúe siendo ministro de Defensa y dirigiendo la política del Gobierno, que es una política nacional. Nadie se interesa tanto como yo por las peculiaridades de su tierra nativa: amo entrañablemente todas las que se refieren a Canarias y no desprecio, sino que exalto, las que poseen otras regiones, pero por encima de todas esas peculiaridades, España.
>
> El que estorbe esa política nacional debe ser desplazado de su puesto. De otro modo, dejo el mío. Antes de consentir campañas nacionalistas que nos lleven a desmembraciones, que de ningún modo admito, cedería el paso a Franco sin otra condición que la de que se desprendiese de alemanes e italianos. En punto a la integridad de España soy irreductible y la

> defenderé de los de afuera y de los de adentro. Mi posición es absoluta y no consiente disminución[403].

La requisitoria de Negrín contra sus supuestos aliados nacionalistas no era solo el resultado de su nacionalismo español, herido por las pretensiones secesionistas encubiertas o manifiestas. Era, sobre todo, la reacción ante el efecto disgregador que sus gestiones paralelas suponían para el éxito de la política de resistencia y para la consecución de sus objetivos diplomáticos.

La naturaleza de estos objetivos quedó clara y tajantemente expuesta el 4 de julio de 1938, cuando Negrín recibió en Barcelona la visita del coronel Lilliehook, el diplomático sueco que presidía la Comisión Internacional apadrinada por la Sociedad de Naciones que visitaba la España republicana para analizar la situación humanitaria de la infancia[404]. Negrín mostró ante su interlocutor en esa entrevista todas las cartas disponibles, consciente de que la situación republicana «era muy difícil» en el plano militar, alimenticio y moral. Empezó por reconocer con total franqueza que le resultaba sumamente gravoso en el plano personal seguir «exigiendo nuevos sacrificios a un pobre pueblo que tanto ha sufrido ya». Pero estaba «convencido» de que un triunfo incondicional franquista iría seguido «de un reinado de terror y de venganza sangrienta». Esa era la única razón que «le forzaba a continuar la lucha porque no podía exponer a sus colaboradores en el centro del país a la persecución y los fusilamientos». El jefe del gobierno republicano reiteró de modo insistente que si «esta eventualidad podía ser definitivamente descartada, sería posible considerar ciertas negociaciones para preparar el cese de hostilidades e inmediatamente el armisticio». Para ello, consideraba «extremadamente deseable un llamamiento por parte de uno o varios gobiernos con el fin de que esas negociaciones pudieran tener lugar sin riesgo de incidentes sangrientos»[405]. La petición de intervención mediadora a las potencias democráticas occidentales no podía ser más clara y explícita, como en varias ocasiones había demandado Azaña y había sugerido Prieto. Tampoco podía ser más clara, como ya había entendido el embajador Labonne, la única condición señalada para aceptar ese armisticio: las garantías contra represalias indiscriminadas y la posibilidad de exilio para los republicanos que lo desearan. Entendiéndolo así, el coronel Lilliehook se trasladó a

Londres para exponer directamente al Foreign Office las sugerencias de Negrín. Cinco días después de su entrevista en Barcelona, Lilliehook comunicaba a las autoridades británicas esa información y les entregaba un memorándum recogiendo textualmente las palabras citadas de Negrín. También añadió de palabra sus impresiones y firme convicción sobre el sentido de la política negrinista:

> Solo el temor a las ejecuciones masivas impelía al gobierno español a la resistencia a ultranza. A su juicio, si podían obtener garantías suficientes en este asunto, la tregua sería posible. También tenía la impresión de que el doctor Negrín no insistiría en la retirada previa de los combatientes extranjeros como condición para aceptar el armisticio con garantías[406].

Para infortunio de Negrín, ningún fruto cosechó su llamamiento a la intervención de las grandes democracias para lograr un armisticio a cambio de garantías contra represalias indiscriminadas. La cesión francesa a las presiones británicas en el caso del cierre de la frontera mostraba bien a las claras la ya conocida supeditación de París a Londres en términos diplomáticos. Era la misma supeditación francesa que se estaba haciendo patente por aquellas fechas respecto a la política británica de mediación en el contencioso entre checos y alemanes sobre los Sudetes (a pesar del tratado franco-checo de seguridad mutua). Y esa supeditación significaba la apuesta decidida por el apaciguamiento de Italia y Alemania y la conveniencia de abstenerse de intervenir en España aunque fuera a costa del sacrificio de la República. Como subrayaría internamente un alto diplomático del Foreign Office el 11 de julio: «Cuanto más dure la guerra, mayor es el riesgo de que Alemania (y quizá también Italia) fortalezcan su posición en España, especialmente si la prolongación de la guerra puede atribuirse en Burgos con alguna razón a la intervención británica a favor del gobierno español». Lord Plymouth, presidente del Comité de No Intervención, consignaría el corolario de esa política reservadamente:

> Personalmente creo que Franco va a ganar más pronto o más tarde. Estimular el envío de material bélico al gobierno no solo sería contrario a nuestra política de No Intervención, sino que inevitablemente prolongaría la guerra, con todas sus peligrosas posibilidades. Mientras tanto, es de sentido común que tratemos de mantener las mejores relaciones posibles con Franco[407].

Significativamente, la confesión privada de lord Plymouth tenía lugar escasamente semanas después de que el Comité de No Intervención por él presidido hubiera celebrado su última reunión plenaria durante la guerra civil. El 5 de julio de 1938 dicho organismo había aprobado un complejísimo plan para la retirada de los combatientes extranjeros en España bajo supervisión de un equipo internacional, con la aprobación de todos los gobiernos europeos y sometido al visto bueno y cooperación de los dos contendientes españoles. En realidad, como anotaría en su diario el secretario privado de lord Halifax, el plan carecía de importancia real y solo cumplía el objetivo de mantener vivo al Comité y su política multilateral de No Intervención, sin posibilidades reales de materialización y sin voluntad política franco-británica para imponer su ejecución: «las perspectivas de lograr un resultado rápido son muy remotas. El plan ofrece infinitas oportunidades para que ambos bandos españoles, aun aceptándolo en principio, presenten objeciones de detalle». Y a eso se dedicaría inmediatamente el gobierno de Franco a fin de «ganar tanto tiempo como fuera posible para proseguir la guerra»[408].

El fracaso de la gestión diplomática emprendida por Negrín reafirmó en él la necesidad de hacer uso de la única baza disponible: el éxito de las armas del ejército republicano. Tal habría de ser el medio exclusivo para adquirir una posición de fuerza que permitiera contemplar las dos contingencias previstas: o entablar negociaciones de paz con ciertas garantías o bien resistir hasta que estallara una guerra europea entre las democracias y el Eje. Negrín estaba convencido de que Franco apostaba abiertamente por la victoria total y absoluta y no cedería de buen grado a ninguna presión para conceder garantías al enemigo con vistas a una capitulación negociada. Y también estaba convencido de que ni Italia ni Alemania le presionarían en esa dirección a menos que el precio y coste de esa política resultara excesivo y gravoso. Tampoco las grandes potencias democráticas se mostrarían dispuestas a salir de su pasividad inhibitoria para favorecer ese curso sin razones poderosas. Por eso mismo, para propiciar esa vía de resolución, era imprescindible atrincherarse y resistir. Porque, ante todo, resultaba inexcusable contrarrestar la idea de que la República estaba vencida y de que Franco estaba a punto de triunfar

arrolladoramente. Y para ello volvió a apoyarse en su máximo asesor militar y estratega, el general Rojo. Desde mediados de junio de 1938, el jefe del Estado Mayor Central había estado planificando una fuerte ofensiva en torno a la desembocadura del río Ebro con el nuevo material bélico soviético que había llegado a través de la frontera francesa. El proyecto, acorde con previas ofensivas diversivas republicanas, consistía en cruzar por sorpresa el cauce bajo del río para asaltar un flanco desguarnecido por el enemigo, cuyos ataques principales se habían concentrado en las operaciones levantinas contra Sagunto y Valencia. Estratégicamente «la maniobra del Ebro» tenía para Rojo dos grandes objetivos:

> Detener la maniobra sobre Valencia-Sagunto, obligando al enemigo a llevar al Ebro tropas no desgastadas en aquella ofensiva.
>
> Actuar sobre la moral de sus tropas y retaguardia[409].

Negrín aceptó la propuesta de Rojo, a pesar de las reservas del general Maximov (principal consejero militar soviético), porque la operación permitía «ganar tiempo» para seguir intentando forzar la mediación internacional en el conflicto con garantías para la República. Meses después, ya finalizada la ofensiva, el propio jefe del gobierno reconocería ante las Cortes republicanas esa doble finalidad militar y diplomática con suficiente claridad:

> La operación del Ebro hubo que hacerla, era imprescindible hacerla, para salvar la situación de Levante. El Ejército de Levante, desgastado por sus continuas intervenciones, después de las operaciones realizadas en el Maestrazgo, estaba seriamente amenazado. Sagunto primero, Valencia, quizás Alicante después, estaban en peligro. Había que efectuar una operación militar que forzara al enemigo a desplazar grandes contingentes de la zona donde atacaba. Ello se alcanzó con la operación del Ebro y, al mismo tiempo, se logró hacer ver al mundo —que creía que nuestro Ejército se había deshecho, como quizás inocentemente lo cree también ahora— que teníamos un Ejército serio, superado, refinado y acerado precisamente por las contrariedades y los contratiempos[410].

Con esos objetivos implícitos, la madrugada del 25 de julio de 1938 comenzó la que habría de ser la batalla más dura, agotadora y prolongada de toda la guerra civil. También «la más importante», movilizando a decenas de miles de hombres en ambos bandos y cosechando un mínimo de

20 000 muertos (dos tercios de ellos republicanos). Habría de durar más de tres meses y medio, hasta el repliegue republicano a la orilla de partida completado el 16 de noviembre. Inicialmente, las tropas republicanas lograron un éxito inmediato e inesperado porque consiguieron cruzar el río por varios puntos sin resistencia y avanzaron hasta ocupar un amplio arco de territorio entre las poblaciones de Mequinenza y Amposta. Apenas dos días después de iniciada la ofensiva, Franco se vio obligado a suspender los ataques sobre Sagunto y Valencia para atender el desafío planteado por Rojo. Optó, como en otras ocasiones, por presentar batalla frontal y de desgaste. El avance republicano fue frenado antes de finalizar el mes de julio y el 6 de agosto comenzaron las contraofensivas franquistas. Hasta finales de octubre, la línea republicana resistió los ataques. Desde esa fecha, las derrotas se sucedieron y forzaron el repliegue hacia la orilla derecha del río con tropas destrozadas y desmoralizadas[411].

La renovada energía militar demostrada por la República en el Ebro tuvo innegables implicaciones políticas. En el plano inmediato, la ofensiva destruyó la expectativa de una pronta victoria franquista, exacerbando la inquietud italiana y alemana por el coste de una guerra inacabable y por las limitaciones de Franco como estratega. De todos modos, el alivio militar conseguido no eliminó los focos de tensión interior en la República. De hecho, apenas cuatro días después de su inicio, el presidente Azaña emprendió una iniciativa diplomática unilateral a favor de la mediación y a espaldas de su gobierno.

El 29 de julio de 1938 Azaña, a través de la intermediación de Bosch Gimpera (consejero de Justicia de la Generalitat), se entrevistó en secreto en Vich con John Leche, encargado de negocios británico ante la República. Su objetivo era pedir oficialmente, pero de modo «extremadamente confidencial» (puesto que no había informado de su paso «a sus ministros»), el apoyo del gobierno británico a su plan de mediación internacional para poner fin al conflicto. Según Azaña, «toda España» estaba harta de la guerra «con la excepción de los comunistas a un bando y los líderes militares al otro». Y existía, por tanto, la posibilidad de que «las negociaciones para la retirada de voluntarios» (aprobadas por el Comité de No Intervención el 5 de julio) fueran seguidas de una «suspensión de

armas», «una desmovilización amplia», «una amnistía general en ambos bandos y un intercambio general de prisioneros». Para ello, según Azaña, solo haría falta que «las cuatro potencias» (Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania) «se pusieran de acuerdo y elaboraran un esquema que diera satisfacción a los aliados de Franco y les animara a presionarle para entrar en razón». El presidente añadía que estaba dispuesto a promover en la República «una política de paz» y a realizar el oportuno cambio ministerial «siempre que contara para ello con el aval del gobierno de Su Majestad». También subrayaba que no había que temer la reacción de los comunistas porque su «importancia temporal desproporcionada» solo se debía a que «Rusia era el único país que había prestado ayuda»[412].

La reacción del Foreign Office y las autoridades británicas ante la gestión de Azaña fue sumamente escéptica, al igual que la actitud previa ante la gestiones de Negrín y de Baptista-Lizaso (sobre esta última se anotó que «era muy semejante» a la de Azaña). No en vano, la experiencia reciente les había demostrado las dificultades implícitas en ese proyecto de acuerdo cuatripartito de las grandes potencias respecto al «problema español». Ya el 20 de junio Italia y Alemania habían desestimado oficiosamente la sugerencia franco-británica de intentar una mediación porque resultaba absurdo «justo cuando Franco estaba ganando» y solo cabía «una rendición incondicional de los rojos». Además, en Londres tampoco se veía el medio de superar el mayor obstáculo a cualquier tentativa en ese sentido: «el general Franco, que es el principal problema». No en vano, el duque de Alba acababa de transmitir el 5 de julio a lord Halifax la respuesta franquista a esas insinuaciones: «le he reiterado forma más categórica nunca podremos aceptar otra solución que total rendición sin condiciones»[413].

Por eso mismo, a mediados de agosto de 1938, lord Halifax instruyó a Leche para que respondiera escuetamente a Azaña que el gobierno británico «tenía siempre presente en mente la posibilidad de la mediación» y «estaba muy interesado en conocer su visión personal de la situación». La evasiva y retardada respuesta, como es natural, no satisfizo las expectativas de Azaña, que volvió a insistir ante Leche en la necesidad de una prueba del beneplácito británico para su política de paz antes de enfrentarse

abiertamente «con Negrín y los comunistas». A pesar de que el diplomático británico aconsejó a Londres que se diera ese beneplácito porque «los republicanos son tímidos y requieren un estímulo», la opinión del Foreign Office se mantuvo imperturbable. Recordando el rechazo italo-germano y la oposición de Franco, el 12 de septiembre Halifax ordenó a Leche que «no dijera nada más a Azaña sobre este asunto» con argumentos categóricos:

> Consideramos que en la actualidad hay menos oportunidades que nunca para persuadir a los italianos de que presionen a Franco a favor de la mediación. Y como las perspectivas de mediación dependen de la actitud nacionalista, por el momento no hay posibilidades reales de avance en esta dirección. Por tanto, *incluso si pudiéramos ayudar a Azaña y sus partidarios moderados a derribar al gobierno actual* (y debo confesar que no veo de qué modo podríamos hacerlo), *no conseguiríamos hacer así mucho más factible la mediación*[414].

La decepción de Azaña por el fracaso de su gestión secreta ante el gobierno británico probablemente solo fue superada por el enojo de Negrín al enterarse de la misma. De hecho, tuvo conocimiento inmediato de la reunión, al igual que muchos otros dirigentes republicanos. Y dejó constancia de su disgusto personal y político por aquella extralimitación presidencial que, sin embargo, no censuró ni oficial ni privadamente ante el interesado:

> Yo también estoy cansado, física y moralmente. Nadie me acusará de haber parido la guerra. No digo que la haya hecho nacer Azaña, pero a él le cabe más culpa que a mí en lo que estamos sufriendo los españoles. […] Las cosas están mejor. Nada se opone a que me sustituyan. […] ¿Qué quiere? ¿Qué se acabe la guerra? ¡Yo no deseo otra cosa! Lo que afirmo es que no se acabará haciendo gestiones que, de la misma manera que son conocidas por nosotros, lo serán por Mussolini. Por mucho menos que eso he firmado yo enterados de penas de muerte. Si Azaña supone que el ánimo público está propicio a aceptar un segundo Abrazo de Vergara, se equivoca. Quizás algún día lo esté. […] Pero aún así, gestiones como la que ha hecho, a la que no le faltan precedentes, son perjudiciales para el fin propuesto. Asombra comprobar cómo Azaña no se hace cargo de ello. Para comisiones de ese tipo están los agentes oficiosos, que ni siquiera los embajadores acostumbran a ser empleados en esa clase de trabajos[415].

En todo caso, la tensión política en el seno de la República no decreció ni un ápice con el alivio militar prestado por el éxito del Ebro. Negrín pudo comprobarlo directamente, al margen de la gestión de Azaña, en la crucial reunión del Comité Nacional del PSOE celebrada en Barcelona entre el 7 y

el 10 de agosto de 1938. Acudió a las sesiones y presentó un largo informe («más de dos horas duró la disertación», según *La Vanguardia*) justificando su política de resistencia como la única posible y, sobre todo, dando cuenta de los cambios ministeriales de marzo y de la salida del gobierno de Prieto. Según algunos de los asistentes, «su informe impresionó al Comité Nacional». Sin embargo, el día 9, Prieto replicó a su compañero y examigo en otra larga intervención («cerca de tres horas») en la que le acusó de haber cedido a las presiones del PCE para destituirle y en el que dejó constancia de sus diferencias políticas irreconciliables. El carácter furibundo y brutal de la crítica dejó «anonadados» y sin habla a la mayoría de los asistentes. No en vano, el choque entre ambos líderes era la demostración palpable de la desintegración de la unidad de los socialistas. A pesar de ello, Prieto no consiguió arrastrar tras él a los miembros del Comité Nacional, por lo que presentó su dimisión irrevocable y anunció su retirada de hecho de la vida política partidista activa. Negrín consideró de nuevo la posibilidad de dimitir para abrir la crisis y posibilitar un cambio de gobierno y de línea política. Sus propios correligionarios de la Comisión Ejecutiva le disuadieron, a pesar de que nadie intervino públicamente en el duelo entre los dos dirigentes. El Comité Nacional votó finalmente la confianza en Negrín y su política[416]. Pero fue una confirmación resignada, derivada de la falta de otra alternativa y con «los socialistas, mordidos no solo por viejos rencores, sino por la desesperanza de una guerra sin posibilidades de victoria»[417].

Negrín no tardó en reprochar a Vidarte que ningún miembro de la Ejecutiva socialista hubiera tenido «nada que decir, de aprobación o de censura, después de la embestida de Prieto». Solo recibió como justificación que Prieto había sido «nuestro líder» y que la animadversión contra los comunistas era casi universal en las bases del partido. Negrín replicó con amargura:

> Aunque así fuera, ¿qué puedo yo hacer? Cuando me han hablado para que influya con ustedes para fusionar ambos partidos los he mandado con cajas destempladas. […] Todos los nombramientos de comisarios o jefes del ejército que me ha pedido la Ejecutiva los he atendido. Más de una vez le he preguntado a Prieto, cuando se quejaba de las intromisiones comunistas, si él creía que podríamos prescindir de su colaboración como partido; si pensaba que Inglaterra y Francia podrían ayudarnos, a cambio de renunciar a la ayuda rusa. Me ha

> respondido que, desgraciadamente, no. He empleado toda clase de contactos para conseguir un armisticio siempre incluso, no se ría usted, los del arzobispo de Tarragona, Vidal y Barraquer. ¡Qué más puedo hacer! La paz negociada siempre; la rendición sin condiciones para que fusilen a medio millón de españoles, eso nunca[418].

El golpe moral que supuso el frío espaldarazo de la dirección socialista provocó en Negrín un súbito empeoramiento de su salud. De hecho, al día siguiente de la clausura del Comité Nacional, Zugazagoitia lo encontró «enfermo», con «respiración jadeante», «el rostro empalidecido» y con dificultades «por mantenerse en pie». También le encontró entonces «agotado» y dispuesto a renunciar a su cargo Mariano Ansó, que actuaba como su asesor jurídico en Presidencia desde el cambio de gobierno en abril. Negrín atribuyó su cambio de «humor y salud» a la explicación ya habitual, «fatiga» e «insomnio», aunque probablemente fuera el resultado de la intensificación de sus arritmias y amagos de angina de pecho por la tremenda presión anímica soportada[419].

Tampoco es en absoluto descartable que hubieran influido en su desplome físico y anímico en esos días críticos de agosto de 1938 otros dos hechos más dramáticos. Por un lado, las graves noticias recibidas desde Moscú sobre el estado de las finanzas republicanas. Por otro, el atentado personal y la tentativa de atentado sufridos por Negrín entonces, que evidenciaban la honda hostilidad generada contra su persona en algunos sectores políticos y sindicales republicanos.

A principios de agosto, Negrín recibió «la peor noticia de su vida» como responsable último de la Hacienda republicana: por carta oficial y reservada con fecha del primero de mes, el comisario de finanzas soviético le informaba de que el depósito de oro existente en Moscú estaba casi agotado a falta de un pequeño remanente «de 1,9 toneladas» de todas las enviadas en octubre de 1936. Desde ese momento, la República solo disponía para hacer frente a sus compromisos financieros de las divisas convertibles colocadas en las cuentas bancarias de París (Eurobank) y Londres (Moscow Narodny Bank) y de los ingresos derivados por la venta de plata a Washington y otras vías análogas y de entidad menor. Y la difícil perspectiva de recurrir a créditos y préstamos internacionales no aminoraba la angustia creada por esa noticia potencialmente tan devastadora como el

cierre de la frontera francesa al paso de armamento bélico. Aún así, Negrín encomendó de inmediato al embajador Pascua la compleja gestión de negociar con la URSS un nuevo crédito soviético cuya garantía habría de ser el aleatorio expediente de las exportaciones comerciales españolas disponibles[420].

El primer atentado sufrido por Negrín fue obra de un grupo anarquista que quiso vengar la derrota de mayo de 1937 y castigar al hombre que, a su juicio, encarnaba la dictadura comunista vigente desde entonces. «Una noche de agosto», una docena de esos exmilicianos se apostaron en la vía que conducía hacia la residencia particular de Negrín en Pedralbes y ametralló a la caravana de coches y motos en la que iba el presidente. Aunque consiguieron alcanzar la carrocería del coche central y lograron derribar a varios motoristas, el doctor Negrín no sufrió daño alguno[421]. La segunda tentativa quedó en las esferas de la posibilidad y tuvo como planificadores a un grupo de militantes del proscrito POUM. En su desesperación, el grupo llegó a solicitar a principios de agosto la ayuda logística de los servicios de inteligencia y la quinta columna franquista en Barcelona para organizar un «atentado contra Negrín». A pesar de que Franco dio su autorización para el magnicidio el 7 de agosto, la acción no parece que se llevara a cabo, quizá por las medidas de alarma tomadas durante la segunda quincena de aquel mes en Barcelona en previsión de los rumores de sabotaje enemigo[422].

En esas deprimentes condiciones físicas y anímicas, Negrín presidió el 11 de agosto de 1938 un consejo de ministros que habría de resultar en la tan anunciada como temida crisis política gubernamental. La causa formal de la quiebra de un gabinete con menos de cinco meses de vida fue la discusión de tres decretos propuestos por Negrín: el primero, subordinando las industrias de guerra de Cataluña a la Subsecretaría de Armamento del Ministerio de Defensa; el segundo, estableciendo en Barcelona una sala especial para perseguir los delitos de evasión de capitales; y el tercero, militarizando los tribunales populares y de urgencia. Los ministros republicanos (excepto Méndez Aspe) criticaron básicamente las medidas que suponían un endurecimiento de la persecución judicial contra el enemigo interno. Pero Irujo y Ayguadé, en nombre del PNV y ERC,

impugnaron sobre todo los otros decretos por suponer una vulneración de las competencias estatutarias de la Generalitat. Aunque Negrín ofreció aplicar estos últimos como «absoluta necesidad de guerra» y con garantía parlamentaria de ser «solamente una medida transitoria», no consiguió superar la oposición de ambos ministros. De hecho, ambos acabaron por presentar su dimisión irrevocable por considerar que los decretos evidenciaban «una concepción diferente» de sus partidos y el jefe de gobierno «acerca de cómo había de realizarse la colaboración entre el Gobierno de la Generalidad y el Gobierno Central de la República». Las dimisiones precipitaban oficialmente la crisis ministerial y volvían a poner en manos de Azaña y de los partidos la resolución del problema de la dirección política de la República en guerra[423].

Negrín afrontó su segunda crisis gubernamental con mayor tranquilidad militar (el frente del Ebro estaba consolidado y los restantes inactivos), pero con bastante mayor desgaste político y personal. Por eso consideró seriamente lo que llevaba semanas anunciando a sus más íntimos colaboradores: la dimisión de su cargo si así lo querían y lo pedían los partidos y organizaciones del Frente Popular y el presidente de la República. Su primera decisión a este respecto fue visitar a Martínez Barrio, presidente de las Cortes y segunda autoridad institucional, el 15 de agosto. Le explicó con detalle los antecedentes de la crisis ministerial y su disposición a dimitir en tres casos claros: por retirada de confianza de su propio partido; por retirada de confianza del presidente Azaña; o por negarle su colaboración las fuerzas políticas y sociales «con arraigo y organización en todo el país». En ese caso, «dimitiría en el acto» e «incluso saldría de España». La respuesta certera y resignada de Martínez Barrio no abrigó dudas:

> Coincido con usted en la inoportunidad de una crisis ahora, tanto más cuanto no hay otra situación viable que la encarnada en usted. A usted le considero insustituible, por desgracia. Los pueblos necesitan gobernantes de recambio a toda hora, evitándose así dificultades de monta. Pero el hecho visible, en la actualidad, es el de que España no tiene más que una política a seguir, y que esa norma política la simboliza usted, singularmente. Desconocer esa realidad, o escamotearla, considérolo tarea inútil, y si se produjera la crisis, todas las soluciones tendrían una premisa obligada: la de que fuera usted nuevamente el jefe de gobierno[424].

El apoyo de Martínez Barrio no eliminó todas las reservas de Negrín para seguir al frente del ejecutivo. De inmediato, ese mismo día 15, se entrevistó con Companys y sus principales asesores políticos (Pi i Suñer y Tarradellas) para exponerles su voluntad de «presentar la dimisión». A su asombrado interlocutor (que el día antes había pedido a Azaña el cese de Negrín y su sustitución por el general Miaja) le ofreció su apoyo para «encargarse del poder» y presidir el nuevo gobierno republicano que habría de formarse. Companys, según el relato de Pi i Suñer, respondió en la misma línea que Martínez Barrio: «debía seguir al frente del Gobierno, que con buena voluntad no fuera difícil armonizar las diferencias». Al día siguiente, 16 de agosto, Negrín seguía insistiendo en su voluntad de abandonar el cargo ante todos los dirigentes políticos que le visitaban en su domicilio particular. Según la información del diario *El Socialista*, entre esas visitas estaban la de Companys, los ministros republicanos Giral, Velao, Giner de los Ríos y Méndez Aspe, y los ministros socialistas Gómez y Álvarez del Vayo. A todos ellos anunció igualmente que partiría muy pronto a Zúrich para participar en el Congreso Internacional de Fisiología que habría de celebrarse en dicha ciudad suiza. Y se marchó a Valencia en una visita relámpago que duró casi todo el día y que causó inquietud en todos los cuarteles oficiales. Mientras tanto, las medidas de alarma militar seguían en vigor porque se tomaba «en serio» la amenaza de un golpe interno de sabotaje de la quinta columna. Incluso el ministro de Gobernación movilizó las tropas motorizadas de la Guardia de Asalto en previsión de actos hostiles[425].

La ausencia de Negrín y su ofrecimiento para cesar en el cargo no fueron aprovechados por sus adversarios políticos para llevar adelante sus propios proyectos supuestamente alternativos. Ningún partido u organización, ningún líder político o sindical, propusieron un nombre (al margen del de Miaja) para sustituir seriamente al dimisionario *in pectore* ni ofrecieron una política distinta a la que aquel representaba. El propio Azaña, que se mantuvo al tanto de la crisis desde su inicio el 11 de agosto, admitió finalmente cinco días más tarde el corolario lógico de aquella situación: «No tengo deseo de que haya crisis». No resolvió llamar a Besteiro, ni a Prieto, ni a Companys, ni siquiera a Martínez Barrio, a pesar

de su hartazgo personal con Negrín y de la tirantez de sus relaciones institucionales. Para entonces, Negrín también había resuelto poner fin a la prolongada crisis mediante un expediente resolutivo: la sustitución de los dos ministros dimisionarios por otros dos de similar procedencia geográfica aunque no de los mismos partidos. En esas condiciones, el 16 de agosto de 1938 Azaña convocó a su todavía presidente del gobierno y a las doce de la noche mantuvo con él una «entrevista para no olvidarla»[426]. En efecto, Azaña le reprochó que hubiera tramitado la crisis sin su consulta (desde el 18 de julio no se habían visto ni hablado por teléfono); que le hubiera usurpado sus funciones de «consultar a los partidos en el orden al problema planteado por las dimisiones» de dos ministros; que hubiera tomado disposiciones de emergencia militar en la ciudad supuestamente para intimidarle; y que actuara de tal modo que le conculcaba su capacidad para «cambiar de gobierno, si hubiera sido ese su criterio político». Negrín no se arredró ante la filípica y rechazó todas y cada una de las imputaciones. Según sus adversarios, en ese rechazo llegaría a afirmar que «los partidos eran restos de antiguas oligarquías que había que disolver» y que «la única voluntad auténtica del país era la representada por el ejército». En todo caso, la entrevista finalizó con un acuerdo de mínimos. Negrín asumió la negativa tajante de Azaña a firmar el decreto de militarización de tribunales de guardia, que retiró oficialmente. A cambio, Azaña aceptó su propuesta de modificación parcial del gobierno y le confirmó su confianza para seguir al frente del ejecutivo.

El 17 de agosto de 1938 quedó cerrada la dilatada crisis ministerial con un anuncio oficial de la Presidencia del Consejo de Ministros. A tenor del anuncio, Negrín había aceptado la dimisión de sus cargos presentada por los ministros Ayguadé e Irujo y había resuelto sustituir a los dimisionarios por José Moix Regás, del PSUC, que se haría cargo de la cartera de Trabajo; y por Tomás Bilbao Hospitalet, de Acción Nacionalista Vasca (un pequeño partido «aconfesional y de centro-izquierda»)[427]. La nota concluía con el siguiente párrafo destinado a allanar las heridas causadas en ERC y PNV por su salida del gobierno:

> Al dar cuenta de ello, el Gobierno de la República pone singular interés en afirmar una vez más su inalterable respeto a la personalidad y a los derechos de las regiones autónomas y se

> complace en ver asegurada la continuidad de las representaciones catalana y vasca en el seno del Gobierno, el cual mantiene así su carácter de Gobierno de Unión Nacional y su voluntad de sostener, junto a las libertades regionales, la independencia y la existencia de España[428].

El reajuste ministerial sirvió sin duda para paliar la crisis ejecutiva abierta en medio de la Batalla del Ebro, pero no sirvió para ampliar las bases políticas del gobierno llamado de «Unión Nacional». Desde luego, tampoco sirvió para mejorar las relaciones de Negrín con Companys, cuyas protestas contra las decisiones de centralización de la dirección política y militar no acertaba a comprender y cuyas gestiones ante París y Londres para lograr una paz por separado condenaba con severidad. En todo caso, la crisis también había demostrado a todos los opositores a Negrín que no había alternativa viable a la política de resistencia por él formulada y encarnada. Y nadie, ni siquiera Prieto o Azaña, menos aún Largo Caballero, la CNT o el bloque ERC-PNV, pudo ofrecer una solución de recambio a la misma si no era la rendición incondicional ante Franco, totalmente descartada por el temor a las represalias anunciadas para los vencidos y por el vivo conocimiento de la dura represión ejercida contra los desafectos en la retaguardia enemiga. Así lo reconoció amargamente Martínez Barrio ante el propio Negrín y, poco después, ante el mismo Azaña: «Negrín es insustituible ahora»[429]. Y así lo reiteraría de modo reservado el mismo dirigente republicano una vez terminada la guerra, cuando tuvo que hacer frente a las críticas de sus correligionarios por haber sido incapaz de sustituir a Negrín en el cargo con el fin de aplicar otra política conducente a la mediación o a la capitulación negociada:

> Añado para esclarecimiento de la verdad y noticia de los ignorantes, que a los republicanos no se les ha ofrecido el Poder por el Presidente de la República, en las dos crisis tramitadas y resueltas durante los meses de gobierno del señor Negrín. Creo honradamente que el señor Azaña carecía de opción, pero si él o algunos de los partidos pensaron de modo distinto, bueno es afirmar que en ningún momento intentaron eficazmente hacer de los deseos, realidades. La prueba de la posibilidad del cambio ha quedado en las regiones de las teorías, y el hecho cierto se reduce a que el Jefe del Estado, los partidos políticos y las organizaciones obreras aceptaron como irremediable y única la solución del señor Negrín.
>
> No excuso mi parte de responsabilidad personal en este allanamiento. Digo en mi descargo, y por extensión quizás en descargo de otros, que yo llegué a la extrema resignación después de un largo proceso de investigación y estudio de la situación interior y exterior de la

> República. […] Reconozco que entre mis vocaciones no figura la del suicidio, y un suicidio político y moral hubiera sido opositar en 1938 a la sucesión ministerial del señor Negrín[430].

El triunfo logrado por Negrín era, en todo caso, bastante frágil y su posición nada envidiable. De hecho, desde el verano de 1938, la estrategia política negrinista, pese a su acierto general, se estrellaría reiteradamente contra el hecho evidente del cansancio popular por las privaciones ocasionadas por la guerra, del desánimo por la falta de ayuda de las democracias occidentales y de la consiguiente descomposición de la moral política de resistencia en amplios sectores republicanos, tanto civiles como militares. Y ni siquiera el éxito inicial de la operación ofensiva desplegada por Rojo en la desembocadura del Ebro serviría para modificar esa tendencia declinante, aunque lograra proporcionar casi cuatro meses de tregua y ocasionara la suspensión del ataque franquista sobre Valencia.

Nada más resuelta la crisis ministerial, Negrín cumplió su promesa de partir hacia Zúrich para asistir al congreso internacional de Fisiología y lo hizo en compañía de José Puche y Rafael Méndez, ambos discípulos y fisiólogos. Estuvo en la ciudad suiza entre el 18 y el 20 de agosto de 1938, justo cuando empezaba a deteriorarse la tensión internacional por causa de las reivindicaciones alemanas contra Checoslovaquia en razón de la supuesta opresión de la población germana en la región checa de los Sudetes. La coetánea presencia del duque de Alba en Ginebra alentó los rumores sobre el propósito de Negrín de aprovechar la equilibrada situación militar en el frente para negociar con el agente de Franco un armisticio[431]. En realidad, consciente de la negativa rotunda franquista a cualquier compromiso, el viaje de Negrín pretendía sondear en secreto ante un emisario alemán, el conde de Welczeck, embajador en París, la disposición del Tercer Reich a favorecer una mediación en España en vista de sus crecientes problemas en Europa central. El resultado de la entrevista parece que fue negativo y solo sirvió para convencer a Negrín de que la única alternativa para la República era resistir todo lo posible y no dar señales de debilidad mediante nuevos sondeos en pro de la mediación. En todo caso, regresó de inmediato a Barcelona y «mantuvo la mayor reserva sobre esta fracasada entrevista»[432].

El agravamiento de la situación europea desde finales de agosto de 1938 reverdeció las esperanzas republicanas en un cambio favorable de la coyuntura internacional que evitara su derrota inexorable. De hecho, la creciente presión alemana sobre Checoslovaquia por la cuestión de los Sudetes llegó a su culminación el 12 de septiembre mediante un violento discurso de Hitler en Nuremberg en el que amenazó con invadir aquel país si no cedía el territorio alemán de inmediato. El gobierno checo respondió con la implantación de la ley marcial para aplastar una rebelión instigada por los nazis en la región. La amenaza de una nueva guerra europea precipitó entonces la intervención del gobierno británico, decidido a impedirlo por cualquier medio, con el beneplácito del gobierno francés (aliado formal del gobierno checo). Neville Chamberlain ofreció entonces a Hitler la mediación británica para resolver pacíficamente el contencioso. La propuesta del primer ministro fue inmediatamente aceptada por el Führer y daría lugar a las tres visitas de Chamberlain a Alemania en el espacio de dos semanas que habrían de simbolizar en adelante toda la política de apaciguamiento[433].

La primera entrevista, el 15 de septiembre, pareció abrir una vía de solución sin recurso a la fuerza y mediante un reparto equitativo del territorio en disputa. La segunda entrevista, el 22 de septiembre, agudizó la crisis hasta extremos de ruptura porque Hitler demandó la cesión inmediata de todo el territorio y antes de finalizar el mes. Europa parecía entonces al borde de la guerra porque Francia anunció su disposición a ayudar al aliado checo y porque la Unión Soviética también anunció su voluntad de defender al país de la agresión alemana. Sin embargo, Chamberlain y el gabinete británico resolvieron el 27 de septiembre dirigirse a Mussolini para solicitar su intervención mediadora ante Hitler. El Duce respondió favorablemente porque temía el estallido de una guerra general para la que Italia no estaba preparada. Hitler, que esperaba conseguir con amenazas sus objetivos y estaba presionado por su alto mando militar para evitar la guerra en dos frentes de tenaza, aceptó la demanda. El 29 de septiembre de 1938, con ausencia de cualquier representante checo o soviético, los dictadores alemán e italiano y los primeros ministros británico y francés se reunieron en Múnich y acordaron la desmembración de Checoslovaquia de modo

pacífico. La política de apaciguamiento franco-británica había llegado a su punto culminante y, aparentemente, triunfal.

La gestación y curso de la crisis de septiembre de 1938 atrajo la atención urgente de ambos bandos españoles porque tuvo lugar en el momento culminante de la Batalla del Ebro y porque su desenlace habría de tener implicaciones inevitables para la guerra española. Por parte franquista, el mayor temor residía en que el posible estallido de una guerra entre el bloque franco-británico y la Alemania nazi, con o sin la Italia fascista, «pondría en peligro extremo la victoria» ya que «la España roja se alinearía inmediatamente con Francia y sus aliados y posiblemente confirmaría esta medida con una declaración de guerra abierta a Alemania» (según informó a Berlín el día 12 de septiembre el embajador alemán ante Franco). Además, en ese caso, era más que previsible que Francia interviniera para «mantener frente actual evitando nuestro avance y asegurando dominio costa Mediterráneo» (según transmitió el duque de Alba a Franco ese mismo día 12). No en vano, pocos meses antes de la crisis, un analista diplomático franquista había advertido contra la contigencia de ir a la guerra con el Eje y contra «el grupo anglo-francés»: «Basta abrir un atlas para convencerse de ello. […] estaríamos totalmente cercados de enemigos. […] Alemania e Italia solo podrían prestarnos auxilios insuficientes para la defensa de una España débil»[434]. Consciente de esos peligros, y a sabiendas de que no podría defenderse de un hipotético ataque franco-británico con apoyo republicano, Franco se apresuró en los días siguientes a explicar a sus valedores italianos y germanos su difícil posición. Era el paso previo para anunciarles su última medida en caso de estallido de la guerra: la voluntad de permanecer neutral si era posible. La gestión final ante Londres y París fue retrasada hasta el mismo día 27 de septiembre, cuando los agentes franquistas en ambas capitales dieron garantías expresas de su voluntad de permanecer neutral y demandaron igual garantía por parte de Francia y Gran Bretaña[435].

En abierto contraste con Franco, Negrín trató de aprovechar el rayo de esperanza abierto en septiembre de 1938 para explorar todas sus posibilidades. El 13 de septiembre, nada más declararse la crisis, se entrevistó con el embajador francés y le expresó su convicción de que «los

asuntos de España y los de Checoslovaquia eran facetas de un mismo problema»: las iniciativas agresivas de la Alemania nazi, «estimuladas por la inercia de las potencias democráticas en todos los terrenos, ante todo en el terreno español». A continuación, le recordó a Labonne (y pidió que lo transmitiera a Daladier) que «la resistencia republicana» era «un poderoso arbotante del sistema defensivo de las democracias» y que su firmeza y sostén exigiría en caso de guerra europea «contrapartidas inmediatas en beneficio de la España republicana»[436]. Era una gestión esperanzada pero no ilusoria porque Negrín, al igual que Rojo, tenía sus graves dudas sobre la capacidad de iniciativa de Francia y del gobierno Daladier y eran muy conscientes de que su política estaba «dominada por la idea y criterio de acuerdo estrecho con Inglaterra a toda costa». No en vano, el embajador Pascua había remitido su juicio político e «impresión personal» sobre la actitud francesa en la crisis germano-checa con claridad y reiteradamente:

> Existen vacilaciones y falta firme decisión apoyar realmente gobierno checoslovaco y contrariamente fuerte tendencia a concesiones y grandes transigencias. Escaso espíritu público de belicosidad con gran apariencia calma por no creer vaya verse envuelta inmediatamente Francia en la guerra por las causas actualmente en juego. Mucha especulación sobre posibilidades de desagregar Eje Berlín Roma por distanciamiento Italia lo que pudiera traducirse en actitud benevolencia y prudencia respecto a ella en cuestiones afecten a España[437].

El día 21 de septiembre, en un golpe de efecto magistral, Negrín anunció por sorpresa en Ginebra, ante la Asamblea anual de la Sociedad de Naciones, la retirada inmediata y unilateral de las Brigadas Internacionales. Solo pedía que se nombrara una comisión oficial para controlar su realización y verificar que el ejército republicano estaba formado y dirigido exclusivamente por españoles. Ningún país pudo objetar esa petición para poner en práctica, al fin y al cabo, el propósito más largamente debatido y acariciado de la politica colectiva de No Intervención. Y Negrín hacía así una virtud de la necesidad puesto que la retirada ya había sido estudiada desde meses antes debido al escaso número de voluntarios reclutados y a la progresiva atenuación del compromiso militar de Stalin con la causa republicana[438]. De hecho, había recabado y obtenido el consejo favorable

de Rojo para llevar a cabo la medida y había anunciado a Moscú su decisión por motivos inapelables:

> Los soldados de las Brigadas Internacionales están extremadamente agotados por las continuas batallas, su eficacia militar ha decaído, y las divisiones españolas les han sobrepasado significativamente en cuanto a disciplina y capacidad de combate. La llegada de nuevos voluntarios es ínfima, y las Brigadas Internacionales han dejado, de hecho, de existir como unidades especiales. La evacuación de los voluntarios extranjeros no afectará al estado del ejército popular español. […] Debido a esto, Negrín considera posible dejar ir a los voluntarios sin dañar la defensa de la República española. Esta medida, en su opinión, demostrará la fuerza creciente del ejército republicano y la confianza del gobierno republicano en la victoria. Al mismo tiempo, creará una situación ventajosa para el gobierno republicano, al ejercer presión sobre los gobiernos inglés y francés acerca de la cuestión de limpiar España de intervencionistas fascistas, y arruinará el argumento de Franco de que el gobierno de la República española también recurre a la ayuda de voluntarios extranjeras[439].

No terminaron ahí los preparativos diplomáticos de Negrín en previsión de un estallido de la guerra continental. En estrecho contacto con el general Rojo, había estudiado desde el principio de la crisis las «previsiones» de orden militar necesarias para «caso de conflicto internacional»: «Poner en actividad inmediata todos los frentes»; «Cooperar con la ocupación de Ceuta-Melilla al levantamiento de Marruecos y a la ocupación por Francia»; «Crear con la cooperación inglesa una base de operaciones en Algeciras-Málaga mediante una acción de la escuadra inglesa sobre Algeciras y Málaga y una de la española sobre el puerto de Motril»; etc. En todas esas «previsiones» la idea motriz era la anunciada ya por Negrín al embajador francés y formulada así el día 20 por el general Rojo: «las condiciones en que haya de desenvolverse nuestra guerra y su suerte misma están ligadas estrechamente a la resolución que se dé al problema de Checoslovaquia». En consecuencia, el 28 de septiembre, en el momento culminante de la crisis y en vísperas de la conferencia de Múnich, Negrín convocó a su despacho barcelonés al representante británico, Leche, y le entregó un memorándum oficial sobre la actitud republicana ante la crisis existente. En el mismo, Negrín afirmaba la disposición de su gobierno a «responder a las obligaciones que le impone el Pacto de la Sociedad de Naciones» y notificaba la preparación de su ejército «para el cumplimiento de la misión que en un conflicto pudiera incumbir a España». También le

advirtió crípticamente sobre cualquier operación militar anglo-francesa de carácter unilateral sobre territorio español y sin previo consentimiento del gobierno de la República:

> El Gobierno español no estima admisible ninguna medida que caso de un conflicto general pudiera ejercerse, sobre zonas de su territorio, de su protectorado, de sus colonias o de su influencia, sin un acuerdo previo entre las potencias interesadas[440].

La resolución de la crisis germano-checa mediante el Acuerdo de Múnich fue una auténtica sentencia de muerte casi irrevocable para la República española y para la política de resistencia preconizada por Negrín. Ante todo, porque la cesión de las potencias democráticas occidentales ante el Eje italo-germano en la capital bávara, con su correlativo sacrificio de Checoslovaquia, confirmaba clamorosamente su negativa a hacer frente a la intervención nazi-fascista en España y descubría su implícita aceptación de la victoria de Franco. Así fue comprendido y asumido por todas las cancillerías europeas y por los propios bandos españoles. El embajador francés en Barcelona no tardó en comunicar a sus superiores que Múnich había sido «un choque» para el gobierno y la opinión pública republicana[441]. En la zona franquista se desató el júbilo por haber escapado de la pesadilla de una guerra en la que difícilmente hubieran podido permanecer neutrales. Y esa satisfacción fue ratificada por las noticias remitidas desde Londres por el duque de Alba, que a principios de octubre de 1938 transmitía la declaración privada hecha por el vicepresidente del gobierno británico:

> Ofrecimiento neutralidad fue recibido Consejo Ministros con gran satisfacción, siéndonos comunicada en el momento más crítico, reforzando posición Primer Ministro, especialmente en su trato con Francia. Que llegara en ese momento fue casi milagroso. […] Gabinete estaría encantado de ver lo más pronto posible una victoria General Franco, como remate paz Europa[442].

PRESIDENTE DEL GOBIERNO: EL TIEMPO DE LA RESIGNACIÓN ANTE LA DERROTA

Apenas un día después de acordada en Múnich la desmembración de Checoslovaquia, Negrín hubo de comparecer ante las Cortes en su preceptiva reunión celebrada en el monasterio de San Cugat del Vallés (entonces Pins del Vallés). Aquel amargo 30 de septiembre pronunció un discurso crucial (según Vidarte, «el mejor de todos los que le escuchamos siendo presidente del consejo») en el que tuvo que hacer repaso de las dos crisis ministeriales afrontadas en abril y agosto. Recordó la solución dada a la primera como una decisión «penosa», «dura» y «violenta» porque había supuesto la salida de un colaborador, Prieto, con el que le ligaba una relación «de intimidad política y de relación personal, sentimental y amistosa». Pero la justificó señalando que, en aquellos momentos de crisis bélica casi resolutiva, había sentido la urgencia de asumir «la responsabilidad de la dirección» para «gritar y exigir una política de resistencia». La resolución de la segunda crisis obedeció, según Negrín, a las diferencias con los partidos autonomistas sobre «la dirección política del Estado» y las relaciones entre el poder central y los autonómicos. Admitió que hubiera sido posible hacer una política diferente y así fue planteado durante la crisis. Pero también añadió que «para hacer esa política no se podía contar conmigo». Se refirió a continuación a su grave preocupación por «el problema crucial» planteado por la guerra: la garantía de «los abastecimientos», tanto bélicos como alimenticios y de materias primas. Abordó seguidamente con ironía y amargura la coyuntura internacional con una declaración inicial («Señor, señor, guárdame de mis amigos que de mis enemigos me guardo yo») y no dejó de subrayar que «el problema español» era «pieza fundamental en el problema de la paz mundial y en la política internacional europea». Repasó la situación militar estabilizada por la

bravura de las tropas en el Ebro y en Levante. Y, finalmente, abordó la cuestión principal planteada entonces: «el problema del acabamiento de la guerra». Por primera vez reconoció de modo oblícuo que no era posible ganar militarmente la guerra «ante la superioridad en material del enemigo» y se preguntó en público: «¿Mediación? La hemos pedido siempre». Pero insistió, dirigiéndose directamente «a nuestros enemigos», en que las bases para esa salida «está definida en los Trece Puntos de fines de guerra del Gobierno». A su juicio, solo sobre el respeto a esos principios podría llegarse a «la reconciliación que es necesaria, una España, de todos los españoles, después de este bautismo de sangre que nos ha depurado y redimido de todas las faltas y errores que podamos haber cometido»[443].

El discurso de Negrín fue seguido de la intervención de los portavoces de los grupos parlamentarios, que mostraron diverso grado de acuerdo y apoyo a su análisis y línea política: confianza total (PCE y PSOE), confianza total matizada (los grupos republicanos de IR y UR) y confianza «con muchas reservas y, con muchas disconformidades en lo esencial» (ERC y PNV). Esa muestra parlamentaria y pública de resistencias a su persona y política determinó en Negrín una actitud inesperada y resuelta: solicitó y obtuvo la suspensión de las sesiones para reunirse con sus ministros a deliberar. Eran «las once y cinco minutos de la noche» del 30 de septiembre. A sus asombrados ministros les explicó con toda franqueza que estaba dispuesto a dimitir y renunciar porque no tenía fuerzas para superar «el desafío» y no aceptaba «una confianza disminuida por tan considerable número de reservas». En otras palabras, el presidente del gobierno abría formalmente la crisis tanto tiempo aplazada y colocaba a todos los grupos parlamentarios críticos ante la ocasión idónea, tanto política como constitucionalmente, para sustituirle por otra persona y por otra línea política. No parecía un acto de soberbia, ni un órdago del que esperaba sacar partido. Más parecía el resultado de una sorda irritación por considerarse desasistido de apoyos a los que creía tener derecho en las graves circunstancias imperantes. En todo caso, reanudada la sesión se expresó con total claridad y, según Zugazagoitia, en algunos momentos con «violencia inusitada». Ciertamente, su segunda intervención ante las Cortes, ya en la madrugada del 1 de octubre de 1938 fue una contundente llamada a

los partidos a actuar en consecuencia: si no le apoyaban, que le sustituyeran sin más dilaciones. En sus propias palabras:

> Señores Diputados, no es el momento de vivir en el equívoco, ni es tampoco el momento de emplear eufemismos. «C'est l'abcès qui crève». Bien.
>
> El Gobierno no acepta, ni admite votos de confianza condicionados y con reservas. Para el Gobierno, esos votos de confianza no significan un apoyo: son un lastre y, además, no permiten discriminar, votados así en conjunto, donde está el apoyo leal y sincero, en el error lo mismo que en el acierto, como es preciso en estos instantes, y donde está un apoyo que muchas veces gravita de una manera tan dura que se tiene la sensación de que no se gobierna ni se puede gobernar.
>
> Señores Diputados, yo les voy a hablar a ustedes aquí, como representantes del país, y, al mismo tiempo, le hablo al país también. Hace mucho tiempo, después de pasar los instantes de pánico, que no he logrado vivir ocho días seguidos con la sensación de que era un gobernante que gobernaba.
>
> Cada uno debe asumir y arrostrar sus responsabilidades, y es el momento de ello, ya que se sugiere que no debe haber mucho orden aquí, en la España leal, ni debe haber mucha justicia, ni —se ha dicho claramente— los Tribunales pueden actuar con libertad. […]
>
> A lo que vamos a parar es a lo siguiente: como Jefe del Gobierno, por los minutos o por el tiempo que lo sea, yo no puedo vivir en precario, yo no puedo vivir bajo la sensación, para los demás, para el Gobierno y para mí, de un voto condicionado […] Un voto de esa naturaleza, no lo puedo admitir, porque se necesita un Gobierno de autoridad, de prestigio, un Gobierno que sienta que él puede mandar y que sientan los demás que tienen que obedecer[444].

Si el texto oficial de las actas ya es suficientemente explícito, según algunas versiones testimoniales las palabras literales de Negrín todavía fueron más rotundas: «¿Os figuráis, Señores Diputados, que yo le tengo un gran cariño al poder? Ahí os queda ese poder al que me imagináis tan aferrado»[445]. La conmoción creada por la virtual dimisión de Negrín fue profunda y sumamente inesperada. Y la reacción de los líderes políticos más opuestos a su persona y política reflejó la verdadera situación en la que se hallaba la causa republicana: «Negrín y lo que su Gobierno representaba fueron la última posibilidad de la República; después de él, la única alternativa no era ya política, sino militar»[446]. Por eso mismo, las inmediatas intervenciones de Prieto y de los portavoces catalanista y de Izquierda Republicana se apresuraron a aliviar la situación, despejar las dudas del todavía presidente y encarecer su continuidad en el cargo. Negrín respondió a las demandas con una mezcla de alivio y de orgullo. No en vano, insistió en «la emoción que produce la alegría de pensar que vaya uno a verse libre de tan triste

calvario» y subrayó que «lo que nosotros reclamamos y pedimos es una liberación y, además, la agradeceríamos»[447]. Pero su insistencia no obtuvo resultado porque, enfrentados al abismo de la dimisión de Negrín, los grupos parlamentarios elevaron unánimente una proposición de acuerdo que Martínez Barrio hizo aprobar sin voto y «por aclamación»:

> Las Cortes toman nota de las palabras del Jefe del Gobierno, expresan su conformidad con la labor que el Gobierno del Frente Popular ha realizado durante el interregno parlamentario en función del voto que le fue concedido el pasado primero de Febrero; le felicita por su política de autoridad y resistencia a la invasión extranjera, por la gloriosa batalla del Ebro y la heroica lucha en todos los frentes y por la dignidad con que se produce ante el Mundo y acuerdan ratificarle su confianza[448].

La victoria política lograda *in extremis* por Negrín era «precaria» (según Zugazagoitia, la confianza se había dado «a desgana, sin gusto, por obligación») y pírrica (porque exigía que el interesado siguiera gestionando la crítica coyuntura imperante). Y para entonces la situación militar e interna era, ciertamente, muy preocupante y sumamente angustiosa.

Apenas solventado el pleito parlamentario, el general Rojo informó a Negrín del próximo desenlace adverso de la Batalla del Ebro. El 18 de octubre el jefe del Estado Mayor Central había presidido una reunión de dicho organismo en la que se había subrayado la penosa situación militar existente y la necesidad de proceder, en un plazo próximo, al repliegue de las tropas a la orilla izquierda del Ebro. Las razones básicas eran la desproporción de armamento respectivo, las dificultades de abastecimiento alimenticio y su efecto disgregador sobre la fortaleza moral de las tropas republicanas:

> El enorme desgaste sufrido últimamente por nuestra aviación, desgaste que, de no poner pronto remedio, lo que parece difícil, seguirá acentuándose.
>
> La falta que se observa en armamento portátil, en cuyo aspecto la situación es francamente mala. Solo en Levante faltan 25 000 fusiles y en otros frentes hay Brigadas con menos de la tercera parte de su dotación.
>
> En artillería ocurre lo mismo. El material es viejo y está muy desgastado.
>
> Precísase acudir con urgencia a abastecer de todo este armamento, so pena de tener que adoptar una actitud defensiva, sin poder montar una operación a fondo en bastante tiempo. […]
>
> Abastecimiento. En este punto la situación es cada día peor, lo que puede llegar a repercutir en la moral de la tropa que, de continuar las limitaciones presentes, llegará a

agotarse[449].

La preocupación absorbente por la situación militar no evitó que Negrín tuviera que afrontar igualmente los problemas políticos derivados del antagonismo contra el PCE, exacerbados por la última crisis y por las pésimas expectativas internacionales. En particular, Negrín temía el efecto de esa hostilidad anticomunista sobre la unidad y disciplina de las fuerzas armadas, habida cuenta de que la perfecta colaboración entre estos dos pilares de su estrategia política resultaba vital para su propia viabilidad y en vista de la práctica desintegración del PSOE como sostén gubernamental. De hecho, ya durante su visita al frente de Madrid en junio había apreciado directamente que «comienza a crearse en el ejército una situación difícil, porque el odio contra los comunistas está creciendo vertiginosamente»[450]. Poco después, a mediados de septiembre de 1938, pidió a Rojo su opinión reservada sobre un informe político-militar elaborado por la FAI que recogía crudamente la acusación de incompetencia estratégica y entreguismo procomunista que habrían de proliferar en la postguerra. Rojo rebatió esas denuncias de modo tajante y terminante:

> En el aspecto político, es evidente que el documento está dirigido contra la actuación del Partido Comunista en el Ejército y contra la influencia de los camaradas rusos (los asesores soviéticos), afines a dicho Partido político, en la dirección de las operaciones de guerra. Lo primero, y sin que el comentario sobre este asunto implique que el Jefe que suscribe se erija en valedor de dicho Partido, constituye una manifiesta injusticia, pues todos los partidos políticos han influido en el Ejército con mayor o menor intensidad, y siguen influyendo. […] Aparte de esto, se procede con manifiesta injusticia, haciendo imputaciones falsas, pues quizá el Jefe que suscribe, por razón de su cargo, tenga más motivos que nadie para conocer esas influencias, y por esto, quizá tenga también más razones que nadie para apreciar la falta de justicia en la apreciación que en ese aspecto se hace; y esa falta de justicia es mucho más notoria cuando se alude a la influencia de los camaradas rusos en la dirección de determinadas operaciones o en la dirección de la guerra. Es preciso rechazar de manera absoluta y de plano tales afirmaciones, porque son completamente falsas. […] El General que suscribe afirma de una manera terminante que jamás procedió al dictado de nadie[451].

El respaldo de Rojo a Negrín no anulaba sin embargo el peligro de la creciente hostilidad de los militares profesionales contra los comunistas, identificados progresivamente como «el partido de la guerra» y el mayor obstáculo para una potencial salida negociada al conflicto. Según un

informe reservado de diciembre de 1938 recibido por Rojo y leído por Negrín (elaborado por el comisario de la 62 División, de ERC), los comunistas podían contar por entonces con la simpatía de hasta «un 50% de los Jefes, Oficiales y Comisarios» del Ejército Popular de la República. Era un apoyo básicamente centrado en el Ejército del Ebro («está todo él, en manos de los Comunistas»); parcialmente en el Ejército del Este (donde «es muy frágil» y «tropieza con grandes corrientes contrarias»), en el de Levante (donde el general Menéndez «deja hacer a los comunistas») y en el de Andalucía («características parecidas a las del Ejército de Levante»); y prácticamente ausente en la Agrupación de Ejércitos de la Zona Catalana («libre en absoluto del tutelaje del PC»), en el Ejército del Centro («un Ejército militar y republicano sin injerencias de partido»), en el Ejército de Extremadura («las mismas características que el Ejército del Centro») y en el Grupo de Ejércitos de la Zona Centro-Sur («no han podido infiltrarse»). El informe refrendaba, por tanto, la debilidad general y el desequilibrio territorial de la supuesta hegemonía comunista en las filas militares, cuya dirección superior seguía estando en manos profesionales de filiación republicana:

> Actualmente, todos los altos Jefes del Estado Mayor Central son militares profesionales. Los Inspectores Generales y los Jefes de Servicios centrales, también. Igualmente son de la escala profesional la casi totalidad de los Jefes de C. R. I. M. (Centros de Reclutamiento, Instrucción y Movilización), de los Comandantes de Plaza y de otros organismos militares. También lo son los Jefes de Ejército, menos el del Ebro, que es, como es sabido, el Coronel Modesto, de la escala de Milicias.
>
> Los Cuerpos de Ejército, en cambio, son mandados la mayoría por Jefes de la Escuela de Milicias. De la misma escala son la mayoría de Jefes de División y Brigada.
>
> Entre los militares de una y otra escala, no reina mucha cordialidad […].
>
> No queremos esconder que entre los militares profesionales reina gran malestar, producido por la marcha de la guerra […].[452]

Los síntomas de ruptura en el crucial entendimiento del mando militar y del PCE a finales de 1938 abrumaban a Negrín por sus potenciales efectos. Según Zugazagoitia, el presidente prefería eludir «con mucho cuidado» esas tensiones quizá por considerarlas irresolubles dada la situación. También creía que, respecto al PCE, «tiene autoridad sobre ellos para hacerles seguir el rumbo que conviene» (lo que Zugazagoitia consideraba «totalmente

equivocado»)[453]. En todo caso, como subrayaría Togliatti posteriormente, resulta bastante evidente que durante el segundo gobierno de Negrín «el partido hizo depender demasiado su acción de la del presidente» y «la pretendida posición dominante (del PCE-PSUC) en Barcelona era una ilusión». Y Stepánov ratificaría ese diagnóstico al subrayar que durante ese semestre final el PCE «pierde posiciones», su influencia «disminuye sistemáticamente», le «amenaza el aislamiento» y se paraliza «el crecimiento interno del partido»[454].

A pesar de la vulnerable posición del PCE en la zona republicana, Negrín recibió una comprobación fehaciente del grado de tensión anticomunista que se estaba gestando en la retaguardia durante las sesiones de la Comisión Ejecutiva del PSOE celebradas en Barcelona entre el 11 y el 15 de noviembre de 1938. En ella participaron, de modo excepcional y por última vez, Besteiro y Prieto. El contexto de las discusiones quedó desde el principio enmarcado por la convicción de la inminente derrota y por la intensidad de la hostilidad hacia el PCE:

> La situación la supone gravísima, por lo que afecta a la unidad (del Frente Popular). El ambiente anticomunista es arrollador. De él se están aprovechando republicanos y sindicalistas y con él están padeciendo nuestras organizaciones, en la mayoría de las cuales ya no es posible hablar de unidad. Supone que en cuanto alguien levante la bandera anticomunista se apresurarán a seguirle la mayoría de las masas obreras de la zona centro-sur. Reconoce que la postura de nuestro Partido polariza a los descontentos y nos trae también mucho lastre de gentes que no son socialistas. Cree que se debe enviar el informe a Negrín y citarle, además, para celebrar una reunión extraordinaria exclusivamente dedicada a este punto[455].

Pero, más allá de la crítica al PCE y su «política unitaria» absorbente y proselitista, no se presentó alternativa política alguna a la simbolizada por Negrín. Sin ofrecer tal alternativa, Prieto volvió a subrayar la responsabilidad de Negrín por la «disparatada» solución dada a las crisis ministeriales de abril y agosto. Besteiro fue igualmente tajante y declaró ante la dirección socialista lo que ya había dicho a la prensa y lo que diría por aquellos días a Azaña y al propio Negrín en persona: «Negrín es comunista y se introdujo en el partido, como el caballo de Troya»; «Es un agente de Moscú». Pero también renunció patéticamente a ofrecer una vía

alternativa y descartó cualquier posibilidad de «presidir un Gobierno» que se ocupara de «hacer la paz» porque «nuestro asunto, lo estima perdido»:

> Si se deshace el Frente Popular, desaparece la sustentación de la fuerza guerrera. Es un dilema horrible. Yo sostengo lo que decía antes. Lamento mucho que sea esta la situación. Yo he procurado cuando veía que se ponían a las masas en movimiento en ese camino, presentarme yo como obstáculo a que lo siguieran, y me arrollaron. Yo hoy, no tengo por desgracia, fuerza para convencer a las masas; yo no la tengo, si la tuviera lo diría, pero es un hecho consumado. Yo no puedo deshacer la historia[456].

Solo Álvarez del Vayo, él mismo sospechoso de criptocomunismo (y con cierta razón), salió en defensa de Negrín para rebatir «la clasificación que se hace del compañero Negrín de ser más comunista que socialista» y para ponderar su línea política como única alternativa ante la capitulación incondicional. En todo caso, de nuevo como en agosto de 1938, la dirección socialista se mostraba paralizada por las disensiones y solo acertaba a seguir apoyando a Negrín por carencia de otra solución y con resignada amargura. Entre otras cosas, porque la respuesta del bando franquista a las sutiles apelaciones de Negrín a la «mediación» en su discurso ante las Cortes en San Cugat había sido tajante y radical:

> ¡Guerra a la mediación en la guerra!
>
> En nombre de los Destinos de España, de sus mártires y de sus héroes, la Patria exige la victoria incondicional de Franco. […]
>
> Españoles: ¡Atención a los traidores!
>
> ¿Quiénes negocian la mediación y especulan con su sola posibilidad? Muchos traidores a España. Pero todos manipulados por los mismos inductores de los dos memorables crímenes de Estado contra la Patria: el asesinato de Calvo Sotelo y el asesinato de José Antonio Primo de Rivera[457].

Resulta paradójico que, a medida que el prestigio de Negrín se hundía en los ámbitos políticos republicanos en los meses finales de 1938, su consideración entre las cancillerías democráticas siguiera siendo muy alta y básicamente favorable. Porque, en efecto, pese a los fracasos cosechados por Negrín (o quizá debido a su indomable voluntad de rectificarlos), los informes confidenciales de agentes diplomáticos y militares extranjeros en la zona republicana revelaban reiteradamente un evidente respeto y estima por su figura humana y política. Ya han sido citadas las impresiones del

embajador francés, Labonne (reemplazado en diciembre de 1938 por Jules Henry) y su agregado militar, el coronel Morel. En el mismo sentido cabría citar a los representantes británicos en Barcelona. Por ejemplo, en el fatídico mes de septiembre de 1938, poco antes de la firma del Pacto de Múnich, Denys Cowan, integrante de un comisión británica encargada del intercambio de prisioneros (y probable agente del servicio de inteligencia militar) remitía a Londres un retrato bastante favorable de Negrín en el que se le atribuía la capacidad de resistencia demostrada por la República ante los últimos reveses militares:

> Llegados a este punto, es necesario mencionar otro factor en la situación política: la personalidad del presidente del consejo de ministros, señor Negrín. La rápida recomposición del gobierno que ha tenido lugar en los últimos meses se debe en gran medida a él. Es un hombre viril y extremadamente capaz de unos 45 años, que parece tener un ascendiente completo sobre el consejo de ministros. Su carácter es excepcional y posiblemente sea el «hombre del destino» de España. Su «casa espiritual» es Alemania y sus dioses son Mussolini y Lenin. Además de ser jefe del gobierno también es ministro de Defensa, con todas las fuerzas del Estado bajo su control. En este ámbito, está convirtiendo rápidamente al Ejército y a las fuerzas aéreas en cuerpos altamente organizados. Es bastante implacable. El único factor de debilidad en la situación radica en la falta de suministros alimenticios, especialmente en Madrid. […]
>
> Se supone que sus inclinaciones son hacia la extrema izquierda, pero las etiquetas dicen poco en este país. Por las razones que ya he mencionado, resulta conveniente para mucha gente en la actualidad declararse comunista, sean las que sean sus verdaderas convicciones. Es difícil saber cuál sería la reacción de Negrín ante un golpe de Estado hacia la derecha del presidente de la República. Si tuviera alguna perspectiva de apoyo internacional de las democracias, supongo que lo aceptaría. Si no, pudiera ser que se viera forzado, incluso contra su voluntad, a establecer algún tipo de dictadura de izquierdas bajo su dirección personal[458].

El prestigio y consideración personal de Negrín queda igualmente reflejado en otro informe diplomático de finales de 1938. El 30 de octubre, el jefe del gobierno se entrevistó con el nuevo encargado de negocios británico ante la República, Skrine Stevenson, y le expuso con toda sinceridad su actitud hacia el comunismo en un intento desesperado por lograr la ayuda militar franco-británica para contener la inminente ofensiva franquista sobre Cataluña. Según la crónica reservada remitida por su interlocutor a las autoridades de Londres:

> El señor Negrín estuvo muy cordial y extremadamente franco. Quizá el aspecto más interesante de la conversación fue la sincera exposición de su actitud respecto al comunismo. Su afiliación política siempre ha sido algo sospechosa y algunos de sus propios ministros no están seguros de cuáles son sus verdaderas simpatías. En esta oportunidad, no hubo dudas en la declaración. Dijo que el comunismo no era una ideología que se adaptase bien al pueblo español. Los objetivos y la política del gobierno español mostraban cuán lejos estaban sus simpatías del comunismo. Mencionó que el Partido Comunista había sugerido afiliarse a su propia rama del Partido Socialista y que esta lo había rechazado. Sin embargo, el gobierno tenía que apoyarse en gran medida en el Partido Comunista no solo porque era la fuerza mejor organizada en la etapa inicial de la guerra civil, sino también porque Rusia había sido el único país que había dado al gobierno español una ayuda realmente efectiva. El Partido Comunista era todavía el más entusiasta y enérgico de los apoyos del gobierno. En estas circunstancias, la eliminación de la influencia comunista no reportaba ninguna ventaja para el gobierno. Pero el señor Negrín afirmó que él podría suprimir, y lo haría, al Partido Comunista en una semana si pudiera obtener los suministros requeridos de Francia e Inglaterra. Bromeando seriamente, detalló los suministros que necesitaba. Aparentemente, el precio de la democracia es el siguiente: 500 000 rifles, 12 000 ametralladoras, 1600 cañones, 200 tanques medios y ligeros, 300 bombarderos y 300 cazas. Con estos suministros y la munición necesaria, podría terminar la guerra en abril[459].

Serían esas gestiones las que abonarían en círculos oficiales británicos la imagen de Negrín como «la personalidad incuestionablemente más sobresaliente del bando republicano». Años más tarde, un diplomático británico presente en Barcelona a finales de 1938 recordaría a sus superiores: «Puedo atestiguar que, aunque ciertamente tenía muchos enemigos, Negrín era considerado entonces como un valiente líder de guerra en la línea de Churchill»[460]. Sin embargo, ni esas gestiones ni otras similares emprendidas por Negrín ante el gobierno francés lograron un cambio fehaciente en la política de No Intervención de las democracias occidentales. La reiterada inhibición franco-británica ante la suerte de la República obligó a Negrín a considerar en adelante la política de resistencia como una mera estrategia disuasoria para conseguir una capitulación con mínimas condiciones y garantías. Ya a raíz de la firma del Pacto de Múnich había confesado con resignación a uno de sus íntimos: «¡Garantías para una paz honrosa es lo único que estoy buscando!»[461]. Y el 6 de noviembre, ante un sondeo procedente de París y transmitido por el prestigioso jurista Felipe Sánchez Román (asesor legal del gobierno republicano), había remitido una directriz a Pascua en la que afirmaba la disposición reservada

de su gobierno a contemplar la suspensión de las hostilidades con «las siguientes condiciones»:

> 1.º Compromiso de no perseguir o tomar represalias contra elementos afectos al Gobierno.
> 2.º Garantía de mantener el orden público.
> 3.º Notificación previa para poder evitar un incumplimiento involuntario[462].

En efecto, desde esa capitulación franco-británica ante Alemania e Italia en Múnich en relación a la suerte de Checoslovaquia, consciente de que la victoria era «inalcanzable», la estrategia negrinista de resistencia a ultranza y movilización de recursos internos e internacionales estaba al servicio de un único propósito: «conseguir una paz que previniera el exterminio de miles y miles de republicanos»[463]. Y esa convicción de que era posible resistir hasta conseguir condiciones de capitulación solo reflejaba la certeza, expresada por el general Rojo, de que el «periodo de crisis aguda» para la causa republicana abierto por Múnich solo sería conjurable con dos medidas complementarias: «la posibilidad de obtener abastecimientos de boca y guerra» y «la posibilidad de conservar una moral exaltada y una organización cada vez más perfecta de nuestro Ejército». Y añadía Rojo un diagnóstico que estaría muy presente en la conciencia de Negrín: «Ambas cosas son realizables. Son esencialmente problemas de Gobierno»[464].

Fracasado el recurso a las democracias occidentales, Negrín se volvió de nuevo al único asidero disponible y hasta entonces operativo: la Unión Soviética. El 7 de noviembre remitió una carta personal al mariscal Voroshilov (en francés) anunciándole la próxima llegada a Moscú del general Hidalgo de Cisneros (militante del PCE y comandante de las fuerzas aéreas republicanas) para hacerle una petición urgente de armamento. Cuatro días más tarde, para apoyar esa demanda, escribió directamente a Stalin una larga y densa carta (en español) exponiéndole la gravedad de la situación militar (estaba a punto de producirse el repliegue del Ebro) y la importancia del conflicto en «la pugna entre los países democráticos y los totalitarios». Negrín señalaba que «si en España fuéramos derrotados dudo que el verano de 1939 transcurra sin estallar un conflicto general» y recababa el apoyo soviético para resistir la próxima ofensiva enemiga dado que no se podía contar de momento con la ayuda

británica ni francesa. También advertía que «no pierdo la esperanza de que el interés y la participación de Estados Unidos en la política europea» pudiera proporcionar un respiro futuro. Pero, mientras tanto, el apoyo soviético era inexcusable y, puesto que la República ya no contaba con oro, la consecuente ayuda militar solicitada debería ser prestada a crédito:

> Grave es el problema que nos plantea el abastecimiento, estrechamente ligado con la situación financiera y de la que informé a su gobierno a través de Pascua. Sobre el particular urge llegar a acuerdos concretos, pues su demora puede ser perniciosa para el desarrollo de la guerra[465].

Quizá ligada a esa última y perentoria gestión estuviera una de las más extrañas propuestas políticas planteadas por Negrín durante toda la guerra. El 10 de noviembre de 1938, en una entrevista concedida a Togliatti, Negrín planteó al dirigente comunista la posibilidad de crear «un Frente Nacional unido» como sustituto de los partidos políticos y soporte civil del gobierno. En realidad, era una propuesta ya reiteradamente sugerida por Rojo a Negrín en vista de la desintegración del Frente Popular de partidos como órgano de apoyo en la retaguardia. De hecho, desde la claudicación de Múnich, Rojo solicitaba insistentemente a su superior «que se persigan mediante decisiones de carácter político del Gobierno, la unidad espiritual, que hoy no existe». Pero Negrín la presentó igualmente como el resultado de la virtual desintegración del PSOE y de su pérdida «de confianza en la posibilidad de unir a los partidos socialista y comunista». A su juicio, ese frente nacional interpartidista era la única alternativa a «una dictadura militar» porque el retorno «al viejo parlamentarismo» le parecía una imposibilidad. La respuesta del dirigente de la Comintern fue «muy reservada» porque ya tenía demasiadas dudas sobre la subordinación del PCE a la estrategia política del presidente del gobierno republicano y porque no estimaba «urgente» la medida. Moscú ratificó de inmediato esa postura: «Proyecto de Tía [nombre en clave de Negrín] inaceptable porque contiene tendencias a la dictadura personal»[466].

Si la petición de fusión de todos los partidos no contó con el beneplácito soviético, no ocurrió por igual con la demanda de crédito y ayuda militar. A pesar de que Múnich había exacerbado la cautela soviética respecto a la «aventura española» y que las perspectivas bélicas eran muy oscuras, Stalin

decidió mantener hasta el final su apoyo a la causa republicana. Quizá por imposibilidad de deshacerse del compromiso antifascista todavía. Quizá por sostener la idea de que la resistencia en España aplazaba otras acciones agresivas del Eje en Europa central. En todo caso, el crédito otorgado sería firmado en Barcelona el 12 de enero de 1939 por Negrín y el encargado de negocios soviético, Marchenko. Sin previsión de garantía alguna, su entidad sería algo menor de la solicitada por los líderes republicanos: 50 millones de dólares aplicables a financiar las adquisiciones de productos de la URSS[467]. En cuanto a las demandas de material bélico, sufragadas con cargo a ese crédito, su volumen también fue recortado respecto a las demandas: 168 aviones (no 250); 40 tanques (no 250), 539 piezas artilleras (no 650) y 2770 ametralladoras (no 4000). La remisión de los suministros empezó a finales de diciembre de 1938 y una gran parte del material estaba ya en Francia a mediados de enero de 1939. Sin embargo, poco del mismo podría llegar a su destino. El 16 de febrero de 1939 el mariscal Voroshilov escribía en un breve memorándum para Stalin:

> En caso de que Pascua o alguien más siga presionando sobre este asunto, podría ser adecuado contestar de la siguiente manera:
>
> 1) La URSS siempre ha prestado mucha atención a las necesidades del gobierno español y ha accedido, en la medida de lo posible, a todas sus peticiones de armas y asistencia militar.
>
> 2) La última petición, cursada a través de Cisneros, se ha atendido en su mayor parte. Si el gobierno español no puede alcanzar un acuerdo con el gobierno francés en cuanto al paso de las armas a España, lo lamentamos profundamente.
>
> 3) Que exijan ahora que el material que ya hemos enviado, cuya mayor parte permanece en territorio francés, se envíe a España, donde será fácil presa de los fascistas, es cuando menos inoportuno. Le pido que medite sobre esto detenidamente[468].

La respuesta de Stalin fue lacónica y expresiva: «Esta cuestión ya no es importante»[469]. Ciertamente, para entonces la causa republicana era ya una baza perdida irremediablemente porque la ofensiva franquista sobre Cataluña había conseguido una victoria tan rápida como sorprendente y contundente.

El 23 de diciembre de 1938, después de haber reorganizado sus fuerzas y recibir la crucial remesa de envíos militares alemanes pendiente, el general Franco había emprendido la prevista ofensiva definitiva sobre Cataluña. Rojo había tratado de anticiparse a ese ataque con la preparación

de nuevas ofensivas diversivas en el frente extremeño, andaluz y madrileño, pero sus órdenes habían sido rechazadas por el general Miaja por entenderlas peligrosas para la defensa de Madrid. Negrín, con gran disgusto de Rojo, no sancionó la actitud de Miaja y solicitó una revisión de esos planes[470]. En esas condiciones, las líneas defensivas republicanas, debilitadas, desmoralizadas y sin reservas después del agotador esfuerzo en el Ebro, fueron incapaces de contener el avance general por todo el frente catalán de las tropas enemigas. En la retaguardia, la situación era incluso peor que en el frente, a juzgar por el informe remitido por Togliatti a Moscú:

> El 25 de diciembre tuvo que ser aplazado un gran mitin convocado por los jefes anarquistas más conocidos de Cataluña (Capdevila, Oliver, etc.) porque el público se reducía a seis personas, hecho sin precedentes en una ciudad como Barcelona. […] La masa sin partido se mostraba indiferente y en ocasiones hostil ante quien predicaba y organizaba la resistencia. […] Los nervios de los habitantes de Barcelona estaban deshechos, por las privaciones, por la indigencia, por los constantes bombardeos, etc[471].

La primera reacción de Negrín fue recurrir infructuosamente a París en demanda de ayuda militar urgente a través de los buenos oficios del coronel Morel el 6 de enero de 1939. Incluso al día siguiente se trasladó secretamente en avión a la capital francesa para demandar en persona esa ayuda y facilidades logísticas al paso de material bélico[472]. También el 6 de enero trató de precipitar el apoyo norteamericano remitiendo una carta personal a Roosevelt en la que subrayaba que «luchamos desde hace dos años y medio» por los mismos principios que el presidente había proclamado en su declaración anual del 4 de enero (donde había afirmado la voluntad de EE. UU. de oponerse a las «naciones agresoras» y lamentó la vigencia de la Ley de Neutralidad). El tono de su misiva era angustioso y perentorio:

> Contra la potencialidad económica y guerrera de Italia y Alemania no puede luchar indefinidamente un país como España, bloqueado por sus enemigos con la colaboración de neutrales y amigos.
>
> Oblíguese a la retirada de los agresores alemanes e italianos y dénsenos mientras medios materiales y económicos para hacer posible nuestra defensa, que nosotros nos bastamos para liquidar la guerra. […]

> Señor Presidente: El resultado de la lucha en España decidirá lo que ha de ser Europa y marcará el rumbo del Mundo en el porvenir.
>
> La Historia será inexorable con aquellos hombres de Estado que hayan cerrado sus ojos a la evidencia, y con los que por indecisión hayan dejado poner en riesgo los principios de tolerancia, convivencia, libertad y sana moral que inspiran la Democracia[473].

Tres días después de remitir esa postrera petición de ayuda, Rojo advertía a Negrín de que la situación era verdaderamente trágica porque se carecía de «hombres y de armamento» para resistir el embate[474]. Ni erraba ni falseaba el panorama. Stevenson y el agregado militar británico en Barcelona informaban paralelamente a su gobierno del desequilibrio de fuerzas planteado y de la inevitabilidad del resultado esperable:

> Las fuerzas nacionalistas lograron conseguir tanto la superioridad numérica como material. Por otro lado, el Ejército republicano en Cataluña reveló un grado de inferioridad material, numérica y moral que nadie, en este bando al menos, suponía que padeciese. […] Pero de todos los factores que explican el implacable triunfo nacionalista la mayor importancia reside en la sorpresa estratégica conseguida y en los sustanciales refuerzos recibidos por sus tropas en material bélico, particularmente en artillería, carros blindados, equipos de comunicaciones y camiones. […]
>
> La situación militar era muy grave (para la República). La escasez de material bélico era enorme. La artillería estaba reducida a menos de doce cañones por división y estos estaban desgastados por el uso constante. En aviación, la inferioridad del gobierno era aproximadamente de un avión por cada seis enemigos. No tenían siquiera suficientes ametralladoras[475].

En esa grave situación, el 15 de enero de 1939, al tiempo que perdía la ciudad de Tarragona, el gobierno republicano lograba que Daladier abriera *de facto* la frontera francesa al paso del material bélico remitido desde la URSS. Lo consiguió después de que Negrín advirtiera al embajador Henry que la seguridad de Francia quedaría gravemente amenazada por la llegada de tropas italianas y alemanas a su frontera pirenaica. Pero ya era demasiado tarde y demasiado poco. El 18 de enero Negrín presidió en Barcelona una reunión urgente y extraordinaria de su gobierno a la que asistieron como invitados Companys y Martínez Barrio. Allí reveló a los presentes que la situación era muy seria y cabría la posibilidad de «tener que trasladar el gobierno de Barcelona» ante el avance enemigo. Aunque recibió plenos poderes del gabinete para tomar las decisiones oportunas,

también tuvo que arrostrar las críticas de Companys por el hecho de que «los catalanes habían sido prácticamente marginados de la dirección de la guerra». El desencuentro entre ambos líderes se volvió a revelar al día siguiente, cuando tres consejeros de la Generalitat (Antoni Sbert, Pi i Suñer y Bosch Gimpera) solicitaban en secreto al representante británico que instara a su gobierno, de modo unilateral o con el concurso de Francia, a «hacer todo lo que pudiera para acortar los horrores de la fase final de la lucha en Cataluña»[476]. El 21 de enero Rojo informaba que «el frente no existe prácticamente» en ninguna parte desde Solsona a Manresa y que «los accesos a Barcelona quedarán abiertos y sin tropas para cubrirlos»[477]. Tampoco existían medios materiales ni ánimo moral para restablecerlo y contener la ofensiva.

Fue una noticia terrible para Negrín, que «había pasado toda la noche en vela» esperando noticias de Rojo, al que no dejó de reprocharle su demora en traer informes porque «no se tiene así un hombre». Para entonces, además, Negrín también había visto esfumarse las tenues esperanzas de una postrera ayuda militar de las democracias. Por un lado, el 19 de enero París había descartado cualquier ayuda militar directa por «riesgo entonces muy grande guerra general» y por garantía británica sobre «promesa obtenida de Mussolini sobre no ocupación ningún territorio español y demás semejantes después victoria Franco». Por otro, el 21 de enero Fernando de los Ríos telegrafiaba desde Washington que el Senado había aplazado la discusión del levantamiento del embargo de armas a la República y Roosevelt no plantearía ninguna batalla en contra[478].

El 22 de enero de 1939 Negrín ordenaba la evacuación de la capital de todo el aparato administrativo gubernamental y su ubicación provisional en distintos puntos de Gerona. Según Zugazagoitia, dictó la medida con apariencia de firmeza, «pero la procesión va por dentro». El precipitado traslado fue seguido de un desplome virtual de la administración republicana: «El Estado, en su forma más miserable, estaba derrumbado por calles y plazas». Aún así, pudo llevarse a cabo la destrucción del material documental de gobierno que no podía ser transportado y cuya caída en poder del enemigo se consideraba sumamente peligrosa. Habida cuenta de la escasez de medios de transporte, el esfuerzo de traslado tuvo que

«limitarse a los archivos que se considerasen indispensables para proseguir, sin excesiva solución de continuidad, el trabajo». Afortunadamente, gracias a la diligencia de Prat, Zugazagoitia y Méndez Aspe, pudieron embalarse y trasladarse una gran parte de los archivos principales de Presidencia, Ministerio de Defensa y de Economía. Además, ya a finales de noviembre de 1938, Negrín había tomado la precaución de enviar a Feli y a García-Valdecasas a París para entregar a la custodia de Pascua varios materiales documentales, tanto personales como políticos, de especial valor, con el encargo de que, si algo le pasara a él, fuera todo devuelto «a dicha señora o a uno de mis hijos». También había encargado al embajador ya entonces, con todo secreto y cautela, una tarea que desde mediados de enero rendiría su fruto:

> Prepare sitios de garantía y a reserva de un embargo para todos aquellos objetos del Estado que interese poner en seguridad por su valor documental u otro.
>
> Póngase de acuerdo con Pra para tomar todas las medidas pertinentes.
>
> Gestione tránsito para embarcar ciertas cajas en barcos nuestros.
>
> Rompa esta carta[479].

Peor aún que la diáspora administrativa fue el inicio de una masiva retirada de la población civil y de fuerzas militares en dirección a la frontera francesa y bajo condiciones de auténtico caos: «El espectáculo de la masa de fugitivos, y el del Gobierno, era la estampa de la derrota». El mismo panorama describe Togliatti sobre ese «hundimiento del aparato del Estado» y la consiguiente «fuga desordenada» de civiles, líderes políticos y fuerzas combatientes[480].

El 23 de enero, resignándose ya ante lo inevitable, Negrín solicitó formalmente al gobierno francés que abriera la frontera para acoger como exiliados a los miles de refugiados civiles que se agolpaban en los pasos fronterizos, especialmente «a las mujeres, niños y ancianos». El gobierno republicano se comprometía «a contribuir económicamente al sostén de todos los evacuados». También solicitaba que se contemplara su posible asentamiento «en Marruecos, Argelia, Túnez» y reiteraba el compromiso de «su sostenimiento[481]». Al día siguiente, Negrín tomó una decisión transcendental y que había evitado durante toda su gestión: proclamó

oficialmente el estado de guerra y, en consecuencia, otorgó al alto mando militar los atributos del poder político y administrativo en todo el territorio republicano (Miaja asumía esa función suprema en la zona central).

Dos días después de proclamada esa medida (que suponía el reconocimiento tardío de que no había más autoridad que la del mando militar correspondiente) se produjo la catástrofe anunciada: el 26 de enero de 1939, Barcelona, última capital de la República, era ocupada por la vanguardia de las tropas de Franco sin encontrar resistencia de entidad alguna. Culminado el desastre militar, el gobierno francés aceptaba la previa petición de Negrín y el 28 de enero ordenaba la apertura de la frontera para acoger a la población civil que trababa de encontrar refugio en Francia. El 5 de febrero las autoridades francesas aceptaban también la entrada en su territorio de los combatientes a cambio de su desarme e internamiento en campos de concentración. En total, un mínimo de 440 000 republicanos españoles pasarían a Francia hasta el día 9 de febrero, cuando las fuerzas franquistas llegaron a la frontera y completaron la ocupación de toda Cataluña[482].

Tras el abandono de Barcelona, Negrín había instalado su residencia provisional en la masía del Torero, nombre de una casa de campo situada al pie de los Pirineos gerundenses, entre los municipios de La Vajol y La Agullana, a medio camino entre Figueras y el paso fronterizo de La Junquera-Le Perthús. El puesto de mando de Rojo se había fijado en otra mansión de La Agullana (Can Perellada), con el fin de que pudiera seguir estableciéndose la comunicación entre ambos, como así fue: «Mis relaciones —cuenta Rojo— con el Presidente lógicamente eran muy intensas y nuestras entrevistas frecuentes, generalmente yendo yo a su residencia, unos 3 km al norte de Agullana, entre este punto y La Vajol». Por su parte, Azaña se había refugiado en el castillo de Perelada como paso previo a su traslado a La Vajol, en tanto que una parte sustancial de lo que quedaba de aparato administrativo se afincaba en el castillo de San Fernando de Figueras y en otras dependencias de esa población[483].

El 28 de enero, desde Figueras, Negrín pronunció su última alocución radiada a los combatientes en Cataluña. Fue una arenga breve y dramática porque hubo de admitir la pérdida de Barcelona y de «confesar» que no se

había atrevido a anunciar la imposibilidad de su defensa porque «revelar mi preocupación podía significar acelerar su pérdida». Reiteraba su convicción de que «sobreviviremos» a ese desastre, como «a muchos desastres», porque había remedio: «Bravura, combatientes frescos, material bélico abundante. Todo eso tenemos». Y terminaba con una proclama de «ánimo y aliento» que apenas ocultaba la desesperanza del alma del orador y la de sus oyentes:

> No os dejéis descorazonar por las desgracias. Sea vuestro temple el del acero. Vendrán días mejores, en los que habremos de recordar orgullosos nuestro comportamiento en la adversidad[484].

Aquel mismo día 28 de enero, Negrín se reunió al atardecer con Azaña y el general Rojo en el castillo de Perelada. A petición del presidente de la República, Rojo informó sobre la situación militar y expuso la opinión que ya había hecho llegar a Negrín con anterioridad: «no hay nada que hacer» y concluida la campaña de Cataluña «tampoco podremos resistir en el centro». La actitud de Negrín causó entonces una gran impresión en Azaña porque, «por vez primera» lo encontró «completamente derrumbado». De hecho, solo acertó a comentar: «Todavía hay recursos para resistir. Pero cuando un pueblo no quiere defenderse, no hay nada que hacer». Azaña le conminó entonces a tomar una decisión crucial e inexcusable:

> Lo único que puede hacerse, y a toda prisa, es recabar los buenos oficios de Francia e Inglaterra, y si es posible, de otra tercera potencia [¿EE. UU.?], para obtener una suspensión de hostilidades, y concertar las mejores condiciones de paz, que no pueden ser ya de carácter político, sino puramente humanitario, para asegurar la salida de España a los jefes y oficiales del ejército, a los políticos y funcionarios, etcétera, más amenazados, y obtener garantías respecto a la vida y la libertad de los que se queden[485].

Negrín no objetó el análisis de Rojo y Azaña porque era ya consciente de que «prolongar la resistencia» resultaba «imposible, en actual situación» por las razones expuestas por su máximo asesor militar antes y después de aquella reunión:

> ¿Puede salvarse Cataluña? No, por inferioridad, por falta de hombres y material, por falta de cohesión y moral, por falta de apoyo Centro, por falta de apoyo internacional.

¿Puede continuarse la guerra en el Centro? No, por las mismas razones[486].

Pero la congoja y «decaimiento» que apreciaba Azaña en su jefe de gobierno obedecía a un hecho tan brutal como irreversible: la experiencia pasada demostraba que no había posibilidad de inducir a las potencias democráticas a intervenir en el conflicto para garantizar esas condiciones humanitarias mínimas y conseguir el asentimiento enemigo a la evacuación de elementos comprometidos y al respeto a «la vida y libertad» de los que quedaran bajo su dominio. Dicho en otras palabras: tales supuestas garantías eran imposibles de obtener mediante la apelación a los buenos oficios de las potencias democráticas y el inicio de la gestión implicaría la mera y simple capitulación sin condiciones. Por eso mismo, el 30 de enero, abrumado por ese angustioso dilema y preocupación, Negrín volvió a acudir a Perelada para entrevistarse nuevamente con Azaña y en presencia de Martínez Barrio como segunda autoridad constitucional republicana. Este lo encontró «cansado, mejor dicho derrengado y agotado». Negrín les confesó que llevaba «dos días sin dormir, saliendo de una reunión para otra, bajo el peso amargo de que sus previsiones habían fallado por error de tiempo». También les informó que el avance enemigo era imparable y recomendó a Azaña su traslado a La Vajol, a solo tres kilómetros de la frontera, en previsión de lo peor. A continuación, expuso a un Azaña muy contrariado su reticencia a hacer la apelación pública a los buenos oficios franco-británicos porque «a la media hora lo sabría todo el mundo y seguramente se produciría un levantamiento en contra» al que no podría hacer frente dado el caos imperante. Era el mismo razonamiento que expondría a uno de sus ministros, el republicano Giner de los Ríos: «desear la paz no es propiciar la derrota» y «mientras yo sea presidente no aceptaré una rendición incondicional» porque resultaba indigno que «por salvarnos unos centenares de personas comprometidas, vayamos a dejar que fusilen a medio millón de españoles». Y era un argumento que sería considerado «de innegable peso y probablemente justificado» por uno de sus más críticos opositores entonces, Carles Pi i Suñer: «según fuesen las cosas y la forma como se hablase, se podrían producir disturbios peligrosos». A continuación regresó en compañía de Martínez Barrio a Figueras porque en su castillo, al

día siguiente, habría de reunirse la última sesión plenaria de las Cortes en suelo español[487].

En efecto, Negrín se presentó el 1 de febrero de 1939 ante sesenta y dos diputados reunidos en las caballerizas del castillo de San Fernando de Figueras, sin la presencia de Largo Caballero, ni de Besteiro, ni de Prieto (que había partido a mediados de diciembre a Chile y México en misión oficial: tantear la posibilidad de «buscar una mediación» de los países latinoamericanos en la guerra). Como recordaría Zugazagoitia:

> Los carabineros habían hecho una instalación de circunstancias. En la nave inmensa, recia de buena piedra, el grupo de los diputados y el Gobierno evocaba, por el lugar y la hora —medianoche—, la ceremonia religiosa y entrañable de una secta perseguida[488].

En aquella sombría sesión el gobierno consiguió la ratificación de la confianza de todos los grupos parlamentarios, que le encomendaron la tarea de perseverar en la defensa de la integridad y soberanía de la República española. Su último discurso ante las Cortes fue leído con emoción, «a trompicones», «sin método» y con un tinte de «angustia indecible». Empezó por tratar de explicar «la catástrofe» que se había cernido sobre la República y que respondía a «una oleada de pánico» inducida por «la repulsa de nuestra población civil a caer bajo la dominación facciosa». Las fuerzas militares republicanas, desgastadas por la lucha desigual, no pudieron contener la ofensiva enemiga y se vieron afectadas por el desplome de la moral. No se privó de advertir a los gobiernos británico y francés contra la ilusión de «apaciguar» a «un imperialismo totalitario, brutal, despótico» como el encarnado por las potencias del Eje, que no quedaría satisfecho por «devorar a Austria» o «descuartizar a Checoslovaquia» ni tampoco si «España fuera una sacrificada más». Y terminó con un apenas velado ofrecimiento para entablar negociaciones de paz (evitó la palabra rendición o capitulación) porque «cuando se hace una guerra, Señores Diputados, se busca llegar a la paz» y «sobre todo cuando la guerra no se ha querido, cuando la guerra ha sido impuesta». Según Negrín, las únicas condiciones para esa «pacificación de España» habrían de ser el respeto por el enemigo a «tres clases de garantías»: 1) «la garantía de la independencia» de España respecto «de influencias extranjeras»; 2) la

garantía de que sería el propio pueblo español quien señalara «cuál ha de ser su destino»; y, por último:

> Tercera garantía: la de que, liquidada la guerra habrá de cesar toda persecución y toda represalia, y esto en nombre de una labor patriótica de reconciliación, base necesaria para la reconstrucción de nuestro país devastado[489].

El hombre que pronunciaba aquel discurso era entonces un individuo extremadamente cansado («lleva tres días sin dormir», según el ministro Velao), ojeroso, sudoroso, mucho más delgado que de costumbre e incluso enfermo y con fiebre. Según Togliatti, por entonces «había perdido la confianza en la continuación de la lucha pero seguía aferrado a su antigua línea política»[490]. De hecho, pocos días antes de pronunciar su último discurso parlamentario, su afamado tesón y férrea voluntad se habían venido abajo ante Zugazagoitia:

> Una tarde se presentó en el Castillo (de Figueras) fatigado, casi jadeante. Preguntó si teníamos algo que darle de comer. Se sentó a la mesa y se dejó abatir por una crisis de melancolía. Se le empañaron los ojos[491].

Se recuperó lo suficiente para desplegar una incansable actividad diplomática mientras continuaba la penosa retirada hacia la frontera. A la vista del imparable avance de la ofensiva franquista en Cataluña, Negrín ordenó a Rojo que dispusiera que las magras fuerzas militares republicanas disponibles sirvieran como escudo protector de aquella retirada masiva y trágica hacia la frontera francesa. Rojo dictó las órdenes oportunas del «Plan de maniobra» el 4 de febrero y en condiciones de auténtico desplome militar. Dos días antes Negrín había recibido de Rojo la recomendación de un procedimiento para arbitrar lo más difícil de todo: la posible rendición por incapacidad para seguir combatiendo en Cataluña y en la zona central. Para ello, su jefe de Estado Mayor hacía varias recomendaciones logísticas. La primera y sintomática: sugerir que tanto él como el general Jurado se pusieran «en relación» con el Estado Mayor francés para que este actuara como «conducto» ante Franco con vistas a la negociación de la rendición. Era la segunda señal (tras la declaración de estado de guerra) de que, hundida la vía política representada por Negrín, se abría la puerta al recurso

a los militares para «resolver la guerra». Rojo recomendaba dividir «la totalidad del país en dos masas»: «una pequeña» formada por los líderes republicanos y quienes tuvieran peligro de perder la vida en manos enemigas; y la otra constituida por quienes «puede fundadamente esperarse que no se aplicarán represalias». Las primeras deberían concentrarse para que «puedan entrar en Francia» de una manera «digna y no como huidos». La rendición debería ser súbita, para evitar el caos, mediante la suspensión de «las hostilidades brúscamente y por sorpresa para el enemigo, para nuestra población civil y para nuestro propio Ejército». Para ello, habría que entregar «a los Jefes de pequeña unidad» no comprometidos las órdenes secretas para que «a una hora determinada, la misma para todo el frente, se levante bandera blanca y se dejen las armas». En el caso de la zona central que había quedado aislada, Rojo sugería el mismo método y, a falta de frontera francesa sobre la que replegarse, utilizar la baza que suponía el control de la flota de guerra anclada en Cartagena:

> *a*) Enviar en la noche de hoy un avión e instrucciones. A la llegada debe tener reunidos en Albacete el General Miaja a las autoridades.
>
> *b*) Aplicar las mismas normas que en esta zona para la suspensión de hostilidades y evacuación de personal.
>
> *c*) Hacer esta evacuación con la Escuadra sobre Orán y en este punto seguir análogo criterio que en Francia para los de esta zona[492].

Por esas fechas, Negrín se reunió frecuentemente con los representantes británico y francés para transmitir a sus respectivos gobiernos su disposición a seguir resistiendo hasta el final a menos que el enemigo aceptara conceder garantías contra represalias indiscriminadas y permiso para «la evacuación de individuos comprometidos de la zona sur». Esa tentativa desesperada para involucrar a las potencias democráticas en la terminación de la guerra con una capitulación condicionada se volvió su único eje de actuación desde la pérdida de Barcelona y hasta el final de la contienda.

De hecho, el 2 de febrero Negrín convocó a Stevenson (que se había instalado en Perpiñán) a Figueras para comunicarle su disposición a «deponer las armas» siempre que Franco asumiera las tres condiciones aprobadas por las Cortes el día anterior. Negrín solicitaba formalmente a

Stevenson que el gobierno británico, en concurso con el francés y también el norteamericano, transmitiera esa propuesta a Franco como si fuera «iniciativa propia» y afirmaba que, si la gestión resultara negativa, proseguiría la resistencia «tanto como fuera posible en Cataluña y después en la zona sur». A pesar de las palabras finales de Negrín, Stevenson pudo comprobar de inmediato la extrema debilidad política y militar de su posición. Dos días después de la entrevista, Azaña hizo llegar a Stevenson por medio de un intermediario (Quero Morales, subsecretario del Ministerio de Estado) su propia iniciativa de liquidación de la guerra bajo condiciones mucho menos exigentes y «en abierta discrepancia con la política del gobierno de continuar la resistencia». Según el presidente de la República, la capitulación republicana era un hecho irreversible y Gran Bretaña y Francia deberían hacer «una propuesta inmediata para el cese de hostilidades» y para «evitar más sufrimiento inútil y el derramamiento de más sangre». El mismo emisario presidencial transmitió la demanda de Azaña al embajador Henry con igual claridad: «Hagan ustedes algo»[493].

El Foreign Office británico decidió transmitir de inmediato al general Franco la petición planteada por Azaña al considerarla más realista y viable que las tres condiciones de Negrín. En consecuencia, el 5 de febrero de 1939, el representante británico en Burgos sondeó de modo oficioso la actitud de las autoridades franquistas ante la propuesta y solo obtuvo una demanda para presentarla oficialmente y por escrito. En realidad, no había la más mínima voluntad de aceptar ninguna condición para la rendición. Como escribiría al día siguiente el general Gómez-Jordana al duque de Alba: «nuestra posición es firme y sería poco práctico a estas alturas avenirse a componendas cuando la partida está definitivamente ganada»[494]. Para entonces, Londres había resuelto paralizar toda gestión oficial ulterior debido a la decisión del gobierno francés de someter a la consideración de Negrín la propuesta de capitulación de Azaña (que ya se encontraba en suelo francés desde el 5 de febrero). El 7 de febrero, solo dos días antes de cruzar la frontera pirenaica, Negrín se entrevistó conjuntamente con los representantes británico y francés en su residencia de La Vajol y «admitió por primera vez la derrota del gobierno republicano». Pero insistió en que para deponer las armas sería necesario que Franco diera

garantías de respeto a las tres condiciones ya citadas. Pese a sus palabras, tanto Stevenson como Henry apreciaron que Negrín solo trataba de «salvar las apariencias» y se contentaría con lograr garantías contra represalias indiscriminadas y el respeto del enemigo a «la evacuación de individuos comprometidos de la zona sur». Incluso había avanzado a ambos diplomáticos la cantidad de refugiados que contemplaba: «El número total de esas personas podría alcanzar algunos millares». En una nueva demostración de su voluntad de deponer las armas logrado ese compromiso de respeto a la evacuación, Negrín retiró la demanda de que la eventual declaración franquista fuera completada con explícitas «garantías de las grandes potencias democráticas»[495].

El gobierno francés fue quien se encargó esta vez de transmitir oficiosamente la propuesta de rendición condicionada de Negrín a las autoridades franquistas el mismo día 7 de febrero. En realidad, Georges Bonnet había enviado a Burgos el día 4 en misión secreta el senador derechista Léon Berard para negociar las condiciones del establecimiento de relaciones diplomáticas entre Francia y la España de Franco. Y aun cuando las conversaciones al efecto fueron muy fructíferas, Berard recibió una tajante negativa a la propuesta negrinista. Así se lo comunicó el general Gómez-Jordana al duque de Alba ese mismo día:

> Señor Bonnet me hace saber que Gobierno rojo ha llamado a Embajador Francia para manifestarle estaría dispuesto a armisticio pusiese término hostilidades. Gobiernos francés e inglés se mostraron propicios a realizar esta gestión. Contestando a ella indiqué Agente Oficioso Francia que Generalísimo ha demostrado sobradamente sus sentimientos humanitarios, pero que en la hora actual solo cabe rendición incondicional enemigo acogiéndose a su generosidad y la del Gobierno[496].

El fracaso de la tentativa de mediación de Negrín, al igual que la de Azaña, tuvo lugar poco antes de que se precipitara el fin de la resistencia militar en Cataluña. En la mañana del 4 de febrero, un bombardeo enemigo sobre la zona de La Vajol alcanzó de lleno la mansión de Negrín, que pudo librarse del efecto gracias a que todos los presentes se habían refugiado en «un bosquecillo colindante» durante el ataque. Ese mismo día, por la tarde, Negrín volvió a entrevistarse con Azaña y Martínez Barrio para preparar su salida del país. Informó a Azaña de que el gobierno había decidido que se

trasladase a París para residir en la embajada hasta que fuera posible «organizar la vuelta a Madrid». Azaña replicó que su salida hacia Francia sería definitiva y que no cooperaría a «prolongar el espantoso epílogo». Negrín, con el «ceño fruncido», recordó al presidente que «el derecho y el deber de marcar la dirección de la política» correspondía al gobierno en tanto no fuera destituido. También le recordó que la salida del jefe del Estado del territorio nacional por imperativo bélico tenía que «neutralizarse con la promesa de que regresará a España seguidamente». El motivo dado por Negrín para ello era el mismo que alentaba sus gestiones diplomáticas secretas:

> Yo no puedo dejar abandonados a una suerte, que sería terrible, a los ejércitos del Centro, de Extremadura, del Sur y de Levante, y a los partidos de la República, defensores del régimen. Tampoco puede usted, señor Presidente, instalándose en la residencia de sus familiares, dar la sensación pública de que desiste del esfuerzo final[497].

Colocado frontalmente ante la contingencia de ser tachado de traidor y cobarde, Azaña aceptó el compromiso: «me instalaré en la embajada, aun creyendo que no se resuelve nada con ello; mas no volveré a España». Negrín admitió la transacción con una condición: «me reservo el derecho de publicar un comunicado afirmando que el presidente de la República regresará a Madrid cuando el gobierno le llame». Así quedó aparentemente resuelto el problema. Al día siguiente, en la madrugada del 5 de febrero, Negrín acompañó hasta la frontera a Azaña, a Martínez Barrio y a un séquito de unas veinte personas (incluyendo al ministro Giral). Hubo que hacer la parte final del camino a pie y en cuesta porque el automóvil presidencial se averió en el trayecto. Negrín despidió a Azaña y Martínez Barrio en Les Illes, primer municipio francés al otro lado fronterizo. Según algunos testigos, también besó la mano de la esposa de Azaña y le dijo: «Hasta pronto, en Madrid». En su viaje de regreso a pie a La Vajol, Negrín se encontró con la comitiva de coches que llevaba al exilio por esa misma vía a Companys, Aguirre y sus respectivos séquitos. Sorprendidos por el inesperado encuentro, los dos presidentes autonómicos se ofrecieron para acompañar a Negrín a su destino. Pero este desestimó la oferta y se

despidieron de modo formal y, «sin llegar a cordial, amistoso». Según Ansó, Negrín pensó entonces para sus adentros: «¡Una preocupación menos!»[498].

Al día siguiente, 6 de febrero, Negrín concertó con las autoridades francesas una nueva facilidad logística crucial para el futuro: la autorización al paso por Le Perthús, «con franquicia» (esto es: sin ser revisado su contenido), «de varios camiones conteniendo lo que había de constituir el cargamento del (yate) *Vita*». Ya en Francia, fueron transportados hasta París «en dos vagones cerrados y precintados». Se trataba de los «bienes, fondos y valores» que el gobierno había conseguido llevar a la frontera procedente de las expropiaciones de la Caja de Reparaciones y de otras fuentes. Y tenía como objetivo contribuir a la subvención de las necesidades de la masiva emigración prevista a México. Por eso mismo, el cargamento fue luego remitido al puerto de Le Havre y embarcado en el yate Vita (que había pertenecido a Alfonso XIII) con destino a Veracruz el 26 de febrero. Custodiaba su cargamento (más de 110 cajas, maletas y paquetes de joyas, oro, monedas y valores) el teniente coronel de Carabineros, Enrique Puente, socialista y antiguo organizador de «La Motorizada». Aunque la urgencia de la evacuación había hecho imposible la realización de un inventario detallado, los cálculos sobre su valor se cifraban entre 10 y 40 millones de dólares (la primera cifra apuntada por sectores prietistas, la segunda por sectores negrinistas). Paradójicamente, el control y valor de ese «depósito flotante» destinado a paliar las necesidades económicas del exilio republicano en América se convertiría muy pronto en uno de los factores de división y enfrentamiento más enconados dentro del propio exilio[499].

El acto final de la tragedia catalana tuvo lugar al finalizar el 9 de febrero de 1939, cuando las tropas franquistas llegaron a la frontera y ocuparon finalmente todos los pasos fronterizos. Negrín permaneció instalado en su masía cercana a La Agullana hasta el último día de la evacuación por principio y contra el consejo de sus colaboradores más cercanos: «No saldremos de aquí hasta que haya pasado la frontera el último soldado»[500]. Aunque los presidentes de la República y de las Cortes, al igual que la mayor parte del gobierno y de los dirigentes políticos y sindicales, se habían instalado ya en París, Perpiñán o Toulouse, Negrín no consideró conveniente abandonar territorio catalán antes de que se hubiera producido

«la total liquidación del problema militar y político». Respondía así a una petición explícita del general Rojo, avalada por el general Jurado y el coronel Cordón[501].

En aquellos días de amargura y tristeza ante la inminente derrota tuvo que afrontar una ceremonia familiar que tampoco le ocasionó demasiada alegría: la decisión de su hijo mayor, Juan, de contraer matrimonio civil en suelo español con la actriz Rosita Díaz. De hecho, el afecto que Negrín sentía por su hijo mayor (que actuaba entonces como una especie de secretario y guardaespaldas) no se extendía ni se extendió nunca a su esposa por los motivos que fueran (quizá porque Rosita estaba divorciada y tenía un hijo de su primer matrimonio). También en La Agullana recibió una noticia militar y diplomática adversa y pesimista: el 8 de febrero la guarnición republicana de Menorca aceptaba entregar la isla a un agente franquista llegado en el crucero británico Devoshire a cambio de su permiso para huir a Francia en el propio buque de guerra. Ese mismo día, en una reunión en La Agullana con una treintena de jefes y oficiales del ejército, Negrín volvió a ser informado de la dramática situación militar en la que se hallaba aquel reducto último de la República en Cataluña. Tanto que un bombardeo aéreo intenso obligó a suspender la reunión y a desplazar a todos los presentes hacia el paso fronterizo más cercano. Pese a la suspensión, Rojo recordaría posteriormente que el sentido de la información proporcionada abocaba a la siguiente conclusión: «la resistencia no hará más que aumentar el volumen de la catástrofe y obligarnos a renunciar por falta de todo hasta de hombres adictos»[502].

El 9 de febrero de 1939, desde las primeras horas de la mañana, Negrín supervisó junto con el general Rojo el paso a Francia de las últimas unidades del Ejército republicano por el enclave de La Junquera-Le Perthús. Fue poco antes de ese momento cuando hizo una confesión muy significativa a Zugazagoitia, entonces todavía secretario general del Ministerio de Defensa: «¡Veremos cómo liquidamos la segunda parte! Esa será más difícil»[503]. Era, en medio de «la amargura de la derrota», una confesión de «orgullo» porque se había podido cumplir la orden dada a Rojo hacía pocas semanas: ejecutar «un repliegue metódico» de las tropas que cubriera el éxodo civil, «batiéndose en todo momento», «sin sufrir el

contagio de la desmoralización de su retaguardia» y «pudiendo pasar al país vecino dirigido por quienes les mandaban»[504]. Y era también una expresión desiderativa de lo único que se pretendía llevar a cabo en el asediado territorio central que aún quedaba en poder de la República.

Negrín entró en Francia con su jefe de Estado Mayor Central y un reducido séquito después de haber recibido honores militares de las últimas tropas en retirada. En el otro lado de la frontera le esperaba el saludo oficial de las autoridades francesas, incluyendo el del coronel Morel, agregado militar francés, y el general Fragalde, jefe del Cuerpo de Ejército francés que cubría la frontera. Zugazagoitia, testigo del momento, ha dejado un retrato de la escena que resulta validado por los recuerdos de Rojo y Cordón:

> El presidente dio varias órdenes, apuntó algunas cosas en su cuaderno de notas y, cuando una autoridad francesa le notificó que los fotógrafos habían sido alejados, pasamos la frontera. Un pelotón de soldados franceses nos presentó armas. El agregado militar de la Embajada francesa, coronel Morel, se cuadró, nos saludó militarmente y, en silencio, nos estrechó la mano. No estaba él menos conmovido que nosotros. Nos metimos en la última casa española. Un piquete de carabineros montaba la guardia. Escaleras arriba, fuimos perdiendo el dominio sobre la emoción y rompimos en un llanto congojoso. Llorábamos a escondidas unos de los otros, pero en todos los ojos, enrojecidos y húmedos, se podía averiguar lo que pudorosamente tratábamos de ocultarnos. Negrín era quien más se esforzaba en aparentar un continente sereno[505].

Sin embargo, la prevista segunda parte de la operación comentada entonces por Negrín a Zugazagoitia no tendría lugar, a pesar de los titánicos esfuerzos llevados a cabo para lograrlo. El ansiado repliegue masivo y ordenado en la zona centro hacia los puertos mediterráneos para embarcar camino del exilio bajo la protección de la flota de guerra disponible en Cartagena se revelaría un sueño frustrado, al igual que la intervención mediadora de las potencias democráticas occidentales para conseguir mínimas condiciones de capitulación. No en vano, la pérdida de Cataluña había activado irreversiblemente el proceso de descomposición moral e institucional en lo que restaba de territorio leal a la República, alentando a las heterogéneas fuerzas partidarias de negociar abiertamente la rendición y eliminar la influencia comunista del ámbito militar y político (que incluían a republicanos, militares profesionales, anarcosindicalistas y socialistas

caballeristas tanto como besteiristas). Y la presencia de Negrín y lo que restaba de su gobierno en la zona central no interrumpió ese proceso sino todo lo contrario.

Negrín pemaneció unas breves horas en Le Perthús y en Perpiñán (donde Rafael Méndez asumió el cargo de cónsul provisional) a fin de organizar mínimamente la atención a la masa de exiliados llegados a Francia. Al general Rojo le encomendó quedarse provisionalmente en el área para cuidar de las necesidades de los jefes, oficiales y soldados internados. A su ministro de Economía, Méndez Aspe, le ordenó trasladarse a París para gestionar un asunto cada vez más vital: la preparación de las urgentes medidas financieras para hacer frente al sustento de los refugiados, así como otras medidas de seguridad de cara a la casi inevitable derrota final y a la contingencia de que fuera reconocido el gobierno de Franco como gobierno legal de España. También ordenó permanecer en Francia a sus más directos colaboradores, realizando distintas tareas diplomáticas y logísticas, a fin de evitar que tuvieran que regresar con él a los peligros de la zona central. Con esa «añagaza del Presidente» quedaron en tierra francesa, entre otros, Méndez o Zugazagoitia, con funciones asistenciales a la masa exiliada. En particular, estos últimos, en colaboración con Prieto y bajo la supervisión económica de Méndez Aspe y la diplomática de Álvarez del Vayo, recibieron un encargo crucial que estaría en el origen del futuro SERE (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles):

> … procediesen inmediatamente a la ordenación y situación de los refugios de España en los distintos países del mundo, creando para ello rápidamente, un organismo eficaz que se ocupara de realizar los trabajos de referencia[506].

También quedó en Francia la propia Feli, que probablemente se desplazó a París para atender la recepción y custodia de todos los efectos personales y políticos que Negrín consiguió llevar al exilio tras el desplome catalán: desde una buena parte de su biblioteca privada hasta los más importantes volúmenes y carpetas de los archivos de Presidencia, Defensa y Economía, especialmente (que todavía hoy conforman el núcleo del archivo particular de Negrín conservado en el domicilio parisino de sus familiares y herederos)[507].

Realizadas esas tareas, Negrín salió rumbo a Toulouse para tomar el avión y regresar a la zona central. Quería hacerlo de inmediato porque le preocupaba que alguien allí pudiera decir «que el Jefe del Gobierno había entretenido uno o dos días en Francia, después de su salida de Cataluña»[508]. Pero antes de partir, en el propio consulado de Toulouse, el 9 de febrero firmó una orden decisiva para el embajador en París: «Sírvase transferir a la cuenta de don Pedro Pra López la totalidad de los saldos existentes en las diferentes cuentas que figuran a nombre de V. E. en la *Banque Commerciale pour l'Europe du Nord*»[509]. Era la primera de posteriores comunicaciones a todos los embajadores y representantes diplomáticos republicanos para que pusieran a salvo, en cuentas abiertas en París y Londres a nombre de agentes acreditados, los saldos disponibles en las cuentas oficiales, en previsión de una pérdida de reconocimiento oficial que privara a las autoridades republicanas de sus recursos financieros[510].

Acompañado de Álvarez del Vayo y Santiago Garcés, Negrín aterrizó en el aeropuerto de Alicante la mañana del 10 de febrero de 1939. Desde las oficinas del gobierno civil alicantino se puso en comunicación con las autoridades militares y civiles de la zona central para anunciarles su regreso. Al día siguiente, acudió a Valencia para reunirse con el general Miaja (recién nombrado teniente general y jefe de todos los ejércitos) y el general Matallana (jefe del Grupo de Ejércitos Centro-Sur y jefe del Estado Mayor Central en ausencia de Rojo). Y pudo comprobar de manera directa y fehaciente el grado de descomposición de la moral de combate de los mandos militares. Según Álvarez del Vayo, al término de la reunión con Miaja y Matallana, Negrín le confesó: «¿Ha visto usted? Los rebeldes no necesitan divisiones motorizadas contra una gente con esa moral. Unas cuantas bicicletas bastarían para deshacer el frente»[511]. Pero no eran solo los mandos militares del centro quienes mostraban su «convicción» de que «no se podía resistir» y había que «liquidar la guerra». Rojo mismo le había subrayado esa imposibilidad de seguir resistiendo antes de salir de Francia, con el asentimiento de militares del PCE como Cordón o Hidalgo de Cisneros. Y, lo que era más grave, la población civil, agotada y angustiada, también quería y añoraba el final de la lucha a toda costa y a cualquier

precio. Como al respecto anotaría Togliatti (que regresó a la zona central igualmente):

> En las masas el cansancio de la guerra y el malestar por sus sufrimientos tomaban la forma concreta de una aspiración profunda y general a la paz. En todo el país se esperaba un hecho nuevo que pusiera fin a la guerra. Y no se pensaba ya en la victoria de la República. Se preveía y se hablaba abiertamente de la victoria de Franco, del retorno de los antiguos burgueses y de los terratenientes, pero se albergaba la ilusión de que si se ponía fin a la guerra inmediatamente se podía evitar una represión demasiado dura[512].

Desde Valencia, Negrín y la mayoría de sus ministros se trasladaron a Madrid para mantener entrevistas con dirigentes políticos y militares y evaluar las posibilidades de la resistencia y el modo de «liquidar la guerra» de la mejor manera posible. Y fue en el palacete de la Presidencia del Gobierno en el número 3 del Paseo de la Castellana donde tuvo una reunión crucial y muy larga («cinco horas») el 12 de febrero con el coronel Casado, jefe del Ejército del Centro. En la misma, Casado expresó a Negrín la necesidad imperiosa de pedir la paz y acabar con la guerra de inmediato y sin dilación. Dejó constancia de su juicio mediante una carta entregada al jefe del gobierno en esa misma ocasión:

> El pueblo, con su fina intuición, ha perdido la fe en nosotros, no quiere la guerra, y vive, con una moral de derrota, en un régimen de hambre. Las tropas están bajas de moral, mal alimentadas y peor vestidas. […] El enemigo, con una moral de victoria muy acusada, montará una nueva ofensiva con superabundancia de medios, y, en el caso de que dirija el ataque en el frente de este Ejército, Mandos y Tropas dejarán bien puesto el pabellón de las Armas Republicanas, pero bien entendido que no son capaces de resistir una ofensiva potente, sin medios defensivos en la cuantía precisa y sin Mandos capacitados para realizar una maniobra de retirada […].
>
> Ha llegado la hora dolorosa para nuestro querido pueblo, de suspender la lucha, *si el enemigo garantiza la salida de España de todos los extranjeros y la amnistía general inspirada en un propósito humanitario*[513].

Las palabras de Casado eran representativas del sentir de un sector muy mayoritario de los jefes y oficialidad del ejército republicano de la zona central. Pero tenían especial importancia porque, en virtud del estado de guerra imperante y de la larga ausencia del gobierno de la zona, Casado se había convertido en la autoridad republicana más decisiva del territorio todavía en poder de la República. Además, a medida que la catástrofe

catalana había puesto en evidencia la quiebra de la política de resistencia negrinista, el prestigio de Casado fue aumentando porque encarnaba la única baza entonces disponible: el poder de los mandos militares leales. Y ese proceso de desplazamiento fue acentuado por el profundo cansancio general de las masas ante la duración de la guerra y por el antagonismo de todos los partidos y organizaciones republicanas hacia el PCE. No en vano, Casado se convirtió en una especie de catalizador de toda la larvada oposición anticomunista y contraria a la resistencia sin expectativas porque estaba especialmente significado por su compromiso como militar exclusivamente republicano, bien relacionado con el socialismo no negrinista y muy sensible a los anarcosindicalistas[514].

Ya antes de la caída de Cataluña, Casado había mantenido contactos con los generales Miaja, Matallana y Menéndez (jefe del Ejército de Levante) para examinar la situación y buscar salidas a la guerra. El 2 de febrero de 1939 había llegado a informarles de «su decisión de derrocar a Negrín» suponiéndole una barrera para la negociación de la rendición ante Franco. Al día siguiente se entrevistó con Julián Besteiro y recibió su conformidad para su proyecto de entablar contacto directo con Franco con vistas a la rendición a cambio de un mínimo de garantías. Casado tampoco dejaría de contactar y buscar el apoyo político de los representantes diplomáticos británicos en la España republicana (Goodden, cónsul en Valencia, y Denys Cowan, de la comisión de canje de prisioneros), aun cuando sus gestiones tropezaran con la política de pasividad e inhibición casi absoluta decretada por el Foreign Office. Para entonces el servicio de inteligencia militar franquista ya había entablado relación con Casado para fomentar su conocida disposición a la rendición. A finales de enero, los agentes de la «quinta columna» madrileña habían transmitido a Casado «las garantías que otorgaba el general Franco a los militares que depusieran las armas y no hubiesen cometido delitos comunes». La respuesta de Casado a esa gestión fue de alivio apenas contenido: «Enterado, conforme y cuanto antes mejor». De hecho, sus únicas demandas, según comunicaron los agentes franquistas madrileños a Burgos, eran el respeto a «la vida de los militares decentes»[515].

Durante su entrevista con Negrín del 12 de febrero, Casado había sido franco al transmitir la opinión de que no había posibilidades de resistencia y que existía un clamor popular por la paz aunque ello significara la rendición. Pero eludió cualquier mención a sus contactos con el servicio de inteligencia militar franquista y a su disposición para asumir el poder de modo unilateral con vistas a la capitulación. Muy probablemente deseaba forzar a Negrín a emprender ese camino voluntariamente y sin ruptura del orden constitucional. Sin embargo, la respuesta de Negrín debió parecerle muy poco satisfactoria porque este aludió al fracaso de sus tentativas para obtener garantías anglo-francesas para la capitulación condicionada y enfatizó la necesidad de resistir hasta conseguir tales garantías. Al día siguiente, después de haber presidido un consejo de ministros (al que solo faltaron Giral y Méndez Aspe, en París), Negrín hizo su última exhortación por radio a la resistencia con ese sentido desde Madrid:

> O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio. […]
>
> Solo si todos y cada uno de vosotros, Ejército, hombres, mujeres, Organizaciones sindicales, partidos, Prensa, todos, os confundís en un común esfuerzo y dais de sí cuanto podáis dar, le será posible al Gobierno dirigir la resistencia hasta lograr los fines por los que viene luchando el pueblo español, y que no son otros que el asegurar la independencia de España y el evitar que nuestro país se sumerja en un mar de sangre, de odio y de persecuciones que hagan imposible por muchas generaciones una patria española unida por algo más que la dominación extranjera, la violencia y el terror[516].

La proclama fue publicada el 14 de febrero, el mismo día en que se conocía el texto de la Ley de Responsabilidades Políticas aprobada por Franco con fecha de 9 de febrero y tras conseguir su victoria en Cataluña. El artículo primero de la misma establecía la posibilidad de imputar como reo de culpabilidad a cualquier republicano, combatiente o no:

> Se declara la responsabilidad política de las personas, tanto jurídicas como físicas que desde 1.º de octubre de 1934 y antes de 18 de julio de 1936, contribuyeron a crear o a agravar la subversión de todo orden de que se hizo víctima a España y de aquellas otras que, a partir de la segunda de dichas fechas, se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o con pasividad grave[517].

Parece claro que Negrín no conoció con precisión la entidad y carácter de los contactos de Casado con Franco. Pero sí tuvo conciencia exacta del

grado de descomposición de la moral en las filas castrenses, en los medios políticos y en la retaguardia civil. Ante todo, porque Casado trató de sumar a su causa a militares comunistas como Cordón e Hidalgo de Cisneros, además de hacer partícipe de sus opiniones a Edmundo Domínguez, comisario inspector del ejército del Centro (y todos ellos le comunicaron al presidente las tentativas y sus impresiones). Además porque, según confesaría Negrín posteriormente, se dio «cuenta pronto de lo que se trataba por una serie de indicios» (entre otros, que «Casado seguía mis pasos» por Madrid y le había puesto «una guardia especial»)[518]. También le influyó el tono de la entrevista que mantuvo con Cipriano Mera, el anarquista que mandaba el VI Cuerpo del Ejército (Guadalajara), inmediatamente después de su entrevista con Casado (y en presencia de este). En esa reunión, Mera le había subrayado «el espíritu de derrota que reina entre la población», la intensidad del rechazo hacia «los propósitos que abriga el PCE» y la imperiosa necesidad de pedir la paz porque era «grave error decir al pueblo que resista cuando se tiene la seguridad de que todo está perdido». La respuesta de Negrín tuvo nulo eco sobre su interlocutor:

> He hecho todo lo posible por establecer negociaciones con el enemigo, apelando incluso al gobierno británico para que sirviera de mediador, pero sin conseguir nada, por lo que no resta otra política que la de resistencia a ultranza[519].

En efecto, a la altura del 14 de febrero de 1939 las posiciones estaban bien marcadas y definidas. Franco había mostrado sus cartas en público y demandaba una rendición incondicional y sin garantías, dispuesto a perseguir sin tregua ni limitación a los enemigos vencidos en una política de «depuración» y «redención» que se consideraba básica para la consolidación del régimen y el «renacimiento» de España[520]. Frente a esa amenaza, Negrín se aferraba a la resistencia en público «al solo efecto de negociar una capitulación que permita la retirada de los combatientes, civiles y militares, que haya contraído responsabilidades graves y prohíba a la facción victoriosa el ejercicio de represalias»[521]. Por su parte, Casado y sus apoyos demandaban la negociación directa de la rendición ante Franco a cargo de militares y previa exclusión de los políticos, confiando

ilusoriamente en sus vagas proclamas de «generosidad» hacia los oficiales que no hubieran cometido «delitos comunes».

En esas circunstancias críticas, probablemente para conocer más detallamente la opinión de sus jefes militares y quizá con el objetivo de estimular su ánimo, Negrín convocó una crucial reunión de todos ellos en el aeródromo de Los Llanos, muy cerca de la ciudad de Albacete, en pleno centro geográfico de la zona central republicana. Esa conferencia tuvo lugar el 16 de febrero, según la mayoría de las versiones fiables (aunque otras apuntan el día 15 u otro posterior como fecha). Asistieron a la misma, además de Negrín, los generales Miaja, Matallana, Menéndez (Ejército de Levante) y Bernal (jefe de la base naval de Cartagena), y los coroneles Casado (Ejército de Centro), Moriones (Ejército de Andalucía) y Escobar (Ejército de Extremadura), además del teniente coronel Camacho (jefe de la aviación de la zona central) y el contralmirante Buiza (jefe de la flota). Solo se dejó significativamente de lado al comisario del ejército del centro, el comunista Jesús Hernández[522]. A falta de un acta oficial de la reunión, por distintos testimonios resulta evidente que todos los mandos militares, excepto Miaja, coincidieron en afirmar que la resistencia era imposible, que había que conseguir «la inmediata conclusión de las hostilidades» y que solo quedaba el camino de la rendición con las garantías que fuera posible obtener. También resulta evidente que el tono de todos los presentes fue mesurado y respetuoso, excepto el del contraalmirante Buiza, que en tono airado expuso lo que era el criterio «de la Escuadra en pleno»: «la Flota desertaría si no se emprendían inmediatamente negociaciones de paz, pues las dotaciones de los barcos no estaban dispuestas a seguir siendo blanco de los bombardeos de Franco, sin la obligada protección y réplica por parte de nuestra aviación». La respuesta de Negrín parece haber sido la siguiente: «el único camino que les quedaba, frente a la intransigencia del enemigo, era continuar la guerra»; «Como el enemigo no quiere pactar, la única solución es resistir». Apenas mes y medio después de esa reunión, Negrín informaría a la Diputación Permanente de las Cortes del contenido básico de las quejas recibidas en Los Llanos y de su contestación:

> Y yo les dije: Amigos míos; para eso estoy aquí desde hace pronto dos años, para ver cómo termino la guerra. Y las gestiones que estoy haciendo son para ver cómo podemos terminar la

guerra. Y les expliqué cuáles eran las gestiones de todo género, diplomáticas y no diplomáticas para lograr una solución de paz. Pero ¿por qué no se pide la paz? —Decían ellos. Porque pedir la paz es provocar la catástrofe. […]

Yo les expliqué el problema y les hice ver que ellos (los mandos de la flota) no podían hacer una cosa semejante (desertar unilateralmente) y que todos los combatientes consideraban la Flota como una seguridad para el caso de una evacuación y que además para importar los elementos necesarios para la lucha, necesitábamos conservar la Escuadra[523].

Según el jefe del SIM madrileño, el socialista y casadista Ángel Pedrero, «el objeto de la convocatoria» del alto mando militar por parte de Negrín había sido «conocer sus opiniones» y que «los técnicos militares elaboraran el posible plan de resistencia». Los «puntos generales» de ese plan consistían en «establecer tres líneas y abandonar Madrid el primer mes». Esas tres líneas de repliegue sobre los puertos de la costa levantina y hacia la Escuadra fondeada en Cartagena eran: «una en Tarancón, otra entre Murcia y Albacete y una tercera en Cartagena, contando con que antes de ser expugnadas las tres, pasarían de seis a ocho o diez meses»[524]. Sin embargo, la reunión había acabado en un verdadero fracaso político y militar. Los mandos presentes se cercioraron entonces de su práctica unanimidad a la hora de considerar imposible la resistencia e inexcusable la rendición inmediata, además de tomar nota de la disposición de la Escuadra a actuar por su cuenta y sin previo aviso. Por su parte, Negrín se encontró con que el único pilar que quedaba para su estrategia política, el mando militar, desconfiaba de sus propósitos de buscar la mejor forma de «liquidación» de la guerra con garantías y apostaba virtualmente por la rendición inmediata y sin condiciones (y en el caso de la flota, vital para el plan, con un amago de ultimátum con plazo corto de vigencia).

Después de la reunión de los Llanos, Negrín pudo apreciar ya sin reservas ni dudas las insuperables dificultades con que tropezaba su política de resistencia, que no pretendía evitar una derrota imparable, sino amortiguar las sangrientas hipotecas de esa derrota que anunciaba inequívocamente la Ley de Responsabilidades Políticas. De hecho, desde ese día 16 de febrero, su capacidad de maniobra fue reduciéndose aceleradamente y sin paliativos. Era por entonces «un hombre completamente aislado», carente de base política sólida, ayuno de aparato administrativo eficaz y sumamente desmoralizado. Quizá por eso se entregó

a una frenética actividad de visita a «todas las autoridades civiles y militares» y a todos los frentes «para recoger su espíritu y orientarse» (diría el ministro de Gobernación, Paulino Gómez, a un inquieto Casado). Según el testimonio hostil de Ángel Pedrero, durante sus esporádicas visitas a Madrid en la segunda mitad de febrero, mostraba «tal situación de abatimiento» que parecía «demente»: a veces se escapaba a beber «whiskey» al «Bar Chicote», «a dar grandes paseos a pie» y a solas, o se paraba «mucho rato en la acera escuchando cómo un ciego tocaba su violín»[525]. Incluso parece que en algún momento de aquellos días se vio tentado por el suicidio, según relataría Stepánov en su informe final para Stalin:

> Negrín partió como loco en un automóvil y fue al frente, a primera línea, diciendo a su ayudante (un camarada nuestro) que con suerte cualquier bala enemiga le acertaba y resolvía así las cuestiones de Estado complicadas[526].

Solo su sentido del deber le impulsaba a seguir en su puesto sin sucumbir a la tentación de dimisión, abandono o suicidio. Así lo confesó a Edmundo Domínguez cuando este le transmitió su convicción de que Casado estaba preparando alguna acción: «¡Qué más quisiera yo que los acontecimientos no me encadenasen en mi puesto! ¡Qué responsabilidades me iba a ahorrar!». Quizá por esas afirmaciones, Togliatti creyera advertir que su pasividad ante las amenazas de Buiza y las gestiones de Casado ocultaban el deseo oculto de librarse de un fardo insoportable:

> … se comportó como un hombre que trataba de salvarse personalmente de una situación que consideraba desesperada, pero que no quería traicionar abiertamente ni a nuestro partido ni a su pasado. Si dejó hacer a los traidores no fue solamente por debilidad y por una orientación política equivocada, sino también por el hecho de que el golpe de estado de los traidores se le presentaba a él personalmente como una posible salida, que le liberaba de su responsabilidad[527].

El primer y grave contratiempo que Negrín afrontó después de la reunión de Los Llanos tuvo como protagonista al general Rojo. Este le había escrito dos cartas «atroces» los días 12 y 13 de febrero, protestando por el «abandono» e «incalificable olvido» en el que el gobierno había dejado «a centenares de miles de refugiados civiles y unas decenas de millares de

combatientes» en los campos de refugiados. En sus cartas, Rojo reprochaba a Negrín por su imprevisión y por no haberle hecho caso de su recomendación de rendirse en Cataluña antes de llegar a «esta situación actual», además de afirmar ante Zugazagoitia y Méndez que «él no se encontraba dispuesto a presidir un nuevo desastre de mayores proporciones todavía que el de Cataluña»[528]. Aunque probablemente las cartas no llegaran a su destinatario entonces, Negrín supo de la actitud de Rojo inmediatamente después de la reunión de Los Llanos. No en vano, el 14 y el 16 de febrero (el mismo día de aquella reunión) Negrín había remitido sendos telegramas a París pidiendo que Rojo (y Jurado) se trasladasen «urgentemente Zona Centro», probablemente con la esperanza de que la presencia de ambos recondujera su relación con el alto mando militar republicano. La orden transmitida (a través de Pascua por telégrafo y en persona por Zugazagoitia) fue rechazada por Rojo, que remitió una carta fechada el 19 de febrero en la que reprochaba a Negrín su equívoca conducta:

> Se nos dice que nuestra presencia es indispensable en la zona central para dar al mundo la sensación de una organización completa del Estado y para colaborar con V. en la obra de la última fase de la guerra para la que se ha dado la consigna de la resistencia; pero al mismo tiempo se nos dice que realmente se trata de organizar la salida de esa zona de todos los que están comprometidos, que la orden de resistencia y la actitud firme de continuación de la guerra no tiene otro objeto que poder especular con Francia e Inglaterra para buscar una salida airosa. Es decir que se trata de un truco de orden político, pero con el contrasentido de que se persigue la salida de la mayor cantidad de gente de esa zona y en cambio se ordena que vayan el mayor número posible de jefes y comisarios[529].

La pérdida del crucial apoyo de Rojo afectó mucho a Negrín en el plano personal y, sobre todo, en el institucional, porque alentaba la desmoralización general de los mandos militares y daba mayores vuelos a sus inclinaciones a actuar unilateralmente y sin dilación. Por eso mismo seguiría telegrafiando a quien había sido su máximo asesor militar hasta el 27 de febrero instándole a «inmediata incorporación esta zona como Jefe Estado Mayor»[530]. Sin embargo, no fue ese el único golpe brutal recibido por Negrín en aquellos días infaustos. También de Azaña recibía por entonces noticias muy preocupantes que revelaban su enconada oposición a

Negrín y su disposición a dimitir de su cargo y crear una situación constitucional de casi imposible resolución y potencialmente letal.

Desde su instalación en la embajada en París, Azaña había dado claras muestras de su voluntad de abstenerse de toda actividad política que no fuera dirigida a propiciar la «liquidación» de la guerra. Y su mera presencia continuada fuera de territorio nacional revelaba ante los círculos oficiales franceses y británicos su opinión sobre las posibilidades de resistencia existentes[531]. Consciente de ello, ya antes de la reunión en Los Llanos, Negrín empezó a requerir al presidente por vía telegráfica para que regresara al territorio leal en su calidad de jefe de Estado. Azaña rechazó indignadamente esa posibilidad pero tampoco optó por aceptar la solución político-constitucional ofrecida por Martínez Barrio: tramitar una crisis desde la embajada en París que supusiera el cese de Negrín y la formación de otro gobierno que abriera negociaciones para la rendición[532]. Acabaría por decidirse a abandonar París con destino a la Saboya francesa y con la apenas velada intención de dimitir de su cargo a la primera oportunidad. Esta llegaría el 27 de febrero de 1939, poco después de recibir otro telegrama de Negrín ofreciéndole su dimisión si se trasladaba a Madrid y apenas anunciado el reconocimiento oficial del gobierno de Franco por parte de Francia y Gran Bretaña. Aquel mismo día, desde Alicante, Negrín había remitido el último telegrama al ministro Giral implorando amargamente el regreso de Azaña:

> Ante tremenda responsabilidad consecuencias de orden interior y exterior ausencia Presidente de República, en nombre y deseo de todos los Partidos invocamos solidaridad y afecto compañero Consejo para llevar ánimo aquel necesidad regreso urgente España; que por otra parte elevaría altamente la moral de todos los españoles. Le abrazan. Negrín. Bilbao. Blanco. Gómez. González Peña. Giner. Moix. Uribe. Velao[533].

Mientras Negrín hacía frente a las dificultades políticas causadas por la notoria ausencia de Azaña del territorio republicano subsistente, sus colaboradores en Londres y París emprendían lo que iba a ser la última gestión diplomática para conseguir un mínimo de condiciones favorables antes de aceptar la rendición. El 12 de febrero de 1939 Pablo de Azcárate solicitó a Álvarez del Vayo (en París) autorización para pedir oficialmente

al gobierno británico «una gestión directa» ante Franco a fin de lograr «arreglo inmediato». En opinión del embajador, dicha petición sería el único modo de «contener reconocimiento inmediato estimulando intereses Inglaterra asegurados gracias su intervención término inmediato lucha». Con el visto bueno del ministro de Estado, Azcárate presentó al Foreign Office y a lord Halifax su petición los días 13 (gestión oral) y 14 de febrero (entrega de memorándum escrito). La benévola recepción obtenida estimuló a Azcárate, con el visto bueno de Álvarez del Vayo, a solicitar una nueva audiencia de lord Halifax el día 16. En la misma, el embajador informó que su gobierno concentraba «todo el esfuerzo sobre el punto relativo a represalias, de manera a poder salvar el mayor número posible de vidas». Para sorpresa del embajador, la réplica de lord Halifax abrió la puerta a una verdadera intervención mediadora británica porque el gobierno de Chamberlain trataba de propiciar la capitulación republicana antes del reconocimiento oficial del régimen de Franco para mitigar así las furibundas críticas de la oposición laborista y liberal:

> Lord Halifax me preguntó de manera muy concreta y terminante si yo podía darle la seguridad de que el Gobierno español estaría dispuesto a poner término inmediato a la lucha si, bajo reserva de acuerdo sobre su aplicación, las autoridades rebeldes aceptasen una propuesta británica que comprendiera los 3 puntos siguientes: primero, renuncia a represalias políticas; segundo, los responsables de crímenes de derecho común serán juzgados por tribunales ordinarios; y tercero, se dieran facilidades para salir de España a los elementos más comprometidos[534].

Azcárate aceptó la propuesta británica a pesar de que lord Halifax se preocupó de subrayar que su gobierno solo aceptaba actuar como vía de comunicación y «por tanto no podría presionar al general Franco para que la aceptara formalmente» ni se comprometería a responsabilizarse de su cumplimiento. Además de esas reservas, el secretario del Foreign Office exigió al embajador que obtuviera de Negrín un compromiso explícito de aceptación de esas condiciones y le dio de plazo hasta el 21 de febrero para emprender la gestión[535]. A partir de ese momento, Azcárate se desplazó a París y, en contacto con Álvarez del Vayo y el embajador Pascua, trataron de comunicar telegráficamente con Negrín para obtener su aprobación formal. Todo fue inútil. Las comunicaciones telegráficas entre París y el

itinerante puesto de mando de Negrín sufrieron pérdidas y retrasos que tanto podían ser el producto del sabotaje enemigo (o casadista) como mero efecto del progresivo hundimiento del aparato de Estado. En todo caso, el 21 de febrero Azcárate tuvo que regresar al Foreign Office para confesar que no había podido obtener la aceptación expresa de Negrín para la gestión propuesta por mera incapacidad para contactar con él. Dicha respuesta llegaría a París en la tarde del día 25, desde Alicante, y sería del tenor siguiente:

> El presidente del Consejo de Ministros a Embajador en París: Le reitero aceptación propuesta Foreign Office sobre suspensión hostilidades. Me sorprende insistan pregunta pues respondido… leal conducto. Negrín[536].

Otra comunicación telegráfica de Negrín de la misma fecha remitida a Londres ampliaba la explicación:

> Conversado extensamente Ministro Estado. Ni telegramas V. E. ni de Ministro Estado sobre proposición británica llegaron mi poder. Averiguo causas aquí. Ratifico disposición gobierno poner fin lucha si obtuviera garantías auténticas no habrá represalias y seguridades evacuación diez a veinte mil[537].

Para entonces, ya era demasiado tarde para casi toda otra gestión diplomática. A pesar de ello, Azcárate no dejó de presentar ante el Foreign Office ese mismo 25 de febrero su última tentativa en pro de la mediación para poner fin negociado a la guerra:

> Tengo el honor de confirmar por escrito lo que declaré ayer verbalmente a *sir* George Mounsey (director general para Europa occidental en el Foreign Office). A saber: que el Gobierno de la República está dispuesto a considerar el cese total de las hostilidades y la terminación de la guerra sin más derramamiento de sangre si tan solo se le garantiza que sus partidarios no serán objeto de represalias[538].

En realidad, las autoridades británicas habían informado a Franco el día 18 de febrero de la solicitud republicana transmitida por Azcárate y habían tenido cuidado de subrayar que solo actuaban como «vía de comunicación» y evitando «cualquier acción que pudiera ser interpretada como interferencia en los asuntos internos de España». Respondiendo a esa gestión, el conde de Jordana había entregado el día 20 al representante

británico en Burgos una declaración demandando «a los vencidos la rendición sin condiciones», rechazando cualquier «intervención extranjera que pudiera rozar su dignidad» y afirmando que «el patriotismo, hidalguía y generosidad del Caudillo […] constituyen una firme garantía para todos los españoles no delincuentes». Aunque era un texto sumamente ambiguo y contradecía la reciente Ley de Responsabilidades Políticas, el gobierno británico decidió considerar la declaración como «la mejor garantía que podríamos recibir» y utilizarla para proceder al inmediato reconocimiento oficial del régimen franquista[539]. En consecuencia, satisfechos por dicha declaración, los gobiernos británico y francés anunciaron oficialmente el 27 de febrero de 1939 su reconocimiento del gobierno de Franco como único gobierno legal de España.

La pérdida del reconocimiento oficial franco-británico fue un golpe mortal para la causa republicana, como había temido y previsto Negrín. Además, su anuncio sirvió de pretexto para que Azaña presentara su inmediata dimisión irrevocable como presidente de la República, creando una grave crisis constitucional de cuasi imposible resolución. Entre otras cosas, por la negativa del presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, a ocupar interinamente el cargo de modo inmediato, a pesar de que la Constitución así lo preveía y estipulaba. Negrín intentó infructuosamente convencer a Martínez Barrio de sus obligaciones y se ofreció telegráficamente para entrevistarse con él en Orán con vistas a «fijar política gobierno». Incluso subrayó su disposición a dimitir y dar paso a un nuevo gabinete al ofrecer «todas las facilidades formales y de fondo que estime convenientes para iniciar su gestión». Pero Martínez Barrio resistió las presiones y optó por convocar una reunión de la Diputación Permanente de las Cortes el 3 de marzo de 1939 para informar de la dimisión de Azaña y para dar cuenta de sus condiciones antes de aceptar el cargo interino: que el gobierno de Negrín asumiese una obra política que «tienda exclusivamente a liquidar con el menor daño y sacrificio posibles y en función de un servicio humanitario la situación de los españoles»[540]. La réplica de Negrín a esas condiciones llegó dos días después a París y constituía una clara petición de renovación de confianza y ofrecimiento de cese si no la obtenía:

> La política del Gobierno y puedo asegurar la de todos los partidos que lo integran sin excepción es la de poner el más rápido fin a la guerra. La única condición que se estima indispensable es la de asegurar que no existirán persecuciones ni represalias y que se facilitará la evacuación de los más comprometidos. Así se le hizo saber al Gobierno inglés tan pronto se tuvo conocimiento de la propuesta de Lord Halifax recibida con varios días de retraso por repetidas irregularidades en las comunicaciones. Nuestra respuesta llegó a su destino antes del reconocimiento de Franco. Todas las gestiones del Gobierno se encaminan a ese objetivo, pero se estima que solo se puede lograr dando la impresión de que caso de no aceptar esas condiciones mínimas habría de continuar la lucha. El Gobierno estima de alta conveniencia la presencia de S. E. en esta zona, para lo cual podría poner a su disposición en Orán un avión que lo trasladaría en hora y media a Alicante, con matrícula francesa. Mientras ruego me haga saber si para continuar estas gestiones cuento con la confianza de S. E. y puedo a ese fin valerme de los medios que estime convenientes. Le saluda respetuosamente[541].

Con ese cruce de telegramas entre Martínez Barrio, atrincherado en París en la Diputación Permanente, y Negrín, prisionero en su cargo de jefe de Gobierno en lo que quedaba de España leal, comenzaba a perfilarse la amarga grieta que habría de dividir a los republicanos una vez consumada la derrota. Unos considerarían que, tras la dimisión de Azaña y en ausencia de sustituto legal, solo Negrín mantenía los títulos constitucionales para seguir en su cargo puesto que así lo había refrendado la última reunión de las Cortes y no había sido destituido por el Presidente, ni por moción de Cortes ni por nuevas elecciones. Sin embargo, otros considerarían que tras la dimisión del Presidente, la falta de sustituto y ante la imposiblidad de reunir Cortes legalmente para cubrir la vacante, solo quedaba un órgano constitucional subsistente que era la Diputación Permanente.

Para entonces, resultaba evidente que las iniciativas de Negrín eran incapaces de frenar el proceso que estaba en marcha y se agudizaba cada día más: el desplome interno y externo de lo que quedaba de Estado republicano. Su itinerante deambular por Madrid, Cartagena y Valencia para recalar, finalmente, en la «posición Yuste», era todo un símbolo de la precaria existencia y capacidad operativa de su propio gobierno. No en vano, la «posición Yuste», última sede gubernamental, quedó establecida en una mansión campestre de la finca llamada «El Poblet», en el municipio alicantino de Petrer, a un par de kilómetros de Elda y a poca distancia del aeródromo de El Mañá, perteneciente ya al municipio de Monóvar. Estaba en el medio de una densa arboleda, protegida por un pequeño destacamento

militar y atendida por una docena escasa de funcionarios[542]. Apenas cabe duda de que por entonces Negrín solo procuraba evitar las hipotecas sangrientas de la derrota con un mínimo plan de evacuación a cargo de la flota anclada en Cartagena. Así lo permite intuir una nota manuscrita de finales de febrero o principios de marzo de 1939 redactada por el presidente tras conversar con su ministro y correligionario González Peña:

> Un fin digno. Lo aprobaría la UGT y el Partido Socialista.
> Proteger la evacuación.
> Estudiar la evacuación.
> Fin digno: garantizar en la liquidación de g.(guerra) las personas de significación q.(que) no puedan convivir con los facciosos puedan marcharse.
> Que no haya persecuciones ni represalias[543].

En esas circunstancias de virtual aislamiento físico y moral del presidente del gobierno republicano, el coronel Casado acentuó sus preparativos para liquidar la guerra de modo unilateral y formalizó sus contactos con el enemigo para precipitar la rendición a cambio de vagas promesas de «magnanimidad». El 2 de marzo de 1939 reconoció veladamente sus propósitos al general Hidalgo de Cisneros al comunicarle que «solo nosotros, los militares, podemos hacerlo (acabar la guerra)». También hizo lo propio el contralmirante Buiza, que el mismo 2 de marzo convocó a los mandos de la flota anclada en Cartagena y les anunció que «el plazo dado a Negrín (para acabar la guerra) termina esta semana». Negrín pudo conocer la opinión de ambos jefes militares porque aquel día 2 de marzo se había reunido con todos ellos (incluyendo a Matallana, Cordón y Miaja) en la posición Yuste. Y allí había tenido que rechazar la sugerencia de Buiza de que «quizás los militares pudieran hacer algo tratando directamente con los militares contrarios». También les anunció una próxima reorganización de mandos militares que muchos de los presentes consideraron erróneamente una amenaza a su propia posición y un reforzamiento de la influencia comunista[544]. En realidad, los cambios anunciados públicamente el 3 de marzo en el *Diario oficial del Ministerio de Defensa Nacional* no contenían «ningún nombramiento o ascenso significativo de oficiales comunistas» (Bolloten), tampoco suponían una especie de «golpe de estado del PCE» y solo tenían por objeto asegurar la realización del plan de evacuación

largamente meditado. Al respecto, parece irrefutable el juicio emitido por dos historiadores militares y excombatientes franquistas como son Ramón y Jesús Salas Larrazábal:

> Negrín se debatía en un mar de confusiones y, contra lo que pensaban Matallana y Casado, todo hace suponer que su deseo no era otro que el de conciliar a los grupos opuestos para mantener la tambaleante estructura del sistema. […]
>
> Todo parece indicar que no hubo otro interés que el de colocar en los puestos claves de las provincias levantinas a hombres enérgicos capaces de conservarlas el tiempo necesario para que los aeródromos y puertos del Mediterráneo pudieran ofrecer una oportunidad a las personas que quisieran expatriarse[545].

Efectivamente, Negrín había llegado a la conclusión de la necesidad de acelerar el repliegue y la evacuación porque la situación de la zona central republicana no era solo desesperada desde el punto de vista geoestratégico sino, también, desde el punto de vista financiero. El 4 de marzo había recibido un telegrama desde París de Méndez Aspe que le subrayaba dos factores cruciales al respecto: por un lado, la imposibilidad de seguir abasteciendo desde el exterior a la zona asediada por dificultades logísticas; de otro, el carácter limitado de las capacidades financieras existentes y su imposibilidad de atender por igual a las necesidades de la masa exiliada y a las demandas de la zona central. En palabras trágicas de su ministro de Hacienda:

> Suspendidas compras durante último período están agotados *stocks* existentes. Ruego por tanto V. E. me de instrucciones. Caso decidir adquisiciones ordene indiquen clases y cantidades mercancías a comprar. Además de importe de las mismas se necesitará desembolso para fletes y seguros. Puede calcular unos quince días para que lleguen cargamentos procedentes nuevas compras a puertos españoles.
>
> Ocioso significar V. E. que de proseguirse por algún tiempo desde luego corto con el régimen de abastecimiento zona leal *nuestras posibilidades económicas se extinguirán desapareciendo por tanto el fondo de reserva que de acuerdo con V. E. estaba constituyéndose para hacer frente porvenir y gastos emigración*, por cierto muy elevados. Bien quisiera no atormentar V. E. con nuevos problemas, pero juzgo imprescindible conocer su decisión sobre este asunto en la seguridad de que cualquiera que fuese será ejecutada cumplidamente[546].

En esas condiciones de descomposición interna y recelos mutuos, el detonante final del hundimiento republicano tuvo lugar el 4 de marzo de

1939, cuando la crucial base naval de Cartagena fue escenario de un auténtico «aquelarre» (en palabras de Ramón Salas Larrazábal). La excusa para precipitar la catástrofe fue el nombramiento del teniente coronel Francisco Galán, comunista, como nuevo jefe de la base naval, que era el punto clave del previsto plan de repliegue y evacuación. Su llegada a la base sirvió para poner en marcha varias sublevaciones simultáneas y no totalmente armónicas: una en tierra favorable a Casado, otra de los mandos navales afines a Buiza y varias en tierra y en buques de «grupos más o menos pronacionalistas (franquistas)». En medio de una enorme confusión, las sublevaciones profranquistas fueron aplastadas con severidad tras la llegada de tropas republicanas enviadas por Negrín con toda urgencia. Este había dado a Galán una consigna clara antes de partir a su destino: «¡Ningún derramamiento de sangre…!, negocie, negocie y negocie. Nos queda poca retaguardia y la flota republicana es indispensable»[547]. Iniciada la sublevación, también había confiado al general Matallana la misión de aplastarla con una reserva crucial:

> Le he dicho que haga saber al Jefe de la Flota y a los insubordinados que su actitud en los instantes en que un millón de soldados y civiles ocupados en labores de guerra tienen puesta su confianza y esperanza en la Flota es perjudicial y perturba las gestiones que hace el Gobierno para lograr una Paz sin venganzas y una evacuación de lo que le interese justamente cuando hay esperanzas de lograrlo y que si cada cual tira por su lado puede producirse la catástrofe[548].

Pero los peores temores de Negrín se vieron cumplidos. El triunfo sobre las dispersas sublevaciones profranquistas solo se logró a un precio aterrador: poco después del mediodía del 5 de marzo de 1939, cuando las tropas remitidas por Negrín estaban completando su control de la base naval, la flota republicana, compuesta por ocho destructores y tres cruceros, zarpó del puerto con solo quinientos civiles a bordo. Bajo el mando de Buiza se dirigió con rumbo a Argelia para entregarse a las autoridades francesas. En medio de su periplo recibió en la madrugada del día 6 una angustiosa petición transmitida por Negrín desde la «posición Yuste»: «El ministro de Defensa Nacional a jefe flota. Dominada situación creada en Cartagena, disponga que flota regrese a la base». Sin respuesta de Buiza, Negrín reiteró su orden apenas tres horas más tarde: «Dominada situación en Cartagena,

sírvanse reintegrarse a la base naval». La flota siguió su rumbó y entró en la base naval francesa de Bizerta en la mañana del día 6 de marzo[549].

Sin duda, la pérdida de la última baza de fuerza en manos del gobierno republicano ocasionó un gravísimo golpe humano y político a Negrín. No en vano, se quedaba sin el instrumento bélico que habría podido asegurar una evacuación mínimamente ordenada y segura de la población civil que pudiera embarcar en buques mercantes camino del exilio. Pero apenas tuvo tiempo de calibrar su importancia y transcendencia porque a las doce de la noche del domingo 5 de marzo de 1939 el coronel Casado se sublevó contra el gobierno por considerarlo ilegítimo tras la dimisión de Azaña y con el apoyo de un amplio espectro de líderes republicanos, socialistas y anarquistas.

La constitución del Consejo Nacional de Defensa fue anunciada por Unión Radio de Madrid en sendos discursos de Casado en compañía de Julián Besteiro y Cipriano Mera. Según sus integrantes (que incluían al socialista Wenceslao Carrillo y al cenetista Eduardo Val), el Consejo representaba «al poder legítimo de la República que, transitoriamente, no es otro que el poder militar»; venía a cubrir el vacío de autoridad legal dejado por la incapacidad del gobierno de Negrín, «falto de la asistencia presidencial y de la asistencia de la Cámara»; y tenía un único objetivo: «la garantía de una paz sin crímenes», la búsqueda de «la paz honrosa, basada en postulados de justicia y hermandad». Paradójicamente, su primer manifiesto también señalaba que «propugnamos la resistencia para no hundir nuestra causa en el ludibrio ni en la vergüenza». Y tampoco dejaba de citar aprobatoriamente la consigna del doctor Negrín: «O nos salvamos todos o todos nos hundimos»[550].

Negrín recibió la noticia de la sublevación de Casado en la posición Yuste, durante la cena que siguió a una reunión del Consejo de Ministros en la que participaban también el general Matallana y Cordón (y a la que habían sido invitados Miaja, Casado y Menéndez, que no acudieron). Se habían reunido para perfilar el tenor del discurso radiofónico que el presidente habría de pronunciar al día siguiente, anunciando la gravedad de la situación y las medidas a tomar para su alivio (básicamente, el repliegue hacia los puertos de Levante y la resistencia hasta conseguir la evacuación

de toda la población comprometida posible). Estaba entonces prácticamente hundido por las noticias procedentes de Cartagena y por la confirmación de la huida de la flota. Jesús Hernández, que lo había visitado a las tres de la madrugada del día 5, lo encontró «desastrado», «sin afeitarse, con el flexible hundido hasta las orejas» y «muy fatigado». También lo encontró decidido a evitar una guerra intestina y a no entorpecer la decisión de Casado y el resto de mandos militares si decidían actuar por su cuenta y riesgo:

> Cuando decidí trasladarme a la zona centro-sur tenía la impresión de que habría un 90% de probabilidades de dejar la piel aquí, pero ahora ese porcentaje se eleva al 99%…
>
> Aquí no nos queda nada que hacer. Yo no quiero presidir una nueva guerra civil entre antifranquistas…
>
> Ya han comenzado las sublevaciones. Ahora ha sido Cartagena… y la Escuadra; mañana será Madrid o Valencia; ¿qué podemos hacer? ¿Aplastarlas? No creo que valga la pena, la guerra está definitivamente perdida. ¿Que quieren ser otros los que negocien la paz? No me opondré[551].

Con ese estado físico y moral recibió la noticia de la sublevación casadista y de los discursos de Unión Radio de Madrid. Según la mayoría de las versiones existentes, fue el general Matallana fue quien se lo comunicó al ser requerido en medio de la cena para atender una llamada telefónica del propio Casado anunciándole su decisión. Matallana llamó entonces a Negrín y le comunicó lo sucedido. Negrín tomó el auricular:

> Dígame usted, general, ¿qué es lo que me cuentan? —Y después de una pausa en la que no oíamos la respuesta de Casado: Bien. Queda usted destituido.
>
> El presidente volvió a la mesa y se sentó: —Dice que se ha sublevado contra el Gobierno[552].

Según el relato de Edmundo Domínguez, que presenció en Madrid la conversación de Casado con Negrín, aquel había respondido al anuncio de su destitución con tono «áspero y orgulloso»: «Mire usted, Negrín, eso ya no importa. Ustedes ya no son Gobierno, ni tienen fuerza ni prestigio para sostenerse y menos para detenernos». También hablaron con Casado a continuación el coronel Cordón, el general Hidalgo de Cisneros y el ministro Paulino Gómez, que confiaban que «todo esto se puede arreglar».

Pero las respuestas, «secas, agrias», de Casado no ofrecieron lugar a dudas sobre su disposición a emplear la fuerza para asentar su autoridad: «la suerte está echada y ya no retrocedo»[553]. Confirmada la entidad de la sublevación en Madrid, por orden de Negrín, Cordón trató de contactar con el resto del alto mando militar en otras zonas para saber cuál era la situación. De sus contactos se dedujo una conclusión nítida: solo dos jefes permanecían plenamente leales al gobierno (Escobar, en Extremadura, y Moriones, en Andalucía), en tanto que el resto se manifestaban a favor del nuevo Consejo Nacional de Defensa y dispuestos a obedecer sus órdenes (particularmente Ménendez, en Valencia). La posición Yuste apenas contaba con los ochenta soldados que componían la guardia presidencial y del Consejo de Ministros[554].

Durante toda la madrugada del día 6 de marzo y a lo largo de la mañana siguiente, Negrín permaneció en la posición Yuste, acompañado de sus ministros y colaboradores militares, analizando la situación creada y las medidas de resolución disponibles. Siguiendo la inclinación manifestada desde hacía días, según Togliatti, Negrín «se declaró contrario a iniciar la lucha abierta». A Hidalgo de Cisneros le dio una orden tajante: «Nuestra tarea ahora es intentar ganar tiempo. Evitar la lucha con Casado por todos los medios». En función de esa decisión, Paulino Gómez y otros ministros volvieron a contactar con Casado (y con Besteiro) para ofrecerle una vía de resolución que este rechazó: «entregar sus poderes a través del general Menéndez»[555].

También como parte de esa estrategia de evitación de hostilidades, Negrín decidió atender la demanda imperiosa transmitida desde Valencia por Menéndez, que amenazaba con enviar sus tropas contra la posición Yuste si el general Matallana no era autorizado a regresar a la capital levantina. El presidente autorizó la partida de Matallana, que abandonó el lugar después de abrazar a Negrín y «con los ojos llenos de lágrimas»[556]. Para entonces, la comunicación telefónica desde la posición Yuste con el exterior «estaba intervenida y a ratos cortada». Negrín, al igual que sus ministros, acabaron por reconocer lo inevitable: sin fuerzas para oponerse al golpe y sin voluntad de lucha para iniciar una guerra intestina, nada había que hacer excepto salir de España. Según el testimonio del doctor Vega

Díaz, allí presente, Negrín comunicó su decisión «con un gesto de tristeza» y «con voz algo afónica y entrecortada»: «Todos estamos preparados, ¿no? Pues ni una duda más. Vámonos». Era entonces un hombre «pálido, ojeroso, con los párpados medio hinchados, bañado en sudor y sin afeitar», como «un enfermo desilusionado», pero que «no perdía el control»[557].

Mientras todos los ministros y su séquito se dirigían al aeródromo de Monóvar para embarcar en los aviones allí disponibles, Negrín, acompañado por Hidalgo de Cisneros y Cordón, se dirigió a la cercana finca llamada «posición Dakar», donde el PCE y Togliatti habían instalado su cuartel general. Desde allí realizó un último intento infructuoso para proceder a un traspaso pacífico de poderes que evitara la quiebra constitucional. Según el testimonio de Álvarez del Vayo, redactó un mensaje para Casado cuyo texto central rezaba:

> En aras de los intereses sagrados de España debemos todos deponer las armas y si queremos estrechar las manos de nuestros adversarios, estamos obligados a evitar toda sangrienta contienda entre quienes hemos sido hermanos de armas. En su virtud, el Gobierno se dirige a la Junta constituida en Madrid y le propone designe una o más personas que puedan amistosa y patrióticamente zanjar las diferencias. Le interesa al Gobierno, porque le interesa a España, que en cualquier caso toda eventual transferencia de poderes se haga de una manera normal y constitucional. Solamente de esta manera se podrá mantener enaltecida y prestigiada la causa por que hemos luchado. Y solo así podremos en el orden internacional conservar las ventajas que nuestras escasas relaciones aún nos preservan. Seguros de que al invocar el sentimiento de españoles de esa Junta prestará oído y atención a nuestra demanda, le saluda. *Negrín*[558].

Negrín permaneció en la posición Dakar hasta pasado el mediodía del 6 de marzo, esperando una respuesta de Madrid a su gestión y conciliando el sueño por mero agotamiento después de haber pasado más de treinta horas despierto y en tensión. Pero no hubo respuesta ni acuse de recibo desde el Consejo de Defensa Nacional porque Casado ya lo había dejado claro al presidente en su primera conversación telefónica: «De ustedes no necesito nada». Negrín decidió entonces partir al exilio inmediatamente «para evitar males mayores». Tomó la decisión tras recibir la noticia de las primeras detenciones de militantes comunistas en las zonas leales al Consejo y después de conocer que también la cercana guarnición de Alicante se había decantado por obedecer a Casado. Acompañado de Álvarez del Vayo y su séquito se trasladó al aeródromo de Monóvar, donde le esperaban

impacientes los otros ministros «bajo un sol abrasador» y varias maletas y baúles de documentos oficiales y pertenencias personales. Poco después de las dos y media de la tarde de aquel fatídico 6 de marzo de 1939 tres aviones Douglas de la compañía LAPE partían hacia Francia con destino a Toulouse[559]. Uno de esos aviones, pilotado por Hidalgo de Cisneros, llevaba al exilio al último jefe del gobierno republicano español.

La renuncia de Negrín a oponerse por la fuerza a la insurrección casadista no evitó una breve pero sangrienta guerra civil entre negrinistas y antinegrinistas en la capital española y sus alrededores. La inútil resistencia ofrecida por un pequeño grupo de oficiales comunistas, en gran medida alentada por la creencia de que el gobierno de Negrín seguía en España, fue finalmente aplastada el 12 de marzo al precio de unas dos mil vidas y varios miles de detenidos entre los vencidos[560]. En todo caso, con el triunfo de las fuerzas de Casado y la consecuente proscripción del PCE (y destitución de sus mandos militares) quedó barrida la viabilidad de una estrategia política de resistencia que ya no tenía apoyos internos suficientes ni horizontes de apoyos externos inmediatos. Pero con dicho triunfo también se reveló ilusoria la alternativa de negociar con Franco otra cosa que no fuera la mera y simple rendición incondicional y sin garantías. Como señalaría el general Salas Larrazábal:

> En lo único en que se equivocaron Casado y Besteiro fue en creer que la eliminación de los comunistas iba a mejorar su situación frente a los vencedores. […] Ni Casado ni sus militares de carrera encontrarían mejor audiencia ante el Cuartel General de Burgos, ni Negrín modificaría la política británica de No Intervención[561].

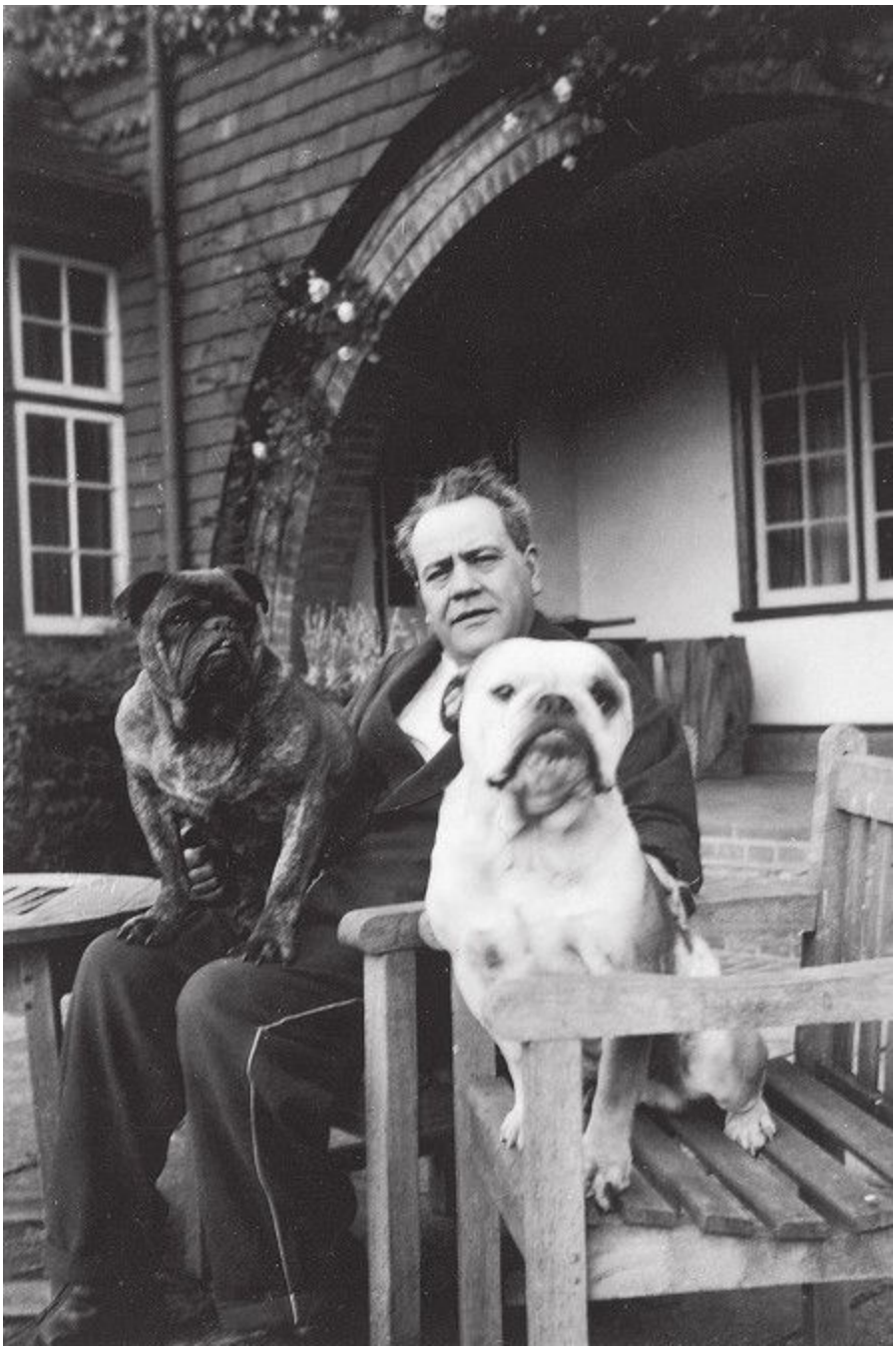
Asegurado su poder, el Consejo Nacional de Defensa abrió las negociaciones directas con el enemigo. El mismo día 12 de marzo, Casado presentó a Franco una propuesta de rendición a cambio de garantías contra represalias indiscriminadas y «la concesión de un plazo mínimo de 25 días para la evacuación de cuantas personas quieran abandonar el territorio nacional». Paralelamente, Casado pedía al cónsul británico en Valencia el concurso de la flota británica para su proyecto de evacuación de «unas 10 000 personas». En el Foreign Office no dejó de anotarse que esos términos de rendición y esa petición de apoyo «son bastante similares a la

propuesta presentada por el señor Azcárate antes de su partida». Solo que ahora la República había perdido su reconocimiento internacional y había demostrado su extrema debilidad política y militar. Precisamente por ello, la actitud oficial británica ante la demanda de Casado fue incluso menos comprometida que la adoptada frente a las de Azcárate y Negrín. El 14 de marzo, el duque de Alba informó al general Gómez-Jordana de la declaración que le había hecho Halifax sobre el asunto: «Respecto evacuación rojos, me ha dicho, no se tomaría ninguna medida sin nuestro consentimiento y caso deseáramos ayuda flota inglesa para esta clase de servicios estaban dispuestos a concedernos facilidades». Al día siguiente, Londres recibía la contestación oficial a su sugerencia: «el general Franco no estaría dispuesto a consentir la evacuación en buques de la Royal Navy de ningún rojo». La misma intransigencia mantuvo Franco ante la propuesta de capitulación condicionada transmitida por el Consejo: solo cabía la rendición inmediata, total y sin condiciones[562].

La amarga comprobación del fracaso político de Casado acarreó el colapso final de todas las instituciones civiles y militares republicanas. Consciente de ello, el 26 de marzo Franco ordenó una ofensiva general en todo el frente. No encontró resistencia alguna de entidad. Madrid fue ocupada pacíficamente por sus tropas el día 28. Solo Besteiro permanecía en la ciudad y sería inmediatamente detenido. Los restantes miembros del Consejo, con Casado al frente, se habían desplazado hasta Gandía para buscar refugio en un buque británico haciendo uso de una oferta del cónsul Goodden. El 30 de marzo, al mismo tiempo que las tropas de Franco ocupaban Valencia y Alicante, un total de 160 refugiados republicanos partían hacia el exilio desde Gandía a bordo del destructor Galatea. Un día después, el 1 de abril de 1939, Franco emitió el último parte de guerra anunciando su victoria absoluta e incondicional.

5

ENTRE EL PESIMISMO Y LA ESPERANZA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1939-1945)



Negrín en Dormers en 1944 con sus perros *Melchor* y *Gaspar*.

EXILIADO EN FRANCIA

La amarga tragedia de la derrota y el exilio no aminoró en absoluto la intensidad de las divisiones políticas entre los dirigentes republicanos. Antes al contrario, a partir de ese momento, la creciente soledad política del doctor Negrín empezó a revelarse en toda su amplitud dada la negativa de la mayoría de las fuerzas políticas a reconocerle incluso como jefe del gobierno en el exilio.

Llegado a Toulouse la noche del 6 de marzo de 1939, Negrín se desplazó por tren hacia la capital francesa de inmediato, seguido de los ministros que habían salido de España con él. El doctor Pascua, que lo recibió acompañado de otros colaboradores suyos como Méndez Aspe y Zugazagoitia, lo encontró entonces «abatido y flojo» desde el punto de vista psicológico, «intelectualmente confuso y en desaliento», aunque también dejó anotado que «se había recuperado un poco físicamente» de las tensiones sufridas durante los últimos meses[1].

En París, ya reunido con su amada Feli, Negrín se instaló inicialmente en un piso alquilado por el gobierno republicano en el número 24 de la avenida Charles Floquet, en la ribera sur parisina y muy cerca de la torre Eiffel. En ese domicilio fue concentrando todas las pertenencias personales que habían podido ser trasladadas desde Barcelona (sobre todo, una gran parte de su enorme biblioteca) y un vasto material archivístico correspondiente al Ministerio de Defensa, de Economía y de la Presidencia del Gobierno[2]. Posteriormente, atendiendo a las demandas de las autoridades franquistas, el gobierno francés dispondría su residencia en las afueras de París y la rebaja sustancial de sus actividades políticas como exiliado. Negrín se estableció así, oficialmente, en el número 4 de la calle Lamartine en la villa de Montgeron, al sur de la capital, más allá de Orly[3]. Desde Montgeron viajaba casi a diario a París porque, como le comunicaba

Zugazagoitia a Pascua (ya en EE. UU.), «no le hace ninguna gracia meterse en un pueblo»[4]. Al margen de estos traslados de domicilio, quizá el único cambio notable en su vida cotidiana tuvo que ver con Feli. Una vez instalado en el exilio en Francia, Negrín hizo pública la naturaleza de su relación con ella y la presentó a todos sus amigos y colaboradores como su compañera. En adelante, Feli estaría a su lado en todas sus actividades sociales e incluso oficiales y cosecharía grandes simpatías por su habitual modestia, timidez y saber estar.

Una de las primeras actividades políticas de Negrín en París consistió en informar a todos los antiguos representantes diplomáticos republicanos en el mundo de los últimos acontecimientos en España. El 11 de marzo de 1939 hizo remitir a todos ellos el siguiente telegrama «circular», que constituye su primera declaración política tras el golpe casadista:

> Jefe Gobierno preferido aguardar hacer declaración pública hasta situación Madrid despejarse evitando cualquier manifestación suya pudiese ser indebidamente interpretada. Pero Gobierno tiene entretanto máximo interés dejar constancia través V. E. ante ese Gobierno y elementos amigos, que toda su política, según consta documentalmente y será probado plenamente en su día, tendía asegurar paz que garantizase heroica población y combatientes zona centro sur contra represalias, obteniendo al mismo tiempo facilidades evacuación para aquellos millares personas cuya convivencia con rebeldes peor que muerte. Gobierno no escatimado en ese sentido esfuerzo alguno y toda su política de resistencia encaminábase lograr ese fin. Desgraciadamente todos sus esfuerzos sido yugulados por insensato golpe estado Madrid[5].

Negrín fue mucho más explícito en sus explicaciones a su correligionario Fernando de los Ríos, exembajador en Washington, que había reconocido a la junta de Casado casi inmediatamente y estaba en estrecho contacto con Prieto en México. Nada más llegar a París, Negrín le telegrafió personalmente reprochándole esa medida porque la junta, «nacida de acto rebelión contra Gobierno legítimo», había obrado «exactamente lo mismo que aquellos se sumaron al golpe de Estado de Franco en 1936». No era este un juicio errado porque, con independencia de su simpatía esencial hacia dicho movimiento, también lo compartía Martínez Barrio: «La sublevación se hizo contra todos los poderes constitucionales y, quizás sin quererlo, contra la propia Constitución». Por eso mismo, Negrín censuraba

amargamente a su antiguo amigo y jurista su proceder desde su cargo oficial:

> V. E. conocía mejor que nadie esfuerzos realizaba Gobierno obtener paz base garantías contra represalias y seguridades de evacuación coordinándolas con una sensación de resistencia sin la cual inútil tratar de arrancar ninguna concesión. […] Esos esfuerzos sido criminalmente yugulados por traición gentes en contacto hace tiempo con enemigo secundados por insensatez algunos amigos socialistas. […] Sobre todos ellos caerá inmensa responsabilidad de espantosa matanza que se avecina desgraciadamente modo irremediable en toda España republicana tan pronto entren rebeldes después de la capitulación sin condiciones que de hecho se produjo al dar su golpe la junta facciosa[6].

Los telegramas remitidos particularmente eran el primer síntoma de la profunda división que el trágico final de la guerra estaba produciendo en el seno del exilio republicano en general y de los socialistas en particular. No en vano, como ha escrito Santos Juliá: «Divididos habían entrado los socialistas en la guerra y rotos salían de ella para enfrentarse a la represión y el exilio»[7]. Y la primera manifestación pública y oficial de esa creciente división que abocaría pronto a una ruptura total se percibió en la sesión de la Diputación Permanente de las Cortes celebrada el 31 de marzo y el 1 de abril de 1939 en París bajo la presidencia de Martínez Barrio y con la presencia de veinte diputados.

Negrín se presentó ante la Diputación Permanente para dar cuenta de su gestión gubernativa desde la última reunión de Cortes en Figueras y expresó sus reservas ante la constitucionalidad de una reunión que tenía lugar en el extranjero, sin concesión de extraterritorialidad y cuando había podido reunirse en días previos en el territorio nacional entonces todavía no ocupado por el enemigo. A pesar de esa fundada reserva (que en todo caso también afectaría a su condición de jefe del gobierno actuando en el extranjero), Negrín anunció que comparecía ante ese organismo «como Jefe del Gobierno» porque, de lo contrario, «estoy de más aquí»[8]. Aceptada renuentemente por algunos presentes su afirmación, Negrín pudo entonces exponer con franqueza la razón básica de su política de resistencia al tiempo que condenaba rotundamente la sublevación de Casado:

> Yo no he vacilado en entrar en relaciones con algunos de ellos (los enemigos). ¿Cómo iba a vacilar, si con ello intentaba conseguir la descomposición del frente contrario y llegar a una

solución de paz favorable? Porque yo lo que he querido siempre es conseguir la paz. Pero la paz no se logra diciendo: yo me entrego o entrego a los que luchan conmigo. […]

Resistir, ¿para qué? ¿Para entrar triunfalmente en Burgos? Señores, proclamar una política de resistencia implica el confesar que no se cuenta con medios para aplastar al enemigo, pero que causas superiores obligan a luchar hasta lo último, y para ello es necesario estimular y alentar el ánimo bélico de los combatientes. […] Era esto lo que constituía la base de la política de resistencia. Seis u ocho meses más de resistencia, que eran posibles, hubieran forzado a nuestros enemigos a cambiar de rumbo y de orientación y el resultado de la guerra hubiera sido distinto. […]

Quien se entrega a la merced de un enemigo sin compasión ni espíritu de clemencia, ya se sabe siempre que está perdido, y nosotros no estábamos obligados a entregarnos. Aún podíamos resistir y aguantar y esa era nuestra obligación. Era obligación y necesidad el quedarse allí para salvar a los que ahora van a pasar a campos de concentración o van a ser asesinados[9].

La intervención de Negrín dio origen a un debate prolongado en el que se abordó directamente el núcleo de las diferencias que habría de partir muy pronto en dos mitades al exilio republicano: el duelo de legitimidades entre el gobierno presidido por Negrín, como último representante del poder ejecutivo sancionado en Cortes, y la Diputación Permanente de las Cortes, como órgano de permanencia y continuidad de la soberanía nacional[10]. Y, tras ese duelo de legitimidades, también se discutía su corolario pragmático y mucho más crucial: el control y disposición de los medios financieros disponibles para atender las necesidades del exilio y de la supervivencia de las instituciones republicanas en el exterior. En aquella primera escaramuza, Negrín consiguió un triunfo relativamente inesperado en las tres resoluciones tomadas durante la sesión, que en gran medida habían sido formuladas por Martínez Barrio «como un medio de transacción» entre ambas sensibilidades encontradas[11].

De hecho, la Diputación, por un total de 17 votos a favor contra 2 (Araquistáin por la facción largocaballerista y Álvaro de Albornoz por Izquierda Republicana) y una abstención (Jáuregui por el PNV), decidió en primer lugar aceptar sus explicaciones «en función no declinada ni anulada de Presidente del Consejo de Ministros». A continuación, aprobó una segunda resolución que establecía el registro de «las manifestaciones del Sr. Negrín» en calidad de «actos del Gobierno de la República» que se habían «ajustado en sus propósitos al servicio del régimen republicano»[12].

También consiguió que fuera rechazada una propuesta de Araquistáin, por 16 votos en contra, 3 a favor (Araquistáin, Albornoz y su correligionario González López) y una abstención (Jáuregui), que pretendía someter a «fiscalización» por parte de la Diputación «la línea de conducta» de «un Poder ejecutivo que no puede declinar ante el órgano constitucional adecuado sus cargos»[13]. Finalmente, la Diputación aprobó una tercera resolución (propuesta por Martínez Barrio y modificada por Lamoneda) que encarecía al «Poder ejecutivo que no puede declinar ante el órgano adecuado sus cargos» (el gobierno de Negrín) el mantenimiento de «contacto permanente» con la Diputación para que esta «fiscalice su gestión y asegure la compenetración entre este y los partidos afectos a la República». Era una resolución que, en palabras de Lamoneda como portavoz del grupo parlamentario socialista, tenía como objetivo «evitar esta sorda guerra civil» en ciernes entre los exiliados, cuya eclosión final «puede producir una división tan grande que aleje para siempre la esperanza de que podamos rehacernos y triunfar»[14]. Esa crítica llamada a la unidad en la desgracia, propuesta por el principal valedor de Negrín en el PSOE y en la Diputación, fue sintomáticamente aprobada por una escasa mayoría: 10 votos a favor (cinco socialistas, dos comunistas, dos de IR y el expresidente Portela Valladares), 6 en contra (tres de UR, incluyendo a Martínez Barrio, dos de IR, más Araquistáin) y 4 abstenciones (uno del PNV, dos de ERC y uno de IR)[15].

En esencia, los enemigos políticos de Negrín parecían entonces resignarse ante la evidencia constitucional indubitable de que su gabinete seguía siendo tan legítimo, cuando menos, como el órgano encargado de «la continuidad de las labores parlamentarias durante los interregnos»:

> El Gobierno respaldado originariamente por el Parlamento era el de Negrín, y los acontecimientos producidos con posterioridad no podían alterar ese dato. La Junta de Casado, Miaja y Besteiro no constituyó realmente un Gobierno legítimo, sino un pronunciamiento *de facto* sin la confianza parlamentaria y dirigido a establecer negociaciones con las tropas nacionales y al fracasar estas desapareció por la fuerza de los hechos.
>
> El cambio de sede gubernamental y la marcha a Francia tampoco debía suponer una barrera infranqueable para el reconocimiento del ejecutivo si se tiene en cuenta, entre otras razones, que también la Diputación Permanente siguió un periplo itinerante hasta acabar asimismo en Francia. […] si Negrín estaba hablando en aquella sesión (de la Diputación

> Permanente), no debía oírsele como un mero ciudadano, sino como una persona que ostentaba el cargo de presidente de un Gobierno[16].

La reticente decisión de la Diputación Permanente era una victoria moral y política limitada pero sustantiva, en la medida que reconocía la continuidad como gobierno legítimo en el exilio del ejecutivo presidido por Negrín y daba cobertura legal y parlamentaria a lo que entonces era su casi única gestión política relevante y obsesiva: el cuidado, manutención y asistencia de la enorme masa de población civil y militar reunida en los campos de concentración del sur de Francia y de Argelia. Nada menos que un mínimo de 440 000 personas en marzo de 1939, con 220 000 excombatientes, 10 000 heridos y 210 000 civiles (de ellos, unas 70 000 mujeres, 70 000 niños y 50 000 ancianos)[17].

Para atender esas necesidades mayormente humanitarias, como ya hemos señalado, Negrín había dispuesto desde mediados de febrero de 1939 la concentración de todos los recursos financieros disponibles en diversas cuentas situadas en bancos de París, Londres y Nueva York a nombre de titulares personales de confianza que pudieran evitar así el embargo de las cuentas a iniciativa del gobierno de Franco una vez reconocido oficialmente. La operación fue realizada solo con relativo éxito puesto que el desplome de las estructuras estatales republicanas y las acerbas divisiones políticas correlativas impidieron a Negrín y a sus colaboradores controlar plenamente el difícil proceso. Entre otras pérdidas de control, escaparon a la gestión del gobierno los destinos de los fondos y bienes ya citados del yate Vita (valorados entre 10 y 40 millones de dólares, según las fuentes) que llegaron a México a principios de marzo y, con la aprobación del presidente Cárdenas, fueron entregados a Prieto para su custodia y empleo[18]. Lo mismo sucedió con otros fondos de menor cuantía encomendados a la autoridad del ingeniero José Calviño Ozores (socialista largocaballerista que había formado parte de la Comisión de Compra de Armas en París), Fernando de los Ríos y Gonzalo Zabala (titulares de las cuentas oficiales norteamericanas, cuyos remanentes trasladaron a México para su gestión por Prieto), los directivos de la Compañía Campsa-Gentibus y algunos otros depositarios de fondos oficiales[19]. Ese proceso de

dispersión financiera y antagonismo político, casi inevitable en el contexto de una derrota militar sin paliativos y de destrucción del aparato estatal unificado, azuzaría gravemente las disputas entre los distintos grupos y personalidades del exilio e introduciría la ominosa acusación de responsabilidad en «robo», «estafa» y «despilfarro» entre los distintos adversarios convertidos pronto en abiertos enemigos. El resultado fue la apertura de un proceso de inculpaciones mutuas progresivamente más penoso, calumnioso y mortificante para todos, aun cuando unos tuvieran más responsabilidad política y hasta culpabilidad penal que otros. A título de ejemplo de las aceradas imputaciones, un veterano militante cenetista ha escrito lo que sigue con evidente injusticia por lo que supone de absolución gratuita para los anarquistas de toda participación en la lamentable rebatiña:

> A partir del mes de abril de 1939, Méndez Aspe, Calviño, Aldama (el vasco José Ignacio Aldama, uno de los gerentes de Mid-Atlantic), Trifón Gómez [socialista besteirista que fue director general de Abastos], Gonzalo Zabala, Negrín, Portela Valladares y un largo etcétera que cubría toda la plana mayor del Partido Socialista y algunos republicanos, en feroz competencia con la Comisión Recuperadora franquista, trataron de conseguir el máximo de liquidaciones en su beneficio personal. […]
>
> Así, entre excusa de pereza y pretextos de no dar cuenta de su gestión más que a los organismos democráticos que pudieran constituirse para suplantar a Franco, han pasado alegremente los años. Pero, lo cierto, es que estos compromisos siguen sin cumplirse, que los *pactos entre caballeros*, no protocolizados, han degenerado en los clásicos pactos de silencio entre rufianes, y que aún seguimos esperando una información responsable[20].

Contra la generalizada opinión divulgada por sus enemigos políticos, Negrín y sus colaboradores en el gobierno republicano en el exilio llevaron a cabo una minuciosa y detallada contabilidad sobre los fondos financieros disponibles y sobre sus destinos y aplicaciones (incluyendo las pérdidas por cualquier causa o incidencia). Sobre todo, el ministro Méndez Aspe y el contable Pedro Pra, a pesar de las dificultades logísticas y humanas imperantes, mantuvieron desde febrero de 1939 y hasta finales del año 1945 un digno y eficiente control sobre las finanzas republicanas oficiales que puede seguirse en los libros de contabilidad de la Hacienda pública custodiados con fervor casi religioso por Negrín hasta el final de sus días en su archivo particular. Obraba así «conforme a las severas normas que marcan los preceptos de nuestra Administración», como declaró en público

al poco de iniciarse el exilio y en consonancia con su conducta durante la guerra civil[21]. De hecho, tras la consulta y examen de esa vasta documentación burocráticamente clasificada y organizada, difícilmente se mantiene la acusación contra el doctor Negrín y sus colaboradores de falta de atención, despilfarro o dilapidación de caudales públicos. Pueden ser legítimamente discutibles los destinos y aplicaciones de algunas partidas y remesas, así como su entidad comparativa y su oportunidad política o diplomática. Pero el cómputo general resulta sumamente preciso y las denuncias de «robo» y «estafa» general y meditada se desvelan como totalmente infundadas. De hecho, como hemos de ver, Negrín se abstuvo de tomar parte en las gestiones financieras de modo directo y personal y siempre optó por entregar su gestión a grupos y equipos de confianza y con amplia representación política de significación republicana.

En el caso de Estados Unidos, en virtud de las diferencias existentes con el exembajador De los Ríos a propósito del golpe casadista, la cuenta abierta por orden de Negrín quedó bajo la custodia del agente financiero Miles Sherover. Pero dicha cuenta, que sumaba una cantidad algo superior a los 200 000 dólares, resultó «congelada» en virtud de las leyes norteamericanas sobre cuentas de ciudadanos extranjeros en territorio nacional. A mediados del año 1943 había generado una deuda de impuestos al fisco federal de más de 176 000 dólares, lo que significaba su práctica evaporación como fondo operativo[22].

En el caso más afortunado de Londres, se había decidido la constitución de un fideicomiso denominado The Spanish Refugee Trust presidido por el aristócrata suizo Henri de Reding, exfuncionario de la Cruz Roja, que había prestado labores de asesoramiento legal y diplomático a la República durante la guerra. Figuraban también con él como administradores el abogado suizo Hans Seligman (que también había asesorado jurídica y financieramente al gobierno republicano), el abogado británico y diputado laborista Eric Fletcher (que había sido y seguiría siendo el asesor legal en Gran Bretaña de dicho gobierno desde su bufete Denton, Hall and Burgin), Joaquín Lozano (exagregado financiero de la embajada londinense) y Pablo de Azcárate (exembajador). A todos ellos se sumaría poco después Manuel Portela Valladares desde su exilio en Suiza, que terminaría presidiendo el

fideicomiso (para ser años más tarde sustituido por Mariano Ansó). Los fondos del Trust estaban básicamente constituidos por «valores CHADE (Compañía Hispano-Americana de Electricidad) y resto valores extranjeros» incautados por el ejecutivo republicano durante la contienda a particulares afectados por responsabilidades políticas de apoyo a la rebelión militar. Las 18 cajas correspondientes quedaron depositadas para su custodia en una caja fuerte abierta en la londinense calle de Chancery Lane. La orden de constitución del fideicomiso aludía expresamente a las dificultades de realización de dichos valores y al peligro que suponían las eficaces demandas jurídicas de incautación y devolución emprendidas por el enemigo victorioso: «Ante imposibilidad venta Chade y otros valores háse constituido trust cuya finalidad estriba evitar pasen aquellos poder Franco, procurando propio tiempo realizarlos por aquel conducto». La medida logró su objetivo porque los tribunales británicos dictaminarían la nulidad de los recursos de las autoridades franquistas contra lo que entendían que era «un ardid para poner fondos en manos de líderes republicanos». De este modo, como mínimo, el fideicomiso pudo allegar mediante la venta de los bonos y títulos a su cargo una cantidad de algo más de 100 000 libras esterlinas que fueron aplicadas al auxilio de los exiliados republicanos durante los años sucesivos. Según las estimaciones realizadas por los servicios diplomáticos franquistas, la disposición de fondos del fideicomiso habría llegado a rondar la cifra de 1,2 o 1,6 millones de libras. En todo caso, poco antes de su muerte, Negrín autorizaría a Ansó para proceder a la devolución a sus anteriores propietarios de los títulos y acciones de la CHADE incautados y todavía entonces operativos y en vigor[23].

Al margen del Trust mencionado, el gobierno republicano había conseguido salvar una cantidad de fondos bastante considerable gracias a las medidas de previsión ordenadas por Negrín desde principios de 1939. Según los libros de contabilidad oficiales y los datos contables ofrecidos a su presidente años después por Méndez Aspe y Pedro Pra, con fecha de 27 de febrero de 1939, cuando se produjo el reconocimiento jurídico anglo-francés del gobierno franquista, ese «fondo de reserva» sumaba 8 888 094,92 francos franceses, 454 468,48 dólares norteamericanos,

1 512 696,15 libras esterlinas y 6 000 000 de pesetas republicanas[24]. Exceptuando el capítulo de las pesetas («cantidad incautada por el gobierno sedicioso de Franco, al ser reconocido aquel por el de Francia»), esas cifras, en conjunto (al cambio de 1939 de 177 francos por libra y 1 dólar por 0,23 libras), representaban un total de 1 667 439,12 libras esterlinas[25]. Era una cantidad bastante considerable que casi suponía la mitad de las necesidades de gastos mensuales (no bélicos: víveres, carbón, textiles, productos químicos, etc.) que había tenido la República durante el año 1938: 3 821 507 libras esterlinas en el mes de julio. Por esa razón, Méndez Aspe había advertido a Negrín el 3 de marzo de 1939:

> … de proseguirse por algún tiempo desde luego corto con el régimen de abastecimiento zona leal, nuestras posibilidades económicas se extinguirán desapareciendo por tanto el fondo de reserva que de acuerdo con V. E. estaba constituyéndose para hacer frente porvenir y gastos emigración, por cierto muy elevados[26].

Esa cantidad de poco más de millón y medio de libras esterlinas disponibles sería muy pronto ampliada con las entradas procedentes de otras fuentes de financiación (venta de valores, de buques, de bienes, de material bélico…). El montante final disponible hasta junio de 1940 por las finanzas republicanas aumentaría así hasta un total de 1 655 979,92 libras esterlinas, correspondiente a la suma de ingresos y al descuento de salidas (65 919 334 francos y 582 396,5 dólares entrados frente a la salida de 517 869 libras) [27].

En definitiva, el gobierno en el exilio había conseguido salvar una cifra total de 2 173 815,92 libras esterlinas (1 655 979,92 libras con los descuentos) que estuvieron custodiadas, como mínimo, en cinco depósitos oficiales diferentes: la cuenta «M» del Eurobank parisino; la cuenta del Barclays Bank en París; el «cofre fuerte» del Barclays Bank parisino; la cuenta de «Caja» (probablemente bajo custodia de Méndez Aspe); y la cuenta «Depósito billetes» (probablemente sita en las sedes del gobierno en el exilio). De todas esas cuentas, los servicios jurídicos y financieros franquistas solo consiguieron detectar y tratar de recuperar, sin éxito, el fondo existente en el Eurobank (nombre abreviado de la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord). Además, sus estimaciones casi

triplicaban la entidad real de esos depósitos que ansiaban recuperar: calculaban que albergaba 146 371,9 libras esterlinas cuando *de facto* solo había en ella 52 905,49 libras[28].

Según la contabilidad oficial republicana, esa cifra total operativa de bastante menos de dos millones de libras esterlinas (descontando la «salida» de medio millón de libras anotada) se puso al servicio de las necesidades de la emigración y las instituciones republicanas desde el primer momento. De hecho, hasta el mes de junio de 1940, cuando se produjo el desplome de Francia en la guerra mundial y se desarticuló el aparato organizativo instalado en suelo francés, el ejecutivo presidido por Negrín efectuó gastos contables por valor de 1 444 073,74 libras esterlinas: 73,7 millones de francos, algo más de un millón de dólares y 791 346 libras[29]. Para esas fechas, por tanto, las disponibilidades de las finanzas republicanas se habían reducido sustancialmente a solo 211 906,18 libras esterlinas, una cifra esta que resulta convalidada por el cómputo provisional de gastos redactado por Méndez Aspe en abril de 1945[30].

Entre los gastos computados y minuciosamente contabilizados hasta la caída de Francia, el capítulo fundamental estuvo destinado a las necesidades derivadas de la atención y cuidado de la masa de exiliados en Francia y a su evacuación a tierras americanas de acogida. De hecho, del total de 1,44 millones de libras gastados en apenas diecisiete meses desde comenzado el exilio, nada menos que el 84% (un mínimo de 1,20 millones) fueron empleados en organismos de manutención, ayuda y evacuación de los exiliados. El principal receptor de los fondos sería un organismo del que posteriormente hablaremos con más detalle, el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE), a cuyo sostenimiento de los refugiados en Francia se destinó 717 912,35 libras, en tanto que su entidad homóloga en México (bautizada como Comisión Técnica de Ayuda a los Refugiados Españoles, CTARE) fue destinataria de 327 650 libras. Por su parte, otra filial del SERE, la «Junta de Auxilio de Santo Domingo», dispuso de 19 510,56 libras, en tanto que la atención a «Mutilados» ascendió a 22 938 libras y las «aportaciones a entidades particulares para subvenir a necesidades de la emigración» sumaron otras 56 487,10 libras. Quizá a ese capítulo cabría añadir los gastos de «abastecimiento y evacuación de la

zona centro», que solo estuvieron en vigor durante un mes (desde el golpe casadista y hasta la victoria incondicional franquista) y que ascendieron a 95 958 libras (básicamente remesas de harina para la población civil y pagos de fletes de buques enviados a recoger refugiados a puertos levantinos)[31].

Frente a este enorme capítulo de gastos de carácter humanitario, las partidas destinadas a subvenir el funcionamiento de las instituciones republicanas en el exilio no parecen particularmente desorbitadas ni improcedentes. En otras palabras: no es cierta la acusación difundida entonces de que el gobierno en el exilio apenas prestaba atención a las necesidades de los exiliados y reservaba sus fondos para la acción política y el mantenimiento de instituciones y partidos (y sus dirigentes). A tenor de esas fuentes contables oficiales, el Congreso recibió una suma de 4519,77 libras para su funcionamiento en el primer año y medio de exilio. Durante ese mismo período, los gobiernos autónomos vasco y catalán aparecen como receptores de 16 411,60 libras. Los salarios del personal de administración estatal apenas ascendieron a 13 103 libras. El servicio jurídico y la atención a los contenciosos derivados de las reclamaciones franquistas se registran con 3319,49 libras. Los gastos reservados adscritos a Presidencia ascendieron a 711,86 libras, en tanto que el coste de la flota de automóviles de Presidencia y de Defensa sumaba otras 952,75 libras.

Quizá mención aparte, entre la categoría de gastos humanitarios y gastos institucionales, merezca el capítulo denominado de «Subsidios» y «Préstamos de honor». El primero supuso un desembolso durante los diecisiete meses computados de 21 175,65 libras, en tanto que el segundo sumó solo 3506,36 libras. En esencia, esas partidas estaban destinadas a subvenir a las necesidades iniciales de la emigración sobre la base de la entrega a un amplio grupo de refugiados de un subsidio individual y familiar que variaba en su cuantía según el cargo que habían ostentado o las heridas que hubieran sufrido. Dicha cuantía del subsidio personal oscilaba entre el mínimo de 300 francos mensuales para los «mutilados» severos o graves y otras cantidades superiores de acuerdo con la jerarquía en la administración civil y militar. Por ejemplo, 500 francos para las categorías inferiores de los oficiales militares internados; entre 1000 y 2500 francos

para las categorías medias (y según la carga familiar asumida); 5000 francos para altos cargos (la cantidad recibida por Mariano Gómez, presidente del Tribunal Supremo, por ejemplo); 7500 francos para los ministros del ejecutivo; 10 000 francos para el presidente de las Cortes; y 20 000 francos destinados al presidente del gobierno[32]. Teniendo en cuenta que los gastos medios de un obrero parisino en 1937 eran de 1860 francos mensuales, la cifra mínima de 300-500 francos de subsidio en 1939 no parece excesiva. El propio Méndez Aspe reconocería ante Negrín que los mismos habían tenido «desde el primer momento un carácter puramente provisional y a efectos de prestar ayuda moral más bien que material»[33]. Tampoco parece desorbitada la jerarquización de la cuantía de los subsidios y asignaciones retributivas aprobada y ejecutada. A título de ejemplo, la asignación mensual percibida por Negrín suponía 112,9 libras, lo que equivalía a un salario anual de 1354,8 libras en 1939 (cuando un segundo jefe de policía de provincias en Gran Bretaña ganaba 500 libras anuales, en tanto que una enfermera principiante recibía 360 libras anuales)[34].

En todo caso, por lo que respecta al doctor Negrín, resulta imperativo señalar que ese importante subsidio y asignación personal sería la fuente de ingresos fundamental de sus finanzas privadas y particulares (cuya custodia operativa quedó en manos de Feli). A esa fuente debe añadirse, claro está, los recursos materiales y económicos que pudo sacar de España y eran susceptibles de conversión en efectivo llegado el caso: su valiosa biblioteca, muebles, instrumentos médicos y ahorros y valores financieros procedentes de sus cuentas particulares. También cabría añadir los ingresos que pudo allegar como resultado de las limitadas conferencias públicas que impartió en el exilio y de los artículos periodísticos que publicó a partir de 1939. De todos esos ingresos particulares se sirvió para atender sus obligaciones como hijo, hermano y padre: remitiendo recurrentemente dinero a su madre y hermanos en Francia y pasando una pensión a su mujer legal y su hijo menor en Nueva York. Por otro lado, cabe recordar que mientras ejerció el cargo de presidente del gobierno, Negrín también hizo uso (y quedó registrado contablemente) de las partidas para gastos de representación y función previstas en el presupuesto, que incluían el abono de su residencia y despacho (que además albergaba el amplio archivo documental sacado de

España). Por eso resulta una notoria inexactitud acusarle de haber vivido una «vida de ostentación» y «a costa de los dineros robados a España» (palabras del anarquista Abad de Santillán) y resulta inequívocamente falso atribuirle una vida suntuosa gracias al «disfrute» y «especulación» de «los cuantiosos bienes» de la CHADE (como aseguraba el líder socialista prietista Amador Fernández)[35].

Como ya se ha apuntado, el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE) fue con magna amplitud el principal beneficiario de las atenciones económicas del ejecutivo republicano durante el primer año y medio de exilio. Su origen inmediato estaba en la comisión creada por Negrín el 9 de febrero de 1939 para atender a la masa de población civil y militar exiliada en Francia con la caída de Cataluña. El hecho de que la misma estuviera formada casi totalmente por dirigentes políticos socialistas y afines (Zugazagoitia, Méndez, Álvarez del Vayo, Méndez Aspe y pretendidamente Prieto) había creado grandes resquemores y protestas en otros grupos políticos y sindicales. Atendiendo ese sentir, Negrín preparó desde su llegada a París la reorganización de la comisión para darle un carácter más representativo y más autónomo del ejecutivo orgánicamente. La génesis de lo que habría de ser el SERE respondió a la siguiente orden transmitida por Negrín el 26 de marzo a su correligionario, Ramón Lamoneda, que también ostentaba el cargo de secretario del comité de enlace del Frente Popular:

> Es nuestro deseo el constituir rápidamente una Junta pro Refugiados españoles en la que estén representadas todas las tendencias políticas y sindicales de las organizaciones republicanas leales. Con este motivo, y para que tal deseo se convierta inmediatamente en realidad, le ruego encarecidamente se sirva convocar a las entidades que componen el Frente Popular Nacional con el fin de que antes del día 29 del actual haga las designaciones de las personas que han de representarles en la referida Junta, bien entendido que se trata de designar una persona por Partido u Organización[36].

Como resultado de la orden, a principios de abril de 1939 quedó constituido el SERE como un organismo autónomo delegado del gobierno para la atención de los refugiados y dirigido por una junta de personalidades de todos los partidos políticos y sindicatos del Frente Popular. El exembajador en Londres, Pablo de Azcárate, fue designado como «Comisario Delegado

del Gobierno» al frente de una comisión de control formada por las siguientes personalidades: Amaro del Rosal (UGT), Mariano R. Vázquez (CNT), Federica Montseny (FAI), Emilio Baena Medina (Izquierda Republicana), Manuel Torres Campaña (Unión Republicana), Alejandro Otero (PSOE), Antonio Mije (PCE), Jaime Ayguadé (ERC), Eduardo Ragasol (Acció Catalana Republicana), José Olivares (Acción Nacionalista Vasca) y Julio Jáuregui (PNV). Como director ejecutivo fue nombrado Bibiano Osorio y Tafall, el diputado azañista que había sido último comisario general (meses después reemplazado por Alejandro Viana, exdiputado azañista igualmente), en tanto que la secretaría general fue ocupada por el filocomunista José Ignacio Mantecón. Con el fin de poder ejercer sus funciones en suelo francés sin peligro de incautación por parte de las nuevas autoridades franquistas, Negrín consiguió que el presidente mexicano, Lázaro Cárdenas, autorizase a su embajador en París, Narciso Bassols, para dar cobertura jurídica al SERE como una dependencia de la representación diplomática mexicana. No en vano, una gran parte de sus tareas consistiría en «organizar convenientemente la emigración de españoles republicanos hacia América y particularmente» hacia México, cuyo gobierno anunció su disposición a acoger «entre nosotros cuantos españoles republicanos, sin distinción de matices, necesiten» abandonar Europa[37].

Como tal organismo autónomo del ejecutivo republicano y bajo tutela diplomática mexicana, el SERE mantuvo sus actividades en suelo francés hasta su práctica disolución en abril de 1940. Para esa fecha, la plantilla de personal administrativo estaba compuesta por un total de 42 trabajadores distribuidos en cuatro servicios (Correspondencia, Emigración, Contabilidad y Servicios Especiales). Su oficina principal quedó instalada en un local alquilado en el número 94 de la calle Saint Lazare (en el distrito noveno de la capital francesa). Allí se centralizaron todos los archivos del organismo y se custodiaron las «fichas» con «datos relativos al interesado» que sirvieron para preparar la entrega de subsidios, el listado de evacuados y demás relaciones nominales de receptores de servicios y atenciones. Según fuentes mexicanas, dichas fichas llegaron a contabilizar a 250 000

personas, de las cuales unas 80 000 habían manifestado su deseo de emigrar a América Latina[38].

Desde la primavera de 1939 y hasta su disolución, el SERE consiguió la evacuación hacia México, Chile y Santo Domingo de un mínimo de 20 000 españoles refugiados hasta entonces en Francia. Al margen de los abonos individuales para embarcar en buques comerciales, el primer embarque colectivo patrocinado por el SERE tuvo lugar el 24 de mayo en el puerto de Sète a bordo del buque Sinaia, con destino a México, que transportaba 1661 personas de todas las orientaciones políticas: UGT (28,2%), PCE (20%), PSOE (11,3%), CNT (8,3%), Juventudes Socialistas Unificadas (5,6%), Izquierda Republicana (8,7%), Unión Republicana (2%), etc. Con igual destino salieron posteriormente los buques Ipanema (con 984 pasajeros), Mexique (con 2059), en tanto que otros buques se dirigieron a Santo Domingo (La Salle, con 600 pasajeros) o a Chile (Winnipeg, con 2000 pasajeros)[39].

A la par que alentaba esa emigración masiva con permiso y colaboración de distintos gobiernos americanos, el SERE también tuvo que atender a la masa de población afincada en Francia, tanto por obligación política y moral como por imposición de las autoridades francesas (que no querían asumir en solitario el coste de ese mantenimiento). En consecuencia, el SERE tomó a su cargo la compra, alquiler y sostenimiento de diversos hoteles, casas de acogida, colonias infantiles e instalaciones en campos del sur de Francia para albergar a los líderes políticos, mandos militares, población civil, inválidos y enfermos exiliados. Según un informe de Azcárate remitido a las autoridades francesas, en esas actividades se habían empleado un total de 63,5 millones de francos hasta principios de 1940. En el caso de la financiación de la «Liga de Mutilados e Inválidos de la Guerra de España», la aportación había sido de más de 4 millones de francos que habían servido para comprar «dos grandes residencias», una en el departamento de Marne y otra en Pressigny-les-Pins (cerca de Orleans), en la que se atendía a unas 2500 personas (un centenar «grandes inválidos» y otros 900 con mutilaciones que afectaban a más del 50% de su cuerpo). También se había asumido la carga de abastecer a los refugiados internados

en los campos meridionales con alimentos, ropas, medicinas y otros servicios[40].

Mientras el SERE emprendía su labor con notable éxito dadas las críticas y caóticas circunstancias, Negrín permaneció residiendo entre París y Montgeron en compañía de Feli, manteniendo una política de deliberado silencio público (en parte como consecuencia de las imposiciones del gobierno francés a tan relevante exiliado político) pero de intensa vida diplomática. No dejó de entrevistarse con los dirigentes socialistas y radicales franceses con los que había trabado particulares relaciones de amistad: su gran amigo Jules Moch, exjefe de gabinete de Léon Blum, el propio Blum, Vincent Auriol, exministro de Finanzas, y Georges Mandel, ministro de Colonias en el gobierno de Daladier[41]. Y a finales de abril de 1939, confirmada su legitimidad por la Diputación Permanente y en marcha las operaciones del SERE, emprendió un viaje a Estados Unidos y México (acompañado por Álvarez del Vayo y Méndez Aspe) a bordo del trasatlántico *Normandie*. Su principal objetivo era visitar a los líderes republicanos refugiados en América para restañar las heridas del exilio a fin de ofrecer ante el exterior una imagen unida de continuidad y legitimidad republicana en vísperas del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial.

Sobre todo, el viaje de Negrín trataba de solucionar el pleito abierto en México con Prieto, quien había asumido el control del tesoro del yate Vita a su llegada a Veracruz a fines de marzo ante la tardía comparecencia del doctor Puche, emisario oficial de Negrín para esa tarea, y con el beneplácito del presidente Cárdenas. Conocida esa circunstancia, el 7 de abril Negrín había enviado un telegrama a Prieto recordándole que «no se puede proceder ahí al empleo de los recursos del Estado republicano sin orden expresa mía o del Ministro de Hacienda». La respuesta inmediata de Prieto fue inicialmente tranquilizadora: «Ofrezco V. E. absoluta inhibición para lo sucesivo, absteniéndome además de intervenciones espontáneas». Sin embargo, apenas cinco días después, tras consultar con Martínez Barrio y conocer las frágiles circunstancias del respaldo logrado por Negrín en la Diputación, el veterano líder socialista comenzaba una ofensiva «con el fin de conseguir un control permanente de los recursos llegados en el Vita».

Emprendía así su particular batalla contra el gobierno de Negrín y sus pretensiones de legitimidad y continuidad institucional en el exilio, que habrían de hacer realidad una verdadera fractura política y moral de proporciones insalvables. En gran parte, esa disputa legal tenía como trasfondo «la posesión de un tesoro que implicaba un gran poder, político y económico». Como tal control no podía ser «a título individual», Prieto «diseña para ello un plan que le facilite el respaldo de alguna institución u organismo republicano»: la Diputación Permanente. El 12 de abril remitió un informe a la Diputación (de la que era miembro) justificando su actuación en el asunto, recordando que el tesoro seguía bajo su custodia y negando toda legalidad al gobierno de Negrín. A su juicio, los votos de confianza otorgados por dicha institución el 31 de marzo y 1 de abril eran nulos porque «para atribuciones tan delicadas no podía ser sustituido por motivo alguno el voto plenario de las Cortes»[42]. En consecuencia, con un gobierno que no se hallaba «en plenitud de funciones», Prieto consideraba que solo la Diputación Permanente subsistía como institución legal y legítima de la República y solo a ella le correspondía el control y gestión de los recursos públicos. Ni siquiera la intervención mediadora de la Comisión Ejecutiva del PSOE consiguió frenar la disposición prietista a presentar batalla frontal en ese punto. Respondiendo a esas llamadas a la unidad y a la concordia, Prieto dio por roto cualquier posible acuerdo mediante una carta pública de 13 de mayo de 1939:

> No puedo servir los deseos de la Ejecutiva en pro de mi avenencia con Negrín, porque me lo impiden mi conciencia política y mi decoro personal […]. Durante la guerra mi discrepancia con la conducta de Negrín fue mantenida en doloroso silencio para que nadie me imputara que perturbaba sin provecho a quienes en la acción gubernativa o en la política asumían responsabilidades directoras, y por eso no quise participar en las tareas de la Comisión Ejecutiva. Desaparecidas tan delicadas circunstancias, me siento en libertad de proclamar en público, fundamentándolas, mi discrepancia pasada y presente con Negrín para quedar desligado, hasta donde sea posible y justo, de una política que agigantó siniestramente las proporciones del desastre y amenaza con hundirnos a todos en la ignominia[43].

Con esa amenaza sombría de escisión en el horizonte, Negrín desembarcó en el puerto de Nueva York el 1 de mayo de 1939 y permaneció en esa ciudad durante casi todo el mes[44]. Mientras duró su estancia en Estados

Unidos, Negrín atendió diversos asuntos familiares inexcusables. Ante todo, se reencontró con sus tres hijos, que se habían exiliado en Estados Unidos. Allí llegarían a culminar sus carreras profesionales y vitales con mayor o menor fortuna. El hijo primogénito, Juan Junior, que ya era licenciado en medicina y había ampliado estudios en Alemania, se convertiría muy pronto en un brillante neurocirujano que ejerció su profesión en Nueva York durante casi toda su vida. Residiría en esa ciudad en compañía de su mujer, Rosita Díaz, que siguió ocasionalmente su carrera como actriz y locutora de radio (y que siguió sin ser del total agrado de su suegro). El segundo hijo, Rómulo, que había sido piloto de combate durante la guerra, completaría los estudios de ingeniería aeronáutica en la Universidad de Nueva York. Acabaría viviendo en México después de haberse desposado en febrero de 1944 con Jeanne, una muchacha norteamericana cuyos padres eran respetados millonarios de Hopewell (Nueva Jersey), con la que tendría dos hijos: Juan, nacido en septiembre de 1945, y Carmen, nacida en julio de 1947. El tercero de los hijos, Miguel, que había acompañado a su madre al salir de España para instalarse en Nueva York, acabó con éxito sus estudios de ingeniería en la universidad neoyorquina. Años más tarde, en septiembre de 1950, contraería matrimonio con Glenna, una acaudalada joven norteamericana cuyo padre era un accionista de la compañía Westinghouse (en la que él mismo empezó a trabajar como alto ejecutivo). El matrimonio, que residiría durante mucho tiempo en Sans Points (Long Island, Nueva York) tendría tres hijos en los años siguientes: Cristina, Victoria y Miguel[45].

Durante su estancia en Nueva York, Negrín se alojó principalmente en el Hotel Plaza y en el domicilio particular de su amigo, el periodista Jay Allen, que tenía un céntrico piso en el número 21 de la plaza de Washington Square North[46]. Y desde allí, aparte de atender sus asuntos familiares (con la única salvedad de negarse a ver en persona a su esposa legal, María Mijailov), desplegó una intensa actividad política, concediendo entrevistas a la prensa en inglés y entrevistándose con altos cargos de la administración demócrata como era el caso de Henry Wallace, vicepresidente de Roosevelt. El 12 de mayo de 1939 Negrín fue invitado como huésped de honor a una cena organizada en su casa por el prestigioso economista Leon Henderson,

uno de los principales asesores económicos del presidente Roosevelt. A ella acudieron, además de Allen y el propio Wallace, otras personalidades como Harold L. Ickes (secretario de Interior), el doctor Isador Lubin (consejero personal de Roosevelt para asuntos laborales), el juez Felix Frankfurter (recién nombrado por el presidente como miembro vitalicio del Tribunal Supremo de Estados Unidos) y el juez Tom Corcoran (del estado de Nueva York). El juicio formulado en sus memorias por Ickes sobre Negrín resulta revelador de la buena impresión causada y del tipo de preocupaciones que abrigaban esos altos dirigentes de la administración demócrata:

> Encontré a Negrín muy interesante. Es un hombre atractivo y produce una impresión muy agradable. Es fisiólogo y según me dicen uno de los más famosos del mundo. Expresó su firme confianza de poder regresar a España antes de tres años y le dije que en ese caso yo le visitaría allí. […] Respondiendo a una pregunta de Tom Corcoran, declaró que Rusia nunca había solicitado condiciones previas para la venta de sus armas a España. Negrín dijo que sin duda había habido agentes del servicio secreto de Rusia en España, como también los había habido de Francia y Gran Bretaña y que estos le habían creado muchos más problemas que aquellos. La causa del quebrantamiento de España había sido su incapacidad para conseguir armamento. Este país había sido particularmente estricto al respecto. España no había podido comprar municiones de modo abierto en la mayor parte de los sitios, lo que implicó costes excesivos y municiones y equipos de calidad inferior[47].

Según algunos testimonios indirectos, por aquellos días Negrín también había mantenido una entrevista con la esposa del presidente, Eleanor Roosevelt, cuyas simpatías particulares por la causa republicana no eran ningún secreto. Sin embargo, ni hay constancia documental de tal cita, ni Negrín ni sus colaboradores hicieron nunca mención reservada o pública de la misma. El propio Louis Fischer, que había intercedido ante la señora Roosevelt a favor de la República (y lograría poco después la salida de Rusia de su familia gracias a su intervención), omite cualquier referencia a la hipotética entrevista en la última edición de sus memorias[48].

En sus declaraciones a la prensa norteamericana, Negrín declaró que su viaje tenía por objeto principal «obtener mayor ayuda para los refugiados». Pero tampoco dejó de abordar cuestiones políticas directas y candentes:

> Durante tres horas en correcto inglés, el expresidente del Consejo habló con los periodistas neoyorquinos de toda clase de asuntos relacionados con la guerra civil. Los recibió en su departamento del Plaza Hotel, sonriente y optimista, sin dar la impresión de ser un vencido.

> Leyó una declaración en la que afirma que viene a Estados Unidos «como simple ciudadano privado, pero dispuesto a contribuir con su experiencia de la guerra para ayudar a todos aquellos que deben hacer frente al mismo enemigo que destruyó el régimen democrático español». Expresó su agradecimiento a los numerosos norteamericanos que habían ayudado al pueblo español financieramente y a los que habían tomado parte en la guerra. (…) «La guerra mundial, añadió, sería una oportunidad para los republicanos pero espero y deseo que esta catástrofe sea evitada, porque de todos modos el pueblo español triunfará igualmente sobre sus enemigos internos y externos. De ese triunfo depende en verdad el destino de los países totalitarios y la política que hayan de seguir los otros países. Mientras tanto confío que los amigos de España seguirán ayudando al pueblo con alimentos, pues es fundamental que los extranjeros bien intencionados traten de mitigar el hambre y la represión que sufre en la actualidad España»[49].

Mucha mayor transcendencia que sus declaraciones periodísticas habría de tener la conferencia impartida por Negrín en Nueva York por invitación del Council on Foreign Relations, que se celebró el 8 de mayo de 1939. En la misma, expresándose en inglés, explicó pormenorizadamente a una audiencia especializada e influyente los orígenes de la guerra española (la resistencia conservadora a la voluntad de reforma social de la República), la transcendencia internacional de la misma (una fase de la lucha europea «entre el imperialismo totalitario» y las democracias liberales) y las causas de la derrota gubernamental («Perdimos la guerra, caballeros, debido a nuestra terrible inferioridad en material bélico»). A este respecto, como haría en la cena en casa de Leon Henderson, no dejó de subrayar la importancia que tuvo el embargo de armas decretado por la política de No Intervención franco-británica, «influenciada mucho más por consideraciones de clase e ideológicas que la política de Alemania, Italia y la Unión Soviética». Y abordó directamente la supuesta dependencia soviética de su gobierno:

> Hay mucha curiosidad en estos días por el papel de Moscú en España.
>
> En mi opinión, Moscú trató de hacer en España lo que Francia e Inglaterra hubieran debido hacer por sí mismas. La premisa de la ayuda soviética a la República Española se sustentaba en la idea de que París y Londres reconocerían finalmente los riesgos implícitos para sus intereses de una victoria italo-germana en España y se sumarían a la URSS en su apoyo a nuestra causa. Múnich, con su innecesaria rendición incondicional a las potencias totalitarias, probablemente destruyó esa esperanza sin remisión. Moscú, por sí solo, nunca hubiera podido salvarnos. Francia e Inglaterra nunca actuaron como dictaban sus intereses imperiales. Puede que algún día tengan un rudo despertar y busquen al mismo pueblo al que ayudaron a destruir mediante la No Intervención.

> Por supuesto que compramos en Rusia lo que hubiéramos comprado en Estados Unidos, Francia e Inglaterra si las democracias hubieran respetado el derecho internacional y hubieran protegido sus intereses nacionales. ¿Habrían podido pedirnos ustedes que renunciáramos a las armas rusas cuando éramos incapaces de obtenerlas en ningún otro lugar[50]?

Completados sus deberes en Nueva York, Negrín emprendió el viaje hacia México, su principal destino político porque allí se estaba concentrando el grueso del exilio republicano en América en aplicación del acuerdo secreto concertado por Vidarte y el presidente Cárdenas en 1937. Y porque allí tenía su base de operaciones Prieto, cuyo asalto político a la legitimidad del gobierno Negrín se había acentuado durante la estancia de este en Nueva York. Negrín había tratado de evitar la ruptura total ofreciéndole a Prieto, por mediación de Méndez Aspe, la presidencia del organismo oficial que habría de gestionar en México el tesoro del Vita. Desde Nueva York, incluso escribió una carta particular a Prieto invitándole a celebrar una entrevista personal para zanjar «los equívocos y malas inteligencias surgidos en los últimos meses» y para recomponer la unidad socialista y, por ende, del exilio republicano[51]. En París, Zugazagoitia se hacía eco con tanta amargura como temor del desencuentro entre ambos líderes socialistas y no dejó de aventurar en privado a sus amigos más íntimos una ruptura total y letal para la causa republicana:

> La campaña contra don Juan adquiere, sobre todo desde Méjico, una virulencia extremada. Se le censura acremente y he visto cartas donde le acusan de haberse quedado con el dinero. Esto último es una consecuencia fatal de no haber nombrado aquella comisión nacional que Vd. y otras personas le aconsejaron. Siendo falso, como lo es, que haya distraído una peseta para asegurar su futuro, la general acusación de los refugiados va por ahí. Y en Méjico, si va allí, tendrá más de una contrariedad, juzgando por lo poco que sé de lo que allí pasa. P.(Prieto) a quien el Presidente puso un telegrama reprensivo, ha enviado un informe terrible, y en cartas particulares ha dicho que no soporta la segunda pateadura de don Juan. Por el tono de sus cartas se advierte que se negará incluso a recibirle. Bella situación como puede darse cuenta. El barullo puede degenerar en escándalo[52].

Negrín llegó a México a principios de junio de 1939 y se entrevistó con el presidente Cárdenas los días 3 y 4 en la ciudad de Hermosillo, capital del estado de Sonora, en el noreste. Probablemente, Negrín solicitó en alguno de esos dos encuentros la intervención de Cárdenas para recuperar el control del tesoro del Vita. Pero parece que Cárdenas no mostró ningún

deseo de inmiscuirse en el pleito abierto y solo aconsejó a Negrín que se entrevistase con Prieto para zanjar las diferencias y concentrarse en los «elementos que podrán aportar para ayudar a los contingentes españoles que vienen a radicarse en México»[53]. En todo caso, las primeras manifestaciones públicas de Negrín en México traducían cierto optimismo y no dejaron de agradecer la ayuda mexicana en la guerra y en el exilio:

> Todo lo que puedo decir en este momento es únicamente un saludo al pueblo de México que ha sabido estar con el de España en las horas de mayor dolor y sufrimiento que este ha sabido soportar por más de tres años[54].

Tras ese primer encuentro, Negrín acudió a la recepción del buque Sinaia en el puerto de Veracruz el día 13 de junio. Fue una jornada de emociones intensas y mayormente felices. Se subió a bordo del buque, fue recibido con vítores bajo una pancarta enorme que rezaba «Negrín tenía razón», saludó a una gran parte de sus pasajeros y participó en la ceremonia de bienvenida organizada por las autoridades mexicanas, amenizada con pasodobles y rancheras[55].

La jornada en Veracruz probablemente fue la única plenamente feliz para Negrín durante su estancia en México en junio de 1939. Porque el principal de sus objetivos políticos naufragó durante aquellas mismas semanas de modo irremisible. De hecho, sus tentativas para encontrarse en persona con Prieto y zanjar las diferencias fueron reiteradamente rechazadas por el interesado. La densa correspondencia cruzada entre ambos líderes entre el 7 de junio y el 3 de julio sancionó esa ruptura porque fue divulgada mediante una edición gestionada de inmediato por Prieto para afianzar sus posiciones. Ni siquiera la reiteración por Negrín a su antiguo amigo y valedor, el día 24 de junio, de la oferta para que asumiera la presidencia de «la administración de los recursos con que se contara» evitó la voluntad rupturista de Prieto[56]. De hecho, desde principios de junio el veterano líder socialista, pertrechado del apoyo público de los exministros Giral, Barcia, Gordón Ordás y Pozas, había emprendido una ambiciosa operación política para que la Diputación Permanente de las Cortes anulara cualquier «sombra de autoridad legal en el señor Negrín» y asumiera la

gestión directa «de todos los bienes aquí acumulados» para «disponer el empleo de los mismos en el asentamiento de refugiados»[57].

Así pues, la estancia de Negrín en México se saldó con un fracaso a la postre letal para el exilio republicano. Si bien Cárdenas no dejó de ofrecerle todo tipo de facilidades (incluyendo la negativa a reconocer *de iure* al gobierno franquista), el presidente mexicano mantuvo su decisión de no intervenir en el pleito intrarrepublicano por el control del tesoro del Vita. Por su parte, Prieto, beneficiado por esa inhibición puesto que ya tenía en sus manos el tesoro, intensificó su actividad para encabezar un amplio movimiento interpartidista (en clave anticomunista y antinegrinista) que tenía sus esperanzas puestas en la próxima reunión de la Diputación Permanente que habría de tener lugar en París. De hecho, el cruce de cartas recriminatorias entre Prieto y Negrín durante el mes de junio de 1939 en México prefiguró el profundo cisma que habría de sancionarse oficialmente en París un mes después, con la presencia de ambos líderes en las sesiones de la Diputación Permanente.

En efecto, tanto Negrín como Prieto embarcaron en el mismo buque que les llevaría desde México a Francia a principios de julio de 1939. Aunque Negrín (al que acompañaban en el viaje Méndez Aspe y Álvarez del Vayo) intentó entrevistarse en el barco durante la travesía con su antiguo amigo y todavía correligionario, no consiguió su propósito. En consecuencia, el duelo entre ambos prosiguió con letal intensidad en París y tuvo dos escenarios principales: el Grupo parlamentario y la dirección del PSOE, por un lado; y la Diputación Permanente de las Cortes, por otro. En el primer caso, durante las reuniones celebradas por los diputados socialistas y la Comisión Ejecutiva en los días 19, 20 y 21 de julio, se apreció la férrea negativa de Prieto a cualquier transacción (como las propuestas por Prat, Zugazagoitia o Lamoneda) y su mayor apoyo entre los casi treinta diputados socialistas asistentes a las reuniones del Grupo Parlamentario. Negrín, por el contrario, contaba con el apoyo prácticamente unánime de la Comisión Ejecutiva y con la mayoría de los representantes socialistas en la Diputación. Todas las reuniones tuvieron lugar en un clima emocional muy crispado. En una de ellas Negrín estuvo a punto de abofetear a Prieto por la única causa que le mortificaba íntimamente: las veladas acusaciones de

beneficio personal económico (suyo o de su hijo mayor) y los igualmente velados reproches por su supuesta lujuria (que incluía la infamante acusación de haber tenido relaciones con su propia nuera). Así lo relataba con pesar Zugazagoitia en carta privada al doctor Pascua:

> Al final de los informes hubo una escena de particular violencia, que inició N. (Negrín) encarándose con P. (Prieto) y preguntándole si era verdad que él había dicho a las personas siguientes: Bujeda, Sánchez Román, Delgado de Torres y Méndez Aspe que él se había acostado con la mujer de su hijo, que Juanito había dilapidado estos o los otros dineros, que él mismo era lo uno y lo otro, etc, etc. El tono de la voz era ronco. La mirada fija e hiriente. Las dos manos, que se veían cerradas y dispuestas al golpe, en los bolsillos de la americana. Yo me puse en guardia. Estaba dispuesto a tirarme al cuello de N. para evitar, si una palabra de P. lo determinaba, la agresión, aun cuando me costase algunos golpazos. P. no contestó, eludiendo los temas y haciendo recaer la conversación en que él había tratado de sacar de la aviación a Rómulo. Fue un paso del que salimos con bien por milagro. Al día siguiente nos reunimos los diputados solos. Prieto nos descubrió su pensamiento. Se trataba de alejar a N. como hombre que no podía representar la esperanza de los refugiados, por su entrega a los comunistas y además, que no podía seguir siendo el administrador por su manera de administrar, confiando los dineros a domésticos y amigos. Yo dije en esa reunión y ello le impresionó, al punto de tomarlo en consideración, que con mi voto no se desahuciaba a un socialista por tacha tan infamante, que eso no lo haría yo aun cuando me lo ordenasen, y que si tenía que hacerlo por acatamiento a la disciplina de Partido, que inmediatamente haría pública mi baja y la razón de ella. Creo en conciencia —dije— que N. es un hombre honrado, incapaz de distraer una peseta para su personal interés, y podrán ser todos los grupos los que le recusen menos el grupo a que él pertenece. Como esto, dicho en términos categóricos y firmes, impresionó a Prieto, vimos por ahí una salida conveniente al problema, y sobre ella nos pusimos a trabajar, pero no tardamos en convencernos de que no había arreglo. Prieto admitía que la destitución de N. se operase en las mejores condiciones de consideración, pero que había de operarse. N. en cambio no transigía con la que D. (Diputación) se encargase de la administración, no viendo inconveniente en que P. fuese nombrado lo que se quisiese[58].

Con la dirección y el grupo parlamentario divididos, bloqueados y al borde del cisma, Prieto y los diputados socialistas que le secundaban resolvieron actuar por su cuenta y exigir a la Diputación Permanente que discutiera la previa propuesta de Prieto de dar por inexistente el gobierno presidido por Negrín y encargarse directamente de la gestión de los fondos económicos disponibles. Ante esa decisión virtualmente escisionista, Zugazagoitia dejó constancia en la intimidad de su profunda amargura por la deriva y encono de su antiguo mentor político, que trató de lograr sin éxito su apoyo y su voto en la crucial reunión:

> Yo no creo que Negrín sea un ladrón; más; creo que no ha distraído un solo franco para sí y que jamás lo distraerá, y como a lo que se me invita es a exonerarle por inmoral, yo no lo puedo hacer sin dejar, automáticamente, de ser persona decente. Todavía más. Sustrayéndonos al problema de fondo, que solo se publica en boca pequeña y en los corros, centrando la cuestión en lo puramente político, entiendo que todos los partidos políticos se pueden encarnizar con N. (Negrín), correspondiéndole en ese supuesto al nuestro una posición de defensa de N. Lejos de esto, lo que se hace o se quiere hacer, es encabezar las agresiones contra un correligionario. ¡Muy terribles necesitarían ser sus culpas para que tal posición pudiese ser comprendida! Yo, personalmente yo, no hago eso. Resultado: Prieto en minoría en la Comisión Ejecutiva y en el seno de los diputados socialistas de la Permanente. Entonces se pide convocar al grupo parlamentario. […] Como no lo reúnen, lo reúne P. (Prieto). La cita de los resentidos. Le dan la razón: Llopis, De Francisco, Carrillo, etc. ¡Para llorar de risa! ¡Para morirse de asco! […]. Lo popular ahora es quitar la razón a Negrín. […] Pero lo que no puedo hacer es dar con mi voto razón a sus rencorosos debeladores[59].

El día 26 de julio de 1939 la Diputación Permanente volvió a reunirse en París y fue escenario de una decisión crucial para el porvenir de la República (y del PSOE). Revocando su decisión del día 31 de marzo por considerar sus acuerdos «contradictorios y confusos» y «siempre revocables», la Diputación Permanente aprobó la siguiente resolución con 14 votos a favor (todos los republicanos más los socialistas Prieto, De Francisco y Sapiña), 6 en contra (los socialistas Prat, Zugazagoitia, Lamoneda y Julia Álvarez, además de los dos comunistas) y 2 abstenciones:

> La Diputación Permanente, como síntesis de las Cortes ni finiquitadas ni disueltas, es la única institución indiscutible, la por todos acatada, de cuantas han quedado de nuestra estructura constitucional.
>
> En lo que atañe al Gobierno, al día de hoy, en su composición actual, un examen objetivo de los hechos lo presenta como inexistente en realidad. Porque no cumple el condicionado de su formación; porque no se hallan en él presentes importantes sectores de la República; porque otros, aun cuando representados, no lo están en aquella forma y medida prefijadas indispensables para un equilibrio justo y para su normal funcionamiento.
>
> No puede estimarse tampoco la existencia de Gobierno; porque no es posible reforzarlo ni cambiarlo, y nadie osará suponerlo *permanente* contra la voluntad de sectores políticos y parlamentarios que le dieron vida en virtud del mandato de su formación[60].

La insólita resolución fue completada por otra no menos transcendente cinco días después: la constitución de una Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), organismo «fiscalizado por la Diputación Permanente» y dirigida *de facto* por Prieto para administrar el tesoro del Vita y todos los fondos financieros pertenecientes a la República. El nuevo

organismo quedó presidido por Nicolau D'Olwer (exgobernador del Banco de España) y una comisión de vocales compuesta por Prieto, Amador Fernández, Juan Peiró, José María Andreu, Emilio Palomo y Faustino Valentín[61].

La respuesta de Negrín ante esas resoluciones infamantes para su persona y su gobierno fue una inmediata declaración política ante los reunidos negándose a reconocer la resolución «por faltar potestad a la Diputación Permanente de las Cortes para tomar el acuerdo». Aceptaba así el desafío planteado a pesar de que muchos de sus más íntimos amigos le habían aconsejado tirar la toalla, asumir la derrota y retirarse de la vida política. Zugazagoitia, en particular, le animó a aprovechar la ocasión para mandar «todo a la porra»:

> Yo, en su caso, aceptaría la resolución, dejando constancia de lo sucedido, y me apartaría del asunto, dejando al tiempo obrar y esperando con la esperanza de una apelación ante España cuando eso sea posible hacerlo. ¿Posición absurda? No lo creas. Firme. Con ello daría ocasión a que se desacreditasen los que todavía no se han desacreditado lo suficiente. N. haría acopio de nuevas autoridades[62].

Pero su consejo no podía ser aceptado porque Negrín no era el tipo de persona que abandonaba el cargo en medio de la tormenta, como había demostrado ampliamente en ocasiones anteriores. Por eso mismo, pocos días después reiteró públicamente su voluntad de seguir al frente del gobierno en el exilio como «único órgano ejecutivo legal» que «aspira a la unión de todas las fuerzas políticas y sindicales de la República para desarrollar un plan de recuperación de España», que «proseguirá su labor en beneficio de los refugiados españoles», que «por nada ni por nadie cesará de cumplir sus deberes y obligaciones» y que «exigirá dónde y cuándo pueda las máximas responsabilidades por los perjuicios que se irroguen a los intereses de los emigrados y de la causa republicana»[63]. El propio Largo Caballero, a pesar de que su grupo había decidido secundar las iniciativas de Prieto, no dejaría de consignar por entonces en privado sus escrúpulos ante la justicia y legitimidad de aquel cisma:

> Alegando ¡ahora! que el acuerdo de la Diputación Permanente no se ajusta a tal o cual artículo de la Constitución, propone una solución que si de verdad tuviera escrúpulos

> legalistas, no se le hubiera ocurrido; ¡no he visto opinión más absurda que la de Prieto! Para él no existen las instituciones fundamentales de un Estado: Presidente de la República ni Gobierno porque «no dispone ni de un palmo de tierra de la nación española»: no dice que no existe el Parlamento, pero esto es evidente, sin embargo, para Prieto tiene existencia legal el organismo subalterno como lo es la Diputación Permanente y esta sí puede administrar los bienes de la España republicana. ¿Habrá cosa más disparatada? Todo es un golpe en competencia con Negrín y compañía, pero no tiene valor para declararlo y tratan de ocultar la trapacería con la cataplasma de la Diputación Permanente[64].

Las resoluciones tomadas en julio de 1939 fueron el momento culminante de la división política (y financiera) de lo que quedaba del aparato institucional de la República. Desde entonces, el cisma en el exilio republicano quedó consumado y daría origen a una batalla que desangraría las fuerzas de ambos contendientes y lastraría su capacidad de actuación diplomática. No en vano, la legitimidad reclamada por Negrín para su gobierno en el exilio se enfrentaría a la legitimidad reclamada por Prieto para la Diputación Permanente de las Cortes (con el apoyo de Martínez Barrio, que siguió negándose a asumir la presidencia de la República y dejó en suspenso su condición de presidente de la Diputación). La inmediata reconstrucción del PSOE y la UGT auspiciada por Prieto, con el concurso inesperado de la facción largocaballerista y de los antiguos besteiristas, se enfrentaría a la voluntad de las Comisiones Ejecutivas salidas de España y presididas por Ramón Lamoneda (PSOE) y Ramón González Peña (UGT). La actividad humanitaria de ayuda a los exiliados impulsada por el SERE se enfrentaría a la actividad humanitaria de ayuda al mismo colectivo arbitrada por la JARE. Todo ello con la consiguiente dispersión de esfuerzos, división de fondos financieros y acerba competencia por asentar su respectiva influencia entre la masa humana de exiliados. Apenas dos años después de cristalizado el cisma, Lamoneda hacía balance de la subsecuente rivalidad entre ambos grupos exiliados con certera amargura:

> Vistas a dos años fecha, la labor de la JARE y del SERE pueden ser enjuiciadas con cierta objetividad. Su proceso de descrédito ha sido el mismo, era cosa prevista. El más inexperto políticamente podía presagiar que asumir la responsabilidad de dirigirlos o de encabezarlos, era hacer oposiciones al descrédito. No hay previsión ni pericia capaces de hacer frente al problema de medio millón de exiliados, y de exiliados temperamentalmente hipercríticos. Parece que el Partido Socialista estaba destinado en la guerra y en la posguerra a desgarrarse […].

> El SERE no ha pasado de ser un servicio dependiente del Ministerio de Hacienda […], el SERE no fue nunca un instrumento apto, ni tuvo nunca criterio definido, no tuvo agilidad. Le exculpan el barullo y la persecución de la reaccionaria Administración francesa.
>
> La JARE no ha tenido, contra lo que se esperaba, mejor fortuna. Se burocratizó, escatimó subsidios. No afrontó empresas. Apenas embarcó a nadie. Abusó de las listas negras y, como el SERE, no gastó un céntimo en la defensa política de la masa exiliada[65].

Apenas sancionada la ruptura de la unidad siquiera formal de las instituciones y la dirección política del exilio español, el estallido de la Segunda Guerra Mundial el 3 de septiembre de 1939 aún complicó más la situación para el gobierno de Negrín y para su facción en el movimiento socialista. Aquel fatídico día, transcurridos apenas cinco meses desde el final de la guerra civil en España y dos días después de la invasión germana de Polonia, la entente aliada formada por Francia y Gran Bretaña declaraba la guerra a Alemania mientras Italia renunciaba a declararse neutral y asumía una ambigua posición de «no-beligerancia» (en gran medida forzada por su agotamiento tras la «aventura española»). Por su parte, la Unión Soviética también asumía una política de neutralidad en el conflicto apenas veladamente contraria a las democracias occidentales, en consonancia con el Pacto de No Agresión germano-soviético firmado el 23 de agosto de 1939 para sorpresa de casi todo el mundo. Paradójicamente, también la España de Franco adoptaba una análoga política de neutralidad oficial teñida en la práctica de parcialidad proalemana y animadversión antialiada. En su caso, esa neutralidad forzada y reticente tenía poderosas razones de vulnerabilidad estratégica y debilidad económica: el agotamiento y la devastación del país tras una cruenta guerra fratricida y el persistente dominio naval aliado de los accesos marítimos españoles y su control de los vitales suministros alimenticios y petrolíferos importados por el país para su mera supervivencia[66].

Iniciada la contienda mundial, Negrín decidió prestar su apoyo abiertamente al esfuerzo de guerra franco-británico contra Alemania. En el terreno privado, no dejó de escribir a sus amigos socialistas y laboristas franceses y británicos animándoles en la lucha y ofreciéndoles su aliento político y personal[67]. También el SERE, a través de su órgano oficial, el boletín *Norte* (6 de octubre de 1939), secundó la posición adoptada por el jefe del gobierno en el exilio: «Estamos con Francia e Inglaterra

incondicionalmente para abatir el régimen de oprobio de Hitler y sus cómplices»[68]. Esa decisión pública supuso una toma de postura bien reveladora de la falta de veracidad de la leyenda sobre el criptocomunismo del presidente del gobierno republicano porque le enfrentó a la dura hostilidad de los comunistas y de la Comintern. No en vano, en consonancia con la política soviética, la dirección del PCE interpretaba el conflicto como una «guerra interimperialista», renunciaba a la prédica antifascista y postulaba una política de neutralidad veladamente antioccidental. Solamente casi dos años después, tras la inesperada invasión nazi de la Unión Soviética en junio de 1941, los comunistas rectificarían su postura y revalidarían su antifascismo a la par que su simpatía por la figura del doctor Negrín. Pero mientras esa rectificación forzada llegaba, Negrín no dejó de ser acusado de virtual traidor a la «causa popular»:

> Efectivamente, el último expresidente del Consejo de ministros de la República española, al comportamiento para con nuestra causa de la pandilla francesa de la «no intervención» respondió ofreciendo «gentilmente» a los republicanos españoles internados en Francia para ser enrolados en el ejército francés[69].

Negrín quedó muy afectado en el plano personal, tanto o más que en el plano político, por las disensiones que fracturaban el exilio. Jules y Germaine Moch recuerdan que por entonces «sufría cruelmente por la derrota», «era pesimista» y «vivía muy aislado»[70]. Pero no por ello dejó de actuar en la medida en que lo permitía su condición de refugiado político destacado y con obligación de no crear dificultades al gobierno francés en su delicada relación con el gobierno español. De hecho, entrevistado por la prensa francesa poco antes de estallar la guerra mundial, sus respuestas fueron tan medidas como clarificadoras. Se negó a opinar sobre el pacto germano-soviético por carecer de «elementos suficientes de información para aventurar un juicio», pero reiteró sin ambages su apoyo al esfuerzo bélico del gobierno francés:

> Pase lo que pase, los republicanos españoles leales al régimen constitucional que se encuentran en Francia han de considerar la lucha, caso de que haya guerra, como si fuera por la propia causa y no por razones de tipo político sino de categoría nacional. La suerte de Francia marcará la de España. Por ello debemos sumarnos a los combatientes franceses que

> en estos días están dando unas pruebas de serena disciplina que impone máxima admiración y respeto[71].

También en esa ocasión manifestó su esperanza de que el régimen franquista se mantuviera al margen de la guerra, a pesar de sus simpatías por el Eje italo-germano y de la posible adopción (como así sería) de una neutralidad forzada y veladamente hostil a las grandes democracias. Del mismo modo, expresó su deseo de que Franco aprovechara también la ocasión para proceder a la «pacificación interior» por medio de una amnistía:

> Creo que el actual régimen franquista se mantendrá neutral en la contienda. Lo deseo vivamente en interés de España. Aún en el caso de que sus dirigentes estuvieran dispuestos a seguir fieles a la trayectoria nazi, se verían forzados a simular una neutralidad aparente. […]
>
> Estos momentos decisivos para el futuro de España requieren un frente único de todos los españoles. Para ello se necesita una pacificación interior que solo puede traer una amnistía, que ponga fin a las represalias y persecuciones y permita el regreso al seno de la Patria a aquellos de sus hijos que lo deseen y están en el exilio. Ojalá así lo comprendan quienes tienen en sus manos los destinos de España. Nosotros por nuestra parte evitaremos en circunstancias como las presentes el atizar el fuego de la discordia.

La declaración final apaciguadora de Negrín no fue solo para consumo público y propagandístico en Francia y entre el exilio. La eclosión de la guerra mundial, llegada apenas un mes después de la quiebra de la unidad institucional republicana, le animaron a emprender una gestión político-diplomática sumamente compleja y de carácter marcadamente personal, sin consulta previa con el resto de los ministros y solo contando con algunos estrechos y fieles colaboradores (como Blas Cabrera y Pablo de Azcárate). Por mediación de Cabrera, Negrín hizo una propuesta confidencial a finales de septiembre de 1939 al embajador franquista en París, José Félix de Lequerica (de la cual Azcárate informó al Foreign Office). Según el «memorándum-guión» entregado a Cabrera para su transmisión a Lequerica, se trataba de llegar a un acuerdo formal con Franco para conseguir de este su aceptación del regreso de la masa de exiliados republicanos en condiciones de seguridad física y jurídica (mediante una amnistía) que hicieran posible «una concordia entre los españoles» y «la pacificación interior sin la cual no será posible ganar la paz». A cambio de

esa medida, que no suponía «pactos ni arreglos que se reflejen en posibles convivencias y substituciones», Negrín ofrecía su casi única baza disponible, los fondos económicos salvados en el exilio: «transferir a su gobierno (de Franco) cuantos elementos le correspondieran en virtud de la extinción automática de instituciones que, desde nuestro punto de vista, conservan una virtualidad constitucional y jurídica»[72].

La extraña gestión (significativamente similar a otra emprendida por Prieto de modo autónomo) fue ignorada por las autoridades franquistas y no tuvo ningún resultado práctico. Y, sin embargo, Negrín siguió abrigando esperanzas de conseguir algo por esa vía. Así lo dejó entrever en su correspondencia privada con un amigo al que había vuelto a tratar con la máxima confianza: el general Rojo. El 15 de octubre de 1939, Negrín remitió a su antiguo asesor militar, entonces en Buenos Aires, una carta en la que le daba cuenta de su situación personal y de sus planes inmediatos. Empezaba por reconocer que el estallido de la guerra mundial había transtornado sus proyectos de hacer un largo viaje por Estados Unidos y «algunos países de Centro y Suramérica». Durante ese viaje, aparte de «esclarecer la posición de los españoles» en el exilio en distintos países, se había comprometido a impartir «una serie de conferencias» que «me hubieran reportado un serio beneficio». Pero con la guerra en marcha en Europa, Negrín confesaba que estimaba «mi deber» quedarse en el continente porque «la moral de nuestra gente en Francia se derrumbaría» si el presidente del gobierno en el exilio «se aleja»: «ahora murmuran y se ceba en uno la maledicencia, pero al marcharse se sentirían abandonados». A continuación expresaba su confianza en que Franco «se mantendrá neutral y acaso que con habilidad y firmeza logre reconstruir nuestro deshecho país». Y hacía una velada alusión a sus propuestas al señalar que tal tarea podría hacerse «con las colaboraciones necesarias» y a condición de una «amnistía generosa». Si tal hecho fuera posible, Negrín confesaba su disposición a prestar esa colaboración: «Creo que nuestro deber es hacer una tregua». Y añadía un pronóstico y una reflexión que no abandonaría nunca en los años posteriores:

> Alrededor de todas estas cuestiones giran mis pensamientos. Sigo pensando que la suerte de España está vinculada a la derrota de Alemania. Si estos amigos de Francia e Inglaterra nos

> hubieran hecho caso a tiempo y no hubieran tenido la obsesión, estimulada por la propaganda totalitaria, de considerar nuestra guerra como fundamentalmente «civil» y «política», otro rumbo hubieran tenido las cosas. Pero ya esto no tiene remedio. Conformémonos, en bien de España, con lograr que Franco permanezca neutral[73].

Su estado de ánimo no había cambiado demasiado dos meses y medio después, cuando se acercaba el final del año 1939 y la guerra mundial parecía haberse estancado y sin ventaja clara para ninguno de los beligerantes. Poco antes de la Navidad, Negrín remitió otra carta particular a su viejo colega y amigo, el doctor Pascua, afincado ya profesionalmente en Estados Unidos, que permite colegir sus pensamientos por esas fechas. Desde luego, el texto reflejaba su amargura por la división operada en el exilio y también transparentaba su decepción por la falta de respuesta a su gestión por parte de Franco:

> Aquí nos vamos debatiendo con las dificultades del problema de nuestros refugiados. La guerra ha agravado su solución pero más que la guerra la ha estropeado nuestra propia inconsciencia. En fin yo procuro cumplir sobrellevando la ingrata carga que la suerte me ha echado encima. No quisiera hurtarme una sola vez al deber que en cada momento me marque el destino. Sé que terminaré malparado […].
>
> Lo importante es que las cosas se hagan.
>
> De España muy malas noticias. Aquello se sostiene a fuerza de terror. Terminará desmoronándose. Solo la situación internacional lo sostiene. Aquella gente con un poco de sentido común y de humanidad podrían haberse hecho con el país cansado de horrores, pero su sectarismo y su ceguera los ha llevado a una situación de marasmo.
>
> Menos mal si se logra impedir que en un gesto de locura lleven a España a la guerra para la próxima primavera, como intentan algunos sectores entregados a los alemanes.
>
> Muchas cosas le diría si supiera que sectores entrometidos no se interponen, pues aunque cuanto interesara lo hago llegar a los círculos dirigentes franceses, no es quizá procedente arriesgarlo a la curiosidad burocrática[74].

Pocos meses después, Negrín también expondría sus pensamientos a un nuevo amigo que habría de tener muy pronto una influencia directa e inesperada en su vida como exiliado: Luis I. Rodríguez Taboada, recién nombrado por Cárdenas como ministro plenipotenciario de México en Francia (sustituyendo a Bassols). A principios de abril de 1940, en su primera reunión en París (se habían conocido durante el viaje a México en junio de 1939), Negrín explicó al joven diplomático las razones de su prolongado silencio ante las divisiones que fracturaban el exilio y sus

esperanzas de que la suerte de la guerra mundial pudiera revertir el desenlace de la guerra civil:

> Hasta ahora he preferido callar, porque al agitarme y pretender ventilar fuera de España cuestiones en que el pueblo español ha de ser el único árbitro irrecusable, pensé que era avivar inevitables querellas del exilio, propicias a degenerar en personalismos y riñas de campanario cuando por virtud del destierro mismo está ausente el ojo avizor de las masas populares, que es el gran correctivo de las democracias. […]
>
> Tanto al abandonar España como al llegar horas después a Francia, el gobierno afirmó y declaró que seguiría luchando indefinidamente hasta lograr el restablecimiento de la República que consideraba subyugada, pero no abolida. Nunca capitulamos. Nunca nos rendimos. Nunca aceptamos ser vencidos. No admitimos que una derrota transitoria fuera el final de nuestra guerra, ni que la voluntad del pueblo español pudiera quedar anulada por la confabulación y la violencia[75].

Las esperanzas y la relativa tranquilidad personal alcanzada por Negrín para entonces tenían una fecha de caducidad muy próxima e inesperada. Justo a mediados de abril de 1940 el ejército alemán había emprendido triunfales ofensivas bélicas en el norte (Dinamarca y Noruega) y en el oeste (Holanda, Bélgica y Francia) que conllevaron la caída y ocupación de todos esos países en un plazo de tiempo mínimo y sorprendente. Desde mediados de mayo, la entente anglo-francesa se reveló impotente para atajar el éxito de la estrategia de *Blizkrieg* (guerra relámpago) y las propias autoridades francesas contemplaron la inminencia de la derrota militar con fuertes y amargas divisiones internas. Finalmente, el 16 de junio de 1940, el mariscal Pétain se hizo cargo de la dirección política y militar de un país traumatizado, rompió su alianza con Gran Bretaña (con la oposición del joven general De Gaulle, que huyó a Londres preconizando la resistencia) y emprendió ante Hitler la negociación de las condiciones de rendición unilateral a cambio de ciertas garantías para el imperio norteafricano francés. El consecuente armisticio franco-germano se firmó el 22 de junio de 1940 y estipulaba la ocupación de la Francia atlántica por las tropas alemanas (incluyendo París), la instalación de un régimen autónomo y autoritario en el interior de Francia (con capital en Vichy) y la intangibilidad del imperio colonial francés. La claudicación de Francia había sido precedida el 10 de junio por la entrada en la guerra al lado de Alemania de la Italia de Mussolini, convencido este de que había llegado el

momento de cosechar sin costes la victoria total y proceder al reparto del botín territorial. Para entonces, solo Gran Bretaña persistía en desafiar la victoria del Eje germano-italiano y se aprestaba a enfrentarse a la amenaza de una invasión frontal bajo la dirección de un gobierno de coalición presidido por el conservador Winston Churchill y con el líder laborista Clement Attlee como vicepresidente.

La catástrofe militar francesa afectó directamente a Negrín, al igual que a muchos otros exiliados españoles, porque puso en peligro su propia seguridad y sus vidas. No en vano, la inminencia de la ocupación alemana de la capital y de la fachada atlántica de Francia permitiría que las nuevas autoridades ocupantes o petainistas atendieran las demandas de extradición presentadas por el gobierno franquista, que pretendía la captura y entrega de los «jefes republicanos» (Azaña, Negrín y Prieto, en primera instancia) y llegaría a reclamar posteriormente entre 636 y 3617 personas. Afortunadamente para los exiliados, la eficaz protección diplomática mexicana y la tolerancia tácita del régimen de Vichy (a cuya zona se trasladó la mayoría de ellos) evitarían la mayor parte de esas repatriaciones, que hubieran implicado severas penas de cárcel y de muerte (como fue el caso de Zugazagoitia y Companys, entregados por los alemanes al gobierno franquista y ejecutados en España)[76].

Por indicación expresa del presidente Cárdenas, el ministro Rodríguez Taboada asumió directamente la tarea de salvar la vida de Negrín y Feli, instándoles a evacuar París y dirigirse hacia el sur de Francia bajo protección diplomática mexicana. En la madrugada del 11 de junio de 1940 Negrín y su compañera, junto con Méndez Aspe y «los archivos y valores pertenecientes al gobierno republicano español» salieron de París hacia Tours por carretera en «tres coches»: el propio de Negrín y dos más dispuestos por la legación mexicana. Fue el inicio de un penoso viaje escapando de la inminente llegada de los alemanes y por carreteras atestadas de coches y personas que huían de la misma amenaza. Según las notas tomadas por Negrín durante el trayecto, la congestión de las vías era tal que hicieron solo 30 kilómetros en 10 horas de viaje y con «caravana interminable»[77]. Llegados a la residencia oficial mexicana en Tours (donde se había refugiado la madre de Negrín), la comitiva tuvo

conocimiento de los primeros rumores sobre la inminencia de una rendición francesa y la propuesta de «armisticio». No permanecieron mucho tiempo en aquella ciudad en peligro igualmente de ocupación enemiga. Salieron pocos días depués en dirección a Burdeos «escapándose, sin saber cómo, de tenaces bombardeos». El 18 de junio ya estaban todos refugiados en el consulado mexicano de Burdeos, ciudad en la que se había instalado previamente lo que quedaba del gobierno francés en medio de un caos y desmoralización completos. Como dos días antes Pétain había reemplazado al gobierno de Paul Reynaud, Negrín se encontró con que «los pocos amigos con que contaba en el gabinete de Reynaud habían perdido por completo su influencia para convertirse en corrientes fugitivos»: Mendel, Auriol, etc. Aquel fatídico 18 de junio, Churchill pronunciaba ante la Cámara de los Comunes uno de sus más bellos e inspirados discursos, anunciando la disposición británica a «resistir a toda costa» el próximo ataque alemán durante la «Batalla de Inglaterra que está a punto de empezar». Y, para sorpresa de muchos de sus oyentes, no dejó de hacer un elusivo e indirecto tributo al gobierno de Negrín en una referencia de inequívoco valor político y moral que recordaba el impacto de Guernica y de la guerra civil española en la opinión pública británica:

> Sigue presente, por supuesto, el peligro de los bombardeos que con seguridad descargarán sobre nosotros las fuerzas aéreas del enemigo. […] De ninguna manera quiero rebajar la severidad del sufrimiento que nos espera. Pero estoy convencido de que nuestros compatriotas se mostrarán dispuestos a aguantarlo y, como los bravos ciudadanos de Barcelona, serán capaces de resistir y seguir sus actividades, como mínimo tan bien como cualquier otro pueblo del mundo[78].

Al día siguiente de ese discurso, sin haberlo escuchado pero consciente del propósito del gobierno británico, el diplomático mexicano se empleó a fondo para convencer a un Negrín muy reticente de que era imprescindible que escapara de Francia al Reino Unido si no quería ser detenido por la Gestapo o por las nuevas autoridades francesas y entregado a Franco.

—Nunca podré abandonar a mis amigos.

—Pero si es que en el nuevo régimen van a perseguirlo para extraditarlo.

—Lo sé bien, y además estoy seguro de que el día en que logren aprehenderme ejercerán en mi contra la más terrible de las venganzas; pero mi deber me obliga a no dejar que los

excombatientes de la República purguen solos una falta que no han cometido.

—Usted podría servirles mejor en lo futuro, si pudiera salvarse ahora.

—¿Quién lo sabe? A lo mejor perdería su confianza, viéndome medroso en estos momentos de martirio para la causa de España.

—No debe suponer eso, doctor. Hasta sus mismos opositores le reconocen su cabal hombría[79].

Finalmente, Negrín aceptó la idea de partir al exilio en Gran Bretaña con la única condición de llevar consigo a un pequeño grupo de colaboradores y asegurar la protección de otros por parte de la legación mexicana (incluyendo su familia directa: su madre, su hermano y su hermana). Para ello, redobló sus esfuerzos (ya iniciados en París) para contactar y traer a Burdeos a diversas personas entre las que estaban Casares Quiroga, Lamoneda, Benigno Rodríguez, Ansó (que llegó con retraso al puerto) y Portela Valladares (que resultó ilocalizable). También insistió en postergar cualquier embarque (inicialmente fijado para la primera madrugada del 20 de junio) hasta haber podido entrevistarse con el presidente Azaña, que se encontraba refugiado en el pequeño pueblo de Pyla-sur-Mer, en la Gironda, a unos 60 kilómetros de Burdeos. Allí acudió personalmente en coche para convencerle de la necesidad de salir de Francia, en compañía de su familia (incluyendo a su mujer y su cuñado, Rivas Cherif). Según el testimonio presencial del secretario particular del presidente, Azaña, gravemente enfermo, quedó conmovido por la visita y el ofrecimiento: «Ya ha hecho usted con venir, más que muchos amigos». Pero declinó la invitación en virtud de su debilidad y agotamiento físico y moral. Santos Martínez Saura añade, Negrín fue el único que se interesó en aquella trágica coyuntura por el destino del anciano expresidente: «Tal gesto probaba nuevamente que el Jefe del Gobierno no era un político cualquiera —en verdad ni siquiera era político»[80].

Completada sin éxito la gestión ante Azaña, Negrín regresó a Burdeos y embarcó a las tres y media de la tarde del día 20 de junio de 1940 en un buque mercante carbonero, de pabellón griego, con pasaporte falso emitido por la legación de México a nombre de su canciller (Alfonso Castro Valle). También bajo pasaporte mexicano embarcaron Feli, Méndez Aspe y Benigno Rodríguez. A este grupo se sumó, ya sin pasaportes diplomáticos, Casares Quiroga, Lamoneda, Pedro Pra, Gonzalo Díaz de la Torre (jefe de

servicios del SERE) y Vicente Terrados (secretario particular de Méndez Aspe). Imposibilitado para llevar consigo todo el material documental y de otro tipo que había conseguido trasladar desde París, Negrín dejó al ministro mexicano al cuidado de «restos de archivos del gobierno republicano» albergados en varios «tráileres», así «como prendas y objetos de su uso personal». Muchos de ellos serían remitidos a su propietario en los meses siguientes o permanecerían custodiados hasta la liberación de Francia. Afortunadamente, Negrín consiguió embarcar en el buque, «con las mayores precauciones, tres baúles Farman, 11 petacas de mano y tres cajas de madera, cinchadas de cobre, que contenían importantes documentos de la administración que presidió, y parte del tesoro correspondiente al erario español». Rodríguez Taboada recibió como muestra de gratitud y presente personal de Negrín el coche utilizado hasta entonces por los servicios de Presidencia, un Cádillac, así como un oso de mármol negro («al que cariñosamente llamaba "Gaspar" y que le había servido de amuleto durante toda su vida»)[81].

Realizados esos embarques y las oportunas despedidas, finalmente el mercante griego salió del puerto de Burdeos en las primeras horas de la madrugada del día 21 de junio en medio de un intenso bombardeo que causó «horribles estragos» en la ciudad y, particularmente, en los muelles[82]. Durante cuatro días, el mercante navegó por las tormentosas aguas del Atlántico con dirección a la costa británica. Negrín anotó con laconismo en su agenda el tedio del trayecto y el registro de los primeros síntomas de la cruenta guerra marítima que empezaba a librarse entre una acosada Gran Bretaña y una aparentemente victoriosa Alemania:

> Continúa el viaje.
> Avisto en el mar restos: maderas, barriles, etc.
> Mar agitado. El resto bien[83].

En definitiva, ante la caída de Francia en junio de 1940, Negrín se había negado en redondo a abandonar Europa y a buscar refugio seguro en México, como hicieron una gran parte de los dirigentes republicanos (incluyendo sus grandes antagonistas en el exilio, Prieto y Martínez Barrio). Actuó así, a pesar de los riesgos y de las previsibles limitaciones de

actuación que impondrían las autoridades británicas, porque estimaba que el lugar apropiado para asentar la legitimidad de un gobierno exiliado era el territorio de la Europa combatiente, al lado de los otros gobiernos exiliados de países ocupados e invadidos por las potencias del Eje (el polaco y checo, luego el consejo de la Francia Libre presidido por el general De Gaulle). En sus primeras declaraciones públicas al final de la guerra, Negrín explicaría su decisión con las siguientes palabras:

> El día de la rendición de Pétain salimos para la Gran Bretaña no en busca de refugio, pues quien lucha no se siente nunca un refugiado, sino porque queríamos simbolizar con nuestra presencia la adhesión a la causa de la que entonces era único campeón Gran Bretaña; y la fe en ella, cuando no muchos la tenían.[…]
>
> Salí de París dos días antes de entrar los alemanes. Y salí tan tarde porque aún había muchos españoles remolones a los cuales era difícil convencerles de que debían marcharse de la capital francesa. Salí de Burdeos, de las aguas de Burdeos, el día del armisticio; y salí tan tarde porque pensé que mi deber era estar en Francia si Francia seguía luchando; y al norte de África hubiera ido si en el norte de África se hubiera continuado la lucha[84].

EXILIADO EN GRAN BRETAÑA

Negrín y sus compañeros de viaje avistaron tierra segura y desembarcaron en el pequeño puerto galés suroccidental de Milford Haven (condado de Pembroke) poco después del medio día del domingo, 25 de junio de 1940, con «buen tiempo» y después de una travesía larga y plagada de riesgos[85]. Las autoridades británicas admitieron su demanda de ser reconocidos como refugiados bajo el compromiso de no participar en ninguna clase de actividad política, a fin de no dificultar sus relaciones con el gobierno de Franco en un momento crítico para la propia supervivencia de Gran Bretaña. No en vano, por aquellas fechas toda su política española, bajo la supervisión de *sir* Samuel Hoare como nuevo embajador en Madrid, se dirigía a «apaciguar» al régimen español para preservar su neutralidad y la seguridad de Gibraltar. Y ello mediante una combinación sutil de «política del palo y la zanahoria»: el estricto control naval de sus importaciones de víveres y petróleo para evitar la contingencia del peligro de su beligerancia; y el ofrecimiento de vital ayuda económica y logística para la reconstrucción postbélica a fin de incentivar su apartamiento de las hostilidades[86].

En el caso de Negrín, habida cuenta de su particular prominencia política como pretendido jefe de un gobierno en el exilio, el Foreign Office le informó explícitamente el 3 de julio de 1940 de que su derecho de asilo estaba condicionado a la estricta observancia de la prohibición de «participar en cualquier actividad política». Así lo había decidido el día anterior en su reunión secreta el gabinete de guerra británico (el selecto círculo de ministros que dirigían la estrategia bélica del país) en atención a «nuestra tradición de admitir y dar acogida a los refugiados» siempre que no se involucraran «en ninguna actividad política» y con la esperanza de que «abandonaran Inglaterra voluntariamente y tan pronto como fuera

posible»[87]. Para entonces, Negrín y sus acompañantes ya habían sido recibidos y atendidos por Pablo de Azcárate en Londres, adonde llegaron por tren el día 26 de junio. Y después de un breve período de residencia en hotel (el Hyde Park, habitación 705), el expresidente y Feli pasaron a alojarse de alquiler en un apartamento situado en el número 15 de Grosvenor Square (barrio de Mayfair, cerca de la embajada norteamericana). Los otros refugiados fueron instalados en otras casas londinenses cuyo mantenimiento sufragaba la oficina de ayuda a los refugiados dirigida por Azcárate desde el número 46 de Kingsway y el número 1 de Southampton Row (ambas muy cercanas una de otra y situadas en el céntrico barrio londinense de Holborn)[88].

Los fondos financieros disponibles para esos gastos y para las subsiguientes actividades desplegadas por el gobierno republicano procedían de las cuentas abiertas en Londres antes del 27 de febrero de 1939 (fecha de la pérdida de reconocimiento legal por parte de Gran Bretaña). Según la contabilidad manejada por Méndez Aspe y entregada en abril de 1945 a Negrín, el remanente de esas cuentas, sumadas al tesoro salvado de la caída en Francia *in extremis*, habían supuesto en julio de 1940 una cantidad disponible cifrada en 228 948,6 libras esterlinas (o bien 211 906,18 libras, según el segundo cómputo hecho por Pra en 1948 con más datos contables). El primero de esos cómputos (no está claro el caso del segundo) no tenía en cuenta los 2 020 000 francos franceses (equivalentes 11 412,42 libras) que habían quedado en Francia en poder de distintas personas e instituciones (Francisco Gordo, empleado del Banco de España; Pilar Lubián, excompañera de Méndez Aspe; los servicios de asistencia humanitaria de los cuáqueros, etc.), que habían sido aplicados a «atenciones a la emigración española en Francia» y cuya cuantía parecía haber sido «consumida en su totalidad» en esas tareas en los años de ocupación del país[89]. Por tanto, la cifra disponible para gastos en Gran Bretaña (poco más de un cuarto millón de libras) estaba así muy lejos de la existente en Francia un año antes (bastante menos de dos millones de libras) y reflejaba, además de los enormes gastos incurridos, las graves pérdidas que supuso la ocupación y el armisticio para las finanzas republicanas (puesto que esas circunstancias permitirían al gobierno franquista reclamar

y obtener el control de diversas propiedades inmobiliarias y cuentas bancarias afectas a agentes republicanos). Negrín no dejaría de informar reservadamente al doctor Puche de la rebaja sustancial de la capacidad operativa del gobierno republicano y de las economías que ello imponía en su actuación a favor de la emigración en América (que quedó así prácticamente en manos de la JARE, con su consecuente efecto político):

> Últimos acontecimientos en Francia han originado graves quebrantos en nuestros recursos. Los disponibles no alcanzan a cubrir en modo alguno las necesidades mínimas e inexcusables de nuestros compatriotas en Francia que para nosotros tienen un grado de prelación muy superior a cualesquiera otras de la índole que fueren. Ante esta situación precisamos que ustedes especifiquen cablegráficamente la distribución de la cantidad pedida y además que se hagan responsables de que con este último suministro de fondos que en todo caso pudiera hacerse desde luego de modo legal quedan a salvo los intereses invertidos en esa así como el reembolso en plazo prudente de la cantidad que se le suministrase como última aportación. Esperamos de usted urgente respuesta así como la máxima preocupación y toda resistencia a que las inversiones considerables realizadas por el Comité (CTARE) vayan a parar a manos de particulares o entidades culpables de la tragedia que atraviesa en estos momentos la emigración española[90].

También por esas mismas fechas anunció al doctor Puche que estaba preparando «publicación documentada nuestra gestión con datos completos» y «justificando contabilidad» con «actas y valoración pericial de los sustraidos dolosamente legítima gestión». El telegrama, fechado el 20 de agosto de 1940, reiteraba «dificultades surgidas natural agotamiento recursos agravadas por inimaginables quebrantos sufridos últimos meses», además de subrayar que seguía siendo prioritaria «situación compatriotas hállanse Francia a cuyas expensas se realizarán dispendios necesarios otro sitios»[91].

El propio acto de envío de esos telegramas y su contenido revela que Negrín mantuvo una soterrada actividad política, a pesar del obligado silencio y mínima presencia pública impuesta por el gobierno británico para admitirle como exiliado en el país. El duque de Alba, embajador de Franco en Londres, supo desde el primer momento de esas actividades porque ordenó seguir los pasos de Negrín a distintos agentes y espías en la capital británica desde el mismo momento de su llegada y hasta casi el final de su estancia en Gran Bretaña. Según confesó Alba por despacho confidencial a

las autoridades en Madrid, «tenemos espías en las oficinas de Azcárate y persona que siga a Negrín en sus andanzas por Londres». Así, por ejemplo, el 16 de julio de 1940 el duque de Alba telegrafiaba a Madrid informando que Negrín, acompañado de Azcárate, había sido invitado a almorzar por el exprimer ministro y veterano líder liberal, David Lloyd George, en la Cámara de los Comunes[92]. A finales de mes, Alba remitía el informe confidencial semanal elaborado por uno de esos agentes, cuyo texto sirve para atisbar lo que fue la vida cotidiana de Negrín y Feli en esos primeros tiempos de exilio londinense:

> *Lunes*: El hombre descrito [quizá se refiere a Méndez Aspe o Benigno Rodríguez] entró en el edificio [15 Grosvenor Square] a las 10 de la mañana. Azcárate entró en el apartamento a las 11.40 horas. Azcárate y Negrín abandonaron el apartamento a la una y media y fueron en taxi al Restaurante Mallorca, en Brewer Street. Salieron juntos a las 3.35 horas y se quedaron en la calle de conversación durante varios minutos con otro hombre (desconocido) de unos 50 años y con una altura de 6 pies y dos pulgadas.
>
> Negrín y Azcárate dejaron al tercer hombre y caminaron hasta Picadilly Circus, donde se separaron. Negrín regresó entonces al apartamento en Grosvenor Square en taxi. A las 4.25 horas Negrín y su secretaria [Feli] salieron del apartamento y fueron en taxi al número 10 de Sackville Street, una sastrería, donde la mujer entró. Negrín siguió solo hasta Picadilly Circus, donde compró cuatro o cinco periódicos, incluyendo el «Post» y «Life», de un vendedor ambulante. Luego entró en el Restaurante Odenino, en Regent Street, donde luego se le reunió la mujer citada. Ambos regresaron al apartamento a las cinco y media de la tarde y no les volví a ver ese día[93].

El mismo informante no dejó de registrar que Negrín reemprendió en su exilio londinense dos de sus aficiones personales más queridas: la bibliofilia y la poliglotía. En efecto, en el informe fechado el 27 de julio anotó que uno de los días de la semana pasada (el martes), Negrín, acompañado de Feli, había acudido a visitar las librerías de viejo instaladas en Bedford Street y en Charing Cross, «sin hacer compra alguna». De hecho, muy pronto se haría socio de la British Library (Biblioteca Británica) para poder acceder a sus vastos fondos y consultar, entre otros, su colección hemerográfica de prensa española. Y otro de aquellos días (el sábado) había ido al mediodía en taxi desde su domicilio a «las dependencias de una compañía llamada Linguaphone en Regent Street» en la que atendió una demostración «del uso de discos de gramófono en el estudio de lenguas». Algunas semanas después, el agente informante, mister F. Sharpe, añadiría otra nueva noticia

reveladora del resurgir de otra afición y pasión hasta entonces totalmente abandonada por Negrín: la investigación químico-fisiológica, aun cuando fuera como mero entretenimiento. No en vano, a principios de septiembre de 1940, Negrín visitó varios establecimientos de venta de material químico y de microscopios. El agente anotaría en su informe semanal con extrañeza:

> En conjunto, parece haber tenido una semana tranquila y no sabemos para qué ha hecho esas visitas a los fabricantes de microscopios y otros instrumentos similares. Continúa haciendo uso del taxi para desplazarse en esas peregrinaciones[94].

El conocimiento exacto de esas actividades y el efecto moral adverso de la mera presencia de Negrín en Londres ocasionaron desde el principio una sostenida presión de la embajada española para conseguir su expulsión del país (habida cuenta de la imposibilidad de solicitar su repatriación, como se estaba haciendo en Francia). La misma comenzó el 27 de julio de 1940 mediante un telegrama de Madrid requiriendo al duque de Alba para que hiciera «enérgica intervención cerca del Gobierno Británico» respecto a «cabecillas de los rojos», exigiendo en particular «que se expulsen los tres individuos mencionados»: Negrín, Azcárate y Méndez Aspe (o Pra). Alba no había esperado a esa orden para pedir explicaciones al Foreign Office sobre las circunstancias de la estancia de Negrín en Londres. Y la respuesta obtenida había sido poco comprometida: «me han dicho que Negrín saldrá de Inglaterra tan pronto como se le pueda arreglar pasaje [*sic*]» y «no me han dicho cuál es su destino pero supongo que será América del Norte o Méjico»[95]. Por eso reemprendió sus gestiones con mayor vigor, reiterando la demanda de expulsión ante el Foreign Office y llegando a entrevistarse personalmente con lord Halifax a principios de agosto y requiriendo esa medida como prueba de la buena voluntad británica hacia el gobierno español. El gabinete de guerra volvió a considerar el asunto en su reunión del 30 de julio, donde se discutió la idea de convencer a Negrín para que aceptara partir de modo voluntario hacia Estados Unidos o México. Pero también se discutió la dificultad de esa solución porque la partida no debería ser presentada como una expulsión y porque, además, ninguno de ambos países estaba dispuesto a aceptar su entrada (el primero para no

asumir cargas políticas; el segundo por respeto a la voluntad de Negrín de permanecer en Europa)[96].

En esas condiciones, el único fruto logrado por la presión del embajador franquista durante los críticos meses de agosto y septiembre de 1940 fue la intensificación del control oficial sobre las actividades políticas de Negrín, que casi quedaron reducidas a la nada: «la actividad de los rojos aquí es casi nula» (según informe de Alba a Madrid el 22 de octubre de 1940). Probablemente contribuyó a ese resultado el propio temor británico a que la tentación beligerante hostil abrigada por Franco superara su instintiva cautela y su hondo temor a una precipitada entrada en una guerra prolongada y para la cual España no estaba preparada ni humana, ni económica ni militarmente. Además, en esa coyuntura de incertidumbre respecto a la conducta española en la contienda, la presencia de Negrín en Londres podía suponer un activo como baza de presión en manos británicas para atemperar tentaciones beligerantes. Sobre todo teniendo en cuenta que Negrín, por mediación de Azcárate, no había dejado de hacer notar al Foreign Office que estaban disponibles sus servicios como líder alternativo en España en caso de que Franco optara por sumarse al Eje italo-germano contra Gran Bretaña. El 20 de agosto de 1940, en uno de los momentos de más tensa espera de aquel verano (con los agentes de Franco y Hitler negociando el precio de la beligerancia española y el coste de la ayuda alemana), Azcárate hizo llegar a lord Halifax un memorándum sobre «la posible intervención británica en España»:

> El único objetivo que podría justificar y hacer admisible desde el punto de vista nacional una intervención británica en España sería el hecho de estimular y auxiliar al pueblo español a restablecer la Constitución de la República de 1931 (cuyo origen genuina y auténticamente democrático nadie discute). Y, si se prefiere una fórmula más general, debiera ser el restablecimiento de la legalidad constitucional que la rebelión militar destruyó, abriendo paso al periodo de violencia, ultrajes y represalias en las que España todavía se encuentra. Esto ofrecería a la intervención británica una base sólida y una bandera para que se agrupara el pueblo español, no solo sin reservas y sin dudas sino con el mismo heroísmo, determinación y espíritu de sacrificio con el que mantuvo su resistencia durante casi tres años ante la indiferencia u hostilidad de Europa[97].

A finales de octubre y principios de noviembre de 1940 esa presión diplomática e inclinación política a favor de la expulsión de Negrín se

intensificaron notablemente por un doble motivo. En el caso franquista, el nombramiento de Ramón Serrano Suñer, cuñado del Caudillo, como nuevo ministro de Asuntos Exteriores demostraba la preferencia de España por la causa del Eje, aun cuando el encuentro entre Franco y Hitler en Hendaya (23 de octubre) no consiguiera limar las diferencias entre la exigencia alemana de la beligerancia española y las demandas españolas de previa ayuda alimenticia y militar germana y amplias compensaciones coloniales para después de la victoria. En el caso británico, el agobiante exceso de compromisos militares y la necesidad de ahorrar esfuerzos y preservar el uso naval de Gibraltar aconsejaban proseguir con la política de apaciguamiento económico y contención estratégica que estaba consiguiendo mantener a España fuera del conflicto a pesar de sus declaradas simpatías por el enemigo[98]. En Madrid, *sir* Samuel Hoare llegó al extremo de intentar tranquilizar las protestas españolas mediante una declaración personal comprometedora:

> Inglaterra a pesar de lo que parezca está contra los rojos, hasta el punto que quieren expulsar a Negrín y si ya no lo han hecho es porque México y EE. UU. se niegan a admitirlo[99].

Como consecuencia, durante todo el mes de noviembre de 1940 el gobierno de coalición conservador-liberal-laborista presidido por Churchill debatió en varias ocasiones (los días 1, 8, 25 y 28) la oportunidad de revocar el permiso de residencia otorgado para enviar a Negrín a Estados Unidos, el Canadá o Nueva Zelanda. Incluso se solicitó a los ministros laboristas, que tenían mayor contacto y conocimiento directo de Negrín, que le plantearan esa conveniencia por motivos de interés político-militar superior. En cumplimiento de ese mandato ministerial, V. A. Alexander, ministro laborista del Almirantazgo, acompañado de lord Halifax, cumplió el encargo y transmitió a Negrín esas preocupaciones durante una reunión celebrada en el Foreign Office el 8 de noviembre de 1940. Sin embargo, como los ministros laboristas habían anunciado, Negrín comprendió los motivos de la gestión pero impugnó su oportunidad y conveniencia, tanto para la causa republicana española como para la propia legitimidad moral de la causa aliada. Y así lo volvió a reiterar por escrito en una carta particular remitida tres días después a lord Halifax, que informó a sus

colegas de gabinete que Negrín «había estado amistoso pero no constructivo»[100].

Esa negativa a salir del interesado, junto con la simpatía popular hacia la causa republicana demostrada en la prensa y la firmeza de la oposición laborista (que se manifestó en críticas en la Cámara de los Comunes y de los Lores) bastaron para que Churchill desestimara la medida de forzar la voluntad de Negrín y obligarle a partir al extranjero[101]. El 28 de noviembre de 1940 el gabinete de guerra fue informado por lord Halifax de que Negrín seguiría como asilado político en Gran Bretaña y no «se trataría más la cuestión». No en vano, el propio viceprimer ministro y líder laborista, Clement Attlee, había salido en su defensa en la primera de las sesiones del gabinete dedicadas al tema con una declaración rotunda y no modificada durante todo el mes de discusión (de hecho, había autorizado las interpelaciones parlamentarias laboristas en los Comunes y en los Lores):

> La cuestión de si España entra en la guerra contra nosotros se tomará en función de los intereses españoles y de la xenofobia española. No creía que la salida del doctor Negrín de este país fuera a tener un efecto material sobre aquellos líderes actuales de España que profesan ser nuestros amigos. Por otra parte, la medida propuesta habría de tener un profundo efecto desmoralizador en aquellas gentes de todo el mundo que creen que estamos luchando por la democracia y en aquellos que podrían, de otro modo, llevar a cabo actividades de resistencia en los territorios ocupados.
>
> Él sabía que el doctor Negrín consideraría su salida de este país en el momento actual como un equivalente a la deserción.
>
> Además, si finalmente persuadiéramos al doctor Negrín para salir, ¿qué iba a ser del señor Azcárate y de otros refugiados[102]?

En esas condiciones, Negrín pudo continuar residiendo en Londres en plena Batalla de Inglaterra entre la Luftwaffe germana y la Royal Air Force británica. Fue, por tanto, testigo presencial del *Blitz* (Relámpago), la devastadora campaña alemana de bombardeos aéreos de la capital (y de algunas otras ciudades, como Coventry) iniciada el 7 de septiembre de 1940 y solo parcialmente abortada en mayo de 1941, que causaría más de 43 000 víctimas mortales entre la población civil en un intento infructuoso de quebrar la voluntad de resistencia británica. Apenas una semana después de iniciado el *Blitz*, atendiendo las demandas desde México sobre sus efectos

para su seguridad, Negrín respondió a sus colaboradores con un telegrama escueto:

> Todos bien. Agradecemos telegrama usted Lamoneda. Espíritu Gente aquí formidable. Recuerda nuestros mejores tiempos. Compartimos orgullo estos momentos lucha una causa que nos es común[103].

Permaneció, eso sí, bajo una ligera y ocasional vigilancia policial y con el renovado compromiso de abstenerse de actuar en política contra el gobierno de Franco de modo público y activo. El silencio mantenido durante ese período crítico para Gran Bretaña era el resultado de su respeto por el compromiso adquirido, en abierto contraste con la libertad de actuación de la que gozaban sus adversarios políticos fuera de la Europa en guerra. De hecho, durante la mayor parte de su estancia como exiliado en Inglaterra, Negrín tuvo que atenerse a esas prohibiciones en la medida en que también sus comunicaciones con el extranjero estaban dosificadas y censuradas en virtud del estado de guerra. Ello afectó notablemente a su capacidad para competir con Prieto y Martínez Barrio en la organización de las masas de exiliados republicanos refugiados en México y América Latina y fue un impedimento notable para preservar su inicial influencia sobre aquel conjunto. En sus informes a Madrid, el duque de Alba no dejaría de atribuir con bastante acierto dicho silencio al éxito de sus protestas y presiones sobre el Foreign Office:

> Volví a hablar con *Mr*. Butler (subsecretario parlamentario del Foreign Office) de los dirigentes rojos españoles refugiados en Inglaterra. Una vez más me repetió no les toleraría ninguna clase de actividad política. Esto es verdad, pues me consta que algunos periodistas siempre en busca de sensacionalismo se han acercado a Negrín, pidiéndole artículos, negándose él pretextando las condiciones que se le habían impuesto[104].

En esas condiciones, a finales de septiembre de 1940 Negrín decidió alquilar una casa de campo en las afueras de Londres para librarse en lo posible de los terribles ataques aéreos contra la capital británica y para poner a salvo el gran archivo documental y material que había conseguido trasladar consigo en su doble salida de España y luego de Francia. El 29 de septiembre firmó un contrato con los agentes inmobiliarios Peake & Co.

para arrendar a lord Deramore una propiedad «durante un plazo de siete años o hasta que Gran Bretaña hubiera cesado de estar involucrada en operaciones militares contra una potencia extranjera»[105]. Se trataba de una bella mansión campestre llamada Dormers, situada en la villa de Bovingdon, en el condado de Hertfordshire, justo al norte del núcleo metropolitano de Londres (prácticamente a medio camino entre esta ciudad y Cambridge). A partir de entonces, Negrín y Feli pasaron a residir en Bovingdon todos los fines de semana y una gran parte de los días laborales, aunque también mantuvieron el apartamento londinense para las actividades sociales y políticas toleradas o semiclandestinas. En esencia, Dormers se convirtió en el hogar principal de Negrín en Inglaterra durante casi toda su estancia en el país. Allí encontró acomodo seguro el vital archivo de Presidencia, Defensa y Hacienda, así como la valiosa biblioteca personal del presidente en el exilio y los muebles y efectos personales sacados de España y de Francia a tiempo. Negrín también instaló en las dependencias de Dormers un pequeño laboratorio para proseguir sus aficiones de experimentación químico-fisiológica, en tanto que Feli se encargó de atender el jardín, un pequeño huerto y frutal, así como un corral de animales domésticos (gallinas, faisanes y gatos). Completaba el personal de la finca un mayordomo servicial, mister Cecil Hollis («que había sido mantenido allí por el propietario de la casa»), un chófer, Ernest L. Reason, y dos perros *bull-dog* típicamente ingleses, *Melchor* y *Gaspar*, por los cuales Negrín llegó a sentir auténtica adoración (como demuestran las múltiples fotografías que les hizo durante esos años). Por razones de amistad, también residió en Dormers durante mucho tiempo la diputada socialista belga Isabelle Blume, que trabajaba en el servicio diplomático del gobierno belga en el exilio y fue quien proporcionó el coche (un Plymouth 24 HP) con el que tanto ella como Negrín y Feli se desplazaban entre Bovingdon y Londres[106].

Como permite apreciar la presencia de Isabelle Blume en Dormers, Negrín aprovechó la finca, al igual que su apartamento en Londres, para llevar a cabo la única labor política que le permitía su condición de exiliado admitido bajo estrictas condiciones: el recurso a las invitaciones privadas para comer o cenar con líderes políticos extranjeros (sobre todo sus amigos

del entorno del general De Gaulle, Jules Moch y Vincent Auriol, en particular), representantes diplomáticos de países amigos de la causa republicana (el embajador soviético, Ivan Maisky), y personalidades políticas y culturales británicas igualmente simpatizantes (destacando el diputado laborista Philip Noel-Baker). Esa sería la principal de las vías de escape a las prohibiciones impuestas, junto con las actividades de promoción de la cultura española y de atención humanitaria a las necesidades de la masa exiliada en los países del continente ocupados por el Eje y, sobre todo, en la propia Gran Bretaña. Esta última estaba compuesta por los casi 4000 niños vascos y 200 maestras evacuados en mayo de 1937, amén de los poco más de 3000 refugiados llegados con posterioridad y hasta después de la caída de Francia[107].

La entidad de las actividades políticas y diplomáticas realizadas por Negrín bajo esa cobertura de comidas y cenas «de naturaleza privada» queda suficientemente demostrada por la regularidad de las mismas y por la calidad y composición de los invitados. El duque de Alba tuvo casi conocimiento exacto de todas ellas en virtud de la estrecha vigilancia que estableció sobre Negrín. En enero de 1942 remitiría a Madrid un completo informe sobre las mismas que delataba tanto su hostilidad hacia el personaje como la preocupación por sus intensas relaciones sociales:

> Negrín, Azcárate y demás «capitostes» rojos siguen la misma vida que antes, el primero viviendo con gran comodidad en el campo, aunque en Londres conserve un piso en una de las casas más caras de la capital, cuyo alquiler es de cerca de 1000 libras. Casi todos los fines de semana recibe en su casa al Embajador ruso. También lo ven con frecuencia los Embajadores de México, Chile y China y el Ministro de Colombia. Negrín corresponde a esas visitas cuando viene a Londres, lo que suele hacer casi todos los días laborales. Por las cuentas por él pagadas en grandes almacenes como Harrods y Fortnum and Mason, puede apreciarse que vive con gran lujo.
>
> Negrín tiene una especie de pequeña corte integrada por la Sra. de López, que vive con él, sin saberse a punto cierto en qué grado de intimidad, la señora de Blum y los señores de Azcárate, Rodríguez, Casares, Oliveira y Da Casa. A menudo se encuentra con este grupo y les convida a comer en restaurantes de primera clase. Negrín gasta con esplendidez los cuantiosos ahorros hechos, por lo visto, durante su filantrópica labor de Presidente del Consejo de Ministros rojo. […] Asimismo se entretiene en dar fiestas a los niños del pueblo en donde vive, Bovingdon. A principios de enero dio una fiesta, a la que asistieron 300 criaturas, quienes después de merendar, recibieron cada una de ellas, una caja de chocolates. En cuanto a sus contactos con gentes de este país, no puede decirse que sean muchos ni de

ninguna importancia, según he podido apreciar, al leer los informes semanales facilitados por la persona, que como sabe V. E., tengo encargada de vigilar discretamente a Negrín[108].

Alba tenía razón al señalar que las relaciones de Negrín con el mundo oficial conservador británico eran prácticamente inexistentes: Churchill se negó a tener ninguna relación con él durante esos años de residencia en Inglaterra; Anthony Eden (su secretario del Foreign Office desde 1941) solo aceptó algún contacto epistolar ocasional y únicamente el joven diputado *tory* Harold Nicolson acudiría a comer con Negrín alguna que otra vez. Pero erraba al disminuir la importancia de sus contactos con autoridades laboristas y liberales y con personajes influyentes de la vida pública británica. Por ejemplo, a lo largo del otoño de 1942, según el cómputo elaborado por Azcárate, Negrín almorzó en Londres o en Bovingdon con no menos de cuatro lores (incluyendo el portavoz laborista en la Cámara: lord Listowell), seis diputados (liberales como Wilfred Roberts o Vernon Bartlett y laboristas como Noel-Baker), amén de periodistas (A. J. Cummings), caricaturistas (David Low), militares (*sir* Philip Chetwode) e intelectuales (*sir* Frederick Kenyon, exdirector del British Museum). En esos «almuerzos privados» dedicados a promover sutilmente la «causa republicana», también estuvieron presentes dirigentes de gobiernos en el exilio afincados en Londres: el ministro de Asuntos Exteriores checo, Jan Masaryk; su homólogo noruego, mister Lye; el exprimer ministro húngaro, conde Karoly; el político socialista belga, Louis de Brouckére; y el senador Henri Rolin, de la Francia Libre. Del cuerpo diplomático estuvieron regularmente presentes los embajadores de la URSS, Noruega, Grecia, Chile y México[109].

El listado de invitados elaborado por Azcárate en esa ocasión coincide casi literalmente con el registro levantado por el agente de Alba encargado de vigilar a Negrín. Por ejemplo, el informe del 13 de octubre de 1942 de dicho agente es veraz a pesar de ligeros errores de identificación en los nombres, llegando a un grado de exactitud asombroso por lo que respecta al menú:

El viernes le acompañaron a Negrín *Madame* López, Casares (Casares Quiroga) y Rodríguez (Benigno Rodríguez). A la 1 y media Negrín dio un almuerzo en el piso de Grosvenor Square

al que acudieron varias personas. Los invitados que llegaron incluían las personas cuyos nombres se dan a continuación:

Lord Wedgewood.
Mister Vernon Bartlett (Diputado y periodista).
Don Pablo de Azcárate.
Conde Korilly (sic).
Monsieur Bocare (belga) y
El Embajador de Chile.

Negrín recibió a sus invitados en el salón del piso, donde se sirvieron cocktails y hubo una conversación animada. (Lord Wedgewood llegó con media hora de retraso). El plato principal consistió en faisanes asados que fueron traídos desde Bovingdon por Negrín. Los invitados se fueron a las 3 menos cuarto.

Un rato después Negrín y *madame* López salieron para Carshalton, donde visitaron el asilo de niños españoles. Luego volvieron al piso y a las 9 de la noche salieron todos para Bovingdon[110].

El principal objetivo de esa actividad «privada» y aparentemente de mera cortesía era mantener la presencia institucional republicana en lo que era entonces la capital de la resistencia militar al Eje italo-germano triunfante en la mayor parte de Europa. También fue ese su objetivo al aceptar en marzo de 1941 la invitación para participar en las actividades y seminarios de la Sociedad Fabiana y su Fabian International Bureau (uno de los más prestigiosos núcleos intelectuales del laborismo, presidido entonces por Leonard Woolf, marido de la escritora Virginia Woolf). Ante ese selecto auditorio pronunciaría como invitado una conferencia el 26 de septiembre de 1941 bajo el título revelador de *Science and Statesmanship* (Ciencia y Condición de Estadista). Un mes más tarde volvería a ocupar esa tribuna para disertar sobre *Guiding principles for Socialist Reconstruction* (Principios orientadores para la reconstrucción socialista)[111]. Años más tarde (el 1 de agosto de 1945 en México), ya en muy otras circunstancias políticas y militares, Negrín no se privaría de explicar las razones de esa actividad de diplomacia subterránea y casi clandestina:

El Gobierno quiso mantener viva en todos los sitios la idea de que la República Española subsistiría a pesar de que nos habíamos visto obligados a abandonar el territorio. Yo reconozco que hasta bien entrado el año 1940 hemos hecho en ocasiones el más completo y profundo de los ridículos. Lo sabíamos por anticipado, y algún amigo y eminente personalidad nos lo había anunciado; pero al finalizar el año 1940 se encontraban en Londres una serie de gobiernos que se hallaban en el exilio con una base constitucional, en muchos casos inferior a la nuestra, y con una base moral en bastantes ocasiones infinitamente más

baja, y entonces la posición del Gobierno dejó de ser una posición de ridículo, y aun no siendo un gobierno reconocido, yo puedo aseguraros que fue un gobierno respetado. […]

No es este el momento de explicar en detalle mi labor en este país (Inglaterra). Solo diré que yo he perseguido ampliar las relaciones de la República, captar simpatías para la República, sin obstaculizar la marcha de la guerra; conformarme, aun cuando no estuviera conforme, con la política inglesa respecto a España, porque ellos dirigían la guerra. […]

He procurado realizar en Inglaterra aproximaciones con los países de América hispana […]. He procurado, y creo que con cierta efectividad, realizar una labor de aproximación y de inteligencia con Francia. […] He procurado, en fin, señores, preparar la futura política de colaboración con las Naciones Unidas y, en todo instante, defender los intereses de España, aunque fuera en forma oficiosa[112].

En efecto, la mayoría de esos almuerzos y cenas apenas ocultaban su clara significación política y diplomática, al igual que las cartas cruzadas entre anfitriones (Negrín y Azcárate) e invitados. Por ejemplo, solo entre el 23 de marzo y el 28 de julio de 1943, Negrín escribió en cinco ocasiones sendas cartas al general Charles De Gaulle y recibió contestación directa de este a todas ellas. La última, en respuesta a una cordial felicitación de Negrín remitida el 14 de julio, fue escrita por el general De Gaulle ese 28 de julio con las siguientes palabras:

Mi querido Presidente:

He visto hoy mismo la carta que usted me remitió con ocasión de la Fiesta Nacional de Francia.

Porque procede de usted y porque aporta el testimonio de la España leal a la constitución y a la legalidad republicana, me es particularmente preciada.

Nuestra lucha continúa. En la misma medida en que la victoria se aproxima, esta será más costosa. Pero nuestra resolución es la misma y nuestros principios no variarán nada.

Mi querido Presidente, tenga usted toda la seguridad respecto a mis sentimientos de la más alta consideración[113].

Negrín también utilizó esas reuniones informales para hacer llegar al gobierno británico su opinión sobre algunas de sus líneas de actuación en España durante la guerra, con suma delicadeza pero con total claridad. A título de muestra, a fines de abril de 1943 invitó a comer en su domicilio londinense al diputado conservador Harold Nicolson (en compañía de los dirigentes gaullistas André Philip y Henri Rolin y de Frank Walters, subsecretario general de la Sociedad de Naciones). Todo parece indicar que el principal propósito del encuentro fue transmitir la opinión del gobierno

republicano sobre los rumores entonces divulgados de apoyo oficial del gabinete británico a la idea de una restauración monárquica en España en la persona del pretendiente, D. Juan de Borbón, con la colaboración de Franco y con el respaldo del alto mando militar. Al final de la comida (que también pasó revista a la situación en el norte de África recién liberado por tropas anglo-norteamericanas), Negrín hizo una declaración sobre el asunto de las «intrigas de restauración monárquica» muy diáfana, según la nota redactada por Azcárate:

> Negrín mantuvo con gran firmeza que todo eso carecía de base, que la institución monárquica en España estaba históricamente agotada, y que, en el fondo, todo se reducía a que ciertos elementos ingleses están todavía en el error de creer que la monarquía en España tenía y puede tener una situación comparable a la que tiene en Inglaterra. ¡No hay nada de eso! «Y además, bueno será que se tenga en cuenta que si ahora se quisiera *imponer* una restauración monárquica desde fuera, nadie debe imaginar que el final de la aventura fuera a desarrollarse en la forma suave y pacífica de Abril de 1931». A esto Nicolson, que seguía con gran atención, murmuró entre dientes: «La fin serait sanglante»[114].

Al margen de esa actividad «privada» de evidente intencionalidad político-diplomática, la segunda vía de actuación de Negrín tolerada por las autoridades británicas se centró en las labores de asistencia humanitaria al exilio y de promoción de la cultura española en el país. Tuvo que actuar al respecto con mucho cuidado porque el Foreign Office no dejó de supervisar regularmente sus iniciativas y mantenía la firme convicción de que «las llamadas actividades del doctor Negrín con los refugiados son meramente una cobertura para sus actividades políticas»[115]. En todo caso, con las debidas cautelas, Negrín impulsó la creación de varias instituciones destinadas a mantener un mínimo grado de unidad y bienestar entre los exiliados en Gran Bretaña. Y el Foreign Office aceptó sus labores en atención a su prudencia y reserva general en público, como consignaría reservadamente un funcionario años después:

> Cuando Negrín llegó a este país en 1940 fue admitido bajo la estricta condición de que no emprendería actividades políticas. Esta condición impuesta para admitir su presencia aquí ha sido la utilizada por *sir* Samuel Hoare para replicar a las muchas protestas, la mayor parte de carácter frívolo, planteadas por el gobierno español respecto a Negrín. De hecho, sabemos que Negrín no está de ningún modo inactivo. Pero su conducta, en conjunto, ha sido discreta y estamos dispuestos a interpretar la condición señalada de un modo razonable[116].

La primera iniciativa emprendida por Negrín en este orden fue el llamado Hogar Español, fundado en octubre de 1941 como un centro social emplazado en pleno núcleo londinense (el número 22 de Inverness Terrace, en el costado norte de Hyde Park). Según su folleto promocional, la nueva institución pretendía concentrarse en actividades «de naturaleza cultural: conferencias, conciertos, cantos y danzas populares, etc.». Pero sin olvidar una faceta social y política: «profundizar y desarrollar por todos los medios las más estrechas y más cordiales relaciones entre los republicanos españoles que han recibido la generosa hospitalidad de este país»[117]. Entre los principales artífices iniciales del centro se hallaban, entre otros, el escritor Esteban Salazar Chapela y el musicólogo Eduardo M. Torner[118]. Para infortunio de su principal patrocinador, Hogar Español acabaría cayendo muy pronto bajo control comunista y «ya a principios del otoño de 1942 el doctor Negrín dejó claro su disgusto por la evolución del Hogar»[119]. Finalmente, en enero de 1944, Negrín tendría que anunciar su baja como afiliado en desacuerdo con el apoyo del centro a la zigzagueante línea política el PCE (entonces contraria a las tesis de la legitimidad republicana en favor de una supuesta «Unión Nacional» contra Franco). La carta pública de baja emitida por Negrín no hacía concesión alguna a esa entidad:

> Me es conocida la gestación de ese artefacto rotulado con el marbete de Junta Suprema de Unión Nacional. Se ha buscado cautamente el implicarme en la cochura del esperpento. Mi simplicidad no ha sido tanta como para deslizarme en la estratagema. Ni mi malicia tan grande como para aprovechar un arma que siempre me repugna: la mentira. La maniobra es turbia, pero, aun para el menos avispado, es tan obvia como transparente el designio.
>
> Sepan así cuantos quieran enterarse que la intitulada Junta Suprema etc. es una superpechería, y el flamante y exógeno manifiesto es un apócrifo[120].

La decepción causada por la pérdida del Hogar Español no se repetiría con la segunda iniciativa de Negrín en esta esfera: la constitución del fideicomiso denominado The Juan Luis Vives Scholarship Trust (la fundación escolar Juan Luis Vives). Ideada a principios de 1942, fue finalmente constituida en mayo de dicho año mediante una «donación anónima» inicial de 10 000 libras esterlinas que deberían emplearse «en la tarea de proporcionar educación para los niños españoles» mediante becas

de distinta entidad y duración para cursar estudios secundarios, técnicos y universitarios. El nombre buscado pretendía honrar la memoria del humanista y filósofo renacentista Juan Luis Vives, que había sido profesor en la Universidad de Oxford y amigo de Tomás Moro. El consejo directivo estaba presidido por *sir* Peter Chalmers Mitchell, la secretaría estaba a cargo de Azcárate y entre los diez miembros vocales se registraban cuatro profesores universitarios (J. B. Trend entre ellos), el abogado Fletcher, *Lady* Layton y la señora Lowe, directora del Balliol College de Oxford. Hasta principios del año 1944, con cargo a esas becas, cursaron estudios en centros educativos británicos un total de 107 niños españoles (61 de ellos integrantes del cupo de niños vascos llegados en 1937 y solo 13 del total de becados matriculados en estudios universitarios)[121].

Todavía mayor éxito tendría la tercera creación de Negrín, inicialmente formulada en noviembre de 1943 y hecha realidad en enero de 1944: el Instituto Español, radicado en el número 58 de Prince's Gate (en el barrio de Kensington y muy cerca del Victoria & Albert Museum). En el proyecto original, su objetivo era muy preciso:

> Las actividades del I. E. tendrán un carácter predominantemente cultural y artístico; unas, dirigidas hacia los ingleses e inspiradas en el propósito de difundir en la sociedad inglesa un conocimiento más amplio y más profundo de los diversos aspectos de la vida española presente y pasada, otras, dirigidas a los españoles y destinadas principalmente, aunque no exclusivamente, a asegurar o completar su cultura en materias de un carácter específicamente nacional (historia, geografía, lengua y literatura española) así como facilitarles el conocimiento del inglés[122].

En efecto, se trataba de fundar un centro cultural dedicado a la impartición de clases de lengua e historia española y a la promoción de todo tipo de actividades conexas (conferencias, conciertos, exposiciones, biblioteca, teatro y publicaciones). Para formar el consejo directivo de esa iniciativa, con Esteban Salazar Chapela como secretario general y Azcárate como vocal, se contó con el apoyo de una buena selección de figuras académicas británicas: el profesor Gilbert Murray, de la Universidad de Oxford, como presidente, y el profesor J. B. Trend, de la Cambridge University, como vicepresidente. El tesorero del mismo sería el abogado y diputado laborista Eric G. M. Fletcher, figura siempre presente en todas las iniciativas de

Negrín en Gran Bretaña. En el primer curso de actividades (1944), el Instituto solo pudo congratularse de haber impartido clases a un total de 84 alumnos (de español, inglés y generales), además de haber albergado un total de 23 conferencias (sobre temas variados), haber dispuesto una biblioteca («todavía no numerosa pero sí selecta») y contar con 371 socios matriculados. Sin embargo, en 1950 (fecha de su disolución oficial), su registro de actividades computaba una expansión muy considerable: 212 alumnos, una biblioteca de 3623 volúmenes, 1113 socios matriculados, amén de 70 subscriptores de su boletín informativo[123].

Según la contabilidad practicada por Méndez Aspe, en todas esas actividades, así como en la financiación de diversas operaciones de auxilio a emigrados (en Gran Bretaña, Francia, África del norte) y en el sostenimiento de los servicios institucionales en el exilio, el gobierno republicano gastó hasta el 31 de marzo de 1945 la cantidad de 153 333,15 libras esterlinas. Así pues, del total de casi un cuarto de millón de libras disponibles en junio de 1940, el desembolso había sido constante y considerable: en diciembre de 1943 ya solo quedaban 113 953,4 libras; en diciembre de 1944 la cantidad restante era de 83 136,16; y en abril de 1945 solo restaban 75 615,55[124]. Nuevamente, como en el caso de los gastos hechos durante la estancia en Francia, el capítulo de gastos humanitarios era muy considerable, aunque rivalizaba con los gastos empleados en el sostenimiento del precario aparato institucional en el exilio (cuadro 1).

CUADRO 1

Asignaciones	36.326,0
Oficinas	6.858,6
Heleni (fletamento y gratificaciones a la tripulación)	4.000,0
Telegramas	530,6
Delegación en Chile	5.850,0
Servicios afectos al señor Azcárate	18.410,3
Préstamo al señor Azcárate	1.500,0
United Editorial	1.507,6
Anticipos al señor Álvarez del Vayo	200,0
Préstamos a la entidad ESPAÑOLES (Hogar Español)	322,0
Becas especiales	823,0
Patronato Juan Luis Vives	32.254,0
Instituto Español	8.833,9
Pasajes concedidos en Inglaterra para América	1.302,7
Para ayudas económicas en España	1.250,0
Auxilios económicos en Inglaterra	5.834,1
Auxilios económicos a la emigración republicana española en África	2.000,0
Auxilios económicos a la emigración republicana española en Francia	26.330,0
Producto de la conversión de 142.000 francos franceses en libras	–798,6
PAGOS LÍQUIDOS EN INGLATERRA	153.333,15

Fuente: *Nota reservada*, elaborada por Méndez Aspe y fechada en «abril 1945». AFJN, caja 43, 1a-38k.

Durante su primer año de exilio en Londres, Negrín permaneció prácticamente mudo en el plano político público, para desconsuelo de sus partidarios en América y para congoja del propio Azcárate, que en varias ocasiones le transmitió su «inquietud» por «esa total y completa parálisis política a que le obligan a Vd. las condiciones impuestas a su residencia en Inglaterra». No en vano, según su leal colaborador, esa parálisis y «su resistencia a escribir cartas» y la labor de la «censura», estaban dejándole «aislado de todos los elementos políticos españoles de la emigración republicana» y abonando el campo para la actividad contraria de sus adversarios en América[125]. Sin embargo, la situación cambió a medida que la suerte de las armas se decantaba contra el Eje italo-alemán y Gran Bretaña salía de su apurada situación diplomática y estratégica. El hito

clave en ese proceso fue el crítico verano de 1941, cuando el inesperado ataque alemán contra la Unión Soviética (la «operación Barbarroja», 21 de junio) abrió un segundo frente terrestre en la Europa oriental y alivió la situación británica en la batalla del Atlántico. El consecuente establecimiento de una Gran Alianza entre Stalin y Churchill frente al común enemigo nazi-fascista dio un nuevo carácter más amplio y brutal a la contienda. Pocos meses después, como resultado de la agresión japonesa (ataque a Pearl Harbour, 7 de diciembre de 1941), también Estados Unidos se incorporaron al frente de la Gran Alianza con todo su magno potencial demográfico e industrial. A partir de entonces, la guerra mundial entró en una nueva fase donde la iniciativa estratégica y la primacía logística quedaron claramente en manos de la extraña combinación formada por el imperialismo británico, el comunismo soviético y el capitalismo norteamericano. Aunque esa combinación fuera solo una alianza de circunstancias y sujeta a tensiones internas, como ha señalado Stephen E. Ambrose con precisión:

> La Gran Alianza de la Segunda Guerra Mundial, algunas veces llamada la «Extraña Alianza», juntó en un solo frente común a Gran Bretaña, la mayor potencia colonial del mundo, dirigida por Churchill; a Rusia, la única nación comunista del mundo, dirigida por Stalin; y a Estados Unidos, la mayor potencia capitalista del mundo, dirigida por Roosevelt. Solo Hitler habría sido capaz de juntarlos en un frente común y solo la amenaza de la Alemania nazi habría podido mantenerlos en esa situación durante cuatro años de guerra. Los «Tres Grandes» desconfiaban uno de otro pero cada uno de ellos sabía que necesitaba de los otros dos. Una combinación de dos de ellos no hubiera sido suficientemente poderosa para derrotar a Alemania. Fueron necesarios los tres para acometer esa tarea[126].

La rápida e inesperada evolución de la guerra mundial desde el verano de 1941 favoreció el retorno de Negrín a la actividad política pública porque, en las nuevas circunstancias bélicas, las autoridades británicas optaron por aflojar ligeramente su control sobre el hasta entonces incómodo asilado. Y ello no solo porque se había puesto punto final a la crítica coyuntura en la que Gran Bretaña combatía sola y acosada al Eje germano-italiano, sino porque el declarado sesgo favorable al Eje de la política exterior española entre 1939 y 1942 había terminado por enajenar cualquier simpatía popular u oficial en el Reino Unido por el régimen de Franco. De hecho, tras el

verano de 1941, se asistió a una reactivación de las demandas latentes a favor de su condena pública y del apoyo a las fuerzas de la oposición para su derribo final. Esa presión no cambiaría la política de no-intervención oficial en España, pero acrecentó los deseos del gabinete británico en pro de un cambio político en el país más favorable a los intereses aliados (si era posible con el reemplazo de Franco por don Juan de Borbón) y siempre que pudiera evitarse la necesidad de cualquier esfuerzo militar y la contingencia de estimular un nuevo episodio de guerra civil.

Negrín reapareció en público poco después del ataque alemán contra la URSS, del que tuvo noticia inmediata porque el embajador Maisky estaba pasando el fin de semana en Bovingdon[127]. Y lo hizo mediante una intervención en el Holborn Hall londinense el 20 de julio de 1941, en la que se rememoraba el quinto aniversario del comienzo de la guerra civil. Aprovechó la ocasión porque comprendió que el establecimiento de la Gran Alianza entre Gran Bretaña y la URSS, por meros imperativos bélicos y de supervivencia nacional, revalidaba moralmente su propia política de unidad antifascista (con inclusión del PCE) durante la guerra civil española y con posterioridad en el exilio. Y lo hizo para exponer por vez primera su tesis de la continuidad de las instituciones republicanas en el exilio (incluyendo su condición de jefe de gobierno) y de la legitimidad de su pretensión de recuperar el poder en España por la vía pacífica y al compás de la próxima derrota del Eje nazi-fascista. Empezó explicando su «silencio de ayer y su recato de hoy» en virtud de la necesidad de no dificultar el esfuerzo bélico aliado y dado que el régimen franquista era el oficialmente reconocido por el gobierno británico en tanto no traspasara «abiertamente el Rubicón» de la beligerancia antidemocrática. Pero subrayó que las instituciones republicanas y las masas de exiliados sentían como propia «la tarea de los gobiernos a cuyo lado estamos, en una política cuya finalidad compartimos, pero cuyo contorno y contenido no nos toca definir ni nos cabe influenciar». Y por eso mismo llamaba a la recuperación de la unidad en las filas del exilio, detrás de las instituciones representativas vigentes, para poder actuar resolutivamente en el momento de la derrota de los fascismos y restaurar la república democrática en España:

> Para entonces debemos estar preparados todos los españoles. Preparados quiere decir unidos. Basta ya de divisiones que tanto daño han hecho a España, que trajeron primero la guerra y luego la derrota. Pensemos los que —¡oh paradoja!— disfrutamos de la suerte del exilio, que los muertos y nuestros camaradas en los campos de concentración y cárceles de España y Francia no comprenderán, ni perdonarán, la vergüenza y el escarnio que representaría el malgastar preciosas fuerzas en trapilleos de baja estofa política y viles navajeos personales. […]
>
> Pronto nos repondremos de nuestros quebrantos dentro de un régimen de tolerancia y confraternización. En un régimen que no quisiera utilizar ni el rigor ni la violencia más que, si indispensable fuera, para imponer la reconciliación de todos, absolutamente todos, los españoles; reconciliación que no es relajamiento ni contubernio, pero que, junto con el holocausto de nuestras pasiones, será el mejor tributo a todos los que han sufrido y han muerto.
>
> ¡A todos! ¡A unos y otros! ¡Todos son nuestros hermanos[128]!

El llamamiento de Negrín no tuvo eco decisivo más allá de los círculos del exilio cercanos a su figura y línea política durante la propia guerra civil. En todo caso, su reiteración un año después (con ocasión del discurso conmemorativo del 14 de abril), precipitó la reacción de aquellos grupos opositores al gobierno en el exilio que contaban con mayor capacidad de maniobra por su lejanía respecto del frente de combate europeo[129]. Negrín trató de atajar ese proceso inútilmente con llamadas a la unidad inexcusable y recomendando a sus partidarios la contención en las polémicas. El 24 de agosto de 1942 obtuvo el permiso oficial británico para telegrafiar sin censura al ministro Antonio Velao, entonces en México, sus directrices políticas para el inmediato futuro. En primer lugar, Negrín recomendaba eludir cualquier discusión sobre el pasado:

> Mientras sea posible evítese por nuestra parte polémicas sobre asuntos solo cabe dirimir España sin cohibir por ello libre discusión fuerzas políticas. Pero conviene hacerles ver solo pretenden revivir lo muerto por suicidio y redundan beneficio enemigo por lo que han de esquivarse burdas provocaciones en el fondo obedecen hábiles maniobras agentes Eje que persiguen debilitar cohesión amigos probados y consecuentes frente antitotalitario del que no hánse desviado en ningún momento ni circunstancia.

Seguidamente, refrendaba su tesis sobre la continuidad de las instituciones legítimas en el exilio, subrayando la plena de su gobierno, la de la Diputación y la de la Presidencia de la República a pesar de estar vacante. Y no dejaba de remarcar el orgullo por haber alentado una política de

resistencia que había sido y era también el eje movilizador de los aliados durante la guerra mundial:

> Nuestra posición es la constitucional y por lo tanto firme. Mandato recibido de quien únicamente podía darlo ratificado unánime en toda ocasión por único podía ratificarlo, Parlamento, único sitio podía hacerlo España confirmado durante Guerra y hoy más que nunca por inmensa confianza mayoría pueblo que anhela triunfo Naciones Unidas. Abomina traición fue objeto preparada por maniobras demoledoras moral derrotista. Ahora gloriosa resistencia constituye una más brillantes páginas nuestra historia y comprende acierto esa política que en situación pareja hoy todos preconizan. Nunca dimitimos, desertamos, desentendímonos o hicimos dejación nuestros cargos. Consideramos subsistentes instituciones aunque háyanse declarado en vacancia o carencia. Pero como ejecutivo atenémonos estrictamente obligaciones impone constitución sin rebasar facultades confiera entre las que no figura la de rehabilitación de investiduras supremas instituciones[130].

A pesar del perfil de esas instrucciones, en México, conscientes de que la Diputación Permanente no era ni podía ser una alternativa ejecutiva al gobierno negrinista, Prieto y Martínez Barrio fraguaron la Junta Española de Liberación (JEL) como primer órgano de unión de los partidos y organizaciones antinegrinistas (proclamada oficialmente en noviembre de 1943). Aunque la JEL fue un efectivo dique a las pretensiones de los partidarios de Negrín en México y América Latina, no dejó de transparentar desde el principio la diferencia de criterio entre sus principales integrantes: para Martínez Barrio y los grupos republicanos, era básicamente el embrión de un futuro y nuevo gobierno legitimista republicano; para Prieto y los grupos socialistas afines, era un instrumento en su estrategia posibilista que propugnaba el acercamiento a los monárquicos antifranquistas con la idea de un plebiscito para resolver la futura forma estatal de la España liberada[131].

Mientras su tentativa para apaciguar las divisiones en las filas del exilio republicano naufragaba, Negrín acentuó en Londres su actividad diplomática para situar a la República Española en la agenda internacional. Además de sus contactos personales mediante almuerzos y cenas con las figuras ya habituales, empezó a remitir cartas personales de aliento y felicitación por los éxitos militares obtenidos a Clement Attlee, Anthony Eden y el propio Churchill[132]. Y los dos primeros respondieron cortésmente a sus misivas aun cuando la posición oficial del gabinete en su

conjunto siguiera siendo la de evitar cualquier estímulo y aliento a su posición política personal. Todavía en septiembre de 1944 una minuta de un funcionario del Foreign Office resumía esa actitud con claridad:

> No queremos intervenir en los asuntos internos españoles ni apoyar a ninguna facción determinada contra el actual gobierno. El doctor Negrín ni siquiera es el líder reconocido de los republicanos españoles. Cuenta con la oposición acerba de la mayoría de los otros líderes, en especial los señores Prieto y Martínez Barrio, que representan a las organizaciones republicanas más moderadas dispersas por toda América. De hecho, el doctor Negrín solo puede reclamar el apoyo del pequeño grupo de comunistas españoles. Como tiene más energía y capacidad ejecutiva que la mayoría de los españoles, además de contar con el apoyo de Rusia, pudiera ser que el doctor Negrín llegara a tener en el futuro una posición y reputación mejores de la que hoy mantiene[133].

También emprendió una campaña de comunicación telegráfica con los nuevos líderes mundiales incorporados a la contienda. En diciembre de 1941 remitió sendos telegramas a Estados Unidos y a la URSS para expresar, en su calidad de jefe del gobierno español en el exilio, sus votos favorables al esfuerzo bélico de cada uno de esos países. El primer telegrama, cursado tres días después de Pearl Harbour, fue remitido a Jay Allen y Álvarez del Vayo para su transmisión a las autoridades norteamericanas:

> Hagan saber identificación absoluta con Estados Unidos de inmensa mayoría de pueblo español subyugado que continúa luchando contra el imperialismo totalitario, militarista y racial. A los compatriotas leales al régimen constitucional que no admiten que los destinos de España terminaran con un episodio vergonzoso repítales guía de septiembre 1939 repetida en julio de este año. Nuestro lugar está donde nuestra colaboración sea aceptada o solicitada en una lucha que es también nuestra puesto que de su desenlace dependerá la libertad y supervivencia de España[134].

El telegrama remitido a Stalin, en persona, tomaba como pretexto la fecha de su cumpleaños para hacer votos por el éxito militar del Ejército Rojo al contener la invasión del «militarismo racial nazi» a un coste sobrehumano:

> Aprovecho ocasión para felicitarle nombre mis compatriotas por brillantes éxitos ejército y maravillosa conducta pueblo soviético y para reiterarle mi amistad personal[135].

En ese mismo propósito se incluyen sus contactos reservados con los miembros del servicio de inteligencia militar norteamericano en Londres, que requirieron en varias ocasiones sus opiniones sobre asuntos españoles de interés político y estratégico. Ese contacto había empezado con una petición de información del representante londinense del Office of Strategic Services a mediados de septiembre de 1942 (en vísperas de la «Operación Antorcha»: el desembarco anglo-norteamericano en Marruecos y Argelia, que abriría un segundo frente contra el Eje en el Mediterráneo). Y continuó regularmente durante los meses de septiembre de 1943 (tras la caída de Mussolini y a raíz de la rendición de Italia) y de julio y noviembre de 1944 (después del desembarco en Normandía y cuando la guerrilla del maquis había triunfado en el sur de Francia)[136].

La necesidad de actuar con mayor resolución quedó en evidencia para Negrín desde mediados de 1944, tras el notable éxito del desembarco aliado en Normandía (6 de junio) y la consecuente liberación de Francia. A partir de ese triunfo irreversible se hizo evidente que la guerra mundial estaba a punto de terminar con la derrota total e incondicional de Alemania y el Japón. Convencido de que la oportunidad estaba madura, durante ese segundo semestre del año 1944 y principios del siguiente Negrín intentó concitar el apoyo unánime de todas las fuerzas políticas del exilio para ofrecer un frente unitario republicano que pudiera recabar la ayuda de los gobiernos aliados contra la dictadura de Franco, aprovechando su desprestigio internacional y el fuerte rechazo que provocaba su reciente conducta de simpatía y apoyo apenas soterrado al esfuerzo bélico italo-germano. En opinión de Negrín, solo ese frente unido serviría como garantía ante Washington y Londres de la presencia de una alternativa de recambio al régimen franquista que no incurría en el riesgo de reanudar los horrores de la guerra civil.

En consonancia con ese análisis, el 20 de agosto de 1944 Negrín convocó a Bovingdon a sus más íntimos colaboradores en Londres, Azcárate y Méndez Aspe, y les expuso su programa de acción. Consistía en desplazarse a Francia y México, donde residía el grueso del exilio republicano, para negociar con todos los grupos representativos «la manera de sacar a la política republicana de su actual *impasse*». Según Negrín,

aunque su gobierno tenía «una legalidad incontestable», de nada servía si amplias fuerzas del exilio «se negaban a reconocerlo» porque ello «paralizaba su acción» y esterilizaba los potenciales apoyos exteriores recabados para su causa. La solución prevista por el presidente para esa crisis de autoridad y legitimidad que impedía fructificar una alternativa republicana basada en la continuidad institucional era la siguiente:

> En vista de esta situación era indispensable encontrar el camino «constitucional» para establecer un Gobierno que fuera legal y estuviera reconocido como legítimo por todas o la gran mayoría de las fuerzas políticas republicanas. El plan que nos esbozó se reducía a llegar a un acuerdo con los partidos, organizaciones sindicales y personalidades de la emigración consistente en celebrar una reunión de las Cortes para elegir un Presidente, el cual automáticamente sería Presidente de la República, y ante el cual él presentaría la dimisión de su Gobierno, dejando así el camino abierto para la formación de otro que siendo tan legal como el actual contara con el reconocimiento de todos. Pero para que este plan tuviera resultado práctico era indispensable llegar a un acuerdo previo entre todos, y al compromiso moral de aceptar como legítimo el nuevo Gobierno, y esto era imposible intentarlo, y menos conseguirlo, sin ir él mismo a México[137].

La ejecución del plan de restauración institucional republicana llevó su tiempo y cosechó no pocos contratiempos. Para hacerlo posible, Negrín se entrevistó o contactó en los meses siguientes con líderes republicanos exiliados en Gran Bretaña y Francia y opuestos a su política: Araquistáin (delegado de la JLE en Londres), Salvador de Madariaga y Miguel Maura (exponentes del republicanismo moderado) y José Antonio Aguirre (jefe del gobierno vasco en el exilio). Los dos primeros negaron su concurso a pesar de expresar su respeto personal por Negrín: el primero por considerarlo «el mayor obstáculo a la restauración y normalidad republicanas en España» dada su conexión con el PCE y la URSS; y el segundo porque consideraba imposible el retorno a la democracia sin «la colaboración del Ejército» de Franco y esta no podría conseguirse «sin ponerle como cebo la Monarquía». La respuesta de Aguirre fue de apoyo sin reservas, incluyendo la declaración de que «a su juicio, el Presidente Negrín había de ser la persona encargada de formar el nuevo Gobierno»[138]. También recibió en Newcastle a finales de 1944 la visita de su gran amigo y colaborador, Mariano Ansó, que llegó desde la Francia liberada para darle cuenta de la situación allí (incluyendo noticias sobre su familia, residente entonces en

Marsella) y para estimularle a visitar el país tan pronto como fuera posible[139].

Mientras el frente interior introducía sombras de pesimismo sobre la viabilidad del plan, el frente exterior reportaba luces de esperanza indubitables. Durante esos mismos meses, Negrín expuso su plan y consiguió el apoyo logístico al mismo de cuarteles influyentes. En noviembre de 1944 el embajador francés en Londres, René Massigli, le informó que «tenía instrucciones del Gobierno (presidido por el general De Gaulle) para dar inmediatamente el visado al Presidente» a fin de viajar a la Francia recién liberada y recabar la ayuda del grueso del exilio republicano a sus proyectos. Poco antes había conseguido idénticas facilidades por parte de Herbert Morrison, el líder laborista que ocupaba el Ministerio de Interior en el gabinete de coalición de Churchill. Ya en enero de 1945 comunicó sus proyectos al propio Foreign Office y a los embajadores de EE. UU. (J. G. Winant, que otorgó el visado para el tránsito por su país con destino a México) y de la URSS (Gousev, que había sustituido a Maisky a mediados de 1943). Y en abril de 1945 cosecharía el apoyo del primer ministro neozelandés, Peter Fraser, que se comprometió a secundar las tesis de Negrín en la conferencia fundacional de la Organización de Naciones Unidas reunida ya por entonces en la ciudad de San Francisco[140].

Sin embargo, el viaje a Francia realizado por Negrín a finales de enero de 1945, con la apoyatura logística del gobierno francés, fue un claro anuncio de las dificultades para constituir un frente común que salvase las hondas brechas abiertas en el exilio. Como informó el embajador español en París a las autoridades franquistas, Negrín había llegado el día 24 y la prensa se había limitado «a dar la noticia, subrayando que el viaje tiene carácter estrictamente privado»[141]. En efecto, había desembarcado en el puerto de Dieppe, donde un coche oficial dispuesto por las autoridades francesas le había trasladado de inmediato a París. En la capital se hospedó en el Hotel Lancaster, en el número 7 de la rue de Berry y al lado de los Campos Elíseos (distrito octavo). Las entrevistas celebradas a continuación con los nuevos gobernantes gaullistas del país fueron muy cordiales y el invitado recibió todas las facilidades posibles (incluyendo la puesta a su disposición de un pequeño avión de cuatro plazas más el piloto) para «girar

una visita a los puntos de Francia más habitados por los refugiados españoles»: Toulouse, Pau, Bayona, Montpellier y Marsella. Como muestra de su respeto por los anfitriones, Negrín acudió a rendir homenaje a la estatua de Clemenceau y también quiso depositar flores en la tumba de su amigo Georges Mandel, asesinado poco tiempo antes por los alemanes en represalia por sus labores en la resistencia. También aprovechó su estancia francesa para volver a ver en Marsella a su anciana madre, que estaba muy enferma (fallecería apenas cinco meses después), y a sus dos hermanos, Heriberto y Lolita (que acabarían por instalarse en Lourdes)[142].

La reunión de Negrín en Toulouse el 17 de febrero con las comisiones ejecutivas de los reconstituidos PSOE y UGT (por fusión de prietistas, largocaballeristas y besteiristas) no pudo ser más decepcionante. Sus interlocutores (entre ellos Trifón Gómez y Enrique de Francisco) le replicaron «con toda lealtad» que no reconocían «como legítimo al Gobierno Negrín» y le solicitaron que diera por terminada «su misión como gobernante»[143]. Algo similar ocurrió en las reuniones celebradas en Burdeos, Bayona y Marsella con representantes de las otras organizaciones políticas y sindicales (CNT, Izquierda Republicana, Unión Republicana…) [144]. Ni siquiera el PCE prestó atención real a sus propuestas de acción política pacífica y diplomática, embarcado todavía en una estrategia de lucha armada y guerrillera de nulo resultado y graves costes humanos y diplomáticos. De hecho, Negrín se ahorró el disgusto de entrevistarse personalmente con Dolores Ibárruri, que llegó tarde a la cita en París y que traía un mensaje directo de Stalin desde Moscú: el compromiso soviético de armar a «una unidad militar de republicanos españoles, partiendo de los guerrilleros que han luchado en la liberación del sur de Francia» para participar, «con la bandera de la República, en la última fase de la guerra»[145]. Y ese cúmulo de desencuentros lamentables no resultó aminorado por el hecho de que Negrín acudiera a esas citas pertrechado del respaldo político del gobierno francés y, en la sombra, del propio De Gaulle. Así lo denunciaría el cónsul español en Bayona a sus superiores en Madrid con amargura el día 19 de febrero de 1945:

Tengo la honra de informar a V. E. sobre la estancia en esta ciudad del doctor Negrín, manifestándole que según los informes que he podido obtener, dicho señor se trasladó desde París a Burdeos en un avión que al efecto le fue proporcionado por las Autoridades francesas y desde Burdeos a Bayona por el tren. Le acompañaban, en calidad de Secretario en todos sus desplazamientos el exdiplomático español don Fernando González Arnao, el señor Sánchez Guerra y otras personas cuyos nombres no han sabido darme.

En la Subprefectura de Bayona se habilitó un local que se puso a la disposición del señor Negrín donde por la mañana recibió a destacados elementos refugiados de la región, citados previamente. La reunión, según mis noticias, se celebró en forma protocolaria dándose tratamientos de V. E., V. S. I., etc. al dirigirse los unos a los otros. […]

Por la tarde siguió el señor Negrín recibiendo en la Subprefectura diversas comisiones y representaciones de partidos de extrema izquierda y por la noche salió para Pau. […]

Y por último debo informar a V. E. que las impresiones que he recogido estos días después de la permanencia del doctor Negrín en Bayona es que ha causado una honda decepción entre los elementos rojos las palabras de moderación de aquel, la tardanza que aún se les fija con fecha probable de su regreso a España y la forma de este regreso en personas «honorables» pero nada más… encontrándose con la moral muy decaída[146].

ENTRE SAN FRANCISCO, NUEVA YORK Y CIUDAD DE MÉXICO

Negrín regresó a Londres apesadumbrado por las frustrantes entrevistas celebradas porque, en palabras de Ansó, «nuestra cosecha de adhesiones incondicionales fue escasa y nuestra excursión aérea más bien decepcionante»[147]. A pesar de ello, perseveró en su propósito de ir a América para seguir ejecutando su plan, apoyándose en el inesperado apoyo que encontró en Martínez Barrio, todavía presidente dimisionario de la Diputación Permanente y del propio Congreso de Diputados, y en amplios sectores republicanos decididos a restaurar las instituciones de la República. Animado por esas expectativas y por las noticias sobre la disposición del presidente de México a facilitar una reunión de Cortes en suelo mexicano (previa concesión de extraterritorialidad), Negrín preparó su viaje (vía Estados Unidos, para asistir a la conferencia fundacional de la ONU en San Francisco) con sumo cuidado y atención.

Por un lado, tomó varias medidas de tipo financiero que trataban de atender los grandes gastos previstos con los escasos recursos disponibles: 75 615,55 libras esterlinas para entonces. La primera de esas medidas, adoptada el 3 de abril de 1945, fue ordenar la entrega a «esta Presidencia del Consejo de Ministros» de la cantidad de «treinta mil libras esterlinas» para «hacerse frente a las exigencias que dimanen de esa acción política conjunta» y destinada a «impulsar e intensificar, en condiciones más favorables que las presentes, una acción política en el interior y fuera de España que apresure, en todo lo posible, la restauración del régimen republicano». Es muy probable que dicha cantidad fuera ingresada en la cuenta personal de Negrín en el Lloyds & National Provincial Foreign Bank, cuyo control efectivo seguía teniendo como siempre Feli[148]. La

segunda medida fue destinar otras 8500 libras al funcionamiento de «una oficina encargada de la recuperación de recursos y documentos relacionados con la actuación del Gobierno de la República durante y después de la guerra de España», que estaría presidida por Méndez Aspe en su calidad de Ministro de Hacienda. Y finalmente, la tercera medida consistió en entregar la gestión y financiación de todos los organismos republicanos en Gran Bretaña (Instituto Español, Fundación Juan Luis Vives, Oficina de colocación, United Editorial, etc.) a «un mandatario» (Azcárate) que se haría cargo de todos ellos con un presupuesto económico de 27 424,16 libras esterlinas improrrogables[149]. De esa manera, Negrín distribuía los fondos existentes con vistas al futuro inmediato (excepto el remanente de casi 10 000 libras) y preparaba todos los mecanismos para tener a punto una eventual rendición de cuentas públicas en el momento necesario.

La segunda tarea consistió en escribir a una amplia nómina de líderes aliados, incluyendo a Churchill, Stalin, Roosevelt y De Gaulle, así como a sus conocidos y amigos (Attlee, Noel-Baker, Moch, Blum o Auriol) para transmitirles su enhorabuena por la victoria lograda en Europa con la rendición incondicional de Alemania el 8 de mayo de 1945[150]. Esa gestión, y la búsqueda de la mediación del diputado Harold Nicolson, no sirvieron sin embargo para conseguir el visto bueno de Eden a una reunión personal con Negrín antes de su partida hacia América. Los responsables del Foreign Office desaconsejaron ese encuentro con firmeza por ser contradictorio a su política de no-intervención en España, sostenida sobre tres pilares básicos: la honda desconfianza hacia la capacidad de unos grupos exiliados desunidos y muy mal avenidos; el temor a propiciar una segunda vuelta de la guerra civil; y la confianza en que los generales monárquicos consiguieran convencer a Franco para dejar el poder en manos del pretendiente. Y el secretario del Foreign Office atendió su recomendación sin reservas:

> El doctor Negrín no debe ser recibido por el Secretario. Es solo uno más de los líderes republicanos españoles exiliados, que están peleados unos con otros. Además, nuestros informes indican que a pesar del apoyo con que cuenta en los círculos de izquierdas en este país y en EE. UU., está bastante desacreditado entre los propios españoles y no tiene

> virtualmente ninguna posibilidad de retornar al poder en España. Por otra parte, nosotros no debemos dar la impresión de que apoyamos a los republicanos españoles o secciones de ellos. Recibiríamos con mucho agrado la retirada del general Franco y de la Falange, pero queremos dejar que sean los españoles los que encuentren el régimen que los haya de reemplazar. Sin embargo, tenemos el máximo interés en que el cambio de régimen no lleve a una guerra civil y no vemos cómo podría restaurarse la República sin otra guerra civil. La única alternativa viable que podemos ver en la actualidad para sustituir al régimen actual sin guerra civil es la restauración de la Monarquía y esto depende de los generales, que todavía apoyan en general a Franco aunque están empezando a tener dudas y vacilaciones[151].

Contra ese análisis y los firmes pilares que asentaban esa política de inhibición y no-injerencia, de poco podía valer la estima personal abrigada por Negrín en amplios sectores de los círculos políticos, parlamentarios y diplomáticos del Reino Unido. Dentro del propio Foreign Office, al igual que durante la guerra civil, no dejaron de evidenciarse en aquellos momentos esas mismas muestras de aprecio humano y respeto político hacia «el más sobresaliente, sin duda alguna, de las personalidades republicanas», que «siempre ha estado desprovisto de soportes partidarios»:

> Durante la guerra civil Negrín hizo muchos enemigos por su brillante eficacia y su desprecio por las flaquezas de partido que, sin embargo, son parte esencial de una democracia en lucha. Entonces podía describirse como un líder bélico popular. Pero, cuando el colapso llegó, su asociación con los elementos comunistas le convirtió en un claro chivo expiatorio. La pelea, en parte personal y en parte política, con Indalecio Prieto (la otra única figura de calibre nacional) ha dañado su posición política. Y la calumnia ha hecho su labor. Su férrea voluntad, su «arrogancia» (el hecho de que reclame ser el único depositario de la legitimidad) y su acomodado estilo de vida han molestado mucho. Muchas de las críticas proceden del hecho de que haya financiado sus propias creaciones (por ejemplo, el Instituto Español) con los considerables fondos del tesoro nacional que, como Jefe de Gobierno en el exilio, ha seguido administrando[152].

Con esos severos contratiempos de trasfondo, Negrín salió de Londres para Nueva York en avión el 15 de mayo de 1945. Iba a estar fuera de Europa más de seis meses y, por primera vez, sin la ubicua y tranquilizadora compañía de Feli, que se quedó en Dormers atendiendo la casa, el huerto, a *Melchor* y *Gaspar* y al resto de los animales. Todos los pormenores de su viaje, así como su estancia en Estados Unidos, fueron minuciosamente vigilados en secreto por el Federal Bureau of Investigation (FBI) por orden

directa de su director, John Edgar Hoover, en atención a sus contactos con «Rusia y los comunistas»[153].

Aterrizó en Estados Unidos el día 16 de mayo y se instaló en el Hotel St. Regis de Nueva York, situado en el número 2 del este de la calle 55[154]. Allí se reunió de nuevo por vez primera desde 1939 con sus tres hijos (rechazó hacerlo con su esposa María Mijailov), disfrutando de su compañía y conociendo en persona a Jeanne, la mujer de Rómulo. Apenas cuatro días después, Negrín partió en avión con destino a San Francisco para promocionar la causa de la República Española en la conferencia fundacional de la ONU, que había abierto sus sesiones el 26 de abril. Lo hizo de la mano de la sociedad norteamericana que le servía de apoyo y cobertura: The Friends of the Spanish Republic, un organismo creado a fines de 1944, presidido por William L. Shirer, que contaba como secretaria ejecutiva con la periodista Freda Kirchway (editora de la revista *The Nation*) y tenía como uno de sus miembros más activos a Jay Allen, el viejo amigo excorresponsal del *Chicago Tribune* en España. Los miembros de esa asociación habían estado en San Francisco desde el inicio de la conferencia y habían preparado y divulgado profusamente un completo *dossier* sobre «el problema español» para justificar el veto «a la admisión de la España de Franco» en la ONU[155].

Negrín se instaló en el Hotel St. Francis de San Francisco el 20 de mayo de 1945, donde también se alojaban Álvarez del Vayo, William Shirer y Freda Kirchway (aunque su centro de actividades estuviera en el Hotel Palace)[156]. En la ciudad californiana coincidió con la delegación de la Junta Española de Liberación (JEL) presidida por Prieto y compuesta por Gordón Ordás, Álvaro de Albornoz y J. M. Sbert. Pero fue imposible concertar una reunión entre ambos líderes (solo Gordón Ordás acudió a visitar a Negrín) y ni siquiera se combinaron los esfuerzos diplomáticos de los dos grupos[157]. De hecho, Prieto provocó el enfado de Negrín porque, según el informante del FBI, «convocó una conferencia de prensa el día de su llegada para amortiguar esa noticia»[158]. Pese a ese sombrío contratiempo, la estancia de Negrín en San Francisco, que duró hasta el 26 de mayo, fue muy fructífera y le animó a proseguir con su plan.

No en vano, el 22 de mayo concedió una rueda de prensa a la que acudieron representantes de más de veinte diarios y cadenas de radio, ante los cuales «produjo una extraordinaria impresión y describió el plan para la transición pacífica desde la dictadura de Franco a la República constitucional». Según el informante del FBI, en esa rueda de prensa Negrín desestimó la posibilidad de una restauración monárquica y anunció la próxima reunión de las Cortes en México con garantías de extraterritorialidad (quizá a bordo de un barco republicano). También explicó que en ella se elegiría al nuevo Presidente de la República y este procedería a abrir consultas para la formación de un nuevo gobierno republicano. Expresó igualmente su opinión de que tras la caída de Franco (por obra de «la ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales de las naciones democráticas») debería instalarse en España un ejecutivo que incluyese «a todas las corrientes de opinión desde la extrema izquierda a la extrema derecha» y aplicarse «una completa amnistía»[159].

A lo largo de los días siguientes, Negrín se entrevistó con una gran parte de los delegados de las potencias aliadas que estaban presentes en la conferencia, a casi todos los cuales conocía por haber residido en Londres durante la guerra mundial: Paul-Boncour (Francia), lord Halifax (Gran Bretaña), el doctor T. V. Soong (China nacionalista), Jan Masaryk (Checoslovaquia), Manuilsky (representando a Ucrania), Peter Fraser (Nueva Zelanda), Herbert Vere Evatt (Australia) y el doctor Luis Quintanilla (México). Con este último, según el informe confidencial de *The Friends of Spain*, se había ya establecido «la más íntima relación personal» y «la más cordial relación de las existentes con todos los líderes de países latinoamericanos». Solo el delegado norteamericano rechazó la invitación para entrevistarse con Negrín. También se entrevistó con José Antonio Aguirre que, al contrario de los miembros del JEL, manifestó su acuerdo con los planes de Negrín y le aseguró su cooperación. En atención precisamente a su prestigio, la delegación francesa ofreció el día 24 de mayo una comida al doctor Negrín para que «discutiera los asuntos de España» con el resto de las delegaciones aliadas[160]. Y como parte de esa campaña de promoción de la causa republicana se fue fraguando la formulación y aprobación unánime de lo que se conocería como

«resolución Quintanilla» del 19 de junio de 1945 relativa a España: el veto al ingreso en la ONU de «Estados cuyos regímenes fueron establecidos con la ayuda de las fuerzas militares de países que han luchado contra las Naciones Unidas, mientras que estos regímenes permanezcan en el poder»[161].

Tras abandonar San Francisco con un preciado triunfo en las manos, Negrín, en compañía de Álvarez del Vayo, se desplazó de regreso a Nueva York el 26 de mayo, según informaron puntualmente a Hoover los agentes del FBI (uno de cuyos informantes parece ser Miles Sherover, el agente financiero utilizado por la República durante la guerra)[162]. Instalado en el Hotel Plaza, en el costado de la Quinta Avenida y Central Park, aprovechó la estancia para tomar parte en una conferencia de prensa y radio celebrada el 31 de mayo. Una semana más tarde visitó Washington durante cuatro días para ser el invitado especial en un almuerzo ofrecido por el secretario del Interior, Harold L. Ickes, el día 7 de junio, al que asistieron diversos congresistas y senadores norteamericanos[163]. Durante su estancia en Washington Negrín también fue invitado a conversar discreta y «oficiosamente» con «altos funcionarios americanos» para exponerles su plan de restauración institucional republicana y sus impresiones sobre el futuro de España. No en vano, por esas mismas fechas, la política de Roosevelt se encaminaba hacia una presión sobre el régimen franquista para conseguir su retirada pacífica y la restauración de la democracia en el país[164]. Las entrevistas, a pesar de su confidencialidad, fueron filtradas a la prensa y provocaron evidente inquietud en las esferas gubernamentales españolas. De hecho, Franco dispuso la petición de explicaciones y la respuesta obtenida por el embajador español en Washington fue remitida el 23 de junio y no era precisamente esperanzadora:

> Me entrevisté con Asistente especial del Secretario de Estado encargo asuntos Europa, al que le pedí se investigaran entrevistas Negrín a que se refieren telegramas V. E. n.º 594-600, me dijo que desde luego podía asegurarme no se había celebrado ninguna que pudiera calificarse de carácter oficial prometiéndome investigar el caso y darme cuenta del resultado. Efectivamente ayer tarde me llamó para confirmarme lo antes dicho añadiendo que era cierto que a su paso por Washington Negrín había visitado con carácter particular a dos funcionarios, no de alta categoría y que el Departamento de Estado no tenía conocimiento de que ninguno de ellos hubiera dicho las frases que se les atribuye en el reportaje. Al

> preguntarle el nombre de los interesados rehuyó la contestación. Hice patente de nuevo mi sorpresa y disgusto por la facilidad que encuentran en este país los enemigos del Gobierno Legítimo de España refiriéndome no solo a las entrevistas en cuestión sino a los visados de sus pasaportes permisos de entrada salida y transporte[165].

De vuelta a Nueva York, Negrín mantuvo un encuentro con los miembros del llamado «Comité Coordinador Pro República Española», un organismo que el FBI consideraba integrado por comunistas de Estados Unidos y militantes exiliados del PCE y cuyas actividades vigilaba. Según el informe confidencial elaborado, la entrevista no fue particularmente satisfactoria para ellos porque «Negrín les pareció demasiado frío y reservado y sin haber mostrado el suficiente interés en la información que le transmitían». No en vano, los asistentes le habían propuesto que dejara de financiar «a los refugiados españoles en Francia» y que dedicara ese dinero a sostener la actividad guerrillera ya en curso en España, con el fin de «comenzar otra revolución contra Franco desde la frontera francesa». Según el informante del FBI, públicamente «Negrín sonrió con deje cansado e ignoró la propuesta», aunque en privado no dejó de quejarse ante Álvarez del Vayo «por la estupidez de los comunistas españoles»[166].

Desde Nueva Yok, también se acercó el 10 de junio a Chicago para ver a su gran amigo, el doctor Walter B. Cannon, catedrático de fisiología en Harvard, y a su discípulo Rafael Méndez, que había encontrado acomodo laboral a su lado (visitas que el FBI no dejó de anotar en sus registros). Informado Méndez de los planes políticos de su maestro, se atrevió a preguntarle lo que otros colaboradores también temían: «¿Y si no le ratifican a usted la confianza?». La respuesta de Negrín fue tajante y seguramente muy meditada: «Me retiro por completo de toda actividad política»[167].

Su último acto político público consistió en hacer una proclama desde la radio de Nueva York con ocasión del noveno aniversario del comienzo de la guerra civil. Fue invitado a hacerlo el 30 de junio nada menos que por el *Overseas Radio Programme Bureau* del *Office of War Information* (El programa de emisiones radiofónicas para ultramar de la Oficina de Información de Guerra, organismo gubernamental de propaganda bélica). Grabada en español para ser emitida el 18 de julio de 1945, la declaración

comenzaba señalando que «este décimo año será decisivo» para la causa republicana porque habría de ser testigo de la eliminación del «último vestigio europeo del totalitarismo nazi-fascista». Aunque señalaba que «la liberación de España compete en primer término sin duda a los españoles», también recordaba que afectaba «a todos los países sin excepción» si debía preservarse «la paz y la reconstrucción del mundo». Por eso saludaba la aprobación de la propuesta mexicana en la ONU que implicaba el veto «a los países cuyos gobiernos han sido puestos en el poder con la ayuda nazi-fascista». Y terminaba con una expresión desiderativa sin duda sentida y anhelada:

> El fruto del maridaje de la traición con el fascismo desaparecerá y desaparecerá pronto sin que sirvan a alargarle la vida disfraces y camuflajes. Lo exigen la dignidad y los intereses de España. Lo reclama la paz y la tranquilidad del mundo. Otra cosa significará haber derrotado al nazismo [*sic*] para dejar sobrevivir su engendro preferido[168].

Con esa disposición y las buenas perspectivas abrigadas por su prolongada estancia en Estados Unidos, Negrín partió para el destino final y más importante de su viaje: México, donde radicaba la más numerosa colonia republicana del exilio americano y en donde residía la mayoría de los dirigentes y diputados expatriados. Emprendió el viaje por vía aérea (con la compañía Pan American Airways) desde Nueva York el 12 de julio de 1945, acompañado de Álvarez del Vayo, según el informe elaborado por el FBI. Por indicación expresa del Departamento de Estado no fue sometido a inspección aduanera personal aun cuando sus maletas sí lo fueron. Llegó a Monterrey al día siguiente, donde le esperaba Santiago Garcés. En su compañía se trasladó después por carretera a la ciudad de México, alojándose allí en un apartamento del número 157 del Paseo de la Reforma (para trasladarse posteriormente a otro apartamento del número 574 de la Avenida de Chapultepec). De inmediato se reunió con sus más íntimos colaboradores: José Puche, Antonio Velao y Ramón González Peña[169].

El 16 de julio Negrín se desplazó hasta Cuernavaca (estado de Morelos) para presidir oficialmente una reunión del Consejo de Ministros en el exilio en la que sometió a discusión su plan de restauración institucional: acuerdo previo entre partidos para convocar Cortes con garantía de

extraterritorialidad; elección formal de Presidente de la República en la persona de Martínez Barrio; dimisión oficial del gobierno ante el nuevo titular; y formación de un nuevo gobierno de unidad republicana para forzar la caída de Franco con medidas diplomáticas (reconocimientos internacionales) y presión económica y comercial. Asistieron al consejo, además de Negrín y Álvarez del Vayo, solo otros cinco ministros: Segundo Blanco (CNT), Antonio Velao (IR), González Peña (PSOE), Moix (PSUC) y Bilbao (ANV). Negrín les explicó «su disgusto por la actitud de Prieto en San Francisco» y por sus acusaciones de que era «un agente de Moscú y del gobierno ruso», aunque mostró su convicción de que «otros importantes líderes de la JEL no suscribían la opinión de Prieto». También recibió el apoyo de todos los presentes a su plan político, aunque el ministro comunista, Moix, no dejó de advertir de las «dificultades para obtener el apoyo de los diversos sectores y partidos», así como de la posibilidad de que Negrín no recabara el apoyo suficiente «para formar con éxito un nuevo gobierno». En ese caso, advirtió, probablemente Prieto sería encargado de formarlo y excluiría del mismo al PCE y PSUC[170].

Pertrechado de esa resolución formal, Negrín acudió el 17 de julio de 1945 a la residencia oficial del entonces presidente de México, general Ávila Camacho. Recibió una cordial bienvenida y también consiguió el apoyo para su plan, con el añadido fundamental de que se concedería la extraterritorialidad al espacio de reunión de las Cortes con el propósito de cumplir con el precepto constitucional de que fuera suelo español el que albergara la sesión. Al día siguiente se reunió en persona con Martínez Barrio y comprobaron su acuerdo básico sobre los pormenores de todo el proceso. Con posterioridad, visitó al embajador de Francia (20 de julio), a prominentes líderes oficiales mexicanos como el secretario de Exteriores y el de Gobernación (23 de julio), al expresidente Cárdenas (24 de julio) y a otros destacados líderes españoles exiliados y representantes diplomáticos significados por su apoyo a la causa republicana. Según los informes del FBI, todas esas actividades habían sido «un secreto bien guardado» y sin publicidad, al objeto de facilitar la consecución del plan[171]. Solo a finales de mes, después de una nueva reunión con Martínez Barrio el 26 de julio, la prensa se hizo eco de la presencia de Negrín en México y de sus propósitos.

El 28 de julio, en efecto, se hacía público que «Negrín y Martínez Barrio habían tenido una larga y cordial entrevista» cuyo resultado fundamental era el acuerdo para «la restauración de todo el orden constitucional». El informante del FBI comunicó que durante esa entrevista Negrín le había comunicado a Martínez Barrio su «disposición a hacer los máximos sacrificios para lograr la unión de los republicanos españoles» y le hizo saber que, tan pronto como fuera elegido presidente, le presentaría la dimisión de su cargo[172].

Conseguida la práctica unanimidad de todos los grupos para su proyecto de convocatoria de Cortes (incluyendo la renuente aprobación del grupo socialista de Prieto), Negrín decidió aparecer en público ante sus partidarios y ante el conjunto de los exiliados. Lo hizo mediante una amplia intervención leída en la tarde del 1 de agosto de 1945 en un mitin de masas celebrado en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México. Según el informante del FBI, «el auditorio estaba repleto de gente» y entre los oyentes estaban «representantes diplomáticos de China, Francia, Cuba, Chile y muchos países latinoamericanos», así como «representantes del Congreso mexicano y prominentes hombres de negocios de México». Otras fuentes añaden la presencia de los representantes diplomáticos de la URSS, Gran Bretaña y los Estados Unidos, así como líderes políticos y militares de México, hasta sumar un total de casi seis mil oyentes que abarrotaban todas las estancias del palacio y «acogieron la llegada de don Juan Negrín puestos en pie y con una ovación que duró quince minutos»[173].

En su discurso, uno de los más largos y decisivos de toda su vida, Negrín proporcionó un completo «informe» verbal sobre su gestión de gobierno desde la salida de España en 1939 y hasta el momento presente, sin omitir casi ningún asunto de interés y relevancia. De hecho, aparte de comenzar dando las gracias a México por su generosa hospitalidad, explicó el propósito institucional que le había traído a México («llegar a acuerdos urgentes e indispensables que abarquen a cuantos quieren el restablecimiento de la legalidad en nuestra patria»), justificó su forzado silencio durante casi un quinquenio («las severas restricciones que han existido en las Islas Británicas») y enfatizó los motivos por los que

desestimó dejar Europa en plena guerra para encontrar refugio más seguro en México u otros países latinoamericanos:

> Creí, sigo creyendo, y sobre ello insistiré más adelante, que mientras durara la guerra mi puesto estaba donde se luchaba. De poco valía el hablar de que la guerra contra la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolni era la continuación de la nuestra, y por lo tanto la misma guerra, si quien representaba a España se alejaba de su escenario y se desentendía de su curso, convirtiéndose de actor en espectador.
>
> […] Yo no podía exponerme al riesgo de no poder volver a Inglaterra durante la guerra; primero, porque Inglaterra era entonces frente de batalla donde me correspondía y convenía estar; segundo, porque desde el punto de vista diplomático y de la acción internacional era Inglaterra no solo el mejor observatorio, sino el sitio donde se incubaban las negociaciones de paz y la preparación de la posguerra, y cuantos asuntos tuvieran interés para la República y España[174].

A continuación pasó a analizar las «causas de nuestra derrota militar» (remarcando un aspecto, «la falta de moral, el relajamiento de la moral de nuestra retaguardia», con mayor énfasis que las carencias de «recursos y los medios materiales») y la «lógica de la resistencia» de su política durante el conflicto civil, que no había sido distinta a otras contempladas con posterioridad durante la contienda mundial:

> ¡La resistencia!
>
> ¿Qué otra cosa, sino la resistencia de Inglaterra, encarnada en la gran figura de su primer ministro Winston Churchill, ha sido la que salvó en el verano de 1940 al Imperio británico y al mundo entero de caer para siempre bajo el yugo del dominio hitleriano?
>
> Pues bien: la situación militar de Inglaterra en el período de julio a diciembre de 1940 fue, salvando las proporciones, mucho peor de lo que fuera la de España en marzo de 1939, es decir, en el momento del golpe de Madrid. […]
>
> ¿Qué es sino la resistencia ante Moscú y Stalingrado, personificada en el mariscal y gran líder de la Unión Soviética, Stalin, lo que hizo que cambiaran las tornas de la guerra, evitando el triunfo del Eje[175]?

También repasó distintos momentos críticos de la guerra civil (el hundimiento del frente en marzo de 1938; la crisis de gobierno de abril del mismo año; la pérdida de Cataluña, etc.) para desestimar con pasión la infamante acusación de entreguismo al comunismo: «¡Yo os aseguro por los muertos de nuestra guerra que en ello no hay una palabra de verdad!». Y explicó detallamente que su único objetivo durante la última etapa de la guerra, antes de aceptar la capitulación, había sido conseguir garantías del

enemigo de «que no hubiera represalias ni persecuciones» y se facilitara la evacuación de comprometidos. Tras referirse al triunfo de la traición de Casado y «los nuevos rebeldes», explicó sus gestiones en el exilio centradas en dos planos básicos: «el problema de la ayuda a los refugiados» y «mantener viva dentro y fuera de España la idea de la República y su legalidad». Respecto a lo primero, prometió que si seguía al frente del ejecutivo tenía intención de «publicar un Libro Blanco en el que se dé cuenta de cuál ha sido la gestión del Gobierno, de cuál ha sido la acción internacional que el Gobierno trató de realizar durante la emigración». Y respecto de lo segundo, reiteró sus esfuerzos para «mantener viva en todos los sitios la idea de que la República Española subsistiría a pesar de que nos habíamos visto obligados a abandonar el territorio», a la par que enfatizó el apoyo constante ofrecido a la causa de las democracias desde el primer momento en la guerra mundial. Finalmente, abordó el pleito político abierto por las negativas de sectores políticos del exilio a reconocer la legitimidad de su gobierno y las razones por las que había emprendido el plan de restauración institucional de la República para atajar esa fractura de inmediato:

> El Gobierno estimaba y estima que una solución del pleito político español fuera de España es un gran error. Pero hace dos años yo me convencí de que había que pasar por ello, de que esto tiene que solucionarse, de que así no se debe continuar ni un minuto más de lo inevitable. Así no se puede actuar y yo no puedo llevar sobre mí la responsabilidad que corresponde a un jefe de gobierno de la República Española cuando sectores que asimismo se consideran considerables, de la emigración, niegan la propia existencia del Gobierno y en ocasiones la existencia del resto de las instituciones de la República[176].

La profusa intervención terminó con un llamamiento a «la colaboración de todos» para el restablecimiento de las instituciones republicanas a la vista de las oportunidades políticas abiertas para la acción, bajo la premisa de que «no hay tiempo que perder» y sobre la base de que «nos está contemplando el mundo entero». Tampoco dejó de incorporar una declaración de patriotismo español sentida y profunda:

> Creo en la nación española con sus múltiples variantes; la nación, que no son los españoles de ayer ni los de hoy; que somos todos los de ayer, los de hoy y los de mañana, unidos por una serie de tradiciones que heredamos y que tenemos que transmitir depuradas y enriquecidas,

> porque no tiene derecho a vivir de sus tradiciones, ni persona ni nación, sino cuando saben mejorarlas, superarlas, ampliarlas y crear nuevas tradiciones; porque solo el que sabe crear nuevas tradiciones tiene derecho a vivir de la tradición; porque países que solo viven del pasado sin aumentar la herencia del futuro son parásitos del árbol de la historia, que desnutren la fronda de su nacionalidad. Y no es esa la España ni los españoles que nosotros los republicanos queremos[177].

Tras clausurar el mitin, Negrín decidió dar el paso final que restaba para poner en marcha su plan: convocar una reunión conjunta con todos los partidos y organizaciones del exilio para solicitar su concurso y apoyo al plan de restauración institucional mediante la convocatoria de Cortes. Los días 7 y 8 de agosto de 1945 se celebró en la ciudad de México esa especie de asamblea presidida por Negrín con la asistencia de todos los grupos políticos existentes, incluyendo el socialismo prietista (con este ausente en Nueva York por tratamiento médico). Según el informante del FBI, tomaron parte en la misma un total de 22 grupos (desde el PSOE-UGT «facción Negrín» y «facción Prieto», hasta la CNT, PCE, IR, UR, ERC, ANV, etc.). A pesar de los recelos y suspicacias, en la tarde del 8 de agosto, todos ellos suscribieron un acuerdo formal en el que, «dentro de un espíritu de comprensión patriótica», reconocían la validez «de las razones expuestas por don Juan Negrín para convocar la reunión» y requerían al Presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, para que «proceda a convocar en sesión extraordinaria y solemne al Congreso» al solo efecto de convertirse en nuevo presidente de la República[178].

Como resultado de esas complejas negociaciones en México se fue abriendo camino la «salida constitucional» auspiciada por Negrín y aprobada por Martínez Barrio. Y lo hizo en un ambiente de euforia habida cuenta de dos circunstancias juzgadas como favorables con cierta razón. Por una parte, la amplia victoria conseguida por el Partido Laborista en las elecciones generales celebradas a finales de julio de 1945 en Gran Bretaña, que preludiaba un endurecimiento de la postura británica hacia el franquismo en la medida en que Winston Churchill cedía su cargo a Clement Attlee. Conocedor de las buenas relaciones de Negrín con el nuevo primer ministro, el gobierno de Franco no dejó entonces de ordenar al duque de Alba que emprendiera «un serio esfuerzo para contrarrestar la labor de atracción que Negrín realizó durante años cerca de los que hoy son

personajes más destacados del Partido Laborista»[179]. Por otro, la publicación el día 2 de agosto de ese año de la declaración firmada en Potsdam por los tres grandes mandatarios de las potencias aliadas (el presidente Truman por EE. UU., Stalin por la URSS y Attlee por el Reino Unido). En ella se condenaba al régimen franquista por haber «sido establecido con el apoyo de las potencias del Eje» y se ratificaba el veto a su ingreso en la ONU «en razón de sus orígenes, su naturaleza, su historial y su asociación estrecha con los Estados agresores»[180].

En ese contexto internacional, en la primera hora de la tarde del 17 de agosto de 1945 se reunieron finalmente las Cortes de la República en el Salón de Cabildos del Palacio de Gobierno, imponente edificio que el ejecutivo mexicano presidido por Ávila Camacho prestó con el *status* jurídico de extraterritorialidad (la condición exigida por Negrín: las Cortes habían de reunirse en territorio español para ser legales). Asistieron a la sesión 96 diputados (más otros 34 adheridos cablegráficamente) a los que acompañaron una nutrida representación de diplomáticos acreditados ante México: los embajadores de China, Colombia, Venezuela y Bolivia y los ministros de Francia, Checoslovaquia, Suecia, Unión Soviética y Grecia, entre otros. En «un sofá que hizo las veces de banco azul» se sentaron el presidente Negrín y algunos de sus ministros: Álvarez del Vayo, Velao, Bilbao, González Peña, Blanco y Moix. Ante esa concurrencia, el presidente interino de las Cortes, Fernández Clérigo, tomó juramento a Martínez Barrio y este asumió la hasta entonces vacante Presidencia de la República sin traba u oposición alguna[181]. Una vez proclamado como tal, Negrín siguió la preceptiva norma constitucional y acudió con sus ministros a cumplimentar al nuevo Presidente, al que también presentó por escrito su dimisión como jefe del Gobierno de la República. La carta formal, fechada ese mismo 17 de agosto de 1945, rezaba:

> Mi querido Sr. Presidente y distinguido amigo:
>
> Permítame, Sr. Presidente, que a mi dimisión formal como Presidente del Consejo de Ministros, acompañe estas líneas de salutación y afecto.
>
> Al poner, mis colegas y yo, nuestros cargos a su disposición, lo hacemos no solo siguiendo la tradición obligada, al cambiarse la Jefatura del Estado, sino cumpliendo al mismo tiempo con lo que desde el año 1942 ha sido decisión y propósito del Gobierno que

presido: la de resolver por vía constitucional la crisis política latente, para lo que era en primer término indispensable proveer la vacante de Presidente interino de la República.

En las nuevas y supremas responsabilidades que V. hoy ha asumido, puede V. contar desde luego, Sr. Presidente, con que le acompañan mis fervientes votos por su mejor éxito en el desempeño de su alta Magistratura, en bien de la República y de España.

Con la expresión de mi afecto personal, queda respetuosamente suyo devoto servidor y amigo.

Juan Negrín[182]

Negrín dejaba así expedito el camino para que Martínez Barrio iniciara las gestiones destinadas a formar un nuevo poder ejecutivo. Y lo hacía con sumo agrado (como le comunicó por telegrama a Azcárate: «Creo hemos dado gran avance recuperación República») porque había logrado un último y significativo triunfo frente a sus adversarios: el reconocimiento retrospectivo de su ininterrumpida legitimidad como presidente del Consejo de Ministros de la República desde el inicio del exilio en marzo de 1939[183]. Pero pronto comprendería que se había tratado de victoria pírrica porque, en los días sucesivos, las negociaciones emprendidas por Martínez Barrio para constituir nuevo gobierno demostraron la persistencia de profundas brechas entre las fuerzas republicanas y la imposibilidad de concitar la deseada unidad en torno a su persona.

Aunque Negrín era sin duda el candidato mejor situado para recibir el encargo habida cuenta de sus contactos internacionales y de su reputación diplomática (y todo hace creer que Martínez Barrio lo sabía), Prieto (aún en Nueva York) consiguió que los reconstituidos grupos del PSOE y la UGT, tanto de México como de Francia, acordaran vetar su nombre al anunciar que nunca se integrarían en un ejecutivo bajo la presidencia de su antiguo correligionario. Ese veto compensaba con mucho la propuesta presentada por la dirección de la otra facción del PSOE-UGT (la última elegida en España), que avaló a Negrín como figura idónea para presidir «un verdadero Gobierno Nacional» que abarcase «todos los partidos del régimen» y «a las personalidades políticamente más destacadas». Sobre todo porque aquellos mantenían una masa de seguidores mucho más nutrida y estaban mejor implantados geográficamente[184]. Por su parte, el PCE y los sectores negrinistas de Izquierda Republicana advirtieron al presidente que solo entrarían en un ejecutivo dirigido por el dimisionario. Mientras

tanto, Esquerra Republicana de Cataluña y otras personalidades republicanas consultadas (Álvaro de Albornoz, Fernando de los Ríos, Felipe Sánchez Román, Augusto Barcia…) recomendaron a Martínez Barrio que la presidencia recayera en «un republicano»[185].

El 21 de agosto Martínez Barrio resolvió el dilema con una salida que trataba de ser una transacción: ofreciendo la jefatura de gobierno a un republicano histórico como José Giral y confiando en que Negrín aceptara servir con él en la cartera de Estado y con la categoría de vicepresidente del gobierno. Es probable, como indicarían algunas fuentes, que Martínez Barrio hubiera querido así hacer una demostración de independencia y acallar las sospechas prietistas de haber convenido en secreto con Negrín su propia elección para el cargo a cambio de la continuidad de este al frente del gobierno. En todo caso, la decisión fue un verdadero golpe para el orgullo personal y la autoestima de Negrín, que había confiado hasta el último momento en que sería llamado en primer lugar por el presidente para acometer la tarea. En su primera entrevista con Giral el 22 de agosto, Negrín rechazó la oferta, con el apoyo del grupo socialista afín, y mantuvo su negativa en las conversaciones mantenidas con su antiguo ministro en los dos días siguientes. No hubo modo de romper su resolución de quedar al margen del nuevo gobierno, a pesar de la tenaz mediación de José Antonio Aguirre, que intentó infructuosamente toda clase de arreglos: que Prieto levantase el veto; que Negrín se acomodase a la solución presidencial; e incluso que Giral renunciase al encargo y diera vía libre a Martínez Barrio para ofrecer el puesto a Negrín. En consecuencia, el gobierno anunciado por Giral el día 26 de agosto de 1945 no contaba con la participación de Negrín ni de los grupos negrinistas, además de estar ausente del mismo el PCE. El nuevo ejecutivo hecho público entonces estaba formado por Fernando de los Ríos (PSOE), Álvaro de Albornoz (IR); Manuel Torres Campañá (UR), Manuel de Irujo (PNV); Josep Tarradellas (ERC); Indalecio Prieto (PSOE); Augusto Barcia (IR); Ángel Osorio y Gallardo (independiente); y Luis Jiménez de Asúa (PSOE). Pronto se sumaron al mismo Santaló (ERC, en sustitución de Tarradellas), Trifón Gomez (PSOE, en sustitución de Prieto), Nicolau D'Olwer (Acción Catalana) y los anarquistas Martínez Prieto y Leyva (CNT)[186].

La decepción de Negrín (y los negrinistas) por el curso que había tomado la negociación y por su resolución final fue profunda y duradera. No tardó mucho en telegrafiar a Feli para comunicarle su alegría por la reunión de Cortes y su pesar por «lo demás»: «Es ajeno mis responsabilidades y jurisdicción. Empezaremos nueva etapa para evitar entierren República los que ya intentaron ser sus liquidadores». Azcárate captó el significado de lo sucedido muy pronto: «¡Le habían hecho la jugada!»[187]. Así lo interpretaron igualmente los dirigentes socialistas y republicanos afines a Negrín, junto con el PCE, que se aprestaron a emitir un comunicado explicando su ausencia del nuevo ejecutivo:

> Han estimado que la reconquista de la República Española supone mantener la política de resistencia y de firmeza que representó el último Gobierno Nacional; que esa política, y no otra, es la que ahora reconoce el mundo como la justa y acertada en defensa de la democracia que defendíamos con las armas en la mano; que la continuidad de esa política es la que presta razón y fuerza a nuesta legalidad republicana, que esa política es la que han tenido que seguir los gobiernos y las masas que no claudicaron ante los invasores de Europa.
>
> Esta política estaba representada por Don Juan Negrín. Su sola presencia en la jefatura del Gobierno era la demostración de que la República Española continuaba la defensa de su causa[188].

Pero más grave que la ausencia de esos partidos y de Negrín del nuevo ejecutivo fue la convicción generalizada de que «el Gobierno de Giral nacía tarde y con daño»: solo obtuvo el reconocimiento de México y otra serie de gobiernos latinoamericanos, no el de ninguna gran potencia aliada[189]. Así lo creía en Londres Pablo de Azcárate: «El intento de operación política llevada a cabo en México ha quedado frustrado» y «la verdad es que el gobierno actual es *menos* representativo que era el de Negrín». Y no era el único que abrigaba ese pensamiento, puesto que Manuel de Irujo (uno de los ministros de Giral) confesaría con pesar que el gabinete estaba compuesto por «momias» y que la exclusión de Negrín (subrayada por la prensa internacional) era un golpe terrible porque «es el único hombre capaz de hacer frente a los problemas de la vuelta a España»[190]. Marcelino Pascua, desde Estados Unidos, escribió a Negrín poco después en el mismo sentido:

> El gobierno formado ha causado decepción a algunos de nuestros amigos en este País, quienes creen que la coyuntura internacional actual y sobre todo la morrocotudísima tarea previsible que aguarda en la Nación, caso de que llegara a cristalizar una solución republicana, demandaba muy otra cosa, y mayor amplitud de esfuerzos y capacidades desde luego. Pero me parece que les van a ganar por la mano, por lo menos en cuanto al futuro inmediato[191].

Por el contrario, la resolución de la crisis republicana causó un alivio comprensible en los círculos franquistas, que no dejaron de señalar la existencia de profundas discrepancias entre los exiliados y de subrayar la debilidad congénita del nuevo gobierno constituido (y no reconocido por ninguna de las grandes potencias occidentales):

> El propósito no podía ser más triste para ellos, porque bien claro está que esas Democracias Occidentales fueron las que no les ayudaron durante nuestra guerra civil. Recuérdese la política de «no intervención» que siguió Inglaterra entonces, y la gasolina y los camiones de que dispusimos en todo momento ¿no eran norteamericanos? Si en aquella fecha no les ayudaron Inglaterra y Estados Unidos, poca fe debe quedarles de que ahora les ayuden eficazmente. […] la acción ha sido sustituida por la mera palabrería[192].

La afirmación del diplomático franquista era interesada en la medida en que por entonces el régimen se enfrentaba a un humillante ostracismo diplomático concertado por esas mismas potencias democráticas. Pero no erraba al subrayar que se trataba de un castigo retórico y virtualmente desdentado que no ponía en cuestión la supervivencia del régimen en la postguerra mundial.

El propio Negrín abrigaba por esas fechas la amarga y creciente sospecha de que los aliados occidentales victoriosos no iban a tratar de derribar al régimen del general Franco mediante sanciones militares, económicas o diplomáticas por su profundo temor a desatar una nueva guerra civil en España y a favorecer la indeseada expansión del comunismo en Europa occidental. Sobre todo si no existía a mano una alternativa de recambio de régimen solvente y creíble que pudiera atajar un proceso de desestabilización política de incierto desenlace en una Península Ibérica de vital interés estratégico para la defensa de Europa occidental y el eje de comunicaciones atlántico-mediterráneo. Y estaba en lo cierto. No en vano, ya a comienzos de 1945 un alto funcionario del Foreign Office británico

había anotado con dureza el juicio que merecían las disensiones intrarrepublicanas que Negrín había querido solventar en aquellos meses:

> En conjunto, creo que podemos dejar que estos exiliados españoles se peleen entre ellos. La principal fortaleza de Franco reside en las irresolubles luchas existentes en el seno de la oposición. Aunque uno abomine de Franco sinceramente, no puede sino despreciar a estos carreristas exiliados que no saben unirse ni siquiera en la oposición[193].

En esas circunstancias, hasta el mismo Franco abrigaba la convicción de que las potencias democráticas occidentales no llegarían a la ruptura abierta con su régimen en la medida en que renunciaban a la única medida efectiva por temor a sus consecuencias político-estratégicas: «solo los Ejércitos aliados podían arrojarle del poder y no parecían muy inclinados a hacerlo»[194]. Y tampoco erraba el juicio. Incluso el más antifranquista de los gobiernos europeos, el de Francia, había manifestado su disposición a apoyar a la oposición con una condición: «salvo una invasión armada». También el nuevo gobierno laborista, por la boca de Ernest Bevin como secretario del Foreign Office, se atuvo a ese límite taxativo al anunciar su política de «fría reserva» y «ocasionales "alfilerazos" hacia Franco: "no podemos admitirle en el club", pero tampoco podemos "tomar ninguna medida que promoviera o estimulara la guerra civil en ese país"»[195].

En efecto, en Potsdam (agosto de 1945), como posteriormente en la declaración conjunta anglo-franco-norteamericana (marzo de 1946), los tres gobiernos democráticos anunciaban la aplicación de una política consistente en presionar a Franco para forzar su retiro voluntario a favor del pretendiente monárquico, don Juan de Borbón. Y ello contando con el apoyo del alto mando militar, de los grupos monárquicos, de los sectores católicos, de la izquierda moderada y no comunista, y siempre bajo el supuesto de no arriesgarse lo más mínimo a la reapertura de la guerra civil. El interés geoestratégico de la Península para la defensa europea, acentuado por las primeras muestras de disensión entre la Unión Soviética y sus antiguos aliados contra el Eje, reforzaba esa voluntad de preservar el principio de «no intervención» en asuntos internos de terceros países y de evitar todo peligro de desestabilización política en España. Y dejaba, por tanto, en manos de Franco la decisión última de proceder a su retirada o

permanecer en el poder con cambios cosméticos mínimos (lo que *de facto* haría). Tres meses después de la declaración tripartita, en junio de 1946, el secretario particular de Bevin resumiría confidencialmente las poderosas razones que excluían toda presión efectiva aliada, económica o militar, para lograr la caída o retirada de Franco, a pesar de las reservas abrigadas sobre él y de las antipatías generadas por su pasada conducta hostil en la guerra mundial:

> Odioso como es su régimen, el hecho sigue siendo que Franco no representa una amenaza para nadie fuera de España. Sin embargo, una guerra civil en España generaría problemas en todas las democracias occidentales, que es lo que pretenden el gobierno soviético y sus satélites[196].

Por esas firmes razones, en diciembre de 1946, la retirada de los embajadores británico y norteamericano de Madrid en cumplimiento de la resolución de la Asamblea General de la ONU fue una medida forzada por la presión de la opinión pública y diplomática pero carente de efectos reales. El diario francés *Le Monde* apreció bien su carácter escapista: «Con alfilerazos no se mata al toro»[197]. También apreciaría su inutilidad real con notable acierto en su pronóstico cronológico el general Beigbeder, que era parte decisiva en las tramas conspirativas monárquicas con resignación cada vez más pesimista: «Si Londres y Washington no apoyan, Franco podrá durar treinta años»[198].

En ese contexto de creciente frustración de las esperanzas republicanas, la actividad política de Negrín a partir de finales de agosto de 1945 fue progresivamente perdiendo ambición y transcendencia pública. De hecho, tras el cese como presidente del gobierno, inició una lenta pero sostenida retirada del escenario que tuvo mucho de retiro forzoso y voluntario a un tiempo. En esencia, ponía en práctica lo que ya había advertido a sus amigos en el caso de que no le fuera ratificada la confianza para seguir en el cargo: «Me retiro por completo de toda actividad política»[199].

La primera reacción de Negrín a la derrota política y personal que supuso la formación del gobierno Giral fue todavía bastante templada y dubitativa, como si todavía no se hubiera convencido del fracaso cosechado y tuviera alguna confianza en las posibilidades de retornar rápidamente a la

jefatura del ejecutivo. Sus primeros telegramas del día 28 de agosto a Méndez Aspe y Azcárate en Londres solo recomendaban «retraimiento con relación nuevos elementos» y «actitud de reserva ante marcha sucesos». También les anunciaba que, por petición de su partido y sus apoyos políticos, procedería a «hacer próximamente exposición plan y programas políticos»: precisamente los que tenía *in mente* para el caso de que le hubieran encargado la dirección del gobierno[200].

Un día más tarde, Negrín redactó una carta personal para Stalin (remitida probablemente por conducto de la representación diplomática soviética en México) al objeto de explicarle la situación creada y sus intenciones inmediatas. A tenor de esa misiva, el éxito de la restauración de las instituciones (que era imprescindible para «una acción conjunta, fuera y dentro de España») había quedado contrarrestado por el nombramiento de Giral. Era, desde luego, un «nombramiento constitucional» aunque fuera «contra la costumbre de que un Presidente interino confirma siempre en su cargo al antiguo Jefe de Gobierno». Sin embargo, a juicio de Negrín, el nombramiento tenía el grave inconveniente de que «Giral es, y ha sido siempre, un hombre derrotista, abúlico» y «es para que las cosas se las den hechas». También le parecía errado «el equipo gubernamental», formado por «derrotistas» que eran también «rabiosamente antisoviéticos». Su debilidad había quedado demostrada por la dificultad para cubrir las carteras y por el hecho de que dos de los ministros (Prieto y Tarradellas) hubieran dimitido de sus cargos en apenas días y hubieran tenido que ser sustituidos urgentemente por correligionarios. Negrín explicaba después su rechazo a las invitaciones de Giral para entrar en el gobierno por una razón básica: «estoy convencido de que este Gobierno va al fracaso y que mi presencia alargaría su vida», con el consiguiente riesgo de que «se instaure en España un régimen camuflado de monarquía o directorio militar que solo será la continuación del presente». En consecuencia, recomendaba al dictador soviético una actitud de inhibición sin hostilidad hacia el nuevo gobierno a la espera de que pudiera cambiar la situación. Y le informaba de que emprendería una «activa campaña política» para preparar el porvenir:

> En mi opinión todo lo que alargue la vida de este Gobierno, como lo serían los reconocimientos precipitados de países europeos, alejará la solución del problema español. En

síntesis considero que una política de expectativa, sin muestras de simpatía, pero también sin hostilidad, es lo que más conviene a los intereses de España y, en último término, a la relación futura entre nuestros dos países[201].

Apenas remitida la carta a Stalin, Negrín volvió a comparecer en público el 3 de septiembre de 1945 para pronunciar un «discurso prográmatico» en un mitin organizado por el Círculo Jaime Vera en el Frontón México y al que asistieron sus antiguos ministros y los líderes de la facción negrinista mexicana del PSOE y la UGT. Era la ocasión para presentar aquel «plan y programa políticos» que había esperado anunciar como jefe del gobierno reconfirmado y que ahora abría la «activa campaña política» destinada a exponer sus merecidos títulos para el cargo. Él mismo se encargó de subrayar que hablaba ya «como un simple ciudadano» y que no tenía objeto «la rendición de cuentas de nuestra gestión» porque tal cosa había hecho el 1 de agosto. Y también se felicitó en público por el pequeño triunfo logrado para entonces: «el hecho de que acepten nuestra sucesión y formen un Gobierno quienes durante seis años habían concentrado sus actividades en negar la existencia al que presidíamos». A continuación, pasó a exponer «muy brevemente» lo que «ha de hacerse para reconquistar España» y a «esbozar las bases de lo que puede ser una política para gobernar a España». Empezó por señalar una labor tan necesaria como ingrata y difícil de reconocer para los exiliados: la necesidad de «conquistar para nuestra causa a una gran masa neutra, una gran masa tímida y preocupada por el porvenir» que estaba aterrorizada ante la posibilidad de «una segunda vuelta» de la guerra civil en España y que creía que la restauración de la República «significaría una cruenta y larga guerra civil que, por ser evitable, debemos evitar». Para ello era inexcusable que la República diera a esa masa neutra «garantías de que vamos a España con una bandera de paz y de fraternización», buscando la conciliación y asegurando a todo el mundo que el retorno de la República «no implicará trastornos ni desórdenes que pudieran ser fuente de futuras dificultades internacionales». En una apenas velada crítica al gobierno Giral, aludió a continuación al «peligro de una monarquía» que «es hoy mayor que hace tres semanas» y a la necesidad de «actuar fuera y dentro de España» y sin «esperar a que las cosas caigan en nuestras manos del cielo». Finalmente enumeró las distintas

labores que esperarían al nuevo gobierno republicano ya en España, entre las que destacó «la ley de Amnistía», la atención a «una España hambrienta en una Europa hambrienta», la conciliación entre nación y autonomía, la superación del «problema religioso», la resolución de la situación de la Hacienda, la Sanidad, la Educación y la Defensa y, por último, la definición de una política exterior que permitiera a España integrarse en la ONU con todos sus derechos y títulos. Para terminar «esta ya larga perorata», Negrín advirtió «contra el cuento de la lechera» de creer que Franco ya había desaparecido e hizo una advertencia final sobre los peligros de la falta de unidad y la necesidad de proceder al reemplazo generacional en la dirección política del país:

> De nada serviría conquistar la República y España si al poco tiempo de estar allí volviéramos a dar el triste espectáculo que ofrecimos en algunos momentos de la vida contemporánea. La purificación imperativa yo la espero sobre todo de la gente joven y de los jóvenes de espíritu[202].

El discurso del 3 de septiembre fue, de hecho, el penúltimo de los pronunciados por Negrín durante su corta etapa como virtual líder de la oposición al gobierno Giral. Y no parece que consiguiera acelerar el desgaste de aquel a pesar de su congénita debilidad interna y falta de apoyo vital externo. Quizá por eso mismo, durante aquel mes, Negrín experimentó una especie de angustia personal muy profunda que le llevó incluso a dudar de la firmeza de su relación con Feli, a la que echaba cada vez más en falta. A mitad de septiembre, abrumado por la idea de que Feli pudiera abandonarle por la prolongación de su estancia en América, Negrín le escribió varias cartas consecutivas (siete en total, contra su costumbre ágrafa) en las que expresaba sus dudas sobre la firmeza de su amor y ponía en cuestión su voluntad de esperar su regreso. Feli respondió a ese acceso de celos y desconfianza con tres cartas seguidas en las que mostraba su enfado por esas dudas: «¿Cómo ha podido pasársele por la imaginación que yo me podía haber marchado de aquí? ¿Cómo? ¿Es que tan poco me conoce?». También le reiteraba su profundo amor y su voluntad de esperar su regreso: «Yo le aseguro que definitivamente y para siempre se podrá fiar de mí»; «Venga pronto, tan pronto como pueda, ni un día más tarde se lo

suplico». Finalmente, aludiendo solo de pasada a las cuestiones políticas («Todos parecen estar sorprendidos de la solución de la crisis») le explicaba su vida cotidiana en Dormers y sus quehaceres para entretenerse mientras estaba ausente:

> Seis días de sol ha habido este verano ¿no es mucho verdad? […]
>
> ¿Cómo es el niño de Rómulo? [El primer nieto de Negrín había nacido en México el 20 de septiembre].
>
> La cuestión comida aquí creo se va a poner, ya se está poniendo, muy seria. No para nosotros que con el jardín y las gallinas tenemos más que necesitamos, pero en general está peor que nunca. […]
>
> En cuanto anochece, cierro a las gallinas y doy de cenar a los gatos, me cierro en mi cuarto y de aquí no salgo hasta las siete del día siguiente. Me cierro con los dos perros, pues los dos duermen en mi cuarto. Les he puesto su cama aquí. *Melchor* duerme en su cama y *Gaspar* en la mía. […]
>
> Cuídese y sobre todo no beba ni coma mucho, le hace daño y además se está acostumbrando mal, y cuando venga va a notar más la diferencia[203].

A pesar de los ruegos de Feli y de su propio deseo, Negrín se vio obligado a permanecer en ciudad de México hasta mediados de noviembre de 1945, con objeto de participar en la reunión ordinaria de las Cortes en la que había de presentarse el gobierno de Giral para recibir la confianza parlamentaria. Aprovechó las semanas intermedias para estar más tiempo con su hijo Rómulo, su mujer Jeanne y su recién nacido nieto, Juan. También tuvo una nueva reunión con el presidente Giral en la que este le pidió que le entregara «un balance económico» de los fondos financieros disponibles para su conocimiento. Negrín respondió a la petición señalando que había solicitado a Méndez Aspe que empezara a hacer dicho balance con la documentación custodiada en Londres. Pero también añadió mediante carta del 6 de octubre una precondición para poder entregarle un informe completo: que «destacadas personalidades del régimen» le facilitasen «los elementos que le han estado negando durante estos años, para poder formar un estado económico, sin cuyos elementos carecería aquel de las bases esenciales». Negrín se refería principalmente a los fondos de la JARE (cuyos remanentes el gobierno mexicano había entregado ya a la custodia de Giral), administrados por figuras políticas que ahora estaban en el gobierno republicano o le apoyaban. Por eso expresaba su confianza en que

«contaré con la colaboración de usted (Giral) para que dichas personalidades no sigan negando sistemáticamente facilitarnos estos elementos, como lo han hecho hasta ahora»[204]. Era el comienzo de una pugna por establecer las cuentas del exilio que no tendría solución en función de las mismas razones que habían quebrado la unidad en el verano de 1939. De hecho, Giral había emprendido paralelamente la gestión oportuna ante Prieto para conocer la situación de los fondos por él administrados y no obtendría satisfacción plena al respecto. Esa situación de falta de cooperación y recelos mutuos esterilizó las posteriores gestiones emprendidas por Carlos de Juan y Virgilio Botella Pastor, por encargo de Giral, para establecer una rendición de cuentas económicas formal. Como recordaría Botella Pastor:

> Tanto el uno (Prieto) como el otro (Negrín), tras diversas y prolongadas razones dilatorias de carácter exclusivamente formal, y sin afirmar nunca que no existieran bienes del Estado en su poder, ni rindieron cuentas, ni indicaron personas y entidades que detentaran esa clases de bienes, ni mucho menos entregaron la más mínima cantidad[205].

Poco después de esas conversaciones, Negrín también realizó un corto viaje a Cuba para visitar a la colonia española exiliada y mantener entrevistas con las autoridades de la isla (presidente, ministro de Estado y rector de la Universidad de la Habana)[206]. Regresó a México a tiempo para las sesiones de Cortes que tuvieron lugar el 7, 8 y 9 de noviembre de nuevo en el Salón de Cabildos de la ciudad de México (aunque no estuvo presente en todas ellas y no tomó la palabra en ningún momento). Al término de las sesiones, el ejecutivo de Giral había logrado su propósito de ver ratificada su confianza por los diputados. Pero lo había conseguido con declaraciones de apoyo condicionado y circunstancial, sobre todo por parte del PCE y del grupo socialista liderado por Prieto (que seguía considerándolo un obstáculo para su estrategia de plebiscito y acercamiento a los monárquicos como vía para expulsar a Franco). Esa declaración de Prieto iba a ser, de hecho, «una bomba de efecto retardado» para la estabilidad del nuevo gobierno[207].

Negrín había participado en las sesiones de las Cortes en calidad de «presidente del Grupo Parlamentario del PSOE». Y en esa misma condición

participó en su último mitin político en México antes de su partida. Se celebró en el Teatro del Sindicato de los Cinematografistas de México el 25 de noviembre y estuvo básicamente dedicado a condenar «la idea de resolver la situación de España mediante un plebiscito tutelado por las naciones hispanoamericanas». La intervención, mucho más breve que en ocasiones anteriores, tuvo dejes de pesimismo muy evidentes. Empezó por reiterar su «agradecimiento hacia el país mexicano» por su hospitalidad y anunció su «despedida» del mismo antes de regresar hacia Europa. A continuación, reconoció con franqueza que «los acontecimientos han conducido a un estado de notoria depresión entre los leales al régimen, no solo en México, sino también fuera de México, en Europa, fuera y dentro de España». El motivo de ese amplio «desaliento y desánimo» habían sido las circunstancias que rodearon la formación del gobierno de Giral y las dificultades de refrendo parlamentario encontradas. Reconoció sin ambages que su apoyo al nuevo ejecutivo, legal y legítimo, era también condicionado porque «el Gobierno, por su composición y por su programa, no era en absoluto el adecuado para resolver los graves problemas planteados». Sobre todo, en su opinión, por su programa («anodino o insustancial y contradictorio») y por sus personas («elementos que no tuvieron fe en nuestro pueblo» y habían sido reos de «pesimismo»). Además, porque su inactividad e inadecuación podía «servir de cobertura» para la campaña de «entrega de la República» mediante «el espejuelo de un plebiscito» alentada por los «derrotistas de nuestra guerra». La condena de esa estrategia prietista (aunque nunca mencionó a Prieto en persona) fue dura y rotunda: «El artificio del plebiscito ha sido aquel que han buscado siempre para cohonestar sus tropelías los tiranos, los déspotas y los traidores»[208].

Y terminó el discurso con una reflexión plagada de temores sobre el éxito de la causa republicana: «Han pasado varias oportunidades, se han dejado pasar varias coyunturas favorables a nuestro propósito de reconquistar a España». A su juicio, la primera «y mejor de todas» había sido la planteada «en el otoño del año 1944». Si entonces hubiera existido gobierno «reconocido por todos los republicanos españoles», Negrín tenía la convicción de que «hace ya tiempo que estaríamos en España». También se había perdido la segunda ocasión, «en mayo del año 1945», cuando fue

imposible presentarse en San Francisco con ese mismo gobierno unido y apoyado por todos. Y, finalmente, se había perdido la tercera oportunidad, «menor que las anteriores», cuando volvió a faltar ese instrumento mientras las grandes potencias dictaminaban en Potsdam el ostracismo del régimen franquista. Completado el repaso a los fracasos, Negrín se despidió con una advertencia pesimista y una exhortación voluntariosa: «La fortuna no tolera desaires ni permite que se la desdeñe impunemente»; «formemos un frente de resistencia que haga imposibles la capitulación y la traición».

Aquella postrera intervención habría de ser el último acto público de Negrín en México. Y el pesimismo denotado entonces no dejó de profundizarse en los meses venideros por razones bien fundadas. Contra su primer pronóstico, a pesar de sus debilidades congénitas, el gabinete de Giral siguió en funciones y, de hecho, comenzó a preparar su partida para Europa (afincándose en febrero de 1946 en París en un hotelito de la avenida Foch ofrecido por el gobierno francés). También empezaba a modificarse, nuevamente, la actitud del PCE hacia el gabinete: en diciembre había dulcificado sus críticas al mismo y en marzo de 1946 se integraría con un ministro (Santiago Carrillo) en ese mismo ejecutivo. La compensación a ese paso fue el inmediato reconocimiento de Polonia, Rumanía, Yugoslavia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Albania (pero no de la URSS)[209].

Acabada su misión en tierras mexicanas, Negrín emprendió el anhelado regreso a casa. Llegó por avión a Nueva York (previa escala en Chicago) el 29 de noviembre de 1945 y permaneció en la ciudad, alojado la mayor parte del tiempo en el Hotel Waldorf Astoria, hasta su partida para Londres en el trasatlántico *Queen Mary* el 18 de diciembre de 1945 (con el FBI vigilando de nuevo sus pasos)[210]. Durante su estancia en la ciudad, estuvo básicamente «inactivo» en el plano político, visitando a sus hijos Juan (residente en la propia ciudad) y Miguel (con el que estuvo algún tiempo en su casa de Long Island «descansando»). Renunció de nuevo a verse con su esposa legal, María, que trató de concertar una cita con él sin éxito.

A pesar de esa «inactividad» y «descanso», Negrín también participó en algunas actividades políticas de cierto relieve, a pesar de no ser ya más que un mero diputado republicano en el exilio. El 3 de diciembre fue invitado a tomar asiento en el estrado del salón del Hotel Astor donde impartió una

conferencia sobre «El reto de la bomba atómica» el doctor Harold Laski, presidente del Partido Laborista, al que conocía en persona. A su lado se sentaron en el mismo estrado Eleanor Roosevelt y Freda Kirchway. Aún más importante: el 15 de diciembre se desplazó a Washington para entrevistarse en el Departamento de Estado con el subsecretario, Dean Acheson, con el aval de los secretarios de Interior (Ickes), de Comercio (Wallace) y del editor de la prestigiosa revista *Foreign Policy* (Hamilton Fish Armstrong). Como no dejó de anotar el FBI, «era la primera vez que un alto cargo del Departamento de Estado conversaba con el líder de los republicanos españoles desde el final de la guerra española en abril de 1939» y la entrevista había sido autorizada por el presidente Truman y por el secretario Byrnes[211].

Resulta evidente que la entrevista formó parte de la estrategia de presión norteamericana sobre Franco para forzarle a renunciar pacíficamente al poder y eliminar «el problema español» de la agenda internacional. Por eso mismo, pocos días después, Acheson aceptó recibir igualmente a Fernando de los Ríos, responsable de asuntos exteriores del gobierno Giral. El alarmado embajador español en Washington, al pedir explicaciones sobre la insólita reunión de Negrín y Acheson, solo recibió como respuesta que «ambos hablaron de España» y no habían discutido la propuesta francesa de entablar acciones más enérgicas para forzar la caída de Franco (que habría de dar origen a la nota tripartita anglo-franco-norteamericana de marzo de 1946)[212]. En realidad, según el informe que Negrín hizo a sus colaboradores a su vuelta a Londres, durante la entrevista le había solicitado a Acheson el apoyo norteamericano para dos medidas básicas de presión sobre Franco: 1) La retirada de los embajadores aliados de Madrid; y 2) «El reconocimiento semioficial de los representantes del gobierno español en el exilio, aunque no el estatus diplomático». Y Acheson le había confesado que estaban deseando verse libres de Franco («*We want to get rid of Franco*») pero no estaban seguros de cuál era «la mejor manera de conseguirlo». También le había informado de que el gobierno británico era «el principal obstáculo para que se haga algo práctico»[213].

Cumplida su misión en Estados Unidos, Negrín embarcó en el *Queen Mary* en el puerto de Nueva York el 18 de diciembre de 1945. Ocupó la

habitación A144, según el agente del FBI encargado de seguir sus actividades. Y tuvo la incómoda sorpresa de encontrarse durante el trayecto con un antiguo correligionario convertido en feroz adversario, Wenceslao Carrillo (exmiembro del Consejo Nacional de Defensa en marzo de 1939) **[214]**.

6

UNA JUBILACIÓN FORZADA Y PREMATURA (1946-1956)

Negrín pronunciando un discurso en México. Agosto de 1945.

A su regreso a Londres, Negrín se dispuso a prepararse para su nueva etapa vital y política, descargado de la responsabilidad de presidir el gobierno en el exilio y convertido en un simple diputado que hacía las veces de «presidente del Grupo Parlamentario» de su facción dentro del PSOE-UGT. No debió de ser fácil la conversión porque muy pronto pudo apreciar que había perdido resortes de poder y autoridad, además de ser abandonado por el PCE (que se manifestó favorable a entrar en el gobierno de Giral e incluso se mostró dispusto a asumir las tesis «plebiscitarias» de Prieto). Aunque permaneció «en silencio ante el giro» comunista, sí declaró su convicción de que era imprescindible «crear un fuerte gobierno republicano»[1]. También es probable que ordenase a Méndez Aspe que acelerara la preparación del «balance económico» de ingresos y gastos de su gobierno en el exilio, en previsión de tener que presentarlo ante su sucesor en el cargo. No en vano, Giral le había escrito una carta (fechada el 18 de diciembre de 1945) en la que le informaba que su gobierno ya había hecho «requerimientos para que entreguen a nuestro Gobierno saldos, cuentas y bienes disponibles» a las personas que habían tenido contacto con «la antigua JARE» y a otros como «el señor Calviño». Y le reiteraba su demanda de que enviara su propio balance «tanto de bienes como de cuentas» y «con toda urgencia»[2]. Para entonces, Méndez Aspe, en colaboración con Pra, ya había llevado a cabo (en abril) la tarea por lo que hacía referencia a los fondos controlados por sus agentes. Y entonces no había dejado de anotar aquellos otros escapados a su custodia y de los que era necesario pedir «información urgente» para poder realizar el balance completo:

> 1.º Situación de los asuntos del «VITA» y del «MANUEL ARNÚS», me refiero a los barcos exclusivamente.
>
> 2.º Situación del cargamento del «VITA».
>
> 3.º Situación del material de Aviación procedente de Washington.
>
> 4.º Situación de tres o cuatro aparatos de aviación controlados por el señor APARICIO de la Embajada de España.
>
> 5.º A GUILLEM que me voy a ausentar a Bruxelles por una temporada, e igualmente a PUCHE y LOZANO.

6.º Situación de los valores extranjeros en poder de ZABALA depositados en el Ministerio de Hacienda[3].

El mayor de los cambios de orden personal en la vida de Negrín fue, en parte, consecuencia de la nueva coyuntura política de postguerra. Estando todavía en México, el abogado del propietario de Dormers había comunicado la terminación del contrato de alquiler y había solicitado información sobre «sus intenciones» para, en su caso, renegociar «los términos para continuar en la propiedad»[4]. Habiendo confiado los últimos fondos financieros oficiales a fideicomisos autónomos e incapaz ya de hacer frente a los gastos de mantenimiento de la villa con sus propios recursos económicos, Negrín resolvió abandonar Bovingdon y empezó los preparativos para trasladar su residencia, al igual que el considerable archivo bajo su custodia, a una casa de campo más modesta que compró en propiedad: Combe Court, en la villa de Chiddinfold, sita en el condado de Surrey, bastante al sur del área metropolitana de Londres[5].

La mudanza al sur de Inglaterra era el primer paso todavía tentativo para proceder a un cambio más mucho importante: el traslado definitivo a la ciudad de París, que Negrín había estado meditando ya en México a la vista de la futura instalación en la capital francesa del ejecutivo de Giral y de los organismos de la República[6]. Aparte de esas consideraciones políticas (reforzadas por el hecho de que el gobierno francés fuera el más beligerante contra Franco), también estimulaba en Negrín el deseo del traslado otras consideraciones: el que en Francia estuvieran sus hermanos (Heriberto y Lolita residían en Lourdes), muchos de sus mejores amigos (Ansó, Moch y Auriol) y, sobre todo, el mayor núcleo de emigración republicana en Europa. No en vano, para entonces la colonia española en el Departamento del Sena era una de las más numerosas y veteranas de Francia, agrupando a 32 537 personas (frente a 40 000 y 20 000 en los departamentos de Pirineos Orientales y Gironda, respectivamente)[7].

Azcárate no dejó de estimular ese propósito de Negrín de trasladar su residencia a París porque estaba convencido de que aquella capital era ahora el centro de la política internacional en relación a España. Se había

convencido de ello durante su visita a la misma a mediados de noviembre de 1945 y así lo hizo notar en su informe para el expresidente:

> España tiene hoy en la política francesa el valor excepcional de ser una de las cuestiones importantes alrededor de las cuales puede hacerse la unanimidad de los tres grandes partidos. En nuestro propio interés, y en interés de la consolidación del régimen en Francia (que nos importa a nosotros tanto como a los propios franceses) debemos cuidar mucho de favorecer esa unanimidad presentando reivindicaciones razonables y negociándolas con la discreción y reserva indispensables[8].

Negrín se trasladó a la capital de Francia a mediados de marzo de 1946, contando con el apoyo logístico de sus grandes amigos, Jules y Germaine Moch (ahora en el poder y con altos cargos oficiales), alojándose al igual que en su viaje de 1945 en una habitación del Hotel Lancaster (en la rue de Berry, al lado de los Campos Elíseos)[9]. A partir de entonces, tanto él como Feli vivirían la mayor parte del tiempo en la capital francesa, con ocasionales viajes a Combe Court para pasar el verano o cortas temporadas. Y en París, una de sus primeras tareas, además de visitar a sus amigos Auriol, Blum y otros, fue tratar de recuperar «una serie de bienes, fondos, etc.» que el gobierno colaboracionista de Vichy y las autoridades alemanas de ocupación habían entregado al gobierno de Franco o a otros particulares. Se trataba, básicamente, de la propiedad de tres mansiones compradas por el SERE para alojamiento de refugiados y heridos (en Andressy, Pressigny y Curgivaux), además «los fondos que el señor Negrín dejó en su poder (del abogado M. Coquelin) al marchar de Francia en 1940». Era el inicio de un largo pleito (con Azcárate y Ansó como asesores legales e interesados directos) que sería mayormente infructuoso y que terminaría nueve años después por decisión expresa de Negrín y «con el fin de cortar todo nuevo gasto»[10].

Así pues, casi desde sus primeros días en París, Negrín tuvo que hacerse a la idea de que sus únicas fuentes de financiación futuras habrían de ser los ingresos particulares ahorrados durante los años previos (generados por los subsidios y asignaciones derivados de su cargo y por los activos que había sacado de España, empezando por su valiosa biblioteca). A esta fuente básica habría de añadirse las ocasionales ayudas logísticas de sus fieles amigos políticos en el gobierno francés y de la Unión Interparlamentaria

(donde preservaba su condición de representante español) y los magros beneficios derivados de sus escasas colaboraciones en la prensa y en los medios de comunicación, amén de sus esporádicas labores de asesoramiento a entidades oficiales. Su plena conciencia de esa delicada situación se advierte en el texto de la carta que remitió a principios de agosto de 1946 a su exministro, Tomás Bilbao, que le solicitó ayuda económica desde México para atender varias necesidades de «colegas y compañeros» que deseaban regresar a Europa:

> La realidad es que aquí estamos obligados a vivir al día con todas las contingencias de la enorme carestía de la vida y de la inestabilidad de su coste. […] V. no debe ignorar que los pocos recursos que aquí quedaban fueron entregados por Vichy a Franco y aunque se gestione la invalidación de las sentencias de los Tribunales de entonces, el día en que las cosas se resuelvan, lo que habrá en numerario será una cantidad ridícula, dada la devaluación del franco francés[11].

Ya en París, Negrín también se preocupó por informarse de la situación en la que se hallaban sus cuñados rusos (la hermana de María Mijailov y su esposo), prisioneros en uno de los campos de concentración de la URSS. Sus gestiones a este respecto no dieron ningún resultado fructífero. El mismo fracaso cosechó su tentativa de conocer el paradero de su cuñado (el hermano de su esposa), desaparecido como prisionero judío en uno de los campos de exterminio nazis. Solo pudo saber que su suegro había perecido en Bélgica durante la ocupación alemana tratando de escapar, en tanto que la madre y la hermana menor de María habían conseguido sobrevivir en Bruselas a la contienda y a la persecución antisemita. Allí las visitó en varias ocasiones durante los años cincuenta, siempre acompañado, como hemos de ver, de sus dos nietos adoptados (que mantuvieron posteriormente la relación con su bisabuela y su tía abuela)[12]. También el 22 de marzo de 1946 cumplió un deber humanitario penoso y triste: acudió al hospital parisino donde agonizaba Largo Caballero para despedirse de su antiguo correligionario y posterior adversario. Al día siguiente, a título meramente personal, asistiría a su entierro en el cementerio de Père Lachaise[13].

En el plano político, Negrín tuvo escasos contactos con Giral y su gobierno, que sufrió por entonces una nueva remodelación en virtud de la dimisión de Fernando de los Ríos (derivada del llamamiento de Prieto a los

socialistas para abandonar el gobierno y secundar la vía del plebiscito) y de la incorporación del PCE[14]. En abril de 1946 Giral intentó incorporar a Negrín a su órbita para ampliar la representatividad de su gabinete mediante el expediente de invitarle a participar en la Junta Permanente de Estado, un organismo consultivo creado en 1932 que apenas había tenido operatividad y que estaba formado por los antiguos y actuales presidentes de la República, del gobierno central y de los gobiernos autonómicos. Negrín rechazó el ofrecimiento «por considerarla una institución superflua» y «de dudosa legalidad». Fue secundado en esa actitud inhibitoria por Casares Quiroga, que también había regresado a París desde Londres y que mantuvo con Negrín una relación de amistad personal hasta el final de sus días[15]. Tampoco resultó fructífera otra gestión de Giral ante Negrín. El 22 de mayo de 1946, por encargo del presidente, su asesor jurídico, Carlos de Juan, se entrevistó con Negrín en el Hotel Lancaster en presencia de Ansó. Deseaba obtener el «balance económico» de su gestión al frente del gobierno en el exilio. La respuesta de Negrín se atuvo al mismo patrón comunicado personalmente a Giral meses antes:

> Negrín le dijo que no podía realizarse un balance de la situación de los bienes del Estado republicano mientras fue presidente del gobierno, en tanto en cuanto las diferentes personas y organismos que manejaron fondos del gobierno en ese tiempo no le hicieran la correspondiente rendición de cuentas. Según indicaba, el SERE había dispuesto de alrededor de 250 millones de francos para embarque y ayuda a unos 40 000 refugiados. Menciona a continuación a una serie de personas y entidades que habían utilizado fondos del Estado sin dar cuenta del uso que hacían de los mismos, entre estas a Prieto y la JARE, así como a los gobiernos de las regiones autónomas. Las afirmaciones de Negrín motivaron que el gobierno de Giral se dirigiera a las personas que citaba, con poco éxito en cuanto a los resultados, pues o no respondieron o lo hicieron de forma ambigua o bien responsabilizando a terceros[16].

Durante los primeros meses de su estancia en París, Negrín también tuvo que hacer frente a un grave problema que seguía latente desde marzo de 1939: la división del movimiento socialista y la presencia de varias facciones que se reclamaban legítimas herederas del PSOE y la UGT (la prietista en México, la organizada por Rodolfo Llopis en Francia, los grupos del interior de España y la negrinista dirigida por Lamoneda y Rodríguez Vega). Tras distintas tentativas de unión y reorganización, entre abril y mayo de 1946 todas las facciones, a excepción de la negrinista,

habían conseguido reunificarse tras la celebración de un congreso extraordinario en Toulouse. En esa ocasión, la unidad se había logrado mediante un precario equilibrio entre las tesis de Llopis (el respeto al legitimismo republicano y la colaboración con Giral) y las tesis de Prieto (la unión con los monárquicos antifranquistas y la aceptación de un plebiscito sobre la forma estatal). Resultado de ese acuerdo sería también la decisión formal de expulsar del PSOE y la UGT a Negrín y sus seguidores. Se abría así una brecha irreversible que perduraría hasta que años después la reconstruida Internacional Socialista se decantara por reconocer la personalidad de los primeros en perjuicio del «negrinismo»[17].

Para responder a la expulsión decretada por el II Congreso del PSOE en Toulouse y atajar el posibilismo de sus resoluciones políticas, la Ejecutiva presidida por Lamoneda convocó una «Conferencia de Información Socialista» en París a principios de agosto de 1946. La razón de ese encuentro de socialistas españoles era aprovechar la simultánea celebración en la capital francesa de la primera «Conferencia Internacional Socialista» después del final de la guerra mundial, en la que los líderes socialistas europeos iban a estudiar una posible acción conjunta sobre «el problema español». A la misma, habían sido invitados como asistentes oficiales tanto Negrín y Lamoneda como Llopis y Pascual Tomás, en una clara demostración del peso y eco político que el expresidente del gobierno republicano conservaba entre los líderes socialistas europeos y mundiales (particularmente, Auriol, por Francia, y De Brouckére, por Bélgica). Y así volvería a suceder al año siguiente en el congreso de los socialistas franceses (celebrado en Lyon en agosto de 1947) y de los socialistas belgas (celebrado en Amberes en noviembre de 1947)[18].

El discurso principal de la «Conferencia de Información Socialista» fue pronunciado por Negrín el 11 de agosto de 1946, en su calidad de expresidente del gobierno republicano y «presidente del Grupo Parlamentario del PSOE». Y fue traducido al francés y divulgado entre los líderes socialistas extranjeros presentes en París para la conferencia internacional. Fue un discurso extraño y claramente revelador de los sentimientos políticos y personales abrigados entonces por su autor (además de ser, de hecho, su último discurso político público). No en vano, en aquel

foro de socialistas afectos a su política durante la guerra civil y en la postguerra, Negrín desglosó ideas y articuló juicios que tenían aires de despedida resignada y pesarosa. Tras comenzar dando las gracias a Francia por ser tierra de acogida para el exilio español, Negrín dejó constancia de que, a su juicio, se había dejado pasar la oportunidad de conseguir el cambio de régimen en España en virtud de la división estéril y persistente que afectaba al exilio:

> Quien como yo esté convencido de que no estamos ya en España por no haber aprovechado la coyuntura sin igual que se presentó desde fines de 1944 hasta la primavera de 1945, y que eso se debió a que el Gobierno de entonces no solo era atacado ferozmente —eso poco importa— por sectores republicanos, sino que al negarle estos su legitimidad y representación —error que por suerte para la República han rectificado al entrar a formar parte del actual gobierno— frustraron el fruto de una labor perseverante y de una actitud mantenida desde 1939; quien tal convicción mantenga, sobre la pérdida de esa gran oportunidad, quien haya pasado por semejante experiencia, sabrá poner coto a su palabra e inhibir la expresión de su pensamiento[19].

Esa proclamada voluntad de silencio autoimpuesto no impidió, sin embargo, que Negrín hiciera una crítica indirecta a la política desplegada por el gobierno republicano en el exilio. Sobre todo en su enfática insistencia en la necesidad de la reconciliación nacional como precondición inexcusable para recuperar la influencia dentro de España y el respeto en el exterior:

> Para triunfar se necesita algo más que prédicas inflamatorias, y algo distinto del dar rienda suelta al odio y al rencor. Es necesario ofrecer algo positivo, constructivo, que solo podrá efectuarse sobre la base de una reconciliación de los españoles, de todos los españoles. Hay que proclamar y predicar diariamente hasta que la voz llegue a los más recónditos lugares de España, y el convencimiento de esta verdad penetre todas las conciencias, hay que proclamar, repito, la necesidad de esta reconciliación. […]
>
> Tened por cierto que solo así podremos reconquistar España y asegurar después la vida de la República. La gente quiere que cese de una vez la amenaza de persecuciones y la tortura moral de la incertidumbre. Quiere paz y seguridad, magnanimidad y justicia.
>
> ¿Pero quién va a creer en una reconciliación en España si los de fuera no damos ejemplo y demostramos ser incapaces de lograrla entre nosotros?

El retraimiento político que anunciaba veladamente el discurso de agosto de 1946 no fue óbice para que asumiera tareas políticas de cierta relevancia

por encargo de su grupo político. Por ejemplo, a principios de octubre de 1946, Negrín viajó de nuevo a Estados Unidos para tratar de influenciar a la administración norteamericana a fin de que secundase la propuesta francesa de sancionar a Franco con la retirada de los embajadores aliados de Madrid. Su estancia volvió a ser vigilada por el FBI, que anotó su llegada el 7 de octubre a Nueva York, su registro en el Hotel Sulgrave de dicha ciudad y su intención de promover la causa republicana ante «la Asamblea de las Naciones Unidas»[20]. No consiguió esta vez ser recibido por Acheson ni por Byrnes, pero obtuvo una entrevista con John Foster Dulles, entonces miembro de la Delegación norteamericana ante la Asamblea General de la ONU[21]. Es poco probable que dicha entrevista tuviera incidencia real en la política norteamericana, aun cuando dicha delegación fuera una de las que votaron el 12 de diciembre de 1946 (al igual que la británica) la retirada de embajadores de Madrid como forma de máxima presión sobre Franco[22].

Mientras estuvo en Nueva York, Negrín volvió a entrevistarse con amigos de la causa republicana y recibió cartas de sus seguidores procedentes de México (Segundo Blanco, Puche y Jerónimo Bugeda), Gran Bretaña (Azcárate) y los propios Estados Unidos (Rafael Méndez desde Chicago, y el doctor Pascua, desde Baltimore). Todos ellos, sin duda conscientes de su desánimo, le animaban a perseverar en la política a pesar de las dificultades y de las decrecientes ilusiones sobre una acción eficaz internacional para acabar con Franco. En particular, Bugeda no dudaba en aventurar que con Negrín al frente del gobierno republicano, las perspectivas de éxito habrían sido mucho mayores:

> De política, deseo decirle a Vd. con independencia absoluta del afecto y cariño por la amistad que nos une, sino como observador imparcial, que la gente comprende que Vd. habría sacado de todas estas circunstancias un resultado positivo. Están hoy convencidos hasta sus más recalcitrantes enemigos, de que Vd. hubiese llevado a la República, a través del complicado mundo en que vivimos, con más seguridad y fortaleza hasta el éxito. Porque Vd. conoce los problemas, los países y los métodos y sabe Vd., como buen negociador político, obtener en todo caso lo que fuese más favorable a nuestra causa[23].

En realidad, misiones políticas aparte, Negrín había emprendido el viaje para volver a ver a sus hijos, Juan, Rómulo y Miguel. En particular, quiso acudir a Hopewell, en Nueva Jersey, la ciudad natal de Jeanne Negrín, la

mujer de Rómulo y madre de su nieto de apenas un año. El motivo era serio: la nuera de Negrín estaba experimentando los primeros síntomas de lo que poco después sería diagnosticado como una grave enfermedad degenerativa: principios de esclerosis múltiple. El 14 de noviembre de 1946 Negrín recibía una carta del médico que atendía a Jeanne en la que le confesaba que tenía «agotamiento nervioso», «faringitis aguda» y «una clara alergia a ciertos alimentos», entre otros síntomas preocupantes[24].

A su regreso a Europa en enero de 1947, Negrín fue testigo directo de la crisis final del gobierno de Giral. A principios de ese mes, Prieto había conseguido convencer a los socialistas de «la pérdida de vitalidad de esas instituciones» y de la necesidad de retirarle su apoyo y transitar la vía de la colaboración con los monárquicos para derribar a Franco con el respaldo anglo-norteamericano. Sin ese aval, el 27 de enero Giral presentó su dimisión y Martínez Barrio abrió las consultas para la formación de un nuevo gobierno. El presidente de la República decidió entonces sondear la posibilidad de encargar a Negrín esa tarea, reconociendo así su intacto prestigio internacional y su capacidad de actuación diplomática (el propio Auriol, elegido en enero de 1947 primer presidente de la IV República Francesa, se interesaría por el asunto ante Martínez Barrio). Pero nuevamente el veto del PSOE unificado cerró esa posibilidad: Araquistáin, consultado por Martínez Barrio al efecto, no pudo ocultar su «fuerte irritación» por la propuesta. El final de la crisis fue el inesperado nombramiento el 9 de febrero de un ejecutivo presidido por un socialista, Rodolfo Llopis, y en el que seguían estando presentes los comunistas (para desconsuelo de Prieto y Araquistáin). Paradójicamente, el hasta entonces campeón del anticomunismo en el PSOE «comprendió que por razones de seguridad y de estabilidad, su gobierno no iba a poder prescindir de su ministro comunista» y «jugó la carta del entendimiento con el PCE»[25]. Negrín había vuelto a perder su última oportunidad para regresar al primer plano de la vida política. Pero había visto reivindicada en la práctica su política de unidad antifascista con inclusión del PCE (de hecho, el ministro comunista del gobierno de Llopis sería precisamente Vicente Uribe).

Por aquellas fechas de principios de 1947, la salud de Negrín, muy precaria desde los años de la guerra civil, había empeorado

considerablemente al compás de su abatimiento moral y su pesimismo político. La íntima conciencia de ese deterioro físico había estado en la base de su escasa disposición a incrementar su actividad política una vez liberado del cargo de presidente del gobierno, pese a las demandas de sus amigos y seguidores. En esas circunstancias, a principios de abril de 1947, estando en su habitación del Hotel Lancaster, se sintió muy mal, con una fuerte arritmia, sudores y graves dificultades para respirar, todo ello síntomas que anunciaban un severo ataque al corazón. Feli requirió urgentemente el auxilio de Jules Moch y este envió al médico de Léon Blum, el doctor Joseph Weill, para atenderle. Consiguió superar la aguda crisis pero los análisis de sangre y los electrocardiogramas posteriores revelaron que la dolencia era muy grave y que quizá su debilitado corazón no pudiera resistir otra crisis similar. Tenía entonces 54 años y los médicos le aconsejaron «reposo y tranquilidad» si quería seguir viviendo unos años más[26]. Desde entonces, aparte del ya viejo bicarbonato con el que aliviaba su úlcera gástrica, empezó a utilizar las ampollas de nitrito de anilo como medicamento vasodilatador para prevenir las arritmias y los accesos de fatiga, astenia y disminución de capacidad de esfuerzo. También se le prescribió el uso de quinidina, un fármaco contra las arritmias que disminuía la velocidad de los impulsos del músculo del corazón[27].

La gravedad de su enfermedad, que se mantuvo en secreto para casi todo el mundo excepto sus hijos y los amigos más íntimos, aconsejó a Negrín la reducción de sus viajes y la limitación estricta de todas sus actividades sociales (así como la renuncia a conducir personalmente el coche por temor a sus desvanecimientos). También aconsejó abordar una cuestión largo tiempo aplazada: la instalación definitiva en París. Con el apoyo de nuevo de sus amigos, los Moch, Negrín y Feli optaron por abandonar el Hotel Lancaster y comprar una vivienda propia en la capital. Así, a finales de 1947, pasaron a residir definitivamente en un amplio piso del número 78 bis de la Avenida Henri Martin, en el cotizado distrito XVI, en la orilla derecha del Sena y muy cerca del Trocadero. Consciente de su frágil estado de salud, Negrín dispuso que la propiedad del piso fuera solo de Feli, para evitar posibles reclamaciones de su esposa legal en caso de fallecimiento prematuro e inesperado[28].

A pesar de que sus problemas de corazón impusieron la práctica eliminación de sus actividades políticas (con la incomprensión de algunos de sus partidarios), Negrín siguió en contacto con su facción socialista y mantuvo sus obligaciones como diputado, asistiendo a las sesiones de Cortes y, sobre todo, a las reuniones de la Unión Interparlamentaria. También atendió los compromisos y acudió a las invitaciones oficiales que le hacían llegar sus amigos políticos en Francia y Gran Bretaña. Por ejemplo, apenas recuperado de su infarto, el 22 de mayo de 1947 recibió por indicación de Moch (que trabajaba en el organismo) todas las publicaciones editadas por la Comisaría General del Plan de Modernización y Equipamiento (con carta personal del comisario, Jean Monnet). Apenas dos meses después, el 2 de agosto, atendió la invitación de Auriol, como flamante presidente de la República, para almorzar con él en el Chateau de Rambouillet (con Feli como acompañante oficial). Y en diciembre del mismo año, atendió otra invitación de lord Faringdon para acudir a «una conferencia privada» de dos días de duración en su residencia de Buscot Park, en el condado de Berks, bajo el patrocinio del Fabian International Bureau y dedicada al estudio de «la Organización Económica Internacional»[29].

Negrín no solo tuvo que atender, sin embargo, esos compromisos más bien agradables y reconfortantes. Habiendo recibido el 30 de abril de 1947 una carta de Fernando Varela, ministro de Hacienda del gobierno de Llopis, requiriéndole una «rendición de cuentas» de los fondos manejados durante su gestión, Negrín tuvo fuerzas para escribir una cumplida respuesta a pesar de no haber transcurrido ni siquiera un mes desde su infarto. La carta volvía a repetir sus argumentos reiterados ante Giral y de Juan en ocasiones anteriores. Pero los ampliaba con otras consideraciones que ponían de manifiesto su negativa a rendir esas cuentas y traspasar esa documentación probatoria en su poder ante un ejecutivo tan precario como el de Llopis (no llegó a durar más de seis meses) y en el que seguían estando presentes las personas y las entidades que se negaban a rendirle cuentas previas sobre sus actividades con fondos estatales. El texto de la carta, *suaviter in modo, fortiter in re*, era muy representativo del estilo cortés pero firme

característico de Negrín. Y fue también su última palabra sobre la cuestión en vida:

> En relación con el resto de su contenido, le participo que oportunamente notifiqué al Sr. Giral que si bien *el Gobierno por mí presidido había invertido los muy mermados recursos que no fueron sustraidos a su gestión administrativa* —la única legítima—, existían aún cuantiosos bienes que eran patrimonio de la República. Insistí cerca del señor Giral y sus colaboradores para que con la perentoriedad del caso *se hicieran llegar a nuestras manos los documentos detentados por personas, organismos o grupos que hasta entonces se habían negado o habían rehuido el traspasar haberes y legajos al Gobierno, a fin de proceder a su examen y eventual liquidación*.
>
> *Es evidente que únicamente a base de esta documentación podría establecerse el balance de los medios y recursos* con que pueda contar el Estado Español Republicano, y que tan solo los que estuvieron investidos de la autoridad indispensable para disponer de dichos recursos, podrán sancionar el balance que resulte.
>
> El hecho de que en los gobiernos y variantes de gobiernos que en pocos meses se han venido sucediendo figuren gran parte de las personas o representantes de los organismos y grupos más arriba aludidos permitía esperar satisfacción a una exigencia sin cuyo cumplimiento no se podrá esclarecer lo sucedido con cuantiosos bienes indebidamente retenidos por actos no me interesa calificar, y cuyo encuadramiento dentro del Código corresponderá en su día fijar a los tribunales de la República. Sin ese indispensable requisito tampoco será posible recuperar cuanto haya de recuperable en beneficio del Estado Español.
>
> No quiero dejar pasar sin rectificación, lo que presumo es un desliz a vuela pluma cuando habla V. de presentarle una rendición de cuentas. *A su pericia no se le oculta que un Gobierno nunca rinde ni tiene por qué rendir cuentas a otro Gobierno. Un Gobierno rinde cuentas al Parlamento, mientras es Gobierno, y en el orden contable se rinden las cuentas en la forma que la Constitución estipula y conforme a normas que establecen las leyes de la Hacienda Pública*. Este indispensable requisito no podrá cumplirse sin que los expedientes arriba mencionados se completen y ultimen. Mas no basta eso, sino que será preciso depositarlos y darles trámite legal a través de un Cuerpo estable de la Administración pública española que por su permanencia sirva a todos de garantía.
>
> A su perspicacia y buen sentido no se le oculta que *sin que se cumplan estas condiciones no debo desamparar el material justificante de nuestra gestión y prueba acusatoria de las faltas en que otros hayan incurrido*. Convendrá V., mi querido amigo, en que otra actitud por mi parte implicaría ausencia de cordura, o un candor lindante en la memez.
>
> Su carta me mueve, por incidencia, a considerar de nuevo la conveniencia de publicar con el comentario adecuado la documentación que sobre nuestra gestión poseemos. Razones de decoro y de interés por la República me han contenido hasta ahora. Habré de contrapesarlas con la necesidad de poner coto a bajas insidias en las que, con enemigos del régimen, aparecen entremezclados no solo los resentidos, los advenedizos insatisfechos y esos innúmeros pigmeos trepa-muros que después de desgracias como la nuestra suelen pulular como setas, sino las conciencias atormentadas de los que más debieran callar por haber contribuido primero a desencadenar la catástrofe y luego a ponerle indigno remate.
>
> Sé que en su fina sensibilidad encontrará eco mi repulsa a tanta miseria, y por ello la franqueza con que me expreso[30].

La gravedad de su enfermedad y el pesimismo sobre las posibilidades de regresar a España tras la caída de Franco, refrendaron en Negrín su latente voluntad de retirada virtual de la vida política activa durante el año 1947. Contribuyó a ello también la decisión tomada en febrero de 1948 por el Comité de las Conferencias Socialistas (COMISCO), embrión de la nueva Internacional Socialista: reconocer al PSOE refundado por Llopis y Prieto como organismo español oficial, en detrimento del PSOE de Lamoneda y Negrín. La razón básica de esa postergada decisión final (solo aplazada dos años por el prestigio de Negrín entre los socialistas franceses, belgas y británicos) fue tan poderosa como reveladora: para entonces los primeros agrupaban a 7023 militantes, en tanto que el «negrinismo» solo reclutaba a 426[31].

Un estímulo añadido para esa retirada fue la apertura oficial del clima de Guerra Fría entre los antiguos aliados de la Segunda Guerra Mundial, que mortificó a Negrín por razones políticas tanto como personales. Entre estas últimas causas de mortificación destacó el golpe de Estado de los comunistas en Praga del 25 de febrero de 1948, que fue seguido de la muerte o asesinato de Jan Masaryk una quincena más tarde. Negrín acusó ese golpe contra la democracia en Checoslovaquia y la pérdida de quien había sido su amigo en el exilio londinense muy profundamente y, según el testimonio de Álvarez del Vayo, ambos fenómenos produjeron «un enfriamiento entre Negrín y los rusos»[32]. Buena prueba de ese distanciamiento fueron sus actividades durante aquel bienio de 1947-1948. Ante la oleada de huelgas promovida en Francia por el Partido Comunista Francés en aquella coyuntura, Negrín prestó su apoyo y su aliento a su viejo amigo Moch, entonces ministro del Interior encargado de la represión del movimiento huelguístico[33]. El mismo distanciamiento revela la decisión tomada entonces por Negrín de afirmar en público su respaldo a una medida adoptada meses antes por Estados Unidos (junio de 1947): poner en marcha el llamado «Plan Marshall», un programa de préstamos y donaciones de más de 5300 millones de dólares destinados a promover la reconstrucción económica de una Europa devastada.

En efecto, ya en plena atmósfera de Guerra Fría, contra el parecer de los comunistas y de casi todas las fuerzas republicanas del exilio, Negrín

defendió públicamente tanto el conjunto del Plan Marshall como la inclusión de España en el mismo. Lo hizo a través de sendas cartas publicadas muy destacadamente en la edición europea del *New York Herald Tribune* los días 1 y 2 de abril de 1948. Su posición quedaba clara desde las primeras líneas del texto:

> Creo que mi país, España, debería poder participar en el Programa de Reconstrucción Europea. Es necesaria esta incorporación para el éxito del plan. Su exclusión significaría tan solo sufrimiento para el pueblo español. […]
>
> Naturalmente, una mejora de la situación económica disminuye los quebraderos de cabeza de los dirigentes. Pero soñar con la restauración de la República a través del hambre y del empobrecimiento de España es un error y simples deseos viciados. […] Sería imposible alcanzar esa meta si la República fuera heredera de un país arruinado y empobrecido. […]
>
> Creo sin duda alguna que la entrada de España en el Programa de Reconstrucción es necesaria para el éxito mismo del programa[34].

También quedaba clara su vocación europeísta, que exigía ese apoyo económico norteamericano a la reconstrucción y unidad del continente aunque solo fuera por mera deuda moral e interés propio. Pero en esa nueva Europa unida, sin embargo, debía permanecer el ostracismo para la España franquista por su incompatibilidad de principio con las instituciones democráticas:

> Sin la reconstrucción europea no hay posibilidad de restaurar la economía mundial, y sin un rápido restablecimiento de la economía mundial el peligro de guerra estará siempre encima. […]
>
> No existe curación de estos desastres sin una ayuda previsora que venga de países más afortunados, que arrastraron en parte la riqueza de Europa y aumentaron su propia prosperidad mientras Europa era un campo de batalla en la lucha por su existencia y la existencia de estos mismos. […]
>
> España debe ser admitida en el Programa de Reconstrucción […]. Pero afirmo que la España de Franco debe permanecer fuera de la unión europea; es decir, fuera del concepto político de la unión europea[35].

Las firmes razones y convicciones que avalaban esa sorprendente decisión y toma de postura pública fueron explicadas por Negrín ante su amigo y colaborador Ramón Lamoneda, con las siguientes palabras confidenciales:

> ¿Es que por temor a algún tomatazo de la galería vamos a asentir con nuestro silencio a que el país quede hipotecado política y económicamente en manos de la usura internacional cuando

> tiene derecho y puede recibir una ayuda gratuita? ¿Qué eso va a ayudar a Franco? Mire usted, Lamoneda, eso son pamplinas. Ni con el Plan Marshall se le mantiene, ni sin el Plan se le echa. Son otras cosas las que hay que hacer y la primera de ellas ganar la opinión pública de los españoles con los que hoy no contamos. Con la que contaremos cada vez menos si damos la impresión de que por un odio político sacrificamos el bienestar presente y futuro de España.
>
> ¿No hemos visto ya lo que dan las medidas coercitivas[36]?

Ante una observación de ese mismo dirigente sobre la falta de apoyo de la Unión Soviética al Plan Marshall y el consecuente coste político implícito en oponerse a la voluntad de Stalin, Negrín replicó de modo reservado con una afirmación rotunda y muy clarificadora:

> ¿Que los rusos por las razones que sean no han querido participar en el Plan y se oponen a él? Pues bien yo creo que han cometido una tontería (con lo cual quizá lo han hecho posible) pero yo no tengo ningún compromiso que me obligue a seguirles en sus errores. Ellos no me han consultado, ni tenían por qué; ni yo tengo por qué consultarles. Desde 1936 hemos coincidido en muchos objetivos fundamentales, pero ellos saben muy bien porque me he cuidado muy bien de que se enteren, de que nuestras últimas finalidades y nuestras concepciones políticas eran distintas, en muchas ocasiones opuestas. Como los objetivos coincidentes tenían categoría de máxima prioridad nuestra discrepancia ni pinchaba ni cortaba en el terreno de la pragmática política. […]
>
> ¿Qué al plan quizá por la misma negativa rusa se ha dado un tinte antisoviético? Lo siento. Yo estoy con el Plan porque es una necesidad[37].

La respuesta comunista a esa toma de postura pública de Negrín en pleno momento cumbre de la Guerra Fría no escatimó adjetivos. El 15 de abril de 1948 el órgano oficial del PCE, el periódico *Mundo Obrero*, anunciaba a toda plana: «Negrín ayuda al régimen franquista al proponer que este sea incluido en el Plan Marshall»[38]. Paradójicamente, también los exiliados más anticomunistas coincidían en ese juicio del enemigo comunista sobre el doctor Negrín en esa relevante ocasión.

Negrín había terminado la redacción de sus cartas al *New York Herald Tribune* durante un viaje por el África del norte francesa, en el que visitó Argelia, Túnez y Marruecos. Había emprendido dicho viaje, en compañía de Feli, el 19 de marzo y no regresó a París hasta mediados del mes siguiente. No parece que se tratara de una mera excursión turística por varios motivos: porque contó con el aval de las autoridades francesas metropolitanas para sus desplazamientos; porque tuvo encuentros con las

autoridades locales (incluso fue recibido en las prefecturas de varias ciudades) y porque tomó abundantes notas sobre la situación social y las potencialidades económicas de varias zonas visitadas. Quizá se tratara de un encargo de sus amigos de la Comisaría General del Plan de Modernización y Equipamiento o de la propia Presidencia de la República. En todo caso, el viaje confirmó a Negrín la seriedad de su enfermedad cardíaca y las graves limitaciones para trabajar que esto suponía. No en vano, según las anotaciones de su agenda personal, apenas emprendido el viaje tuvo que «usar dos ampollas de nitrito de anilo» porque «me sentí mal». Y la tarea de completar su artículo para el diario neoyorquino fue muy fatigosa y «un ímprobo trabajo». El 2 de abril, en particular, al salir de paseo se sintió muy mal y «tuve que recurrir al nitrito». Y dos días después, en Argel, la arritmia y la fatiga llegaron a amargarle la sesión en la Ópera:

> Por la noche fuimos a la Ópera. Salimos al final del tercer acto, en parte por lo malo y parte porque no estaba bien. Tengo que cuidarme, sino un día esto se descompone definitivamente[39].

Tras la polémica generada por su intervención en torno al Plan Marshall, la actividad pública política de Negrín se interrumpió en la práctica y casi definitivamente. Sin duda alguna, la gravedad de su enfermedad coronaria y la persistencia de los síntomas de fatiga y astenia, le inclinaron a guardar ese silencio (aunque renunció a hacer pública la naturaleza de su dolencia). También estimuló esa jubilación política otra razón igualmente poderosa y triste: todo indica que se resignó a contemplar la permanencia en el poder del régimen de Franco y a descontar la posibilidad y viabilidad de una pronta restauración democrática y republicana en España.

Apenas iniciada la década de los años cincuenta, Negrín tuvo que atender un grave asunto familiar que iba a cambiar el signo de sus últimos años de vida. En julio de 1947 la mujer de Rómulo, su nuera Jeanne, había dado a luz a su segundo hijo, una niña bautizada con el nombre de Carmen. El parto y la atención al bebé agravaron su enfermedad degenerativa hasta el punto de que pronto quedó imposibilitada para cumplir sus deberes maternos. Rómulo solicitó entonces el auxilio de su padre y este y Feli se hicieron con la tutela de los dos pequeños, Juan y Carmen, tras algunas

dificultades con la acomodada familia de Jeanne. Acogieron en París a los niños como si fueran sus propios hijos y cumplieron el compromiso adquirido con la madre enferma: que ambos rezaran *The Lord's Prayer* (el Padrenuestro) antes de acostarse cada noche. De hecho, desde 1950, Negrín y Feli se dedicarían básicamente al cuidado y educación de sus dos nietos proahijados, que cursarían sus estudios primarios y secundarios bajo su tutela y protección en París. En particular, Negrín procuró que los niños recibieran una esmerada educación trilingüe (en francés, inglés y español), sin descuidar la atención al idioma de su juventud y profesión (el alemán). Tampoco desantendió su formación científica iniciática, procurando introducirles en el estudio de las ciencias médicas y naturales mediante pequeñas prácticas de laboratorio y uso de microscopios realizadas en el propio domicilio familiar. De hecho, había seguido cultivando en privado esas aficiones tanto en Londres (donde había entablado relación con el científico J. B. S. Haldane) como en París. En esta ciudad sería un asiduo visitante y colaborador ocasional del Laboratorio de Física Atómica del Colegio de Francia, cuya subdirección estaba a cargo de Raymon Moch, uno de los hijos de Germaine y Jules Moch[40].

A partir del momento en que se hizo cargo del cuidado y educación de sus nietos, la vida familiar de Negrín y Feli pasó a estar centrada casi exclusivamente en esa tarea. Por supuesto, mantuvieron su relación con sus íntimos amigos de siempre: Jules Moch, Vincent Auriol, Mariano Ansó, Pablo de Azcárate, Marcelino Pascua, etc. Pero resulta palpable que su nueva condición de padres adoptivos *de facto* aminoró sus compromisos sociales y acaparó las escasas fuerzas físicas de Negrín. Un ejemplo de esta concentración en el cuidado de los nietos fueron sus ocasionales viajes a México y Estados Unidos, cuya casi exclusiva finalidad fue llevar a los niños al lado de sus padres durante algún tiempo y permitirles conocer a sus tíos Juan junior y Miguel (que se había casado en septiembre de 1950 y pronto sería padre de otros tres niños)[41]. Uno de esos viajes, realizado en el verano de 1952, fue nuevamente vigilado por el FBI:

> Negrín viajó directamente desde París, con Air France, hasta ciudad de México y ahora está residiendo en los apartamentos Washington de la ciudad. Se supone que Negrín está visitando a su hijo, que vive en México desde hace varios años [Rómulo y Jeanne había regresado a

> este país cuyo clima era mejor para ella que el de Nueva Jersey]. El informante declara que Negrín no parece estar interesado en la política y que no ha hecho durante su estancia ningún contacto de naturaleza política[42].

El agente del FBI estaba en lo cierto. No en vano, durante su estancia en México, Negrín había recibido una generosa oferta del diario *Tiempo* para hacerle una amplia entrevista y recoger sus declaraciones con profusas fotografías. La respuesta de Negrín, mediante carta al periodista español exiliado Antonio Espina, fue una tajante negativa que revalidaba su tradicional recelo a los focos públicos y a la fotografía, así como su amarga desesperanza sobre el futuro de los exiliados:

> Por los clavos de Cristo, querido Espina, no busque V. desflorar una de las pocas virginidades que aún me quedan, y que he hecho votos de ofrendar, con mis huesos, a la pira crematoria. Por sistema, he rehuido siempre, sin excepción, toda clase, toda clase de entrevistas periodísticas; y le tengo más horror al objetivo del «reporter» gráfico que a la energía nuclear. «Declaraciones» solo las he hecho —desde luego espontáneamente— cuando, en una coyuntura determinada, y sobre materia concreta, he estimado que «funcionalmente» me correspondía ineludiblemente hacerlas.
>
> Esto significa que gran parte de mis (¿) «declaraciones» circuladas y *todas* las entrevistas aparecidas, son tan apócrifas como los pseudoevangelios más desautorizados del Nuevo Testamento. […]
>
> Tampoco hará mella en mi propósito su tesis de que mis palabras servirían de tónico a la emigración, ya que, por el contrario, cuanto hubiera de decir desanimaría aún más a los que necesitan que de fuera les infundan la savia de la esperanza, por no estar convencidos de que las ilusiones constructivas no se adquieren en el mercado de la política, sino que se las forja uno mismo, «dando con el mazo» en vez de embelesarse en jaculatorias a los dioses de nuestras respectivas capillas, y hurgando además nuestro fuero interno a la busca de «en qué» y «en cuánto» hemos tenido y tenemos culpa de nuestros males[43].

Por esas mismas fechas, a petición del periodista del *New York Times*, Herbert Matthews (excorresponsal de guerra en España), Negrín aceptó escribir sobre la naturaleza de sus relaciones con el escritor George Orwell (que acababa de fallecer en 1950 después de publicar brillantes sátiras sobre el totalitarismo comunista en sus libros *Granja de animales* y *1984*). Matthews sabía, a través de Freda Kirchway y Antonio Ramos Oliveira (exagregado de prensa republicano en Gran Bretaña) que Negrín había conocido a Orwell durante el exilio en Londres y quería ampliar esa información para el libro que estaba escribiendo sobre España.

Contraviniendo su costumbre de no entrar en detalles sobre el pasado, Negrín le respondió en septiembre de 1952 que, en efecto, había mantenido ocasionales encuentros con él porque, en su condición de exvoluntario extranjero en la guerra y autor de *Homenaje a Cataluña*, Orwell había preservado el interés sobre la guerra civil. En particular, según Negrín, la curiosidad de Orwell se había centrado en varios aspectos que detalló con reveladora claridad y franqueza:

> La política, interna y externa, del gobierno que presidí. Los cambios de línea de conducta que introduje. Nuestros problemas y dificultades. Los muchos errores que más tarde me di cuenta que había cometido, aunque le confesé con sinceridad que muchos de ellos habían sido inevitables y que habrían tenido que ser repetidos incluso después de esa experiencia previa. Nuestra manera de manejar el abigarrado conglomerado de partidos, sindicatos y grupos disidentes y también los «gobiernos» locales y regionales habitualmente autoproclamados y mayormente anticonstitucionales con los que teníamos que tratar. Nuestra política exterior, especialmente nuestra relación con Rusia y teniendo en cuenta que la URSS era la única gran potencia que nos apoyaba internacionalmente y estaba dispuesta a vendernos las armas necesarias, con pago al contado (porque nunca las pedimos gratuitamente a nadie). Las causas de nuestra derrota, que yo sostuve y sostengo más se debió a nuestra inconmensurable incompetencia, a nuestra falta de moral, a las intrigas, celos y divisiones que corrompían la retaguardia, y por último a nuestra inmensa cobardía que a la carencia de armas. Cuando digo «nuestra», no me refiero naturalmente a los héroes que lucharon hasta la muerte, o sobrevivieron a toda suerte de pruebas, ni a la población civil, siempre hambrienta y al borde de la inanición. Me refiero a «nosotros», a los dirigentes irresponsables, quienes, incapaces de prevenir una guerra, que no era inevitable, nos rendimos vergonzosamente, cuando aún era posible luchar y vencer. Y conste que no distingo cuando repito «nosotros». Como en el pecado original, hay una solidaridad en la responsabilidad, y el único bautismo que puede lavarnos es el reconocimiento de nuestras faltas y errores comunes[44].

Al margen de ese pequeño excurso, Negrín mantuvo su habitual actitud de reserva e inhibición política en los años sucesivos, en parte por voluntad propia y en gran parte por exigencias de una salud que empeoraba visiblemente cada día. Por ambos motivos, empezó a excusar su ausencia a las reuniones de Cortes convocadas por el gobierno republicano: «El que yo esté presente poco monta» (comunicó a Gordón Ordás el 13 de enero de 1953)[45]. El doctor Camille Soula, uno de sus amigos parisinos, recordaría que por aquellas fechas «trataba de pasar desapercibido» y que le había visto en julio de 1954 en el cementerio de Père Lachaise durante el traslado de los restos de León Jouhaux (líder sindicalista francés) y mezclado entre

la muchedumbre. Informado por otros amigos que Negrín estaba «con baja moral, muy deprimido», el mismo doctor Soula le invitó a acudir «a su laboratorio» para animarle y charlar con él. Consiguió que fuera «para tranquilizarme» pero no soltó ninguna queja: «todo iba bien para él»[46]. En realidad no era así. Y por ese mismo motivo de salud Negrín tuvo que rechazar las ocasionales ofertas para volver a trabajar en su especialidad que le llegaron, a pesar de que empezaban a escasear sus ahorros y se enfrentaba a dificultades financieras. Como confesaría al doctor Puche en octubre de 1954, se consideraba ya jubilado en la profesión a todos los efectos:

> Mandar un trabajo sobre cosas que yo quisiera haber hecho y no he hecho, sería ridículo. Fijar en unas cuartillas algunas de esas teorías y generalidades que a todos se nos ocurren, sería caer en el letamendismo del peor tipo, máxime cuando se llevan por desgracia tantos años apartado de la investigación y del laboratorio[47].

En esa misma carta le confesaba a su antiguo discípulo su creciente pesar por las consecuencias de su enfermedad con sutil ironía:

> Mi fisiología la voy timoneando con éxito. Me hastía el pensar que pueden quedarme por delante treinta o cuarenta años teniendo que controlar funciones que enseñamos se regulan por pilotaje automático.

Para entonces, estaba particularmente inquieto por la cuestión de depurar las responsabilidades financieras contraídas en la gestión de los fondos gubernamentales, tanto en guerra como en el exilio. Y sobre todo le preocupaba el bulo (propiciado por los sectores prietistas, caballeristas y genéricamente republicanos) de que había sido responsable exclusivo y único del envío del oro del Banco de España a la Unión Soviética con un propósito político innoble y ajeno al esfuerzo bélico de la República (y, por tanto, que seguía en poder de aquel oro con provecho propio). Esta preocupación se acentuó a raíz de la publicación de una serie de artículos sobre «los secretos de Stalin» en la revista *Life* durante el mes de abril de 1953, apenas confirmada la muerte del dictador soviético, que firmaba el general de la NKVD, Alexander Orlov (que había desertado en junio de 1938 para esconderse en Estados Unidos). Pocos meses después, en el

mismo año de 1953, Orlov publicó un libro bajo el título de *La historia secreta de los crímenes de Stalin* en el que volvía a referirse con detalle (subrayando su protagonismo) al episodio del envío del oro republicano remitido a Moscú sin condiciones y casi como trofeo de guerra. El impacto de sus revelaciones le llevó incluso a testificar ante un Gran Jurado Federal en Nueva York en agosto de 1954. No en vano, Orlov era entonces y siguió siendo después «el oficial del servicio de inteligencia soviético de mayor rango que había desertado al mundo libre»[48].

Negrín asistió con preocupación al eco cosechado por esos relatos de Orlov (a pesar de que su figura personal quedara bastante bien parada en las declaraciones) y probablemente entonces empezó la redacción de los apuntes inéditos explicativos sobre la génesis y ejecución del proyecto de envío de oro a la URSS. Así parece desprenderse de las manifestaciones que le hizo por esas fechas a su amigo Vidarte: «Ya estoy harto de este cuento del oro. El mejor día voy a convocar una conferencia de prensa para explicar todo lo relativo a esta cuestión»[49]. No lo hizo. Pero, precisamente en virtud de esa preocupación, Negrín empezó a concebir una decisión transcendental: disponer que a su muerte fuera entregada por su familia a las autoridades españolas toda la documentación concerniente al envío de las reservas de oro a la URSS durante la guerra civil, con el fin de probar que había sido gastado íntegramente en aras del esfuerzo de guerra republicano. El destinatario de su confesión de última voluntad sería su amigo Mariano Ansó, con el que también resolvería poco después la devolución de los restantes valores de la CHADE a sus antiguos propietarios (con la discreta intervención logística de la asesoría jurídica del Ministerio de Asuntos Exteriores español). Ansó recordaría en sus memorias la «dolorida expresión» y «honda preocupación» con la que Negrín le habló sobre «el destino de determinados documentos»:

> En todo caso, no estoy dispuesto a que vayan a parar a un comité de partido, o a una facción de gobierno sacudido por tensiones políticas de escasa proyección. Tales documentos, concernientes al interés general de España, no pueden ser patrimonio de una fracción de españoles sino del Estado que con más o menos derecho represente a la continuidad de nuestra patria en el tiempo y en el espacio. Hoy el Estado está representado por el poder faccioso de Franco, contra el que hemos combatido; mañana, podemos ser nosotros u otros quienes con más legítimos títulos asuman la representación de España. El mayor peligro a

cuyo paso queremos salir, es el de la caducidad o debilitación de ciertos documentos que obran en nuestro poder[50].

Esas imputaciones de haber sido culpable de «robo» y «estafa» aireadas por aquellos años de clima de Guerra Fría (que hacía sospechoso de deslealtad y traición a todo el que hubiera estado asociado políticamente con los comunistas), llegaron a dolerle en lo más profundo del corazón, acentuando sus dolencias físicas y también psicológicas (de hecho, desde hacía tiempo estaba entrando en una fase de depresión muy definida). En enero de 1955 escribiría al doctor Puche una carta que reflejaba la amargura de su estado de ánimo y las dificultades físicas que sobrellevaba como mejor podía:

Desconocía la campaña a que hace referencia sobre el reconocimiento de Franco y las lindezas que hayan sacado a relucir aprovechando las inmundicias sembradas a voleo por nosotros mismos. ¡Cuánto mejor hubiera sido que se lo hubiera tragado la tierra, o se hubiera uno dejado asesinar, antes de salir de España!

Tampoco conozco el artículo de Prieto a que hace referencia. Ni me interesa. Me interesaría, sí, que aprendiera algún día a saberse callar o a escribir con seso y decencia. ¡Qué mal sabor de boca vamos a dejar a las generaciones venideras los hombres de la República y cuán poco respetamos la memoria de los que por ella murieron o se han sacrificado!

[…]

¿La presión arterial? Mire V. nos ignoramos mutuamente, aunque tengamos que «coexistir» bajo el mismo pellejo[51].

Casi un año después, mediante una carta privada dirigida a Azcárate, también denotaba las tímidas esperanzas de un cambio interno en España surgidas como efecto de la crisis de febrero de 1956:

Cada vez tengo más esperanza con lo que de dentro pueda surgir, y los recientes informes y síntomas de disgregación y descontento confirman mi confianza.

También lo de Marruecos (la descolonización) puede significar un escollo fatal, que con su ciega política se ha creado el régimen[52].

En aquellos años difíciles, al margen de las alegrías que le proporcionaba la compañía de sus nietos Juan y Carmen (y las noticias sobre el nacimiento de Cristina, Victoria y Miguel, los hijos de Miguel y Glenna), tuvo una compensación moral y política bastante inesperada. El 30 de noviembre de 1954 había escrito una carta personal de felicitación con motivo de su cumpleaños a Winston Churchill, de nuevo primer ministro de Gran

Bretaña. En la misma, confesaba sus dudas sobre la oportunidad de remitir esa felicitación dada su propia significación personal (en alusión a su mala fama política y al hecho de no haber tenido nunca contacto personal con él durante el exilio). Pero declaraba su voluntad de escribirle porque abrigaba una «sincera devoción y gratitud» hacia «el hombre singular que, en una situación pavorosa, había salvado al mundo de un desastre y calamidad espiritual peor que la más extrema devastación física». Cabe imaginar su sorpresa y alegría cuando poco tiempo después recibió una carta con membrete oficial del número 10 de Downing Street en la que Churchill respondía de su puño y letra para expresarle «su profundo agradecimiento por sus palabras y buenos deseos con ocasión de mi cumpleaños»[53].

A lo largo del año 1955, Negrín escribió en varias ocasiones a sus hijos Juan y Miguel para solicitarles que vinieran a Europa a ayudarle en varias tareas de gestión de su menguante patrimonio. En particular, sabiendo que Miguel estaba en una posición muy acomodada y tenía experiencia empresarial, en junio de aquel año solicitó su cooperación para «arreglar mis asuntos» porque «he dejado ir arrastrando las cosas hasta un extremo que ya no admite más demora». Era la primera demanda de ayuda para aclarar su difícil situación financiera, así como una de las primeras menciones a la gravedad de su «falta de salud»: «ni yo, ni ninguno de los que como médicos me han visto, me daban los años de vida de que desde 1947 he venido disfrutando»[54].

El tono de las demandas de ayuda de Negrín a sus hijos se convirtió en un ruego desesperado pocos meses más tarde, desvelando la angustia psicológica que le provocaba el deterioro de su dolencia coronaria y la fatiga crónica. El 4 de febrero de 1956 redactó en su casa de París una carta para los tres hijos que tenía todo el aire de una despedida de la vida. Comenzaba afirmando que su «prolongado silencio» reciente no era debido a su habitual «grafofobia». Era debido a algo más serio: «me falla desde hace tiempo, y en aceleración progresiva, la capacidad para hacer el menor esfuerzo o tomar la menor decisión». Además, confesaba que «una depresión, iniciada hace mucho tiempo», había adquirido en los últimos meses «caracteres agobiantes y peligrosos» y ya no podía *safe the face* (ocultarla en público) ni siquiera con «los consejos y el afecto de Feli».

También reconocía, que solo era capaz de controlar «los accesos de arritmia» con el recurso constante a grandes dosis de «quinidina» y «sedativos variados». Por eso mismo, no se hacía ninguna «ilusión acerca de mi miocardio, al de mis coronarias, ni de mi sistema de conducción intracardíaco, ni acerca de la elasticidad del resto»[55].

La premonición de la muerte también quedó reflejada en otra carta, escrita «con el alma desgarrada de pena», que remitió a Heriberto y Lolita (entonces residentes en Pau) a mediados de marzo de 1956. En ella, les anunciaba que ya no podía seguir ayudándoles financieramente como era «mi deber de hermano mayor y por la memoria de nuestros queridos padres». No, solo porque había «llegado casi al límite de los posibles» en el plano económico y se hallaba en «situación desesperada», sino porque estaba muy enfermo y «podría llegar el momento en que yo faltara». Por eso les aconsejaba que regresaran a España y «que tratéis de aprovechar lo que en Canarias quede de nuestros padres y tíos», puesto que no tenían causas judiciales pendientes y eran legítimos herederos de las propiedades familiares. En el caso de Heriberto, le recomendaba volver a su convento claretiano y le hacía un último ruego: «De lo que de mí digan no tienes por qué preocuparte. Piensa que si en algo dicen la verdad, es mi merecido, si difaman o calumnian, por anticipado perdono a quien lo haga»[56].

A principios de abril de 1956, con la certeza de que su muerte estaba muy cercana, Negrín volvió a requerir a su hijo Miguel para que viniera urgentemente a Europa a ocuparse de la «liquidación lo más rápida posible, y en las condiciones menos desventajosas, de cuanto haya de liquidable». Se lo pedía así porque él era incapaz de poner orden en sus cosas «por el estado físico, y sobre todo psíquico, de mi salud». No en vano, «los accesos de arritmia y amagos anginosos» eran recurrentes y «se recrudecían en cuanto me ocupaba de algún asunto serio». Y ahora estaba sumido en «un estado sumamente grave de depresión que me tiene anonadado y no logro vencer». Por si fuera poco, su situación financiera era ya desesperada y exigía solución inmediata:

> Nosotros hemos ido reduciendo nuestros gastos en estos últimos tres o cuatro años, en los que el único extra han sido los viajes a México que ya el año pasado no pudimos hacer, viajes en los que había puesto la vana esperanza de poder emprender algún asunto de rendimiento. De

> hecho nuestros gastos actuales son menos de la quinta parte de lo que eran hace cinco años, sin que por ello haya sufrido quebranto el bienestar y la educación de los chicos. Coche, no tengo, y hace varios años que no lo utilizaba. Servicio doméstico, no tenemos, ni siquiera una chica que venga unas horas a la semana. El personal que conservamos en Inglaterra (Combe Court), que es una de las pesadas cargas, no podremos deshacernos hasta no liquidarlo todo, para evitar que todo se derrumbe[57].

En atención a esas angustiosas demandas, Miguel preparó su viaje a Francia e Inglaterra durante el mes de junio de 1956 para poner orden en las propiedades y deudas de su padre. La liquidación del grave peso financiero que suponía Combe Court mediante su venta era «difícil» (por las deudas contraídas y la dificultad de encontrar compradores) y, en todo caso, «el valor mucho menor del que hubiéramos deseado». Además, empezaba a plantearse un problema siempre temido por Negrín: las reclamaciones de su esposa legal, que pedía el disfrute de las propiedades del marido y, en su caso, su herencia legítima. Negrín anotaría en carta a su hijo Rómulo a mediados de junio de 1956 la amargura que le provocaba ese comportamiento:

> Yo no estoy dispuesto a pasar y a hacer pasar a persona que tiene mi estimación y mi afecto, y a quien tanto debo (Feli), por más escándalos, vergüenzas y bochornos. Probablemente, además, no lo sobreviviría. Tan solo el telegrama (remitido por María Mijailov) ha llegado a afectarme y obligarme a tomar drogas que ya no necesitaba[58].

En esa situación anímica y física, con la idea de la muerte rondándole permanentemente, Negrín decidió llamar a Ansó para preparar la entrega a las autoridades españolas de la documentación oficial relativa al oro depositado en Moscú. Solo puso una serie de condiciones: quedar al margen personalmente de cualquier contacto con los representantes franquistas, que se mantuviera el «máximo sigilo en las negociaciones» y que solo fuera hecha y anunciada la donación tras su muerte y entierro. En septiembre de 1956, esa documentación sería ya desgajada del archivo particular conservado por el doctor Negrín en su domicilio parisino y guardada en una caja fuerte de un banco de París. Ansó recordaría el último día que pasó con Negrín tratando de esos asuntos. Era el 11 de noviembre de 1956:

> Era día festivo, en celebración de la firma del Armisticio que puso fin a la llamada Gran Guerra. Negrín llevó a sus nietos a la Ópera, a una función infantil. Yo le esperé a la salida, en una *brasserie* llamada Betzel, enfrente de la Ópera. A su llegada, le noté intensamente pálido, como tantas otras veces, cuando su afección cardíaca llevada en secreto se hacía más apremiante. Ingirió una de las medicinas de que hacía frecuente uso, y poco a poco fue recobrando el color. Acordamos cenar juntos, pero antes se me ocurrió la idea de convocar a la cena a su hijo Rómulo, que estaba en París. Me pareció oportuno informarle de nuestro plan, para que al menos hubiese un testimonio de la delicada misión que yo recibía. Aceptó Negrín mi sugerencia[59].

Al día siguiente, 12 de noviembre de 1956, Negrín se despertó sintiéndose muy mal. Tenía un fuerte dolor en el pecho y empezó «a mostrar signos de parada circulatoria en el miembro superior derecho». Feli llamó de inmediato al doctor Antoine Laporte, médico personal de Negrín que ejercía en el Hospital Claude Bernard. El doctor Laporte se presentó poco después del medio día en el domicilio familiar de la avenida de Henri Martin para atender la severa crisis. Alarmado por la situación del enfermo, llamó al doctor Pierre Bernal, reputado cardiólogo parisino, que acudió en menos de media hora al lugar. Eran las dos de la tarde cuando, en medio del examen y las primeras atenciones (inyecciones de morfina y otros medicamentos), Negrín sufrió «una nueva crisis de angina de pecho», con náuseas y emisión de baba blanca por la boca. Fue imposible superar el infarto y falleció pocos minutos después. Según el informe del doctor Bernal, «presentaba signos de insuficiencia ventricular izquierda y sucumbió finalmente por un edema pulmonar agudo»[60].

Apenas fallecido Negrín, Feli llamó a Mariano Ansó para comunicarle la noticia con «la voz quebrada por la angustia». El amigo y fiel colaborador acudió de inmediato a la casa y se encontró ya con el cadáver depositado en «su dormitorio envuelto en penumbra», todavía con «el cuerpo tibio, con sus ojos abiertos y su semblante sereno». Solo estaba allí Feli porque Rómulo había salido para llevar a sus dos hijos al domicilio de Germaine y Jules Moch. Y fue entonces cuando Feli le enseñó a Ansó el texto de una «brevísima carta íntima» dictada desde hacía tiempo por Negrín para el caso de «una muerte súbita». Contenía una petición de última voluntad: «una reserva de cuarenta y ocho horas, antes de hacer público su fallecimiento, con el claro designio de ser enterrado en la más

absoluta intimidad». Feli, Ansó y Rómulo decidieron respetar su deseo y utilizaron aquellos dos días para organizar los preparativos del entierro. El 14 de noviembre de 1956 el coche funerario llevó a Negrín desde su domicilio hasta el cementerio de Père Lachaise. Solo le acompañaron en el trayecto Feli, Rómulo, Ansó y Jules Moch. Su féretro fue depositado sin ceremonias en una fosa no lejos del Muro de los Federados, donde habían sido fusilados los defensores de la Comuna de París en 1871. También por deseo expreso del fallecido, su tumba solo sería cubierta por una losa de granito oscuro en la que no figuraba su nombre sino solo sus iniciales: J. N. L.[61]

Transcurrido el plazo de veinticuatro horas, la noticia de la muerte de Negrín fue comunicada a la prensa y a todos sus amigos y conocidos. Y el mismo 14 de noviembre de 1956, Ansó y Rómulo prepararon el más difícil encargo testamentario de Negrín: la entrega de la documentación sobre el envío y uso de las reservas de oro del Banco de España depositadas en Moscú, al objeto de probar documentalmente que había sido gastado íntegramente en aras del esfuerzo de guerra republicano de modo legal. El acto final de la operación tuvo lugar en el Consulado General de España en París, el 18 de diciembre de 1956. Dicho día, ante el cónsul adjunto, compareció Rómulo Negrín Mijailov, en compañía de Ansó, y declaró:

> Que deseando cumplir la voluntad de su difunto padre, don Juan Negrín y López, reiteradamente expuesta al compareciente y a las personas de su intimidad, desea hacer entrega, como así lo hace, al Abogado del Estado, Asesor Jurídico del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, don Antonio Melchor de las Heras, de todos cuantos documentos obraban en poder de su citado padre, don Juan Negrín y López, relativos al depósito del oro español, existente en las cajas del Banco de España en Madrid y que fue entregado en depósito en el Comisariado del Pueblo de Hacienda de la Unión Soviética.
>
> El Señor compareciente entrega en este acto un documento escrito en lengua francesa y firmado en Moscú por los Comisarios del Pueblo de Hacienda y Asuntos Exteriores, señores G. F. Grinko y N. N. Krestinski y por Don Marcelino Pascua, así como el Decreto original de trece de Septiembre de mil novecientos treinta y seis, firmado por don Manuel Azaña.
>
> Igualmente entrega el resto de la documentación relativa a este asunto, foliada personalmente por el compareciente y que comprende del número uno al ciento sesenta y cinco.
>
> Esta documentación la entrega el señor compareciente por constarle que así ejecuta la voluntad de su difunto padre, don Juan Negrín y López, quien entendía que por su importancia excepcional e interés nacional debía quedar en poder del Estado Español[62].

Aquella ceremonia era la última prueba de la clásica independencia personal y política del doctor Negrín. Y no sería bien recibida ni siquiera por los sectores del exilio más negrinistas, que llegaron incluso a suspender la publicación de una obra de homenaje póstumo a su figura con textos de la mayor parte de sus colaboradores[63]. Los otros sectores se limitarían a declarar que era un acto de traición y de reconocimiento expreso del régimen de Franco. Así, por ejemplo, Félix Gordón Ordás, entonces presidente del gobierno republicano, emitió un comunicado oficial que rezaba:

> Algunas veces me aseguró (Negrín) que, en previsión de que muriese antes de volver a España, tenía ya tomadas las disposiciones pertinentes para justificar sus actuaciones desde el Gobierno durante nuestra guerra. ¿Cómo hubiera podido imaginarme yo ni nadie en mi caso que era a los militares desleales a la República contra quienes dirigió la lucha armada a los que había de ofrecer esa justificación? Al obrar de manera tan censurable proclamó el doctor Negrín que consideraba legítimo el Gobierno de Franco. ¿Por qué no tuvo el valor cívico, si esa era su honrada convicción, de declarar en vida tan radical cambio de opiniones? Existe un antecedente, que ahora adquiere su valor pleno, y es la publicación por él de unos artículos en los que pedía la aplicación del Plan Marshall a España, aunque estuviese sojuzgada por Franco, sin pensar en que cuantos más medios financieros obtuviera el tirano más se prolongaría la esclavitud de la patria. ¿Tenía ya entonces escrito su testamento y la repulsa casi unánime que semejante reclamación encontró entre los republicanos le impidió proseguir avanzando públicamente por un camino tan peligroso[64]?

Por su parte, las autoridades franquistas aceptaron de buen grado la documentación pero silenciaron que su contenido desmentía el socorrido mito propagandístico del oro español robado por los republicanos y despilfarrado en Moscú. En el caso del gobierno soviético, la reacción a la noticia consistió en publicar un comunicado en el diario *Pravda* en el que afirmaba que dicha documentación demostraría la inexistencia de ninguna deuda soviética con el Estado español:

> Al comienzo de 1937 fue depositado en la URSS una cantidad de 500 toneladas de oro español. […] La transacción fue realizada por iniciativa del gobierno de la República Española. […] Como consta en los documentos que obran en poder de relevantes organismos soviéticos, el gobierno de la República Española gastó el oro en su totalidad según sus propias conveniencias. Todas las transferencias de oro fueron realizadas por orden directa del gobierno de la República Española, respaldadas con las firmas de los funcionarios con autoridad para ello. […]

> Además, es preciso hacer notar que, a petición del gobierno republicano español, la URSS le concedió un crédito. Este crédito fue empleado por el referido gobierno hasta la cifra de 85 millones de dólares, de los cuales solo fueron devueltos 35 millones[65].

La decisión de Negrín relativa a la documentación del oro, así pues, causaría un gran revuelo público pero no lograría su propósito de acallar para siempre las acusaciones de haber robado y dilapidado esas reservas auríferas con objetivos innobles. A título de ejemplo, el expoumista Víctor Alba (uno de sus últimos biógrafos) escribiría el 6 de abril de 1957 en el diario mexicano *Excelsior* un artículo injurioso en primera plana cuyo titular decía: «Moscú se quedó con el oro de España, como arma de conquista. Del enorme tesoro enviado a Odesa, nadie rinde cuentas»[66]. Quizá por eso, apenas fallecido Negrín, tuvo lugar un último incidente entre cómico y macabro. Apenas una semana después de su entierro, según registraría Rómulo, las autoridades judiciales francesas procedieron a «sellar el apartamento donde vivía papá», atendiendo quizá a una denuncia, «creyendo las historias que se han contado de papá» y «buscando sus supuestos bienes y fortunas». Solo el hecho de que Feli pudiera demostrar que la propiedad era suya en régimen particular y no del finado (precaución tomada por Negrín en 1947 al comprar el piso) consiguió levantar el sellado judicial impuesto. Rómulo escribiría sobre esos avatares a su madre y sus dos hermanos el 25 de noviembre de 1956, explicándoles además la magra entidad del legado económico dejado por su padre en herencia:

> Aquí he podido encontrar unos cheques de viaje por valor de 720 dólares y papá me dijo que en la cuenta tenía 100 y pico mil francos. Los dólares parece que esperaba usarlos para mi viaje de regreso a México y gastos de Jeanne que yo le había dicho que tendría que enviarle. Ahora me encuentro aquí con los niños y sin recursos. Pero ya veré cómo me las arreglo para volver a México y comenzar mi trabajo.
>
> Mientras tanto debo advertiros, especialmente a mamá, que en la forma que llevan las investigaciones, capitales o bienes de papá, no se encontrarán […].
>
> Lo de Inglaterra, aún suponiendo que se pudiera llegar a demostrar que es parte de la herencia de papá, más nos valdría, por el bien de todos, no demostrarlo, pues según podéis informaros allí, o en Inglaterra con algún abogado, los derechos de herencia que se pagarían por todo aquello, o nos dejaría en deuda para el resto de nuestras vidas, o nos obligaría a vivir allí y mantener aquello en buena forma, para lo cual no tendríamos capital.
>
> En fin, esta es la situación aquí, como veis bastante mala. Si tenéis alguna idea de cómo podría mejorarla, os agradeceré que me lo comuniquéis cuanto antes, ya que tampoco pienso quedarme aquí permanentemente[67].

Aparte de esos bienes en París, como advertía Rómulo Negrín a sus familiares en Estados Unidos, también fue preciso atender el destino de las propiedades en Inglaterra. Con presencia de Rómulo, bajo la supervisión del abogado Eric Fletcher y de los abogados representantes de María Mijailov, entre finales de 1956 y principios de 1957 fueron liquidadas las mismas con la aparente pérdida de Combe Court y la subasta pública de sus muebles, objetos móviles y biblioteca por la casa Sotheby & Co. El 22 de marzo de 1957 Rómulo escribió a sus hermanos que el total recaudado por todas las subastas había ascendido a 11 189,15 libras esterlinas (cifra que incluía toda la biblioteca, aunque no está claro si también incluía el mobiliario). De ese total habría que descontar la comisión del 15% cobrada por Sotheby's y otros gastos fiscales, por lo cual la herencia a dividir entre los tres hermanos y su madre «será de unas 9000 libras», cantidad que «será depositada en la cuenta de los administradores en un mes, más o menos»[68].

Por su parte, Feli se mantuvo como propietaria del piso parisino, en donde siguió custodiando el valioso archivo documental de su compañero y una parte reducida de su antaño magnífica biblioteca. Muy pronto, las dificultades económicas le obligaron a dividir el piso en dos mitades y vender la parte más noble y grande. Poco después, tendría incluso que acogerse al expediente de admitir huéspedes en alguna de las habitaciones de la vivienda para atender sus gastos. Moriría tres décadas después, en el año 1988 y, por expreso deseo de su «nieta» proahijada, Carmen, recibiría sepultura al lado de Negrín en Père Lachaise y contra la voluntad de sus hijos[69]. María Mijailov había fallecido en Nueva York con anterioridad, en el mes de agosto de 1972.

Apenas hecha pública la noticia del fallecimiento de Negrín, el 15 de noviembre de 1956, una pluma anónima pero bien conocedora del personaje (quizá Freda Kirchway, editora de la revista *The Nation*; quizá Jay Allen o Herbert Matthews, sus amigos periodistas) publicó una sentida nota necrológica, dedicada a su vida y obra, en las páginas del prestigioso diario *The New York Times*. Rezaba literalmente así:

> Juan Negrín, último jefe de Gobierno de la Segunda República española, está destinado a ser en vida como en la muerte, una de las más grandes y de las más discutidas figuras de la

historia moderna de España. Su extraordinaria personalidad sobresalió en la segunda fase de la guerra en España en el territorio leal, del mismo modo que el general Franco dominó en lo que entonces se conoció como la zona rebelde.

Fue su determinación y su fuerza de carácter lo que, más allá de toda esperanza, mantuvo a la España republicana en la lucha hasta 1939. Aunque, como el resto de nosotros, sabía que con la pequeña ayuda que los leales obtenían de Rusia no podían hacer frente a los nacionalistas que estaban recibiendo una ayuda masiva de Hitler y Mussolini, Negrín calculaba que el tiempo salvaría a España. Casi fue así. La guerra europea, que se veía venir, comenzó el 3 de septiembre. De haber existido para entonces una República Española, la Península hubiera estado del lado de las democracias en la Segunda Guerra Mundial, en vez de adoptar una posición de ayuda benévola para el Eje.

Pasará bastante tiempo hasta que la figura de Juan Negrín sea situada en la historia en su verdadera luz. Suscitó grandes pasiones durante su vida y se creó enemigos enconados, como también amigos devotos. El régimen franquista falsamente le puso la etiqueta de «rojo». Nunca, ni de lejos, lo fue.

Como primer ministro y en circunstancias desesperadas, el doctor Negrín aceptó la ayuda de Rusia, el único país que ayudaba a la República Española y le daba sostén en la Sociedad de Naciones; su gobierno nunca fue dominado por los comunistas. Fue un Frente Popular dominado por Juan Negrín.

Para muchos, dentro y fuera de España, el doctor Negrín representaba lo que era más noble en la República Española y entre los españoles que tan heroicamente lucharon contra el fascismo.

Negrín nunca tuvo nada que temer del juicio de la historia.

Era un denso y digno epitafio para la tumba anónima de quien solo había sido, básicamente, un gran científico español devenido en político por sus propias convicciones ideológicas y por la fuerza de la coyuntura histórica de su atribulado país. El mismo Prieto, su viejo amigo y mentor político, convertido desde 1938 en enconado antagonista, al conocer su fallecimento se sintió obligado a rendirle el homenaje debido porque «Negrín quiso mantener la amistad trabada» y «fui yo quien le retiré ese título, acaso con excesiva intransigencia». Por eso mismo terminó su exculpatoria necrológica con una expresión desiderativa muy reveladora: «lamentando no haber dado a Negrín el abrazo que tan insistentemente me pidió»[70]. También honró su memoria otro digno compañero de amargura en el exilio, el escritor Max Aub, que le dedicó su personal y sentido homenaje póstumo y público:

No era político, de ahí sus timbres de gloria y sus desdichas. Si no hubiese sido por la guerra civil, no hubiera salido de sus casillas, de sus anchas. La reacción española le llevó a su cumbre de la que no le bajará nadie, así se le ataque —bajamente— por donde pudo pecar.

Juan Negrín —¡qué bien suena el nombre!— quedará indeleblemente unido a la resistencia del pueblo español liberal contra el oscurantismo, con la misma gloria que el *Empecinado* o Espoz y Mina o Torrijos o Riego. […]

¿Quién niega sus fallas? Mas mañana, ¿qué contarán? No huyó, se enfrentó, mientras pudo, con su voluntad de hombre, empujado en vilo, por la decisión de lo mejor que hervía en la entraña de los españoles. No le llevó adelante la pasión de mando, la ambición de poder. Cuando no hubo que enfrentarse directamente con el enemigo, no supo qué hacer. Como tantos guerrilleros ilustres del siglo pasado español.

No fue político, era más y menos. Dio la medida que se necesitaba en el momento preciso, cuando lo que se requería era hombría y decisión. Ajeno a los juegos naturales de la conquista del poder, cuando no tuvo que dar cara, fue perdido. Ha muerto solo, con su gloria pasada a cuestas. Tal vez por eso quiso que se le sepultara sin nadie. No importa, queda entre los mejores[71].

Otro homenaje póstumo, pero ya no público, fue pronunciado por un personaje que le había conocido y tratado muy estrechamente durante los años de la guerra: el general Vicente Rojo. El 25 de noviembre de 1956, desde Cochabamba (donde se había instalado en el exilio), Rojo dirigía una carta personal al hijo mayor de Negrín en la que rendía tributo a la figura histórica y humana de su padre con las siguientes palabras no destinadas al consumo general y propagandístico:

No quisiera que hallase Vd. en estas líneas el cumplimiento de un deber social más o menos formulario; la amistad y confianza con que su padre me honró merecen más y quiero por ello sumarme con mi duelo al de Vds. como uno más de los amigos sinceros y leales que compartieron con él las duras vicisitudes de una lucha, tan digna y ejemplarmente dirigida por un español, patriota y consciente de su responsabilidad como era su padre. Creo haberle conocido íntimamente en días difíciles y amargos, cuando es obligado que quede al descubierto el hombre capaz de afrontar un deber hasta el fin o el mamarracho que alcanzó un puesto que no merecía. Por esto y porque conozco —tal vez como pocos— la nobleza de la pasión que supo poner en la defensa de una causa justa y el desprecio que le merecían la conducta de cuantos entorpecían su labor o trataban de imponérsele, supe mantenerme a su lado, no solo con el respeto que debía a su superior jerarquía, sino también con la admiración que él sabía ganar por sus excepcionales dotes.

No trato de halagarle al decirle esto; simplemente quiero que lo sepa y si por desdicha algún día algún mentecato o irresponsable recurriese a esa crítica que suele campar por los libelos o salir de la pluma de gentes envidiosas o dominadas por el odio o las bajas pasiones, no dude que me tendrá a su lado para hacer brillar la verdad. Yo vivo al margen de toda disputa política y de las actividades partidarias, pero no apartado de lo que estimo es para mí un deber hasta que me llegue la última hora[72].

En efecto, como indican sobradamente los textos necrológicos de Max Aub o del general Rojo (incluso los de Prieto), cualesquiera que hubieran sido sus errores políticos o sus fallas humanas, no parece haber duda razonable de que Juan Negrín López fue uno de los mejores españoles surgidos de aquellas generaciones de la primera mitad del siglo XX, marcadas a dúo por la esperanza y la tragedia. Y, por eso mismo, no deja de ser una injusticia histórica flagrante que su recuerdo y su memoria hayan caído en el olvido y el silencio, cuando no en la calumnia y el oprobio, durante tantos años transcurridos desde su fallecimiento. No parece que lo merezca el hombre que fue Negrín por sus propias virtudes como tal hombre. Tampoco parece que lo merezca el estadista que hubo detrás de aquel hombre por los motivos expuestos con mejor o peor fortuna en esta semblanza biográfica. O, al menos, así lo cree el autor de la misma al poner punto final a esta empresa dedicada a recordar la vocación, la circunstancia y el azar que codeterminaron la trayectoria vital del doctor Negrín.

FUENTES DOCUMENTALES ARCHIVÍSTICAS, HEMEROGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

I. FUENTES DOCUMENTALES ARCHIVÍSTICAS

Archivo del Congreso de Diputados (Madrid).

Diario de Sesiones de las Cortes de la República, 1931-1939.

Diario de Sesiones de la Diputación Permanente de las Cortes, 1931-1939.

Diario de Sesiones de las Cortes en el exilio, 1945-1947.

Archivo del duque de Alba (Madrid).

Archivo particular del XVII duque de Alba, agente oficioso y embajador del gobierno de Franco en Gran Bretaña (1937-1945).

Archivo de la Fundación Canaria Juan Negrín (Las Palmas de Gran Canaria).

Archivo particular del Doctor Negrín. Documentación remitida de París.

Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (Alcalá de Henares).

Archivo de Guerra Civil del PSOE y la UGT (1936-1939).

Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares).

Sección de Asuntos Exteriores: fondo documental procedente de la Embajada de España en el Reino Unido (1936-1945).

Archivo Histórico del Banco de España (Madrid).

Sección «Secretaría. Dossier Negrín».

Archivo Histórico Nacional (Madrid).

Sección «Fondos contemporáneos», serie «Ministerio de Gobernación. Fichero de expedientes policiales, siglo XX».

Sección «Fondos contemporáneos», serie «Tribunal Supremo. Procesos especiales (reservado)».

Sección «Fondos contemporáneos», serie «Tribunal Supremo. Recursos (1936-1939)».

Sección «Fondos contemporáneos», serie «Causa General».

Sección «Fondos contemporáneos», serie «Ministerio de Hacienda. Caja de Reparaciones (1936-1939)».

Sección «Diversos», serie «Archivo del general Vicente Rojo».

Sección «Diversos», serie «Archivo de Marcelino Pascua».

Sección «Diversos», serie «Archivo de Luis Araquistáin».

Archivo Histórico de la Universidad Complutense (Madrid).

Expediente académico de D. Juan Negrín López.

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid).

Serie «Archivo Renovado» (1931-1945).

Serie «Archivo particular de Pablo de Azcárate».

Serie «Archivo Negrín. Ministerio de Defensa Nacional, 1939».

Serie «Archivo de Barcelona. Ministerio de Estado, 1936-1939».

Archivo Central de la Presidencia del Gobierno (Madrid).

Sección «Jefatura del Estado (1936-1945)».

Archivo Particular de D. Juan Negrín López (París).

Documentación custodiada en la casa familiar.

Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes (Madrid).

Archivo de la Junta para Ampliación de Estudios.

The National Archives (Kew, Surrey, Inglaterra).

CAB 23. Records of the Cabinet Office. Cabinet Minutes and Conclusions (Archivo del Consejo de Ministros. Actas de conclusiones), 1936-1939.

CAB 24. Records of the Cabinete Office. Cabinet Office Papers and Memoranda (Archivo del Consejo de Ministros. Documentación), 1936-1939.

CAB 65. Records of the Cabinete Office. Minutes of the War Cabinet (Archivo del Consejo de Ministros. Actas del Gabinete de Guerra), 1939-1945.

CAB 66. Records of the Cabinet Office. Memoranda of the War Cabinet (Archivo del Consejo de Ministros. Documentación del Gabinete de Guerra), 1939-1945.

FO 371. Records of the Foreign Office. General Correspondence of the Foreign Office (Archivo del Foreign Office. Correspondencia general). 1936-1945.

FO 425. Records of the Foreign Office. Foreign Office Confidential Prints. Western Europe (Archivo del Foreign Office. Documentación impresa confidencial. Europa occidental). 1936-1945.

FO 800. Records of the Foreign Office. Private Collections (Archivo del Foreign Office. Colecciones particulares).

Churchill Archives Centre (Cambridge, Inglaterra).

Serie: Chartwell Trust 2 (Correspondencia política de *sir* Winston Churchill), 1936-1945.

Serie: Archives of lord Vansittart of Denham (Documentación de *sir* Robert Vansittart, secretario permanente del Foreign Office, 1938-1940).

Serie: Archives of Philip J. Noel-Baker (Documentación de P. Noel-Baker, diputado laborista por Derby, 1936-1945).

Archivos del Federal Bureau of Investigation, FBI (Washington).

Documentación sobre D. Juan Negrín solicitada por William M. Brown custodiada en el Centre for Contemporary Spanish Studies, The London School of Economics and Political Science.

II. FUENTES DOCUMENTALES IMPRESAS

Anuario Estadístico de España. 1944-1945, Madrid, Presidencia del Gobierno-Instituto Nacional de Estadística, 1946.

CARRERAS, Albert (coord.). *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*, Madrid, Fundación Banco Exterior de España, 1989.

Documentos Inéditos para la Historia del Generalísimo Franco, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1992-1994, 4 tomos.

Documents Diplomatiques Français, 1932-1939, 2 Série, París, Ministère des Affaires Étrangères-Imprimerie National, 1972-1979, tomos 7 a 14.

Parliamentary Debates. House of Commons. Official Report, 1939-1945.

Parliamentary Debates. House of Lords. Official Report, 1939-1945.

Pequeño Anuario Estadístico de España, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1936.

PÉREZ-MAURA, Ramón. *La guerra civil en sus documentos*, Barcelona, Belacqva, 2004.

SÁNCHEZ-REYES DE PALACIO, Carlos (dir.). *Macrométrica. Cifras de la España económica*, Madrid, Editorial Macrométrica-Standard Eléctrica, 1978.

III. PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Abc (Madrid), 1936-1939.

Gaceta de Madrid. Diario oficial de la República (Madrid), 1936.

Gaceta de la República. Diario oficial (Valencia, Barcelona), 1936-1939.

El Socialista (Madrid), 1929-1939.

La Vanguardia (Barcelona), 1937-1939.

IV. MEMORIAS Y TESTIMONIOS

ABAD DE SANTILLÁN, Diego. *Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española*, Madrid, Gregorio del Toro, 1975.

AGUIRRE LECUBE, José Antonio. *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República sobre los hechos que determinaron el derrumbamiento del Frente del Norte. 1937*, Bilbao, Gran Enciclopedia Vasca, 1978.

—, *De Guernica a Nueva York, pasando por Berlín*, Bilbao, Abiatu, 1992.

ALCALÁ-ZAMORA, Niceto. *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977.

ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio. *La guerra empezó en España. Lucha por la libertad*, México, Lucero, 1940.

—, *The Last Optimist*, Londres, Putnam, 1950.

—, *En la lucha. Memorias*, México, Grijalbo, 1973.

ANSÓ, Mariano. *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976.

ARAQUISTÁIN, Luis. *Sobre la guerra civil y la emigración*, Madrid, Espasa Calpe, 1983.

ATTLEE, Clement R. *As it happened*, Londres, W. Heinemann, 1954.

—, *A Prime Minister Remembers*, Londres, W. Heinemann, 1961.

AUB, Max. *Hablo como hombre*, México, J. Mortiz, 1967.

AZAÑA DÍAZ, Manuel. *Memorias políticas y de guerra, 1931-1939*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1996, 2 vols.

—, *Los españoles en guerra*, Barcelona, Crítica, 1977.

—, *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1986.

—, *Apuntes de memoria. Inéditos. Guerra Civil. Y cartas*, Valencia, Pretextos, 1990.

—, *Discursos políticos*, Barcelona, Crítica, 2004.

AZCÁRATE FLOREZ, Pablo de. *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, Ariel, 1976.

AZCÁRATE, Manuel. *Derrotas y esperanzas. La República, la guerra civil y la resistencia*, Barcelona, Tusquets, 1994.

BOTELLA PASTOR, Virgilio. *Entre memorias. Las finanzas del Gobierno Republicano español en el exilio* (edición e introducción de A. Alted), Sevilla, Editorial Renacimiento, 2002.

BOUTHELIER, Antonio y LÓPEZ MORA, José. *Ocho días. La revuelta comunista. Madrid, 5-13 Marzo 1939*, Madrid, Editora Nacional, 1940.

BOWERS, Claude G. *My mission to Spain*, Nueva York, Simon and Schuster, 1954. Traducción española: *Misión en España*, México, Grijalbo, 1955.

BROGGI, Moisés. *Memorias de un cirujano (1908-1945)*, Barcelona, Península, 2001.

CARRILLO SOLARES, Santiago. *Juez y parte*, Barcelona, Plaza y Janés, 1998.

CASADO, Segismundo. *The Last Days of Madrid*, Londres, Peter Davis, 1939.

—, *Así cayó Madrid*, Madrid, Guadiana, 1968.

CASARES, Francisco. *Azaña y ellos. Cincuenta semblanzas rojas*, Granada, Editorial y Librería Prieto, 1939, 2.ª edición.

CORDÓN, Antonio. *Trayectoria. Memorias de un militar republicano*, Barcelona, Crítica, 1977.

CHURCHILL, *sir* Winston S. *Step by Step, 1936-1939*, Londres, Butterworth, 1939.

—, *Never Give In! The Best of Winston Churchill's Speeches*, Londres, Pimlico, 2004.

DOMÍNGUEZ ARAGONÉS, Edmundo. *Los vencedores de Negrín*, México, s. e. (Imprenta de Juan Pablos), 1976.

EDEN, Anthony. *The Eden Memoirs. Facing the Dictators*, Londres, Casell, 1962.

FISCHER, Louis. *Men and Politics. Europe Between the Two World Wars*, Nueva York, Harper & Row, 1966.

FRANCO BAHAMONDE, Francisco. *Palabras del Caudillo, 19 abril 1937-31 diciembre 1938*, Barcelona, Ediciones Fe, 1939.

—, *Discursos y escritos del Caudillo*, Madrid, sin editor, 1939.
—, *Habla el Caudillo*, Barcelona, Editora Nacional, 1939.
FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco. *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976.
—, *Mi vida junto a Franco*, Barcelona, Planeta, 1977.
GARCÍA PRADAS, José. ¡*Teníamos que perder*!, Madrid, G. del Toro Editor, 1974.
GAZUR, Edward. *Alexander Orlov: The FBI's KGB General*, Nueva York, Carroll & Graf Publishers, 2001.
GIL ROBLES, José María. *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968.
—, *La monarquía por la que yo luché, 1941-1951*, Madrid, Taurus, 1976.
GONZÁLEZ, «EL CAMPESINO», Valentín. *Comunista en España y antistalinista en la URSS*, Gijón, Júcar, 1980.
GORDÓN ORDÁS, Félix. *Mi política en España*, México, Imp. Fígaro, 1965-1967, 2 vols.
—, *Mi política fuera de España*, México, Félix Ed., 1965, vol. 1.
HERNÁNDEZ, Jesús. *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974.
HOARE, *sir* Samuel. *Ambassador on Special Mission*, Londres, Collins, 1946. Edición española: *Embajador ante Franco en misión especial*, Madrid, Sedmay, 1977.
ICKES, Harold. L. *The Secret Diary of Harold L. Ickes*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1955, vol. 2.
IRUJO, Manuel de. *Memorias. Un vasco en el Ministerio de Justicia*, Buenos Aires, Editorial Vasca Ekin, 1978-1979, 3 vols.
KRIVITSKY, Walter. G. *In Stalin's Secret Service*, Nueva York, Harper, 1939. Hay edición española: *Yo, jefe del servicio secreto militar soviético*, Guadalajara, Sucesor de Hipólito de Pablo, 1945.
LAMONEDA, Ramón. *Posiciones políticas, documentos, correspondencia*, México, Roca, 1976.
LARGO CABALLERO, Francisco. *Escritos de la República. Notas históricas sobre la guerra en España*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1985.
—, *Mis recuerdos*, México, Alianza, 1954. 2.ª ed., México, Ediciones Reunidas, 1976.

MERA, Cipriano. *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976.

MAISKY, Ivan. *Spanish Notebooks*, Londres, Hutchinson, 1966.

—, *Memoirs of a Soviet Ambassador. The War, 1939-1943*, Londres, Hutchinson, 1967.

MARTÍNEZ BARRIO, Diego. *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983.

MARTÍNEZ SAURA, Santos. *Memorias del secretario de Azaña*, Barcelona, Planeta, 1999.

MÉNDEZ, Rafael. *Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Negrín y Prieto, culpables de alta traición. Informe sobre las Comisiones de Compras, la Subsecretaría de Armamento y el despilfarro escandaloso de las finanzas de la República, Buenos Aires, Ediciones del Servicio de Propaganda España, 1939.

OCHOA, Severo. *Escritos*, Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias, 1989.

ORLOV, Alexander. *The March of Time*. Reminiscences, Londres, St. Ermin's Press, 2004.

PEIRATS, José. *La CNT en la revolución española*, París, Ruedo Ibérico, 1971, 3 vols.

PI I SUÑER, Carles. *La República y la guerra. Memorias de un político catalán*, México, Oasis, 1975.

—, *Catalunya i la guerra civil espanyola*, Barcelona, Fundació Carles Pi i Suñer, 1993.

PRAT, José. *Memorias*, Albacete, Diputación Provincial, 1994.

PRIETO TUERO, Indalecio. *Convulsiones de España*, México, Oasis, 1967-1969, 3 vols.

—, *Discursos fundamentales* (selección y prólogo de E. Malefakis), Madrid, Turner, 1975.

—, *Epistolario Negrín-Prieto. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, Barcelona, Planeta, 1990.

—, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España*, Barcelona, Planeta, 1989.

RODRÍGUEZ, Luis I. *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a dicembre de 1940*, México, Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000.

SALAZAR CHAPELA, Esteban. *En aquella Valencia*, Sevilla, Renacimiento, 2001. Edición e introducción de Francisca Montiel Rayo.

SERRANO SUÑER, Ramón. *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977.

STEPÁNOV (alias del búlgaro Stoyán Mínev). *Las causas de la derrota de la República Española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepánov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939)*, Madrid, Miraguano, 2003. Edición y traducción de A. L. Encinas Moral.

TAGÜEÑA, Manuel. *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 1978.

TOGLIATTI, Palmiro. *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980.

VIDARTE, Juan Simeón. *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español*, México, Grijalbo, 1978, 2 vols.

ZUGAZAGOITIA, Julián. *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Crítica, 1977. Segunda edición: Barcelona, Tusquets, 2001.

V. BIBLIOGRAFÍA: LIBROS

ALBA, Víctor. *Los sepultureros de la República: Azaña, Prieto y Negrín*, Barcelona, Planeta, 1977.

—, y ARDEVOL, Marisa (eds.), *El proceso del POUM: transcripción del sumario, juicio oral y sentencia del Tribunal Especial*, Barcelona, Lerna, 1989.

ALONSO DE ANTONIO, Ángel Luis. *La Diputación Permanente de las Cortes en la historia constitucional española*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1991.

ALPERT, Michael. *Aguas peligrosas. Nueva historia internacional de la guerra civil española*, Madrid, Akal, 1997.
—, *El Ejército republicano en la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1989.
—, *La guerra civil española en el mar*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
ALTED, Alicia. *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*, Madrid, Aguilar, 2005.
—, *El archivo de la II República Española en el exilio, 1945-1977*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1993.
—, EGIDO, Ángeles y MANCEBO, María Fernanda (eds.). *Manuel Azaña: Pensamiento y acción*, Madrid, Alianza, 1996.
ÁLVAREZ, Santiago. *Negrín*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1994, 2 vols.
ÁLVAREZ SIERRA, doctor J. y GUTIÉRREZ-RAVE, J. *doctor Juan Negrín*, Madrid, Celebridades, 1966.
ANDREW, Christopher y GORDIEVSKY, Oleg. *KGB. The Inside Story of its Foreign Operations from Lenin to Gorbachov*, Londres, Hodder & Stoughton, 1990.
ANGOSTO VÉLEZ, Pedro Luis. *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá, una biografía política*, Madrid, Biblioteca Nueva-Universidad de Alicante, 2001.
ARASA, Daniel. *Exiliados y enfrentados. Los españoles en Inglaterra de 1936 a 1945*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1995.
ARÓSTEGUI, Julio y MARTÍNEZ, Jesús A. *La Junta de Defensa de Madrid. Noviembre 1936-Abril 1937*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984.
AVILÉS FARRE, Juan. *La izquierda burguesa en la Segunda República*, Madrid, Espasa Calpe, 1985.
—, *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, Eudema, 1994.
—, *Las grandes potencias ante la guerra de España*, Madrid, Arco-Libros, 1998.
—, *Pasionaria. La mujer y el mito*, Barcelona, Plaza y Janés, 2005.
BAHAMONDE, Ángel y CERVERA, Javier. *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999.

BARONA VILAR, José Luis. *La fisiología: origen histórico de una ciencia experimental*, Madrid, Akal, 1991.

—, *Achúcarro, Marañón, Negrín. Medicina y compromiso*, Madrid, Nivela, 2001.

BEEVOR, Antony. *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005.

BERDAH, Jean-François. *La democracia asesinada. La República española y las grandes potencias, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2002.

BENET, Josep. *Lluis Companys, Presidente de Cataluña, fusilado*, Barcelona, Península, 2005.

BERSTEIN, Serge. *Los regímenes políticos del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1996.

BLANCO ESCOLÁ, Carlos. *Vicente Rojo. El general que humilló a Franco*, Barcelona, Planeta, 2003.

—, *Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*, Barcelona, Labor, 1993.

BOLLOTEN, Burnett. *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1989.

BONAMUSA, Francesc. *Andreu Nin y el movimiento comunista en España, 1930-1937*, Barcelona, Anagrama, 1977.

BORRÁS, José. *Política de los exiliados españoles, 1944-1950*, París, Ruedo Ibérico, 1976.

BOYD, Carolyn P. *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza, 1990.

BUCHANAM, Tom. *The Spanish Civil War and the British Labour Movement*, Oxford, University Press, 1991.

—, *Britain and the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

CABRERA CALVO-SOTELO, Mercedes y MORENO LUZÓN, Javier (eds.), *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Educación-Fundación BBVA, 2002.

CARDONA, Gabriel. *Historia militar de una guerra civil. Estrategia y táctica de la guerra de España*, Barcelona, Flor del Viento, 2006.

CARR, Edward Hallett. *The Comintern and the Spanish Civil War*, Londres, Macmillan, 1984.

CARR, Raymond. *España, 1808-1975*, Barcelona, Ariel, 1982.

CASANOVA, Julián. *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España*, Barcelona, Crítica, 1997.

—, (coord.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002.

CASAS SÁNCHEZ, José Luis y DURÁN ALCALÁ, F. (eds.). *III Congreso sobre el republicanismo. Los exilios en España (siglos XIX y XX)*, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora, 2005.

CATALA, Michel. *Les relations franco-espagnoles pendant la deuxième guerre mondiale. Rapprochement nécessaire, réconciliation impossible, 1939-1944*, París, L'Harmattan, 1997.

CERVERA, Javier. *Madrid en guerra. La ciudad clandestina*, Madrid, Alianza, 1998.

COMÍN COLOMER, Eduardo. *Historia secreta de la Segunda República*, Madrid, Editorial «Nos», 1955.

CORTADA, James W. (ed.). *Historical Dictionary of the Spanish Civil War, 1936-1939*, Wesport, Greenwood Press, 1982.

COVERDALE, John F. *La intervención fascista en la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1979.

CHÍAS NAVARRO, Pilar. *La ciudad universitaria de Madrid. Génesis y realización*, Madrid, Universidad Complutense, 1986.

DÍEZ TORRE, Alejandro R. *Orígenes del cambio regional y turno del pueblo. Aragón, 1936-1938*, Madrid, UNED-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

DREYFUS-ARMAND, Geneviève. *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco*, Barcelona, Crítica, 2000.

DUNTHORN, David J. *Britain and the Spanish Anti-Franco Opposition, 1940-1945*, Londres, Macmillan, 2000.

DUROSELLE, Jean-Baptiste. *La politique étrangère de la France. La décadence, 1932-1939*, Paris, Imprimerie Nationale, 1979.

EDWARDS, Jill. *The British Government and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Londres, Macmillan, 1979.
—, *Anglo-American Relations and the Franco Question, 1945-1955*, Oxford, Clarendon Press, 1999.
ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta. *Queridos camaradas. La Internacional Comunista en España*, Barcelona, Planeta, 1999.
FALCOFF, Mark y PIKE, Frederick (eds.). *The Spanish Civil War. American Hemispheric Perspectives*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1982.
FELIPE REDONDO, Jesús de. *José Franchy y Roca (1871-1944)*, Santa Cruz de Tenerife, Parlamento de Canarias-Fundación Canaria Víctor Zurita Soler, 2005.
FRASER, Ronald. *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2001.
FUENTES, Juan Francisco. *Luis Araquistáin y el socialismo español en el exilio (1939-1959)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
—, *Largo Caballero: el Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005.
GAZUR, Edward. *Alexander Orlov: The FBI's KGB General*, Nueva York, Carroll & Graf Publishers, 2002.
GIBAJA, José Carlos. *Indalecio Prieto y el socialismo español*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1995.
GIL PECHARROMÁN, Julio. *La Segunda República Española, 1931-1936*, Madrid, UNED, 1995.
GILLESPIE, Richard. *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza, 1991.
GIRAL, Francisco y SANTIDRIÁN, Pedro. *La República en el exilio*, Madrid, Ediciones 99, 1977.
GÓMEZ NAVARRO, José Luis. *El régimen de Primo de Rivera. Reyes, dictadores y dictaduras*, Madrid, Cátedra, 1991.
GÓMEZ-SANTOS, Marino. *Severo Ochoa. La emoción de descubrir*, Madrid, Pirámides, 1993.
—, *Francisco Grande Covián*, Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias, 1991.
—, *Gregorio Marañón*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

GRAHAM, Helen. *The Spanish Republic at War (1936-1939)*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
—, *El PSOE en la guerra civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939)*, Barcelona, Debate, 2005.
—, *The Spanish Civil War. A very short introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2005.
GRANJA SAINZ, José Luis de la. *República y guerra civil en Euzkadi. Del Pacto de San Sebastián al de Santoña*, Oñati, Instituto Vasco de Administración Pública, 1990.
—, *El Estatuto Vasco de 1936*, Oñati, Instituto Vasco de Administración Pública, 1988.
—, y BERAMENDI, Justo y ANGUERA, Pere. *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, Síntesis, 2001.
GUIMERÁ PERAZA, Marcos. *El Pleito Insular (1808-1936)*, Madrid, Instituto de Estudios de la Administración Local, 1987.
GUTIÉRREZ RUEDA, Carmen y Laura. *El hambre en el Madrid de la guerra civil*, Madrid, La Librería, 2003.
HASLAM, Jonathan. *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe, 1933-1940*, Londres, Macmillan, 1984.
HEIBERG, Morten. *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2003.
—, y ROS AGUDO, Manuel. *La trama oculta de la guerra civil. Los servicios secretos de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.
HEINE, Hartmut. *La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952*, Barcelona, Crítica, 1983.
HEYWOOD, Paul. *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936*, Santander, Universidad de Cantabria, 1990.
HOWSON, Gerald. *Aircraft of the Spanish Civil War*, Londres, Putnam, 1990.
—, *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2000.
IBÁRRURI, Dolores (dir.). *Guerra y revolución en España*, Moscú, Progreso, 1967-74, 4 vols.

JACKSON, Gabriel. *La República española y la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 1977.
—, *Entre la reforma y la revolución, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1980.
—, y ALBA, Víctor. *Juan Negrín. Cara y cruz*, Barcelona, Ediciones B, 2004.
JULIÁ DÍAZ, Santos. *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1996.
—, *Historia del socialismo español, 1931-1939*, Barcelona, Conjunto Editorial, 1989.
—, *La izquierda del PSOE (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
—, (coord.). *Socialismo y guerra civil*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1987.
—, (dir.). *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000.
—, (coord.). *República y Guerra Civil en España, 1931-1939*, Madrid, Espasa Calpe, 2006.
KOLKO, Gabriel. *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Barcelona, Paidós, 2005.
KOWALSKY, Daniel. *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Barcelona, Crítica, 2004.
LORENZO, César M. *Los anarquistas españoles y el poder*, París, Ruedo Ibérico, 1972.
LUIS BOTÍN, Margarita de. *Españoles en el Reino Unido. Breve reseña, 1810-1988*, Madrid, Instituto Español de Emigración-Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989.
LLARCH, Joan. *Negrín. ¡Resistir es vencer!*, Barcelona, Planeta, 1985.
LLORENS, Vicente. *El exilio español de 1939. I. La emigración republicana de 1939*, Madrid, Taurus, 1976.
MALEFAKIS, Edward. *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1980.
—, (dir.). *La guerra de España*, Madrid, El País, 1986.
MARTIN ACEÑA, Pablo. *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, Madrid, Taurus, 2001.

MARTÍNEZ BANDE, José Manuel. *El final de la guerra civil*, Madrid, San Martín, 1973.

MARTÍNEZ PARRILLA, Jaime. *Las fuerzas armadas francesas ante la guerra civil española*, Madrid, Ediciones Ejército, 1987.

MARTÍNEZ REVERTE, Jorge. *La Batalla del Ebro*, Barcelona, Crítica, 2003.

—, *La batalla de Madrid*, Barcelona, Crítica, 2004.

—, *La caída de Cataluña*, Barcelona, Crítica, 2005.

MATESANZ, José Antonio. *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española*, México, El Colegio de México-COLMEX, 1999.

—, *México y la República española. Antología de documentos*, México, Centro Republicano Español de México, 1978.

MATEOS, Abdón. *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

MEDINA JIMÉNEZ, José. *La familia Negrín en Gran Canaria. La parcelación de Las Palmas de Gran Canaria, 1845-1945*, Las Palmas, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Gran Canaria, 2003.

MILLARES CANTERO (y otros), Agustín. *Canarias, siglo XX*, Las Palmas, Editora Regional Canaria, 1983.

MILLARES CANTERO, Sergio (editor y comisario), *Juan Negrín, el estadista. La tranquila energía de un hombre de Estado*, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario - Fundación Juan Negrín, 2005.

MIRALLES PALENCIA, Ricardo. *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003.

—, *Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945*, Madrid, Síntesis, 1996.

MORADIELLOS, Enrique. *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

—, *La Conferencia de Potsdam de 1945 y el problema español*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, 1998.

—, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001.

—, *1936. Los mitos de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2004.

—, *Juan Negrín López*, Santa Cruz de Tenerife, Parlamento de Canarias Fundación Canaria Víctor Zurita Soler, 2005.

—, *Franco frente a Churchill. España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)*, Barcelona, Península, 2005.

MORENO GÓMEZ, Francisco. *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, Barcelona, Crítica, 2001.

MORENO LUZÓN, Javier (ed.). *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

—, (ed.), *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Madrid, Taurus, 2005.

MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto. *Fuerzas y cuerpos de seguridad en España, 1900-1945*, Madrid, Almena, 2000. Número 2 de la revista *Serga. Historia militar del siglo XX*.

MURRAY, Williamson y MILLET, Allan R. *La guerra que había que ganar. Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2002.

OLAYA MORALES, Francisco. *El oro de Negrín*, Madrid, Nossa y J. Editores, 1998 (2.ª ed.).

—, *El expolio de la República. De Negrín al Partido Socialista, con escala en Moscú*, Barcelona, Belacqva, 2004.

OLIVEIRA, César. *Salazar e a guerra civil de Espanha*, Lisboa, O Jornal, 1988.

OVERY, Richard Overy. *Why the Allies Won*, Londres, Norton, 1997.

PABLO, Santiago de; MEES, Ludger y RODRÍGUEZ RANZ, J. A. *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, 1936-1979*, Barcelona, Crítica, 2001.

PAGÉS, Pelai. *Andreu Nin. Su evolución política, 1911-1937*, Bilbao, Zero, 1975.

PALAFOX, Jordi. *Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española, 1892-1936*, Barcelona, Crítica, 1991.

PARKER, R. A. C. *Chamberlain and Appeasement. British Policy and the Coming of the Second World War*, Londres, Macmillan, 1993.

PAYNE, Stanley G. *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968. *Falange. Historia del fascismo español*,

París, Ruedo Ibérico, 1965.
—, *El régimen de Franco, 1936-1975*, Madrid, Alianza, 1987.
—, *La primera democracia española. La Segunda República*, Barcelona, Paidós, 1995.
—, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003.
PÉREZ GARCÍA, José Miguel. *Canarias: de los Cabildos a la división provincial. La organización político-administrativa de Canarias en el primer tercio del siglo XX*, Las Palmas, Centro de Investigación Económica y Social de Canarias, 1997.
PIKE, David Wingeate. *Vae Victis! Los republicanos españoles refugiados en Francia*, París, Ruedo Ibérico, 1969.
PORTERO, Florentino. *Franco aislado. La cuestión española (1945-1950)*, Madrid, Aguilar, 1989.
PRESTON, Paul. *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*, Madrid, Turner, 1978.
—, *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, 1994.
—, *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 1997.
—, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza y Janés, 1998.
—, *La guerra civil española*, Barcelona, Debate, 2006.
—, (ed.). *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Barcelona, Península, 1999. Segunda ed., 2001.
—, y BALFOUR, Sebastian (eds.). *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002.
RADOSH, Ronald, HABECK, Mary R. y SEVOSTIANOV, Grigory. *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Barcelona, Planeta, 2002.
RAGUER, Hilari. *El general Batet. Franco contra Batet*, Barcelona, Península, 1996.
—, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001.

RANZATO, Gabriele. *L'Eclissi della democrazia. La guerra civile spagnola e le sue origini, 1931-1939*, Turín, Bollati Boringhieri, 2004.
RIVAS CHERIF, Cipriano. *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, Barcelona, Grijalbo, 1980.
RODRÍGUEZ QUIROGA, Alfredo. *El Dr. J. Negrín y su escuela de Fisiología. Juan Negrín López (1892-1956). Una biografía científica*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense, 1994.
ROJAS, Carlos. *La guerra civil vista por los exiliados*, Barcelona, Planeta, 1975.
ROJO, José Andrés. *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Madrid, Tusquets, 2006.
ROMERO, Luis. *El final de la guerra*, Barcelona, Ariel, 1976.
ROS AGUDO, Manuel. *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*, Barcelona, Crítica, 2002.
ROSAS, Fernado (ed.). *Portugal e a guerra civil espanhola*, Lisboa, Colibrí, 1998.
RUBIO, Javier. *La emigración de la guerra civil*, Madrid, San Martín, 1977.
RUIZ-MANJÓN, Octavio. *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Madrid, Tebas, 1976.
SALAS LARRÁZABAL, Ramón. *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Rioduero, 1980.
—, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Editora Nacional, 1973, 4 vols.
—, y SALAS LARRAZÁBAL, Jesús. *Historia general de la guerra de España*, Madrid, Rialp, 1986.
SÁNCHEZ ASIAÍN, José Ángel. *Economía y finanzas en la guerra civil española*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999.
SÁNCHEZ-RECIO, Glicerio. *Justicia y guerra en España. Los tribunales populares, 1936-1939*, Alicante, Universidad de Alicante, 1991.
SÁNCHEZ RON, José Manuel. *Cincel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 1999.
SAZ, Ismael. *Mussolini contra la II República. Hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Valencia, Institució Valenciana d'Estudis i

Investigació, 1986.
SKOUTELSKY, Rémi. *Novedad en el frente: las Brigadas Internacionales en la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 2005.
SOLÉ SABATÉ, Josep M. y VILLARROYA, Joan. *España en llamas. La guerra civil desde el aire*, Madrid, Temas de Hoy, 2003.
—, (dirs.). *Breu història de la Guerra Civil a Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 2005.
THOMAS, Hugh. *La guerra civil española*, Barcelona, Grijalbo, 3.ª ed. corregida, 1976.
TUÑÓN DE LARA, Manuel; AROSTEGUI, Julio; VIÑAS, Ángel; CARDONA, Gabriel; y BRICALL, Josep M. *La guerra civil española. 50 años después*, Barcelona, Labor, 1985.
TUÑÓN DE LARA, Manuel; MIRALLES, Ricardo y DÍAZ CHICO, Bonifacio N. *Juan Negrín López*, Las Palmas, Gobierno de Canarias, 1996.
TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.). *La crisis del Estado. Dictadura, República, Guerra*, Barcelona, Labor, 1982.
TUSELL, Javier. *Franco, España y la II Guerra Mundial. Entre el Eje y la neutralidad*, Barcelona, Temas de Hoy, 1995.
—, y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva. *Franco y Mussolini. La política española durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Planeta, 1985.
—, *El catolicismo mundial y la guerra de España*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1993.
—, y AVILÉS, Juan y PARDO, Rosa (eds.). *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva-UNED, 2000.
VALERO ESCANDELL, José Ramón. *El territorio de la derrota. Los últimos días del gobierno de la II República en el Vinalopó*, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
VALLE, José María del. *Las instituciones de la República española en el exilio*, París, Ruedo Ibérico, 1976.
VARELA ORTEGA, José. *Contra la violencia. A propósito del nacional-socialismo alemán y del vasco*, Alegia, Hiria, 2001.

VARGAS, Bruno. *Rodolfo Llopis (1895-1983). Una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999.

VERNON, Betty D. *Ellen Wilkinson*, Londres, Croom Helm, 1982.

VIÑAS MARTÍN, Ángel. *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza, 1977.

—, *Guerra, dinero y dictadura: Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Barcelona, Crítica, 1984.

—, *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil. Antecedentes y consecuencias*, Madrid, Alianza, 2001.

—, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003.

—, *El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*, Barcelona, Grijalbo.

—, VIÑUELA, Julio; EGUIDAZU, Fernando; FERNÁNDEZ PULGAR, Carlos; y FLORENSA, Senén. *Política Comercial Exterior de España (1931-1975)*, Madrid, Banco Exterior de España, 1979, vol. 1.

WATT, Donald C. *Too Serious a Business. European Armed Forces and the Approach to the Second World War*, Londres, Temple Smith, 1975.

WHEALEY, Robert. *Hitler and Spain. The Nazi Role in the Spanish Civil War*, Lexington, The University Press of Kentucky, 1989.

ZAVALA, José María. *Los gánsters de la guerra civil*, Barcelona, Plaza y Janés, 2006.

VI. BIBLIOGRAFÍA: ARTÍCULOS

ALPERT, Michael. «Don Juan Negrín en Londres, 1940-1945», en Javier Tusell (dir.), *La oposición política al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990, tomo 1, vol. 1, pp. 73-90.

—, «Juan Negrín e Inglaterra», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), n.º 24-25, 1996, pp. 19-30.

BARONA VILAR, José Luis. «Juan Negrín (1892-1956): Ciencia y compromiso político», *Fisiología. Boletín informativo de la SECF* (Santa Cruz de Tenerife), vol. 6, n.º 1, 2003, pp. 3-7.

—, «Ochoa y la Edad de Plata de la ciencia en España», *El País* (Madrid), 27 de septiembre de 2005.

BERNECKER, Walther L. «La intervención alemana en la guerra civil española», *Espacio, tiempo y forma. Historia contemporánea*, n.º 5, 1992, pp. 77-104.

—, «Alemania y la guerra civil española», en W. L. Bernecker (ed.), *España y Alemania en la Edad contemporánea*, Francfort, Vervuert, 1992, pp. 137-157.

BOLLOTEN, BURNETT. «El extraño caso del doctor Juan Negrín», *Historia 16* (Madrid), n.º 117, 1986, pp. 11-24.

BORRAS LLOP, José María. «Relaciones entre los gobiernos de París y Burgos al final de la guerra civil: la firma del convenio JordanaBérard», en VV. AA., *Estudios sobre historia de España: Homenaje a M. Tuñón de Lara*, Madrid, U. I. Ménendez Pelayo, 1981, vol. 1, pp. 297-306.

CASADO DE OTAOLA, Santos. «Ciencia y conciencia bajo los tilos. Los laboratorios de la Residencia de Estudiantes y el exilio de 1939», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 26, 1997, pp. 25-38.

COMÍN COMÍN, Francisco y LÓPEZ GARCÍA, Santiago. «Las dos Haciendas Públicas y la financiación de la Guerra Civil», *Hacienda Pública Española*, número monográfico, 2002, pp. 127-168.

GALLEGO FERNÁNDEZ, Antonio. «El fisiólogo Juan Negrín», *Actas del XXIII Congreso de la Sociedad Española de Ciencias Fisiológicas*, Santa Cruz de Tenerife, Universidad de La Laguna, 1988, pp. 13-18.

GARCÍA CAMARERO, Ernesto. «Negrín: ciencia y exilio», El Ateneo (Madrid), n.º 11, 2002, pp. 97-110.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen. «La experiencia del exilio republicano en América: historiografía, memoria y nuevas perspectivas analíticas», en J. L. Casas Sánchez y F. Durán Alcalá (eds.), *III Congreso sobre el*

republicanismo. Los exilios en España (siglos XIX y XX), Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora, 2005, pp. 533-552.

GRAHAM, Helen. «El partido socialista en el poder y el gobierno de Juan Negrín», en S. Juliá (coord.), *Socialismo y guerra civil*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1987, pp. 347-380.

—, «Movilizándose para la guerra total: La experiencia republicana», *Revista de Extremadura* (Cáceres), n.º 21, 1996, pp. 29-54.

—, «Guerra, modernidad y reforma: Juan Negrín en la jefatura del gobierno (1937-1939)», *Historia contemporánea* (Bilbao), n.º 17, 1998, pp. 423-454.

HUGHES, Matthew y GARRIDO, Enriqueta. «Planning and Command: the Spanish Republican Army and the Battle of the Ebro, 1938», *International Journal of Iberian Studies*, vol. 12, n.º 2, 1999, pp. 107-115.

JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico. «Juan Negrín: el gran estafador», *El Mundo* (Madrid), 1 de junio de 1997.

JULIÁ DÍAZ, Santos. «La doble derrota de Juan Negrín», *El País* (Madrid), 26 de febrero de 1992.

MARICHAL, Juan. «Juan Negrín, el científico como gobernante», en J. Marichal, *El intelectual y la política en España (1898-1939)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1990, pp. 83-106.

—, «Ciencia y gobierno: la significación histórica de Juan Negrín», en Manuel Ramírez (ed.), *Estudios sobre la Segunda República*, Madrid, Tecnos, 1975, pp. 185-200.

—, «Juan Negrín y la continuidad de la Segunda República», en J. Tusell (dir), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990, tomo 1, vol. 1, pp. 67-72.

MARQUINA BARRIO, Antonio. «Planes internacionales de mediación durante la guerra civil», *Revista de estudios internacionales*, vol. 5, n.º 3, 1984, pp. 569-591.

MAS, Manuel. «Vigencia del proyecto científico de Juan Negrín», *Boletín de la Sociedad Española de Ciencias Fisiológicas*, vol. 2, 1999,

pp. 1-2.

MATEOS, Abdón. «La embajada oficiosa de Indalecio Prieto en México durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, 1939-1940», *Revista de Indias* (Madrid), vol. 58, n.º 228, 2003, pp. 541-560.

MIRALLES, Ricardo. «Mayo de 1937. Negrín al poder», *La aventura de la historia*, n.º 80, 2005, pp. 33-42.

—, «La política exterior de la república española hacia Francia durante la guerra civil española», *Historia Contemporánea* (Bilbao), n.º 10, 1993, pp. 29-50.

—, «Georges Bonnet y la política española del Quai d'Orsay (1938-1939)», *Mélanges de la Casa de Velázquez* (Madrid), tomo 30, n.º 3, pp. 113-141.

MOA RODRÍGUEZ, Pío. «Negrín», *Razón Española* (Madrid), n.º 113, 2002, pp. 297-317.

—, «A vueltas con Negrín», artículo publicado el 19 de septiembre de 2003 en la revista electrónica *http://revista.libertaddigital.com*.

MORADIELLOS GARCÍA, Enrique. «Una guerra civil de tinta: la propaganda republicana y nacionalista en Gran Bretaña durante la guerra civil», *Sistema* (Madrid), n.º 164, 2001, pp. 69-97.

—, «El enigma del doctor Negrín: perfil político de un gobernante socialista», *Revista de Estudios Políticos y Constitucionales* (Madrid), n.º 109, 2000, pp. 245-263.

—, «El gobierno británico y Cataluña durante la República y la guerra civil», *El Basilisco* (Oviedo), n.º 27, 2000, pp. 21-36.

MORALES LEZCANO, Víctor. «Inversiones inglesas en Canarias durante el siglo XIX», *Moneda y crédito. Revista de economía*, n.º 118, 1971, pp. 101-122.

NEGRÍN MIJAILOV, Juan. «El fisiólogo Juan Negrín. Su medio ambiente de ayer y de hoy», *Revista de la Real Academia de Medicina de Barcelona*, vol. 6, 1991, pp. 67-72.

PÉREZ GARCÍA, José Miguel. «Sobre Juan Negrín: el científico», *La Provincia* (Las Palmas), 14 de febrero de 1999.

—, y NOREÑA SALTO, María Teresa. «Imperialismo europeo, despegue portuario y crecimiento económico en Las Palmas de Gran Canaria, 1882-1931», en J. L. García Delgado (ed.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 461-474.

PÉREZ RAMÍREZ, Yolanda. «La acción del último jefe de Gobierno republicano ante su órgano de opinión, *El Socialista*», *Historia y comunicación* (Madrid), n.º 6, 2001, pp. 31-50.

PONS, María Ángeles. «Hacienda y Finanzas durante la guerra civil», ponencia presentada al Congreso de la Asociación Española de Historiadores Económicos, Santiago de Compostela, septiembre de 2005, 46 páginas.

PUCHE ÁLVAREZ, José. «El Laboratorio de Fisiología», *Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes* (México), número especial, diciembre de 1963, pp. 63-66.

REES, Tim. «The highpoint of Comintern influence? The Communist Pary and the Spanish Civil War», en T. Rees y A. Thorpe (eds.), *International Communism and the Communist International, 1919-1943*, Manchester, Manchester University Press, 1998, pp. 143-167.

RODRÍGUEZ DÍAZ DE QUINTANA, Miguel. «Datos filiales para el Partido», *La Provincia* (Las Palmas), 23 de octubre de 1976.

—, «Más sobre el nacimiento de Juan Negrín», *La Provincia* (Las Palmas), 13 de noviembre de 1976.

RODRÍGUEZ QUIROGA, Alfredo. «Juan Negrín López (1892-1956). Su obra científica y universitaria», *Asclepio. Revista de historia de la medicina y la ciencia* (Madrid), vol. 56, n.º 1, 1994, pp. 157-176.

—, «Juan Negrín López (1892-1956): el científico como estadista», *Sistema* (Madrid), n.º 129, 1995, pp. 79-94.

—, «Juan Negrín, fisiólogo», *Arbor* (Madrid), n.º 608, 1996, pp. 73-95.

—, «De la fisiología experimental al cultivo de la bioquímica moderna: la Escuela de Fisiología de Juan Negrín», *Arbor*, n.º 634, 1998, pp. 121-140.

RUIZ GARCÍA, María Isabel. «Aproximación a la colonia española del Departamento de París tras la Segunda Guerra Mundial», en J. L. Casas Sánchez y F. Durán Alcalá (eds.), *III Congreso sobre el republicanismo*.

—, *Los exilios en España (siglos XIX y XX)*, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora, 2005, pp. 491-510.

SALAS, Margarita. «Severo Ochoa: un siglo de ciencia», *El Cultural* (Madrid), 22 de septiembre de 2005.

SARDÁ, Juan. «El Banco de España, 1931-1962», en *El Banco de España. Una historia económica*, Madrid, Banco de España, 1970, pp. 419-479.

SMYTH, Denis. «The Politics of Asylum. Juan Negrín and the British Government in 1940», en Richard Langhorne (ed.), *Diplomacy and Intelligence during the Second World War. Essays in honour of F. H. Hinsley*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 126-146.

SOTO ARTUÑEDO, Wenceslao. «Pedro Arrupe: un aliento fresco para la Iglesia», *La Opinión* (Málaga), 5 de febrero de 2001.

VEGA DÍAZ, Francisco. «Severo Ochoa. Desde el mirador de la amistad y lección para el futuro», *Boletín del Instituto de Patología Médica* (Madrid), vol. 15, n.º 4, 1960, pp. 106-121.

—, «El último día de Negrín en España», *Claves de Razón Práctica* (Madrid), n.º 22, 1992, pp. 60-63.

VILLAROYA, Joan. «La vergüenza de la República», *La aventura de la historia*, n.º 3, 1999, pp. 26-33.

ZULUETA, Carmen de. «Los dos Negrines», *Historia 16*, n.º 311, 2002, pp. 110-121.

ENRIQUE MORADIELLOS (Oviedo, 1961) es historiador, licenciado y doctor en Historia por la Universidad de Oviedo. Ha sido investigador y profesor en la Universidad de Londres (1987-1991) y en la Universidad Complutense de Madrid (1991-1992). Actualmente es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura (Facultad de Filosofía y Letras - Departamento de Historia), España. Desde donde ha venido alternado su labor docente con la investigación historiográfica, plasmada en diversos ensayos y artículos.

Entre sus libros más recientes cabe citar: *La semilla de la barbarie. Antisemitismo y Holocausto* (2009); *La historia contemporánea en sus documentos* (2011); *La guerra de España. Estudios y controversias* (2012); *Clío y las aulas. Ensayo sobre educación e historia* (2013); *Historia mínima de la Guerra Civil* (2016); y en calidad de director, *Las caras de Franco. Una revisión histórica del Caudillo y su régimen* (2016).

Notas

[1] La confesión de Negrín y el juicio de Zugazagoitia en la obra de este: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Tusquets, 2001, pp. 33 y 67. <<

[2] Francisco Franco, *Palabras del Caudillo. 19 abril 1937-31 diciembre 1938*, Barcelona, Ediciones FE, 1939, p. 136. <<

[3] Declaración recogida en Joan Llarch, *Negrín ¡Resistir es vencer!*, Barcelona, Planeta, 1985, p. 12. Cfr. «Dos homenajes a don Juan Negrín», *La Provincia* (Las Palmas), 6 de noviembre de 1976; y «Homenajes del socialismo canario a la figura de Don Juan Negrín», *Diario de Las Palmas* (Las Palmas), 6 de noviembre de 1976. El mismo Ayuntamiento rehabilitaría su memoria por acuerdo de 18 de noviembre de 1977. <<

[4] José María de Areilza, «La etapa Negrín o la Victoria sin alas», *El diario vasco*, 22 de mayo de 1937. Recogido en Julio Rodríguez-Puértolas, *Literatura fascista española. Antología*, Madrid, Akal, 1987, vol. 2, pp. 346-348. <<

[5] Francisco Casares, *Azaña y ellos. Cincuenta semblanzas rojas*, Granada, Editorial y Librería Prieto, 1939, 2.ª edición, pp. 187-189. <<

[6] Carta de Araquistáin a Diego Martínez Barrio, 4 de abril de 1939. Citada en Javier Tusell, «Estudio preliminar» a la obra de Luis Araquistáin, *Sobre la guerra civil y en la emigración*, Madrid, Espasa, 1983, p. 56. <<

[7] Extracto del documento autógrafo titulado *Negrín*, fechado en Londres el 25 de febrero de 1944. Archivo Histórico Nacional (Madrid), sección «Diversos», serie «Papeles de Luis Araquistáin», Legajo 52/N10.ª. En adelante se citará abreviadamente: AHN/Araquistáin y número de legajo. <<

[8] Así se proclama en el folleto de 63 páginas intitulado *Negrín y Prieto, culpables de alta traición. Informe sobre las Comisiones de Compras, la Subsecretaría de Armamento y el despilfarro escandaloso de las finanzas de la República*, Buenos Aires, Ediciones del Servicio de Propaganda España, junio de 1939. Se trata de una edición de extractos seleccionados del «extenso informe confeccionado por el Comité Peninsular de la FAI en septiembre de 1938» (p. 11). <<

[9] Informe reproducido en la obra de José García Pradas, periodista y director del diario libertario madrileño *CNT* durante la guerra, ¡*Teníamos que perder*!, Madrid, G. del Toro Editor, 1974, pp. 203-207. También lo reproduce Diego Abad de Santillán, dirigente de la FAI, en *Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española*, Madrid, G. del Toro, 1975, pp. 256-259. <<

[10] Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, México, s. e., 1976, p. 153 (edición original, 1940). Asumen igualmente esa semblanza negativa de Negrín de estirpe republicana y libertaria dos autores más recientes: Francisco Olaya Morales en una obra reeditada bajo diversos títulos sin apenas cambios apreciables (*El oro de Negrín*, Madrid, Nossa y J. Editores, 1998 [2.ª ed.] y *El expolio de la República. De Negrín al Partido Socialista, con escala en Moscú*, Barcelona, Belacqva, 2004); y José María Zavala (*Los gánsters de la guerra civil*, Barcelona, Plaza y Janés, 2006). <<

[11] Antonio Bouthelier y José López Mora, *Ocho días. La revuelta comunista. Madrid, 5-13 Marzo 1939*, Madrid, Editora Nacional, 1940, pp. 20 y 30. <<

[12] Eduardo Comín Colomer, *Historia secreta de la Segunda República*, Madrid, Editorial «Nos», 1955, tomo 2, pp. 377 y 380. La presentación de los cargos del autor procede del prólogo a la obra firmado por Mauricio Carlavilla, compañero de profesión de Comín Colomer, «uno de los principales "antisemitas de pluma" de nuestro país, incansable investigador y propagandista contra la conjura judía mundial» (según Gonzalo Álvarez Chillida, *El Antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Madrid, Marcial Pons, 2002, p. 320). <<

[13] Pío Moa, «Negrín», *Razón Española* (Madrid), n.º 113, 2002, pp. 297-317 (cita en pp. 306-307 y 317). <<

[14] Véase, a título de ejemplo, su artículo denunciatorio en el libro firmado por Gabriel Jackson y Víctor Alba, *Juan Negrín. Cara y cruz*, Barcelona, Ediciones B, 2004, pp. 175-260. De Alba en solitario véase *Los sepultureros de la República: Azaña, Prieto y Negrín*, Barcelona, Planeta, 1977. Un reflejo claro y reciente de esa misma línea en Federico Jiménez Losantos, «Juan Negrín: el gran estafador», *El Mundo*, 1 de junio de 1997. <<

[15] Valentín González «El Campesino», *Comunista en España y antistalinista en la URSS*, Gijón, Júcar, 1980. El autor real de estas memorias, habida cuenta de la mínima formación de «El Campesino», fue el dirigente poumista Julián Gorkín, que figura en los títulos de crédito como transcriptor de las memorias y ayudante de redacción de las mismas. <<

[16] Burnett Bolloten, *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1989, pp. 880 y 1040-1041. Del mismo autor, «El extraño caso del doctor Juan Negrín», *Historia 16* (Madrid), n.º 117, 1986, pp. 11-24. <<

[17] Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976; Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil*, Barcelona, Ariel, 1976. <<

[18] Antonio Tecedor Pérez, «Evocando mis conversaciones con don Mariano Granados», *Diario de Soria*, 18 de noviembre de 2002. Agradezco al autor la remisión de este artículo. <<

[19] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Tusquets, 2001; José Prat, *Memorias*, Albacete, Diputación de Albacete, 1994, vol. 1. <<

[20] Santiago Carrillo, *Juez y parte*, Barcelona, Plaza y Janés, 1998, p. 147; Santiago Álvarez, *Negrín, personalidad histórica*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1994, 2 vols. <<

[21] Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1981, pp. 41-50. <<

[22] Testimonio recogido en J. Llarch, *Negrín*, p. 39-41 (cita en p. 40). <<

[23] «Juan Negrín», sin fecha, custodiada en su archivo particular, depositado en el Archivo Histórico Nacional (Madrid), sección «Fondos Diversos», serie «Archivo Pascua», caja 1, legajo 12. En adelante se citará abreviadamente: AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. Y testimonia su discípulo Severo Ochoa sobre esa supuesta glotonería: «Bueno, eso se decía y puede ser cierto, aunque yo no lo haya presenciado». Marino Gómez Santos, *Severo Ochoa. La emoción de descubrir*, Madrid, Pirámides, 1993, p. 258. <<

[24] Plutarco, *Vidas paralelas. Alejandro-César, Pericles-Fabio Máximo, Alcibíades Coriolano*, Madrid, Cátedra, 1999 (edición y traducción de Emilio Crespo), p. 61. <<

[25] José Ortega y Gasset, *Obras completas*, vol. 8, Madrid, Revista de Occidente, 1970, p. 468. La obra fue publicada originalmente en 1950. <<

[1] La certificación de bautismo, firmada por el presbítero de la parroquia, D. Eladio Suárez, se custodia en el archivo particular del doctor Negrín, depositado en el Archivo de la Fundación Canaria Juan Negrín (Las Palmas de Gran Canaria), carpeta Mal-2(a). En adelante se citará abreviadamente: AFJN y carpeta. Otra certificación con los mismos datos se conserva en el archivo de Pablo de Azcárate y Flórez, diplomático y posterior colaborador político del recién nacido. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), archivo de Azcárate, caja 107, carpeta 1. En adelante: AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 1. <<

[2] La certificación del registro civil se conserva en AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 1. Hay fotografía de la anotación registral en Santiago Álvarez, *Negrín, personalidad histórica*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1994, vol. 1, lámina interpáginas 96-97. <<

[3] Así se deduce de la anotación registral. No obstante, un autorizado biógrafo de Negrín apunta que el padre había nacido en 1864 y habría de contar en 1892 con 28 años. José Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria. La parcelación de Las Palmas de Gran Canaria (1845-1945)*, Las Palmas, Fundación Canaria Juan Negrín-Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Gran Canaria, 2003, p. 41 y apéndice 1. <<

[4] J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, apéndice 1. Miguel Rodríguez Díaz de Quintana, «Datos filiales para el Partido» y «Más sobre el nacimiento de Juan Negrín», *La Provincia* (Las Palmas), 23 de octubre y 13 de noviembre de 1976. <<

[5] Solicitud de ingreso y aval parroquial en J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 221-222. La solicitud manuscrita de ingreso en el Seminario, donde el joven declara contar con 17 años, parece probar que había nacido en 1867. <<

[6] Luis G. Cabrera Armas y Álvaro Díaz de la Paz, «La economía contemporánea. I. El proceso de consolidación capitalista», en Francisco Morales Padrón (dir.), *Historia de Canarias*, Las Palmas, Diario de Las Palmas, 1991, vol. 4 (siglos XIX-XX), pp. 693-732. Antonio Macías, «Algunas consideraciones sobre la economía canaria entre 1900-1936», en Agustín Millares y otros, *Canarias, siglo XX*, Las Palmas, Editora Regional Canaria, 1983, pp. 275-304. <<

[7] Aparte de las obras ya reseñadas de Cabrera Armas, Díaz de la Paz y Macías, informa de todos estos procesos la colaboración de Alejandro González Morales, «Dinámica y estructura de la población», en la obra dirigida por Morales Padrón, *Historia de Canarias*, vol. 4, pp. 637-652. <<

[8] José Miguel Pérez García y María Teresa Noreña Salto, «Imperialismo europeo, despegue portuario y crecimiento económico en Las Palmas de Gran Canaria, 1882-1931», en J. L. García Delgado (ed.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 461-474. «Cuadro de población de hecho por capitales según los censos oficiales, 1857-1940», *Anuario Estadístico de España, 1944-1945*, Madrid, Presidencia del Gobierno, 1946, pp. 48-49. <<

[9] Cifras oficiales de las Cámaras de Comercio, Industria y Navegación de las islas. Reproducidas en A. Macías, «Algunas consideraciones sobre la economía canaria entre 1900-1936», p. 294. <<

[10] Exposición fechada el 1 de agosto de 1907. Reproducida en José Miguel Pérez García, *Canarias: de los Cabildos a la división provincial. La organización político-administrativa de Canarias en el primer tercio del siglo XX*, Las Palmas, Centro de Investigación Económica y Social de Canarias, 1997, pp. 55-56. <<

[11] J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, p. 188. <<

[12] Véase la completa descripción de todos esos bienes y negocios en J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 93-110 y 145 y ss. <<

[13] Nota manuscrita con datos familiares de Dolores y Heriberto Negrín López, sin fecha (probablemente de 1956 por el contexto documental). AFJN, carpeta 41a. Heriberto moriría en Pau, en el exilio, el 26 de abril de 1961 (1966, según otras fuentes), en tanto que Lolita fallecería en el mismo lugar el 21 de mayo de 1971. Datos recogidos en Marcos Guimerá Peraza, *El Pleito Insular (1808-1936)*, Madrid, Instituto de Estudios de la Administración Local, 1987, nota 124, p. 471. <<

[14] «El régimen de la Restauración en las islas es sinónimo de León y Castillo. Todo pasaba por las manos de aquel ministro de Ultramar y de la Gobernación que seguía siendo, por encima de la concesión del Puerto de La Luz, el adalid de cosecheros y exportadores y el benefactor del capital imperialista. […] El instrumento de la política leonista fue el Partido Liberal, una maquinaria electoral perfectamente dispuesta que brindó a la oligarquía el ejercicio del poder en las Canarias Orientales desde 1876 a 1923». Agustín Millares, «La política en Canarias durante el siglo XX», en A. Millares y otros, *Canarias, siglo XX*, pp. 7-68 (cita en p. 21). <<

[15] J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, p. 44. <<

[16] J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 46-47. Apuntes biográficos sobre la familia Negrín. AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 1. S. Álvarez, *Negrín*, vol. 1, pp. 17-18. M. Rodríguez Díez de Quintana, «Datos filiales para el partido», *La Provincia* (Las Palmas), 23 de octubre de 1976. <<

[17] «Juan Negrín», semblanza escrita por el doctor Pascua, sin fecha. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[18] Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 263. Semblanza de Negrín. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[19] J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 93-110. <<

[20] Oficio del Juzgado número 1 de Madrid al Director General de Seguridad, 26 de noviembre de 1941. Custodiado en el Archivo Histórico Nacional (Madrid), sección «Fondos Contemporáneos», serie «Ministerio de Gobernación o Interior. Expedientes Policiales», expediente 28H. En adelante: AHN/Gobernación-Policía, exp. 28H. <<

[21] Jesús de Felipe Redondo, *José Franchy y Roca (1871-1944)*, Las Palmas, Parlamento de Canarias-Fundación Canaria Víctor Zurita Soler, 2005. <<

[22] Sobre el panorama finisecular véanse los trabajos de Manuel Suárez Cortina («Regeneración y república en la España del novecientos») y Javier Zamora («El nacimiento de los intelectuales») en Mercedes Cabrera y Javier Moreno (editores), *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*, Madrid, Ministerio de EducaciónFundación BBV, 2002, pp. 197-221 y 283-322. También Manuel Tuñón de Lara, «Los hombres de 1914: "España" y Españas», en su obra *Medio siglo de cultura española, 1885-1936*, Madrid, Tecnos, 1984, cap. 8. <<

[23] Fragmentos de los discursos orteguianos en el Ateneo de Madrid (octubre de 1909) y la Sociedad El Sitio de Bilbao (marzo de 1910). José Ortega y Gasset, *Obras completas*, vol. 10, Madrid, Revista de Occidente, 1969, pp. 109-118; y *Discursos políticos*, Madrid, Alianza, 1974, p. 62. Cfr. Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. <<

[24] Declaraciones de Franchy Roca en 1903 y 1904, publicadas en *El Tribuno*, órgano de expresión del Partido Republicano Federal en Gran Canaria. J. de Felipe Redondo, *José Franchy Roca*, pp. 50 y 59. <<

[25] J. M. Pérez García, *Canarias: de los Cabildos a la división provincial*, pp. 169-173. <<

[26] Precisamente gracias a Franchy Roca y al PRF comenzó a fructificar el sindicalismo obrero en Las Palmas desde principios de siglo. En 1907 más del 85% de los obreros asociados a entidades mutuales eran dirigidos por republicanos federales. Y gran parte de los dirigentes del PSOE grancanarios en años posteriores se habían educado en las filas del PRF. J. de Felipe Redondo, *José Franchy Roca*, pp. 63-65. <<

[27] Tanto en el archivo personal de Negrín como en el de Azcárate se conserva una fotografía de esos cinco amigos (con los hermanos pequeños de Juan González de Quesada: Fernando y Lola) tomada poco antes de la partida de Negrín a Alemania por Manuel González de Avilés, padre de los hermanos González de Quesada. AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 1. <<

[28] Apuntes biográficos sobre la familia Negrín. AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 1. La información de Azcárate concuerda plenamente con la recogida por M. Guimerá Peraza, *El Pleito Insular*, nota 124, pp. 471-473. <<

[29] J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 48-49. <<

[30] Carta fechada en Kiel el 8 de marzo de 1907. AFJN, carpeta Amarilla. <<

[31] Víctor Morales Lezcano, «Inversiones inglesas en Canarias durante el siglo XIX», *Moneda y crédito. Revista de economía*, n.º 118, 1971, pp. 101-122. <<

[32] Negrín alude a su viaje de 1906, «a los 14 años», en instancia de solicitud de ayuda económica remitida a Santiago Ramón y Cajal, presidente de la Junta para Ampliación de Estudios, fechada el 22 de febrero de 1916.Archivo de la Junta para Ampliación de Estudios custodiado en el Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes (Madrid), expediente Juan Negrín López. En adelante se citará: AJAE, exp. Negrín. <<

[33] Carta de Negrín a Simón Benítez Padilla, fechada en Kiel el 8 de marzo de 1907. AFJN, carpeta Amarilla. <<

[34] Fragmentos de la carta ya citada en la nota anterior. <<

[35] *Ibidem*. <<

[36] José Luis Barona Vilar, *La fisiología: origen histórico de una ciencia experimental*, Madrid, Akal, 1991, p. 48. Las cifras de población de Leipzig en Volker R. Berghahn, *Modern Germany. Society, Economy and Politics in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 272. <<

[37] Ambas citas proceden de J. L. Barona Vilar, *Achúcarro, Marañón, Negrín. Medicina y compromiso*, Madrid, Nivola, 2001, pp. 79-81. Sobre este mismo tema véase los trabajos de Alfredo Rodríquez Quiroga, «Juan Negrín, fisiólogo», *Arbor* (Madrid), n.º 608, 1996, pp. 73-95; y «Juan Negrín López (1892-1956): el científico como estadista», *Sistema* (Madrid), n.º 129, 1995, pp. 79-94. Se trata de pequeños sumarios de su tesis doctoral todavía inédita, presentada en la Universidad Complutense de Madrid en 1994: *El Dr. Juan Negrín y su escuela de Fisiología*. <<

[38] Palabras del doctor José Álvarez Sierra en el libro escrito en colaboración con José Gutiérrez-Rave, *Dr. Juan Negrín*, Madrid, Celebridades, 1966, p. 6. El valor testimonial de este médico contemporáneo de Negrín se acrecienta debido a la fecha y lugar de edición, sobre todo por contraste con la furibunda crítica política hacia el biografiado que contiene. La referencia a los viajes por el extranjero se contiene en la instancia ya citada de Negrín a la Junta para Ampliación de Estudios, 22 de febrero de 1916. AJAE, exp. Negrín. <<

[39] El listado de asignaturas cursadas por Negrín en las universidades alemanas se recoge en A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria (1892-1956)», *Asclepio. Revista de historia de la medicina y la ciencia*, vol. 56, n.º 1, 1994, pp. 157-176 (listado en p. 159). <<

[40] Así lo explicaba el interesado en su instancia a la Junta para Ampliación de Estudios, 22 de febrero de 1916. AJAE, exp. Negrín. <<

[41] Según la crónica del doctor Álvarez Sierra, *Dr. Juan Negrín*, p. 6. <<

[42] Bonifacio N. Díaz Chico, «El legado científico de Juan Negrín», en la obra de M. Tuñón de Lara, R. Miralles y B. N. Díaz Chico, *Juan Negrín. El hombre necesario*, Las Palmas, Gobierno de Canarias, 1996, especialmente pp. 197-199. Antonio Gallego Fernández, «El fisiólogo Juan Negrín», *Actas del XXIII Congreso Nacional de la Sociedad Española de Ciencias Fisiológicas*, Santa Cruz de Tenerife, Universidad de La Laguna, 1988, pp. 13-18. <<

[43] Volumen 145, números 5-6, abril de 1912, pp. 311-328. Agradezco al profesor Ginés Salido Ruiz, catedrático de Fisiología de la Universidad de Extremadura, su generosa ayuda a la hora de localizar este trabajo y su explicación de la importancia del mismo y de otras obras científicas de Negrín. <<

[44] Instancia a la Junta para Ampliación de Estudios, 22 de febrero de 1916. AJAE, exp. Negrín. El juicio sobre su maestría como cirujano en J. Álvarez Sierra, *Dr. Juan Negrín*, p. 36. <<

[45] Un listado de la producción científica de Negrín aparece en B. N. Díaz Chico, «El legado científico de Juan Negrín», pp. 245-246. <<

[46] José Manuel Sánchez Ron, *Cincel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 1999, cap. 6. Eugenio Portela Marco, «Las instituciones» en José María López Piñero (dir.), *España. Ciencia*, Madrid, Espasa, 1991, pp. 29-31. <<

[47] Instancia de Negrín y respuesta de Castillejo, 10 de febrero y 27 de abril de 1911. AJAE, exp. Negrín. <<

[48] En el archivo personal de Negrín se conserva una fotografía de 1911 en la que aparece en Leipzig con Moles y otros colegas. Reproducida en Sergio Millares Cantero (editor y comisario), *Juan Negrín, el estadista. La tranquila energía de un hombre de Estado*, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario-Fundación Juan Negrín, 2005, p. 50. <<

[49] J. Álvarez Sierra, *Dr. Juan Negrín*, p. 8. Reiteramos el valor de este testimonio ponderativo publicado sobre el doctor Negrín en pleno franquismo y en una obra sumamente crítica de su actuación política. <<

[50] S. Berger, *The British Labour Party and the German Social Democrats, 1900-1931*, Oxford, Oxford University Press, 1994. Carl E. Schorske, *German Social Democracy*, Cambrigde, Mass., Harvard University Press, 1955. <<

[51] Discurso pronunciado en Las Palmas el 22 de junio de 1931, en la campaña electoral a Cortes Constituyentes. Reproducido en José Miguel Pérez García, «Negrín en las elecciones constituyentes de la II República», en S. Millares Cantero (ed.), *Juan Negrín, el estadista*, pp. 181-190 (p. 184 para la cita). <<

[52] Instancia firmada por Negrín, 22 de febrero de 1916. AJAE, exp. Negrín. <<

[53] Semblanza de Negrín a cargo de Marcelino Pascua. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[54] Certificación de matrimonio del registro civil de Leipzig, traducida y validada por el consulado de España en Dresde, 25 de febrero de 1935. AFJN, carpeta Mal-2(a). <<

[55] Voz «Yekaterinoslav», en *Jewish Encyclopedia*. Consultada la versión electrónica. Véase igualmente el artículo de Chaim Freedman y Petah Tikvah, «Yekaterinoslav Guberniya», *Belarus Newsletter. An online magazine for people with Jewish roots in Belarus*, n.º 2, 1999. <<

[56] Información transmitida por doña Carmen Negrín, nieta del matrimonio Negrín Mijailov, en entrevista celebrada en París el 14 de abril de 2006. <<

[57] El registro de sus apellidos varía erróneamente en distintos documentos: «Fiderman Brodsky» según la ficha policial de Negrín (AHN/Gobernación, Policía, exp. H-18 600), «Fidelman Brodsky» según José Medina (*La familia Negrín en Gran Canaria*, p. 51), «Friedelman» según Miguel Rodríguez Díaz de Quintana (*La Provincia*, 23 de octubre de 1976). «Fredelman» según la semblanza de Pablo de Azcárate (AMAE, Azcárate, caja 107, carpeta 1).Apenas cabe encontrar detalles relevantes en Julia Navarro, «El misterio de María Mijailovich», *Señora presidenta*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999, pp. 97-103. <<

[58] Los detalles precedentes proceden del certificado del registro civil ya citado, de una instancia de Negrín al Juzgado, 27 de marzo de 1935, y del certificado de la parroquia de San Bernardo de Las Palmas, 9 de enero de 1935. AFJN, carpeta Mal-2(a). <<

[59] Gabriel Kolko, *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 95. <<

[60] Según J. Álvarez Sierra en *Dr. Juan Negrín*, p. 8. <<

[61] Instancia dirigida al presidente de la Junta para Ampliación de Estudios, 22 de febrero de 1916. AJAE, exp. Negrín. <<

[62] El nacimiento de María Negrín Mijailov fue recogido por el diario *La Provincia* el 10 de diciembre de 1915. Agradezco al profesor Sergio Millares Cantero la transmisión de esa noticia así como la fecha de registro civil del nacimiento. La fecha de nacimiento de Juan Negrín Mijailov se recoge en la documentación de la demanda de separación presentada por Negrín el 27 de marzo de 1935 ante los tribunales de Madrid. AFJN, carpeta Mal 2(a). <<

[63] Agradezco a D. José Medina Jiménez la comunicación de esta noticia periodística. <<

[1] AJAE, exp. Negrín. <<

[2] Carta remitida por José Castillejo, secretario de la JAE, a instancias de su presidente, Ramón y Cajal, fechada el 15 de junio de 1916. AJAE, exp. Negrín. <<

[3] Tal es el domicilio particular que se consigna en su expediente personal en la JAE con fecha de 18 de octubre de 1916. AJAE, exp. Negrín. Sin embargo, el 22 de septiembre de 1919 ya declaraba vivir en la calle Lagasca, según consta en su expediente académico universitario. Archivo Histórico de la Universidad Complutense de Madrid (sito en la Facultad de Medicina, Ciudad Universitaria). <<

[4] Alberto Jiménez Freud, *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la universidad española moderna*, México, El Colegio de México, 1948, pp. 277-278. J. Manuel Sánchez Ron, *Cincel, martillo y piedra*, pp. 289-292 . Eugenio Portela Marco, «Las instituciones» en J. M. López Piñero (dir.), *España. Ciencia*, pp. 29-31. Artículo anónimo: «Los laboratorios de la Residencia», *Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes*, vol. 5, n.º 1, 1934, pp. 26-30. <<

[5] J. Manuel Sánchez Ron, *Cincel, martillo y piedra*, pp. 290. Santos Casado de Otaola, «Ciencia y conciencia bajo los tilos. Los laboratorios de la Residencia de Estudiantes y el exilio de 1939», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 26, 1997, pp. 25-38. <<

[6] Hay foto de la magnífica biblioteca cedida por Negrín al laboratorio de Fisiología en «Los laboratorios de la Residencia», *Residencia*, vol. 5, n.º 1, 1934, p. 27. <<

[7] Todavía en fecha de 11 de marzo de 1925 Negrín recibía una transferencia de 3500 pesetas remitida por su tío Domingo a su cuenta del Banco Hispano Americano en Madrid. AFJN carpeta 000. Pascua recuerda los apuros económicos de Negrín entonces: «todos los salarios que la Junta procuraba eran muy pequeños, pero ocurría que la mayoría de los participantes en su ámbito tenía otros ingresos fuera de ella como profesores universitarios o de otra clase, en clínicas privadas o empresas particulares, etc. y aquellos emolumentos eran solo complementarios a su salario principal». Semblanza de Negrín. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[8] Carta de Jesús M. Bellido a José Castillejo, 27 de noviembre de 1917. AJAE, exp. Negrín. <<

[9] A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín, fisiólogo», pp. 80-86. Del mismo autor resulta inexcusable su artículo «De la Fisiología Experimental al cultivo de la Bioquímica moderna: La Escuela de Fisiología de Juan Negrín», *Arbor* (Madrid), n.º 634, 1998, pp. 121-140 (véase la nota 25 en p. 135 para la situación preferencial del laboratorio de Negrín). <<

[10] A título de ejemplo, en abril de 1921 Negrín solicitaba el permiso y la pensión de la JAE para hacer un viaje de estudios entre mayo y agosto a Bélgica, Holanda, Inglaterra y Alemania, con el fin de «aprender» y «estudiar las técnicas utilizadas» en distintos laboratorios fisiológicos de vanguardia. Carta de 5 de abril de 1921. AJAE, expediente Negrín. <<

[11] A. Gallego Fernández, «El fisiólogo Juan Negrín», p. 15. <<

[12] A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria», p. 164. Capítulo de B. N. Díaz Chico dentro del libro de M. Tuñón de Lara y otros, *Juan Negrín, el hombre necesario*, p. 219. <<

[13] Citado en A. Rodríguez Quiroga, «De la Fisiología Experimental al cultivo de la Bioquímica moderna», pp. 130-131. <<

[14] El aparato lo reproduce y explica B. N. Díaz Chico, *op. cit*., p. 213. <<

[15] Reproducida en J. L. Barona, «Juan Negrín (1892-1956): Ciencia y compromiso político», *Fisiología. Boletín informativo de la Sociedad Española de Ciencias Fisiológicas* (Santa Cruz de Tenerife), vol. 6, n.º 1, 2003, pp. 3-7 (cita en p. 5). <<

[16] Necrológica, «José Domingo Hernández Guerra (1897-1932)», *Residencia* (Madrid), vol. 3, n.º 5, 1932, p. 149. Díaz Chico registra el listado de publicaciones de Negrín, en solitario o colaboración, en su capítulo en M. Tuñón de Lara y otros, *Juan Negrín, el hombre necesario*, pp. 245-246. <<

[17] Carta de Negrín a Castillejo, mayo de 1920, solicitando de la JAE «que pasaran a la categoría de ayudantes los actuales becarios Guerra y Sopeña y a la de becario el actual ayudante Sacristán». AJAE, exp. Negrín. <<

[18] Sobre esta fecunda «escuela», además de los artículos ya citados en notas previas, son imprescindibles el trabajo de A. Rodríguez Quiroga, «De la Fisiología Experimental al cultivo de la Bioquímica moderna: La Escuela de Fisiología de Juan Negrín», *passim*; y el retrato de J. L. Barona, *Achúcarro, Marañón, Negrín*, pp. 92-100. <<

[19] Wenceslao Soto Artuñedo, «Pedro Arrupe: un aliento fresco para la Iglesia», *La Opinión* (Málaga), 5 de febrero de 2001. J. Rodríguez Doreste, «Al hilo de un aniversario. Juan Negrín», *La Provincia* (Las Palmas), 8 de noviembre de 1976. <<

[20] José Puche, «El laboratorio de Fisiología», *Residencia* (México), número especial, diciembre de 1963, pp. 63-66 (cita en p. 64). <<

[21] Carta fechada el 15 de enero de 1931. Reproducida fotográficamente en J. L. Barona, *Achúcarro, Marañón, Negrín*, p. 93. <<

[22] Testimonio recogido en la entrevista hecha por Juan Tamargo, del Departamento de Farmacología de la Universidad Complutense, a Francisco García-Valdecasas con motivo de su jubilación profesional. Consultada en la revista electrónica de la Fundación Ciencias de la Salud: *www.fcs.es/fcs/esp/eidon/Introesp/eidon10/afondo*. La primera declaración se recoge en J. Llarch, *Negrín*, p. 39. <<

[23] Todas las citas proceden de Severo Ochoa, *Escritos*, Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias, 1989, pp. 28-30 y 58-59. El reconocimiento de paternidad intelectual en Marino Gómez-Santos, *Severo Ochoa. La emoción de descubrir*, Madrid, Pirámides, 1993, p. 259. <<

[24] J. Puche Álvarez, «El laboratorio de Fisiología», p. 64. <<

[25] J. Álvarez Sierra, *Dr. Juan Negrín*, p. 27. Quizá no sea irrelevante señalar que acabaría sufriendo ese mal cardíaco y falleciendo por su causa. <<

[26] Información transmitida por Dña. Carmen Negrín en entrevista celebrada en París el 14 de abril de 2006. <<

[27] J. Puche, «El laboratorio de Fisiología», p. 65. Fernando Vázquez Ocaña, «Negrín, hombre de alma grande», testimonio escrito con motivo del fallecimiento de Negrín, 1956. Reproducido en S. Álvarez, *Negrín*, vol. 2 (*Documentos*), p. 252; y J. Llarch, *Negrín*, pp. 41, 45 y 56. <<

[28] Expediente académico de don Juan Negrín López. Archivo Histórico de la Universidad Complutense de Madrid. <<

[29] Se publicaría en Madrid en el año 1922 por la Imprenta Clásica Española. Constaba de 32 páginas y una lámina. <<

[30] Expediente académico de D. Juan Negrín López. Archivo Histórico de la Universidad Complutense de Madrid. El consecuente título español que le acreditaba ya oficialmente como doctor fue expedido por el Ministerio de Instrucción Pública con fecha de 13 de marzo de 1922. <<

[31] B. N. Díaz Chico, *op. cit*., pp. 212-216. J. L. Barona, *Achúcarro, Marañón, Negrín*, pp. 84-88. J. Álvarez Sierra, *op. cit*., pp. 9-13. <<

[32] A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria», p. 164. <<

[33] J. Álvarez Sierra, *Dr. Juan Negrín*, p. 16. <<

[34] El acta del tribunal de la oposición se reproduce fotográficamente en J. L. Barona, *Achúcarro, Marañón, Negrín*, p. 87. <<

[35] Tanto la cita de la crónica periodística como de la Real Orden se recogen en A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria», pp. 164-165. <<

[36] El jornal medio en la minería de la hulla asturiana fue de 8,31 pesetas durante el año 1922, lo que daba un salario mensual de 207,5 pesetas y unos ingresos anuales de 2493 pesetas (computando 25 días laborales al mes como máximo legal). Cfr. E. Moradiellos, *El Sindicato de los Obreros Mineros de Asturias, 1910-1930*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1986, p. 68. <<

[37] La fecha de nacimiento de los hijos procede de la documentación de la demanda de separación presentada por Negrín el 27 de marzo de 1935 ante los tribunales de Madrid. AFJN, carpeta Mal 2(a). <<

[38] Ambos domicilios aparecen consignados en la ficha policial de Negrín custodiada en AHN/Gobernación, Policía, exp. 28H. <<

[39] Información escrita facilitada por Dña. Carmen Negrín con fecha de 27 de enero de 2006. Testimonio de Francesca Vidarte, mujer de Juan Simeón Vidarte, dirigente socialista y diputado entre 1931 y 1936, recogido en J. Llarch, *Negrín*, p. 159. Testimonio de Carmen de Zulueta, «Los dos Negrines», *Historia 16* (Madrid), n.º 311, 2002, pp. 110-121. J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, p. 101. <<

[40] Información escrita facilitada por doña Carmen Negrín, 28 de abril de 2006. <<

[41] Reproducidas en S. Millares Cantero (ed.), *Juan Negrín, el estadista*, pp. 34 y 36. La noticia sobre los veraneos en Zarauz en M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 41. <<

[42] Informaciones escritas facilitadas por doña Carmen Negrín con fecha de 22 de enero y 9 de febrero de 2006. <<

[43] Información escrita facilitada por Dña. Carmen Negrín con fecha de 27 de enero de 2006. J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, p. 56. «Fallecidos por enfermedades infecciosas. Años 1900 a 1943», *Anuario Estadístico de España, 1944-1945*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística, 1946, p. 1382. <<

[44] Demanda de separación presentada por Negrín el 27 de marzo de 1935 ante los tribunales de Madrid. AFJN, carpeta Mal 2(a). <<

[45] Carmen de Zulueta, «Los dos Negrines», p. 113. Información escrita facilitada por doña Carmen Negrín con fecha de 27 de enero y 9 de febrero de 2006. <<

[46] Demanda de separación presentada por Negrín el 27 de marzo de 1935 ante los tribunales de Madrid. AFJN, carpeta Mal 2(a). <<

[47] Carta fechada en Nueva York el 21 de octubre de 1944. AFJN, carpeta 41a. <<

[48] Información escrita facilitada por doña Carmen Negrín con fecha de 7 de febrero de 2006. <<

[49] Los datos sobre Feli aquí recogidos y en el párrafo siguiente proceden de la información escrita facilitada por doña Carmen Negrín con fecha de 27 de enero y 7 de febrero de 2006. También hay noticias dispersas en J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 56-57. J. Llarch, *Juan Negrín*, pp. 158-159. Una de las escasas fotografías de Feli se reproduce en S. Millares (ed.), *Juan Negrín, el estadista*, p. 115. Otras más, incluyendo las procedentes de su pasaporte durante los años treinta y cuarenta, se conservan en el Archivo particular de Negrín en París. <<

[50] Información escrita facilitada por doña Carmen Negrín con fecha de 27 de enero de 2006. J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 56-57. <<

[51] Reproducido por B. N. Díaz Chico en M. Tuñón de Lara y otros, *Juan Negrín, el hombre necesario*, p. 222. <<

[52] A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria», p. 168 y nota 81. <<

[53] Según un oficio de la Dirección General de Seguridad, de fecha de 16 de enero de 1941, dicho laboratorio estaba situado «en la calle de Ferraz, n.º 57 piso principal derecha, letra B». AHN/Gobernación-Policía, exp. 28H. La antigua dirección (Serrano 73) y número de teléfono todavía están presentes en el membrete de una carta de Negrín a Feli, 6 de enero de 1931. AFJN, Carpeta sin numerar de París. Y es la recogida en el *Registro de Señores Diputados por orden alfabético de Apellidos. 1931*. El nuevo número de teléfono de Ferraz 57 se registra en la *Lista de los Sres. Diputados a Cortes electos, por orden de presentación de credenciales. 1936*. Ambos documentos en el Archivo del Congreso de los Diputados (Madrid). <<

[54] Carta de Negrín a Domingo López Marrero, 23 de septiembre de 1926. AFJN, carpeta 000. <<

[55] J. Álvarez Sierra, *op. cit*., pp. 28-29 y 33-34. <<

[56] J. L. Barona Vilar, *Achúcarro, Marañón, Negrín*, p. 100. <<

[57] A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria», p. 166. <<

[58] A. Gallego Fernández, «El fisiólogo Juan Negrín», pp. 14-15. Según Rodríguez Quiroga, las clases de la asignatura del primer año se impartían en días alternos, en tanto que las clases del segundo año eran diarias («Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria», p. 166). <<

[59] Rafael Méndez, *Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 19. <<

[60] J. Álvarez Sierra, *op. cit*., pp. 37-38. <<

[61] S. Ochoa, *Escritos*, p. 63. <<

[62] Marino Gómez Santos, *Francisco Grande Covián*, Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias, 1991, p. 29. <<

[63] El comentario del doctor Pascua sobre el imponente físico de Negrín (en una España donde el promedio físico era aún muy bajo) continuaba: «afable, de bonancible cara que, sin embargo, podía adquirir facciones impresionantemente duras en los raros momentos en que le dominaba el enfado». AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[64] Datos de la graduación hecha por el doctor Manuel Márquez, catedrático de oftalmología de la Universidad de Madrid, ya en el exilio en México el 18 de noviembre de 1945. AFJN Carpeta Mal 2(a). Agradezco al doctor Luis Fernández-Vega su amabilidad al ayudarme a descifrar este documento. Probablemente su foto oficial en la orla de profesorado de la Facultad de Medicina de 1923 sea de las primeras que lo muestran con gafas. Reproducida en S. Millares (ed.), *Juan Negrín, el estadista*, p. 57. <<

[65] Testimonio recogido en los apuntes biográficos de Azcárate. AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 1. El autor del retrato obtuvo la calificación de Notable en la asignatura de Negrín en los exámenes celebrados el 2 de junio de 1936. <<

[66] R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 160. La referencia a su limitado descanso nocturno en J. Rodríguez Doreste, «Al hilo de un aniversario. Juan Negrín», *La Provincia*, 8 de septiembre de 1976. Refrenda el doctor Pascua que la obtención de la cátedra «le forzaron a llevar una vida de ajetreo fuerte y sostenido». AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[67] Donald C. Watt, «The Nature of the European Civil War, 1919-1939», capítulo primero de su obra *Too Serious a Business. European Armed Forces and the Approach to the Second World War*, Londres, Temple Smith, 1975. En igual sentido afirma Serge Berstein: «La historia del período de entreguerras es la lucha entre la democracia liberal y los modelos totalitarios, fascista y comunista, para la conquista del mundo». *Los regímenes políticos del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1996, p. 19. <<

[68] Testimonio escrito con motivo del fallecimiento de Negrín. Reproducido en S. Álvarez, *Negrín, personalidad histórica*, vol. 2, p. 247. <<

[69] Semblanza de Negrín. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. Las noticias sobre lectura de prensa en J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, p. 58; y *Speech by Juan Negrín, May 8th, 1939. Council on Foreign Relations*. AHN/Pascua, caja 14, legajo 5. <<

[70] «Una cena a Valle-Inclán», *España*, n.º 314, marzo de 1922, p. 6. <<

[71] «Bosquejo de un programa de izquierdas», *España*, n.º 146, 24 de enero de 1918. <<

[72] Carolyn P. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza, 1990, p. 324. <<

[73] El decreto, firmado el 15 de septiembre de 1923, fue publicado en la *Gaceta de Madrid* al día siguiente. <<

[74] Sobre esta etapa véase José Luis Gómez Navarro, *El régimen de Primo de Rivera. Reyes, dictadores y dictaduras*, Madrid, Cátedra, 1991. Sobre la actitud del rey ante el golpe véase del mismo autor: «El rey en la dictadura», en Javier Moreno Luzón (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 337-371. <<

[75] La actitud de Ortega se expresó en su artículo «Sobre la vieja política» publicado en *El Sol* el 27 de noviembre de 1923. Por su parte, Azaña rompió con el Partido Reformista de Melquíades Álvarez y se convirtió en republicano en vista del perjurio real y convencido de que la monarquía era irreformable tras su aceptación de la dictadura. Santos Juliá, «Manuel Azaña. El desengaño de un reformista», en Javier Moreno Luzón (ed.), *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*, Madrid, Taurus, 2005, pp. 271-303. <<

[76] Por Real Orden de 20 de febrero de 1924 publicada en la *Gaceta de Madrid* al día siguiente. <<

[77] Testimonio recogido en J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, p. 53. <<

[78] Antonio Molero Pintado, *La Institución Libre de Enseñanza. Un proyecto español de renovación* pedagógica, Madrid, Anaya, 1985, p. 150. El archivo del InstitutoEscuela solo conserva parte del expediente académico de «Juan Negrín Fidelman». En el mismo se acredita que cursó todo el Bachillerato en su seno, desde el 31 de octubre de 1926 hasta el 18 de junio de 1932. AJAE, exp. Negrín Fidelman. Por aquellas fechas, los hijos de Negrín utilizaban regularmente el apellido simplificado «Fidelman» en vez de «Mijailov» (más utilizado en el exilio). <<

[79] Genoveva García Queipo de Llano, *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Siglo XXI, 1988. <<

[80] A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria», pp. 166 y 175, nota 69. <<

[81] A. Rodríguez Quiroga, *op. cit*., p. 175, nota 82. J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, p. 56. <<

[82] Pilar Chías Navarro, *La ciudad universitaria de Madrid. Génesis y realización*, Madrid, Universidad Complutense, 1986. <<

[83] A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria», p. 176, notas 85 y 93. Notas biográficas sobre Negrín. AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 1. <<

[84] I. Prieto, «Juan Negrín, un hombre singular», en su obra *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, México, Oasis, 1969, vol. 3, pp. 219-226 (cita en p. 220). Se trata de la nota necrológica sobre Negrín publicada el 5 de diciembre de 1956. El juicio previo en R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 162. <<

[85] J. Puche, «El Laboratorio de Fisiología», *Residencia*, número extraordinario, 1963, p. 64. <<

[86] Fotografía del anverso y reverso de la misma en S. Millares (ed.), *Juan Negrín, el estadista*, p. 37. En la comida se degustó: «Entremeses a la Moderna. Filetes de Merluza a la Inglesa con salsa holandesa. Pollos Saulé con Champiñones garnie de Legumbres. Medallones de Foie-gras au Belee. Beefsteak de Buey. Ensalada de Espárragos. Torta a la Parisien. Mantecado a la Vainilla. Frutas-Café. Vinos: Martini Cocktail. Braves BlancoDommard Tinto. Champagne B. H. Mumm. Licores-Tabacos». <<

[87] J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, p. 57. <<

[88] El manifiesto y las firmas se reproducen en Octavio Ruiz-Manjón, *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Madrid, Tebas, 1976, pp. 130-133. Revalida esa firma de Negrín la semblanza de Pablo de Azcárate. AMAE, Azcárate, caja 107, carpeta 1. <<

[89] Párrafos del manifiesto en O. Ruiz-Manjón, *El Partido Republicano Radical*, pp. 130-133. El propósito de la Alianza se reproduce en Miguel Artola, *Partidos y programas políticos, 1808-1936*, Madrid, Aguilar, 1974, vol. 1, pp. 568-569. <<

[90] *El Sol*, 12 de febrero de 1927. Citado en A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. El científico como estadista», p. 89, nota 59. <<

[91] La fundación sería anunciada en el diario *El Socialista* bajo el título «Una Nueva Editorial» el 12 de mayo de 1929. Negrín ya había pedido a su tío el 23 de septiembre de 1926 su ayuda para lanzar «un tratado que ha de servir de obra de estudio a mis alumnos». Planeaba entonces «una tirada de 3000 ejemplares» con un precio de venta de 35 pesetas por ejemplar. Puesto que estimaba el coste en 28 000 pesetas, calculaba que «la edición me producirá, por tanto, unas 90 000 pesetas». AFJN, Carpeta 000. <<

[92] La novela tenía 280 páginas en su primera edición. La séptima edición ya contaba con 283, según los datos sobre esta publicación procedentes de los catálogos de la Biblioteca Nacional en Madrid. Referencia a las ganancias derivadas del libro en Santiago Grisolía, «Prólogo» a J. L. Barona, *Achúcarro, Marañón, Negrín*, p. 9; y en la semblanza del doctor Pascua. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[93] Julio Álvarez del Vayo, *En la lucha. Memorias*, México, Grijalbo, 1973, p. 216. <<

[94] La noticia sobre el encargo del libro a Hernández Guerra y Ochoa en B. N. Díaz Chico, *op. cit*., p. 228; y J. Negrín Mijailov, «El fisiólogo Juan Negrín», *Revista de la Real Academia de Medicina de Barcelona*, vol. 6, 1991, pp. 67-72. <<

[95] Reproducida en Melchor Fernández Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón, 1933, pp. 528-529. <<

[96] Así lo recordaría una carta a Negrín de la Agrupación de Universitarios Españoles, fechada en México el 9 de enero de 1947. Firmada por su presidente, secretario, tesorero y todos los vocales de la junta directiva, la carta comenzaba: «Somos los viejos FUE, aquellos estudiantes que entre 1927 y 1930 nos enfrentamos a la Dictadura y a la Monarquía». AFJN, Carpeta 49. <<

[97] «El Dr. Negrín, socialista», *El Socialista*, 28 de abril de 1929. <<

[98] Así figura (con el número 153) en el catálogo de la compañía Sotheby de los 453 libros de su biblioteca ofrecidos en subasta los días 3 y 4 de febrero de 1958: *Library of Spanish Books. European Literature and Works on a Variety of Learned Subjects. The propietry of a Spanish Private Collector*, Londres, Messrs. Sotheby & Co., 1958. Ejemplar en el AFJN, carpeta 000. Sobre la importancia de Bernstein en el pensamiento socialista véase James Joll, *La Segunda Internacional, 1889-1914*, Barcelona, Icaria, 1976, pp. 90-91. <<

[99] «La ciencia y el socialismo. Conferencia del doctor Negrín en la Casa del Pueblo», *El Socialista*, 3 de diciembre de 1929. <<

[100] Paul Preston, *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*, Madrid, Turner, 1978, cap. 1 («Los orígenes del cisma socialista»). Paul Heywood, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936*, Santander, Universidad de Cantabria, 1990, cap. 4 («Relaciones con el dictador»). Richard Gillespie, *Historia del PSOE*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 41-57. Santos Juliá, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1996, cap. 4 («Con la dictadura»). <<

[101] R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 54 y 162-163. <<

[102] Testimonio de García-Valdecasas reproducido en M. Gómez Santos, *Severo Ochoa*, p. 69. <<

[103] Testimonio de Francisco Vega Díaz en «Severo Ochoa. Desde el mirador de la amistad y lección para el futuro», *Boletín del Instituto de Patología Médica* (Madrid), vol. XV, n.º 4, 1960, pp. 106-121 (cita en p. 113). La versión de Ochoa en M. Gómez Santos, *Severo Ochoa*, p. 257 y S. Ochoa, *Escritos*, pp. 35 y 67. La cita sobre el acuerdo tácito de alternancia en A. Gallego, «El fisiólogo Juan Negrín», p. 16. <<

[104] S. Grisolía, «Prólogo» a J. L. Barona, *Achúcarro, Marañón, Negrín*, p. 9. B. N. Díaz Chico, «El legado científico de Juan Negrín», en M. Tuñón de Lara y otros, *Juan Negrín López*, p. 234. <<

[105] J. Negrín Mijailov, «El Fisiólogo Juan Negrín», p. 69. J. Puche, «El laboratorio de Fisiología»; e Isaac Costero, «Ciencia y conciencia bajo los tilos», ambos artículos en *Residencia*, número especial, 1963, pp. 63 y 69. <<

[106] Semblanza de Negrín. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. J. Rodríguez Doreste, «Al hilo de un aniversario. Juan Negrín», *La Provincia*, 8 de septiembre de 1976. M. Ansó, *Yo fuí ministro de Negrín*, p. 112. Bruno Vargas, *Rodolfo Llopis (1895-1983)*, Barcelona, Planeta, 1999, p. 87. <<

[107] Juan Pérez de Ayala, «José Moreno Villa, grabador», *Residencia*, n.º 7, junio 2003. Artículo consultado en la edición electrónica: *www.residencia.csic.es*. <<

[108] La localización de la casa la refiere F. Largo Caballero en *Mis recuerdos (cartas a un amigo)*, México, Alianza, 1954, p. 137. <<

[109] Demanda de separación presentada el 27 de marzo de 1935. AFJN, Carpeta Mal 2 (a). <<

[110] M. Tuñón de Lara y otros, *Juan Negrín. El hombre necesario*, p. 25. <<

[111] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 25. El comentario del doctor Pascua en su semblanza de Negrín. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[112] Julio Gil Pecharromán, *La Segunda República Española, 1931-1936*, Madrid, UNED, 1995, pp. 38-44. El juicio sobre la modernidad de la campaña en Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo, «Proclamación de la República, Constitución y Reformas», en Santos Juliá (coord.), *República y Guerra Civil en España, 1931-1939*, Madrid, Espasa Calpe, 2006, cap. 1 (p. 8). <<

[113] Testimonio del doctor Florencio Villa Landa. Recogido en S. Álvarez, *Negrín, personalidad histórica*, p. 28. <<

[114] Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 24. Noticia de esos graves sucesos, omitiendo la muerte del estudiante, en «Disturbios en la Facultad de Medicina», *Abc*, 26 de marzo de 1931. <<

[1] Raymond Carr, *España, 1808-1975*, Barcelona, Ariel, 1982, p. 575. Sobre el devenir del quinquenio republicano, aparte de las obras ya citadas de Cabrera Calvo-Sotelo, Gil Pecharromán y Preston, véase la síntesis de Stanley G. Payne, *La primera democracia española. La Segunda República*, Barcelona, Paidós, 1995. <<

[2] Noticia recogida en «Cronology of Quintanilla's Life and Work». Consultada en la página dedicada al autor: *www.lqart.org*. <<

[3] Albert Carreras (coord.), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1989, pp. 68 y 78-79. Gabriel Tortella, *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 225-227. <<

[4] Edward Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1980, pp. 25-55. Jordi Palafox, *Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española, 1892-1936*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 23-48. <<

[5] J. M. Pérez García, «Negrín en las elecciones constituyentes de la II República», en S. Millares Cantero (ed.), *Juan Negrín, el estadista*, pp. 181-190. <<

[6] R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 163-164. Agustín Millares Cantero, *La Segunda República y las elecciones en la Provincia de Las Palmas*, Las Palmas, Mancomunidad de Cabildos y Museo Canario, 1982, pp. 29-34. J. de Felipe Redondo, *José Franchy Roca*, p. 75. La posición segunda de Negrín en la candidatura era solo orientativa porque, dado el sistema electoral de listas abiertas y desbloqueadas, el elector podía votar sin atenerse a las recomendaciones oficiales partidistas. <<

[7] Discurso pronunciado el 7 de julio de 1931. Reproducido en J. M. Pérez García, «Negrín en las elecciones constituyentes de la II República», pp. 185-186. <<

[8] J. Gil Pecharromán, *La Segunda República española*, pp. 61-62. <<

[9] Para la actividad parlamentaria de Negrín resulta inexcusable la obra de Aurelio Martín Nájera, *Segunda República. El grupo parlamentario socialista*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2000, 2 vols. Los datos de las elecciones de 1931 en pp. 730 y 775. <<

[10] Portada del 8 de julio de 1931. Reproducida en J. M. Pérez García, «Negrín en las elecciones constituyentes de la II República», p. 187. <<

[11] José Carlos Gibaja Velázquez, *Indalecio Prieto y el socialismo español*, Madrid, Siglo XXI, 1995, pp. 21-31. <<

[12] I. Prieto, «Juan Negrín, un hombre singular», *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, México, Oasis, 1969, vol. 3, pp. 219-226. Constituye su artículo necrológico sobre Negrín, publicado originalmente el 5 de diciembre de 1956. <<

[13] I. Prieto, «Juan Negrín, un hombre singular», p. 220. No es del todo exacto que nunca escribiera sus discursos, como se verá. <<

[14] Así figura en la página 862 del listado alfabético y nominal de actividades de cada diputado de la legislatura 1931-1933. Archivo del Congreso de los Diputados. <<

[15] Véase A. Martín Nájera, *Segunda República. El grupo parlamentario socialista*, vol. 2, pp. 971-973, 1075 y 1123. <<

[16] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 17 de marzo de 1932, número 137, p. 4566. A ese salario habría de añadirse sus ingresos del laboratorio privado de análisis clínicos. A título comparativo, el abogado y secretario de Cortes, Mariano Ansó, declaraba 12 000 pesetas; Gil Robles, catedrático de Salamanca, declaraba 9000 pesetas; Ortega y Gasset, catedrático en Madrid, declaraba 13 000 pesetas; Bernardo Giner de los Ríos, arquitecto municipal de Madrid, declaraba 11 000 pesetas; y Antonio Tuñón de Lara, catedrático de instituto, declaraba 10 000 pesetas. <<

[17] Fotografía de una de esas cartas, fechada el 12 de febrero de 1932 en S. Millares Cantero (ed.), *Juan Negrín, el estadista*, p. 43. <<

[18] J. M. Pérez García, *Canarias: de los Cabildos a la división provincial*, pp. 193-195. <<

[19] Juan Marichal, «Juan Negrín, el científico como gobernante», en su libro *El intelectual y la política en España (1898-1936)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1990, pp. 83-106 (datos en p. 91). Información sobre la UIP (en inglés IPU: Inter-Parlamentary Union) en su página telemática: *www.ipu.org*. <<

[20] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 16 de marzo de 1932, número 136, p. 4515. En la sesión de ese mismo día, el doctor Pittaluga también agradeció a «mi querido amigo el doctor Negrín» la cortesía de sus respuestas a sus interpelaciones. *Idem*, p. 4503. Según el diario de Azaña, solo en una ocasión, en marzo de 1932, pareció Negrín perder los nervios ante las insinuaciones de Gil Robles sobre la corrupción socialista. M. Azaña, *Memorias políticas, 1931-1933*, Barcelona, Grijalbo, 1996, p. 435. <<

[21] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 16 de marzo de 1932, número 136, p. 4494. <<

[22] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 13 de diciembre de 1932, número 274, pp. 10165-10166. <<

[23] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 16 de marzo de 1932, número 136, pp. 4514-4515. <<

[24] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 13 de diciembre de 1932, número 274, pp. 10-146. Subrayado nuestro. <<

[25] *Memorias políticas, 1931-1933*, Barcelona, Grijalbo, 1996, p. 134-136. <<

[26] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español*, México, Grijalbo, 1978, vol. 1, p. 213. Corrobora esa actitud M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 49. Apuntes biográficos sobre Negrín, sin fecha. AMAE/Azcárate, Caja 107, carpeta 1. <<

[27] M. Azaña, *Memorias políticas*, p. 274. Negrín volvería a acompañar a Azaña a ver las obras el 24 de marzo de 1933 (*op. cit*., p.582). <<

[28] M. García Morente, «La nueva Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid», *Residencia*, vol. 3, n.º 4, 1932, pp. 114-117 (cita en p. 116). <<

[29] Toda la información citada procede del texto de la demanda de separación de 1935. AFJN, Carpeta Mal 2(a). <<

[30] Helen Graham, *El PSOE en la guerra civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939)*, Barcelona, Debate, 2005, cap. 1. Santos Juliá, *La izquierda del PSOE (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977. <<

[31] Discurso en el cine Europa de Madrid, 3 de octubre de 1933. Reproducido en Antonio Elorza y Carmen López Alonso, *Arcaísmo y modernidad. Pensamiento político en España. Siglos XIX-XX*, Madrid, Historia 16, 1989, pp. 204-205. <<

[32] Publicado en el diario de la CEDA, *El Debate*, 17 de octubre de 1933. Reproducido en A. Elorza y C. López Alonso, *Arcaísmo y modernidad*, pp. 201-203. Gil Robles omitió los aspectos más virulentos de esta arenga (denuncia judeo-masónica y apelación a la sangre) en sus *Discursos parlamentarios*, Madrid, Taurus, 1971, pp. 269-270; y en sus memorias, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 98. <<

[33] J. Gil Pecharromán, *La Segunda República española*, p. 200. Octavio Ruiz-Manjón, «La vida política en el segundo bienio republicano», en S. Juliá (coord.), *República y Guerra Civil en España*, cap. 2, pp. 83-85. <<

[34] D. Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 211. <<

[35] N. Alcalá Zamora, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 260. <<

[36] Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 123 <<

[37] O. Ruiz-Manjón, *El Partido Republicano Radical*, pp. 409-411. <<

[38] A. Martín Nájera, *Segunda República*, p. 776 y 778. A. Millares Cantero, *La Segunda República y las elecciones en la provincia de Las Palmas*, pp. 42-44. Agradezco a D. Sergio Millares Cantero la información sobre los votos obtenidos por Negrín en su isla y ciudad natal en los comicios de 1933: 4577 y 1478 respectivamente. <<

[39] A. Martín Nájera, *Segunda República*, pp. 972-974 y 1093. Así figura en la página 537 del listado alfabético y nominal de actividades de cada diputado de la legislatura 1933-1935. Archivo del Congreso de los Diputados. <<

[40] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 22 de febrero de 1934, número 40, p. 1135. La derrota cosechada el día anterior en el correspondiente diario de sesiones, número 39, p. 1108. <<

[41] *Diario de sesiones de las Cortes*, 4 de mayo de 1934, número 77, p. 2609. El acta taquigráfica del debate señala tras la declaración de Negrín la aprobación cosechada por el autor en la Cámara: «(Muy bien)». <<

[42] Discurso en Barcelona, 30 de agosto de 1934. M. Azaña, *Discursos políticos*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 390. Juan Avilés Farré, *La izquierda burguesa en la Segunda República*, Madrid, Espasa Calpe, 1985, pp. 229-239. <<

[43] Declaración de Prieto en las Cortes el 20 de diciembre de 1933. Citada en S. Juliá, *Los socialistas en la política española*, p. 200. Del mismo autor véase *Historia del socialismo español. 1931-1939*, Barcelona, Conjunto, 1989, pp. 86-87 y 111.Véase también J. C. Gibaja Velázquez, *Indalecio Prieto y el socialismo español*, pp. 47-48. <<

[44] Semblanza de Juan Negrín, sin fecha. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[45] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 119. <<

[46] S. Juliá, «"Preparados para cuando la ocasión se presente": los socialistas y la revolución», en S. Juliá (dir.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 145-190 (cita en p. 184). <<

[47] La documentación completa de los procesos se conserva en el Archivo Histórico Nacional, sección «Fondos Contemporáneos», serie «Tribunal Supremo. Recursos», legajo 97, expediente 148. En adelante se citará abreviadamente, AHN/Tribunal Supremo, legajo 97, exp. 148. <<

[48] A. Rodríguez Quiroga, «Juan Negrín López. Su obra científica y universitaria», pp. 169 y 176. <<

[49] Declaración de D. Juan Negrín López ante el Juez de Instrucción Militar, 22 de enero de 1935. Archivo Histórico Nacional, Sección «Fondos Contemporáneos», Serie «Tribunal Supremo. Procesos Reservados», expediente 38. En adelante: AHN/Tribunal Supremo, Recursos, exp. 38. <<

[50] P. Preston, *La destrucción de la democracia en España*, pp. 158-159. <<

[51] J. Avilés, *La izquierda burguesa en la Segunda República*, p. 249. <<

[52] Hilari Raguer, *El general Batet. Franco contra Batet*, Barcelona, Península, 1996, pp. 164-165. <<

[53] David Ruiz, *Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934*, Barcelona, Labor, 1988. Adrian Shubert, *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias*, Barcelona, Crítica, 1984. La versión oficial gubernativa: *En servicio de la República. La revolución de octubre en España*, Madrid, Gobierno de la República, 1935. <<

[54] F. Largo Caballero, *Mis recuerdos*, p. 137. En una muestra de su resentimiento hacia Negrín, el viejo líder socialista no menciona a Negrín por su nombre sino oblicuamente como un «médico muy conocido en España y en el extranjero». <<

[55] R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 52-55. Apuntes biográficos sobre Negrín. AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 1. <<

[56] Diligencias y sobreseimiento en AHN/Tribunal Supremo, Recursos, exp. 38. <<

[57] Edmundo Lorenzo (diputado socialista por Ferrol), «Ensayo de semblanza», escrito en 1956. Reproducido en S. Álvarez, *Negrín*, vol. 2, p. 254. <<

[58] *Notre ami Juan Negrín*, texto necrológico mecanografiado de Germaine y Jules Moch; y Nota mecanografiada *Juan Negrín* de Vincent Auriol, ambos sin fecha (pero posterior a noviembre de 1956). AFJN, documentación pendiente de inventariar. <<

[59] Carta fechada el 7 de enero de 1935 y dirigida desde Madrid a Feli, en París. AFJN, carpeta sin numerar de París. <<

[60] «Glosas del mes», *Leviatán*, n.º 14, junio de 1935. Reproducido en *Leviatán. Antología* (selección y prólogo de P. Preston), Madrid, Turner, 1976, pp. 154-155. <<

[61] I. Prieto, *Discursos fundamentales* (selección y prólogo de E. Malefakis), Madrid, Turner, 1975, p. 228. En mayo de 1942, ya en el exilio, Prieto reconocería su «culpabilidad» por su «participación en aquel movimiento revolucionario». S. Juliá, «"Preparados para cuando la ocasión se presente": los socialistas y la revolución», p. 186. <<

[62] Carta fechada en Madrid el 22 de marzo de 1935. AFJN, Carpeta «Documentos de Jackson». <<

[63] Semblanza de Pascua. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. <<

[64] Virgilio Zapatero, «Fernando de los Ríos: entre Giner y Pablo Iglesias» en J. Moreno Luzón (ed.), *Progresistas*, pp. 333-367. En enero de 1934 De los Ríos había manifestado a Azaña que «aun pareciéndole mal ciertas cosas, y demasiado terribles y lastimosas como para caer en desengaño, no podía abandonar su Partido en tales momentos, y con gran repugnancia le seguiría. Después, cualquiera que fuese el resultado, estaba dispuesto a abandonar la vida politica». <<

[65] J. Álvarez del Vayo, *En la lucha. Memorias*, p. 216. <<

[66] El texto del manifiesto en S. Álvarez, *Negrín*, vol. 2, pp. 11-13. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 102. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. XV-XVI. <<

[67] Santos Juliá, «El Frente Popular y la política de la República en guerra», en S. Juliá (coord.), *República y guerra en España*, cap. 3, p. 138. <<

[68] J. Gil Pecharromán, *La Segunda República española*, pp. 249-250. <<

[69] R. Gillespie, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, p. 67. Según H. Graham, «la batalla por el control del PSOE estalló formalmente en enero de 1936» (*El PSOE en la guerra civil*, p. 38). <<

[70] Palabras pronunciadas el 12 de enero de 1936. Recogidas en Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República*, Madrid, Editora Nacional, 1968, vol. 4, p. 13. <<

[71] Así figura en la página 231 del listado alfabético y nominal de actividades de cada diputado de la legislatura 1936-1939. Archivo del Congreso de los Diputados. A. Martín Nájera, *Segunda República*, pp. 730, 1105 y 1112. A. Millares Cantero, *La Segunda República y las elecciones en la provincia de Las Palmas*, pp. 47-53. <<

[72] Testimonio de Alonso Lecuona recogido por Azcárate en apúntes biográficos sobre Negrín, sin fecha. AMAE/Azcárate, Caja 107, carpeta 1. <<

[73] J. Arrarás, *Historia de la Segunda República*, vol. 4, p. 69. <<

[74] R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 51-52. M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 100. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 33. J. Llarch, *Negrín*, p. 166. <<

[75] I. Prieto, *Discursos fundamentales*, pp. 257 y 272-273. <<

[76] I. Prieto, *Discursos fundamentales*, p. 257. <<

[77] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 107-108. <<

[78] A. Martín Nájera, *Segunda República*, p. 1251. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 33. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, 119-123. Semblanza de Negrín. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 116-125. <<

[79] S. Juliá, *Los socialistas en la política española*, p. 236. <<

[80] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 199-200. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 30. I. Prieto, «Juan Negrín, un hombre singular», p. 226. José María Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, pp. 658-659. Vidarte confunde la villa de Écija, donde tuvieron lugar los incidentes, con la villa zaragozana de Egea, donde hubo otros similares pero sin la presencia de Prieto. <<

[81] La información sobre el congreso de la CNT de mayo de 1936 en la obra de César M. Lorenzo, hijo del dirigente anarquista Horacio Martínez Prieto (secretario del Comité Nacional de la CNT en 1936-1937), *Los anarquistas españoles y el poder*, París, Ruedo Ibérico, 1972, pp. 74-80. <<

[82] Texto reproducido en Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 108. <<

[83] Texto del discurso pronunciado en la clausura del Congreso de la Federación Local de Obreros de la Edificación de Madrid. Publicado en el diario portavoz del largocaballerismo, *Claridad*, 27 de junio de 1936. Reproducido en la introducción de S. Juliá a Francisco Largo Caballero, *Escritos de la República. Notas históricas de la guerra de España*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1985, p. 305. <<

[84] Ramón Serrano Suñer, *Memorias. Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 58. La preocupación de Negrín por la presencia de Franco en Canarias ya había sido transmitida poco antes a J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 135. Testimonio de Serrano Suñer recogido en J. Llarch, *Negrín*, pp. 59-61. <<

[85] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 211-212. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 38. <<

[86] J. M. Gil Robles, *No fue posible la paz*, p. 743, nota 88. <<

[1] De la inmensa literatura sobre el conflicto, sigue siendo recomendable la lectura de los clásicos trabajos de H. Thomas (*La guerra civil* española, Barcelona, Grijalbo, 1976, 2 vols.), G. Jackson (*La República española y la guerra* civil, Barcelona, Crítica, 1979), R. Salas Larrazábal (*Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Rioduero, 1980), E. Malefakis y otros (*La guerra de España*, Madrid, El País, 1986) y P. Preston (*La guerra civil española*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986). Sendas presentaciones actualizadas se recogen en E. Moradiellos (*1936. Los mitos de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2004) y A. Beevor (*La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005). <<

[2] Josep M. Bricall, «La economía española, 1936-1939», en M. Tuñón de Lara y otros, *La guerra civil española. 50 años después*, Barcelona, Labor, 1986, pp. 358-417 (cita en p. 365). José Ángel Sánchez Asiaín, *Economía y finanzas en la guerra civil española*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999. <<

[3] Sobre la génesis del franquismo en el transcurso de la guerra civil véase Ismael Saz, «Política en zona nacionalista. La configuración de un régimen» en E. Moradiellos (ed.), *La guerra civil*, número monográfico de la revista *Ayer* (Madrid), n.º 50, 2003, pp. 55-83; y E. Moradiellos, *La España de Franco. Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000, cap. 2. <<

[4] P. Preston, *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, 1994, caps. 6 y 7. <<

[5] El estudio más completo sobre el proceso revolucionario republicano es obra de Burnett Bolloten, *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1989. Su vertiente política es analizada detalladamente en Helen Graham, *The Spanish Republic at War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002. Sendas panorámicas sobre dicho proceso en la obra ya citada de S. Juliá, «El Frente Popular y la política de la República en guerra» y en Julio Aróstegui, «Guerra, poder y revolución. La República española y el impacto de la sublevación» en E. Moradiellos (ed.), *La guerra civil*, pp. 85-113. <<

[6] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, vol. 1, p. 321. José Varela Ortega, *Contra la violencia. A propósito del nacional-socialismo alemán y del vasco*, Alegia (Guipúzcoa), Hiria, 2001, p. 56. Las fuentes informativas del autor proceden de sus antepasados familiares, los Ortega y Gasset y la familia de médicos Varela. <<

[7] Carta de Pascua (en Baltimore) a Rafael Fraile (en México), 30 de julio de 1946. AHN/Pascua, caja 7, legajo 15. <<

[8] Informe del coronel Henri Morel (agregado militar francés en España durante toda la guerra) sobre su entrevista con Negrín, 21 de abril de 1938. El documento se reproduce en la colección documental titulada *Documents Diplomatiques Français, 1932-1939*, 2 Série, París, Ministère des Affaires Étrangères-Imprimerie National, 1974, tomo IX, documento número 117. En adelante se citará abreviadamente: DDF, tomo y número de documento. <<

[9] Declaraciones ante la Diputación Permanente de las Cortes, Barcelona, 16 de noviembre de 1937. *Diario de Sesiones*, pp. 4 y 9. <<

[10] J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 75, 83 y 95. Información facilitada por D. Sergio Millares Cantero con fecha de 25 de mayo de 2006. <<

[11] Diarios conservados en el AFJN. El fragmento citado se reproduce en S. Millares (ed.), *Juan Negrín, el estadista*, p. 29. <<

[12] Sobre la figura de Rosita (1911-1986) véase el artículo de C. de Zulueta, «Los dos Negrines», *Historia 16*, n.º 311, 2002, pp. 110-121. J. Llarch, *Negrín*, pp. 58-59. Proseguiría su carrera en el exilio, protagonizando en 1945 en México *Pepita Jiménez* y *El último amor de Goya*, además de seguir su actividad teatral y televisiva en EE. UU. Cfr. Román Gubern, *Cine español en el exilio*, Barcelona, Lumen, 1976; y Juan Rodríguez, «La aportación del exilio republicano español al cine mexicano», en *http://clio/rediris.es/exilio/cinejuan.htm*. <<

[13] El relato sobre esa odisea en J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 493-507. También se recoge en J. Medina Jiménez, *op. cit*., pp. 77-78. <<

[14] Carta fechada en París el 14 de marzo de 1956. Para entonces, Heriberto y Lolita estaban afincados en Pau. AFJN, carpeta 32p. <<

[15] R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 67 y 70. <<

[16] Nota informativa sobre Heriberto Negrín López. AFJN, Caja 41a. <<

[17] Semblanza del doctor Pascua. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. La noticia del «sobrecogimiento» de Negrín, compartido por Prieto, en J. Varela Ortega, *Contra la violencia*, p. 61. <<

[18] Joan Villarroya, «La vergüenza de la República», *La aventura de la historia*, n.º 3, 1999, pp. 26-33. <<

[19] Carta fechada en París el 14 de abril de 1956. AMAE/Azcárate, caja 57. <<

[20] J. Varela Ortega, *Contra la violencia*, p. 62. <<

[21] J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 74 y 93-94. J. Llarch, *Negrín*, p. 45. <<

[22] S. Ochoa, *Escritos*, p. 13. F. Vega Díaz, «Severo Ochoa. Desde el mirador de la amistad y la lección para el futuro», p. 114. <<

[23] J. Llarch, *Negrín*, pp. 56-57. R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 92-93. <<

[24] Testimonio del doctor Álvarez Sierra en *Dr. Juan Negrín*, p. 29. Recuerdos del diputado socialista por Albacete, José Prat, *Memorias*, Albacete, Diputación de Albacete, 1994, vol. 1, p. 183. <<

[25] J. Prat, *Memorias*, pp. 229-231. J. Llarch, *Negrín*, p. 56. <<

[26] Testimonio del doctor García-Valdecasas en J. Llarch, *Negrín*, p. 41. J. Varela Ortega, *Contra la violencia*, p. 61. Lo que Negrín consiguió poco después fue enviar a Francia a la viuda de Ruiz de Alda. R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 92. <<

[27] M. Alpert, *El ejército republicano en la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1989, cap. 3. José Andrés Rojo, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Barcelona, Tusquets, 2006, pp. 59-62. <<

[28] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 467. <<

[29] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 140. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 132-133. <<

[30] R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 60 y 167. <<

[31] R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 61-63. <<

[32] Sendas panorámicas de ese proceso de internacionalización en E. Moradiellos, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001; y Jean-François Berdah, *La democracia asesinada. La República española y las grandes potencias*, Barcelona, Crítica, 2001. <<

[33] Ángel Viñas, *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2001. Ismael Saz Campos, *Mussolini contra la Segunda República. Hostilidad, conspiraciones, intervención*, Valencia, Institució Valenciana d'Estudis, 1986. John Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1979. Morten Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2003. Robert Whealey, *Hitler and Spain. The Nazi Role in the Spanish Civil War*, Lexington, University Press of Kentucky, 1989. <<

[34] César Oliveira, *Salazar e a guerra civil de Espanha*, Lisboa, O Jornal, 1987. Fernando Rosas (ed.), *Portugal e a guerra civil espanhola*, Lisboa, Colibrí, 1998. <<

[35] Hilari Raguer, *La pólvora y el incienso. La Iglesia católica y la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001. Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *El catolicismo mundial y la guerra de España*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1993. <<

[36] Directrices de noviembre de 1936, citadas en Á. Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza, 1977, nota 6, p. 363. Cfr. Ch. Leitz («La Alemania nazi y la España franquista, 1936-1945») y P. Preston («Italia y España en la guerra civil y en la guerra mundial, 1936-1945») en P. Preston y S. Balfour (eds.), *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002, caps. 6 y 7. <<

[37] J. Avilés Farré, *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, Eudema, 1994. Jaime Martínez Parrilla, *Las fuerzas armadas francesas ante la guerra civil española*, Madrid, Ediciones Ejército, 1987. Pierre Renouvin, «La politique extérieure du premier gouvernement Léon Blum», en VV. AA., *Léon Blum, chef de gouvernement, 1936-1937*, París, Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1967, pp. 329-353. <<

[38] La instrucción de Stanley Baldwin para Eden (26 de julio) y la minuta de *sir* Samuel Hoare (5 de agosto), se reproducen en E. Moradiellos, *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 58 y 68. <<

[39] Los fundamentos de la política de apaciguamiento franco-británica se estudian en: Jean-Baptiste Duroselle, *Politique étrangère de la France. La décadence, 1932-1939*, París, Imprimerie Nationale, 1979. Martin Thomas, *Britain, France and Appeasement*, Oxford, Berg, 1997. R. A. C. Parker, *Chamberlain and Appeasement. British Politics and the Coming of the Second World War*, Londres, Macmillan, 1993. P. M. H. Bell, *The Origins of the Second World War in Europe*, Londres, Longman, 1993. <<

[40] José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española*, México, Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 1999. Sobre el impacto general en el continente americano véase Mark Falcoff y Frederick Pike (dirs.), *The Spanish Civil War. American Hemispheric Perspectives*, Lincoln, University of Nebraska, 1982. <<

[41] Richard P. Traina, *American Diplomacy and the Spanish Civil War*, Bloomington, Indiana University, 1968. <<

[42] Para el recurso al contrabando de armas, véase Gerald Howson, *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2000, caps. 10 a 15 (cita en p. 164). <<

[43] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 165. <<

[44] S. Juliá, *Los socialistas en la política española*, p. 248. J. Tusell, «Estudio preliminar» a L. Araquistáin, *Sobre la guerra civil y en la emigración*, Madrid, Espasa Calpe, 1983, pp. 22-24. Juan Francisco Fuentes, *Largo Caballero: el Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 277 y ss. <<

[45] Editorial de *Solidaridad obrera*, órgano de la CNT, 4 de noviembre de 1936. César M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, p. 205. <<

[46] El nombramiento, propuesto por Largo Caballero, refrendado por Azaña y fechado el 4 de septiembre, apareció publicado en la *Gaceta de Madrid. Diario oficial de la República*, 5 de septiembre de 1936. <<

[47] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 164-165. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 482-483. Carta de Negrín a Prieto, 23 de junio de 1939. Reproducida en *Epistolario Prieto-Negrín*, Barcelona, Planeta, 1990, p. 51. <<

[48] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 151. Los datos sobre el traspaso de poderes en R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 64. <<

[49] Los nombramientos fueron publicados en la *Gaceta de Madrid* los días 13 y 16 de septiembre de 1936. R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 64, 67 y 85. J. Prat, *Memorias*, p. 182. <<

[50] Los dos estudios más completos sobre la gestión hacendística de Negrín corresponden a Ángel Viñas, *El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*, Barcelona, Grijalbo, 1979 (pp. 78-81 para sus colaboradores iniciales); y Pablo Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, Madrid, Taurus, 2001 (pp. 56-59 sobre el particular). Un interesante examen reciente en María Ángeles Pons, «Hacienda y Finanzas durante la guerra civil», ponencia presentada al Congreso de la Asociación Española de Historiadores Económicos, Santiago de Compostela, septiembre de 2005, 46 páginas. <<

[51] Declaración publicada en el diario *Abc* (Madrid), 6 de septiembre de 1936. El día anterior, el mismo diario exmonárquico (incautado y convertido en órgano prorrepublicano) presentaba al nuevo ministro con estas palabras: «Médico. Militante también en el partido socialista. Es diputado desde las Constituyentes. Catedrático de Fisiología en la Facultad de San Carlos. Fue secretario de la Junta de la Ciudad Universitaria y actualmente era secretario de la Escuela de Medicina». <<

[52] Roberto Muñoz Bolaños, *Fuerzas y cuerpos de seguridad en España, 1900-1945*, Madrid, Almena, 2000. Número 2 de la revista *Serga. Historia militar del siglo XX*. M. Á. Pons, «Hacienda y Finanzas durante la guerra civil», pp. 2-3. Juan Sardá, «El Banco de España, 1931-1962», en *El Banco de España. Una historia económica*, Madrid, Banco de España, 1970, pp. 419-479 (especialmente pp. 428-429). <<

[53] M. Á. Pons, «Hacienda y finanzas durante la guerra civil», p. 11. Cfr. Francisco Comín Comín y Santiago López García, «Las dos Haciendas Públicas y la financiación de la Guerra Civil», *Hacienda Pública Española*, número monográfico, 2002, pp. 127-168. Según estos autores, otro síntoma de descomposición del control estatal se apreció en el hecho de que «el ayuntamiento de Valencia llegó a negociar con los bancos los tipos de interés que debían regir en la ciudad». <<

[54] Nombramiento en *Gaceta de la República*, 30 de septiembre de 1936. <<

[55] R. Muñoz Bolaños, *Fuerzas y cuerpos de seguridad en España*, pp. 33-35. <<

[56] J. Prat, *Memorias*, pp. 183-184. R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 87-89. <<

[57] El 24 de febrero de 1937 la Comisión Ejecutiva del PSOE se dirigía a Negrín con esta petición: «Han sido presentadas las instancias de los compañeros de la Brigada Mixta P. U. A. para su ingreso en Carabineros. Estas fuerzas dirigidas por el camarada Díaz Carrasco actuaron con ejemplar eficacia desde los primeros días de la sublevación. Son todos socialistas. No dudamos que teniendo en cuenta estos antecedentes les será tramitado rápidamente su ingreso en Carabineros». Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (Madrid), Archivo Histórico, PSOE-Comisión Ejecutiva. AH-17-25. En adelante, AFPI, AH-17-25. <<

[58] *Gaceta de la República*, 24 y 28 de septiembre de 1936. <<

[59] Reproducida en S. Álvarez, *Negrín, personalidad histórica*, vol. 1, p. 83. <<

[60] M. Alpert, *El ejército republicano en la guerra civil*, p. 229. <<

[61] Lo recordaría J. Álvarez del Vayo en *La guerra empezó en España. Lucha por la libertad*, México, Lucero, 1940, p. 177. <<

[62] El saldo inicial y su composición y valor equivalente en Á. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 34-36; P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, pp. 16 y 26; J. Sardá, «El Banco de España, 1931-1965», pp. 430-433. <<

[63] Á. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 39-41. <<

[64] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 25. <<

[65] *Gaceta de Madrid*, 5 de octubre de 1936. <<

[66] *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 53. <<

[67] A. Viñas, *El oro de Moscú*, p. 53. <<

[68] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 28. <<

[69] Á. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 79 y 87. P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, pp. 71-72. <<

[70] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, vol. 2, pp. 563, 566-567 y 576. *Notre ami Juan Negrín*, texto necrológico mecanografiado de Germaine y Jules Moch, sin fecha (posterior a noviembre de 1956). AFJN, documentación pendiente de inventariar. <<

[71] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 60-61. <<

[72] Decreto original reservado. Custodiado en el Archivo Histórico del Banco de España (Madrid), Secretaría, «Dossier Negrín», Legajo 2549, caja 3, carpeta 1. En adelante: Archivo del Banco de España, Dossier Negrín, legajo, caja y carpeta. <<

[73] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, pp 64-69. Á. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 126-130. <<

[74] *Mis recuerdos*, p. 203. <<

[75] L. Fischer, *Men and Politics. Europe Between the Two World Wars*, Nueva York, Harper & Row, 1966, p. 364. <<

[76] El primer juicio corresponde a Viñas (*op. cit*., p. 131) y los dos segundos a Martín Aceña (*op. cit*., p. 69). <<

[77] Walter G Krivitsky, *In Stalin's Secret Service*, Nueva York, Harper, 1939, pp. 96-100. Hay edición española de dudosa fiabilidad: *Yo, Jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*, Guadalajara, Sucesor de Hipólito de Pablo, 1945. Alexander Orlov, *The March of Time. Reminiscences*, Londres, St. Ermin's Press, 2004, cap. 13 («Operation Gold»). Sobre este véase la biografía elaborada por su agente del FBI encargado de su custodia y vigilancia: Edward Gazur, *Alexander Orlov: The FBI's KGB General*, Nueva York, Carroll & Graf Publishers, 2001. <<

[78] Documentos mecanografiados, con minutas al margen e interpoladas, sin fecha. AFJN, carpeta 31p y carpeta 180b. Partes de ellos han sido publicados por G. Jackson (*Juan Negrín*, p. 75) y Á. Viñas («Mitos que se derrumban, controversias que se aclaran» en S. Millares [ed.], *Juan Negrín, el estadista*, pp. 78-82). <<

[79] Á. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 218-227. Sobre la congelación del oro de Mont de Marsan véase P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, pp. 152-156. <<

[80] R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 72-78. El agente financiero recomendado por la URSS en Washington fue Miles Sherover, que prestó servicios a la causa republicana durante toda la guerra. <<

[81] A pesar de su hostilidad a Negrín, Largo Caballero anotaría en sus memorias: «Inglaterra y Francia eran el alma de la No Intervención. Además, esta última se había negado a devolver a la República el oro que desde la época de la Monarquía se tenía en depósito como resultado del sobrante por la desvalorización del franco hecha por Poincaré. ¿Se podía tener confianza en alguna de ellas? No. ¿En dónde depositarlo? No había otro lugar que Rusia, país que nos ayudaba con armas y víveres. Y a Rusia se entregó». *Mis recuerdos*, p. 203. <<

[82] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, pp. 29 y 158. <<

[83] Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 469, nota 193. <<

[84] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 28. <<

[85] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 31. <<

[86] W. G. Krivitsky, *Yo, Jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*, p. 146. <<

[87] Petición reproducida en la colección de documentos militares soviéticos editada por Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov, *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Barcelona, Planeta, 2002, documento 10, p. 56. <<

[88] Ambas citas en E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, pp. 107-108. Inexcusables para entender la política soviética en esa etapa son: Jonathan Haslam, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe, 1933-1940*, Londres, Macmillan, 1984. Edward Hallett Carr, *El ocaso de la Comintern, 1930-1935*, Madrid, Alianza, 1986. Geoffrey Roberts, *The Soviet Union and the Origins of the Second World War*, Londres, Macmillan, 1995. <<

[89] Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista en España*, Barcelona, Planeta, 1999, p. 460. <<

[90] Los datos sobre la decisión de Stalin y la Comintern, basándose en fuentes archivísticas soviéticas, se describen en varias obras claves: G. Howson, *Armas para España*, pp. 179-180. D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, pp. 195-200. A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, pp. 303-304 y 323-324. <<

[91] Rémi Skoutelsky, *Novedad en el frente: las Brigadas Internacionales en la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 2005. <<

[92] G. Howson, *Armas para España*, p. 181. D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, p. 258. A. Orlov, *The March of Time*, pp. 211-236. <<

[93] A. Orlov, *The March of Time*, pp. 213 y 227. A su biógrafo y controlador del FBI, Edward Gazur, Orlov daría en 1971-1973 (fecha de su muerte) la misma razón: «El principal objetivo para hacerlo (intervenir en España) era tratar de destruir en suelo español al enemigo alemán con un despliegue de poder soviético, que habría de inducir a Hitler a tener serias reservas en su pretensión de provocar a la URSS en el futuro» (*Alexander Orlov*, p. 49). Krivitsky revalidó el juicio: «El mundo cree que las acciones de Stalin en España estaban conectadas de una u otra manera con la revolución mundial. Pero esto no es cierto. El problema de la revolución hacía ya tiempo que había cesado de ser real para Stalin. Se trataba solamente de una cuestión de la política imperialista de Rusia» (*Yo, Jefe del Servicio Secreto*, p. 122). <<

[94] Informe del comandante Nikonov, 20 de febrero de 1937. Reproducido en R. Radosh y otros, *La España traicionada. Stalin y la guerra civil*, pp. 174-178 (cita en p. 174). <<

[95] Notas manuscritas de Pascua sobre la entrevista con Stalin, Molotov y Voroshilov, 3 de febrero de 1937. AHN/Pascua, caja 2, legajo 6. <<

[96] Anotación del 12 de junio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra, 1936-1939*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1996, pp. 74-75. <<

[97] Apuntes de Negrín, sin fecha. AFJN, carpeta 31 p. <<

[98] Á. Viñas, *El oro de Moscú*, p. 170 (para la carta del 17) y pp. 165-166 (para la carta del 15). La aclaración de Negrín en su apunte sin fecha. AFJN, carpeta 31 p. <<

[99] Ángel Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 165-166, 170 y cap. 6. P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 96-98. <<

[100] *Acte de la reception d l'or envoye en dépot par le gouvernement de la Republique Espagnole au depot d'Etat des Metaux Precieux du Comissariat du Peuple des Finances de l'URSS à Moscou*, 5 de febrero de 1937. Tabla numérica del contenido de las 7800 cajas depositadas en Moscú, sin fecha. Archivo del Banco de España, «Dossier Negrín», legajo 2549, caja 3, carpeta 4. <<

[101] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, cap. 6 y pp. 149-151. Á. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 365-366 y 389. Del mismo autor, «Mitos que se derrumban, controversias que se aclaran», pp. 84-89. Á. Viñas, J. Viñuela, F. Eguidazu, C. Fernández y S. Florensa, *Política comercial exterior de España, 1931-1975*, Madrid, Banco Exterior de España, 1979, vol. 1, pp. 239-240. <<

[102] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, pp. 188-192 y 197-198. <<

[103] J. Sardá, «El Banco de España (1931-1962)», p. 436. <<

[104] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 121. <<

[105] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, pp. 127-129. G. Howson, *Armas para España*, cap. 20. <<

[106] D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil*, p. 238. <<

[107] P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 120. <<

[108] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 152. <<

[109] Carta a Prieto fechada en México el 23 de junio de 1939. *Epistolario Prieto-Negrín*, pp. 51-53. <<

[110] Palabras de Helmut Rudiger, secretario en España de la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores), en junio de 1937. Reproducido en J. Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España*, p. 177. <<

[111] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 189-191. J. A. Rojo, *El general Rojo*, pp. 77-86. <<

[112] Jorge Martínez Reverte, *La batalla de Madrid*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 195-206. Julio Aróstegui y Jesús Martínez, *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984. <<

[113] J. A. Rojo, *El general Rojo*, p. 109. <<

[114] E. Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, Sevilla, Renacimiento, 2001. Edición e introducción de Francisca Montiel Rayo. <<

[115] R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 85. J. Prat, *Memorias*, p. 219. L. Fischer, *Men and Politics*, p. 415. <<

[116] Todas esas obras figuran en el catálogo de la compañía Sotheby de los 453 libros de su biblioteca ofrecidos en subasta (tras su muerte) los días 3 y 4 de febrero de 1958: *Library of Spanish Books. European Literature and Works on a Variety of Learned Subjects. The propietry of a Spanish Private Collector*, Londres, Messrs. Sotheby & Co., 1958. Existe ejemplar del catálogo en el AFJN, carpeta 000. <<

[117] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 165-166. <<

[118] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 167-168. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 278. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 569-579. <<

[119] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 172. El juicio previo sobre Rojo en la misma página. <<

[120] Á. Viñas, «La financiación exterior de la guerra civil», en su libro *Guerra, dinero y dictadura. Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 202-203. E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, pp. 117-119. <<

[121] Dos percepciones contrapuestas de esa estrategia bélica en Carlos Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000; y Rafael Casas de la Vega, *Franco, militar*, Madrid, Fénix, 1995. Una buena panorámica sobre el perfil militar de la contienda en Gabriel Cardona, «Las operaciones militares», en M. Tuñón de Lara y otros, *La guerra civil española*, pp. 199-274. Del mismo autor véase su reciente *Historia militar de una guerra civil. Estrategia y táctica de la guerra de España*, Barcelona, Flor del Viento, 2006. <<

[122] Citado en Arthur Marwick, Clire Emsley y Wendy Simpson (eds.), *Total War and Historical Change: Europe, 1914-1945*, Buckingham, Open University Press, 2001, p. 255. El juicio de Benet en J. A. Rojo, *El general Rojo*, p. 216. <<

[123] Reproducido en P. Preston, *Franco. Caudillo de España*, p. 278. También en Berlín el mariscal Keitel se quejaba de que «la personalidad de Franco parece estar dividida entre el militar que aceptaba de buena gana las sugerencias italianas y alemanas de nuevas ofensivas decisivas y el político que se abstenía de llevarlas a cabo». Citado en C. Blanco Escolá, *Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*, Barcelona, Labor, 1993, p. 168. <<

[124] P. Preston, *Franco. Caudillo de España*, p. 304. <<

[125] Las cifras se reproducen en S. G. Payne, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003, p. 230. Se confirman por el informe de André Marty a la Comintern de 7 de marzo de 1937. R. Radosh y otros, *España traicionada*, p. 192. <<

[126] José Peirats, *La CNT en la revolución española*, París, Ruedo Ibérico, 1971, vol. 2, p. 127. <<

[127] M. Alpert, *El ejército republicano en la guerra civil*, p. 115. <<

[128] Acta de la reunión de Largo Caballero y Victorio Codovilla, entonces delegado de la Comintern en España, 17 de septiembre de 1936. Citada en A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, p. 317. <<

[129] Instrucciones del 28 de agosto de 1936. Reproducidas A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, p. 307. El texto de la carta de Stalin, fechada el 21 de diciembre de 1936, en Dolores Ibárruri (dir.), *Guerra y revolución en España*, Moscú, Progreso, 1967, vol. 2, pp. 102-103. <<

[130] S. G. Payne, *Unión Soviética, comunismo y revolución*, pp. 254-255. A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, pp. 344-345. Tim Rees, «The highpoint of Comintern influence? The Communist Pary and the Spanish Civil War», en T. Rees y A. Thorpe (eds.), *International Communism and the Communist International, 1919-1943*, Manchester, Manchester University Press, 1998, pp. 143-167. <<

[131] Declaraciones en *Mundo obrero*, órgano del PCE, 4 de enero de 1937. Reproducidas en Juan Avilés, *Pasionaria. La mujer y el mito*, Barcelona, Plaza y Janés, 2005, p. 125. La declaración de José Díaz ante el comité central el 5 de marzo de 1937, se cita en S. G. Payne, *Unión Soviética, comunismo y revolución*, p. 262. <<

[132] A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, p. 451. <<

[133] La versión de sus diferencias con Negrín fue expuesta por Peiró y López en sendas conferencias públicas celebradas en Valencia a finales de mayo de 1937. Su texto se reproduce en J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, vol. 2, pp. 190-207. <<

[134] Informe del 31 de diciembre de 1936. R. Radosh y otros, *España traicionada*, p. 133. <<

[135] Notas manuscritas de Pablo de Azcárate sobre el discurso de Negrín a los embajadores de la República convocados a Valencia, 17 de junio de 1937. AMAE/Azcárate, caja 104, carpeta 14. <<

[136] M. Á. Pons, «Hacienda y Finanzas durante la guerra civil», pp. 23-33. Las tensas relaciones de Negrín con Heliodoro de la Torre, titular del Departamento de Hacienda del gobierno vasco, no evitaron que el primero abriera una cuenta de crédito a favor del ejecutivo de Euskadi. José Luis de la Granja Sáinz, *República y guerra civil en Euzkadi*, Oñati, Instituto Vasco de Administración Pública, 1990, pp. 255-283. Francesc Bonamusa, « L'estratègia econòmica del Govern de la Generalitat en els primer mesos de la revolució», en J. M. Solé Sabaté y J. Villarroya (dirs), *Breu història de la guerra civil a Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 2005, pp. 289-316. <<

[137] La información precedente se recoge en el informe del Ministerio de Hacienda titulado *Comisión nombrada por orden del Ministerio de Hacienda y Economía de 18 de junio de 1937. Antecedentes y resumen de gestiones, informaciones y propuestas*. AFJN, carpeta 44. <<

[138] La divisa aparece recogida en la Memoria presentada por Jerónimo Bugeda, subsecretario de Hacienda y miembro de la Comisión Ejecutiva, al Comité Nacional del PSOE reunido en Valencia el 17 de julio de 1937. Actas, p. 46. Archivo de la Fundación P. Iglesias, Comisión Ejecutiva PSOE, AH-III-4. <<

[139] Informe «escrito en los primeros días de marzo», procedente de «nuestro confidente político en España». R. Radosh y otros, *España traicionada*, pp. 202-213 (cita en p. 208). <<

[140] Anotación del 20 de mayo de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 42. <<

[141] Orden de 12 de enero de 1937. AHN/Araquistáin, legajo 35/N8. Sobre la actuación de la Comisión véase G. Howson, *Armas para España*, caps. 11 y 14. <<

[142] Carta de Araquistáin a Negrín, fechada en París el 2 de marzo de 1937. AHN/Araquistáin, legajo 35/N9e. <<

[143] Carta de Largo Caballero a Araquistáin, fechada en Valencia el 7 de abril de 1937. AHN/Araquistáin, legajo 32, exp. 40. <<

[144] B. Bolloten, *La guerra civil española*, p. 655. <<

[145] Reproducido en J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, vol. 2, p. 143 (p. 138 para los incidentes en Puigcerdá). <<

[146] El tratamiento más completo de la crisis se halla en B. Bolloten, *La guerra civil española*, caps. 42 y 43; y H. Graham, *The Spanish Republic at War*, cap. 5. D. Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, pp. 164-169 . J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, vol. 2, pp. 143-173. La protesta de Azaña por la censura de sus comunicaciones con Valencia en la anotación de 20 de mayo de 1937. *Memorias de guerra*, p. 24. José Manuel Rúa, «Una guerra civil catalana dins la Guerra Civil espanyola», en J. M. Solé Sabaté y J. Villarroya (dirs.), *Breu història de la guerra civil a Catalunya*, pp. 430-441. <<

[147] J. Casanova, *De la calle al frente*, pp. 224-225. Cfr. S. Juliá, «Partido contra sindicato: una interpretación de la crisis de mayo de 1937», en S. Juliá (coord.), *Socialismo y guerra civil*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1987, pp. 325-346. <<

[148] Citado en J. Casanova, *De la calle al frente*, p. 226. <<

[149] Anotación de 20 de mayo de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 42. <<

[150] Informe remitido por el servicio secreto militar a Moscú, 11 de mayo de 1937. R. Radosh y otros, *España traicionada*, pp. 247-257. <<

[151] Anotación de 20 de mayo de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 46. Según Rodolfo Llopis, subsecretario de Presidencia con Largo Caballero, la reunión ministerial había tenido lugar el 13 de mayo. B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, pp. 105-107. <<

[152] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 188. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, vol. 2, pp. 660-663. Sobre la tramitación de la crisis véase B. Bolloten, *La guerra civil española*, cap. 44; H. Graham, *The Spanish Republic at War*, pp. 298-305; y Ricardo Miralles, *Juan Negrín. La República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003, pp. 121-127. <<

[153] H. Graham, *The Spanish Republic at War*, pp. 304-305. <<

[154] Telegrama de John Leche, encargado de negocios británico en Valencia, al Foreign Office, 18 de mayo de 1937. Archivo del Foreign Office (FO), serie «General Correspondence» (clave 371), legajo 21292, documento número W9561. En adelante se citará abreviadamente: FO 371/24115 W973. Todos los archivos británicos citados, salvo mención expresa, se conservan en The National Archives (Kew, Surrey). Prueba del escaso conocimiento de Negrín en Londres es la ausencia de ninguna referencia sobre él en el informe de 1936 sobre personalidades políticas españolas redactado anualmente por la embajada para uso del Foreign Office. Sí existía, en cambio, sobre Largo Caballero, Prieto, Besteiro, Fernando de los Ríos y Luis Araquistáin: *Report on Leading Personalities in Spain*, 7 de enero de 1936. FO 371/2058 W245. <<

[155] *El Socialista*, 18 de mayo de 1937. <<

[156] Anotación de 20 de mayo de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 56. Discurso de Negrín ante las Cortes reunidas en Valencia, *Diario de sesiones de las Cortes*, 1 de octubre de 1937, pp. 14-15. <<

[157] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, vol. 2, pp. 668 y 671. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 302-305. Una nota pública de la comisión ejecutiva del PSOE el día 17 confirmaba que «por unanimidad, los miembros de la mencionada Comisión autorizaron al camarada Negrín para que iniciase sus gestiones». *El Socialista*, 18 de mayo de 1937. <<

[158] El nombramiento se publicó en la *Gaceta de la República*, el 18 de mayo del año 1937. <<

[159] J. Prat, *Memorias*, p. 215. La noticia sobre la «tenaz resistencia» de los sindicatos a «compartir las responsabilidades del Gobierno» en el discurso de Negrín: *Diario de sesiones de las Cortes*, 1 de octubre de 1937, p. 15. El nombramiento de Prat en *Gaceta de la República*, 28 de mayo de 1937. <<

[160] H. Graham, *El PSOE en la guerra civil*, pp. 161-163, 167, 211-213, 220-221. El texto del esperado y frustrante discurso de Largo Caballero en el cine Pardiñas de Madrid, el 17 de octubre de 1937, se recoge en J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, pp. 295-304. Cfr. J. F. Fuentes, *Largo Caballero*, pp. 326-339. <<

[161] Declaraciones a la prensa de David Antona, secretario general de la CNT del Centro, el 20 de agosto de 1937. Reproducidas en J Peirtas, *La CNT en la revolución española*, pp. 283-284. La cita previa del Pleno de Regionales en J. Casanova, *De la calle al frente*, p. 230. Cfr. C. M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, pp. 245-246. <<

[162] Textos de las consignas y proclamas impresas en *Alerta…! Periódico de la Revolución Proletaria*, números 4 y 5, publicados el sábado 13 y 20 de noviembre de 1937. Ambos ejemplares fueron conservados por Negrín en su archivo particular. AFJN, carpeta 23. El tenor de esas denuncias fue asumido y ampliado por el famoso Informe de la FAI de septiembre de 1938, recogido por dirigentes faístas como Abad de Santillán (*Por qué perdimos la guerra*, caps. 11, 12 y 13) y J. García Pradas (*Teníamos que perder*). Ellos constituyen en buena medida la dudosa base informativa e interpretativa de las obras ya citadas de autores como Francisco Olaya Morales, Víctor Alba o José María Zavala. <<

[163] Testimonio en J. Llarch, *Negrín*, p. 115. Subrayado original. Garcés, socialista y capitán de Carabineros, sería nombrado en abril de 1938. Cfr. B. Bolloten, *La guerra civil española*, pp. 899-901. El decreto de creación del SIM como órgano para «combatir el espionaje, sabotaje y realizar funciones de investigación y vigilancia cerca de las fuerzas armadas dependientes de este Ministerio» en la *Gaceta de la República*, 7 de agosto de 1937. <<

[164] J. S. Vidarte, *op. cit*., vol. 2, p. 663. No serían pocos los socialistas que considerarían que, en aquella ocasión, «Prieto escurría el bulto una vez más. No se aventuraba a ejercer por su cuenta, bajo su personalidad, la función del Poder». J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 151. <<

[165] Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, Madrid, G. del Toro, 1974, pp. 100-101. <<

[166] A. Orlov, *The March of Time*, pp. 306-307. E. Gazur, *Alexander Orlov*, pp. 99 y 339. Según este agente del FBI y albacea del general: «Orlov siempre creyó que Negrín ejerció la posición de Primer Ministro con confianza y dignidad. Durante su mandato, Negrín fue frecuentemente criticado por sus enemigos por haberse plegado a los dictados soviéticos y haber cedido ante sus demandas. Orlov declaró que no fue así». El informe citado en R. Radosh y otros, *España traicionada*, pp. 254-255. <<

[167] J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, p. 125. Hernández añade en p. 177 que ni Negrín ni su antecesor o Prieto «puede ser tildado de agente del Kremlin, y, mucho menos, de traidor a su patria». <<

[168] Anotación del 20 y 31 de mayo de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, 1996, pp. 55-57. Cfr. S. Juliá, «Presidente por última vez: Azaña en la crisis de mayo de 1937», en A. Alted, Á. Egido y M. F. Mancebo (eds.), *Manuel Azaña: Pensamiento y acción*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 239-256. <<

[169] Tal es el título que reflejan los papeles timbrados de la Presidencia emitidos por los tres colaboradores durante toda la gestión de Negrín. A título de ejemplo, véase los custodiados en AFJN, carpeta 63 («Saluda del Jefe del Gabinete del Presidente»), carpeta Asuntos («Saluda del Secretario del Excmo. Sr. Presidente») y carpeta 25 («Saluda del Jefe del Gabinete de Cifra de la Presidencia»). <<

[170] B. Bolloten, *La guerra civil española*, pp. 250-251 y 880-881. <<

[171] Decretos de nombramientos en la *Gaceta de la República*, 28 de mayo de 1937. <<

[172] Informe del 21 de mayo de 1939. P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980, p 234. <<

[173] J. Prat, *Memorias*, pp. 224-225. <<

[174] Debe subrayarse que las primeras formulaciones de esa política como una forma de «resistencia» fueron obra de militares como Rojo y Miaja. En el caso de Rojo, véase su primer informe estratégico de 31 de mayo de 1937 («idea de resistir a toda costa»). Archivo Histórico Nacional, sección «Diversos», serie «Papeles de Rojo», caja 28, carpeta 1. En adelante: AHN/Rojo, caja y carpeta. Una arenga de Miaja el 25 de julio decía: «Hay que resistir, resistir, resistir hasta su derrota». J. A. Rojo, *El general Rojo*, p. 161. <<

[175] El juicio de Azaña en su anotación del 31 de mayo de 1937. *Memorias de guerra*, p. 56. Las noticias sobre su temor a la prensa y a los fotógrafos en *El Socialista*, 18 y 19 de mayo y 4 de junio de 1937. El diario se atrevía ese último día a buscar una explicación en el artículo de Fernando Vázquez, «Política y fisiología»: «el doctor Negrín desdeña lo que hay de personal, en el hombre, en cuanto que aprecia lo que hay de personal en la obra. De ahí su fobia al retrato». <<

[176] Las más recientes y completas evaluaciones de la gestión de Negrín al frente del gobierno son obra de H. Graham (*The Spanish Republic at War*, especialmente cap. 6) y R. Miralles (*Juan Negrín. La República en guerra*, caps. 3, 5 y 6). <<

[177] «Declaraciones de Negrín a un redactor de *L'Humanité*» y «Declaraciones de Negrín a la *United Press*», *El Socialista*, 22 y 23 de mayo de 1937. <<

[178] J. Bugeda, «Informe económico», texto y presentación. Actas del Comité Nacional del PSOE, 17 de julio de 1937, pp. 45-57. Archivo de la Fundación P. Iglesias, AHIII-4. El texto citado en pp. 46-47. <<

[179] Informe citado de J. Bugeda, pp. 47, 48, 50 y 51. <<

[180] Informe de J. Bugeda, pp. 48 y 56-57. Según el acta, la ponencia de Bugeda fue aprobada por asentimiento y sin considerar necesaria su discusión y votación. <<

[181] *Diario de sesiones de la Diputación Permanente de las Cortes*, 16 de noviembre de 1937, pp. 9 y 11. <<

[182] «Discurso pronunciado en el almuerzo de la Asociación Internacional de Periodistas acreditados ante la S. de N. el 14 de septiembre de 1937», en *La agresión italo-alemana contra España. Tres discursos de Don Juan Negrín*, Ginebra, Imp. Coopérative Etoile, 1937, p. 7. <<

[183] Resumen de conversación entre el señor Negrín y el señor Eden, el 13 de septiembre de 1937. AMAE/Azcárate, caja 106, carpeta 3. Según Garcés, la reunión no resultó totalmente fructífera porque Eden le replicó: «¿Cómo quiere usted que Inglaterra ayude a un Ejército cuyos mandos son en un 90% comunistas?». J. Llarch, *Negrín*, p. 117. Cfr. E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, p. 208. <<

[184] Primera epístola de San Pablo a los corintios, cap. 14, versículo 8, *Nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 1988. <<

[185] Andrew Roberts, *Hitler y Churchill. Estilos de liderazgo*, Madrid, Taurus, 2003, pp. 18-19, 161 y 175. <<

[186] Winston S. Churchill, *Never Give in! The Best of Winston Churchill's Speeches*, Londres, Pimlico, 2004, pp. 226 y 229. Sobre esa estricta equivalencia entre «resistencia» como lema de Negrín y «hold on» o «stand up» como lemas de Churchill véase el contenido de otros discursos y proclamas del primer ministro británico en Martin Gilbert, *Finest Hour. Winston S. Churchill, 1939-1941*, Londres, HeinemannMinerva, 1989, pp. 548, 556, 570. <<

[187] Discurso de Negrín en París ante la Diputación Permanente de las Cortes. *Diario de sesiones de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo de 1939, p. 7. <<

[188] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 764-765. <<

[189] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, vol. 2, p. 679. <<

[190] Decreto del 20 de mayo de 1937 publicado en la *Gaceta de la República* del 21 de mayo de 1937. <<

[191] Véase la descripción de esas medidas en R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Editora Nacional, 1973, vol. 3, pp. 1171-1175. M. Alpert, *El ejército republicano en la guerra civil*, pp. 258-263. <<

[192] J. A. Rojo, *El general Rojo*, p. 78. Carlos Blanco Escolá, *Vicente Rojo. El general que humilló a Franco*, Barcelona, Planeta, 2003, pp. 218-223. <<

[193] Informe firmado por Rojo y la totalidad del Estado Mayor Central, 31 de mayo de 1937. AHN/Rojo, caja 28, carpeta 1. Subrayado original. <<

[194] Informe del 14 de junio de 1937. AHN/Rojo, caja 28, carpeta 1. <<

[195] J. Prat, *Memorias*, pp. 219-221. J. A. Rojo, *El general Rojo*, p. 150. <<

[196] Anotación del 29 de junio de 1938. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 99. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 350-351. <<

[197] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, vol. 2, pp. 706-707. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 328-329. <<

[198] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 350-351. <<

[199] Anotación del 15 de julio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 148-149. <<

[200] Anotación del 22 de julio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 164. <<

[201] Anotación del 22 de julio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 163. La observación de Prieto sobre el encanecimiento de Negrín en p. 102 (anotación de 29 de junio de 1937). <<

[202] Anotaciones del 31 de mayo, 4 y 12 de junio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 57-58, 63, 70 y 73. <<

[203] Víctor Alba y Marisa Ardevol (eds.), *El proceso del POUM: transcripción del sumario, juicio oral y sentencia del Tribunal Especial*, Barcelona, Lerna, 1989. Cfr. A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, pp. 374-383. Sobre Nin véase Francesc Bonamusa, *Andreu Nin y el movimiento comunista en España, 1930-1937*, Barcelona, Anagrama, 1977; y Pelai Pagés, *Andreu Nin*, Bilbao, Zero, 1975. Giovanni C. Cattini, «Operació Nikolai: L'Estalinisme liquida la revolució», en J. M. Solé Sabaté y J. Villarroya (dirs), *Breu història de la guerra civil a Catalunya*, pp. 447-449. <<

[204] Informe del NKVD remitido a Moscú, 22 de julio de 1937. Informe del NKVD remitido al mariscal Voroshilov y a G. Dimitrov, 30 de julio de 1937. R. Radosh y otros, *España traicionada*, pp. 267-274 y 274-290. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 727-733. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 307-311. J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pp. 155-162. <<

[205] Carta fechada en Valencia el 24 de julio de 1937. AFJN, carpeta 44. <<

[206] La cita de Togliatti en su informe para Stalin de 21 de mayo de 1939. *Escritos sobre la guerra de España*, p. 231. El informe de Stepánov (alias del búlgaro Stoyán Mínev) en *Las causas de la derrota de la República Española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepánov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939)*, Madrid, Miraguano, 2003, p. 260. <<

[207] R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 95. <<

[208] Anotación del 29 de junio y 22 de julio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 100, 165. <<

[209] B. Bolloten, *La guerra civil española*, p. 780. <<

[210] J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pp. 155-157. <<

[211] La política militar de Prieto en M. Alpert, *El ejército republicano en la guerra civil*, pp. 182-187 y 222-224. Cfr. B. Bolloten, *La guerra civil española*, pp. 816-829; y J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 732-733. Sobre la complicidad de Ortega, J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pp. 140-141. <<

[212] Declaraciones a la prensa el 16 de agosto de 1937. Reproducidas en J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, p. 266. Diez días antes, Azaña había emplazado a Negrín a atajar la adopción de «métodos moscovitas, que cada tres o cuatro meses descubren un complot y fusilan a unos cuantos enemigos políticos». Negrín respondió: «No creo que las cosas lleguen a ese extremo. En todo caso, el Gobierno no lo consentiría». M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 188. <<

[213] El texto de la sentencia, fechada en Barcelona el 29 de octubre de 1938, en V. Alba y M. Ardevol (eds.), *El proceso del POUM*, pp. 479-490. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 744. <<

[214] R. Radosh y otros, *España traicionada*, p. 271. El mismo juicio abriga J. Hernández (*Yo fui un ministro de Stalin*, p. 203): «la influencia política del PC comenzó a declinar en el verano de 1937». <<

[215] R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. 2, p. 1354. <<

[216] M. Alpert, *El Ejército republicano en la guerra civil*, pp. 228-229. <<

[217] Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *KGB. The Inside Story of its Foreign Operations from Lenin to Gorbachov*, Londres, Hodder & Stoughton, 1990, p. 200. *Roosevelt and Churchill. Their Secret Wartime Correspondence*, Londres, Barrie & Jenkins, 1975, pp. 65-66, 272 y327-330. <<

[218] Caso, por ejemplo, de Manuel Azcárate, hijo del embajador en Londres y dirigente comunista de las JSU por entonces: «Él no apreciaba en nada, y me lo hizo sentir, que yo fuese comunista». *Derrotas y esperanzas. La República, la guerra civil y la resistencia*, Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 179 y 183. Cfr. J. Álvarez del Vayo, *En la lucha. Memorias*, p. 221. <<

[219] *La «desaparición» de Nin*, notas mecanografiadas, sin fecha. AFJN, carpeta de París pendiente de inventariar. <<

[220] Un completo y actualizado examen de la génesis y desarrollo de la guerra en Aragón en Alejandro R. Díez Torre, *Orígenes del cambio regional y turno del pueblo. Aragón, 1936-1938*, Madrid, UNED-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003. <<

[221] Juicios recogidos en J. A. Rojo, *Vicente Rojo*, pp. 162-163. Negrín comentó sus visitas al frente a Azaña el 22 de julio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 161-162. La propuesta del 12 de julio fue aprobada por Azaña, aunque recomendó su postergación porque temía que la CNT y el Consejo «puedan ofrecer resistencia y promover un conflicto» (p. 147). <<

[222] *Gaceta de la República*, 11 de agosto de 1937. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 315. <<

[223] Anotación del 13 de agosto de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 216. <<

[224] Las cartas, fechadas el 10 de agosto, se reproducen en R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. 2, pp. 1298-1299 y 1334. J. Casanova, *De la calle al frente*, pp. 233-234. C. M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles*, pp. 247-251. J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, vol. 2, p. 278. <<

[225] Observaciones de Rojo para Prieto con ocasión del final de la ofensiva. J. A. Rojo, *Vicente Rojo*, pp. 168-171. <<

[226] José Antonio Aguirre, *Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República sobre los hechos que determinaron el derrumbamiento del Frente del Norte. 1937*, Bilbao, Gran Enciclopedia Vasca, 1978, pp. 170-171. Sobre el «pacto de Santoña», véase la justificación de Aguirre en sus memorias: *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, Bilbao, Abiatu, 1992, pp. 49-52. Cfr. J. L. de la Granja, *República y guerra civil en Euzkadi*, pp. 221-223. <<

[227] Anotación del 29 de julio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 176. La explicación de Aguirre a Azaña sobre las causas del hundimiento del frente vasco fue ofrecida en la audiencia del 19 de julio (pp. 153-157). <<

[228] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 536. <<

[229] J. Prat, *Memorias*, pp. 222-223 y 253. La motivación y actuación de esa comisión del Ministerio de Economía y Hacienda en AFJN, carpeta 44. <<

[230] Informes de Rojo sobre la reunión del Estado Mayor Central del 3 y 6 de junio de 1937. AHN/Rojo, caja 28, carpeta 1. <<

[231] Anotación del 3 de julio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 121-122. <<

[232] Carles Pi i Suñer *La República y la guerra. Memorias de un político catalán*, México, Oasis, 1975, pp. 449-452. Del mismo autor, *Catalunya en la guerra civil espanyola*, Barcelona, Fundació Carles Pi i Suñer, 1993, pp. 46-47. <<

[233] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 315-316. <<

[234] *Comisión nombrada por orden del Ministerio de Hacienda y Economía de 18 de junio de 1937. Antecedentes, resumen de gestiones, informaciones y propuestas*, sin fecha. AFJN, carpeta 44. <<

[235] J. M. Bricall, «La economía española, 1936-1939», en M. Tuñón de Lara y otros, *La guerra civil. 50 años después*, p. 374. Giovanni C. Cattini, «Tensions entre la Generalitat i el Govern de la República enmig de la conjuntura bèllica», en J. M. Solé Sabaté y J. Villarroya (dirs), *Breu història de la guerra civil a Catalunya*, pp. 501-510. <<

[236] Anotación del 9 de agosto de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 213. <<

[237] Anotación del 23 de agosto de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 230. <<

[238] J. Prat, *Memorias*, p. 216. Cfr. R. Miralles, *Juan Negrín*, cap. 7 («La diplomacia negrinista»). <<

[239] Notas manuscritas de Azcárate, 17 de junio de 1937. AMAE/Azcárate, caja 104, carpeta 14. J. Prat, *Memorias*, p. 217. <<

[240] Así lo había expresado a la Ejecutiva del PSOE cuando Largo Caballero formó gobierno en septiembre de 1936 y se le encargó la cartera de Hacienda. Así lo recordaría en su carta a Prieto de 23 de junio de 1939. *Epistolario Prieto-Negrín*, p. 51. <<

[241] E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, pp. 150-151. M. Alpert, *La guerra civil española en el mar*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 275-280. <<

[242] Anotación del 2 de junio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 66-67. Telegrama de Stalin para la Comintern en España. R. Radosh y otros, *España traicionada*, pp. 335-336. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 691. J. A. Rojo, *Vicente Rojo*, pp. 153-154. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, p. 304. J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pp. 162-166. I. Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España*, Barcelona, Planeta, 1989, pp. 45-46. <<

[243] Anotación del 3 de julio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 119-120. <<

[244] Declaración ante el gabinete, 30 de junio de 1937. Reproducida en E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, 1996, p. 181. <<

[245] Carta del embajador norteamericano en París al presidente Roosevelt, 30 de julio de 1937. E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, pp. 163-164. <<

[246] Despacho de Claude G. Bowers desde San Juan de Luz para el Departamento de Estado, 20 de julio de 1937. E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, p. 164. El embajador publicó sus memorias bajo el título *My mission to Spain* (Nueva York, Simon and Schuster, 1954). Traducción española: *Misión en España*, México, Grijalbo, 1955. <<

[247] Nota sin fecha (pero de mediados de 1937) conservada en el archivo particular de Pascua. AHN/Pascua, caja 2, legajo 2. Telegrama de Negrín a Pascua, 24 de julio de 1937. AFJN, carpeta 44. Anotación del 29 de julio y 6 de agosto de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 176 y 188. <<

[248] Carta de Pascua a Negrín, 29 de octubre y 28 de noviembre de 1937. AHN/Pascua, caja 2, legajo 2. <<

[249] Anotación del 14 de junio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 77 y 83. Cfr. R. Miralles, «Paz humanitaria y mediación internacional: Azaña en la guerra», en A. Alted, Á. Egido y M. F. Mancebo (eds.), *Manuel Azaña*, pp. 257-276. <<

[250] Todas las citas proceden de anotaciones de Azaña del 26 de julio, 30 de agosto y 21 de octubre de 1937, *Memorias de guerra*, pp. 169, 245 y 336-337. Véase igualmente M. Azaña, *Apuntes de memoria. Inéditos. Guerra Civil*, Valencia, Pretextos, 1990, pp. 24-25 («Si cae Madrid, "humanizar la paz"», octubre de 1936); p. 39 («Mi plan: bloqueo de armas y contingentes; reembarco y suspensión», febrero 1937). <<

[251] M. Azaña, *Apuntes de memoria*, p. 61, y *Memorias de guerra*, p. 121. P. de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, Ariel, 1976, pp. 60-63. Cfr. Antonio Marquina Barrio, «Planes internacionales de mediación durante la guerra civil», *Revista de estudios internacionales*, vol. 4, 1984, pp. 569-591. <<

[252] Anotación de 12 de junio de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 73. <<

[253] Anotación del 20 de mayo de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 38 y 121. P. de Azcárate, *Mi embajada en Londres*, pp. 64-69. L. Fischer, *Men and Politics*, pp. 420-421. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 837-838. <<

[254] Despacho del embajador alemán ante Franco para las autoridades alemanas, 23 de mayo de 1937. E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 172-173. <<

[255] M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 77-78. <<

[256] Anotación de 31 de agosto de 1937. M. Azaña, *Memorias de* guerra, p. 248. <<

[257] Discurso del 18 de septiembre de 1937 ante la Asamblea de la SDN, *La agresión italo-alemana contra España. Tres discursos de Don Juan Negrín*, Ginebra, Imp. Coopérative Etoile, 1937, p. 16. <<

[258] Anotación del 10 de octubre 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 314. <<

[259] Anotación del 27 de septiembre. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 301-302. <<

[260] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 764-765. <<

[261] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 765. Cfr. José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española*, México, Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, pp. 246-252. <<

[262] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 788. <<

[263] *El Socialista*, 30 de octubre de 1937. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 357-358. *Epistolario Prieto-Negrín*, p. 103. <<

[264] Informe reproducido en R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. 3, p. 2975-2985 (citas en pp. 2975 y 2984). Azaña recoge en sus memorias (pp. 184, 228, 359 y 380) el informe oral y escrito de Buzón. Según Azaña, Irujo preguntó a Buzón cuál había sido la causa de la caída de Bilbao. Su respuesta fue tajante: «En un 50%, la aviación enemiga; en lo restante, Aguirre». <<

[265] Carta fechada en Barcelona el 10 de noviembre de 1937. AHN/Rojo, caja 22, carpeta 13. <<

[266] Anotación del 2 de noviembre de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 348. <<

[267] Anotación del 6 de noviembre de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 355-356. <<

[268] Anotación del 3 de noviembre de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 351. La confesión previa de Martínez Barrio, transmitida el día anterior, en p. 348. <<

[269] «Nota del Gobierno acerca del traslado», *El Socialista*, 31 de octubre de 1937. <<

[270] C. Pi i Suñer, *La República y la guerra*, pp. 463-467; y *Catalunya en la guerra civil espanyola*, pp. 43-48. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 359-361. J. Prat, *Memorias*, p. 253. <<

[271] M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 333 y 340. <<

[272] Anotación del 13 de diciembre de 1937. M. Azaña, *Apuntes de memoria*, p. 77. <<

[273] La carta de dimisión, fechada el 1 de diciembre de 1937, en AFJN, carpeta 23. M. Ansó, *Yo fui ministro de* Negrín, pp. 208-209. Cfr. Glicerio Sánchez-Recio, *Justicia y guerra en España. Los tribunales populares, 1936-1939*, Alicante, Universidad de Alicante, 1991, pp. 166-169. <<

[274] Carta fechada el 21 de enero de 1938. AFJN, carpeta 34. <<

[275] J. Prat, *Memorias*, pp. 252-253, 256-257 y 295. J. Llarch, *Negrín*, pp. 124-125. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los* españoles, p. 369. M. Azaña, *Apuntes de memoria*, p. 77. M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 208. La información sobre la casa de Pins del Vallés me ha sido amablemente proporcionada por José F. Mota, residente en dicha ciudad. <<

[276] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 364-365. La anotación previa de Azaña, del 30 de septiembre de 1937, en *Memorias de guerra*, p. 305. <<

[277] J. A. Rojo, *El general Rojo*, p. 176. C. Blanco Escolá, *Vicente Rojo*, pp. 242-244. <<

[278] Anotación del 18 de noviembre de 1937. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 379. <<

[279] Anotación del 28 de agosto. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 241. <<

[280] Ricardo Miralles, «La política exterior de la república española hacia Francia durante la guerra civil española», *Historia Contemporánea* (Bilbao), n.º 10, 1993, pp. 29-50. Labonne había sido nombrado en sustitución de Herbet el 8 de octubre de 1937. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 7, documento 280. <<

[281] E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, pp. 180-182; y *La perfidia de Albión*, pp. 251-252. C. Attlee, *As it Happened*, Londres, Heinemann, 1954, pp. 94-95. L. Fischer, *Men and Politics*, p. 464. Betty D. Vernon, *Ellen Wilkinson*, Londres, Croom Helm, 1982, p. 165. Despachos de Azcárate del 2 de septiembre, 4 y 6 de noviembre de 1937. AMAE/Azcárate, caja 106, exp. 3. <<

[282] *Note on Interview with Mr. C. R. Attlee*, 14 de diciembre de 1937. FO 371/21302. El informe fue estudiado por el gabinete británico en su reunión del 22 de diciembre de 1937. <<

[283] Declaraciones a la Agencia Reuter. Reproducidas en *The Manchester Guardian*, 26 de noviembre de 1937. Las palabras de Franco han sido retraducidas del inglés. <<

[284] Carta fechada el 21 de diciembre de 1937. AFJN, carpeta 21. <<

[285] Carta fechada en Barcelona, el 10 de diciembre de 1937. AHN/Pascua, caja 2, legajo 13. La fría relación con Prieto en J. A. Rojo, *Vicente Rojo*, pp. 149-151 y 273. <<

[286] *Epistolario Prieto-Negrín*, p. 84. <<

[287] Ibidem. Cfr. M. Azaña, *Apuntes de memoria*, p. 85. <<

[288] Confesión de Prieto a Azaña (antes del 13 de enero de 1938). *Apuntes de memoria*, p. 85. *Epistolario Prieto-Negrín*, p. 86. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 377-378. <<

[289] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 1 de febrero de 1938, p. 13. <<

[290] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 1 de febrero de 1938, pp. 8, 13 y 14. El texto de la proposición de confianza suscrita por todos los diputados fue publicado por la prensa republicana. *El Socialista*, 2 de febrero de 1938. La redacción del discurso y la revisión en J. Prat, *Memorias*, p. 261. <<

[291] Juicio certero de Antony Beevor, *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 476. <<

[292] Cifras de A. Beevor, *La guerra civil española*, p. 480. <<

[293] E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, p. 193. <<

[294] Portada del *Abc* impreso en Sevilla el 16 de abril de 1938. Reproducida en A. Beevor, *La guerra civil española*, p. 484. <<

[295] Carta de Rojo, en Barcelona, a Miaja, en Madrid, 20 de abril de 1938. AHN/Rojo, caja 23, carpeta 12. <<

[296] M. Azaña, *Apuntes de memoria*, pp. 83 (8 de enero) y 90 (26 de febrero). <<

[297] Informe del general Rojo, 28 de enero de 1938. AHN/Rojo, caja 2, carpeta 1. <<

[298] Carta de Negrín a Rojo, 23 de febrero de 1938. AHN/Rojo, caja 22 y carpeta 6. <<

[299] *El Jefe del Gobierno se dirige al país para decirle la verdad del momento y lo que espera de los antifascistas*, Barcelona, Imprenta y Talleres del Ministerio de Defensa Nacional, 1938. El mismo texto en *El Socialista*, 27 de febrero de 1938. <<

[300] Telegrama del 26 de febrero de 1938. AFJN, carpeta 34. El propio Prieto, receptor del primer telegrama, no dejó de subrayar ante Negrín «la extraordinaria importancia que reviste el punto tercero de este telegrama». Sobre las ambigüedades de la política de Roosevelt véase Richard P. Traina, *American Policy and the Spanish Civil War*, Bloomington, Indiana University Press, 1968, cap. 6. <<

[301] Telegramas del 21 de marzo de 1938. AFJN, carpeta 10. Sobre Sherover véase R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 77-78 y 84. <<

[302] Telegramas de Negrín a Pascua, fechados en Barcelona, 26 de enero y 9 de febrero de 1938. AFJN, carpeta 25. <<

[303] Carta personal de Prieto a Negrín, 1 de marzo de 1938. AFJN, carpeta 23. Prieto la reproduce en *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa*, pp. 56-59. Las presiones comunistas, en forma de visita de Pasionaria y gestiones de Hernández, en el informe de 21-22 de abril de 1938 de P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 190. J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pp. 236-237. <<

[304] Telegrama de Negrín a Pascua, fechado en Barcelona, 13 de febrero de 1938. AFJN, carpeta 25. <<

[305] Notas de Pascua sobre su entrevista conjunta con Stalin, Molotov y Voroshilov, 26 de febrero de 1938. AHN/Pascua, caja 2, legajo 2. <<

[306] El acta del crédito se halla en AFJN, carpeta 11. Sobre las circunstancias de su génesis véase: Á. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 358-366. D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil*, p. 234. A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, pp. 406-412. <<

[307] R. Miralles, «La política exterior de la República española hacia Francia durante la guerra civil», *Historia Contemporánea*, n.º 10, 1993, pp. 29-50 (cita en pp. 37 y 39). <<

[308] Guión manuscrito, sin fecha exacta. AFJN, carpeta 43. M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 201. M. Azaña, *Apuntes de memoria*, p. 82. L. Fischer, *Men and Politics*, p. 477. R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 102. <<

[309] Telegrama de Ángel Ossorio y Gallardo al Ministerio de Estado en Barcelona, 24 de febrero de 1938. Fue interceptado por las autoridades franquistas y copia del mismo se custodia en el Archivo de la Presidencia del Gobierno, sección «Jefatura del Estado» (1936-1945), Legajo 1 (nueva numeración 1663), exp. 1. <<

[310] Telegrama de 1 de marzo de 1938. AFJN, carpeta 10. <<

[311] M. Azaña, *Apuntes de memoria*, p. 93. <<

[312] Discurso pronunciado por Negrín en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México el 1 de agosto de 1945. *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, Londres, London Caledonian Press, 1945, p. 13. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 397. J. A. Rojo, *Vicente Rojo*, p. 209. <<

[313] M. Azaña, *Apuntes de memoria*, p. 90. <<

[314] P. de Azcárate, *Mi embajada en Londres*, p. 357. <<

[315] Gerhard L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, Chicago, Chicago University Press, 1980, vol. 2, pp. 299-304. Klaus Hildebrand, *The Foreign Policy of the Third Reich*, Londres, Batsford, 1973, pp. 60-65. Jean-Baptiste Duroselle, *Politique étrangère de la France. La Décadence, 1932-1939*, París, Imprimerie Nationale, 1979, pp. 325-329. R. A. C. Parker, *Chamberlain and Appeasement. British Policy and the Coming of the Second World War*, Londres, Macmillan, 1993, pp. 126-133. <<

[316] E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 260-267. <<

[317] E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, pp. 195-197. J. B. Duroselle, *La politique étrangère de la France*, pp. 329-333. J. Martínez Parrilla, *Las fuerzas armadas francesas y la guerra civil española*, pp. 184-198. <<

[318] Palabras en el discurso del 1 de agosto de 1945 en México. *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, Londres, London Caledonian Press, 1945, p. 13. <<

[319] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 398. <<

[320] M. Azaña, *Apuntes de memoria*, p. 94. El propio Azaña anotó su temor: «Este paso me pareció grave y me impresionó, por estar a la misma hora su jefe pidiendo otras cosas». P. de Azcárate, *Mi embajada en Londres*, pp. 219 y 359. El relato de Labonne a su gobierno en *Documents Diplomatiques Français*, tomo 8, documento 435. <<

[321] M. Azaña, *Apuntes de memoria*, pp. 93-94. El calificativo de «loco visionario» en M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 212. <<

[322] M. Azaña, *Apuntes de memoria*, pp. 94-95. Telegrama de Labonne a París, 16 de marzo de 1938. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 8, documento 455. R. Miralles, *Juan Negrín*, pp. 276-277. <<

[323] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 823-824. A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, pp. 412-413. Informe de Togliatti del 21-22 de abril de 1938. *Escritos sobre la guerra de España*, pp. 192-193 . J. A. Rojo, *Vicente Rojo*, pp. 202-203. <<

[324] M. Azaña, *Apuntes de memoria*, pp. 95-96. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 828. <<

[325] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 400-401. Las palabras de Negrín en el consejo fueron comunicadas por Labonne al gobierno francés en el telegrama del 16 de marzo de 1938. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 8, documento 455. <<

[326] M. Azaña, *Apuntes de memoria*, pp. 95-96. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 400-403. El relato de Ansó sobre esta reunión yerra al señalar que tuvo lugar el 29 de marzo. *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 213-215. <<

[327] M. Azaña, *Apuntes de memorias*, pp. 96-97. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 402 y 405-406. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 825-826. J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, p. 236. Carta de Prieto a Negrín, 3 de julio de 1939. *Epistolario Prieto-Negrín*, pp. 126-127. <<

[328] C. Pi Suñer, *La República y la guerra*, p. 483. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 405-407. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 826. <<

[329] Citado por I. Prieto en *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, pp. 61-62. La convocatoria de la reunión, fechada el 23 de marzo de 1938, se conserva en AFJN, carpeta 23. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 827. <<

[330] Palabras de 1942 ya en el exilio mexicano. Reproducidas en H. Graham, *El PSOE en la guerra civil*, p. 138. <<

[331] I. Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, pp. 63-66. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 828. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 408-410. La fecha de la reunión ministerial pudiera ser el 27 o 28 de marzo de 1938. <<

[332] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 410. <<

[333] Despachos de Labonne para su gobierno, 26 y 27 de marzo de 1938. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 9, documento 56 y 62. <<

[334] El texto del discurso fue publicado íntegramente en *El Socialista*, 29 de marzo de 1938. Fue también impreso como folleto bajo el título *Discurso del Excmo. Sr. D. Juan Negrín, Presidente del Consejo de Ministros, pronunciado en Barcelona el día 28 de marzo de 1938*, Barcelona, s. e., 1938, 28 páginas. <<

[335] Carta de Negrín a Prieto el 23 de junio de 1939. *Epistolario Prieto-Negrín*, pp. 31-32. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 845 y 848. <<

[336] Telegrama de Leche para el Foreign Office, 1 de abril de 1938. FO 371/22623. I. Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, p. 86. <<

[337] I. Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, p. 66. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 8851-852. <<

[338] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 411. <<

[339] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 215.Añade el autor cautelarmente: «Estos o parecidos fueron los argumentos del doctor Negrín». <<

[340] Palabras de Negrín el 1 de agosto de 1945. *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, Londres, London Caledonian Press, 1945, p. 13. <<

[341] I. Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, p. 70. *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, Londres, London Caledonian Press, 1945, p. 14. Carta de Negrín de 23 de junio de 1939. *Epistolario Prieto-Negrín*, pp. 33-34. <<

[342] I. Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, pp. 72-73. <<

[343] I. Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, pp. 74-82. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 412-413. <<

[344] Nota del Jefe del Estado Mayor para el señor ministro, 3 de abril de 1938. AHN/Rojo, caja 2, carpeta 2. Subrayado por nosotros. El informe del día 1 en R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, pp. 1769-1773. <<

[345] Nota del Jefe del Estado Mayor Central para el Excmo. Sr. Presidente del Consejo y Ministro de Defensa Nacional, 25 de abril de 1938. AHN/Rojo, caja 23, carpeta 14. El juicio sobre la confianza en Rojo en J. Zugazagoitia, *op. cit*., p. 436. <<

[346] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 830-831, 843 y 849. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 177-179. H. Graham, *El PSOE en la guerra civil*, pp. 177-178. <<

[347] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 418-419. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 831. <<

[348] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 855 y 857. Subrayado nuestro. <<

[349] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 820-821. <<

[350] Despacho de Labonne, 1 de abril de 1938. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 9, documento 102. <<

[351] D. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 372-373. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 416-417. Informe de Togliatti del 21-22 de abril de 1938. *Escritos sobre la guerra de España*, pp. 195-196. Cfr. Santos Juliá, «El Frente Popular y la política de la República en Guerra», en S. Juliá (coord.), *República y guerra en España*, pp. 206-208. <<

[352] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 831-832. <<

[353] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 439. <<

[354] Según *El Socialista* (6 de abril de 1938), «a las nueve y cuarto de la noche (del día 5) se facilitó en la Presidencia del Consejo la lista del nuevo Gobierno». <<

[355] C. M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, pp. 256-258. J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, vol. 3, pp. 62 y 66. D. Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, pp. 176-177 <<

[356] B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, pp. 109-110. El 19 de abril Negrín había recibido a Ángel Galarza y le había expresado su voluntad de nombrar a Llopis ministro de Instrucción y de reunirse con Largo Caballero para zanjar las divisiones socialistas. Una nueva entrevista de Álvarez del Vayo y Llopis el 30 de abril implicó el ofrecimiento a este de «un cargo diplomático». El 1 de mayo, reunidos Largo, Llopis y Araquistáin, decidieron rechazar la oferta por la razón aludida. <<

[357] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 423. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 182. <<

[358] Anotación del 12 de mayo de 1938. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 393-394. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 443. <<

[359] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 426. <<

[360] J. A. Rojo, *Vicente Rojo*, pp. 212-213. C. Blanco Escolá, *Vicente Rojo*, pp. 267-269. <<

[361] Palabras de Negrín en su discurso del 1 de agosto de 1945. *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, p. 14. <<

[362] Informe del coronel Morel, 12 de abril de 1938. El juicio previo de Labonne, del 17 de abril de 1938. Ambos en *Documents Diplomatiques Français*, tomo 9, documentos 168 y 197. Los informes de Morel son del mayor interés habida cuenta de su competencia profesional y su orientación política conservadora. Cfr. J. Martínez Parrilla, *Las fuerzas armadas francesas ante la guerra civil española*, pp. 94-98. <<

[363] Informe de Stepánov sobre el período abril 1938-enero 1939. *Las causas de la derrota de la República española*, p. 131. P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, pp. 230-232. Sobre el SIM y la política de Paulino Gómez véase M. Alpert, *El ejército republicano*, p. 256. Antonio Cordón, *Trayectoria. Memorias de un militar republicano*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 331. <<

[364] Informe del coronel Morel, 12 de abril de 1938. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 9, documento 168. <<

[365] Ambos juicios en J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 438 y 441; y M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 218. <<

[366] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp 428 y 441-442. Semblanza de Pascua, «Juan Negrín», AHN/Pascua, Caja 1, Leg. 12. <<

[367] Nota del Ministro de Gobernación, 9 de junio de 1938. AJN/París, maleta «Feli». Su función consistió en organizar y supervisar las «guarderías infantiles» creadas para recoger niños abandonados, huérfanos o perdidos, sin hogar. J. Prat, *Memorias*, p. 326. <<

[368] J. A. Rojo, *Vicente Rojo*, pp. 211, 233 y 273. M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 219. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 436-437 y 443-444. Stepánov, *Las causas de la derrota de la República*, pp. 259-260. <<

[369] Moisés Broggi, *Memorias de un cirujano (1908-1945)*, Barcelona, Península, 2001, pp. 91 y 260. <<

[370] M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 389. <<

[371] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 450. Para los desahogos de Negrín, véase las pp. 455-456. <<

[372] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 442. <<

[373] Notas de M. Irujo sobre la reunión del consejo de ministros. Custodiadas en la Fundación Pablo Iglesias y reproducidas por J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 181. La entrevista con Azaña, el 22 de abril, en *Memorias de guerra*, pp. 385-387. <<

[374] *Diario de sesiones de la Diputación Permanente de las Cortes*, 15 de abril y 14 de mayo de 1938. Anotación del 14 de mayo de 1938. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 395. <<

[375] Despacho de Leche, 15 de junio de 1938. FO 371/22626 W7929. <<

[376] Dirección General de Abastecimientos. Sección Junta Reguladora de Abastecimientos. Plan de necesidades según el nuevo racionamiento establecido por el Gobierno, sin fecha (1938). AFJN, carpeta 35. <<

[377] Los datos de Grande Covián en la obra de Carmen y Laura Gutiérrez Rueda, *El hambre en el Madrid de la guerra civil*, Madrid, La Librería, 2003, pp. 129-131 y 136-145. *Resumen general del Presupuesto mensual de materias necesarias en la zona leal*, informe fechado en Barcelona en julio de 1938. AHN/Pascua, leg. 3, exp. 1.3. <<

[378] M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 293 y 397. Anotaciones del 9 y 23 de mayo de 1938. <<

[379] Telegrama de Labonne, 19 de junio de 1938. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 10, documento 58. <<

[380] *Fines de guerra de la República española*, Barcelona, Subsecretaría de Propaganda, 1938 (folleto de 15 páginas). Nota de Zugazagoitia para Negrín, 30 de abril de 1938. AFJN, carpeta 30p. *El Socialista*, 1 de mayo de 1938. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 446-449. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 833-834. Stepánov, *Las causas de la derrota de la República española*, p. 121. L. Fischer, *Men and Politics*, p. 492. <<

[381] Anotación del 9 de mayo. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 392. Al respecto, resulta difícil no coincidir con Beevor (*La guerra civil española*, p. 504): «cuando se leen las breves anotaciones que aparecen en sus cuadernos entre abril y junio (de 1938) se advierte perfectamente el resentimiento de un hombre herido en su vanidad y en su orgullo, que él traviste con el honor debido a su alta magistratura». <<

[382] Telegrama de Labonne, 19 de junio de 1938. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 10, documento 58. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 439 y 449. <<

[383] J. Llarch, *Negrín*, pp. 46-47. R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 88. Información procedente de los servicios de la Presidencia del Gobierno amablemente proporcionada por don Sergio Millares Cantero con fecha de 25 de mayo de 2006. <<

[384] J. Zugazagoitia, *op. cit*., p. 438. Por el contexto, la confesión está hecha en agosto de 1938. <<

[385] *El Gobierno de la República se dirige al país*, folleto sin lugar ni editor, pp. 45 y 9-10. *El Socialista*, 19 de junio de 1938. Recuerda Zugazagoitia (*op. cit*., p. 458): «El discurso era de la Minerva exclusiva de Negrín». <<

[386] Telegrama de Pascua, 14 de junio de 1938. Remitido a las 20,30 horas. AFJN, carpeta 4. <<

[387] R. Miralles, «Georges Bonnet y la política española del Quai d'Orsay (1938-1939)», *Mélanges de la Casa de Velázquez* (Madrid), tomo 30, n.º 3, pp. 113-141. <<

[388] Notas de su diario diplomático reproducidas en E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, p. 280. <<

[389] Telegrama de lord Halifax al embajador en París, 7 de junio de 1938. FO 371/22659 W73.332. La comunicación oficial hecha a Bonnet, que reproducía fielmente el telegrama de Halifax, en *Documents Diplomatiques Français*, tomo 9, documento 520. <<

[390] Cartas de Álvarez del Vayo a Negrín, 15 y 18 de junio de 1938. AFJN, carpeta 4. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 456-458. Carta de Zugazagoitia a Pascua, 17 de junio de 1938. AHN/Pascua, leg. 2, exp. 16. B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, pp. 111-112. <<

[391] «La Jornada Política. “Da asco la agitación de la charca política” dice el doctor Negrín», *Abc* (Madrid), 22 de junio de 1938. Nota mecanografiada titulada «El Sr. Presidente del Consejo hace significativas declaraciones a los periodistas». AFJN, carpeta 30 p. <<

[392] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 361-364 y 458-459. Carta de Zugazagoitia a Pascua, 20 de junio de 1938. AHN/Pascua, leg. 2, exp. 16. Carta de Prieto a Negrín, 3 de julio de 1939. *Epistolario Prieto-Negrín*, p. 132. C. Pi Suñer, *La República y la guerra*, p. 517. <<

[393] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 414-416. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 391-393. Anotaciones del 9, 10 y 11 de mayo de 1938. Sobre la gestión de Rivas en Ginebra véase J. F. Berdah, *La democracia asesinada*, pp. 266-268 y 308-309; y el informe de Pascua titulado *Negociaciones de paz*, sin fecha (¿1939?), pp. 67. AHN/Pascua, caja 5, legajo 2. <<

[394] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 207. Sobre las gestiones de Lizaso y la advertencia de Azcárate véase las minutas de *sir* George Mounsey, 5 y 23 de mayo de 1937. FO 371/21291 y 21292 W8936 y W9591. <<

[395] Ambas cartas, fechadas el 25 de abril y el 26 de julio, se reproducen en Josep Benet, *Lluís Companys. Presidente de Cataluña, fusilado*, Barcelona, Península, 2005, pp. 350-355. <<

[396] Informe de *sir* Horace Wilson, 27 de abril de 1938. FO 371/22659 W5639. Cfr. E. Moradiellos, «El gobierno británico y Cataluña durante la República y la guerra civil», *El Basilisco* (Oviedo), n.º 27, 2000, pp. 21-36; y Gregori Mir, «Els esforços per aconseguir l'armistici i una pau digna», en J. M. Solé Sabaté y J. Villarroya (dirs.), *Breu història de la guerra civil a Catalunya*, pp. 661-670. <<

[397] La gestión de la entrevista, celebrada el 24 de junio, así como el memorándum entregado, se reproducen en E. Moradiellos, «El gobierno británico y Cataluña durante la República y la guerra civil», pp. 31-32 y 34-36. <<

[398] Minuta de Cadogan, 9 de junio de 1938. FO 371/22.660. E. Moradiellos, «El gobierno británico y Cataluña», pp. 32-33. <<

[399] Telegrama del embajador en París, 18 de junio de 1938. FO 371/22660 W7884. El 1 de julio, Bonnet reitera su garantía de que «puede inducir a Barcelona a aceptar el armisticio». <<

[400] Carta de Gómez-Jordana al duque de Alba, 10 de junio de 1938. Procedente del archivo de Alba, custodiado en el Palacio de Liria (Madrid), caja 1, carpeta 1. Citado en E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 282-283. Alba llevó a cabo de inmediato su gestión. FO 371/22659 W6055. <<

[401] Ch. Andrew y O. Gordievsky, *KGB. The Inside Story*, cap. 6 y pp. 167-170. <<

[402] *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 1 de julio de 1935, p. 2. <<

[403] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 470. <<

[404] Se trataba de la Commission Internationale d'Aide aux Enfants Espagnols Réfugiés, fundada en Ginebra en 1937. La presidía el juez Michael Hansson, noruego, que también era el director de la Office International des Réfugiés en Ginebra. Cfr. Rose Duroux, «La ayuda de Noruega y Suecia», en Alicia Alted y otros, *El exilio de los niños*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2003, pp. 127-143 (especialmente p. 129). <<

[405] *Memorandum au sujet de ma conversation avec le Dr. Negrín, a Barcelone, le lundi 4 juillet 1938*, 9 de julio de 1938. FO 371/22660 W9537. <<

[406] Minuta de Roger Makins, 9 de julio de 1938. FO 371/22660 W10.363. Una nueva entrevista de Lilliehook con R. A. Butler, subsecretario del Foreign Office, se celebró el 15 de julio. <<

[407] Minuta del 20 de julio de 1938. FO 371/22627 W8723. En el mismo legajo se halla la minuta citada previamente, obra de W. Roberts, director del Departamento de Europa Occidental del Foreign Office. Cfr. E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 296-297. <<

[408] E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, pp. 206-208. <<

[409] Nota mecanografiada de Rojo, sin fecha, *Significación de la Maniobra del Ebro*. AHN/Rojo, caja 24, carpeta 11. <<

[410] Discurso de Negrín ante las Cortes, reunidas en el castillo de Figueras, 1 de febrero de 1939. *Diario de sesiones de las Cortes*, p. 4. La oposición de Maximov y la réplica de Rojo en AHN/Rojo, caja 2, carpeta 3. <<

[411] Véase un seguimiento día a día de los preparativos y ejecución de la batalla en Jorge M. Reverte, *La batalla del Ebro*, Barcelona, Crítica, 2003. G. Cardona, «Las operaciones militares», en M. Tuñón de Lara y otros, *La guerra civil española*, pp. 251-254. C. Blanco Escolá, *Rojo*, cap. 8. <<

[412] Despacho de Leche, 30 de julio de 1938. FO 371/22660 W10.667. Cfr. E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 308-309. En sus diarios, Azaña apenas menciona «la entrevista en Vich» (*Memorias de guerra*, p. 398). <<

[413] Telegrama del duque de Alba a Gómez-Jordana, 4 de junio de 1938. Archivo General de la Administración, Sección de fondos del Ministerio de Asuntos Exteriores, documentación de la Embajada de España en el Reino Unido. Caja 6782. En adelante: AGA/6782. E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 282-283 y 307. <<

[414] Telegrama del 12 de septiembre de 1938. FO 371/22660 W11601. Subrayado nuestro. Minutas sobre la gestión de Azaña, del 10 y 12 de agosto; telegrama a Leche del 16 de agosto; despacho de Leche del 22; y minutas del Foreign Office del 5 y 6 de septiembre en FO 371/22660 W10667 y W11601. <<

[415] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 475. El Abrazo de Vergara hace referencia al convenio firmado en 1839 entre el general carlista Maroto y el general liberal Espartero, que puso fin negociado a la primera guerra carlista. <<

[416] *El Socialista*, 12 de agosto de 1938. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 428-431. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 844-852 y 857-859. *La Vanguardia*, 9 y 10 de agosto de 1938. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 183-185. <<

[417] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 671. <<

[418] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 857. El reproche de Negrín, en p. 853. <<

[419] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 482. M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 224. <<

[420] A. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 375-378 y 408-415; y «Mitos que se derrumban, controversias que se aclaran», en S. Millares (ed.), *Juan Negrín*, pp. 87-89. P. Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, p. 119. <<

[421] J. Llarch, *Negrín*, pp. 124-129. <<

[422] Morten Heiberg y Manuel Ros Agudo, *La trama oculta de la guerra civil. Los servicios secretos de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 207-210. Sobre esas medidas de alarma véase D. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 385-386; y J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 483-484. <<

[423] Discurso de Negrín ante las Cortes, 30 de septiembre de 1938. *Diario de sesiones de las Cortes*, pp. 18-19. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 399-400, anotación del 11 de agosto de 1938. C. Pi Suñer, *Catalunya en la guerra civil espanyola*, pp. 70-77; y *La República y la guerra civil*, pp. 517-523. D. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 381-383. David Tormo, «La crisi d'Agost. La lluita pel control del govern i la direcció de la guerra», en J. M. Solé Sabaté y J. Villarroya (dirs.), *Breu història de la guerra civil a Catalunya*, pp. 654-657. <<

[424] D. Martínez Barrio, *Memorias*, p. 382. <<

[425] *El Socialista*, 17 de agosto de 1938. C. Pi i Suñer, *La República y la guerra civil*, pp. 520-521. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 401-402, anotaciones del 14, 15 y 16 de agosto de 1938. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 484-485. D. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 283-384. <<

[426] M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 403. <<

[427] J. L. de la Granja, *República y guerra civil en Euskadi*, pp. 92-93. <<

[428] *El Socialista*, 17 de agosto de 1938. *La Vanguardia* (Barcelona), 21 de agosto de 1938. <<

[429] M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 404. Anotación correspondiente al 6 de septiembre de 1938. <<

[430] Carta de Martínez Barrio a Ricardo Gasset, fechada en La Habana, 8 de julio de 1939. AHN/Rojo, caja 5, carpeta 2. <<

[431] En el archivo particular del duque de Alba se recogen sin comentario tres recortes de diarios franceses del 19 y 20 de agosto haciéndose eco de la coincidencia temporal del duque y Negrín en Suiza: *Journal de Rouen; Republicain; Le Journal des Débats*. Archivo de Alba (Madrid), caja 352, carpeta 2.ª. <<

[432] J. S. Vidarte, *todos fuimos culpables*, pp. 867 y 909. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 488 y 492-499. I. Prieto, *Convulsiones de España*, vol. 1, p. 224. M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 228-229. R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 101-102. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 403. <<

[433] R. A. C. Parker, *Chamberlain and Appeasement*, cap. 8. G. L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, pp. 424-464. J. B. Duroselle, *Politique étrangère de la France*, pp. 345-364. <<

[434] Informe del conde de Torrellano, 20 de mayo de 1938, «Consideraciones sobre la futura política internacional de España». Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), «Archivo Renovado», legajo 834, expediente 31. En adelante: AMAE R834/31. <<

[435] Para la reacción de Franco ante la crisis de Múnich véase P. Preston, *Franco. Caudillo de España*, pp. 390-391. E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, pp. 223-228. <<

[436] *Documents Diplomatiques Français*, tomo 11, documento 110. <<

[437] Telegrama de Pascua, 14 de septiembre de 1938. AHN/Pascua, caja 9, legajo. 3. Carta de Pascua a Zugazagoitia, 29 de abril de 1938. AHN/Pascua, caja 2, legajo 16. La desconfianza de Rojo y su pronóstico de que «no habrá guerra» en su informe *Anejo al informe sobre repercusiones de la situación internacional*, 27 de septiembre de 1938. AHN/Rojo, caja 2, carpeta 4. <<

[438] P. de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil*, pp. 242-244. *El Socialista*, 22 de septiembre de 1938. El texto del discurso, en francés, en AMAE/Azcárate, caja 95, carpeta 5. <<

[439] Informe del PCE a la Comintern, 29 de agosto de 1938. R. Radosh y otros, *España traicionada*, pp. 549-550. El informe favorable de Rojo, fechado el 9 de septiembre de 1938, en AHN/Rojo, caja 2, carpeta 4. <<

[440] FO 371/22699 W13377. Los informes previos de Rojo, de mediados de septiembre y del día 20 en AHN/Rojo, caja 2, carpetas 3 y 4. <<

[441] Telegrama del 5 de octubre de 1938. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 12, documento 28. <<

[442] Telegrama de Alba para Gómez-Jordana, 7 de octubre de 1938. AGA/6782. <<

[443] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 30 de septiembre de 1938, pp. 16-28. El juicio de Vidarte en *Todos fuimos culpables*, p. 889. Zugazagoitia afirmó, y es muy plausible, que «la mitad del discurso» se la había preparado él mismo a Negrín. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 501. <<

[444] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 30 de septiembre de 1938, pp. 42-43 y 45. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 502-503. J. Prat, *Memorias*, pp. 302-304. <<

[445] Palabras recogidas por la diputada socialista Matilde de la Torre en sus anotaciones sobre el acto. Citadas en J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 190. <<

[446] S. Juliá, «El Frente Popular y la política de la República en guerra», en S. Juliá (coord.), *República y guerra en España*, pp. 215. <<

[447] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 30 de septiembre de 1938, p. 46. <<

[448] *Diario de Sesiones de las Cortes*, 30 de septiembre de 1938, p. 47. <<

[449] *Acta de la sesión celebrada a 18 de octubre de 1938 por el Estado Mayor Central*. AHN/Rojo, caja 2, carpeta 5. <<

[450] Carta de Zugazagoitia a Pascua, 20 de junio de 1938. AHN/Pascua, caja 2, legajo 16. <<

[451] Informe fechado el 10 de septiembre de 1938. ANH/Rojo, caja 2, carpeta 4. <<

[452] Informe *Situación general del Ejército*, elaborado por Pedro Puig Subinya, diciembre de 1938. AHN/Rojo, caja 25, carpeta 2. <<

[453] Carta de Zugazagoitia a Pascua, 20 de junio de 1938. AHN/Pascua, caja. 2, legajo 16. <<

[454] Informe de Togliatti del 21 de mayo de 1939. *Escritos sobre la guerra de España*, pp. 258 y 305. Stepánov, *Las causas de la derrota*, p. 131. A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, pp. 417-418. <<

[455] Intervención de Antonio Huerta, vocal de la ejecutiva, refrendando el juicio previo de Cruz Salido y Lucio Martínez Gil, autor este del informe sobre la situación en la zona central. *Acta de la reunión celebrada por la Comisión Ejecutiva en 11 noviembre 1938*. Archivo de la Fundación P. Iglesias, Comisión Ejecutiva, AH-II-2. <<

[456] *Acta de la reunión celebrada por la Comisión Ejecutiva en 11 noviembre 1938*. Archivo de la Fundación P. Iglesias, Comisión Ejecutiva, AH-II-2. Hay copia de la misma intervención en AH-II-3. Besteiro había expuesto esas mismas opiniones públicamente a un senador australiano, *Mr*. Elliot, en julio de 1938. Carta de Zugazagoitia a Pascua, 10 de julio de 1938. AHN/Pascua, caja 2, legajo 16. Anotación del 19 de noviembre de 1938. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 409. <<

[457] Portada en primera plana del *Abc* (edición de Sevilla), 11 de octubre de 1938. <<

[458] Informe de Denys Cowan, 12 de septiembre de 1938. FO 371/22630 W12944. Cfr. E. Moradiellos, «El enigma del doctor Negrín: perfil político de un gobernante socialista», *Revista de Estudios Políticos* (Madrid), n.º 109, 2000, pp. 245-263 (cita en p. 257). <<

[459] Despacho de Skrine Stevenson, 31 de octubre de 1938. FO 425/415 W14.601. E. Moradiellos, «El enigma del doctor Negrín», p. 257. Cfr. Rafael Méndez, *Caminos inversos*, pp. 165-166. <<

[460] Minuta de W. Horsfall Carter (analista del Research Department), 22 de noviembre de 1945. FO 371/49557 Z12287. El juicio previo, del mismo autor, en informe fechado el 30 de agosto de 1945. FO 371/49 555 Z10267. <<

[461] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 885. <<

[462] Carta de Negrín a Pascua, 6 de noviembre de 1938. AHN/Pascua, caja 14, legajo 17. Felipe Sánchez Román, era presidente de la comisión jurídica asesora del gobierno de la República desde 1932 y miembro del Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya (1931-1939). <<

[463] R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 171. <<

[464] *La situación militar en relación con los problemas internacionales del momento actual*, 20 de septiembre de 1938. AHN/Rojo, caja 2, carpeta 4. <<

[465] Ambas cartas, al igual que las remitidas por Méndez Aspe y Negrín a Molotov (26 de noviembre de 1938) en AFJN, carpeta 11, 1-23b. A. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 417-420; y «Mitos que se derrumban, controversias que se aclaran», pp. 88-89. <<

[466] Informe del 10 de diciembre de 1938. R. Radosh y otros, *España traicionada*, pp. 582-584. P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 237. Informe para el Sr. Ministro de Jefe del Estado Mayor Central, 28 de septiembre de 1938. AHN/Rojo, caja 21, carpeta 5. A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, p. 427. <<

[467] Á. Viñas, «Mitos que se derrumban, controversias que se aclaran», en S. Millares (ed.), *Juan Negrín*, pp. 89. D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, p. 235. <<

[468] G. Howson, *Armas para España*, pp. 341-342. D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, pp. 228-231. <<

[469] G. Howson, *Armas para España*, p. 342. <<

[470] J. A. Rojo, *El general Rojo*, pp. 244-245. Cfr. Joan Villarroya, «La Campanya de Catalunya. Crònica del final de la Guerra Civil al Principat», en J. M. Solé Sabaté y J. Villarroya (dirs.), *Breu història de la guerra civil a Catalunya*, pp. 738-763. <<

[471] P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 258. <<

[472] Informe del coronel Morel y telegramas del embajador Henry, 7 y 13 de enero de 1939. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 13, documentos 312, 357 y 361. <<

[473] Carta de Negrín a Roosevelt, 6 de enero de 1939. AFJN, carpeta 30(p) y «Final de guerra». Cfr. Arnold A. Offner, *The Origins of the Second World War. American Foreign Policy and World Politics, 1917-1941*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1975, p. 127. <<

[474] Carta de Rojo para el general Matallana, 9 de enero de 1939. AHN/Rojo, caja 25, carpeta 5. <<

[475] Informe del mayor Mahony y despacho de Stevenson, 28 y 30 de enero de 1939. FO 425/416 W1990 y W2305. <<

[476] Telegrama del embajador Henry, 13 de enero de 1939. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 13, documento 361. Despacho de Stevenson, 30 de enero de 1939. FO 425/416 W2305. J. Benet, *Lluis Companys*, pp. 19-20 y 356 (carta de Companys a Ángel Ossorio y Gallardo, 26 de junio de 1939). C. Pi i Suñer, *La República y la guerra*, pp. 573-574. <<

[477] Minuta de Rojo sobre la situación militar, 21 de enero de 1939. AHN/Rojo, caja 27 y carpeta 7. <<

[478] Telegrama de Pascua, 19 de enero de 1939. Telegrama de Fernando de los Ríos, 21 de enero de 1939. AFJN, carpeta «Final de Guerra». R. Miralles, *Juan Negrín*, p. 302. Las noticias sobre la noche en vela en la carta citada de Companys a Ossorio y Gallardo. J. Benet, *Lluís Companys*, p. 356. <<

[479] Carta de Negrín a Pascua, sin fecha. Respuesta de Pascua a Negrín acusando recibo de la orden y de su cumplimiento. AHN/Pascua, leg. 14, exp. 17. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 519-520 y 524. Carta de Zugazagoitia a Pascua, 22 de enero de 1939. AHN/Pascua, caja 2, legajo 16. Sobre las destrucciones de material comprometido véase J. Prat, *Memorias*, p. 322; y carta de Negrín a Prieto, 23 de junio de 1939. *Epistolario Prieto-Negrín*, pp. 68-69. <<

[480] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 528. P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 262. <<

[481] Telegrama de Negrín a Pascua, 22 de enero de 1939. AFJN, carpeta 34. Memorándum de Negrín para Daladier, 23 de enero de 1939. AHN/Pascua, caja 2, legajo 1. <<

[482] Geneviève Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 44-46 y 53. <<

[483] Nota mecanografiada de Rojo, *Las escenas en el C. G. de Agullana. 25 enero8 febrero* 39. AHN/Rojo, caja 28, carpeta 8. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 428. M. Fernanda Mancebo, «Un presidente errante: entre Pedralbes y La Pobleta», en A. Alted y otros, *Manuel Azaña*, p. 279. J. Prat, *Memorias*, p. 323. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 913. Josep Maria Bernils i Mach, *La guerra civil a Figueres*, Figueras, Publicacions Empordá, 1986. <<

[484] *Discurso del presidente Negrín. La voluntad y el sacrificio nos darán el triunfo, 28 de enero de 1939*, Madrid, Comisariado del Grupo de Ejércitos de la Región Central, 1939, p. 14. <<

[485] Carta de Azaña a Ángel Ossorio, redactada ya en el exilio, 28 de junio de 1939. M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 431. <<

[486] *Guión del informe verbal al Presidente con propuesta rendición*, 31 de enero de 1939. AHN/Rojo, caja 25, carpeta 11. <<

[487] D. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 390-392. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 432-435. La respuesta a Giner de los Ríos, miembro del partido presidido por Martínez Barrio, en J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 912. C. Pi i Suñer, *La República y la guerra civil*, p. 626. <<

[488] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 533. <<

[489] *Diario de sesiones del Congreso de los Diputados*, 1 de febrero de 1939, p. 8. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 532-535. J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 911-912. D. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 392-399. <<

[490] P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 264. <<

[491] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 530. <<

[492] *Plan de maniobra*, 4 de febrero de 1938. Nota mecanografiada de Rojo, 2 de febrero de 1939. AFJN, carpeta «Final de guerra». <<

[493] Telegramas de Stevenson al Foreign Office, 3 y 4 de febrero de 1939. FO 371/24147 W2014 y W2017. Despacho de Stevenson, 8 de febrero de 1939. FO 425/416 W2559. Telegrama del embajador británico en París, 4 de febrero de 1939. FO 371/24147 W2005. Telegrama del embajador Henry, 5 de febrero de 1939. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 14, documento 38. <<

[494] Carta de Gómez-Jordana a Alba, 6 de febrero de 1939. AMAE R832/7. Telegramas del Foreign Office a Jerram (Burgos), 5 de febrero de 1939. FO 371/24147 W2017. <<

[495] Minuta de Howard, 7 de febrero de 1939. Telegrama y despacho de Stevenson, 8 de febrero de 1939. FO 371/24147 W2058 y W2286. FO 425/416 W2559. Telegrama de Henry, 8 de febrero de 1939. *Documents Diplomatiques Français*, tomo 14, documento 69. J. Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*, pp. 294-96. <<

[496] Telegrama de Gómez-Jordana a Alba, 7 de febrero de 1939. AMAE R1061/18. <<

[497] D. Martínez Barrio, *Memorias*, p. 402. M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 444-447. J. Benet, *Lluís Companys*, pp. 43-44. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 544. <<

[498] M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 447-448. D. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 404-405. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 543-544. M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 238. C. Pi i Suñer, *La República y la guerra civil*, p. 630. Santos Martínez Saura, *Memorias del secretario de Azaña*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 49-50. <<

[499] Nota manuscrita de Negrín titulada «La historia original del *Vitas* [*sic*] y empleo que se le hubiese dado si hubiese continuado bajo el control del Gobierno», sin fecha. AFJN, carpeta 180b. Virgilio Botella Pastor, *Entre memorias. Las finanzas del Gobierno Republicano español en el exilio*, Sevilla, Renacimiento, 2002, pp. 78-84. L. Fischer, *Men and Politics*, pp. 596-598. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 217-220 y 251. Abdón Mateos, «La embajada oficiosa de Indalecio Prieto en México durante la Presidencia de Lázaro Cárdenas, 1939-1940», *Revista de Indias*, vol. 63, n.º 228, pp. 541-560 (especialmente p. 550). <<

[500] R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 105. <<

[501] Nota mecanografiada de Rojo, *Las escenas en el C. G. de Agullana. 25 enero-8 febrero* 39. AHN/Rojo, caja 28, carpeta 8. <<

[502] Carta de Rojo a Negrín, 18 de febrero de 1939. AHN/Rojo, caja 5, carpeta 8. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 545. A. Cordón, *Trayectoria*, pp. 387-389. Sobre las circunstancias de la rendición de Menorca véase E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 344-347. V. Rojo, ¡*Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, Barcelona, Ariel, 1974, pp. 152-153. <<

[503] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 545. La primera edición de esta obra (París, Librería Española, 1968, vol. 2, pp. 241-242) transcribe así este comentario: «Esperemos que la segunda parte podamos llevarla a buen término con el mismo éxito». Ignoramos la razón del cambio. <<

[504] V. Rojo, ¡*Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, p. 154. Pi i Suñer (*La República y la guerra civil*, p. 626) no dejaría de consignar: «Es de justicia señalar de nuevo en honor de Negrín y del ejército que este fue retirándose en buen orden y con estricta disciplina». <<

[505] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 546. <<

[506] Nota del consulado de España en Perpiñán, 19 de febrero de 1939. AHN/Pascua, caja 2, legajo 16. R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 106-107. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 546-547 y 557-558. <<

[507] S. Millares, «La importancia de un Archivo», en S. Millares (ed.), *Juan Negrín*, pp. 11-127. <<

[508] Intervención de Negrín. *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo de 1939, p. 8. M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 238. <<

[509] AHN/Pascua, caja 4, legajo 2. <<

[510] Telegramas de Méndez Aspe, desde París, al embajador en Washington, 10 y 22 de febrero de 1939. AHN/Pascua, caja 2, legajo 11. <<

[511] J. Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*, 1940, pp. 289-291. R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 106. Declaración de Negrín ante la Diputación Permanente. *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo de 1939, p. 8. La prensa se hizo eco del regreso de Negrín y de sus primeras declaraciones a favor de la resistencia para «sentar la base de una paz». *El Socialista*, 11 de febrero de 1939. <<

[512] P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, pp. 270-271. Togliatti también había regresado a la zona central para asumir la dirección del PCE. <<

[513] Carta de Casado a Negrín, AFJN, carpeta 66. Subrayado nuestro. P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 279. S. Casado, *Así cayó Madrid*, Madrid, Guadiana, 1968, pp. 113 y ss. <<

[514] Casado es autor de otra obra, no totalmente idéntica en su contenido y afirmaciones, a la ya citada *Así cayó Madrid*, en la que también relata su protagonismo en el final de la guerra: *The Last Days of Madrid*, Londres, Peter Davis, 1939. <<

[515] Seguimos al respecto el relato del historiador militar franquista José Manuel Martínez Bande, *El final de la guerra civil*, Madrid, San Martín, 1985, pp. 134-154; y *Los cien últimos días de la República*, Madrid, San Martín, 1973, pp. 119-129. Véase igualmente B. Bolloten, *La guerra civil española*, pp. 1027-1037; M. Heiberg y M. Ros Agudo, *La trama oculta de la guerra* civil, pp. 210-212; M. Alpert, *El Ejército republicano en la guerra civil*, pp. 278-292; y Ángel Bahamonde y Javier Cervera, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999. Sobre las relaciones con Goodden y Cowan, véase E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 355. <<

[516] *El Socialista*, 14 de febrero de 1939. <<

[517] *Boletín Oficial del Estado*, 13 de febrero de 1939. <<

[518] Declaración de Negrín ante la Diputación Permanente. *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo de 1939, p. 9. A. Cordón, *Trayectoria*, pp. 394-396. E. Domínguez, *Los vencedores de Negrín*, México, s. e., 1976, pp. 96-99. <<

[519] Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976, pp. 198-200. Una versión de Mera solo ligeramente distinta de esa entrevista en J. Llarch, *Negrín*, pp. 241-242. <<

[520] Julián Casanova y otros, *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002. Cfr. E. Moradiellos, «La represión franquista en la guerra civil y en la postguerra. Un balance historiográfico», *El Basilisco* (Oviedo), n.º 26, 1999, pp. 43-50. <<

[521] J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 558. <<

[522] J. Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*, p. 293. P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, pp. 278-279. R. Miralles, *Juan Negrín*, pp. 312-314. J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pp. 268-269. M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 244-245. Stepánov, *Las causas de la derrota de la República española*, p. 181. <<

[523] Declaración de Negrín ante la Diputación Permanente. *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo de 1939, pp. 9 y 12. Las citas previas en Carlos Rojas, *La guerra civil vista por los exiliados*, Barcelona, Planeta, 1975, p. 277; y Ramón y Jesús Salas Larrazábal, *Historia general de la guerra de España*, Madrid, Rialp, 1986, p. 399. <<

[524] Declaraciones de Ángel Pedrero al fiscal de la Causa General, hechas en Madrid entre el 27 de marzo y el 17 de abril de 1941. AHN/Causa General, legajo 1532 (1). Menciona ese plan de resistencia Mera en su testimonio ante J. Llarch, *Negrín*, p. 241. Sobre Pedrero véase B. Bolloten, *La guerra civil española*, p. 902. <<

[525] Declaraciones de Ángel Pedrero al fiscal de la Causa General. AHN/Causa General, legajo 1532 (1). <<

[526] Stepánov, *Las causas de la derrota de la República española*, p. 176. J. Llarch (*Negrín*, pp. 26-27) confirma esa tentativa de suicidio provocada por «su terrible estado de depresión» y añade que fue cortada por la reacción de los soldados al saber que Negrín «se encontraba con ellos en las trincheras»: «Los vítores se alzaron por doquier, proferidos con entusiasmo por la tropa: ¡Viva el presidente Negrín!». <<

[527] P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 280. Las citas previas en E. Domínguez, *Los vencedores de Negrín*, pp. 99 y 118. <<

[528] Carta de Rojo a Negrín, fechadas en Perpiñán, 12 y 13 de febrero de 1939. AHN/Rojo, caja 5, carpeta 8. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 547-548. Telegrama de Pascua a Negrín, 14 y 19 de febrero de 1939. AHN/Pascua, caja 2, legajo 19. Cfr. J. A. Rojo, *El general Rojo*, pp. 276-290. <<

[529] Carta de Rojo a Negrín, fechada en Perpiñán, 19 de febrero de 1939. AHN/Rojo, caja 5, carpeta 8. <<

[530] Telegrama de Negrín a Pascua, desde Alicante, 27 de febrero de 1939. AHN/Pascua, caja 2, legajo 19. <<

[531] Nota del gabinete del ministro de Asuntos Exteriores francés, 15 de febrero de 1939. En ella se recogía la información proporcionada por Rivas Cherif sobre las opiniones políticas de Azaña y este solicitaba ser informado con 48 horas de anticipación del momento del reconocimiento *de iure* del gobierno franquista por parte de París. DDF, tomo XIV, número 125. Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, Barcelona, Grijalbo, 1980, pp. 429-434. <<

[532] D. Martínez Barrio, *Memorias*, p. 406. Las reiteradas gestiones de Negrín para lograr la vuelta a España de Azaña (iniciadas el 13 de febrero) se recogen en unas notas del último embajador en París. AHN/Pascua, caja 5, legajo 10. J. Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*, pp. 296-301. <<

[533] Telegrama fechado en Alicante el 27 de febrero de 1939. Expedido a las 9.50 horas. AFJN, carpeta Telegramas. Existe copia de su recepción, el 2 de marzo de 1939 en AHN/Pascua, caja 2, legajo 19. La noticia sobre el último telegrama de Negrín en S. Martínez Saura, *Memorias del secretario de Azaña*, p. 583. Añade dicho testigo: «don Juan quería ser relevado, se consideraba con derecho al descanso». <<

[534] *Memoria sobre la actuación del embajador de España en Londres entre el 23 de enero y el 8 de marzo de 1939*. AMAE RE150, carpeta 14. *Negociaciones de paz*, sin fecha. AHN/Pascua, caja 5, exp. 2. P. de Azcárate, *Mi embajada en Londres*, pp. 120-129. E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 350-352. <<

[535] Despacho de Halifax a *sir* Robert Hodgson, 27 de febrero de 1939. FO 425/416 W3238. Minutas de *Sir* George Mounsey, 17, 18 y 20 de febrero de 1939. FO 371/24148 W3238. Acta del gabinete británico, 22 de febrero de 1939. CAB 23/97. <<

[536] El telegrama original en AHN/Pascua, caja 5, legajo 1. <<

[537] Telegrama cifrado y preferente, sin fecha consignada. AFJN, carpeta Final de Guerra. <<

[538] FO 371/24148 W3572. <<

[539] Nota presentada por *sir* Robert Hodgson y minuta, 17y 18 de febrero de 1939. AMAE R833/23. Telegrama de Hodgson al Foreign Office, 21 de febrero de 1939. FO 371/24148 W3107. La declaración oficial, fechada el día 18 de febrero, en AMAE R833/23. Acta del gabinete británico, 22 de febrero de 1939. CAB 23/97. <<

[540] D. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 408-418. Telegrama de Negrín, 1 de marzo de 1939. AHN/Pascua, caja 2, legajo 19. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, pp. 552-555. <<

[541] Telegrama remitido por Negrín a Pascua, residente en el Hotel Majestic de París, 5 de marzo de 1939. AFJN, carpeta 2. <<

[542] J. Llarch, *Negrín*, p. 245. José Ramón Valero Escandell, *El territorio de la derrota. Los últimos días del gobierno de la II República en el Vinalopó*, Alicante, Universidad, 2006. José Miguel Santacreu Soler, «La producción de guerra y las tesis de la Posición Yuste», en Glicerio Sánchez Recio y otros, *Guerra civil y franquismo en Alicante*, Alicante, Universidad de Alicante, 1990, pp. 47-93. <<

[543] El documento, sin fecha, aparece entre otros de finales de febrero y principios de marzo de 1939. AFJN, carpeta Final de Guerra, 1-31. <<

[544] J. Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*, p. 304. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 565. A. Cordón, *Trayectoria*, pp. 399-400. R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, pp. 2287-2290 y p. 2296. A. Beevor, *La guerra civil española*, pp. 587-588. M. Alpert, *La guerra civil española en el mar*, pp. 354-355. Negrín aludió a su reunión del 2 de marzo en su discurso ante la Diputación Permanente el 31 de marzo. *Actas de la Diputación Permanente*, p. 11. <<

[545] R. y J. Salas Larrazábal, *Historia general de la guerra de España*, Madrid, Rialp, 1986, p. 401. La cita previa de B. Bolloten en *La guerra civil española*, p. 1045. <<

[546] Telegrama fechado el 3 de marzo y expedido al día siguiente. AHN/Pascua, caja 2, legajo 17 y 19. Subrayado nuestro. <<

[547] R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, pp. 2296-2306 (la consigna a Galán en p. 2297). Una nueva revisión a cargo de este autor y su hermano en *Historia general de la guerra de España*, pp. 402-406. M. Alpert, *La guerra civil española en el mar*, pp. 356-360. <<

[548] Texto mecanografiado de conversación telefónica entre Negrín y Matallana, 4 de marzo de 1939. AFJN, carpeta 16. <<

[549] Seguimos el relato de M. Alpert, que incorpora los textos de los telegramas citados. *La guerra civil española en el mar*, pp. 360-362. <<

[550] El texto del manifiesto, así como la proclama de Casado y el discurso de Besteiro, en Ramón Pérez-Maura, *La guerra civil en sus documentos*, Barcelona, Belacqva, 2004, pp. 368-375. Véase igualmente B. Bolloten, *La guerra civil española*, pp. 1058-1059. <<

[551] J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pp. 280-281. <<

[552] Esta es la versión de A. Cordón, *Trayectoria*, p. 404. Coincide básicamente con la registrada por J. Álvarez del Vayo, que había regresado de París a Elda pocos días antes, en *La guerra empezó en España*, pp. 309-310; y por Stepánov (por información de Uribe) en *Las causas de la derrota de la República*, pp. 190-192. También coincide esencialmente con las tres versiones legadas por Casado, citadas en B. Bolloten, *La guerra civil española*, p. 1060. <<

[553] E. Domínguez, *Los vencedores de Negrín*, p. 171. <<

[554] Declaración de Negrín ante la Diputación Permanente de las Cortes. *Actas de la Diputación Permanente*, 31 de marzo de 1939, p. 12. Un relato del propio Negrín sobre esos últimos momentos en su discurso del 14 de abril de 1942 en Londres. J. Negrín, *Un discurso*, México, Unión Democrática Española, 1942, pp. 54-57. <<

[555] E. Domínguez, *Los vencedores de Negrín*, p. 172. Según este testimonio, también Segundo Blanco trató infructuosamente de convencer a Casado y al representante cenetista en el Consejo de la necesidad de ese acuerdo de transferencia de poderes. <<

[556] El testimonio de Hidalgo de Cisneros en B. Bolloten, *La guerra civil española*, p. 1061. La noticia sobre Matallana en A. Cordón, *Trayectoria*, pp. 405-406; y J. Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*, p. 312. Informe de Togliatti del 21 de mayo de 1939. *Escritos sobre la guerra de España*, p. 287. <<

[557] Testimonio del doctor Francisco Vega Díaz, «El último día de Negrín en España», *Claves de razón práctica* (Madrid), n.º 22, 1992, pp. 60-63 (cita en p. 62). <<

[558] Reproducido en J. Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*, pp. 313-314. Confirma el tenor del texto el informe de Stepánov, basado en informaciones del ministro Uribe. *Las causas de la derrota de la República española*, p. 192. <<

[559] J. Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*, p. 316. Stepánov, *Las causas de la derrota de la República española*, p. 192. J. Negrín, *Un discurso*, México, Unión Democrática Española, 1942, p. 57. P. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 290. J. Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, p. 300. A. Cordón, *Trayectoria*, p. 406. E. Domínguez, *Los vencedores de Negrín*, p. 171. Carta de Togliatti a Dolores Ibárruri, 12 de marzo de 1939. Reproducida en S. Álvarez, *Negrín*, p. 98. A. Bahamonde y J. Cervera, *Así terminó la guerra de España*, p. 381 y ss. <<

[560] R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, pp. 2284-2325. Burnett Bolloten, *La guerra civil española*, pp. 1069-1077. A. Beevor, *La guerra civil española*, pp. 594-597. <<

[561] R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, p. 2325. <<

[562] E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 358-359. Luis Romero, *El final de la guerra*, Barcelona, Ariel, 1976, pp. 365-399. Manuel Tuñón de Lara (dir.), *La crisis del Estado. Dictadura, República, Guerra*, Barcelona, Labor, 1982, pp. 523-529. <<

[1] Escrito del doctor Pascua, sin fecha. AHN/Pascua, caja 1, leg. 12. <<

[2] Ese es el domicilio que figura en la correspondencia con Prieto del año 1939. AFJN, carpeta 21. <<

[3] Tal es la dirección impresa en su correspondencia del año 1939 y principios de 1940. Por ejemplo, en la carta a Rojo fechada el 15 de octubre de 1939. AHN/Rojo, caja 39, carpeta 2. <<

[4] Carta de Zugazagoitia desde Bruselas a Pascua, 11 de abril de 1939. AHN/Pascua, caja 2, exp. 16. <<

[5] AHN/Pascua, leg. 2, exp. 4. <<

[6] Telegramas remitidos el 8 y 10 de marzo de 1939. AHN/Pascua, caja 2, legajo 11 y exp. 19. El juicio citado de Martínez Barrio en *Memorias*, pp. 420-421. <<

[7] S. Juliá, *Los socialistas en la política española*, p. 281. <<

[8] *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo y 1 de abril de 1939, p. 2. <<

[9] *Actas de la Diputación Permanente*, 31 de marzo de 1939, pp. 6, 7 y 13. <<

[10] Sobre el controvertido papel constitucional de la Diputación en el exilio véase Ángel Luis Alonso de Antonio, *La Diputación Permanente de las Cortes en la historia constitucional española*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1991, pp. 433-442. <<

[11] *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 1 de abril de 1939, p. 24. <<

[12] *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, pp. 31-32. <<

[13] *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, pp. 32-33. <<

[14] *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, pp. 32, 35-36. <<

[15] *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, p. 38. A favor votaron: Lamoneda, De Gracia, Sapiña, Zugazagoitia, Prat, Ibárruri, Mije, Palomo, Martínez Miñana y Portela. En contra: Araquistáin, González López, Albornoz, Valentín, Torres Campaña y Martínez Barrio. Se abstuvieron: Jáuregui, Santaló, Ferrer y Fernández Clérigo. <<

[16] A. L. Alonso de Antonio, *La Diputación Permanente de las Cortes en la historia constitucional española*, pp. 439-440. <<

[17] G. Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, pp. 52 y 361. Alicia Alted, *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*, Madrid, Aguilar, 2005, pp. 41-43. Vicente Llorens, *El exilio español de 1939. I. La emigración republicana de 1939*, Madrid, Taurus, 1976, pp. 99-100 y 114-115. <<

[18] J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 213-223 y 251. V. Botella Pastor, *Entre memorias. Las finanzas del Gobierno Republicano en el exilio*, pp. 78-95. <<

[19] B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, pp. 174-179. G. Howson, *Armas para España*, pp. 119 y 148. J. F. Fuentes, *Largo Caballero*, pp. 351 y 371. En diciembre de 1940, detenido por la policía en la Francia ocupada, Calviño aceptaría colaborar con la embajada franquista para entregar los fondos en su custodia a cambio de inmunidad. Véase el relato del diplomático mexicano encargado de su defensa en Luis I. Rodríguez, *Misión de Luis I.Rodríguez en Francia*, México, Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2000, pp. 350-353. <<

[20] F. Olaya Morales, *El expolio de la República*, Barcelona, Belacqva, 2004, pp. 331 y 335. En su previa e idéntica publicación titulada *El oro de Negrín* (Madrid, Nossa y J. Editores, 1998; primera edición, 1990), el autor reproduce esas palabras en las páginas 460 y 465. <<

[21] Carta de Negrín a Prieto, 25 de julio de 1939. *Epistolario Prieto-Negrín*, p. 74. <<

[22] Carta de Sherover a Negrín, 11 de junio de 1943, y correspondencia con la *Internal Revenue Agent in Charge*. AFJN, carpeta 6. <<

[23] Telegrama de Méndez Aspe a Negrín, 5 de marzo de 1939. AHN/Pascua, caja 2, legajo 17. La orden previa de concentración de fondos en Londres, fechada el 22 de febrero de 1939, en AHN/Pascua, caja 4, legajo 1. Los términos de constitución del fideicomiso, oficialmente hecho el 22 de febrero de 1939, en AFJN, carpeta 12. Cfr. Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 304-309; y G. Jackson, *Negrín*, pp. 144-146. La estimación franquista del valor de las acciones de CHADE procede de un *Informe* sin fecha (pero de diciembre de 1940-enero 1941) custodiado en AMAE R833/36. <<

[24] Documento intitulado: *Contabilidad. Desde octubre 1938 a 30 junio 1940. Rendida por D. Pedro Pra en 30 de junio 1948*. AFJN, Carpeta Mal 2(b). <<

[25] Los tipos de cambio del dólar y el franco respecto de la libra en 1939 se recogen en dos fuentes: Nota reservada de Méndez Aspe, abril de 1945, AFJN, caja 43, 1a-38k; y Lawrence H. Officer, «Exchange rate between the United States dollar and forty other countries, 1913-1999», en Economic History Services, EH.Net, 2002. URL: http://eh.net/hmit/exchangerates. De acuerdo con ese tipo de cambio, los 8 888 094,92 francos se convertirían (sin contar tasas de cambio ni comisiones bancarias) en 50 215,22 libras, en tanto que los 454 468,48 dólares equivaldrían a 104 527,75 libras. <<

[26] Telegrama fechado el 3 de marzo y expedido al día siguiente. AHN/Pascua, caja 2, legajos 17 y 19. El presupuesto mensual de gasto en el documento *Resumen general del presupuesto mensual de materias necesarias en la zona leal*, fechado en Barcelona en julio de 1938. AHN/Pascua, leg. 3, exp. 1.3. <<

[27] Los 65 919 334 francos equivaldrían a 372 425,61 libras, en tanto que los 582 396,5 dólares sumarían 133 951,19 de libras, lo que haría un total de 506 376,80 libras. Si sumamos esa cantidad a la suma ya existente, el resultado sería de 2 173 815,93 libras. De ellas habría que descontar la salida de 517 836 libras, quedando un remanente de 1 655 1 655 979,92 libras. <<

[28] Carta del subgobernador del Banco de España al Presidente de la Comisión de Reivindicaciones de Bienes en el Extranjero, fechada en Madrid el 18 de octubre de 1940. Archivo del Banco de España, Dossier Negrín, Legajo 2549, caja 3, carpeta 4. <<

[29] Los 73 723 356,72 francos equivalían a 416 516,14 libras, en tanto que 1 027 006,14 dólares sumaban 236 211,41 libras. Esas cantidades, junto con las 791 346,19 libras, generan la cifra de gasto expresada de 1 444 073,74 libras. <<

[30] *Nota reservada. Periodo en Francia. Periodo en Inglaterra*, elaborada por Méndez Aspe y fechada en «abril 1945». AFJN, caja 43, 1a-38k. <<

[31] Todas las cifras presentes en la contabilidad se han convertido en libras esterlinas para su mejor comprensión. Según el documento ya citado, el SERE dispuso de 51 296 673,39 francos, 364 289,1 libras y 277 441,48 dólares. El CTARE dispuso de 200 000 libras y 555 000 dólares. La junta dominicana de 1 540 000 francos y 47 000 dólares. Los mutilados de 4 060 000 francos. Las aportaciones a entidades particulares sumaron 2 617 000 francos, 40 000 libras y 7400 dólares. <<

[32] Las cantidades señaladas se registran en el documento ya citado: *Contabilidad. Desde octubre 1938 a 30 junio 1940. Rendida por D. Pedro Pra en 30 de junio 1948*. AFJN, Carpeta Mal 2(b), hojas correspondientes a «Subsidios» y «Asignaciones personales». Véáse igualmente sobre su distribución: *SERE. Résumé et explication des sommes employées pour différentes attention depuis le date de création du Service en 1.º Avril 1939 jusqu'a sa clôture en 31 Janvier 1940; SERE. Mémoire sur son origine, constitution et activités par son Président, Don Pablo de Azcárate*, febrero de 1940. Ambos en AMAE/Azcárate, caja 34. *Detalle de los pagos efectuados al personal de Artillería que se interesa*, 3 de julio de 1939. AHN/Rojo, caja 5, carpeta 9. <<

[33] *Nota reservada. Periodo en Francia. Periodo en Inglaterra*, (p. 2 del capítulo «Mutilados»), elaborada por Méndez Aspe y fechada en «abril 1945». AFJN, caja 43, 1a-38k. El gasto mensual del obrero francés en Georges Dupeux, *French Society, 1789-1970*, Londres, Methuen, 1972, p. 234. <<

[34] Tales eran los salarios de Margaret Wilson y el agente Arthur Young. Cfr. Jan Bayley, «Some Memories of Margaret Wilson», en *Remembering the 1940's* (www.1940.co. uk/history); y voz «Arthur Young» (luego Jefe superior de la policía metropolitana de Londres entre 1950 y 1971) en Wikipedia. The Free Encyclopedia http://en.wikipedia.org. <<

[35] D. Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, p. 259. La opinión del líder prietista en M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 305. <<

[36] Nota de Negrín para Lamoneda, fechada en París el 26 de marzo de 1939. Archivo de la Fundación P. Iglesias, AH-64-20. <<

[37] Carta del ministro de México en Francia a Martínez Barrio, 28 de febrero de 1939. Oficio de nombramiento de Azcárate firmado por Negrín, 27 de marzo de 1939. Proyecto de «Organización para los Refugiados», sin fecha. *SERE. Mémoire sur son origine, constitution et activités par son Président, Don Pablo de Azcárate*, 5 de febrero de 1940. AMAE/Azcárate, caja 34. Cfr. J. A. Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil*, pp. 400-406. <<

[38] La plantilla del SERE se adjunta en una carta del Jefe de los Servicios, Gonzalo Díaz Torre, al Sr. J. Berthoin, secretario general del Ministerio de Interior de Francia, 11 de abril de 1940. AMAE/Azcárate, caja 35. En el archivo citado, caja 34, se recoge un ejemplar de las fichas y las instrucciones para cumplimentarlas. Una reciente y, a nuestro juicio, excesivamente crítica evaluación del SERE en Abdón Mateos, *La ayuda republicana a los refugiados de la guerra civil*, trabajo inédito en vías de impresión amablemente facilitado por el autor. La cifra de fichas elaboradas en J. A. Matesanz, *Las raíces del exilio*, p. 401. <<

[39] Listas de censo y estadística de evacuaciones a cargo del SERE, 1939-1940. AMAE/Azcárate, caja 34. Sendos repasos a esas expediciones y a la recepción en esos países en la obra ya citada de V. Llorens, *El exilio español de 1939. I. La emigración republicana de 1939*, pp. 125-162; y A. Alted, *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*, caps. 5 y 6. <<

[40] *SERE. Résumé et explication des sommes employées pour différentes attention depuis le date de création du Service en 1.º Avril 1939 jusqu'a sa clôture en 31 Janvier 1940*. AMAE/Azcárate, caja 34. Carta de Azcárate al Sr. Berthoin, secretario general del Ministerio del Interior, 1 de febrero de 1940. AMAE/Azcárate, caja 35. *Nota reservada. Periodo en Francia. Periodo en Inglaterra*, (p. 2 del capítulo «Mutilados»), elaborada por Méndez Aspe y fechada en «abril 1945». AFJN, caja 43, 1a-38k. <<

[41] *Notre ami Juan Negrín*, texto mecanografiado necrológico de Germaine y Jules Moch, sin fecha (posterior a noviembre de 1956). AFJN, documentación pendiente de inventariar. <<

[42] Los textos telegráficos y públicos de esa ruptura y los juicios sobre la misma proceden de J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto y el socialismo español*, pp. 219-221; y J. A. Matesanz, *Las raíces del exilio*, pp. 336-343. El informe de Prieto a la Diputación se custodia en AHN/Araquistáin, leg. 71, exp. 9a. <<

[43] Del texto de dicha carta, al igual que del texto de las previas remitidas por la Ejecutiva y las intercambiadas entre Prieto y Martínez Barrio, existe copia en AHN/Rojo, caja 5, carpeta 1. Citada en J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto y el socialismo español*, p. 222. <<

[44] El periodista Louis Fischer también viajó a Nueva York en ese mismo barco. L. Fischer, *Men and Politics*, p. 599. <<

[45] Una parte de los datos familiares citados proceden de la información escrita transmitida por doña Carmen Negrín con fecha 28 y 29 de abril y 26 de mayo de 2006. Otros datos familiares se han extraído de la correspondencia de Negrín con sus hijos durante los años citados, toda ella conservada en distintas carpetas de su archivo particular: AFJN, carpeta 41a (carta de Miguel Negrín a su padre, 10 de agosto de 1953; y carta de Negrín a su hijo Miguel, 31 de mayo de 1956). Notas sobre Negrín, sin fecha. AHN/Pascua, caja 1, legajo 12. Carmen de Zulueta, «Los dos Negrines», *Historia 16*, n.º 311, 2002, pp. 110-121. <<

[46] Esa es la referencia que proporciona en sus cartas remitidas desde Nueva York. AFJN, carpeta 21. <<

[47] Harold L. Ickes, *The Secret Diary of Harold L. Ickes*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1955, vol. 2, p. 633. <<

[48] El origen del rumor parece estar en una confesión que Constancia de la Mora, mujer del general Hidalgo de Cisneros, hizo al historiador Burnett Bolloten. Herbert R. Southworth, «El Gran Camuflaje: Julián Gorkín, Burnett Bolloten y la guerra civil española», en P. Preston (ed.), *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2001, cap. 10, pp. 465-466. L. Fischer, *Men and Politics*, pp. 642-645. <<

[49] «Declaración de Negrín en Nueva York», *Voz de los españoles* (París), 10 de junio de 1939. Hay copia del boletín en AHN/Araquistáin, leg. 68, exp. 33. También la prensa mexicana se hizo eco de sus declaraciones neoyorquinas. J. A. Matesanz, *Las raí ces del exilio*, p. 436. <<

[50] *Speech by Juan Negrín, May 8th, 1939*. Texto original inglés del discurso. AHN/Pascua, caja 14, legajo 5. Hay copia del mismo en AFJN, carpeta naranja-carpeta amarilla. <<

[51] Carta recogida en *Epistolario Prieto-Negrín*, pp. 9-10. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 224. <<

[52] Carta de Zugazagoitia, desde París, 21 de mayo de 1939, a Pascua, en Estados Unidos. AHN/Pascua, caja 2, legajo 16. <<

[53] J. A. Matesanz, *Las raíces del exilio*, pp. 437-440. <<

[54] J. A. Matesanz, *Las raíces del exilio*, p. 444. <<

[55] J. A. Matesanz, *Las raíces del exilio*, pp. 446-453. <<

[56] *Epistolario Prieto-Negrín*, p. 73. La noticia sobre la autoría de esa primera publicación en J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 225. <<

[57] La carta con la propuesta, firmada el 2 de junio de 1939, en AFJN, carpeta 32p. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 223. <<

[58] Carta de Zugazagoitia desde París, el 3 de agosto de 1939, al doctor Pascua. AHN/Pascua, caja 2, legajo 16. El acta de las reuniones del 19, 20 y 21 de julio de 1939 en AHN/Araquistáin, leg. 71, exp. 11. <<

[59] Carta de Zugazagoitia, desde París, 26 de julio de 1939, a Rafael Méndez, en Estados Unidos. AHN/Pascua, caja 2, legajo 16. <<

[60] *Acuerdos de la Diputación Permanente*, 26 de julio de 1939. Existe copia en el AHN/Araquistáin, legajo 43, expediente 17. <<

[61] *Acuerdos de la Diputación Permanente*, 31 de julio de 1939. Existe copia en el AHN/Araquistáin, legajo 43, expediente 17. <<

[62] Carta de Zugazagoitia, desde París, 26 de julio de 1939, a Rafael Méndez, en Estados Unidos. AHN/Pascua, caja 2, legajo 16. <<

[63] *Declaración política del gobierno*, sin fecha (pero posterior al 26 de julio de 1939). AFJN, carpeta 23. <<

[64] Carta de Largo Caballero, sin fecha (pero de julio o agosto de 1939). Fragmento recogido en AMAE/Azcárate, caja 34. En sus memorias, añadiría: «Para derribar a un cacique elevaron a otro, no menos responsable de lo ocurrido en España». *Escritos de la República*, p. 1470. <<

[65] Citado en J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 252. <<

[66] De la vasta literatura sobre el conflicto cabe destacar los siguientes trabajos: Williamson Murray y Allan R. Millet, *La guerra que había que ganar*, Barcelona, Crítica, 2002; Richard Overy, *Why the Allies Won*, Londres, Norton, 1997; y E. Moradiellos, *Franco frente a Churchill. España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Península, 2005. <<

[67] El líder laborista Clement Attlee, que sería desde mayo de 1940 vicepresidente del gobierno de coalición presidido por Winston Churchill, recordaría en sus memorias la carta remitida por Negrín con fecha de 3 de septiembre de 1939. *A Prime Minister Remembers*, Londres, Heinemann, 1961, p. 23. <<

[68] G. Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, pp. 91 y 368. <<

[69] *España Popular*, órgano del PCE en México, 6 de junio de 1940. Reproducido en Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 98. Dolores Ibárruri, el 1 de noviembre de 1939, no dejaría de incluir a Negrín en su denuncia contra «La socialdemocracia y la actual guerra imperialista». David Wingeate Pike, *In the Service of Stalin. The Spanish Communists in Exile, 1939-1945*, Oxford, Oxford University Press, 1993, pp. 24-25. J. Avilés, *Pasionaria*, pp. 151-152. <<

[70] *Notre ami Juan Negrín*, notas necrológicas manuscritas conservadas en la AFJN, carpeta pendiente de inventariar. <<

[71] Respuestas mecanografiadas al *Cuestionario dirigido al Sr. Negrín*, sin fecha. AFJN, carpeta 21. <<

[72] *Memorándum-Guión*, sin fecha. Dos hojas mecanografiadas. AFJN, carpeta 23. Referencias a esa gestión en M. Azcárate, *Derrotas y esperanzas*, pp. 210-212; y H. Heine, *La oposición política al franquismo*, p. 33. Según Azcárate, la propuesta se había trasmitido a Lequerica antes del 26 de septiembre de 1939. <<

[73] Carta fechada el 15 de octubre de 1939. AHN/Rojo, caja 39, carpeta 2. <<

[74] Carta manuscrita fechada en París el 22 de diciembre de 1939. AHN/Pascua, caja 14, legajo 16. <<

[75] Luis I. Rodríguez, *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a dicembre de 1940*, México, Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000. <<

[76] G. Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, p. 139-143. Michel Catala, *Les relations franco-espagnoles pendant la deuxième guerre mondiale*, París, L'Harmattan, 1997, pp. 189-191. <<

[77] Además de las notas tomadas por el ministro Rodríguez Taboada para conocimiento de Cárdenas, también Negrín anotó sumariamente las incidencias del viaje en su agenda de 1940. *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia*, pp. 362 y ss. Agenda personal de Negrín para 1940, entrada para el día 11 de junio de 1940. AFJN, carpeta 32 p. <<

[78] W. S. Churchill, *Never Give In*!, Londres, Pimlico, 2004, p. 226. <<

[79] Informe del 19 de junio de 1940 de Luis Rodríguez para las autoridades mexicanas. *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia*, p. 365. <<

[80] S. Martínez Saura, *Memorias del secretario de Azaña*, pp. 630-631. Informe del 20 de junio de 1940 de Luis Rodríguez para las autoridades mexicanas. *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia*, p. 367. Negrín no dejaría de interesarse por la situación de Azaña desde Londres a través de la Legación de México, siendo informado de su muerte y enviando sus condolencias a su viuda el 5 de noviembre de 1940. *Misión de Luis I. Rodríguez*, p. 276. <<

[81] Informe del 20 de junio de 1940 de Luis Rodríguez para las autoridades mexicanas. *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia*, pp. 366-368. <<

[82] Informe del 20 de junio de 1940 de Luis Rodríguez para las autoridades mexicanas. *Misión de Luis I. Rodríguez*, p. 367. <<

[83] Entradas de los días 22 y 23 de junio de 1940. AFJN, carpeta 32p. <<

[84] La primera cita en el discurso leído en el mitin de solidaridad republicana celebrado en el Madison Square Garden de Nueva York el 2 de enero de 1945. Reproducido en el folleto *Discurso de D. Juan Negrín*, Londres, London Caledonian Press, 1945, p. 5. La segunda cita en *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles. Pronunciado en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México el día 1 de Agosto de 1945*, Londres, London Caledonian Press, 1945, pp. 25 y 27-28. <<

[85] Anotación en la agenda del 24 de junio de 1940. AFJN, carpeta 32p. Cfr. Michael Alpert, «Juan Negrín e Inglaterra», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), n.º 24-25, 1996, pp. 19-30; Daniel Arasa, *Exiliados y enfrentados. Los españoles en Inglaterra de 1936 a 1945*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1995, cap. 5. <<

[86] Sobre el peligro español para la estrategia británica y su respuesta véase E. Moradiellos, *Franco frente a Churchill*, pp. 134-170. <<

[87] Actas del gabinete de guerra, 2 de julio de 1940.Archivo del Cabinet Office, serie «Cabinet War Conclusions, 1939-1945» (clave 65), volumen 8. En adelante: CAB 65/8. Informe de *sir* Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Foreign Office, 30 de octubre de 1940. FO 371/25412 C11725. Minuta de *Mr*. Makins, asesor legal del Foreign Office, 19 de noviembre de 1940. FO 371/24 513 C12589. <<

[88] Anotación en la agenda del 26 de junio de 1940. AFJN, carpeta 32p. Informe sobre las actividades del doctor Negrín realizado por la embajada española en el Reino Unido, 30 de julio de 1940. AMAE R2223/11. <<

[89] *Nota reservada. Periodo en Francia. Periodo en Inglaterra*, elaborada por Méndez Aspe y fechada en «abril 1945». AFJN, caja 43, 1a-38k. *Contabilidad. Desde octubre 1938 a 30 junio 1940. Rendida por D. Pedro Pra en 30 de junio 1948*. AFJN, Carpeta Mal 2(b). <<

[90] Telegrama sin fecha (posterior a julio y anterior a septiembre de 1940). AFJN, carpeta 20. <<

[91] Telegrama del 20 de agosto de 1940. AFJN, carpeta 20. <<

[92] Telegrama de Alba para el ministro Beigbeder, 16 de julio de 1940. AMAE R2223/11. La confesión sobre el espía en el entorno de Azcárate en su despacho del 15 de octubre de 1940. AMAE R2223/11. <<

[93] Informe adjunto al despacho remitido por Alba al ministro de Asuntos Exteriores, 30 de julio de 1940. AMAE R2223/11. Traducción propia del texto original inglés. Aunque dicho informe, el primero de todos, carecía de firma, sí la tienen los posteriores (por ejemplo, los de 31 de agosto y 3 de septiembre de 1940): F. Sharpe. AMAE R2223/11. <<

[94] Informe correspondiente a la semana del 2 al 7 de septiembre de 1940. AMAE R2223/11. Traducción propia. La noticia sobre la *British Library* y las consultas de Negrín procede de los datos y la correspondencia custodiada en AFJN, carpeta 6. <<

[95] Despacho de Alba, 16 de julio, y telegrama del ministro para Alba, 27 de julio de 1940. AMAE R2223/11. <<

[96] Actas del gabinete de guerra, 30 de julio de 1940. CAB 65/8. Telegrama de Alba a Madrid, 29 de julio de 1940. AMAE R2223/11. Carta del duque de Alba a lord Halifax, 12 de agosto de 1940. FO 371/24511 C8570. <<

[97] *Memorandum on Possible British Intervention in Spain*, sin fecha, recibido en el Foreign Office el 20 de agosto de 1940. FO 371/24511 C8748. <<

[98] E. Moradiellos, *Franco frente a Churchill*, pp. 170-200. <<

[99] Informe para Franco del general encargado de la defensa del Campo de Gibraltar sobre su entrevista con Hoare, 15 de octubre de 1940. Archivo de la Presidencia del Gobierno (Madrid), serie «Jefatura del Estado», legajo 1, exp. 6. <<

[100] Carta de Negrín, en francés, a lord Halifax, 11 de noviembre de 1940. Telegrama de lord Halifax a *sir* Samuel Hoare, 8 de noviembre de 1940. FO 371/24512 C11725. Acta del gabinete, 8 de noviembre de 1940. CAB 65/10. <<

[101] El 20 de noviembre, un diputado laborista, mister Dobbie, planteó abiertamente la cuestión en los Comunes, en tanto que el 27 de noviembre fue lord Strabolgi quien sacó a relucir el asunto en los Lores. FO 371/24513 C12 589 y C12852. Entre el 18 y el 27 de noviembre, el Foreign Office recibió múltiples protestas de organizaciones civiles prolaboristas por los rumores de expulsión del doctor Negrín del país. FO 371/24 513 C12472. <<

[102] Acta del gabinete británico, 1 de noviembre de 1940. CAB 65/10. En el mismo legajo se recogen las actas del 8, 25 y 28 de noviembre de 1940. La negativa de Attlee a prohibir la intervención de mister Dobbie y de lord Strabolgi fue transmitida al subsecretario parlamentario del Foreign Office, Rab Butler, el 20 de noviembre de 1940. FO 371/24512 C11725. Véase al respecto D. Smyth, «The Politics of Asylum. Juan Negrín and the British Government in 1940», en R. Langhorn (ed.), *Diplomacy and Intelligence during the Second World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 126-146. <<

[103] Telegrama de Negrín a Amaro del Rosal, 14 de septiembre de 1940. AFJN, carpeta 20. <<

[104] Despacho de Alba para el ministro de Asuntos Exteriores, 9 de septiembre de 1940. AMAE R5165/10. <<

[105] Los datos del contrato y sus condiciones se citan en carta de Peake & Co. de 29 de octubre de 1945. AFJN, carpeta Mal 2 (a). <<

[106] Notificación del Home Office (Ministerio del Interior) al Foreign Office, 9 de febrero de 1943. Nota policial del capitán S. M. Fairman, Chief Constable (Jefe de Policía) de Hatfield, Condado de Hertford, 4 de marzo de 1943. FO 371/34837 C1582 y C3592. El informe del espía de Alba del 13 de octubre de 1942, que también se hace eco de la presencia de Isabelle Blume, señalaba que «todo el espacio disponible en la casa en que vive en Bovingdon está lleno ahora de libros caros». AMAE R2223/11. Véase el retrato de Dormers hecho por el embajador soviético, Iván Maisky, en su libro *Memoirs of a Soviet Ambassador. The War, 1939-1943*, Londres, Hutchinson, 1967, pp. 117-118. Información oral transmitida por Dña. Carmen Negrín en entrevista celebrada en París el 14 de abril de 2006. <<

[107] Para las circunstancias de la llegada de los 3836 niños y 215 maestras en mayo de 1937 véase E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, pp. 163-164. Para el resto de los exiliados, véase: Daniel Arasa, *Exiliados y enfrentados. Los españoles en Inglaterra*, p. 21. Margarita de Luis Botín, *Españoles en el Reino Unido. Breve reseña, 1810-1988*, Madrid, Instituto Español de Emigración-Ministerio de Trabajo, 1989. A. Alted, *La voz de los vencidos*, pp. 260-265. Un informe interno del Foreign Office en marzo de 1944 cifraba en «un total de 3000» los «emigrados españoles» acogidos en Gran Bretaña por causa de la guerra civil. FO 371/39704 C4203. <<

[108] Despacho de Alba para Ramón Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores, 2 de enero de 1942. AMAE R2223/11. <<

[109] *Listas de personas invitadas a los almuerzos dados por don Juan Negrín en el otoño de 1942*. AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 9. <<

[110] Informe del 13 de octubre de 1942, adjunto al despacho de Alba para Madrid fechado el 27 de octubre de 1942. AMAE R2223/11. El informe del 21 de septiembre señalaba que habían acudido a almorzar con Negrín en Grosvenor Square los siguientes invitados: «Lord Cecil, el Ministro Belga, el Ministro de México, un tal llamado mister Cummings y un individuo que se cree era Lord Lowenthal. Todos los invitados llegaron a la 1 y media y se retiraron a las 3 y media». <<

[111] La correspondencia entre Negrín y la Sociedad Fabiana se custodia en AFJN, carpetas 5 y 34. El texto de las conferencias en AFJN, carpeta Mal 2 (a). <<

[112] *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, Londres, London Caledonian Press, 1945, pp. 25 y 27-28. <<

[113] La carta está fechada en Argel. AFJN, carpeta 6. Las otras cartas y respuestas (de 23 y 31 de marzo, 21 de mayo, 4 de junio, 14 y 28 de julio de 1943) se custodian en AMAE/Azcárate, caja 36, carpeta 1. <<

[114] Nota de Azcárate, *Almuerzo en casa de Don Juan Negrín, 15, Grosvenor Square, el 20 de abril de 1943*. AMAE/Azcárate, caja 36, carpeta 1. Sobre la atención del gobierno británico a las relaciones entre Franco y D. Juan véase E. Moradiellos, *Franco frente a Churchill*, pp. 308-310, 315-319 y 325. <<

[115] Minuta de *Mr*. Roberts, funcionario del Foreign Office, 28 de junio de 1943. FO 371/34837 C7407. <<

[116] Carta de *Mr*. Roberts al Ministerio de Trabajo, 17 de marzo de 1944. FO 371/39703 C3076. <<

[117] Circular de invitación al acto inaugural, 17 de octubre de 1941. AMAE/Azcárate, caja 86, carpeta 1. <<

[118] Ambos firmaban la carta convocando a una asamblea del centro el 12 de enero de 1942, junto con Margarita Camps, José Da Casa, Francisco Gali, Francisco Ganivet y José Rodríguez Olazábal. AMAE/Azcárate, caja 86, carpeta 1. <<

[119] Informe de *Mr*. Alexander en el Foreign Office sobre los grupos refugiados españoles en Gran Bretaña, 10 de febrero de 1944. FO 371/39702 C1872. <<

[120] El texto de la carta de baja fue impreso como folleto y fechado el 30 de enero de 1944. AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 5. También fue difundido por la prensa del exilio: *República Española* (México), n.º 1, mayo de 1994. Ejemplar custodiado en AHN/Pascua, caja 14, legajo 10. Sobre la UNE véase H. Heine, *La oposición política al franquismo*, pp. 102-110 y 200-208. <<

[121] El acta de fundación del Trust, fechada oficialmente el 28 de mayo de 1942, así como los primeros proyectos (de febrero de 1942), se custodian en AMAE/Azcárate, caja 43, carpeta 1. Folleto: *The Juan Luis Vives Scholarship Trust*, Londres, London Caledonian Press, 1944. AMAE/Azcárate, caja 43, carpeta 2. <<

[122] *Instituto Español. Nota sobre organización y actividades*, 18 de noviembre de 1943. AMAE/Azcárate, caja 85. <<

[123] Report, sin fecha. AMAE/Azcárate, caja 85. «Labor del Instituto Español, 1946-1950», *Boletín del Instituto Español*, n.º 11, 1950, pp. 1-3. Folleto impreso: *El Instituto Español de Londres. Su labor en dos años (1944-1946)*, Londres, Instituto Español, 1946. <<

[124] *Nota reservada. Periodo en Francia. Periodo en Inglaterra*, elaborada por Méndez Aspe y fechada en «abril 1945». AFJN, caja 43, 1a-38k. El estado de cuentas al finalizar 1943 y 1944 se halla en AFJN, carpeta 12. <<

[125] Carta de Azcárate a Negrín, 31 de enero de 1941.AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 3. Ya el 18 de diciembre de 1940 le había escrito otra misiva de contenido análogo. <<

[126] S. E. Ambrose, *Rise to Globalism. American Foreign Policy since 1938*, Harmondsworth, Penguin Books, 1993, p. 16. <<

[127] I. Maisky, *Memoirs*, pp. 155-156. <<

[128] Texto del discurso en AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 5. También hay copia en AFJN, carpeta 32 p. Fue traducido y publicado en inglés en la revista norteamericana *The Nation*, 16 de agosto de 1941. Hay ejemplar en AHN/Pascua, leg. 14, exp. 8. <<

[129] El texto del denso discurso del 14 de abril de 1942 en el folleto *Juan Negrín López. Un discurso*, México, Unión Democrática Española, 1942. También hay copia en AFJN, carpeta 32 p. <<

[130] Telegrama fechado el 24 de agosto de 1942. AFJN, carpeta 12. El tenor básico de esas instrucciones fue reiterado por carta posterior al mismo destinatario y su contenido fue publicado y traducido al inglés para su divulgación. Véase el folleto en inglés, fechado el 17 de octubre de 1942, en AHN/Pascua, leg. 14, exp. 8. <<

[131] H. Heine, *La oposición política al franquismo*, pp. 144-145. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 268-275. <<

[132] Las cartas a Attlee y Eden se conservan en AFJN, carpeta 6. <<

[133] Minuta de mister Garran, 8 de septiembre de 1944. FO 371/39704 C11595. Los acuses de recibo formales de Eden en FO 371/34837 C5514 y C10559. <<

[134] Telegrama remitido el 10 de diciembre de 1941. AFJN, carpeta 49. <<

[135] Telegrama remitido el 20 de diciembre de 1941. AMAE/Azcárate, caja 36, carpeta 6. <<

[136] Cartas de George O. Pratt (OSS, USA), 12 de noviembre de 1942 y 23 de septiembre de 1943. Carta de Richard Baker (OSS, USA), 2 noviembre de 1944. AFJN, carpetas 6, 34 y México (a). <<

[137] Anotación manuscrita de Azcárate, *Conversación con N. en Bovingdon el 20.8.44*; y *Resumen de las gestiones relativas al viaje del presidente Negrín a Francia y América (agosto 1944-mayo 1945)*, nota de Azcárate fechada el 8 de mayo de 1945. AMAE/Azcárate, caja 105, expediente 14. <<

[138] La información de la entrevista Negrín-Araquistáin, celebrada el 25 de noviembre de 1944, procede del resumen anotado por Araquistáin. AHN/Araquistáin, legajo 52/N10a. Los datos de las entrevistas con Madariaga y Aguirre (5 y 23 de abril de 1945) proceden de sendas notas tomadas por Azcárate en las mismas. AMAE/Azcárate, cajas 57 y 105, carpeta 14. Copia del informe de entrevista con Aguirre en AFJN, carpeta 6. <<

[139] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 293-294. <<

[140] Resumen de la entrevista Negrín-Fraser celebrada el 18 de abril de 1945. Nota de Azcárate sobre las gestiones de Negrín, 8 de mayo de 1945. AMAE/Azcárate, caja 105, expediente 14. Copia del resumen de la entrevista en AFJN, carpeta 6. El *Aide-Memoire* entregado el 10 de enero de 1944 a Gousev y el 14 a Cadogan (Foreign Office), Winant y Massigli en AMAE/Azcárate, caja 112, carpeta 8. <<

[141] Despacho de José Antonio de Sangróniz para el ministro Lequerica, 25 de enero de 1945. Archivo de Presidencia, Jefatura del Estado, legajo 5. <<

[142] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 296-297 y 300. Carta de Heriberto Negrín a su hermano, 1 de diciembre de 1944. AFJN, carpeta 6. Carta del director del Lloyds and National Provincial Foreign Bank, de 30 de julio de 1945, informándole que «*madame* Dolores Navarro falleció el 9 de junio». AFJN, carpeta 34. <<

[143] Nota circular número 8 de la Comisión Ejecutiva del PSOE. AHN/Araquistáin, legajo 68, expediente 35b. Sobre esa reconstrucción de las organizaciones socialistas véase B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, p. 139. H. Heine, *La oposición política al franquismo*, pp. 327-335. <<

[144] La censura británica interceptó el telegrama remitido por el Comité Nacional de la CNT a sus seguidores en Londres sobre su reunión con Negrín el 16 de abril de 1945, en la que se explicaba su rechazo a sus gestiones por estar «más de acuerdo con ambiciones personales que con objetivos respetables». FO 371/49555 Z5896. <<

[145] M. Azcárate, *Derrotas y esperanzas*, pp. 295-296. Sobre la gestación y curso de la estrategia guerrillera del PCE véase Francisco Moreno Gómez, *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 241-261. <<

[146] Despacho de Urbano Feijoo de Sotomayor para el embajador en París y remitido a Madrid, 19 de febrero de 1945. AMAE R2223/1. <<

[147] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 297. <<

[148] En el archivo particular de Negrín existen diversas operaciones bancarias ejecutadas a través de esa cuenta citada. Por ejemplo, el 3 de mayo de 1945, Negrín remitió por transferencia 18 000 francos (unas 100 libras) para atender a su madre y hermanos en Francia. AFJN, carpeta 6. Hay numerosas pruebas (en forma de facturas abonadas) de que era Feli quien llevaba la contabilidad familiar. <<

[149] Orden reservada de 3 de abril de 1945. Acuerdos reservados del 28 de abril de 1945. Todos ellos firmados por Negrín y Méndez Aspe. AFJN, carpeta 12. *Nota reservada. Periodo en Francia. Periodo en Inglaterra*, elaborada por Méndez Aspe y fechada en «abril 1945». AFJN, caja 43, 1a-38k. <<

[150] AFJN, carpeta 6. Según la lista de felicitados elaborada por Azcárate, estos fueron un total de 50 personas, todas ellas extranjeras. AMAE/Azcárate, caja 36, carpeta 6. <<

[151] Minuta de mister Garran, 28 de marzo de 1945. El 30 de marzo de 1945 Eden manifestó su acuerdo con ese análisis y con la negativa a recibir a Negrín. FO 954/27. <<

[152] Minuta de W. Horsfall Carter, del Research Department del Foreign Office, 30 de agosto de 1945. FO 371/49555 Z10267. <<

[153] Orden de Hoover, fechada el 27 de abril de 1945 y reiterada el 24 de mayo de 1945. Informe del agente J. M. Mumford, 5 de julio de 1945. Archivos del *Federal Bureau of Investigation*, FBI (Washington). Expediente J. Negrín. Documentación solicitada por William M. Brown al amparo de la *Freedom of Information Act* y custodiada en el *Centre for Contemporary Spanish Studies. The London School of Economics and Political Science* (Universidad de Londres). <<

[154] Esa dirección lleva la correspondencia que recibió en mayo durante esa estancia. AFJN, carpeta México (b). <<

[155] *Confidential Report on the Work of The Friends of the Spanish Republic at the United States conference to Bar Franco Spain from the World Security Organization*, ejemplar mecanografiado fechado en Nueva York en julio de 1945. AHN/Pascua, leg. 2, exp. 14. El *dossier*, fechado el 25 de abril, se titulaba: *The Case Against the Admission of Franco Spain to the World Security Organization*. AHN/Pascua, caja 14, legajo 14. <<

[156] Según el expediente del FBI, que controló sus llamadas y sus encuentros, se alojó en la habitación 619 del 20 al 22 de mayo, luego en la 424 hasta su partida el 26 de mayo. Archivos del FBI, expediente Negrín. Informe encabezado *San Francisco File 105-353*. <<

[157] H. Heine, *La oposición política al franquismo*, pp. 166-167. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 273-275. Francisco Giral y Pedro Santidrián, *La República en el exilio*, Madrid, Ediciones 99, 1977, pp. 92-106. Ni siquiera fue posible promocionar conjuntamente su respectivo *dossier* contra la entrada de España en la ONU. <<

[158] Informe del 13 de junio de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[159] Informe encabezado *San Francisco File 105-353*. Informe del 13 de junio de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[160] *Confidential Report on the Work of The Friends of the Spanish Republic at the United States conference to Bar Franco Spain from the World Security Organization*, pp. 6 y 10. AHN/Pascua, caja 2, legajo 14. <<

[161] E. Moradiellos, *La Conferencia de Potsdam de 1945 y el problema español*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, 1998, p. 5-6. Florentino Portero, *Franco aislado. La cuestión española (1945-1950)*, Madrid, Aguilar, 1989, pp. 77-78. <<

[162] Nota informativa del 20 de mayo de 1945. Nota informativa del 29 de mayo de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. La primera de las notas indica que la fuente de información sobre sus actividades neoyorquinas era «former arms purchaser for the loyalists in the United States who directed the Hanover Sales Corporation during the Spanish Civil War». <<

[163] Nota informativa del 15 de junio de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. A tenor de la misma, Negrín y Álvarez del Vayo estuvieron en Washington alojados en el Hotel Mayflower el 5 y 6 de junio. Carta de Ickes para Negrín, 1 de junio de 1945. AFJN, carpeta México (b). <<

[164] *Confidential Report on the Work of The Friends of the Spanish Republic at the United States conference to Bar Franco Spain from the World Security Organization*, AHN/Pascua, caja 2, legajo 14. E. Moradiellos, *La Conferencia de Potsdam, passim*. <<

[165] Telegrama de Cárdenas para el ministro, 23 de junio de 1945. Archivo de la Presidencia del Gobierno, Jefatura de Estado, legajo 6, exp. 2. El texto citado está subrayado al margen con lápiz azul, como solían hace tanto Franco como su subsecretario, Carrero Blanco. La entrevista había sido filtrada por el diario londinense *Daily Mail* el 14 de junio, según telegrama del embajador en París conservado en el mismo expediente y legajo referidos. Notas de Azcárate sobre conversación de Negrín con Noel Baker, 6 de enero de 1946. AMAE/Azcárate, caja 116, carpeta 1. <<

[166] Notas informativas del 20 y 23 de junio de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. La entrevista había tenido lugar el 9 de junio, a su regreso de Washington, en un local situado en el número 23 oeste de la calle 26. <<

[167] R. Méndez, *Caminos inversos*, pp. 128-130. Carta de Cannon a Negrín agradeciéndole su visita, 11 de junio de 1945. AFJN, carpeta México (b). Nota informativa del 23 de junio de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. El mismo temor que Méndez habían manifestado Álvarez del Vayo y Antonio Velao, entre otros. J. Álvarez del Vayo, *En la lucha*, pp. 219-220. <<

[168] El texto manuscrito de la proclama radiada en AFJN, carpeta 31p. La carta de invitación, firmada por W. O. Somin, en AFJN, carpeta México (b). <<

[169] Nota de Hoover, 21 de junio de 1945. Informe del 20 de julio de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. La segunda dirección en Ciudad de México es la que aparece en su correspondencia durante los meses de agosto y septiembre. AFJN, carpeta México (a). <<

[170] Informe del 20 de julio de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. La información sobre ese debate se corrobora en J. Álvarez del Vayo, *En la lucha*, pp. 219-220. <<

[171] Informe del 20 de julio de 1945. Informe del 24 de agosto de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[172] Informe del 28 de julio de 1945. Informe del 24 de agosto de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. Para todas estas gestiones previas a la reunión de Cortes, véase José María del Valle, *Las instituciones de la República española en el exilio*, París, Ruedo Ibérico, 1976, pp. 72-108. <<

[173] Informe del 24 de agosto de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. La otra fuente procede del prólogo al discurso recogido en *Documentos políticos para la historia de la República española*, México, Málaga, 1945, p. 8. <<

[174] *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, Londres, Caledonian Press, 1945, p. 25. Existe copia mecanografiada del discurso en AMAE/Azcárate, caja 105, carpeta 13. También fue publicado íntegramente por el diario mexicano *Novedades* en su edición del 6 de agosto de 1945; y por *Documentos políticos para la historia de la República española*, pp. 7-51. <<

[175] *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, p. 11. <<

[176] *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, pp. 32-33. <<

[177] *Informe de D. Juan Negrín a los republicanos españoles*, p. 38. <<

[178] El acta de la reunión se custodia en AFJN, carpeta México (b). Informe del 24 de agosto de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. El texto completo del acuerdo, firmado por 25 organizaciones, se publicó en *Documentos políticos para la historia de la República española*, pp. 55-56. <<

[179] Carta del ministro Martín Artajo para el duque de Alba, 22 de agosto de 1945. Archivo de la Presidencia del Gobierno, Jefatura del Estado, leg. 6, exp. 4. <<

[180] E. Moradiellos, *La Conferencia de Potsdam de 1945*, p. 5; y *Franco frente a Churchill*, pp. 434-436. <<

[181] Un completo relato de la ceremonia en *Documentos políticos para la historia de la República española*, pp. 59-66; y F. Giral y P. Santidrián, *La República en el exilio*, pp. 108-110. <<

[182] Conservada en AFJN, carpeta México (b). Se reproduce igualmente en *Documentos políticos para la historia de la República española*, p. 69. <<

[183] Telegrama fechado el 17 de agosto de 1945. AMAE/Azcárate, caja 105, exp. 13. <<

[184] Solo en México, los prietistas agrupados en el Círculo Pablo Iglesias eran 785 afiliados, en tanto que los negrinistas del Círculo Jaime Vera reconocían contar con 120 afiliados. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 314. En Francia, la proporción era mucho más desequilibrada a favor de los primeros en unión de los organizados por Rodolfo Llopis. Cfr. B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, p. 140. <<

[185] El tenor de las consultas se recoge en *Documentos políticos para la historia de la República española*, pp. 75-84. La consulta evacuada por Negrín como presidente del gobierno dimisionario en AFJN, carpeta México (b). <<

[186] Fotografía del oficio de admisión de la dimisión de Negrín y del oficio de nombramiento de Giral, ambos fechados el 26 de agosto de 1945 en A. Alted Vigil, *El archivo de la II República Española en el exilio, 1945-1977*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1993, p. 193. La tramitación de la crisis, desde la perspectiva de Negrín, se aprecia en sus telegramas a Londres, 29 de agosto de 1945. AMAE/Azcárate, caja 105, expediente 13. La nota pública de Giral explicando sus gestiones en *Documentos políticos para la historia de la República española*, pp. 87-90. Carta de Giral a Azcárate, 27 de julio de 1946. AMAE/Azcárate, caja 105, exp. 14. Informe del embajador británico en México, 20 de agosto de 1945; Nota de *Mr*. Gannon titulada *Cabinet making in Mexico City*, 11 de septiembre de 1945. FO 371/49556 Z10307 y Z10649. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 372-373. <<

[187] Telegrama remitido el 28 de agosto de 1945.AMAE/Azcárate, caja 105, exp. 13. *Nota sobre las negociaciones en Méjico*, 1 de septiembre de 1945. AMAE/Azcárate, caja 105, exp. 14. <<

[188] Nota firmada por Lamoneda (PSOE), Uribe (PCE), Rodríguez Vega (UGT), Arauz (Partido Republicano Federal), Moix (PSUC), Galarza (Federación de Agrupaciones Socialistas), Etxabe (ANV) e Ibáñez (Alianza Obrera Asturiana). AMAE/Azcárate, caja 105, exp. 13. <<

[189] José Borrás, *Políticas de los exiliados españoles, 1944-1950*, París, Ruedo Ibérico, 1976, p. 41. F. Giral y P. Santidrián, *La República en el exilio*, pp. 115-116. A. Alted, *La voz de los vencidos*, p. 323. H. Heine, *La oposición política al franquismo*, p. 174. <<

[190] *Nota sobre las negociaciones en Méjico*, 1 de septiembre de 1945. AMAE/Azcárate, caja 105, exp. 14. Como informó la embajada española a Madrid, la prensa británica (*The Manchester Guardian, The Observer, The Daily Worker*…) subrayaron la ausencia de Negrín: «Razón del fracaso es dificultad reconciliar grupos Prieto y Negrín». Despachos del 27 y 29 de agosto de 1945. Archivo de Presidencia del Gobierno, Jefatura de Estado, leg. 6, exp. 4. <<

[191] Carta de Pascua (desde Baltimore) a Negrín, 1 de septiembre de 1945. AHN/Pascua, caja 14, legajo 16. <<

[192] *La política de los rojos exiliados* (informe de Javier Martínez de Bedoya, agregado de la Embajada de España en Lisboa), 26 de octubre de 1945. AMAE R2222/55. <<

[193] Minuta de Oliver Harvey, subsecretario del Departamento de Europa occidental, 21 de enero de 1945. FO 371/49553 Z161. <<

[194] Luis Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo*, Madrid, Fundación Francisco Franco, 1984, vol. 4, p. 29. Cfr. Enrique Moradiellos, *Francisco Franco. Crónica de un caudillo casi olvidado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, cap. 6. <<

[195] Declaración parlamentaria del veterano sindicalista el 20 de agosto de 1945. E. Moradiellos, *Franco frente a Churchill*, pp. 436-437. La cita francesa, expresada por Georges Bidault, ministro de Asuntos Exteriores, el 31 de marzo de 1945, se reproduce en H. Heine, *La oposición política al franquismo*, p. 170. <<

[196] Minuta del 7 de junio de 1946. FO 371/60377 Z5378. <<

[197] Editorial del 16 de diciembre de 1946. Ricardo de la Cierva, *Franco*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 385-386. <<

[198] Citado en R. de la Cierva, *Franco*, p. 388. <<

[199] R. Méndez, *Caminos inversos*, p. 130. <<

[200] Telegramas del 28 de agosto de 1945. AMAE/Azcárate, caja 105, exp. 13. <<

[201] Carta fechada el 29 de agosto de 1945. AFJN, documentación todavía sin inventariar. <<

[202] Folleto titulado *Discurso pronunciado por nuestro compañero Dr. Juan Negrín en el Frontón México el 3 de septiembre 1945*, París, Comité Regional del PSOE de Francia, 1945. Se reproduce igualmente en *Documentos políticos para la historia de la República española*, pp. 101-136. <<

[203] Cartas fechadas el 24, 26 y 28 de septiembre de 1945.AFJN, carpeta Mal 2 (b). <<

[204] Carta de 6 de octubre de 1945. AFJN, carpeta México (b). En ella se refería a la carta previa de Giral, del 2 de octubre, reclamándole ese balance. <<

[205] *Entre memorias. Las finanzas del gobierno Republicano español en el exilio*, p. 126. El autor era director general de Servicios Administrativos en el Ministerio de Hacienda regentado por Augusto Barcia en el nuevo gobierno republicano. <<

[206] Según el informe del FBI, Negrín hizo el viaje a Cuba en un avión de Pan American Airways el 29 de octubre y volvió de la isla por igual medio y compañía el 3 de noviembre de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[207] J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 356 y 374-375. H. Heine, *La oposición política al franquismo*, p. 173. A. Alted, *La voz de los vencidos*, pp. 321-323. B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, pp. 141-143. Telegrama del embajador británico en México para el Foreign Office, 12 de noviembre de 1945; y despacho de 13 de noviembre de 1945. FO 371/49557 Z12655 y FO 371/49558 Z1380. <<

[208] Folleto titulado *Por la República. Contra el plebiscito. Texto íntegro de los discursos pronunciados por los compañeros Ramón Lamoneda, José Rodríguez Vera, Ángel Galarza, Julio Álvarez del Vayo y Juan Negrín en el mitin celebrado el día 25 de noviembre de 1945 en el teatro de los cinematografistas*, México, Biblioteca «El Socialista», 1945. El discurso de Negrín en pp. 37-47. <<

[209] H. Heine, *La oposición política al franquismo*, pp. 183-187 y 228-236. A. Alted, *La voz de los vencidos*, p. 323. José Borrás, *Política de los exiliados españoles*, pp. 180-182. <<

[210] Una orden de Hoover del 7 de diciembre de 1945 prescribía que «discreta cobertura sea mantenida con respecto a las actividades de Negrín, sus encuentros y planes». El informe completo sobre sus actividades está fechado el 14 de enero de 1946. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[211] Informe del 14 de enero de 1946. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[212] Telegrama de Cárdenas para Madrid, 16 de diciembre de 1945. Archivo de Presidencia del Gobierno, Jefatura del Estado, leg. 7, exp. 3. H. Heine, *La oposición política al franquismo*, pp. 178-179. <<

[213] Informe del 27 de marzo de 1946. Archivos del FBI, expediente Negrín. Negrín reveló el contenido de su entrevista a Philip Noel Baker (6 de enero de 1946) y al embajador soviético en Londres (15 de enero de 1946). AMAE/Azcárate, caja 116, carpeta 1, y caja 105, carpeta 4. <<

[214] Informes del 14 de enero y 27 de marzo de 1946. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[1] Informe del 27 de marzo de 1946. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[2] La carta se custodia en AMAE/Azcárate, caja 105, exp. 4. <<

[3] *Nota reservada*, abril de 1945. AFJN, caja 43, 1a-38k. Probablemente esa petición estuviera en el origen del nuevo cómputo, más preciso y detallado, «rendido por D. Pedro Pra en 30 de junio 1948». AFJN, carpeta Mal 2 (b). <<

[4] Carta de notificación fechada el 29 de octubre de 1945.AFJN, Carpeta Mal 2 (a). <<

[5] La mudanza quedó completada un año después puesto que el 18 de octubre de 1946 Feli entregaba las llaves de Dormers a los propietarios, según nota custodiada en AFJN, carpeta 6. La documentación sobre la compra de Combe Court en AFJN, carpeta 6. <<

[6] El informante del FBI tomó nota de que, durante su estancia en Nueva York, Negrín había confesado a varios interlocutores su intención de trasladar su residencia a Francia. Informe del 14 de enero de 1946. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[7] María Isabel Ruiz García, «Aproximación a la colonia española del Departamento de París tras la Segunda Guerra Mundial», en J. L. Casas Sánchez y F. Durán Alcalá (eds.), *III Congreso sobre el republicanismo. Los exilios en España (siglos XIX y XX)*, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora, 2005, pp. 491-510. <<

[8] *Nota sobre mi visita a París del 11 al 21 de noviembre de 1945*. AMAE/Azcárate, caja 36, carpeta 2. <<

[9] Informe del 27 de marzo de 1946. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[10] Nota de Azcárate sobre la reclamación, 31 de marzo de 1946. Carta de Negrín a Azcárate, 22 de enero de 1955. AMAE/Azcárate, caja 34. <<

[11] Carta fechada en París el 7 de agosto de 1946. AFJN, carpeta 34. <<

[12] Carmen Negrín, «Prólogo» a J. Medina Jiménez, *La familia Negrín en Gran Canaria*, pp. 9-10. Información escrita proporcionada por doña Carmen Negrín, 28 de abril de 2006. <<

[13] J. F. Fuentes, *Largo Caballero*, p. 390. Es de notar que nunca había dejado de preocuparse por la situación de Largo Caballero, ni en el momento de su partida al exilio (J. F. Fuentes, *op. cit*., p. 342) ni con la caída de Francia y su encarcelamiento. Carta de Azcárate al Foreign Office, 14 de noviembre de 1941. AFJN, carpeta 49. <<

[14] J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 376-377. H. Heine, *La oposición política al franquismo*, p. 184; B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, p. 152. <<

[15] Así lo recordaría Negrín en carta a Gordón Ordás el 18 de octubre de 1955. AFJN, carpeta 41a. H. Heine, *La oposición política al franquismo*, p. 186. <<

[16] A. Alted, «Introducción» a V. Botella, *Entre memorias. Las finanzas del Gobierno Republicano en el exilio*, p. 49. F. Giral y P. Santidrián, *La República en el exilio*, p. 140. <<

[17] J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 318-323. H. Heine, *La oposición política al franquismo*, p. 335. B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, p. 259. Con Negrín fueron expulsados otros 25 militantes más de renombre: Lamoneda, González Peña, Álvarez del Vayo, Amaro del Rosal, Julia Álvarz, Edmundo Lorenzo, Moreno Mateo, el escritor Max Aub y Vidarte, a título de ejemplo. <<

[18] H. Heine, *La oposición política al franquismo*, pp. 414-415. <<

[19] Texto del discurso reproducido en *El Noticiero republicano* (México), n.º 3, 1 de septiembre de 1946. Ejemplar existente en AMAE/Azcárate, caja 105, expediente 14. La traducción francesa se publicó bajo el título *Pour une Republique libre et independante. Discours prononcé à Paris le 11 août 1946*, París, Editions du PSOE, 1946. Hay un ejemplar en AFJN, carpeta 6. <<

[20] Informe del 9 de octubre de 1945. Archivos del FBI, expediente Negrín. <<

[21] Carta para Negrín del editor de la revista *Foreign Affairs. An American Quarterly Review*, 15 de octubre de 1946. <<

[22] Florentino Portero, *Franco aislado*, pp. 206-215. <<

[23] Carta de Bugeda, desde ciudad de México, el 28 de diciembre de 1946. AFJN, carpeta 6. En la misma carpeta se custodian las cartas de Blanco (11 de octubre), Méndez (19 de noviembre) y Azcárate (28 de noviembre). <<

[24] Carta del doctor J. F. Pessel, 14 de noviembre de 1946. AFJN, carpeta 6. <<

[25] B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, pp. 157-167 (p. 167 para la cita). J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, pp. 378-386. H. Heine, *La oposición política al franquismo*, pp. 413-414. <<

[26] Las cartas del doctor Weill sobre su enfermedad en AFJN, carpeta 31p. En la misma carpeta se recogen los análisis de sangre (fechados el 16 de abril) y un «Report of Electrocardiogram» realizado en el Lenox Hill Hospital de Nueva York el 10 de mayo de 1947. Es muy probable que dicha prueba fuera requerida desde París por su hijo, el doctor Negrín Miajilov, que colaboraba en ese centro, porque resulta difícil asumir que el paciente se hubiera trasladado allí tan pronto y después de superar el grave infarto. J. Álvarez del Vayo, *En la lucha*, p. 222. Negrín aludiría al pronóstico de 1947 de pocos años de vida en su carta a su hijo Miguel, 3 de junio de 1955. AFJN, carpeta 41a. <<

[27] La noticia sobre el uso frecuente del bicarbonato procede de la información proporcionada por doña Carmen Negrín mediante carta del 28 de abril de 2006. Sobre el tratamiento con ampollas de nitrito de anilo y la quinidina hay varias referencias en cartas y anotaciones del propio Negrín. Por ejemplo, en la anotación del 19 de marzo de 1948 de su cuaderno de viaje al norte de África. AFJN, documentación en París sin inventariar. También en su carta a sus hijos de 4 de febrero de 1956. AFJN, carpeta 41a. <<

[28] Así consta en los membretes de su correspondencia con Marcelino Pascua. AHN/Pascua, caja 14, legajo 16. Información transmitida por doña Carmen Negrín mediante carta del 4 de mayo de 2006. <<

[29] Carta de Jean Monnet, 22 de mayo de 1947. Invitación del presidente de la República para almorzar el 2 de agosto de 1947. Carta de la secretaria del *Fabian International Bureau*, 11 de noviembre de 1947. Todos ellos en AFJN, carpeta 6. <<

[30] Carta fechada en París, el 10 de mayo de 1947. AFJN, carpeta 12. Subrayado nuestro. <<

[31] B. Vargas, *Rodolfo Llopis*, p. 259. <<

[32] J. Álvarez del Vayo, *En la lucha*, p. 221. <<

[33] *Notre ami Juan Negrín*, texto necrológico mecanografiado de Germaine y Jules Moch, sin fecha (posterior a noviembre de 1956). AFJN, documentación pendiente de inventariar. <<

[34] Cartas reproducidas en M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 337-342 (la cita en pp. 337-338); y en Ramón Lamoneda, *Posiciones políticas, documentos, correspondencia*, México, Roca, 1976, pp. 255-261. <<

[35] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 339 y 341. R. Lamoneda, *Posiciones políticas*, pp. 257-260. <<

[36] Carta de Negrín a Lamoneda, fechada el 1 de abril de 1948. R. Lamoneda, *Posiciones políticas*, p. 246. <<

[37] R. Lamoneda, *Posiciones políticas*, pp. 244-246. <<

[38] Juan Marichal, «Juan Negrín y la continuidad de la II República», en J. Tusell y otros, *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990, tomo 1, vol. 1, pp. 67-72. <<

[39] Anotación del 4 de abril de 1948. Agenda personal del viaje a África. Archivo particular de don Juan Negrín. Documentación de París pendiente de inventariar. <<

[40] Sobre la enfermedad de su nuera, véase la carta de Negrín a Pascua, sin fecha (pero de 1945). AHN/Pascua, caja 14, legajo 16. Los datos exactos sobre la enfermedad y el traslado de la custodia me han sido amablemente facilitados por el profesor Gabriel Jackson (carta de 15 de septiembre de 2004) y por doña Carmen Negrín (carta del 28 de abril de 2006). Cfr. G. Jackson, *Negrín*, p. 163. *Notre ami Juan Negrín*, texto necrológico mecanografiado de Germaine y Jules Moch, sin fecha (posterior a noviembre de 1956). AFJN, documentación pendiente de inventariar. <<

[41] Información escrita proporcionada por doña Carmen Negrín, 29 de abril de 2006. <<

[42] Informe del 23 de septiembre de 1952. Archivos del FBI, expediente Negrín. Tan convencido quedó el FBI sobre el apartamiento de la política de Negrín que se decidió cerrar el expediente abierto a su nombre dos años después. <<

[43] Carta fechada el 28 de agosto de 1952. AFJN, Carpeta 41a. <<

[44] Carta fechada en México el 5 de septiembre de 1952, en respuesta a la previa carta de Matthews, desde Nueva York, del 22 de agosto de 1953. AFJN, Carpeta 41a. El libro de Matthews se publicaría posteriormente bajo el título de *Half of Spain Died* (reeditado en Nueva York por Charles Scribner's Sons en 1973). <<

[45] Carta a Gordón Ordás, 13 de enero de 1953. AFJN, carpeta 41a. <<

[46] Testimonio recogido en S. Álvarez, *Negrín, personalidad histórica*, vol. 2, pp. 261-262. <<

[47] Carta al doctor Puche, a propósito de un libro homenaje a Augusto Pi i Suñer, 28 de octubre de 1954. AFJN, carpeta 41a. <<

[48] La frase es de E. Gazur, el último agente del FBI encargado de la custodia de Orlov y su albacea testamentario tras su muerte en 1973. Cfr. E. Gazur, *Alexander Orlov*, pp. XV, 318-319 y 323-325. A. Orlov, *The March of Time*, pp. 311-312. <<

[49] J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*, vol. 2, p. 561. <<

[50] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 313. <<

[51] Carta al doctor Puche, 28 de enero de 1955. AFJN, carpeta 41a. <<

[52] Carta de 10 de febrero de 1956. AMAE/Azcárate, caja 107, carpeta 3. <<

[53] Carta de Negrín fechada el 30 de noviembre de 1954. La respuesta de Churchill carece de fecha. AFJN, carpeta 41a. <<

[54] Carta para Miguel, 3 de junio de 1955. AFJN, carpeta 41a. <<

[55] Carta fechada el 4 de febrero de 1956. AFJN, carpeta 41a. <<

[56] Carta fechada el 14 de marzo de 1956. AFJN, carpeta 41a. Ninguno de ellos haría caso a su hermano y siguieron residiendo en Pau hasta su muerte: Heriberto en abril de 1966 y Lolita en mayo de 1971. <<

[57] Carta fechada el 8 de abril de 1956. AFJN, carpeta 41a. <<

[58] Carta fechada el 18 de junio de 1956. AFJN, carpeta 41a. <<

[59] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 322. <<

[60] Carta del doctor Laporte al doctor Negrín Mijailov, 9 de junio de 1957. Informe forense del doctor Bernal, 14 de mayo de 1957. AFJN, Carpeta 000. F. Gordón Ordás, *Mi política fuera de España*, México, Félix E., 1965, vol. 1, pp. 719-720. <<

[61] M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 323-324. Carta de Rómulo a Juan Junior, 18 de febrero de 1958. AFJN, Carpeta 000. <<

[62] Acta notarial firmada en París por don Enrique Pérez-Hernández y Moreno, cónsul adjunto de España en funciones notariales, 18 de diciembre de 1956. Archivo del Banco de España, «Dossier Negrín», legajo 2549, caja 3, carpeta 1. <<

[63] Ese número inédito de *El socialista español* se reproduce en S. Álvarez, *Negrín, personalidad histórica*, vol. 2, pp. 228-262. J. C. Gibaja, *Indalecio Prieto*, p. 299. F. Gordón Ordás, *Mi política fuera de España*, vol. 1, p. 721. <<

[64] F. Gordón Ordás, *Mi política fuera de España*, vol. 1, p. 722. <<

[65] El texto de la declaración, fechada el 5 de abril de 1956, se halla en el llamado «Dossier Negrín» del Archivo Histórico del Banco de España, Secretaría, legajo 2549, caja 3, carpeta 4. <<

[66] Se conserva un ejemplar del diario en AFJN, Carpeta 000. En el año 2003 seguía conservando íntegra su fobia al personaje por esa («Gracias a Negrín, Moscú se ahorró pasar esta maroma») y otras razones como puede apreciarse en su colaboración en la obra de G. Jackson y V. Alba, *Juan Negrín*, particularmente en pp. 250-255. <<

[67] Carta fechada el 25 de noviembre de 1956. AFJN, Carpeta 000. <<

[68] Carta de Rómulo a Juan y Miguel, 22 de marzo de 1958. AFJN, Carpeta 000. En el mismo lugar se conservan las cartas de Rómulo del 12 de noviembre de 1958 y 7 de febrero de 1958 sobre el mismo tema. Se conserva también allí el inventario de muebles y objetos subastados, así como el catálogo de libros y periódicos igualmente subastados. <<

[69] Información oral transmitida por Dña. Carmen Negrín en entrevista celebrada en París el 14 de abril de 2006. <<

[70] I. Prieto, «Juan Negrín, un hombre singular», pp. 219 y 226. <<

[71] Max Aub, «Juan Negrín, el guerrillero» (noviembre de 1956), artículo recogido en su obra *Hablo como hombre*, México, J. Mortiz, 1976, pp. 80-81. <<

[72] Carta fechada en Cochabamba el 25 de noviembre de 1956. AFJN, documentación todavía sin inventariar. <<

Document Outline

- Cubierta
- Negrín
- Agradecimientos
- Introducción: La tragedia política de Don Juan Negrín">
- 1. Infancia acomodada y selecta educación extranjera (1892-1915)
  - En Canarias
  - En Alemania
- 2. Un eminente médico y científico retornado a su patria (1915-1936)
  - Director del Laboratorio de Fisiología
  - Catedrático de universidad
  - Opositor a la dictadura de Primo de Rivera
- 3. Bautismo político en la segunda república (1931-1936)
  - Diputado gubernamental
  - Diputado de la oposición
  - Vísperas de la tormenta bajo el Frente Popular
- 4. Máximas responsabilidades en la guerra civil (1936-1939)
  - El general Peguerinos
  - Ministro de Hacienda
  - Presidente del Gobierno: el tiempo de la ilusión por la victoria
  - Presidente de Gobierno: el tiempo de la incertidumbre sobre el resultado
  - Presidente de Gobierno: el tiempo de la resignación ante la derrota
- 5. Entre el pesimismo y la esperanza en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)
  - Exiliado en Francia
  - Exiliado en Gran Bretaña
  - Entre San Francisco, Nueva York y Ciudad de México
- 6. Una jubilación forzada y prematura (1946-1956)
- Fuentes documentales archivísticas, hemerográficas y bibliográficas
  - I. Fuentes documentales archivísticas
  - II. Fuentes documentales impresas
  - III. Publicaciones periódicas

    - IV. Memorias y testimonios
    - V. Bibliografía: libros
    - VI. Bibliografía: artículos
- Autor
- Notas